CLÁSICOS

MARIA EDGEWORTH

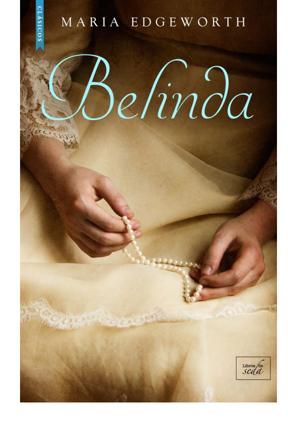
Belinda





@GeorgiosArt/iStockphoto. Grabado de 1873 realizado a partir de la imagen de A. Chappel realizada para la edición de *The Masterpiece Library of Short Stories*, publicado el mismo año.

Maria Edgeworth (1768-1849) fue una escritora angloirlandesa. La segunda de veintidós hermanos (su padre se casó cuatro veces), recibió una educación liberal y fue una mujer muy comprometida con asuntos sociales como el racismo, las hambrunas que asolaron Irlanda, el injusto sistema de arrendamientos establecido en el país o la educación de la mujer, de la que su padre fue siempre firme partidario. Escribió diversos ensayos, cuentos para niños y novelas. Muy popular en su época, fue una de las autoras favoritas de Jane Austen, que incluso llegó a mencionarla en sus obras. Entre sus novelas, que siempre tenían un propósito moral, destacan *El castillo de Rackrent* (1800), *Belinda* (1801) o *Ennui* (1809)..



Un mundo donde la vanidad lo es todo, intrigas, devaneos y una joven entre dos hombres completamente diferentes.

Después de casar a media docena de sobrinas con caballeros de gran fortuna, la señora Stanhope quiere asegurarle el mejor futuro a la última de ellas, Belinda, y nadie más adecuado para introducirla en la alta sociedad que su amiga *lady* Delacour, la mujer más frívola e influyente de todo Londres. De su mano, la joven se sumerge en un mundo deslumbrante, en el que brilla con luz propia el encantador Clarence Hervey, aunque las fiestas y los devaneos ocultan secretos y tragedias, y las amistades más deslumbrantes esconden intereses ocultos.

En medio de la agitada vida de finales del siglo XVIII, Belinda deberá escuchar a su mente y a su corazón, tomar decisiones arriesgadas y descubrir su propio camino. Una historia de amistad, de amor y de autodescubrimiento, de la mano de una de las autoras más admiradas por Jane Austen.

Belinda

Belinda

Título original: *Belinda*

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo
Maquetación: Rasgo Audaz
Conversión en epub: Books and Chips

Imagen de cubierta: © Margie Hurwich/ Arcangel Images

Primera edición digital: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-17626-49-5

Hecho en España – *Made in Spain*

Belinda

MARIA EDGEWORTH

Libros de seda

Una prudencia esclarecedora y
esclarecida
ni crédula ni desconfiada en demasía
que desdeñaba el miedo cobarde de la
injusta sospecha
y sin debilidad alguna supo ser sincera

LORD LYTTELTON,
To the Memory of a Lady Lately
Deceased: A Monody
(1747)

Advertencia



Todo autor tiene derecho a llamar a su obra como considere apropiado. El público, asimismo, tiene derecho a aceptar o rechazar la clasificación que se le presente.

La siguiente obra se ofrece al público en forma de «cuento moral», pues la autora no desea considerarla una novela. Si todas las novelas fueran como las de *madame* de Crousaz, la señora Inchbald, la señorita Burney o el doctor Moore,[1] la autora adoptaría gustosa tal nombre, pero tantos disparates, errores y vicios se difunden en libros denominados «novelas» que espera que su deseo de darle otro nombre a este se atribuirá a sentimientos loables y no a un exceso de escrúpulo.

1 N. de la Trad.: Se refiere respectivamente a Isabelle Polier de Bottens, también conocida como Isabelle de Montolieu, Elizabeth Inchbald, Frances Burney y John Moore, autores muy populares en la época en que se publicó *Belinda*.



PRIMER VOLUMEN

Capítulo 1



Personajes

La señora Stanhope, una mujer educada, experta en esa rama del conocimiento que llamamos «el arte de prosperar en el mundo», había logrado, con una pequeña fortuna, vivir rodeada de la más elevada compañía. Se enorgullecía de haber establecido a media docena de sobrinas del modo más venturoso; es decir, casándolas con hombres de renta muy superior a la suya. Solo le quedaba una soltera, Belinda Portman, de quien había resuelto librarse cuanto antes. Esta era bella, graciosa, alegre y muy habilidosa; su tía se había esforzado por enseñarle que la principal tarea de una joven dama era agradar en sociedad y que todos sus encantos y méritos debían supeditarse invariablemente a un gran objetivo: establecerse en el mundo. Sin embargo,

A tal fin ojos, labios y manos instruidos
hacían de la instrucción sordos oídos.[2]

La señora Stanhope no encontró en Belinda discípula tan dócil como el resto de sus sobrinas, pues la mayor parte de su educación había tenido lugar en el campo, donde pronto había tomado gusto a los placeres domésticos; adoraba leer y de natural solía actuar con prudencia e integridad. Su carácter, empero, aún no estaba forjado por las circunstancias.

La señora Stanhope vivía en Bath, donde abundaban las oportunidades de mostrar a la sobrina bajo una luz favorable; no

obstante, cuando su salud comenzó a decaer, vio que no podría salir con la joven tanto como hubiera deseado. Después de maquinar con más arte de lo acostumbrado, aseguró para Belinda un lugar durante la temporada junto a la elegante *lady* Delacour, y su señoría quedó tan complacida con las cualidades y la vivacidad de la señorita Portman que la invitó a pasar el invierno con ella en Londres. Poco después de llegar a la ciudad, Belinda recibió la siguiente carta de la tía Stanhope:

Crescent, Bath

Tras buscar por todos los sitios que pudiera imaginar, Anne encontró tu pulsera en el tocador, entre un montón de cachivaches que dejaste para que los tiraran. Te la envío de mano de un joven caballero que vino a Bath (desafortunadamente) el mismo día en que te fuiste: el señor Clarence Hervey, conocido y gran admirador de milady Delacour. Se trata, de hecho, de un joven particularmente agradable, muy bien emparentado y con una estupenda fortuna independiente. Además, es hombre ingenioso y galante, buen conocedor de la gracia y belleza femeninas: el hombre perfecto para poner de moda un nuevo rostro. Así que, mi querida Belinda, te pido que estés bella cuando te lo presenten y recuerda lo que tantas veces te he repetido: nadie puede tener buen aspecto sin tomarse ciertas molestias por agradar.

Veo (o al menos veía cuando salía más de lo que mi actual estado de salud me permite) un sinfín de bobas, cortadas todas por el mismo patrón, que frecuentan lugares públicos día tras día y año tras año sin otra idea que la de divertirse u obtener admiración pasajera. Cómo he compadecido y despreciado a esas veleidosas criaturas al observarlas poniéndose en ridículo con sus insignificantes aires; compitiendo entre sí de la manera más obvia y, por tanto, más ridícula, hasta el punto de exponerse ante los mismos hombres que querrían atraer; charlando, riendo con disimulo y coqueteando; pensando únicamente en el presente sin considerar lo más mínimo el futuro; contentándose si habían conseguido pareja

para un baile sin pensar siquiera en una pareja para la vida. A menudo me he preguntado qué será de tales muchachas cuando envejezcan o se afeen o cuando el ojo público se canse de ellas. Si poseen una gran fortuna no pasa nada: pueden divertirse durante una temporada o dos sin dudar, seguras de que después las buscarán y las seguirán no solo los galanteadores, sino también hombres con ideas y pretensiones respetables. Pero opino que no hay nada más triste que una pobre chiquilla que, después de gastar no solo los intereses, sino también el sólido capital de su pequeña fortuna en vestidos y frívolas extravagancias ve arruinadas sus expectativas matrimoniales (como a muchas les sucede por no empezar a especular a tiempo). A los treinta y cinco o treinta y seis años descubre que es una carga para sus amigos, que carece de medios para ser independiente (porque este tipo de muchacha nunca piensa en «aprender» a jugar sus cartas) y que está de más en la sociedad y compelida al mismo tiempo a depender de cualquier conocido que desearía mandarla a paseo, ya que es incapaz de devolver la cortesía como es debido al carecer de hogar adecuado (y con ello me refiero a una renta, una casa, etc.) para recibir visitas de cierto nivel. Mi queridísima Belinda, ¡que este no sea nunca tu caso! Tú cuentas con todas las ventajas posibles, tesoro: no se ha escatimado esfuerzo alguno en tu educación y (lo que es más importante) me he encargado de que esto se sepa. Así que tienes fama de ser perfectamente talentosa. Y tendrás fama de ser muy elegante si te dejas ver con frecuencia en público, como sin duda harás de la mano de lady Delacour. Tu propia sensatez te hará ver, querida, que dada la situación de milady y su conocimiento del mundo, siempre y en todos los temas de conversación será adecuado que ella te guíe y tú la sigas. Sería de lo más inapropiado que una joven como tú sufriera por competir con una dama cuyo ingenio y belleza son indiscutibles. No es necesario que diga nada más a este respecto.

Aun con tu limitada experiencia, seguro que has observado la manera tan estúpida con que las jóvenes ofenden a las personas imprescindibles para sus intereses por una imprudente concesión a la vanidad.

Lady Delacour tiene un gusto incomparable en el vestir: consúltale, querida, y ni se te ocurra contradecirme por una idea equivocada de la economía. Por cierto, no pongo objeción alguna a que seas presentada en la corte. Por supuesto, si sabes conducirte adecuadamente, dispondrás de crédito con todos los comerciantes que atiendan a su señoría. Es muy encomiable saber cómo y cuándo gastar dinero, pues en ciertas situaciones la gente juzga lo que uno se puede permitir por lo que uno gasta. No conozco ley alguna que obligue a una joven a confesar su edad o fortuna, y tú aún no tienes necesidad de preocuparte por ninguna de esas cuestiones.

Por ejemplo, yo he cubierto la vieja alfombra con una estupenda tela de hule verde y todo aquel que viene a verme asume de inmediato que lo que hay debajo es una pieza suntuosa. Transmítele todo lo que fuere apropiado y con los modales más exquisitos a milady Delacour.

Adieu, mi querida Belinda.

Con todo mi afecto,
SELINA STANHOPE

En ocasiones quiere la suerte que los medios aplicados para producir cierto efecto en la mente operen exactamente el opuesto al esperado. La continua preocupación de la señora Stanhope por la apariencia, los modales y la posición de su sobrina habían agotado por completo la paciencia de Belinda. Se había vuelto más insensible a las alabanzas a sus encantos y prendas personales de lo que solían ser las jóvenes de su edad de tanto que la había halagado y «exhibido», como suele decirse, su tía la casamentera. No obstante, gustaba de divertirse y se había contagiado de algunos de los prejuicios de la señora Stanhope en favor del rango y la moda. Su gusto por la literatura decaía en proporción a su contacto con la sociedad selecta, ya que en ese mundo no veía utilidad alguna a los conocimientos que había adquirido y su mente nunca se había visto animada a demasiada reflexión; en general,

actuaba como un mero títere en manos de otros. Hasta aquel momento había obedecido de manera ciega, habitual e ilimitada a la tía Stanhope, aunque era menos calculadora y estaba más libre de afectación y coquetería de lo que se podría haber esperado a tenor de la educación recibida. Estaba encantada con la idea de su estancia con *lady* Delacour, a quien consideraba la persona más agradable (no, esa sería una expresión demasiado blanda), la más fascinante que jamás había contemplado. Tal era la luz bajo la que aparecía su señoría no solo para Belinda, sino para el resto del mundo; esto es, el mundo elegante, pues la joven no conocía otro. Los diarios llenaban las páginas con las fiestas de *lady* Delacour, los vestidos de *lady* Delacour y las palabras ingeniosas de *lady* Delacour: todo lo que su señoría decía se repetía por gracioso; todo lo que su señoría llevaba se imitaba por elegante. El ingenio femenino en ocasiones depende de la belleza de quien lo posee, pues constituye toda su reputación, y el reino de la belleza es proverbialmente breve; a menudo la moda, caprichosa, abandona a sus favoritas aun antes de que la naturaleza marchite sus encantos. *Lady* Delacour parecía ser una afortunada excepción a tales reglas: mucho después de haber perdido el frescor de la juventud, seguía siendo admirada por su gracia elegante; mucho después de dejar de ser una novedad en sociedad, su compañía era cortejada por todo aquel que fuera alegre, ingenioso o galante. Dejarse ver en público con *lady* Delacour o visitarla en su casa eran privilegios que muchos ambicionaban con vehemencia, y todos los conocidos de Belinda la felicitaban y envidiaban que la dama la hubiese admitido como protegida. ¿Cómo no iba a considerarse afortunada?

Poco después de su llegada a la mansión de *lady* Delacour, Belinda comenzó a ver a través del fino velo con que los buenos modales ocultan la infelicidad doméstica. Fuera de casa y en ella, *lady* Delacour era dos personas distintas. Fuera se mostraba toda vida, espíritu y buen humor; en casa, indiferente, irritable y melancólica. Parecía una actriz mimada fuera del escenario, demasiado estimulada por los aplausos y exhausta por los esfuerzos de encarnar a un personaje. Cuando la casa estaba llena de una multitud bien vestida, deslumbraba con sus luces y resonaban la música y el baile, *lady* Delacour, en su papel de señora de los placeres, era el alma y el espíritu del deleite y la animación. Pero en el momento en que se retiraba la compañía, cuando la música cesaba y se extinguían las lámparas se deshacía el hechizo.

A veces caminaba de arriba abajo por el magnífico salón vacío absorta en pensamientos que parecían de la más dolorosa naturaleza.

Durante los primeros días tras su llegada a la ciudad, Belinda no supo nada de lord Delacour; su esposa solo pronunció su nombre una vez cuando, mientras le enseñaba la casa, dijo sin querer: «No abras esa puerta. Ahí solo están los aposentos de lord Delacour». La primera vez que Belinda vio a su señoría, este iba inconsciente de la borrachera en brazos de dos lacayos, que lo cargaban escaleras arriba camino de la alcoba; *lady* Delacour, que acababa de regresar de los jardines de Ranelagh, le dedicó una mirada de soberano desprecio al cruzarse con él en el rellano.

—¿Qué sucede? ¿De quién se trata? —preguntó Belinda.

—Es solo el cuerpo de milord Delacour —respondió la dama—. Sus porteadores lo han traído por la escalera que no es. Volved a bajarlo, amigos míos, y dejad a su señoría a su aire... No te muestres tan escandalizada y sorprendida, Belinda. ¡No seas tan cándida, muchacha! El funeral del intelecto de milord es una ceremonia de cada noche, o más bien —añadió tras observar el reloj y bostezar— debería decir «de cada día». ¡Las seis, nada más y nada menos!

A la mañana siguiente, mientras *lady* Delacour y la señorita Portman seguían a la mesa después de un desayuno muy tardío, lord Delacour entró en el comedor.

—Lord Delacour... sobrio, querida —le dijo la dama a Belinda a modo de presentación.

Lord Delacour, sobrio, no le pareció más agradable o racional que lord Delacour ebrio. Su semblante abotargado y macilento expresaba un hosco desagrado y una inveterada obstinación.

—¿Qué edad crees que tiene milord? —susurró *lady* Delacour al ver que Belinda se fijaba en el temblor de la mano al llevarse la taza de té a los labios. Continuó en voz alta—: Hagamos una apuesta. Me apuesto tu vestido para el baile del cumpleaños del rey, con sus flecos dorados y la corona de laurel amarilla, a que no aciertas...

—¿No tendrás pensado ir a esa fiesta de cumpleaños? —intervino su esposo.

—Te doy seis oportunidades; estoy segura de que no acertarás en dieciséis años —continuó *lady* Delacour sin dejar de mirar a Belinda.

—No podrás usar el carruaje nuevo que habías encargado —dijo el caballero—. ¿Me harías el honor de escucharme, *lady* Delacour?

—Así que no te atreves a aventurarlo, Belinda —prosiguió la dama sin dedicarle la más mínima atención a su esposo—. Creo que tienes razón: seguro que habrías dicho sesenta y seis en lugar de treinta y seis. Claro que puede beber más que cualquier otro bípedo en todos los

dominios de su majestad, y ya sabes que esa es una ventaja que bien vale veinte o treinta años de la vida de un hombre, máxime la de aquellos que no tienen otra posibilidad de distinguirse.

—No habría estado mal que ciertas personas se hubieran distinguido un poco menos en el mundo —replicó su señoría.

—¿Ah sí? Pues qué aburrimiento.

—En tal caso, te aburriré aún más al informarte de que no admitiré que me contradigan ni que se rían de mí. A buen entendedor... ¡Y sería aconsejable, con aburrimiento o sin él, que *milady* Delacour tuviera más en cuenta su propia conducta y menos las de los demás!

—Y menos «la de» los demás, querrá decir su señoría, si es que quiere decir algo. Por cierto, Belinda, ¿no me habías dicho que Clarence Hervey iba a venir a Londres? ¿Aún no lo conoces? Entonces, te lo voy a describir en negativo. No es un hombre que jamás diga nada «aburrido». No es un hombre que deba animarse con media docena de botellas de champán antes de salir de casa. No es un hombre que cada vez que haga algo lo haga mal y luego no lo corrija. No es un hombre cuya importancia toda, si estuviera casado, dependería de la esposa. No es un hombre que, si estuviera casado, tendría un miedo tan cerval de ser gobernado por la esposa que se volvería jugador, tratante de caballos o bebedor con el único fin de demostrar que puede gobernarse a sí mismo.

—Adelante, *lady* Delacour —dijo su señoría tras procurar en vano equilibrar una cucharilla sobre el borde de la taza de té durante todo este parlamento, expuesto con el más vivo deseo de provocar—, adelante. Mi único deseo es que continúes. Clarence Hervey te estará de lo más agradecido y estoy seguro de que yo también. Adelante, *milady*. Hazme el favor de seguir.

—Nunca te haré favor alguno, milord, puedes estar seguro de ello —exclamó la dama, mirando a su esposo con indignado desprecio.

Su señoría silbó, llamó para que le preparasen los caballos y se miró las uñas sonriente. Atónita y sumamente confusa, Belinda se levantó con intención de abandonar el comedor, pues temía la grosera continuación de este diálogo conyugal.

—El señor Hervey, *milady* —anunció un lacayo al tiempo que abría la puerta. Apenas pronunciadas estas palabras, la dama se adelantó para recibir al caballero con un aire de tranquila familiaridad.

—¿Dónde has estado escondido todo este tiempo, Hervey? —exclamó mientras le tomaba las manos y se las estrechaba—. Sin ti no hay manera de soportar la vida en este estúpido mundo nuestro. El

señor Hervey, la señorita Portman... Pero no me mires como si estuvieras medio dormido, hombre. ¿Estás soñando, Clarence? ¿Por qué tienes esa cara?

—¡Oh, he pasado una noche terrible! —respondió Clarence con actitud histriónica, lanzándose a declamar como si estuviera en lo alto de un escenario.

Lady Delacour le preguntó con tono similar:

¿Qué soñasteis, milord? Decídmelo, os lo ruego.

Clarence continuó los versos:

¡Oh, Señor! ¡Qué dolor me parecía el bailar!
¡Qué terrible estruendo los violines en mis oídos!
¡Qué visiones de damas horrendas en mis ojos!
... Entonces vi venir errante
una sombra parecida a un demonio,
con su brillante cabellera de color rojo, y exclamó en agudos
[gritos:
¡Ha llegado Clarence! ¡El traidor, el inconstante y perjuro
[Clarence![3]

—¡Vaya, la viva imagen de la señora Luttridge! Ya sé dónde has estado y te compadezco. Ven y siéntate —le dijo mientras le hacía sitio entre Belinda y ella misma—. Siéntate aquí y cuéntame qué te llevó a casa de esa odiosa mujer.

El señor Hervey se dejó caer en el sofá. Lord Delacour volvió a silbar y salió de la estancia sin decir ni una palabra.

—Es curioso, el sueño me ha hecho olvidar los buenos modales —dijo el señor Hervey antes de volverse a Belinda y tenderle la pulsera—. La señora Stanhope me prometió que, si la entregaba sana y salva, me recompensaría con el honor de poder ponerla en el bello brazo de su dueña.

A tal declaración siguió una conversación sobre la naturaleza de las promesas de las damas; sobre pulseras; sobre el tamaño del brazo de la Venus de Médici, de *lady* Delacour y de la señorita Portman; sobre las gruesas piernas de las estatuas antiguas y sobre los diversos defectos y ridiculeces de la señora Luttridge y su peluca. Sobre todos estos temas el señor Hervey mostró un gran ingenio, galantería y habilidad satírica

con tan feliz efecto que, cuando se fue, Belinda era de la misma opinión que su tía: se trataba de un joven inusitadamente agradable.

Clarence Hervey podría haber sido algo más que un joven agradable de no haberse visto aquejado por el deseo de que lo considerasen superior en todo y la persona más admirada de todos los círculos. Pronto lo habían adulado con la idea de que era un hombre de genio y él se figuraba que, como tal, tenía derecho a ser imprudente, exaltado y excéntrico. Afectaba ser singular con el fin de confirmar la atribución de genialidad. Poseía un considerable talento literario, por el cual había destacado en Oxford, pero tenía tanto miedo a pasar por pedante que, cuando se encontraba en compañía de vagos e ignorantes, fingía desdeñar todo conocimiento. Su carácter camaleónico parecía variar según la luz y conforme a las distintas situaciones en que se hallase. Podía ser cualquier cosa para cualquier hombre o mujer. Se le suponía un favorito entre el bello sexo y, de todas sus variopintas virtudes y defectos, no había ninguno que valorase tanto como la galantería. No era disoluto, pues tenía un fuerte sentido del honor y prestos sentimientos de humanidad, pero era tan fácil de dirigir o, más bien, tan fácil de animar por sus compañeros, y eran estos de tal clase que era probable que pronto se entregase al vicio. En cuanto a su relación con *lady* Delacour, habría contemplado con horror la idea de perturbar la paz de una familia; mas en aquella familia, pensaba él, no había paz que perturbar. Se envanecía porque el mundo hubiera visto cómo lo había distinguido una dama de tanta inteligencia y elegancia, y no sentía la obligación de ser más escrupuloso o prestar más atención a las apariencias de lo que hacía la dama. Los celos de lord Delacour ora lo provocaban, ora le divertían y, en ocasiones, aun lo halagaban. Asistía con constancia a todas las fiestas de la dama, públicas y privadas, por lo que veía a Belinda casi a diario. Y a diario la veía con creciente admiración por su belleza y con creciente temor a caer en sus redes y acabar casándose con una sobrina de «la cazamaridos», el sobrenombre que le daban a la señora Stanhope los caballeros de su círculo. Siempre se cree que las jóvenes que tienen la mala suerte de ser «guiadas» por estas damas arteras participan de tales especulaciones aunque su nombre no aparezca en la firma. Si no hubiera sido por sus prejuicios respecto al carácter de la tía, el señor Hervey habría considerado a Belinda una muchacha sencilla y desinteresada; no obstante, sospechaba artificio en cada palabra, mirada y movimiento, y cuanto más encantado se sentía por su capacidad de agradar, mayor era su inclinación a despreciarla por lo que creía un dominio prematuro de

científica coquetería. Carecía de resolución suficiente como para permanecer apartado de la esfera de su atracción, pero con frecuencia, al verse inmerso en ella, maldecía tal locura y retrocedía con repentino pavor. La actitud que mostraba hacia la joven era tan variable e inconstante que esta no sabía cómo interpretarla. En ocasiones se figuraba que con toda la elocuencia de los ojos él le decía: «Te adoro, Belinda». En otras, imaginaba que su silencio cauteloso quería advertirle que estaba tan embaucado por *lady* Delacour que no podría liberarse de sus lazos. Cada vez que tal idea le venía a la cabeza, excitaba de la manera más edificante su indignación contra la coquetería en general y contra su señoría en particular y veía con claridad meridiana todas las faltas en la conducta de la dama. El sentido moral recién adquirido de Belinda se veía tan sacudido que acabó escribiendo a la tía Stanhope una relación completa de sus observaciones y escrúpulos para concluir pidiéndole que no la dejase bajo la protección de una dama cuyo carácter no podía aprobar y cuya intimidad acaso pudiera dañar su reputación, si no sus principios.

La señora Stanhope respondió a la carta de Belinda con un tono cauteloso. La reprendió severamente por la imprudencia de mencionar nombres de aquel modo en una carta enviada por correo común. Le aseguró que su reputación no estaba en peligro; que esperaba que ninguna de sus sobrinas fuera tomada por una mojigata, un carácter aún más sospechoso para los hombres de mundo que el de una coqueta; que la aludida era una acompañante perfecta para que cualquier jovencita se mostrase en público siempre que la visitasen las personas más importantes de la ciudad; que en todo lo relativo tanto a la conducta «privada» de aquella persona como a las «discusiones privadas» entre ella y su señoría, Belinda debería guardar un profundo silencio sobre cualquier tema peliagudo tanto en sus cartas como en las conversaciones; que mientras la dama siguiera bajo la protección de su esposo, el mundo murmuraría, pero no alzaría la voz; que, en cuanto a los principios de Belinda, sería totalmente inexcusable si, tras la educación que había recibido, estos se vieran menoscabados por cualquier mal ejemplo; que no podría ser demasiado precavida en el manejo de un hombre del carácter de…; que no podría haber causa «seria» para los celos en lo que había advertido, pues ese matrimonio no podía ser objeto de semejante sentimiento y era tal la diferencia de edad que la dama no podría ejercer influencia permanente alguna; que el método más certero para que la señorita Portman quedara expuesta al ridículo de una de las partes y a la total indiferencia de la otra sería

mostrar inquietud o celos; que, en resumen, si era lo bastante necia como para poner en juego su corazón, habría pocas posibilidades de ser lo bastante perspicaz como para ganarse el de..., que evidentemente era un hombre más de galantería que de sentimientos y de quien se sabía que jugaba bien sus cartas y a quien la suerte sonreía siempre que el triunfo «pintaba en corazones».

Los temores de Belinda en cuanto a *lady* Delacour como peligrosa rival se vieron aplacados sobremanera por las astutas insinuaciones de la señora Stanhope con respecto a su edad y demás, y conforme estos temores se fueron reduciendo, Belinda se reprochó haber juzgado con excesiva dureza la conducta de la dama. La idea de que mientras fuera amiga de *lady* Delacour no debería divulgar historia alguna que la pusiera en mal lugar arraigó con fuerza en su mente y ya se arrepentía de haber dicho lo que había visto en privado, aunque solo hubiera sido a su tía. Se consideraba culpable de traición, por lo que de inmediato volvió a escribir a la señora Stanhope para pedirle que quemara la última carta, que a ser posible olvidara su contenido y que confiase en que ni una sílaba de naturaleza similar volvería a oír de sus labios. A punto de concluir con las palabras: «Espero que mi querida tía considere todo esto un error de juicio y no de corazón», *lady* Delacour irrumpió en la estancia y exclamó con alegría:

—¿Tragedia o comedia, Belinda? Los vestidos para el baile de máscaras ya están aquí. Pero ¿qué veo? —añadió, fijándose en el rostro de la joven—. ¡Lágrimas en los ojos! ¡Encarnadas las mejillas! ¡Temblores en las piernas! ¡Y cartas escondidas a toda prisa! Ay, inocente, ¡qué extraña forma de esconderlas! Una sobrina de la señora Stanhope con tan poca maña... ¿Y quién podría creer que ibas a temblar de forma tan ridícula por un par de cartitas de amor?

—No son cartas de amor, *lady* Delacour —respondió Belinda, aferrando con fuerza las hojas mientras su señoría, medio en broma medio en serio, intentaba arrebatárselas.

—¿Que no son de amor? Entonces, serán de traición y por las buenas o por las malas he de verlas. ¡Se distingue el nombre de Delacour!

La dama aferró las cartas a pesar de todos los esfuerzos de Belinda por impedirlo.

—Por favor se lo pido, ¡no las lea! —imploró juntando las manos—. Si no queda otro remedio, lea la mía, la mía únicamente, no la de mi tía Stanhope. ¡Oh! ¡Se lo ruego, se lo suplico, por lo que más quiera! —exclamó antes de ponerse de rodillas.

—¿Me lo ruegas y me lo suplicas por lo que más quiera? Suenas igual

que la duquesa de Brinvilliers, que escribió en la nota de sus venenos: «A quienquiera que encuentre esto le ruego y le suplico en el nombre de más santos de los que puedo recordar que no despliegue esta hoja».[4] ¡Qué tonta, saber tan poco de la curiosidad humana!

Mientras hablaba, *lady* Delacour abrió la carta de la señora Stanhope, la leyó de principio a fin, la dobló con indiferencia una vez acabada y no dijo más que:

—Lo de «la aludida» es casi peor que poner el nombre completo. ¿Acaso la señora Stanhope cree que hay que ser fiscal general para descifrar una insinuación en una calumnia o rellenar un espacio en blanco? —dijo mientras señalaba el hueco en la carta donde la dama había omitido el nombre de Clarence Hervey.

Belinda se sentía demasiado confundida como para hablar o pensar.

—Tenías razón al jurar que no eran cartas de amor —continuó la dama mientras soltaba las hojas—. Confieso que te las quité para gastarte una broma. Lo siento. Lo único que puedo hacer es no leer el resto.

—No, por favor. Le ruego..., me gustaría..., insisto en que lea también la mía —respondió Belinda.

Cuando *lady* Delacour hubo terminado de hacerlo, su semblante mudó al punto.

—Reconozco que vales cien veces lo que tu tía —dijo, dándole un suave cachete en la mejilla—. Qué maravilla encararlo todo con un corazón nuevo. Hoy en día todos los corazones son, en el mejor de los casos, de segunda mano.

Lady Delacour habló en un tono sentimental que Belinda no le había oído hasta entonces y que, en aquel instante, le llegó tan hondo que hubo de tomarle la mano y besársela.

2 N. de la Trad.: En el original, «For this, hands, lips and eyes were put to school, / and each instructed feature had its rule». Versos 21-22 del poema *Advice to a Lady*, de Lord Lyttelton (1731).

3 N. de la Trad.: En el original, «What was your dream, my lord, I pray you tell me? [...] O lord, methought what pain it was to dance! / What dreadful noise of fiddles in my ears! / What sights of ugly belles within my eyes! / — Then came wandering by, / A shadow like a devil, with red hair, / Dizened with flow'rs; and she bawl'd out aloud, / Clarence is come, false, fleeting, perjur'd Clarence!». Todo este intercambio juega con los versos de la escena IV del primer acto de *Ricardo III* (*Richard III*), de William Shakespeare (1593) alterándolos a medida de los personajes de la novela.

4 N. de la Trad.: En un famoso caso juzgado en Francia en 1676, Marie

Madeleine Marguerite d'Aubray, marquesa de Brinvilliers, fue declarada culpable de envenenar, entre otros, a su padre y a su hermano a raíz de unas cartas y unos diarios que guardaba su amante.

Capítulo 2



Máscaras

—¿Por dónde íbamos antes de empezar con todo esto? —*Lady* Delacour se obligó a recobrar el tono despreocupado—. Ah, sí, el orden del día era un baile de máscaras: ¿tragedia o comedia? ¿Cuál casa mejor con tu temperamento, querida?

—El que menos case con el gusto de su señoría.

—Mi doncella personal, Marriott, cree que debería ser la tragedia siguiendo la teoría de que las personas tienen más éxito cuanto menos se parece a ellas el personaje que encarnan, que es el principio de Clarence Hervey... Tal vez creas que no tiene principios, pero te equivocas; te garantizo que los tiene, y firmes: los del buen gusto.

—La prueba más convincente de eso la da —respondió Belinda, forzando una sonrisa— al admirarla tanto a usted.

—Y al admirar mucho más a la señorita Portman. Pero mientras nos dedicamos discursos la una a la otra, la pobre Marriott está ahí desesperada, cual Garrick,[5] a medio camino entre lo trágico y lo cómico.

La dama abrió la puerta del vestidor y señaló a la doncella, parada con el vestido de la musa de la comedia en un brazo y el de la tragedia en el otro.

—Me temo que no poseo agudeza de espíritu para adoptar el papel de la musa cómica.

Marriott, que era persona de una importancia prodigiosa y jueza última de la *toilette* de su señora, parecía extremadamente malhumorada por que la hubieran tenido esperando tanto tiempo y aún

más ante la idea de que alguien le disputara su jurisdicción.

—*Milady* le saca media cabeza a la señorita Portman —dijo— y sin duda le sentará mejor la tragedia, con su larga cola; además, ya he arreglado el resto del vestido para su señoría. La tragedia, dicen, siempre es alta y, sin ánimo de ofender, usted le saca media cabeza a la señorita.

—Quien dice «cabeza» dice una pulgada, más bien —replicó la dama.

—Cuando una ya ha organizado las cosas no está bien que se las desbaraten; pero habrá que hacer lo que quiera *milady*, claro. Así que me callaré —espetó al tiempo que tiraba los vestidos al suelo.

—No te vayas, Marriott. —*Lady* Delacour se colocó entre la airada doncella y la puerta—. ¿Por qué te pones así, tú que eres la mejor criatura del mundo? Ten un poco de paciencia y ya verás como todo sale a tu gusto.

—Eso ya lo veremos.

—Y tú, Belinda, no digas que no tienes agudeza de espíritu, ¡pero si eres todo agudeza y vivacidad! ¿Qué me dices? Ay, sí, tienes que ser la musa de la comedia y, por lo que parece, la tragedia he de encarnarla yo, visto que Marriott está empeñada en contemplar la «majestad con que me muevo».[6] Y como Marriott siempre tiene que salirse con la suya en todo (ya ves que me controla con mano de hierro), tendré que ser la tragedia, pues sabe bien el poder que tiene sobre mí.

El rostro de *lady* Delacour adoptó un aire de sumo disgusto al pronunciar estas últimas palabras, que indudablemente aludían a algún significado oculto. En numerosas ocasiones, Belinda había observado que Marriott ejercía una autoridad despótica sobre su señora y había presenciado con sorpresa que la misma dama que no cedía ni un ápice de poder a su esposo se replegaba a cualquier capricho de la más insolente de las doncellas. Durante algún tiempo imaginó que dicha sumisión no era más que apariencia, pues ya había visto a otras damas elegantes jactándose de aparentar que se dejaban gobernar por su criada favorita, pero pronto se convenció de que Marriott no era la favorita de *lady* Delacour y que lo de la dama no era «humildad orgullosa»,[7] sino miedo. Parecía evidente que una mujer a la que tanto le gustaba hacer su voluntad nunca la habría cedido sin un motivo de peso. Se diría que Marriott guardaba algún secreto que jamás debería ser revelado. Tal idea había pasado por la mente de Belinda en más de una ocasión, pero nunca de una manera tan clara como en ese momento. Siempre había existido una suerte de misterio en relación con la *toilette* de su señoría; a ciertas horas las puertas permanecían

cerradas con llave y era imposible que nadie sino Marriott entrase en sus aposentos. Al principio, Belinda imaginó que *lady* Delacour temía que se descubrieran sus secretos cosméticos, pero el arrebol de la dama era tan llamativo y el polvo de perla tan obvio que estaba convencida de que tenía que haber otro motivo para tanto secretismo con su tocador. Más allá de la alcoba había un pequeño cuarto que *lady* Delacour llamaba el *boudoir*, al que se llegaba por la escalera trasera y al que no accedía nadie más que Marriott. Una noche, *lady* Delacour, tras haber danzado con la mejor disposición durante un baile en la mansión, se desmayó de repente; Belinda la acompañó a la alcoba, pero Marriott le rogó que la dejase a solas con su señora y no permitió que Belinda la siguiera hasta el cuartito.

Belinda recordó todo esto en cuestión de segundos mientras contemplaba a Marriott y los vestidos. Sin embargo, las prisas por prepararse para el baile de máscaras hicieron que tales pensamientos se desvanecieran y, cuando estuvo vestida, no había logrado quitarse de la cabeza la idea de lo que Clarence Hervey pensaría de su aspecto. Ansiaba saber si descubriría que era ella quien se ocultaba tras la musa de la comedia. *Lady* Delacour, entretanto, no estaba nada contenta con su vestimenta trágica y su humor se ensombreció aún más cuando vio a Belinda.

—Te digo que Marriott me ha convertido en un perfecto adefesio —dijo la dama mientras se subía al carruaje— y estoy segurísima de que a ti mi vestido te quedaría un millón de veces mejor que el que llevas.

Belinda se lamentó de que fuera demasiado tarde para cambiarse.

—Claro que no es demasiado tarde, querida. Nunca es tarde para que las mujeres cambien de idea, de vestido o de amante. En serio, ya sabes que primero pasaremos por casa de mi amiga *lady* Singleton, que es quien da la recepción previa, y allí tengo bastante confianza. Le pediré que me deje pasar a su vestidor, donde nadie pueda interrumpirnos, nos cambiaremos el vestido y Marriott ni se enterará. Marriott es fiel y me tiene mucho cariño, pero también se lo tiene al poder. Aunque, ¿quién no? Todos tenemos nuestros defectos y una no va a discutir con una persona tan buena como Marriott por una menudencia. —Entonces, cambiando súbitamente de tono, dijo—: Nadie nos descubrirá en el baile, porque nadie más que la señora Freke sabe que vamos de musas. Clarence Hervey jura que me reconocería con cualquier disfraz, pero yo no me lo creo, y disfrutaré especialmente confundiéndolo. Harriot Freke le ha dicho que iré vestida de la viuda Brady,[8] con ropa de hombre, pero ese será el traje que llevará ella, así que Hervey no se va a enterar

de nada.

En cuanto llegaron a casa de *lady* Singleton, Belinda y *lady* Delacour subieron para intercambiarse el vestido. A la pobre Belinda, que ya se había hecho a la idea de representar a la musa de la comedia, no le hacía ninguna gracia tener que abandonar a un personaje que le iba bien, pero era imposible resistirse a la educada energía con que *lady* Delacour hacía valer su vanidad. La dama corrió como un relámpago hasta un gabinete en el interior del dormitorio. La doncella de *lady* Singleton trató de seguirla en vano.

—¿Hay algo que pueda hacer por su señoría?

—No, no, no. Nada, nada. Gracias. No necesito ayuda. Nunca dejo que me ayude nadie sino Marriott —respondió antes de encerrarse en el gabinete. Al cabo de unos minutos entreabrió la puerta, arrojó el vestido trágico y se dirigió a Belinda—: Ahí lo tienes; dame el tuyo, rápido. Veamos quién acaba antes, la comedia o la tragedia.

—¡Dios nos asista! —dijo la doncella de *lady* Singleton cuando *lady* Delacour abrió la puerta de par en par y apareció vestida—. Su señoría se ha pasado todo el rato ahí metida, sin un mal espejo en el que mirarse ¡y sin dejar que la ayudara! ¡Con lo orgullosa que habría estado yo de hacerlo!

Lady Delacour le puso en la mano media guinea, se rio con afectación de sus caprichos y dijo que cuando mejor se vestía era cuando carecía de espejo. Estas palabras cayeron admirablemente bien entre todos los presentes, salvo Belinda, a quien no dejaba de resultarle extrañísimo que una persona tan acostumbrada a que la atendieran rehusase toda ayuda con su *toilette* salvo si venía de Marriott, una mujer a la que era evidente que temía. El ojo veloz de *lady* Delacour vio la curiosidad dibujada en el rostro de Belinda y por un momento la dama se sintió avergonzada, si bien no tardó en recuperarse y tratar de desviar el curso de sus pensamientos susurrándole alguna nadería sobre Clarence Hervey, un nombre cabalístico, pues sabía que, pronunciado con cierto tono, tenía el poder de sumirla en la confusión.

La primera persona a la que vieron al entrar en el salón de *lady* Singleton fue precisamente él, y sin dominó. Se había apostado con uno de sus conocidos que podía disfrazarse de la serpiente que aparece en el famoso cuadro de Fuseli.[9] A tal fin se había empleado con gran ingenio en la invención y ejecución de un largo retal de piel enroscada que maniobraba con gran destreza gracias a unos alambres internos. Lo más difícil había sido fabricar los rayos que había de despedir por los ojos. Para ello había pergeñado unos rayos fosfóricos que, estaba seguro,

encandilarían a las bellas hijas de Eva. Olvidaba, por lo que parece, que el fósforo no se ve bien a la luz de las velas. Cuando terminó de ataviarse de serpiente, los rayos prendieron parte del envoltorio y tuvo grandes dificultades para librarse de él. El caballero salió ileso, pero la piel de serpiente quedó calcinada; solo se conservó el melancólico espectáculo de su esqueleto. Y, si bien se vio obligado a abandonar toda esperanza de brillar en el baile de máscaras, resolvió acudir igualmente a casa de *lady* Singleton para ver a *lady* Delacour y a la señorita Portman. En el momento en que aparecieron las musas de la comedia y la tragedia las invocó con humor y burlesco patetismo declarando que no sabía cuál de las dos sería mejor para cantar su peripecia. Después de entretener a la compañía con el relato de sus desventuras y de que las musas representaran su papel para satisfacción del público y de sí mismas, la conversación abandonó el tenor de los personajes; musas, arlequines, gitanos y cleopatras comenzaron a departir de sus asuntos y de las noticias y los escándalos del día.

Un grupo de caballeros, entre los cuales se encontraba Clarence Hervey, se reunió alrededor de la musa de la tragedia, pues este había insinuado que se trataba de una persona distinguida, aunque no diría su nombre. Creyendo que no podría lisonjear más a su señoría que burlándose de Belinda, tras ejercitar su perspicacia algún tiempo sin obtener de la musa ni una sola sílaba, le susurró:

—*Lady* Delacour, ¿a qué viene esta reserva tan poco natural? ¿Acaso imagina que no la he descubierto bajo este trágico disfraz?

La musa de la tragedia, que parecía absorta en la meditación, no se dignó a responder.

—Está visto que, por mucho que te esfuerces, no vas a sacarle una palabra, Hervey —dijo un conocido que en ese momento se sumaba al grupo—. ¿Por qué no te has quedado con la otra musa, que, en honor a la verdad, es tan coqueta y díscola como pudiera desear tu corazón?

—Es peligroso galantear con una coqueta educada por la señora Stanhope. Esa muchacha emite una suerte de electricidad. Siento como una tela de araña, una red imaginaria que me cubre por entero.

—Hombre prevenido vale por dos. Hay que ser muy inexperto para dejarse atrapar hoy en día por una sobrina de la señora Stanhope.

—A fe mía que ha de ser una mujer de lo más avispada —añadió un tercer caballero—. Nada menos que seis sobrinas ha «despachado» estos últimos cuatro inviernos. Ni una que no haya conseguido un buen partido: está la mayor, la señora Tollemache. ¡Diantres! ¿Qué tenía que ofrecer al mundo más que un buen par de ojos? La tía, qué duda cabe,

pronto le enseñó a usarlos. Bien podría haberse pasado una eternidad poniéndome ojitos a mí sin que cayese en sus redes, pero ya veis que lo logró con Tollemache. Aunque tengo entendido que van a separarse. Ya había dicho yo que se iba a cansar de ella antes de acabar la luna de miel. Luego estaba la sobrina música; Joddrell, que tiene menos oído que un poste, fue y se casó con ella porque estaba empeñado en hacerse pasar por melómano. Y la señora Stanhope halagándole el gusto musical.

Todos los caballeros soltaron una carcajada. La musa de la tragedia suspiró.

—Ni en la mismísima escuela del escándalo se reiría nuestra musa trágica, salvo detrás de su máscara —dijo Clarence Hervey.

—¡Lejos de ella reírse de una necedad que tendrá que lamentar para siempre! —respondió Belinda ahuecando la voz—. ¡Qué desgracias afloran de esos matrimonios mal avenidos! Las víctimas son sacrificadas antes de tener el suficiente sentido común como para evitar su suerte.

Clarence Hervey se figuró que este discurso se refería al matrimonio de la propia *lady* Delacour.

—¡Que me emplumen si conozco mujer, joven o vieja, que pudiendo casarse prefiera evitarlo, pardiez! —exclamó *sir* Philip Baddely, caballero que acompañaba de un expletivo cada sinsentido que profería —. Pero, diantres, Rochfort, ¿no acabó Valleton casándose con una de las sobrinas?

—Sí, una excelente danzarina, y buenas piernas que tenía: la señora Stanhope hizo que el pobre se batiera en duelo por el lugar de la muchacha en un baile campestre, y tan contento quedó consigo mismo por la proeza que la desposó.

Belinda hizo un intento de cambiar de lugar, pero estaba rodeada, por lo que no pudo apartarse.

—En cuanto a Jenny Mason, la quinta de las sobrinas —continuó el chistoso caballero—, era más morena que la caoba y no tenía ni ojos ni nariz ni boca ni piernas: a menudo me preguntaba qué iba a hacer con ella la señora Stanhope; pero se armó de valor, la llenó de arrebol, la hizo pasar por «fina y elegante» y la metió en el tílburi de Tom Levit, del que este no logró volver a sacarla más que convertida en la honorable señora Levit... Claro que luego fue ella la que agarró las riendas y, por lo que he oído, los está llevando a la ruina, derechito y al galope. Y en cuanto a esa Belinda Portman, ha sido buena idea mandarla con *lady* Delacour, pero yo diría que ya está pasada de moda, pues este último invierno, mientras me hallaba en Bath, se exhibía por

doquier y la tía no cesaba de pregonarla. Allá donde ibas no oías hablar sino de Belinda por aquí y Belinda por allá. Os juro que se le daba más publicidad a Belinda Portman y a sus méritos que a los suavizadores para navajas Packwood.

—La señora Stanhope se excedió en su celo, creo yo —prosiguió el caballero que había comenzado la conversación—. Subastar de tal manera a una chica no suele acabar bien. Ni el mismísimo Christie es rival para Stanhope… Muchos de mis conocidos se vieron tentados de ir a ver el establecimiento, pero ni uno, podéis estar seguros, se planteó quedarse a vivir en él.

—Ese es un honor reservado para ti, Clarence Hervey —dijo otro, al tiempo que le daba golpecitos en el hombro—. ¡Enhorabuena, hombre, enhorabuena!

—¿Quién? ¿Yo? —exclamó este con los ojos como platos.

—Que me ahorquen si no ha mudado de color —dijo el caballero burlón. Todos los presentes se echaron a reír.

—¡Reíd! ¡Reíd, mis alegres caballeros! Pero ¿quién va a saber mejor que yo lo que me pasa por la mente? No pensaréis que voy a casa de *lady* Delacour en busca de «esposa». Belinda Portman es una muchacha bonita, ¿y qué? ¿Creéis que soy idiota? ¿Os imagináis que voy a dejarme atrapar por una alumna de la escuela de Stanhope? ¿Os pensáis que no veo tan claro como vosotros que Belinda Portman es una mezcla de artificios y afectación?

—¡Shh! Baja la voz, Clarence, que ahí llega —dijo uno del grupo—. Encarnaba a la musa cómica, ¿no?

En ese instante se acercó dando saltitos *lady* Delacour y, sin abandonar el papel de musa, exclamó dirigiéndose a Clarence:

—¡Hervey! ¡Mi Hervey! El predilecto de mis devotos, ¿por qué me abandonas?

¿Por qué llora mi amigo? ¿A qué su mirada abatida?
Esa mirada en que antaño brillaban deseo y alegría.[10]

»Aunque hayas perdido la forma de serpiente, con tu persona aún puedes deleitar a cualquiera de las bellas hijas de Eva.

El señor Hervey le hizo una reverencia y todos los caballeros que había alrededor sonrieron; a la musa de la tragedia se le escapó un suspiro.

—Aunque no sea propio de mi personaje, bien podría tomar prestado

un suspiro, y aun una lágrima, de mi trágica hermana si lágrimas y suspiros bastaran para conquistar el corazón de Clarence Hervey. Dejadme practicar…

La dama suspiró un par de veces con gran efecto cómico.

—Palabras convincentes y aún más convincentes suspiros —dijo Clarence Hervey.

—A fe mía que sabe echar la red como una buena Stanhope —murmuró alguien del grupo.

—Melpómene, ¿acaso te has olvidado de ti hasta volverte mármol?[11] —inquirió *lady* Delacour.

—No me encuentro muy bien —le susurró Belinda—, ¿podemos irnos?

—¿Quieres alejarte de Clarence Hervey? —respondió la dama sin alzar la voz—. No va a ser fácil, pero, si no hay más remedio, se hará lo que se pueda.

Belinda no se sentía con fuerzas para responder a las chanzas; de hecho, a duras penas oía lo que le estaba diciendo. Enlazó el brazo con el de *lady* Delacour, quien, para su gran alivio, tuvo la amabilidad de abandonar la pieza de inmediato. Y es que, aunque sacrificase sin remordimientos los sentimientos de los demás a su propia vanidad, si alguien le disputaba el poder de su ingenio, se mostraba compasiva con aquellos que sabían reconocerlo.

—¿Qué te pasa, criatura? —preguntó mientras bajaban las escaleras.

—Nada, solo necesito un poco de aire —respondió Belinda mientras cruzaban el vestíbulo lleno de criados.

—¿Por qué *lady* Delacour me evita con tal insistencia? —preguntó Clarence Hervey, que había corrido escaleras abajo hasta alcanzarlas—. ¿Qué delito he cometido para que no me haya dispensado ni una palabra?

—Ve a ver si encuentras a alguno de mis criados —lo exhortó esta.

—¡*Lady* Delacour, la musa de la comedia! —exclamó el caballero—. Creía que…

—Da igual lo que creyeses —lo interrumpió—. Manda venir el carruaje, porque aquí tienes a esta joven amiga tuya temblando por alguna nadería de tal manera que temo que se desmaye, y ya sabes que no sería agradable desplomarse rodeada de lacayos. ¡Espera! Este comedor está vacío… No, no me refería a ti. No te quedes ahí plantado —le reprochó a Clarence, que la seguía sin darse cuenta, completamente consternado.

—Ahora estoy perfectamente bien —repuso Belinda.

—Perfectamente boba, diría yo —replicó *lady* Delacour—. Querida, deja que te guíe y que te quite la máscara. ¿No decías que necesitabas aire? ¿Y ahora qué sucede? No es la primera vez que Clarence Hervey te ve la cara sin máscara alguna, ¿no? Aunque he de reconocer que debe de ser la primera vez que él, o cualquier otro ser, te haya visto de este color.

Al quitarle la máscara, el rostro de Belinda pasó de la palidez al rojo más encendido.

—¿Qué es lo que os sucede a los dos? ¡Te has quedado pasmado, Clarence! ¿Es que nunca has visto ruborizarse a una mujer? ¿O es que nunca has dicho ni hecho nada que tuviera tal efecto? ¿Le traerías un vaso de agua a la señorita Portman? ¡Los tienes ahí! ¡Detrás de ese aparador, hombre! Ya veo que no tienes ojos ni oídos ni entendimiento. ¡Vuélvete a tus cosas, anda! —La dama lo empujó hacia la puerta—. Vete de aquí, porque me colmas la paciencia... Yo diría que este hombre está enamorado ¡y no de mí! —Se volvió a Belinda—. Aquí tienes las sales aromáticas. Ah, veo que ya puedes caminar, pero recuerda que pisas terreno resbaladizo; piensa que Clarence Hervey no es hombre casadero ni tú eres mujer casada.

—Me es perfectamente indiferente, *milady* —le dijo Belinda con la voz y la mirada teñidas de orgullosa indignación.

—*Lady* Delacour, su carruaje está listo —dijo Clarence Hervey en el umbral, sin atreverse a entrar.

—En tal caso, ayuda a esta señorita tan «perfectamente indiferente» y que tan «perfectamente bien» está a que se suba en él.

El caballero obedeció sin abrir la boca.

—¡Pasmado! ¡Completamente pasmado! —exclamó la dama cuando, poco después, este las acompañaba—. Clarence, se diría que la piel de serpiente te ha mudado la personalidad. Nada queda sino la simplicidad de la paloma; en cualquier momento empezarás a zurear, ¿verdad, señorita Portman?

Una vez en el tílburi, su señoría ordenó al cochero que las llevase al Panteón.

—¡Al Panteón! Esperaba que *milady* tuviera la bondad de llevarme a casa, pues hoy no voy a ser más que una carga para usted y para el resto de los asistentes al baile.

—Si tienes algún compromiso para el resto de la noche en Berkeley Square e insistes, ten por seguro que te llevaré, querida, porque la puntualidad es una virtud. Pero también lo es la prudencia en una jovencita que, como diría tu tía Stanhope, ha de establecerse en el

mundo. ¿A qué vienen esas lágrimas, Belinda? ¿Son lágrimas de veras? Porque con la luz de los faroles apenas logro distinguirlas, pero diría que te has llevado el pañuelo a los ojos. ¿Qué es todo esto? Más te vale confiar en mí, pues sé tanto o más de los hombres y sus costumbres que ella. En una palabra: no tienes nada que temer y todo que ganar, conque sécate esas lágrimas, vuelve a ponerte la máscara y sigue mis consejos, que nada tienen que envidiar a los de tu tía.

—¡Ay, mi tía! —sollozó Belinda—. Nunca volveré a seguir sus consejos. Nunca volveré a exponerme a que me consideren una aventurera. ¡Cómo iba a imaginar el concepto que de mí se tenía! ¡Cómo iba a saber lo que los caballeros pensaban de la tía Stanhope, de mis primas, de mí!

—¡«Caballeros»! Me figuro que ahora mismo Clarence Hervey es para ti el representante de todos los que pueblan la Tierra y que, a diferencia de Anacharsis Cloots, él sí que ha actuado como «orador del género humano».[12] Por favor, muéstrame un ejemplo de esa elocuencia que, a juzgar por los efectos, ha de ser poderosísima.

Belinda, no sin cierta renuencia, le repitió la conversación que había oído.

—¿Y eso es todo? Por Dios, querida, o desistes de vivir en este mundo o tendrás que acostumbrarte a oír cómo os injurian a ti, a tus tías, a tus primas y a tus amigas, generación tras generación y hora tras hora, ya sean amigos tuyos o amigos de ellas... Así son las cosas. Te habrás fijado en la multitud de humildes servidores, encantadoras criaturas y amigos sinceros y afectuosos cuyas cartas están sobre mi escritorio o en la repisa de la chimenea, por no hablar de las tarjetas que se amontonan en el anaquel de los conocidos íntimos: ninguno de ellos puede vivir sin el honor o el favor o el placer de ver a *lady* Delacour dos veces por semana. ¿Crees que soy tan tonta de imaginar que les importaría una centésima de ardite si en este mismo minuto me hundiera en el mar Rojo o en el Negro? No, porque no tengo ni un solo amigo «de verdad» en el mundo más que Harriot Freke. Y, sin embargo, aquí me ves, de musa de la comedia, y más que dispuesta a llevar el papel hasta las últimas consecuencias para provocar a aquellos que darían los ojos por compadecerme. Se lo agradezco humildemente, pero que nadie se compadezca de *lady* Delacour. Sigue mi ejemplo, Belinda: ábrete paso a codazos entre la multitud; si te paras para ser cortés y pedir perdón y decir «espero que no le haya molestado», te pisotearán. Vas a cruzarte una y otra vez con esos jóvenes que se han tomado la libertad de reírse de tu tía y de tus primas y de ti. Son hombres

modernos; demuéstrales que no tienes sentimientos y todos te verán como a una igual. Te casarás mejor que ninguna de tus primas, con Clarence Hervey si puedes, y entonces será tu turno de reírte de redes y jaulas. En cuanto al amor y todo eso…

El carruaje se detuvo ante el Panteón justo cuando la dama pronunciaba estas últimas palabras. Su pensamiento mudó de rumbo y, durante el resto de la noche, como si quisiera atraer la admiración universal, exhibió toda la desenvoltura, gracia y jovialidad de Eufrósine.

A Belinda la noche se le hizo larga y aburrida: el manido ingenio de deshollinadores y gitanos, las diabluras de los arlequines, las gracias de las floristas y cleopatras no alcanzaron a divertirla, pues su mente regresaba una y otra vez a aquella conversación que tanto dolor le había causado, un dolor que las bromas de *lady* Delacour no habían logrado disipar.

—¡Qué contenta la veo, *lady* Delacour! —dijo cuando se montaron en el carruaje de vuelta a casa—. ¡Qué feliz debe de estar para destilar tan asombrosa alegría!

—Bien podrías decir que es asombrosa si tú supieras… —La dama lanzó un profundo suspiro, se recostó en el asiento, dejó caer la máscara y se quedó callada. Era de día y Belinda podía verle bien el semblante, que era la viva imagen de la aflicción. No volvió a pronunciar palabra ni la joven se atrevió a interrumpir sus meditaciones hasta que se volvió a divisar la mansión de *lady* Singleton y Belinda se aventuró a recordarle que habían decidido parar allí para intercambiarse de nuevo los vestidos antes de que Marriott las viera.

—No importa —respondió—. Al final, Marriott me abandonará, como todos los demás. No importa…

Volvió a retraerse a su anterior disposición, pero al cabo de unos instantes de silencio se irguió de repente y exclamó:

—¡Si me hubiese servido a mí misma con la mitad de celo con que he servido al mundo, ahora no me vería así, abandonada! He sacrificado reputación, felicidad…, ¡todo! en aras de la diversión. Pero pronto toda diversión se me acabará… Me estoy muriendo. Y moriré sin que nadie me llore. Si pudiera vivir de nuevo, ¡cuán diferente sería esa vida! ¡Qué persona tan distinta sería! Aunque ya todo da igual. Me estoy muriendo.

El espanto de Belinda ante estas palabras y la solemnidad con que fueron pronunciadas fue indescriptible. Fijó la mirada en la dama y repitió:

—¿Muriendo?

—Sí, muriendo.

—Pero a mí y a todo el mundo nos parece que goza de perfecta salud, y hasta hace media hora estaba de un humor inmejorable.

—A ti y a todo el mundo os parezco algo que no soy. Te digo que me estoy muriendo —respondió la dama con vehemencia.

No volvieron a cruzar palabra hasta llegar a casa. *Lady* Delacour corrió escaleras arriba y le pidió a Belinda que la siguiera hasta el vestidor. Marriott estaba encendiendo las seis velas de cera de la mesa del tocador.

—¡Caramba! Al final sí se han intercambiado los vestidos —murmuró Marriott para sí al ver a las dos mujeres—. Vive Dios que voy a hacer que su señoría se acuerde de esto toda la vida.

—Marriott, no es menester que esperes; te llamaré cuando te necesite —dijo *lady* Delacour. Luego tomó uno de los candeleros de la mesa, se lo entregó atropelladamente a Belinda, atravesó vestidor y alcoba y se paró junto a la puerta del misterioso gabinete—. ¡Marriott, la llave! —exclamó con impaciencia tras intentar en vano abrir la puerta.

—¡Santo cielo! ¿*Milady* ha perdido la cabeza?

—¡La llave, la llave! ¡Rápido, la llave! —repitió esta con tono autoritario. En cuanto Marriott se la sacó del bolsillo, la agarró y abrió la puerta.

—¿No quiere que ordene primero «las cosas», *milady*? —se apresuró a preguntar la doncella, sujetando la puerta entornada.

—Te llamaré cuando haga falta, Marriott. —dijo antes de abrir la puerta de golpe, adentrarse al centro del gabinete y volver a salir para hacerle un gesto a Belinda—. Vamos, ¿de qué tienes miedo?

La joven la siguió y, una vez dentro, *lady* Delacour cerró la puerta. La pieza estaba bastante oscura, pues la única luz provenía de la vela que sostenía en la mano y que ardía débil. Belinda miró a su alrededor, pero no advirtió más que un montón de trapos de lino; ampollas, unas vacías y otras llenas, y un fuerte olor a medicamentos.

Lady Delacour, que no dejaba de moverse con la urgencia de aquellos cuya mente es presa de una gran agitación, miraba a un lado y a otro del cuarto como sin saber lo que buscaba. Entonces, en una suerte de arrebato furioso, se quitó la pintura de la cara y, volviéndose a Belinda, levantó la vela para que arrojase toda luz sobre sus rasgos lívidos. Tenía los ojos hundidos, las mejillas macilentas: ni un rastro de juventud o belleza quedaba en su semblante mortecino, que formaba un espantoso contraste con el alegre vestido de fantasía.

—Estás perpleja, Belinda, pero aún no has visto nada. Mira —dijo antes de descubrir la mitad del pecho y mostrarle un espectáculo espantoso.

Belinda se dejó caer en una silla. *Lady* Delacour se postró de rodillas frente a ella.

—¿Me he humillado, me he rebajado lo suficiente? —preguntó con la voz trémula de agonía—. Sí, compadéceme por lo que acabas de ver y mil veces más por lo que no has visto. Mi mente es devorada igual que mi cuerpo por una enfermedad incurable, el remordimiento obstinado de una vida de insensatez..., una insensatez que me ha traído todos los castigos de la culpa.

»Mi esposo me odia —continuó, trocando súbitamente su voz el pesar por la ira—, pero no me importa, pues lo desprecio; su familia me odia, pero tampoco me importa, pues los desprecio igualmente; mi propia familia me odia, pero no me importa, pues no quiero volver a verlos. Que jamás vean mi desgracia, que jamás me oigan una queja ni un suspiro. No habría tortura más intolerable que su insultante piedad. Moriré como siempre he vivido: siendo la envidia y la admiración del mundo. Cuando me haya ido, que se convenzan de su error y den discursos morales, si lo desean, sobre mi tumba.

La dama calló. Belinda no tenía fuerzas para hablar.

—Prométeme una cosa —continuó vehemente, aferrando la mano de Belinda—, júrame que jamás revelarás a mortal alguno lo que has visto y oído esta noche. Ninguna criatura viviente sospecha que *lady* Delacour se muere poco a poco salvo Marriott y esa mujer que, hasta hace unas pocas horas, consideraba mi «amiga de verdad», a la que había confiado todos los secretos y los sentimientos de mi corazón. ¡Necia! ¡Idiota! Inocente de mí, creía poder confiar en la amistad de una mujer que sabía sin principios. Pero pensé que tendría honor, que jamás me traicionaría... ¡Oh, Harriot, Harriot! ¡Que tú me abandones! Todo lo demás lo habría soportado, pero tú, de quien creí que me apoyaría durante las torturas de mente y cuerpo que voy a sufrir; tú, a quien creí que entregaría mi último aliento, ¡que tú me repudies! Ahora estoy sola en el mundo, abandonada a merced de una doncella insolente.

Lady Delacour ocultó el rostro en el regazo de Belinda, al punto de ahogarse por la violencia de las emociones en pugna, hasta que al fin las dejó salir y lloró ruidosamente.

—Confíe en quien jamás la dejará a merced de una doncella insolente.—Belinda le apretó la mano con toda la dulzura que pudiera

dictar la humanidad—. Confíe en mí.

—Confiar en ti —repitió la dama alzando la mirada anhelante al rostro de su protegida—. Sí…, creo que… podría confiar en ti. Aunque seas sobrina de la señora Stanhope, hoy he visto con sorpresa síntomas de un carácter sin artificio. Fue eso lo que me tentó a abrirme a ti tras descubrir que había perdido a mi única amiga… Aunque no quiero pensar más en ello. Si tienes corazón, apiádate de mí y déjame sola. Mañana te contaré toda mi historia. Ahora estoy muy cansada. Llama a Marriott.

Esta apareció con el rostro velado por una expresión de forzada cortesía y rabia latente.

—Prepárame el lecho, Marriott —dijo con tono sumiso—, pero primero acompaña a la señorita Portman a su cuarto. No es menester, aún, que presencie los horrores de mi *toilette*.

Una vez se quedó sola, Belinda abrió los postigos y la ventana para refrescarse con el aire de la mañana. Se sentía cansada en extremo y el torbellino de la mente le impedía pensar con claridad. Se quitó el vestido y se metió en la cama con la esperanza de olvidar por unas horas lo que sentía grabado como una marca indeleble en la imaginación. Pero todo intento de sosegarse y dormir fue en vano: las ideas eran demasiado confusas y dolorosas. Al principio, cada vez que cerraba los ojos le perseguían el rostro y la fisonomía de *lady* Delacour tal y como acababa de verlos, pero luego comenzó a venirle a la mente la ida de Clarence Hervey y el doloroso recuerdo de la conversación que había oído; las palabras «Belinda Portman es un cúmulo de artificios y afectación» se habían grabado en su memoria. Rememoró hasta el más mínimo detalle cada mirada de desprecio que había visto en el rostro de los jóvenes caballeros mientras hablaban de la casamentera señora Stanhope. Sin embargo, la mente de Belinda no estaba lo bastante calmada como para pensar: se limitaba a revivir una y otra vez la velada. A la postre, las extrañas y abigarradas figuras vistas en el baile de máscaras pasaron ante sus ojos y se sumergió en un sueño inquieto.

5 N. de la Trad.: David Garrick (1717-1779) fue un famoso actor y dramaturgo inglés, especialista en interpretar obras de Shakespeare. De él llegó a decir Leandro Fernández de Moratín en sus *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* que «no se repite su nombre sin elogios por todos los que tienen algún conocimiento del teatro».

6 N. de la Trad.: En el original, «come sweeping by». Alusión a los versos 97-98 de *Il Penseroso*, de John Milton (1645): «Sometime let gorgeous Tragedy / In

sceptered pall come sweeping by».

7 N. de la Trad.: En el original, «proud humility». Hace referencia a la escena I del primer acto de *Bien está lo que bien acaba* (*All's Well That Ends Well*), de William Shakespeare (1598).

8 N. de la Trad.: Se trata del personaje principal de la farsa *The Irish Widow*, de David Garrick (1772).

9 N. de la Trad.: Se cree que se podría referirse a un cuadro que representaba a Eva y la serpiente, perdido en la actualidad, de Johann Heinrich Füssli (1741-1825) y que estuvo expuesto en la galería Milton en 1800.

10 N. de la Trad.: En el original, «Why mourns my friend, why weeps his downcast eye? / That eye where mirth and Fancy used to shine». Primeros versos de la elegía XXVI, *Describing the Sorrow of an Ingenuous Mind*, de William Shenstone (1764).

11 N. de la Trad.: Alusión al verso 42 («Forget Thyself to marble») del poema *Il Penseroso*, de John Milton (1645), si bien este se dirigía a la diosa Melancolía y no a Melpómene, diosa de la tragedia.

12 N. de la Trad.: Jean-Baptiste Cloots, barón de Gnadenthal y conocido como Anacharsis Cloots, tuvo un papel destacado y polémico durante la Revolución francesa. Antirreligioso virulento, se autodenominaba el «orador del género humano». Fue guillotinado por Robespierre en 1794, acusado de apoyar una conjura contrarrevolucionaria.

Capítulo 3



La historia de Lady Delacour

Belinda se despertó con el sonido de la campanilla de la alcoba de *lady* Delacour. Abrió los ojos con la confusa idea de que había sucedido algo desagradable, pero antes de recobrar completamente la consciencia, Marriott se acercó a su lecho con una nota de la dama escrita a lápiz.

> *Milord Delacour disfrutará hoy de lo que Garrick llamaba un «festín de caballeros». Si cenas conmigo tête-à-tête, le escribiré a lady Singleton alguna excusa (es decir, una mentira) en forma de encantadora nota. Presumo de poseer cierta elocuencia epistolar. Así tendremos la noche para nosotras: tengo mucho que contar, como es habitual cuando la gente empieza a hablar de sí misma.*
>
> *He tomado una dosis doble de opio, por lo que no me hallo tan sumamente indispuesta como anoche, conque no has de temerte una nueva «escena».*
>
> *Te espero en mi vestidor, querida Belinda, en cuanto «descubierta la frente, a la cosmética Diosa hayas adorado».*[13] *¡Aunque tú no te pintas! ¡Qué importa! Ya lo harás. Antes o después te verás obligada a hacerlo, como todo el mundo. En el*

ínterin, siempre que desees enviar una nota que no deba abrir el mensajero, no confíes en cera ni obleas, sino que habrás de retorcerla como he retorcido yo esta. Ya ves que deseo hacerte poseedora de valiosos secretos antes de dejar este mundo, aunque esto, pensándolo bien (lo que nunca está de más), es algo que no deseo hacer todavía. Al fin y al cabo, ya existieron mujeres como las amazonas, a quienes espero que admires, porque ¿quién podría vivir sin la admiración de Belinda Portman? No Clarence Hervey, con certeza… Aún no.

T. C. H. DELACOUR

Belinda acudió a la llamada de su señoría y se presentó en el vestidor: allí la encontró con el rostro restaurado por la pintura y el ánimo por el opio. Se hallaba conferenciando con Marriott y la señora Franks, la modista, sobre el tontillo de crespón del vestido para el cumpleaños del rey, que se extendía sobre un gran aro para tomar forma.[14] La señora Franks disertaba, experta, sobre festones y alamares, lazos y flocaduras, sometiendo todo y a toda hora al buen juicio de *milady*.

Marriott estaba mohína y callada. Solo abrió la boca una vez sobre la cuestión de añadir o no flores de laburno. Citó en su contra las memorias y la autoridad de la celebrada actriz George Anne Bellamy, que refería un caso para demostrar que el color pajizo parece blanco sucio a la luz de las velas. La señora Franks, a fin de resolver la cuestión salomónicamente, propuso usar laburno dorado, «pues nada luce mejor a la luz de las velas, o cualquier otra luz, que el dorado». *Lady* Delacour, temiéndose que la imaginación de la modista, ahora que había tocado oro, se dejase llevar por la vulgar idea del dinero rápido, puso súbito fin al coloquio al exclamar:

—¡Vamos a llegar tarde a la exposición de porcelana francesa de Phillips! La señora Franks tendrá que volver mañana para hacerse cargo de tu vestido para la corte, mi querida Belinda. Imaginad: «la señorita Portman, presentada por *lady* Delacour»… Señora Franks, por favor, que el vestido sea digno de un bonito párrafo en la gaceta. Tiene veinticuatro horas para pensarlo.

Cuando la modista hubo abandonado la pieza, la dama se dirigió a Belinda:

—Hoy he hecho algo horrible: le he escrito una de esas notas retorcidas a Clarence Hervey, querida. Pero ¿para qué te lo cuento? Tu

cabeza ahora no dejará de darle vueltas todo el día a la nota en lugar de atender a la «Vida y opiniones de una dama de alcurnia, referidas por ella misma».

Después de cenar y de haber hecho a Belinda exclamar y ruborizarse y ruborizarse y exclamar que no estaba dándole vueltas a la nota, *lady* Delacour comenzó la historia de su vida y opiniones del modo siguiente:

—Ya ves que no hago las cosas a medias, querida, así que no te referiré mis aventuras como Gil Blas se las contó al arzobispo de Granada,[15] saltándose los pasajes útiles, pues tú no eres arzobispo ni yo tendría manera de poner cara inocente aunque lo fuera. No soy una hipócrita y no tengo nada peor que esconder que la necedad. Bastante mala es, pues cuando se sabe que una mujer comete desatinos siempre se sospecha que cometa fechorías... Pero estoy empezando por el final, con la enseñanza, que diría que no estás impaciente por descubrir. Jamás en la vida he leído ni escuchado yo enseñanza ni moraleja al final de una historia: a mí dadme maneras, y las enseñanzas, para quien guste de ellas... Querida, vas a llevarte una terrible decepción si esperas que mi historia se parezca en algo a una novela. Una vez oí a un general decir que no hay nada menos parecido a una batalla que pasar revista, y puedo asegurarte que nada hay más distinto a una novela que la vida real. De todas las vidas, la mía ha sido la menos romántica. Sin una pizca de amor y con gran cantidad de odio. Yo era una rica heredera, poseedora, creo, de cien mil libras o más y con el doble de caprichos. Era bella e ingeniosa... o, hablando con esa suerte de circunloquios que dan en llamarse «humildad», el mundo, el mundo parcial, me consideraba una belleza y un *bel esprit*. Habiéndote referido mi fortuna, ¿es necesario añadir que tenía admiradores en abundancia? De todo tipo y condición, por no hablar de aquellos que, podemos suponer, murieron de una pasión secreta por mí. Recibí dieciséis declaraciones y propuestas de matrimonio formales, conque, en nombre de todas las maravillas y del sentido común, que es la mayor de ellas, ¿qué es lo que me llevó a casarme con lord Delacour? Pues bien, querida, tú... o no tú, sino cualquier joven que no esté acostumbrada a disponer de una legión de admiradores... pensaría que elegir es la cosa más sencilla, pero habría que ver lo que siente cuando un hábil comerciante de tejidos finos o un vendedor de telas le muestra una bella mercancía tras otra y le jura que esto le quedará muy bien, y esto otro le durará para siempre, y aquello está tan de moda... La inocente queda sumida en una encantadora perplejidad y, después de examinar,

dudar y desechar más de la mitad de los artículos de la tienda, diez contra uno a que, cuando empiece a hacérsele tarde, elegirá lo más feo y de peor calidad que haya visto. Pues eso precisamente es lo que pasó con mis pretendientes y así…

triste fue la hora e infausto fue el día.[16]

»Acabé eligiendo como amo y señor al vizconde Delacour. En aquella época había perdido en Newmarket más de lo que él mismo valía y mi renta era la cosa más conveniente del mundo para un hombre en su situación. Las píldoras tienen un efecto asombroso frente a ciertos males. Pues bien, la heredera es una píldora infalible para esa dolencia. Veo que te sorprendes al verme gastar bromas sobre algo tan triste como mi matrimonio con lord Delacour, y yo misma lo hago, sobre todo al recordar las circunstancias, pues si bien me jacto de que no hay amor en mi historia, cuando era una chiquilla de dieciocho…, justo de tu edad, ¿no, Belinda?, algo muy parecido al amor sí que danzaba en mi corazón o en mi cabeza. Había un cierto Henry Percival, un hombre *à la* Clarence Hervey…, aunque no, pues tenía diez veces el sentido común, con perdón, de Clarence. Para su desgracia o la mía, tenía demasiado: estaba enamorado de mí, pero no de mis flaquezas. Yo, pensando sabiamente que mis flaquezas eran lo mejor de mí, le insistí en que se enamorase de ellas. No pudo o no quiso; yo diría que lo segundo, pese a que él dijo que era lo primero. Yo estaba acostumbrada a que los hombres besaran el suelo por el que pisaba, pues mis pisadas valían oro. Percival ponía mala cara; lord Delacour, no. Se lo puse a Percival como ejemplo, pero era un ejemplo que se negaba a seguir. Me sentí desairada y me casé con la esperanza de desairar al hombre que amaba. Lo peor de todo fue que no lo desairé tanto como hubiera esperado. Seis meses después oí que había desposado a una mujer de lo más afable. ¡Detesto a las mujeres afables! Pobre Percival… Me figuro que habría sido una mujer muy feliz si me hubiera casado contigo, pues creo que fuiste el único hombre que jamás me haya amado de verdad… ¡Pero ahora todo está perdido! ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, me casé con lord Delacour sabiendo que era un necio y creyendo, precisamente por eso, que no tendría problemas en gobernarlo. ¡Craso error! De todos los animales de la creación, el bobo es el más difícil de dominar. Nos establecimos en el mundo elegante, deseosos ambos de mostrarnos lo más extravagantes posible. ¡Curioso que tal similitud en los gustos fuera la causa de nuestras interminables riñas! Durante el primer año de matrimonio siempre salía vencedora y tenía la última palabra, así que

estaba satisfecha. Por testarudo que fuera el bruto, pensaba que con el tiempo le haría entrar en razón. Por lo que has visto, podrás adivinar que aun entonces no se me daba mal el divino arte de la "justificación propia". Casi me había salido con la mía y le había roto el corazón a milord cuando una buena mañana tuve la mala suerte de decirle a Champfort, su ayuda de cámara, que era peor que un esquilador cortando el pelo. Este, que es la soberbia en persona, se sintió mortalmente ofendido, y el demonio, que siempre está dispuesto a tornar la ira en malignidad, hizo que convenciera a su señoría de que el mundo entero pensaba que "*milady* gobierna a milord". Este echaba chispas, pues ya se dice que hasta la raya, la más fría de las criaturas, en ocasiones da una descarga, supongo que electrizada por la furia. La siguiente vez que, inocente, insistí en que milord Delacour hiciera o dejase de hacer algo (ya no recuerdo el qué, pero debía de ser cosa harto razonable), su señoría se da la vuelta y responde: "*Milady* Delacour, no soy hombre que se deje gobernar por su esposa". Desde entonces lleva esas palabras escritas en su obstinado semblante, como cualquiera capaz de leer rostro humano podrá ver. Me río, pero hasta en mitad de la risa hay pesar. Tú no sabes cómo es (y espero que nunca llegues a saberlo) compartir la intimidad con alguien necio y obstinado.

»Al principio se me antojaba que la enfermedad de milord no era incurable, pero su evidente debilidad me ha demostrado que no hay esperanza para él, pues los casos de obstinación son tanto más peligrosos cuanto mayor es la debilidad del paciente. El caso de su señoría es desesperado. "Lo que no cura, mata", era mi máxima, prudente o humana. Me propuse probar con el veneno de los celos a fuer de alternativa, pues llevaba contemplándolo largo tiempo en secreto como último remedio. Di con un sujeto apropiado: un hombre con el que creía que podría coquetear por toda la eternidad sin peligro alguno, un tal coronel Lawless, el hombre más vacuo y fatuo que jamás encontrarás. El mundo, creía yo, no sería tan absurdo como para sospechar de *lady* Delacour con un hombre así, aunque su esposo pudiera hacerlo y lo hiciera, pues no hay nada demasiado absurdo como para que él no lo crea. La mitad de mi teoría quedó probada: milord se tragó la medicina que le había preparado con una avidez y una bonhomía que me deleitó contemplar, y su efecto rebasó las expectativas más optimistas. El pobre hombre se curó de la obstinación y se volvió loco de celos. Entonces sí que albergué cierta esperanza, ya que un loco puede dominarse, mientras que un necio no. En cuestión de un mes, lo había tornado bastante dócil. Con una cara más larga que la

del filósofo llorón me vino una mañana y me aseguró que haría todo lo que desease, siempre y cuando tuviera en cuenta mi honor y el suyo y dejase al coronel Lawless.

»Apenas podía contener la risa ante su expresión. "¡Dejarlo! —le respondí—. Mientras milord me trate con el debido respeto, jamás le daré, ni de pensamiento ni de obra, motivo de queja; pero no soy mujer que se deje insultar ni llevar por la brida como hasta ahora he hecho". Su señoría, debidamente halagado con la idea de que alguien creyese que conducía a su mujer por la brida, se lanzó a protestar. Esperaba que su futura conducta demostrase, etc. Ante tal insinuación, di rienda suelta a la imaginación y me lancé al galope a una nueva carrera de extravagancia. Si se me reprendía, lo tomaba como un insulto y empezaba a hablar directamente de bridas. Durante algún tiempo jugué sin problemas a ese juego ridículo, hasta que al cabo, y pese a su lentitud natural para el cálculo, milord descubrió que si vivíamos a base de veinte mil libras al año y solo contábamos con diez mil para gastos, llegado el momento nos quedaríamos sin nada. Una mañana, tras un largo preámbulo, me comunicó este notable descubrimiento. Cuando hubo acabado de perorar, convine en que era en verdad justo que milord limitase sus gastos, pero que era igualmente injusto e imposible que yo enmendase en forma alguna mi asignación anual; que "ahorro" era una palabra que no había oído en mi vida hasta casarme con su señoría (aunque pensándolo bien, era cierto que había oído hablar de algo llamado "economía nacional") y que sería un tema muy bonito aunque harto banal para servir de discurso introductorio en la Cámara de los Lores. Así pues, le aconsejé que reservase todo lo que tuviera que decir al respecto para el momento en que tomase asiento sobre el saco de lana;[17] añadí graciosamente que, en tal caso, yo misma iría a la cámara para escuchar atentamente sus argumentos y elocuencia y que haría todo lo posible por mantenerme despierta… Fue una cosa alegre y divertidísima, pero hete aquí que a milord Delacour, que nunca ha gustado demasiado de chanzas, no le hizo ni pizca de gracia aquella aciaga mañana. Por supuesto que me enojé y le recordé, con una grosería que su falta de generosidad justificaba, que una heredera que ha aportado cien mil libras al matrimonio tiene cierto derecho a divertirse y que no era culpa mía si las diversiones elegantes eran más caras que el resto.

»A continuación vino un largo capítulo de recriminaciones. Todo era "milord, tus faltas en Newmarket", "*milady*, tus malditos teatros", "milord, sin duda tengo derecho" y "*milady*, el mismo derecho tengo

yo”…

»Sin embargo, mi querida Belinda, por muchas palabras que nos dedicásemos el uno al otro, al mundo entero no se le paga con palabras. En resumidas cuentas, tras echarnos en cara miles y decenas de miles de libras, acabamos viéndonos en apuros financieros. Ahí llegó la venta de tierras y no sé qué otras formas de recaudar dinero según el consejo de abogados y mandatarios. A mí me daba bastante igual cómo lo obtuviesen siempre y cuando nos lo consiguieran. De qué modo lo hacían es algo que nunca me preocupé en averiguar; bien podría haber sido por negras artes, pues no había nada que me demostrase lo contrario. No sé nada de negocios. Así que firmaba todos los papeles que me presentaban y me complugo sobremanera descubrir que con solo escribir “T. C. H. Delacour” podía obtener dinero a voluntad. Firmé y firmé hasta que al cabo se me informó con toda la debida urbanidad que mi firma ya no valía un cuarto de penique, y cuando inquirí la causa de tal fenómeno no hubo manera de entender lo que el abogado de milord Delacour me decía. Era un pedante y yo no tenía paciencia para verlo ni oírlo. Mandé llamar a un tío mío, que se había encargado de gestionar mis asuntos pecuniarios mientras fui soltera, y metí al tío y al abogado en una habitación con todos los papeles para que dirimieran el asunto o llegasen a algún acuerdo, si es que podían. Al parecer, esto último era del todo imposible. Al cabo de media hora salió mi tío ¡hecho tal furia! que jamás olvidaré su rostro. Toda la bilis se había agolpado en él y tan amarillo estaba que no se le veía ni el blanco de los ojos.

»—Querido tío, ¿qué sucede? —le pregunté—. Brilla usted más que los galones de un guardia real.

»—Poco importa el color que luzca, muchacha —respondió él—. Voy a decirte lo que eres, pese a todo ese ingenio: ¡una estúpida! Es una vergüenza que una mujer con tu inteligencia sea tan necia y no sepa nada de negocios. Y, puesto que tú no sabías, ¿por qué no me hiciste llamar antes?

»—Era demasiado ignorante como para saber que no sabía —fue mi respuesta, pero no voy a seguir atormentándote con lo que dije yo y lo que dijo él.

»Me hizo comprender que si lord Delacour moría al día siguiente, me quedaría en la indigencia. Ahí me puse seria, como puedes imaginar. Mi tío me aseguró que milord y su abogado se habían aprovechado tremendamente de mí y me habían estafado el buen juicio y la dote. Le repetí punto por punto a lord Delacour todo lo que mi tío había dicho y

la única respuesta que obtuve de él o de su abogado fue que "la necesidad no conoce de leyes". Hay que admitir que, aunque la necesidad bien puede ser madre de la ley, nunca fue con milord madre de la inventiva. Una vez hube descubierto que tenía derecho a quejarme, me entregué por entero a tan gloriosa actividad. En resumen, querida, disfrutamos de una bonita riña familiar y, si en las riñas por amor la reconciliación es fácil, las riñas por dinero no tienen fin. En el momento en que comenzaron empecé a detestar a lord Delacour, a quien hasta entonces solo había despreciado... No puedes imaginar a qué grado de mezquindad la extravagancia reduce al hombre. He llegado a ver a lord Delacour tan esquivo e indigno y diciendo tantas mentiras por cien guineas... ¡Qué digo cien guineas! ¡Veinte, diez, cinco! ¡Ay, querida, no soporto siquiera pensar en ello! Pero iba contarte que mi buen tío y toda mi familia se enemistaron conmigo por haberme arruinado, según ellos..., aunque en mi opinión lo hicieron por miedo a que les pidiera algo del vil metal. Así pues, los vituperé y ridiculicé, al uno y al resto, y pese a mis esfuerzos, todos mis conocidos dijeron sin más que *lady* Delacour era una mujer de fortísimo genio.

»La muerte en buena hora de un noble rico de cuya gran propiedad milord Delacour era legítimo heredero nos alivió de las penurias financieras. Ahíta de las vanas lisonjas de todos mis conocidos, resolví consolarme de mi desdicha dentro de casa con la alegría fuera de ella. Con la ambición de agradar universalmente, me torné la peor de las esclavas: esclava del mundo. Ni un instante de mi tiempo me pertenecía, ninguna de mis acciones; podría decirse que ni siquiera mis pensamientos eran míos. Me veía obligada a encontrar las cosas "encantadoras" a toda hora, lo que me fatigaba mortalmente; cada día era la misma rueda aburrida de hipocresía y disipación... Veo que te asombra oírme hablar de esta manera, Belinda, pero en ocasiones una debe decir la verdad, y esto es lo que no he dejado de decirle a Harriot Freke estos últimos diez años. Entonces, ¿por qué insistir en este tipo de vida?, te preguntarás. Porque no puedo parar, porque me criaron para este tipo de vida y no otra. No podría ser feliz en casa porque ¿qué tipo de compañero podría encontrar en lord Delacour? Para entonces se había cansado de su caballo *Potatoes*, y de *Highflier*, y de *Eclipse*, de *Goliath*, *Jenny Gray*, etc., y había adquirido la costumbre de beber en demasía, lo que no tardó en convertirlo, como puedes ver, en una bestia... Se me olvidaba contarte que tuve tres hijos durante los primeros cinco años de matrimonio. El primero fue un niño; nació muerto y milord y su odiosa familia me culparon de ello porque me

había negado a permanecer prisionera medio año con su vieja madre, una abominable Casandra que no cesaba de profetizar que mi criatura no nacería viva. El segundo fue una niña, una cosita diminuta y enfermiza. En aquel momento estaba de moda que las madres de alcurnia amamantasen a sus propios hijos, cosa tanto peor para los pobres pequeñuelos. Tales madres excelentes no dan excelentes hijos... La cuestión provocó una prodigiosa batahola, gran cantidad de sentimiento y comprensión, cumplidos y preguntas, pero, una vez pasada la novedad, el asunto me puso enferma y al cabo de unos tres meses la niña enfermó igualmente... No me gusta demasiado pensar en ello... Murió. Si la hubiese mandado con una nodriza, mis amigos me habrían considerado una madre desnaturalizada, pero le habría salvado la vida... Habría llorado más la perdida de la criatura si los parientes de lord Delacour y los míos no hubieran proferido tantos lamentos que me dejaron estupefacta. No podía o no lograba derramar lágrima alguna, así que dejé que fuera la anciana viuda quien encarnase en público, tal y como deseaba, el papel de plañidera mayor para consolarse en privado alzando manos y ojos al cielo y echándome en cara ser la peor de las madres. Durante todo aquel tiempo sufrí más que ella, pero eso es algo que nunca tendrá la satisfacción de saber. Resolví que, si volvía a engendrar criatura, no haría la barbaridad de criarla yo. Así, cuando nació mi tercer hijo, una niña, la envié de inmediato al campo, con una nodriza fuerte, sana y de ancho rostro, bajo cuyo cuidado creció y floreció hasta el punto de que, cuando me la devolvieron al cumplir los tres años, apenas podía creer que aquella cosita rolliza fuera mi niña. Los mismos motivos que me convencieron de no amamantar a mi propia hija me llevaron con más motivo a no encargarme de su educación. Lord Delacour no la soportaba porque no era un varón. La chiquilla quedó al cuidado de una institutriz que me atormentó el corazón con sus aires y refunfuños durante tres o cuatro años, al cabo de los cuales, tras descubrirse que era la amante *de facto* de lord Delacour, me vi obligada a rogarle que abandonase mi casa y a poner a su pupila en lo que espero sean mejores manos: una célebre academia para señoritas. En cualquier caso, allí recibirá mejor instrucción que en casa... Te ruego que me disculpes por esta digresión sobre crianza y educación, solo quería explicarte por qué continué por la senda de la disipación aun cuando ya estaba hastiada. Ves que en mi hogar no había nada parecido a un marido o a un hijo sobre quien volcar mi cariño. Creo que fue ese doloroso vacío en el corazón el que me llevó, tras buscar un amigo del alma durante algún tiempo, a tomar un afecto

tan prodigioso por la señora Freke. Acababa de adentrarse en el mundo elegante y la primera vez que la vi me llamó la atención por su fealdad, pero había algo extraño y salvaje en su semblante que hacía que uno se quedase mirándola, y a ella le encantaba que la miraran, especialmente yo, por lo que nos gustamos la una a la otra: yo a fuer de observadora y ella de observada. Harriot Freke tenía, sin parangón, la mayor seguridad en sí misma que yo haya visto en hombre o mujer. Tenía la cara dura como el bronce, pero de Corintio, el mejor de todos. Fue una de las primeras personas que puso de moda lo que yo llamo unos "modales impetuosos". Ya te digo que tenía seguridad, aunque mejor debería llamarlo "desvergüenza", pues no hay palabra más fuerte. ¡Qué cosas le he oído decir! No te lo vas a creer, pero su conversación al principio me hacía desear tener un abanico para darme aire como si fuera una mojigata anticuada. Pero, para mi asombro, tal actitud cayó excepcionalmente bien en cierto círculo de jóvenes caballeros elegantes, conque fue menester que "reformase" mis modales. Si no hubiera hecho de tripas corazón y hubiera abjurado de la herejía de la "falsa delicadeza", habría sido excomulgada. La viva elegancia de *lady* Delacour (permíteme hablar de mí con el mismo estilo que emplean los escritores en la prensa) palidecía, por no decir que resultaba de un "rosa marchito", en comparación con el escarlata de la intrépida audacia de la señora Freke. Como rival, en ciertos terrenos me habría vencido con rotundidad, por lo que me convenía que fuera mi amiga. Unimos nuestras fuerzas y nada se nos podía resistir. Sin embargo, no tengo derecho a vanagloriarme por la buena idea de entablar esta amistad, pues no hice más que seguir los dictados del corazón, o acaso de la imaginación. Había una franqueza en los modales de Harriot que confundí con naturalidad de carácter. Hablaba con tanta libertad de ciertos asuntos que llegué a creer que actuaba con sinceridad absoluta en todos. Poseía el talento de hacer creer al mundo que la virtud era invulnerable por naturaleza al desdeñar los esfuerzos habituales por defenderla. Yo, entre otros, asumí que la mujer que lograba convertir en su pasatiempo "tocar el límite de todo lo que odiamos"[18] debía de tener una mente más fuerte que el resto de las personas... Te ruego, querida, que no lo apliques "literalmente" a la persona de la que hablamos. No soy tan mezquina como para revelar sus secretos, por mucho que me sienta tentada tras su traición. De su carácter e historia no oirás más que lo necesario para mi propia justificación. Apenas se había ratificado la liga de amistad entre nosotras cuando lord Delacour llegó con semblante sabiamente censurador a suplicarme que

considerase cuál era mi deber "para con mi honor y el suyo". Como el hombre de la cosmogonía de *El vicario de Wakefield*,[19] repetía una y otra vez esa frase hipócrita que otrora le había sido útil. "¿Acaso crees —le dije— que igual que dejé al pobre Lawless por ti también voy a abandonar todo sentido común para acomodarme a tus gustos? A Harriot Freke la visita todo el mundo salvo las viejas viudas y las solteronas. Como no soy ni lo uno ni lo otro, la resulta es clara, milord". El atrevimiento al hablar, querida, a menudo tiene más éxito con lord Delacour que el ingenio. Así pues, conservé el oro de ley y a él no le quedó sino moneda de imitación. Todo esto te lo cuento para que veas mi gusto y mi buen juicio.

»Pero volviendo a mi amistad con Harriot Freke, qué duda cabe que le repetí cada una de las palabras que había intercambiado con mi esposo. Ella fue más Herodes que Herodes y tanto rio de lo que consideró mi necedad al declararme culpable en el caso Lawless que me sentí avergonzada y, con el único fin de demostrar mi inocencia, resolví retomar la relación con el coronel en cuanto se diera la oportunidad. Y la oportunidad que con tanto ardor deseaba para afirmar mi independencia no tardó en llegar. Las estrellas (que, como ya sabes, siempre tienen más culpa que nosotros mismos) quisieron que Lawless regresase justo en ese momento del Continente, donde había estado con su regimiento, con una herida que le cruzaba la frente y una venda negra que hacía que pareciese un poco más heroico y diez veces más fatuo que nunca. Era el hombre de moda en todos los saraos y la señora Luttridge, ¡la odiosa señora Luttridge!, entre otras damas, le dedicaba sus sonrisas. El coronel, no obstante, tenía gusto suficiente para ver la diferencia entre una sonrisa y otra; puso sus laureles y su persona a mis pies y yo los lucí triunfal por doquier. Allá donde iba, y en particular en los salones de la señora Luttridge, la envidia y el escándalo se aunaban para atacarme, por lo que no dejaba de oír palabras de asombro y murmuraciones a mi alrededor. Mi único fin era provocar a mi marido, por lo que, consciente de la pureza de mis intenciones, me deleitaba desafiando la opinión del atónito mundo. Jamás me preocupé por los efectos que mi coquetería tendría en el objeto de mis atenciones. ¡Pobre Lawless! ¿Corazón? Di por hecho que no tenía. ¿Cómo iba a tener corazón persona tan fatua? Vanidad yo sabía que poseía en abundancia, pero eso no me preocupaba, pues pensaba que si en algún momento se olvidase de sí mismo (es decir, se olvidase de que se debía a mí), con un rayo de ingenio podría volver a ponerle los pies en la tierra o destruirlo para siempre. Una noche estábamos juntos en casa de la señora

Luttridge, quien, entre otras bondades, organizaba partidas de cartas con apuestas (y estoy convencida de que hacía trampa). Como quiera que fuese, perdí una enorme cantidad de dinero, aunque el orgullo me obligaba a hacerlo con tanta alegría como si lo hubiera ganado; así, estaba o parecía estar de un ánimo inmejorable y Lawless también recibió su parte de mi buen humor. Dejamos juntos la mansión; sería pronto, sobre la una y media. A punto de que el coronel me ayudase a subir al carruaje, lo que creí un avispado muchacho se acercó a la portezuela y se me quedó mirando a la cara; no soy mujer a la que desconcierte algo así, pero en verdad me asusté cuando el jovenzuelo saltó al carruaje detrás de mí. Creí que estaba loco y apenas tuve valor suficiente para gritar. Lawless agarró al intruso para sacarlo a rastras y así lo hizo, vociferando:

»—¿Qué significa todo esto, señor? ¿Quién demonios es usted? Yo soy el coronel Lawless, pero ¿quién es usted?

»La respuesta que obtuvo fue una convulsión de carcajadas, por las que adiviné que se trataba de Harriot Freke.

»—¿Que quién soy? ¡Ni más ni menos que una Freke! ¡Dame esa mano! —respondió. Yo se la di, se subió al coche y Lawless la siguió. Lawless rio, todos reímos y partimos prestos—. ¿A que no sabéis dónde he estado? En la galería de la Cámara de los Comunes, aplastada hasta casi morir durante cuatro horas, pero había jurado que esta noche oiría el discurso de Sheridan y así ha sido. Me aposté cincuenta guineas con la señora Luttridge y he ganado. ¡Diversión y Freke siempre de la mano! ¡Viva!

»Harriot estaba loca de contenta, y tan ruidosa y descontrolada que no me cabía duda de que estaba bebida. Lawless, a su estúpida manera, no cesaba de reír y yo me hallaba tan embelesada con las rarezas de Harriot que, durante un tiempo, no me percaté de que íbamos a saber dónde, hasta que al final, cuando el estruendo de la voz de Harriot cesó un instante, reparé en el extraño sonido del carruaje.

»—¿Dónde estamos? No rodamos sobre adoquines, seguro —dije al sacar la cabeza por la ventanilla y ver que habíamos rebasado la puerta de la ciudad—. El cochero está tan ebrio como tú, Harriot —la reprendí, pero antes de poder tirar de la cuerdecilla para detenerlo, Harriot la aferró.

»—El hombre sabe bien adónde va; se lo he dicho yo. No te pienses que Lawless y yo nos vamos a fugar contigo. Todo eso ya no es menester hoy en día, ¡gracias a Dios! —Asentí y me reí por miedo a hacer el ridículo—. Adivina adónde nos dirigimos.

»Yo lo intenté, pero no lograba adivinarlo. Mis alegres compañeros se divertían infinitamente con mi perplejidad e impaciencia, sobre todo al ver que, a pesar de todos mis esfuerzos, estaba más seria de lo habitual. Llegamos al final de Sloan Street y nos íbamos alejando de la ciudad cuando, al fin, nos detuvimos. Estaba oscuro y el hachón del lacayo apagado, por lo que solo acertaba a ver merced a los faroles que había a la puerta de una casa solitaria y de aspecto extraño. Esta se abrió y apareció una anciana con una linterna en la mano.

»—¿Cuándo va a terminar esta farsa, este desvarío o como quieras llamarlo? —le pregunté a Harriot mientras tiraba de mí por el pasillo oscuro.

»¡Ay, mi querida Belinda! Poco podía saber dónde o cómo terminaría todo: pero aún no he llegado a la parte trágica de la historia y, mientras pueda, reiré... Con la anciana y su mísera luz azul precediéndonos, bien podría haber pensado en el *sir* Bertrand de John y Anna Aikin o en alguna novela de terror alemana, pero oía a Lawless, que no había dejado de reír todo el tiempo, a carcajadas detrás de mí, seguro de su superioridad.

»—¡Es hora de conocer tu destino, *lady* Delacour! —dijo Harriot con tono solemne.

»—¡Sí! De labios de la famosa señora W., experta de nuestros días en las artes mágicas —respondí riendo—, porque ahora ya sé dónde estoy: la risa del coronel Lawless ha roto el hechizo. Harriot Freke, jamás mientras vivas serás capaz de triunfar en lo sutil.

»Harriot insultó al coronel llamándolo el peor aguafiestas que nunca hubiera visto y me susurró:

»—Si se ríe es porque tiene miedo a que barruntemos la verdad, que es que realmente cree en conjuros, el demonio y todas esas cosas.

»La anciana, cuyo cometido descubrí que era pasar por simple, nos abrió una puerta al final de una estrecha escalera y, apuntando a una figura de gran estatura y completamente envuelta en pieles, nos abandonó a nuestra suerte. No te entretendré con una pomposa descripción de la tétrica puesta en escena, querida, pues sería incapaz de hacerte temblar de miedo. Tendría que haberme enojado de veras con Harriot Freke por haberme llevado a un lugar así, pero sabía que mujeres de la más alta alcurnia habían visitado a la señora W. antes que nosotras, algunas de broma y otras de veras, conque no corríamos riesgo de hacer el ridículo ni sentir vergüenza, ¿sabes?, y mi conciencia estaba bastante tranquila. Harriot, al carecer de conciencia alguna, no dejaba de estarlo, y aún más al ir ataviada de varón, que según le

habían dicho le iba particularmente bien. Encarnaba el papel de joven disoluto con tanto ánimo y verdad que estoy segura de que ningún mago al uso habría logrado descubrir nada femenino en ella. Parloteaba sin cesar de las cosas más absurdas y, entre otras, preguntó a la adivina:

»—¿Cuánto tardará *lady* Delacour en volver a casarse tras la muerte del vizconde?

»—No volverá a casarse tras su muerte —respondió.

»—En tal caso, se casará mientras siga vivo —dijo Harriot.

»—Cierto —le confirmó.

»El coronel Lawless se rio; yo estaba enfadada, por lo que este podría haber permanecido callado, pues no dejaba de ser un caballero, pero no había forma de controlar a la señora Freke, quien, pese a haber abandonado la modestia de su sexo, no había adoptado la decencia del opuesto.

»—¿Quién será el segundo marido de *lady* Delacour? Nadie se sentirá ofendido en la presente compañía por que se nombre al caballero.

»—Su nombre no lo puedo proclamar, pero que bien se guarde de su amante Lawless.

»La señora Freke y el coronel Lawless, animado por esta, celebraron su victoria sin miramientos, ¡qué digo, sin atisbo de vergüenza!

»En fin, querida, que me urge acabar con esta historia: aunque había jugado con el desatino, me aterrorizaba la idea de hacer algo peor. La idea de divorciarme, de portar la marca pública de una vida licenciosa, me asustaba a pesar de toda mi ligereza, real y aparente. ¡Ojalá en aquel momento hubiera podido ser yo misma! Pero el temor al ridículo era mayor que el temor al vicio. “¡Caramba, mi querida *lady* Delacour! —me susurró Harriot al abandonar el lugar— ¿a qué tanta prisa por volver a casa? Estás inquieta y atolondrada. Cualquiera diría que es la primera vez que pasas una noche en vela. Voy a pensar que tienes miedo a confiar en nosotros. ¿A quién temes: a Lawless, a mí o a ti misma?”. Estas últimas palabras destilaban tal desprecio que me hirieron al punto y, por extraño que parezca, no quería sino convencer a Harriot de que no tenía miedo de mí misma. La falsa vergüenza me llevó a actuar como si no poseyera ninguna. Tú jamás sospecharías que yo sepa nada sobre falsa vergüenza, pero ten por seguro, querida, que muchos de los que aparentan tanta seguridad como yo son, en secreto, sus esclavos. Si moralizo es porque estoy llegando a una parte de mi historia que preferiría obviar, pero te he prometido que no cometeré pecado de omisión. Estaba amaneciendo cuando llegamos a Knightsbridge. Lawless, azuzado por la ligereza de mis modales y los de

Harriot, se mostraba más animado y familiar que nunca. La señora Freke quiso que la dejara a la puerta de la casa de su hermana, que vivía en Grosvenor Place. Así lo hice y te ruego que creas que moría por librarme al mismo tiempo del coronel, pero era imposible que lo echase antes que a Harriot. De hecho, y en honor a la verdad, mi ademán apenas habría dejado adivinar que era presa de la ansiedad: así de bien, o de mal, representaba mi papel. Cuando Harriot Freke se bajó del coche, un gallo cantó en el vecindario de la hermana.

»—¿Lo oyes, *lady* Delacour? Ahora que ha cantado el gallo espero que se disipe tu miedo a los duendes; si no fuera así, no sería tan cruel como para dejar a mi bella amiga completamente sola.

»—¿Completamente? —le respondí—. Tu amigo el coronel te agradece sobremanera que no lo consideres nadie.

»Harriot apoyó los varoniles brazos en la portezuela y me susurró:

»—Mi amigo el coronel tiene mucho que agradecerme, sin duda, por no haber olvidado lo que la astuta, o acaso sabia mujer de antes nos ha dicho; que tú y él sois o pronto seréis una sola persona. Conque al decir que te dejo sola, en realidad no miento, ¿verdad?

»Tuve el detalle de sentirme turbada por estas palabras y, confusa, pedí que me llevaran a Berkeley Square.

»—Pero ¿dónde quiere que lo deje a usted, coronel? Harriot, que tengas buen día... No olvides que llevas ropa de hombre.

»No me atreví a repetirle de inmediato la pregunta a Lawless, pues Harriot me había dedicado una mirada tan despectiva que bien podría haber dicho: "¿Aún tienes miedo de ti misma?". El carruaje continuó. Estoy convencida de que la confusión que, a pesar de todos mis esfuerzos, se dejaba entrever en mi disimulada levedad animó al coronel, de natural necio y vanidoso, a creer que realmente era suya. De lo contrario, jamás habría sido tan insolente. En resumen, querida, antes de haber atravesado la puerta de la ciudad, me vi obligada a expulsarlo del carruaje con tal grado de indignación que lo asombró. Farfulló algo sobre las mujeres inconstantes y yo, aunque me alejé aparentando dignidad, en secreto me culpaba a mí misma tanto como a él y a Harriot más que a ninguno de los dos. Al día siguiente la mandé llamar en cuanto pude para consultarle y expresó tal sorpresa y preocupación ante la catástrofe en que se había convertido nuestra noche de diversión, con tantos juramentos se culpó y tanto y de manera tan satisfactoria a mi consciencia vituperó la fatuidad de Lawless que mi buena opinión sobre la mujer quedó confirmada y sentí por ella el más vivo afecto y estima, pues fíjate que para mí la estima sigue al

afecto y no el afecto a la estima. ¡Infelices aquellos que, en cuestiones de moral, son tan necios de poner la carreta delante del caballo! Pero para proseguir con la historia, pues todos los historiadores a la moda se detienen a ofrecer reflexiones, creyendo que nadie más posee el sentido común para llegar a ellas, mi "estimada" amiga convino en que lo mejor para todas las partes implicadas sería acallar el asunto. Aprovechando que Lawless estaría fuera de Londres unos días, pues era elector de un municipio, nos libraríamos de él de la mejor manera posible, sin "últimas palabras", pues ya había sido bastante castigado al momento y hacerlo dos veces por la misma ofensa, una vez en privado y otra en público, sería contrario a las leyes de los ingleses y, en mi caso, también a los dictados evidentes de la prudencia, ya que no podría quejarme sin obligar a lord Delacour a que se batiera en duelo con el coronel. Eso era algo que no podía hacer sin reconocer que su señoría había tenido razón al advertirme sobre su honor y el mío, esa vieja expresión que me temía tener que oír por nonagésima novena vez. Además, lord Delacour era el último hombre al que habría escogido como mi caballero andante, pues la mala suerte ya había querido que fuera mi señor. Y además, habida cuenta de todos los particulares, pensaba que la historia no me iba a dejar en muy buen lugar, independientemente de cómo la relatase, conque acordamos que lo mejor sería guardar silencio. Asumimos que Lawless también lo haría y, en lo que respecta a mis conocidos, nadie sabía nada, creía yo, o, si sabían algo, confiaba en ellos. Cómo llegó a correrse la voz era algo que a la sazón no fui capaz de discurrir, aunque ahora conozco bien la bajeza y la insidia de la mujer a quien llamaba "amiga". El asunto se supo y fue la comidilla al día siguiente, sobre todo en casa de la odiosa señora Luttridge, y con tales exageraciones se contaba que casi me volví loca. Estaba furiosa, inconcebiblemente furiosa con Lawless, al que imaginaba fuente de los rumores.

»Me hallaba descargando mi indignación contra él en un salón atestado, donde acababa de hacer buena mi historia, cuando un caballero que no me conocía entró sin resuello con la nueva de que el coronel Lawless había muerto batiéndose en duelo con lord Delacour, que lo llevaban a casa de su madre y que en ese instante pasaba por delante de la puerta. Todos los concurrentes se agolparon en las ventanas y yo me quedé parada y sola hasta que no pude más. No recuerdo qué se dijo ni qué se hizo después; solo sé que cuando volví en mí, la más horrible sensación que jamás haya tenido era la certeza de que habría de responder por la sangre derramada de otro ser humano…

»¿Se puede saber dónde está Marriott? —preguntó *lady* Delacour, interrumpiendo su historia al tiempo que se levantaba súbitamente—. Seguro que es hora de que tome mis gotas. Belinda, hazme el favor de tirar de la campanilla, porque necesito tomar algo ahora mismo.

Belinda quedó espantada con la vehemencia de su ademán. *Lady* Delacour recuperó algo la compostura, o al menos trató de controlarse, al ver a la doncella. Esta le trajo las gotas del cuarto y la vizcondesa se precipitó a ingerirlas. Luego pidió café, luego un licor para quitarse el sabor de la boca y, por último, volviéndose a Belinda con una sonrisa forzada, dijo:

—Y bien, ¿deseas que la princesa Scheherezade continúe con su historia?

13 N. de la Trad.: En el original: «with Head uncover'd / the Cosmetic Pow'rs». Se trata del verso 124 del Canto I del poema satírico *El rizo robado* (*The Rape of the Lock*), de Alexander Pope (1712).

14 N. de la Trad.: Aunque en 1800 la moda femenina ya había sido conquistada por el vestido redondo y el vestido camisa, en la corte de Inglaterra aún se empleaba como atuendo formal el vestido moldeado con tontillo, costumbre que se mantuvo hasta aproximadamente 1820.

15 N. de la Trad.: Se refiere a la novela picaresca *Historia de Gil Blas de Santillana* (*L'Histoire de Gil Blas de Santillane*), de Alain-René Lesage (1715), publicada por primera vez en España en 1787.

16 N. de la Trad.: En el original, «Sad was the hour, and luckless was the day». Se trata del comienzo del estribillo de «Hassan, or the Camel Driver», la segunda égloga de las *Persian Eclogues,* de William Collins (1742).

17 N. de la Trad.: Por tradición, quien preside la Cámara de los Lores se sienta sobre un saco de lana, símbolo de la importancia del comercio de este producto en la Inglaterra de la Edad Media.

18 N. de la Trad.: En el original, «touch'd the brink of all we hate», palabras que Alexander Pope dedica a Calipso en su epístola *To a Lady* (1735).

19 N. de la Trad.: En esta novela de Oliver Goldsmith, publicada en 1766, el embaucador Ephraim Jenkinson emplea un falso argumento sobre la cosmogonía para convencer a sus víctimas de que es hombre instruido.

Capítulo 4



Continuación de la historia de Lady Delacour

–Con la pericia de un buen narrador, había interrumpido mi historia en lo más interesante: un duelo. Y, sin embargo, hoy en día los duelos son tan comunes que resultan vulgares.

»Siempre creemos que el duelo en el que participamos, a diferencia de otros, es extraordinario. Todos los días oímos de hombres heridos por cualquier nimiedad, por lo que no es más que debilidad por mi parte pensar tanto en la muerte del pobre Lawless, como ya Harriot me decía. Esperaba verme mostrar dolor en público, mas, por fortuna para mí, excitó mi orgullo, que siempre ha sido más fuerte que la razón, y me comporté como era de esperar en una dama elegante... Empero, hay ciertas cosas que apenas podía tolerar. Debes saber que Lawless, necio y fatuo como era, también era magnánimo y lo demostró de la forma en que menos se espera de ciertas personas: en el lecho de muerte. Sus últimas palabras fueron: "*Lady* Delacour es inocente; es mi voluntad que no se procese a lord Delacour". Se las dijo a su madre, quien, para que mi desdicha sea completa, es una de las mujeres más respetables de Inglaterra y adoraba a Lawless, que era hijo único. Nunca se recuperó de su muerte. ¿Recuerdas que una vez me preguntaste quién era una dama entrada en años, alta y vestida de luto, que vimos subirse a un carruaje frente a la capilla de South Audley Street mientras íbamos de camino al parque? Creo que en su momento no te respondí, pero era *lady* Lawless. Me la cruzo de vez en cuando y me parece el espíritu de la desolación... Pero como decía Harriot Freke, un hombre como el pobre Lawless era sin duda inútil para la sociedad, por mucho que su

adorada madre lamente la pérdida… Siempre que se pueda hay que ver las cosas de un modo filosófico. Yo no habría sufrido la mitad de lo que sufrí si hubiera sido un hombre de mayor intelecto, pero era una pobre criatura, débil y vanidosa, a quien había atraído y engatusado con mi coquetería cuando lo único que pretendía era fastidiar a lord Delacour. Bastante castigo tuve con los aires que doblemente se daba su señoría merced a su valor y buen juicio. Era algo que me irritaba, por lo que no dudé en cargarle toda la culpa y hacer que un enorme grupo de amigos, o más bien conocidos, le reprochase vivamente haberse batido en duelo por mí. Había sido absurdo, había sido precipitado, había sido una total falta de confianza en su esposa; todo eso le dijimos. Aunque lord Delacour tenía sus partidarios, es cierto, entre los cuales la más exaltada era la odiosa señora Luttridge. Aproveché la primera oportunidad para contraatacar. Has de saber que, además de una gran jugadora de cartas, es muy aficionada a la política, pues gusta del poder tanto como del dinero; habla alto y claro y, de una u otra forma, ora mediante intrigas, ora mediante contactos, había logrado relacionarse con algunos de los líderes del parlamento.

»Iba a celebrarse una disputada elección en nuestro distrito. La señora Luttridge poseía una hermosa propiedad allí que lindaba con la de lord Delacour y, al proceder de una antigua familia y ofrecer buenos banquetes, los Luttridge gozaban de cierta popularidad. En cuanto se supo de las elecciones, apareció con toda pompa el anuncio del señor Luttridge. La señora Luttridge comenzó a hacer campaña y, de inmediato, comenzó *lady* Delacour a hacerla también, pero a favor de un primo de Harriot Freke. Era una situación nueva para mí, pero me sentía estimulada por la versatilidad de mi talento y me dispuse a congraciarme con todos los terratenientes del condado de… y, lo que era más difícil, con todas las esposas. Mi ambición era que se dijera: “Tiene la figura más hermosa que jamás se haya visto en campaña alguna”. ¡Oh, mis buenos habitantes de…, cuánto hube de esmerarme por obtener vuestros elogios! Todo lo que pudiese inspirar la fuerza combinada de la vanidad y el odio lo hice yo, y con feliz éxito. Me figuro que no tendrás demasiado interés en saber cuántos toneles de oporto cayeron garganta abajo de cada buen inglés o cuántos sacrificios se ofrecieron al genio de la libertad en Inglaterra. Mi odio por la señora Luttridge se consideró, por supuesto, amor por mi país. *Lady* Delacour fue idolatrada por los “verdaderos” patriotas y, por suerte, una herencia considerable que me había dejado un tío que había fallecido seis semanas antes de las elecciones nos permitió sufragar el coste de mi

apoteosis. El día de las elecciones llegó. Harriot Freke y yo nos presentamos en la asamblea con nuestro espléndido uniforme con los colores del partido y, ante nosotras, caballeros y señores sostenían dos enormes cestos llenos de cintas y escarapelas que repartíamos con tal gracia que conquistaban todos los corazones, si no todos los votos. La señora Luttridge pensó que los cestos decidirían la victoria, por lo que mandó buscar un par aun mayores que los nuestros. Yo saqué un lápiz y dibujé una caricatura del "asno y las alforjas", escribí un epigrama al pie y, muy pronto, epigrama y caricatura estuvieron en manos de medio condado. Los versos eran todo lo malos que suelen ser cuando se han improvisado y el dibujo no era mucho mejor, pero la "buena voluntad" de los críticos suplía todas mis deficiencias y jamás recibieron la pluma de Burke ni el lápiz de Reynolds tales alabanzas como las que me tributaron mis honrados amigos. Y es que, querida Belinda, si no le pones pegas a la calidad, podrás obtener halagos en la cantidad que desees. La señora Luttridge, como yo esperaba, se enfureció lo indecible al ver la caricatura y el epigrama. Además de jugadora y política, ¿qué te parece?, ¡también es una excelente tiradora! Dijo que le habría gustado ser un hombre para poder responder como merecía mi comportamiento. Los mismos amables amigos que le habían mostrado mi epigrama me repitieron esta observación. Harriot estaba a mi lado y se ofreció a llevarle cualquier "mensaje" que considerase adecuado. No me lo tomé en serio hasta que añadió que la única forma de que, hoy en día, una mujer se distinguiera era mostrando carácter y que todo lo demás resultaba "barato y vulgar a ojos de los hombres", que sabía que uno de los jóvenes más talentosos de Inglaterra, además de hombre de estilo, estaba a punto de publicar un tratado sobre "lo adecuado y necesario de los duelos femeninos" y que había demostrado más allá de toda duda que la sociedad civilizada no duraría ni medio siglo más sin este avance imprescindible. Yo le concedía una deferencia prodigiosa a la viril superioridad, pues así la consideraba, de la capacidad de discernimiento de Harriot. *Lady* Delacour no era más que una dama elegante, mientras que ella, además de elegante, era una filósofa... Yo no había disparado un arma en la vida y me inclinaba más bien a la cobardía, pero Harriot se ofreció a apostarse cualquier suma a la firmeza de mi pulso y me aseguró que cautivaría a todos los que me vieran ataviada con ropa masculina. En definitiva, que si le concedía las credenciales apropiadas, a fuer de madrina se comprometía a procurarme vestuario, pistola, valor y todo lo que quisiera. Me senté a escribir el desafío. Mientras lo hacía, la mano no me temblaba

"mucho", no más de lo que siempre le tiembla a lord Delacour. El desafío quedó muy bonito; creo que podría repetírtelo.

> *Lady Delacour le presenta sus respetos a la señora Luttridge. Ha llegado a sus oídos que la Sra. L. desearía ser un hombre para poder responder adecuadamente al comportamiento de lady D. Con la venia, esta le asegura a la Sra. L. que, a pesar del desafortunado hecho de ser mujer, está dispuesta a responder de su comportamiento de la manera en que la Sra. L. considere apropiado y en el lugar y a la hora que indique. Lady D. deja en sus manos la elección de las armas. La señora H. Freke, quien tiene el honor de presentar esta esquela, actuará como madrina de lady D. en la presente ocasión.*

»No puedo repetirte, empero, la respuesta de la señora Luttridge; lo único que sé es que no estaba tan bien redactada como mi nota y lo importante es que aceptó "con placer" el desafío. Dijo que me haría el honor de presentarse a las seis de la mañana siguiente, que la señorita Honour O'Grady sería su madrina y las pistolas, las armas escogidas. El lugar del encuentro sería a unas dos millas de la ciudad de …, detrás de un viejo granero. La hora se fijó tan temprana para evitar toda interrupción. Por la tarde, Harriot y yo fuimos a reconocer el terreno. Había varias balas que sobresalían de los postes del granero: era el lugar donde la señora Luttridge acostumbraba a practicar tiro al blanco. Admito que mi valor desfalleció un poco ante tal visión. Creo que fue el duque de Rochefoucault quien dijo con razón que "muchos serían cobardes si se atrevieran". No me parecía que hubiera ninguna necesidad física, y mucho menos moral, de batirse en duelo, pero no osaba razonar sobre cuestiones de honor con mi animosa madrina. Disimulé valentía ante Harriot del modo más magnánimo, pero llegada la noche, mientras Marriott me desvestía, no pude abstenerme de darle algún consejo que creía podría contribuir a mantener la paz del rey y del condado. Por la mañana me presenté en el lugar con buena disposición y la conciencia tranquila. Harriot quedó admirada con mi "porte leonino": hay que reconocer que se comportó con suma calma, pero obsérvese que era yo frente a quien se iba a abrir fuego y no ella. Mientras nos dirigíamos al lugar pensé en el pobre Lawless mil millones de veces por lo menos; tenía mis presentimientos y mis confusas

nociones de justicia poética, pero esta, como cualquier otro tipo de justicia, se me desvaneció de la mente así que vi a mi antagonista y a su amiga pistola en mano, esperándonos, ambas con atuendo de varón. En secreto, llamé a Marriott con fervor y miré en derredor con más ansiedad que la esposa de Barba Azul o que su protagonista, aquella "Ana, hermana mía" miraba si venía alguien. Pero nadie venía sino la hierba arrastrada por el viento, ninguna Marriott que se postrase hecha un mar de lágrimas a los pies de las duelistas, ningún oficial de la paz que nos exigiese buen comportamiento, ninguna salvación en el horizonte. Y conforme a las leyes del honor, la señora Luttridge, por ser la desafiada, tenía derecho a disparar primero. ¡Ay, leyes del honor! A pesar de todas ellas, ya estaba a punto de disculparme cuando, para mi inefable alegría, me liberó de la terrible disyuntiva de que un tiro me atravesara la cabeza o acabar convertida en el hazmerreír de por vida un incidente, ten por seguro, menos heroico que oportuno. Pero te referiré la escena completa hasta donde la recuerde, pues sé de buena tinta y estoy personalmente convencida de que quienes acuden por vez primera al campo de batalla no siempre descubren que la novedad de la situación mejore la claridad de sus recuerdos. Cuando llegamos, la señora Luttridge se apoyaba con negligencia marcial en el muro del granero y con la pistola, como ya te había dicho, en la mano. No profirió palabra alguna, pero la señorita Honour O'Grady avanzó hasta nosotras al punto y, descubriéndose la cabeza como todo un caballero, se dirigió a mi madrina.

»—La señora Harriot Freke, supongo, a riesgo de equivocarme.

»Harriot le hizo una leve reverencia y respondió:

»—La señorita Honor O'Grady, supongo, a riesgo de equivocarme.

»—La misma, a su servicio. Tengo algunas sugerencias que podrían ahorrarnos bastante notoriedad, derramamiento de sangre e inquina.

»—En lo que a la notoriedad respecta, es algo que me agrada, por lo que le ruego que no me la ahorre; en cuanto al honor, estoy segura de que a *lady* Delacour le es más querido que su propia sangre, y con relación a la inquina, me preocuparía que nos la ahorrásemos por la señora Luttridge, cuando todas sabemos que es cosa en que se complace, aún más que yo en la notoriedad o *lady* Delacour en la sangre. Pero continúe, señorita O'Grady; decía tener algunas sugerencias.

»—Sí, me gustaría observar, como es mi deber para con mi ahijada, que quien se ve obligado a disparar con la mano zurda, por muy buen tirador que sea, no puede estar al mismo nivel que quien cuenta con la

ventaja de valerse de la diestra.

»Harriot frotó mi pistola con la manga del gabán y yo, recobrando el ingenio al mismo tiempo que la esperanza de mostrarme ingeniosa impunemente, repliqué:

»—Qué duda cabe de que la zurda sabiduría y el zurdo valor no son los mejores ejemplos de su género, pero habremos de conformarnos con ellos si no disponemos de otros.

»—Ese "si" —respondió la señorita O'Grady— no busca, como otros de su familia, promover la paz. *Milady* Delacour, permítame observar que mi ahijada ha sufrido un desafortunado accidente en forma de absceso en el índice de la mano derecha que le impide apretar el gatillo; pero me pongo al servicio de cualquiera de ustedes dos, señoras, si no fueran capaces de aceptar tal decepción de buen grado.

»Jamás en mi vida estuve dispuesta a aceptar de mejor grado una decepción y demostrar que carecía de malicia. Como gesto hacia nuestras madrinas y a fin de guardar las formas, accedí a que tomásemos posición y disparásemos al aire. La señora Luttridge, con su zurda sabiduría, lo hizo primero y yo, con magnanimidad, seguí su ejemplo. Es de justicia reconocer que la madrina de mi adversaria, la señorita O'Grady, hizo honor a su apellido al conducirse durante todo el lance no solo con la buena disposición, sino con el temperamento afable y la generosidad característicos de los irlandeses. Nos conocimos enfrentadas y nos despedimos amigas.

»¡La vida es una tragicomedia! Aunque los críticos no lo admitan en sus libros, este género es la representación fidedigna de lo que acontece en el mundo. Y de todas las vidas, la mía ha sido la más grotesca amalgama —¿o acaso habría de decir "sucesión"?— de tragedia y comedia. Todo esto es a propósito de algo que aún no te he contado. Y es que este cómico duelo para mí acabó en tragedia. ¿Cómo?, te preguntarás. Bien, es evidente que no fue con un tiro que me atravesara la cabeza, aunque habría sido mejor, cien veces mejor para mí que eso hubiese sucedido. Me habría ahorrado, al menos en esta vida, los tormentos del condenado. Yo no estaba acostumbrada a preparar y cargar una pistola, por lo que me excedí con la pólvora. Al disparar, el tiro salió por la culata y me dio en el pecho con las consecuencias que ya has visto.

»El dolor en aquel momento no fue nada en comparación con el que he sufrido desde entonces. Pero no me quejaré hasta que no pueda evitarlo. Cuando recibí la descarga no tuve tiempo de lamentarme, pues apenas había disparado cuando oímos un fuerte grito al otro lado del

granero y una muchedumbre de ciudad, pueblo y campo llegó como un torrente por el sendero, armada de rastrillos y horcas. La turbamulta inglesa es cosa verdaderamente formidable. Marriott había errado en sus asuntos de la manera más extraña: había hecho que se corriera la voz sobre un duelo entre mujeres, pero el ignorante sentido del decoro de aquellos rústicos tanto se había indignado ante la idea de que se batieran dos hembras en atuendo de varón que creo firmemente que nos habrían arrojado al río con sumo gusto. ¡Qué majaderos! Estoy convencida de que no se habrían escandalizado tanto si hubiéramos boxeado en enaguas. La ausencia precisamente de enaguas a punto estuvo de ser nuestra destrucción, o como mínimo nuestra ruina, pues una dama noble, una vez en el arroyo, sería incapaz de levantar cabeza de manera airosa. La muchedumbre nos había rodeado y no cesaba de gritar: "¡Vergüenza! ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! Nobles o plebeyas, ¡al agua con ellas!" cuando volvieron la atención hacia una piara de cerdos que sin cesar de gruñir y berrear bajaban por el sendero conducidos por un hombre. Este iba ataviado con un espléndido uniforme y armado con una vara larga de cuyo extremo pendía una vejiga. Los cerdos, asustados, corrían chillando de un lado a otro del camino mientras el uniformado porquero, en medio del tumulto, apenas lograba hacerse oír. Al cabo se le entendió decir que una apuesta de cien guineas dependía de que fuera capaz de mantener la piara por delante de una manada de pavos que la seguía, y rogó a la muchedumbre que los dejaran pasar a él y a sus cerdos. Al saber de la apuesta y ver al caballero convertido en porquero, el gentío se entusiasmó y, al oír su voz, Harriot Freke no pudo sino exclamar: "¡Clarence Hervey! ¡Esto sí que es tener suerte!".

—¡Clarence Hervey! —interrumpió Belinda a *lady* Delacour.

—Clarence Hervey, querida —confirmó esta sin inmutarse—. Ya ves que todo lo puede, hasta conducir cerdos mejor que nadie. Pero permíteme que prosiga.

»Harriot Freke había bramado con voz tan estentórea que asustó a tu porquero y hubo de explicarle, en francés, nuestro problema y su causa. Clarence, como supongo que ya habrás adivinado, era aquel inteligentísimo joven inglés que había escrito sobre lo adecuado y necesario de los duelos femeninos y le respondió a Harriot: "Tratar de rescatarlas por la fuerza sería estéril, pero haré algo mejor: crearé una distracción que las favorezca". Nuestro héroe, dirigiéndose al recio individuo que me sujetaba, exclamó: "¡Vamos, muchachos! ¡La vieja Inglaterra siempre triunfa! Por allí viene un francés con una manada de

pavos. Mis cerdos los vencerán por cien guineas. ¡Viva la vieja Inglaterra! ¡Vamos!”.

»Mientras así hablaba, se divisó en un recodo del camino al oficial francés con quien había hecho la apuesta, con los pavos medio volando medio renqueando ante él por el camino. El francés agitaba una bandera roja sobre las cabezas de su tropa; Clarence, una vara en cuyo extremo colgaba una vejiga llena de alubias. Los cerdos gruñían, los pavos glugluteaban y la muchedumbre gritaba entusiasmada por defender el buen nombre de la vieja Inglaterra. Seguían a Clarence con bulliciosas aclamaciones; al oficial francés, con murmullos y silbidos. Tales eran la confusión y el celo de los patriotas, que hasta el placer de arrojar al río a las duelistas quedó olvidado en el desorden general. Todos los ojos y los corazones estaban volcados en la carrera; ora tomaban la delantera los pavos, ora los cerdos. Cuando llegaron a la vista del estanque de los caballos, oí a un hombre exclamar: “¡Que no se nos olviden las mujeres!”. ¡Cómo me estremecí! Pero nuestro caballero les gritó a sus seguidores: “Por el amor de la vieja Inglaterra, mis valientes muchachos, colocaos entre los cerdos y el estanque. ¡Si nuestros cerdos ven el agua, correrán a zambullirse y la patria estará perdida!”. El discurso hizo que toda la atención de la muchedumbre se apartara de nosotras. “Venga, venga, muchachos, a la ciudad, al mercado. ¡Quien llegue antes, gana la apuesta!”. Nuestro general sacudía triunfal la ruidosa vejiga por encima de las cabezas de la “cochina multitud” y lo seguimos perfectamente seguras como parte de la comitiva hasta la ciudad.

»Hombres, mujeres y niños se asomaban a puertas y ventanas. “Escondeos en el primer lugar que encontréis”, nos susurró Clarence cuando nos hallábamos cerca. Harriot Freke se abrió camino hasta la tienda de una modista, pero yo no pude seguirla, pues un cerdo asustado se dio la vuelta de improviso y casi me tiró al suelo. Clarence Hervey me sujetó y me ayudó a refugiarme en el establecimiento, mas su galantería le hizo perder la apuesta. Mientras él me asistía, los pavos adelantaron a los cerdos varias yardas y, al llegar a la plaza del mercado en primer lugar, resultaron vencedores.

»El oficial francés no iba a tener fácil salir ileso de la ciudad, pero Clarence convenció a la muchedumbre de que se trataba de un prisionero bajo su custodia y que no sería propio de ingleses insultarlo. Así logró escabullirse sin que le propinaran una zurra y ambos regresaron sanos y salvos a casa del general Y., donde estaban invitados a cenar y donde divirtieron a un nutrido grupo de oficiales con el relato

de su aventura.

»La señora Freke y yo nos regocijamos en nuestra fuga y dimos el asunto por zanjado, pero nos equivocábamos. La noticia del duelo, que se había difundido por toda la ciudad, provocó un escándalo nunca visto, ni siquiera en las más reñidas elecciones. ¿Puedes creértelo? Su suerte se dirimió en nuestro duelo. La gente común, a una sola voz, declaró que no votaría ni por el señor Luttridge ni por el señor Freke, pues… Aunque no es menester que te repita todas las perogrulladas que dijeron. En fin, que no hubo cintas ni brandi que les hicieran entrar en razón. Como buenos ingleses cervigudos, todos y cada uno fueron y votaron a un candidato independiente de su elección cuya esposa, por descontado, se comportaba como es debido.

»Mi único consuelo en todo el asunto fue la opinión de Clarence Hervey de que el atuendo de varón me favorecía más que a mi amiga Harriot Freke. Clarence estaba prendado de mi personalidad y mi gracia, pero en aquella época no estaba para apegarse con seriedad ni a mí ni a nada. Creo que a la sazón contaba diecinueve o veinte años; era todo vivacidad, presunción y contradicciones, entusiasta en la defensa de sus opiniones y, al tiempo, el hombre más indulgente del mundo, pues no había conjunto de dogmas que pudiera llamar exclusivamente suyo: adoptaba en liberal rotación todos los absurdos posibles y, para hacerle justicia, defendía el que tocase con los argumentos más ingeniosos imaginables y con una elocuencia que regalaba el oído, si no el sentido. Su ensayo sobre los duelos femeninos fue algo extraordinario, se distribuyó en forma de manuscrito hasta gastarse, y hablaba de publicarlo y de dedicármelo. Sin embargo, de esta empresa, como de un millón más, hablaba sin ponerla jamás en práctica. Por suerte para él, muchas de sus locuras se quedaban en palabras que se llevaba el viento. En aquella época los veía poco, a él y a sus locuras. Lo único que sé es que, después de perder las cien guineas del porquero por actuar como un caballero y rescatar a las dos duelistas de la turba, escribió en honor de la ocasión unos versos encantadores, pero tanto le irritó la estupidez de algunos de sus hermanos oficiales, incapaces de comprender los versos, que le tomó ojeriza al ejército y vendió su comisión. Se marchó al Continente al tiempo que yo volvía a Londres con Harriot Freke, por lo que me olvidé de su nombre y su existencia durante tres o cuatro años… A menos que las personas sean de utilidad o estén realmente presentes, poco importa si siempre han sido agradables o meritorias, es muy probable que las olvidemos. Una se vuelve extrañamente egoísta cuando vive en el mundo; es una cura

perfecta para las románticas nociones de gratitud, amor y demás. Si hubiera vivido en el campo, en una vieja mansión, es indudable que Clarence Hervey habría reinado soberano en mi imaginación por haberme salvado la vida, etc., pero en Londres una no tiene tiempo para pensar en salvadores. Y, sin embargo, no podría decirte qué hice con mi vida. Pasó sin dejar huella, un día tras otro, sin saber cómo. Si llorase por cada día perdido, los ojos se me habrían secado de tantas lágrimas derramadas. Si hubiera disfrutado de algún entretenimiento en mitad de la disipación, me daría por satisfecha, pero te confieso que me fatigaba mortalmente. No hay nada más monótono que la vida de una dama elegante y decadente: me pregunto si un caballo de tiro o de molino se cambiaría de lugar de buen grado conmigo si supiera tanto como yo sé... Veo que te sorprende oírme decir todo esto. Ay, Belinda, ¡cómo te envidio! Tú no estás hastiada de todo. Para ti el mundo aún presenta el lustre de la novedad, pero no esperes que dure más de una temporada. Mi primer invierno fue entretenido, es cierto. Una se prenda al principio del bullicio, el resplandor y lo que los franceses llaman *spectacle*, pero creo que en seis meses se le ha pasado. Solo recuerdo haberme divertido en el teatro, la ópera, el Panteón y Ranelagh, y solo por los lugares en sí. Pronto, muy pronto, empezamos a salir para ver a la gente y no los lugares. Luego, nos cansamos de ver gente; después, de que la gente nos vea y, a la postre, salimos solo porque no soportamos quedarnos en casa. Una historia lamentable pero real... Perdóname por mostrarte la verdad desnuda; la falsedad bien vestida es un personaje mucho más “presentable”.

»Ahora llego a un momento de mi historia en el que escasean los acontecimientos extraordinarios. ¿Qué puedo hacer? ¿Debería inventármelos? Lo haría si pudiera, pero no puedo, conque te confesaré que durante estos últimos cuatro años habría muerto del tedio si no me hubiera mantenido viva el odio a la señora Luttridge y a mi marido... No sé a cuál detesto más... Oh, sí, sí lo sé: sin duda a la señora Luttridge, porque una mujer siempre puede odiar a otra más de lo que odiará a un hombre, a menos que haya estado enamorada de él, lo que nunca fue el caso con el pobre lord Delacour. ¡Sí! Ciertamente es la señora Luttridge a quien más detesto y son incontables las extravagancias que he hecho con el fin de eclipsarla. Hemos rivalizado celebrando al mismo tiempo grandes fiestas, conciertos, galas, representaciones teatrales... Me ha costado más de lo que ella misma vale, pero es cierto que la he mortificado como mínimo una vez al mes. Mi odio a la señora Luttridge, querida, es la causa remota de mi

intimidad con tu tía Stanhope. Es una mujer de lo más inteligente, que sabe cómo aprovechar el odio de todos sus amigos y conocidos en su propio beneficio. Ocuparse de los amantes es un trabajo ingrato en comparación con hacerlo con los “odiadores”; odiadores educados, claro. Hasta donde sé, puede ser peligroso interferir en las riñas de aquellos que odian a sus vecinos no solo con toda su alma, sino con todas sus fuerzas; los bárbaros, en cambio, pelean, se besan y vuelven a ser amigos. Las riñas que no acaban en pelea son más seguras para el intermediario, pero tampoco pueden compararse con aquellas en las que nunca se llegan a intercambiar palabras. El odio silencioso es el que dura para siempre.

»En cuanto se supo que la señora Luttridge y yo habíamos tomado la determinación de no volver a hablarnos, tu tía Stanhope empezó a alimentar mi odio tornándose sumamente agradable. Un invierno me avisó de que mi adversaria se había propuesto ofrecer un magnífico entretenimiento cierto día. Ese mismo día, por supuesto, resolví celebrar una gala rival. La doncella de la señora Stanhope tenía un enamorado, un jardinero que vivía en Chelsea y que tenía un áloe que pronto florecería. Como comprenderás, una planta que florece una vez cada cien años bien merece la pena. El jardinero quería exhibirla en público y esperaba ganar con ello unas cien guineas. La doncella de la señora Stanhope se la compró para mí por cincuenta y yo me encargué de que se extendiera el rumor de que el áloe presidiría una de las cenas de *lady* Delacour. Lo difícil era conseguir que la señora Luttridge celebrase su gala el día que queríamos, pues ya sabes que el florecimiento del áloe no es algo que pudiéramos posponer. Tu tía Stanhope manejó el asunto a las mil maravillas gracias una “amiga común” de quien los Luttridge no sospechaban. En resumidas cuentas, querida, salí victoriosa: todo el mundo dejó a la señora Luttridge y vino a casa para ver el áloe. Aunque había dispuesto una cena extraordinariamente elegante, apenas un alma se quedó con ella; todos vinieron a ver lo que solo se podía presenciar una vez cada cien años. La altura del áloe hace que resulte engorroso adornando una mesa, pero, por suerte, mi salón tiene una cúpula, y fue debajo donde lo colocamos. Alrededor de la enorme maceta de porcelana en que estaba plantado dispusimos las más bellas o, más bien, las plantas de invernadero más caras que encontramos; al fin y al cabo, el áloe es bastante feo. Empero cumplió su propósito: hizo que la señora Luttridge, como me informaron fuentes fidedignas, llorase por la humillación. Yo le estaba harto agradecida a tu tía Stanhope y le

aseguré que, siempre que estuviera en mi mano, podría confiar en mi gratitud. Por favor, cuando le escribas, repíteselo y dile también que desde que me presentó a Belinda Portman me siento cien veces más en deuda con ella.

»Pero continuemos con tan importante historia... No voy a cansarte con todas las batallas que libré en mi guerra de los siete años con la señora Luttridge. Creo que el amor es más de tu gusto que el odio, por lo que proseguiré con toda la celeridad posible hasta el regreso de Clarence Hervey de sus viajes. Para entonces había mejorado mucho, o al menos así me lo pareció, pues se le oyó declarar que, después de todo lo que había visto en Francia e Italia, *lady* Delacour le parecía la mujer más encantadora de toda Europa "para su edad". Esa expresión me irritó y no escatimé esfuerzos en hacer que la olvidara. A un hombre estúpido no es fácil convencerlo de que sus sentidos lo engañan: ve lo que ve, ni más ni menos. Pero no hay nada más fácil en el mundo que conquistar a un hombre inteligente, pues lo único que se ha de hacer es apelar de los sentidos a la imaginación; así verá con los ojos de la imaginación y oirá con los oídos de la imaginación y poco importará la edad o la belleza o el ingenio de la mujer que lo encandila; poco importará si se trata de *lady* Delacour o de Belinda Portman. Creo que conozco a fondo el carácter de Clarence Hervey y que podría llevarlo adonde quisiera; pero no te inquietes, querida, ya sabes que no podría llevarlo al altar... Me miras, desvías la mirada y no sabes bien adónde mirar. Tal vez te sorprenda que, después de todo lo que ha pasado y todo lo que he sentido y todo lo que aún siento por el pobre Lawless, no me halle curada de coquetería. A mí también, pero la costumbre, la moda, el demonio, creo yo, nos dirige. Además, lord Delacour es tan celoso y obstinado... No habrás olvidado aquella "conversación educada" que mantuvimos una mañana durante el desayuno su señoría y yo sobre Clarence Hervey. Pero ni el uno ni el otro sospechan que mi propósito con él es ocultarle al mundo lo que no puedo esconderme a mí misma: que soy una mujer que se muere. Lo soy, y veo que me consideras una criatura extraña, débil e incoherente. Estaba destinada a algo mejor, pero ahora es demasiado tarde: toda la vida he sido una coqueta y moriré siéndolo. Te lo digo con sinceridad. Déjame disfrutar de la gloria de conducir a Clarence Hervey en público unos meses más y luego abandonaré el escenario. En cuanto al amor, ya sabes que en mi caso es algo fuera de toda cuestión; todo lo que exijo y deseo es la admiración.

Lady Delacour se detuvo y se reclinó en el sofá. Parecía sufrir

grandes dolores.

—¡Ay, como ves, a veces siento un dolor terrible! Durante dos años, después de haber sufrido la descarga de la pistola, me negué a reconocer los agudos pinchazos de advertencia que sentía de vez en cuando, pero acabé aterrorizada. Marriott era la única persona a quien mencionaba mis miedos y ella es tremendamente ignorante. Me halagaba con falsas esperanzas hasta que, ¡ay de mí!, ya no cabía dudar de la naturaleza de mi mal. Entonces me urgió a consultar a un médico. Pero eso no lo puedo hacer. Nunca consultaré a un médico. Ni por todo el universo dejaría que se conociera mi situación. Me miras espantada; no eres capaz de ponerte en mi lugar. Pero, querida, si pierdo la admiración de los otros, ¿qué me queda? ¿Querrías que viviera con su compasión? Imagina lo horrible que sería para mí, que no tengo amigos ni familia, quedar confinada en un cuarto, postrada en un lecho de enfermo… Sé que es lo que sucederá al final, pero aún no, ¡aún no! Soy fuerte. Me despreciaría si no tuviese algún mérito al menos. Además, aún puedo encargarme de representar mi papel en público y si el bullicio, el ruido, el absurdo, si nada de eso me divierte o me interesa, al menos sirven para estorbar la reflexión. ¡Que jamás sepas lo que es sentir remordimientos! La idea de Lawless, pobre desgraciado de cuya muerte soy tan culpable como si le hubiera disparado yo misma, me persigue en cuanto me hallo sola. Hace ocho o nueve años que murió y, desde entonces, vivo en una incesante carrera de disipación; pero de nada sirve, pues la conciencia…, ¡la conciencia se hace oír! Desde que mi salud se ha visto debilitada, creo que soy más consciente y en verdad pienso que mi estúpido señor, que no posee ni ideas ni sensaciones más que cuando está ebrio, es cien veces más feliz que yo… Pero basta, Belinda, te había prometido que no verías «escena» alguna y voy a cumplir mi palabra. Sin embargo, es una gran alivio abrir mi corazón a quien posee sentimientos. Harriot Freke carece de ellos… Estoy convencida de que no los tiene más que esta mesa… Aún no te he referido cómo me ha utilizado. Ya sabes que fue ella quien me llevó, o más bien me arrastró, a aquel lance con Lawless, cosa que nunca le reproché. Y también sabes que fue ella quién me amedrentó hasta que me batí en duelo con la señora Luttridge, cosa que tampoco le reproché jamás… Me ha costado la paz de espíritu, la salud, la vida… Lo sabe y, con todo, me abandona, me traiciona, me insulta y me deja morir. Me es imposible controlar el temperamento como para ser coherente cuando hablo de ella. No puedo expresar con palabras lo que siento. ¿Cómo es posible que ese ser, el más traicionero que haya existido, me

haya hecho creer durante diez años que era mi amiga? Mientras creí que me quería, le perdoné todas las faltas. ¡Todas! ¡Qué palabra tan absoluta! Todo, todo se lo perdoné sin cesar de decir: «Pero tiene buen corazón». ¡Buen corazón! ¡Carece de él! Carece de sentimientos por alguna criatura viviente salvo ella misma. Siempre pensé que no se preocupaba de nadie sino de mí; ahora veo que también es capaz de desecharme como un guante viejo. Y supongo que esto también lo considerará una travesura o, como ella misma diría, pura diversión. ¿Te lo puedes creer? ¿Qué dirías que ha hecho, querida? Ha acabado yéndose con la odiosa señora Luttridge. Ha bajado con ella y con su esposo al condado de…; el miembro independiente ha dimitido de la Cámara de los Comunes y dejado su escaño libre, así que al momento se han convocado nuevas elecciones. Los Luttridge van a apoyar a Freke: no el primo de Harriot, con quien ya no se tratan, sino el marido, que ahora va a convertirse en senador. Está dispuesto a presentarse por el condado siempre que Luttridge se quede con el municipio de Freke. Lord Delacour, sin mediar palabra, ha ido y le ha prometido su participación a esta preciosa camarilla, y *lady* Delacour se ha quedado sola y como un cero a la izquierda. Puedo entender perfectamente los motivos de milord: este invierno perdió mil guineas a la mesa de la señora Luttridge y esta es una forma cómoda de pagárselas, pero por qué Harriot tiene tantas ganas de servir a un marido al que aborrece amargamente sorprendería a cualquiera que no la conozca como la palma de su mano, que es mi caso. Tu acabas de entrar en el mundo, Belinda, el mundo de la perversidad, quiero decir; si no, ya habrías oído del escándalo que hubo hace unos años con Harriot Freke y ese primo suyo. Sin traicionar su confianza, te diré lo que todo el mundo sabe y es que tan lejos fue que, si no hubiera sido por mí, ni un alma la visitaría. Se lanzó a un mar de desatinos en el que no hacía pie y, una vez alejada la marea de la moda, se vio hundida hasta las rodillas en el fango: una figura ridícula y escandalosa. Yo tuve el arrojo y la estúpida bondad de ponerme en peligro por ella y arrastrarla a tierra firme. Cómo ha logrado salir adelante desde entonces es algo que no puedo decirte precisamente porque me hallo en ese secreto. Pero la catástrofe es pública... Y ahora, para hacer las paces con el marido, renuncia a su amiga... ¡Vaya! Hasta eso se lo habría perdonado si no hubiera caído tan bajo como para irse con la señora Luttridge. Esta le ofreció (porque he visto la carta en cuestión y la respuesta de Harriot) acoger a Freke, el marido, y conseguirles a ambos un condado y la «paz doméstica» a condición de que Harriot desistiese de toda relación con *lady* Delacour.

La señora Luttridge sabía que eso me provocaría lo indecible, pero no hay nada que no sea capaz de hacer para satisfacer sus malévolas y mezquinas pasiones… Por una vez en la vida ha triunfado: todas las culpas por el duelo, claro, han recaído sobre mí y, lo creas o no, sé de buena tinta que también me culpa por entero del asunto Lawless… Bueno, insinúa que lo que Lawless declaró sobre mi inocencia en el lecho de muerte fue «muy generoso». ¡Ay, la traición y la bajeza de esa mujer! Y que el destino quisiera que me enterase de todo anoche, en el baile de máscaras… Esperé y esperé, busqué a Harriot por todas partes. Sabía que iba a venir vestida de la viuda Brady, así que en cuanto esta apareció, la saludé con la familiaridad acostumbrada. La viuda no dijo nada y, cuando insistí en saber la causa de tan súbita mudez, me condujo a otro aposento, donde se desenmascaró y me encontré al señor Freke. ¡Me quedé pasmada, no tenía ni idea de la verdad!

»—¿Dónde está Harriot? —creo que fueron las primeras palabras que acerté a pronunciar.

»—Se ha ido al campo.

»—¿Al campo?

»—Sí, al condado de…, con la señora Luttridge.

»¡La señora Luttridge! ¡La odiosa señora Luttridge! Apenas podía creer lo que me decía, pero Freke, que siempre me ha detestado al creer que era yo quien llevaba por el mal camino a su esposa y no al revés, habría disfrutado de ver mi estupefacción y mi rabia, por lo que las oculté con todo el aplomo del que fui capaz. Continuó abrumándome con explicaciones y copias de cartas, me confirmó que lo estaba haciendo a petición de la señora Freke y que a primera hora de la mañana la seguiría rumbo al campo. Me aparté y me limité a desearle buen viaje y que disfrutase de toda la paz familiar que su paciencia merecía… Él sabe que conozco la historia de su esposa y, aunque ella no tenga vergüenza, a él alguna le queda. Me satisfizo ver que lo dejaba rojo de ira y durante una hora más representé el papel de musa de la comedia para convencerlo de que toda su malignidad junta fracasaría en el intento de quebrar mi ánimo… en público, porque lo que sufro en privado es algo que solo mi corazón sabe.

Acabado el relato con estas palabras, *lady* Delacour se levantó súbitamente y empezó a tararear una melodía de ópera. Luego se retiró a su *boudoir* y, mientras abandonaba la alcoba, le dijo a Belinda con tono despreocupado:

—Adiós, mi querida Belinda; te dejo para que rumies estos pensamientos dulces y amargos, para que reflexiones sobre el último

discurso y la confesión de *lady* Delacour, o bien sobre algo que va a interesarte mucho más: el primer discurso y la confesión de… Clarence Hervey.

Capítulo 5



Vestidos de cumpleaños

La historia de *lady* Delacour y el modo en que la relató despertaron en Belinda asombro, piedad, admiración y desdén. Asombro por su incoherencia, piedad por sus desventuras, admiración por su talento y desdén por su comportamiento. A estas emociones les sucedió el recuerdo de la promesa que le había hecho de no abandonarla en su enfermedad postrera a merced de una doncella insolente. Belinda contemplaba dicha promesa con horror. Temía la visión de un sufrimiento que sabía que desembocaría en la muerte. Temía la visión de esa afectada alegría y esa verdadera levedad que tan mal se avenía con la condición de una mujer moribunda. Se estremecía ante la idea de hallarse bajo la férula de alguien tan incapaz de conducirse a sí misma y no podía sino culpar con severidad a su tía Stanhope por haberla colocado en situación tan peligrosa. Era evidente que esta debía de conocer algunas partes de la historia de la vizcondesa y, cuanto más lo pensaba, más sorprendida estaba de que su tía hubiera escogido tal acompañante para una muchacha que apenas entraba en el mundo. Cuando el discernimiento se despierta súbitamente y se ve obligado a actuar, ¡qué multitud de deducciones extrae en muy poco tiempo! Belinda veía las cosas bajo una nueva luz y, por primera vez en su vida, razonaba por sí misma sobre lo que veía y sentía. En ocasiones es más seguro para los jóvenes ver a ciertos personajes antes que oír hablar de ellos. A distancia, *lady* Delacour le había parecido la mujer más feliz del mundo; de cerca, había descubierto que era uno de los seres más desdichados. Haber casado a su sobrina con un hombre como lord

Delacour habría sido para la señora Stanhope la mayor suerte imaginable, mas para Belinda era obvio que ni el título de vizcondesa ni el placer de gastar tres fortunas podían garantizar la felicidad. *Lady* Delacour le había confesado que, en mitad del lujo y la disipación extremos, había sido presa constante del tedio, que la carencia de felicidad doméstica jamás se vería compensada por esa admiración pública tan anhelada y que la inmoderada indulgencia de su vanidad la había conducido con paso inevitable al desatino y la imprudencia que le habían arruinado la salud y habían destruido su paz de espíritu. «Si *lady* Delacour, con todas las ventajas de la riqueza, el rango, el ingenio y la belleza, no ha sido capaz de lograr la felicidad en esta vida de elegante disipación —se decía Belinda—, ¿cómo habría de seguir sus pasos y esperar mejor suerte?».

Es harto singular que los mismos medios que la señora Stanhope había empleado para convertir a su sobrina en una dama elegante tendieran a producir el efecto diametralmente opuesto a lo que habría esperado. El resultado de las reflexiones de Belinda sobre la historia de *lady* Delacour fue la resolución de aprovechar su mal ejemplo, si bien tal resolución era más fácil de alcanzar que de mantener. Su señoría, cuando se proponía agradar o controlar a alguien, presentaba unos modales fascinantes y, para obtener sus fines, sabía alternar el sarcástico poder del ingenio con el amable tono de la persuasión. Para materializar sus nuevos planes de vida, Belinda tenía la intención de gastar lo mínimo posible en vestidos y fruslerías mientras permaneciera en Londres. Contaba con tan solo cien libras por año, que eran los intereses de su fortuna, pero su tía, deseosa de que se presentara en la corte y luciese espléndida, le había enviado también una libranza de su banquero por valor de doscientas guineas. «Confío en que me las devolverás —concluía la carta— cuando estés establecida en el mundo, cosa que espero y, según *lady* Delacour me ha contado sobre el poder de tus encantos, creo que sucederá muy pronto para entera satisfacción de todos tus amigos. Por favor, no dejes de mencionar a mi querido Clarence Hervey en particular la próxima vez que me escribas. Por lo que tengo entendido de alguien que lo conoce bien y que ha visto un extracto de su renta, su fortuna disponible asciende a diez mil libras al año».

Belinda decidió no presentarse en la corte ni tocar las doscientas guineas de su tía y le escribió una larga carta para explicarle su opinión y sentimientos con todo lujo de detalles. Con ella pretendía devolverle la libranza, pero sus ideas y sentimientos cambiaron desde el momento

de la redacción hasta el envío. En el ínterin, la señora Franks, la modista, le había llevado a casa a *lady* Delacour un bonito vestido y, aunque verlo no fue lo que hizo a Belinda cambiar de opinión, no pudo resistir las chanzas de la dama.

—Vaya, querida —le dijo su señoría tras escuchar todo lo que tenía que decir sobre su amor por la independencia y la necesidad de ahorrar para poder conservarla—. Todo eso me parece estupendo, pero voy a traducírtelo a inglés simple y llano: la otra noche te hirieron mortalmente ciertas reflexiones lanzadas sin ton ni son por un grupo de caballeretes, Clarence Hervey entre ellos, y en vez de castigarlos, has resuelto sabia y generosamente castigarte a ti misma. Así, para convencer a este joven de que no piensas ni en redes ni en jaulas, que no tienes intención alguna de conquistar su corazón y que él no ejerce ninguna influencia sobre el tuyo, has determinado con muy buen juicio, a la primera insinuación hecha por él, cambiar tu atuendo, tus modales y tu carácter para así decirle en los términos más claros: «Ya ve, caballero, que a buen entendedor una palabra basta; veo que no aprueba los vestidos llamativos ni la coquetería, y como solo vestía y coqueteaba para agradarle y ni coquetería ni vestidos le han agradado, abandonaré ambos con la esperanza de que mi simplicidad sea de su gusto». Ten por seguro que Clarence Hervey comprende la simplicidad tan bien como tú y como yo. Todo eso sería fabuloso si él no supiera que oíste la conversación, pero como sí lo sabe, te digo que atribuirá cualquier mudanza repentina en tus modales y tu apariencia, para bien o para mal, a los motivos que acabo de mencionar. Conque, por nueva que seas en estas lides, no empieces a maniobrar tú sola. Déjaselo a tu tía Stanhope, o a mí, y entonces tu conciencia siempre estará tan limpia como tus manos, de las cuales Clarence Hervey dijo el otro día, por cierto, que eran las más blancas que jamás hubiera visto. Quizá se te haya metido en la cabeza que el vestido de gala no te favorece, pero te aseguro que así será, pues a ti todo te queda bien, aunque:

Bajo el círculo encantador del aro
el zapato mismo es capaz de hacer daño.[20]

»Así que baja a ver a la señora Franks y encárgale un vestido para el cumpleaños como haría toda criatura razonable.

En efecto, como haría toda criatura razonable, la señorita Portman acompañó a *lady* Delacour y encargó, o más bien dejó que esta encargase por ella, un atuendo elegante y moderno por valor de

cincuenta guineas.

—La semana que viene has de venir conmigo al salón y presentarte, y como será la primera vez, es menester que te muestres elegante y que no lleves el mismo vestido que para el cumpleaños del rey. Así que dejemos que la señora Franks primero acabe este con toda celeridad y para entonces puede que hayamos pensado en algo superlativamente encantador para la noche de las noches.

Cuando la señora Franks se fue, Belinda suspiró.

—¡Un penique de plata por tus pensamientos! —exclamó *lady* Delacour—. Seguro que estás pensando que eres como la Camilla de Frances Burney y yo, como la señora Mitten. Y seguro que tu institutriz te habrá dicho, igual que a mí me dijo la mía y a ella la suya, supongo, que leer novelas es para las jovencitas el más peligroso… ¡Pero si es Clarence Hervey! —se interrumpió al verlo entrar en la estancia—. Clarence, por el bien de esta joven, te lo ruego, ayúdame a buscar una máxima moral contra la lectura de novelas; aunque eso iría en contra de tu conciencia y de tus intereses, conque ahórratelo. ¡Cómo lamento que no pudiéramos disfrutar de la encantadora serpiente la otra noche en el baile!

En cuanto mencionó la mascarada, Clarence Hervey recordó con viveza la conversación que había tenido lugar en casa de *lady* Singleton y su turbación se hizo evidente, aunque no para Belinda, quien se había alejado para estudiar unas partituras nuevas que había sobre un atril en el otro extremo de la habitación y a quien tal ocupación le resultaba tan maravillosamente interesante que durante algunos minutos no oyó, o pareció que no oía, ni una palabra de la conversación que se desarrollaba entre el caballero y *lady* Delacour. Al cabo, esta le tocó el hombro y dijo con tono jocoso:

—Señorita Portman, te ruego que atiendas a la petición de Clarence Hervey. Es un apasionado de la música para desgracia mía, porque sin ver jamás mi arpa siempre me censura haber dejado de tocarla. Ahora acaba de darme su palabra de que no volverá a atormentarme en un mes si tú nos deleitas con una melodía. Te aseguro, Clarence, que Belinda toca el arpa divinamente; te encantaría…

—Su señoría no debería desperdiciar tan valiosos elogios —la interrumpió Belinda—. ¿Acaso olvida que a Belinda Portman y sus méritos ya se les ha dado más publicidad que a los suavizadores para navajas Packwood?

El modo en que tales palabras fueron pronunciadas impresionó a Clarence Hervey, que empezó a creer que tal vez la sobrina de la

casamentera señora Stanhope no fuese una mezcolanza de artificios y afectación. «Aunque la tía haya ido dándole publicidad —se dijo—, ella parece poseer demasiada dignidad para hacerlo y sería harto injusto culparla de las faltas de otra persona. Continuaré viéndola».

El anuncio de unos visitantes matutinos interrumpió las reflexiones del joven, pero los efectos aparecieron de inmediato, pues aumentó su buena opinión de Belinda y su ambición por agradarla se vio espoleada. Hizo gala de toda su capacidad de ingenio y humor, y no solo *lady* Delacour, sino todos los presentes observaron que «el señor Hervey, que siempre ha sido el hombre más divertido del mundo, esta mañana se ha superado y ha sido el más divertido del universo». No obstante, se sentía afligido, pues se había percatado claramente de que, si bien Belinda participaba con tranquila dignidad en la conversación general, su actitud con él era seria y reservada. A la mañana siguiente se presentó antes de lo habitual, pero *lady* Delacour, aunque siempre estaba en casa para recibirlo, se estaba vistiendo para ir a la corte. Cuando Clarence preguntó si la señorita Portman acompañaría a la dama, su amiga Marriott le hizo saber que no iba a ser presentada ese día porque la señora Franks no le había llevado el vestido. Así, dos horas después acudió de nuevo a la mansión, cuando *lady* Delacour ya se había marchado, y preguntó por la señorita Portman. «No está en casa», fue la humillante respuesta, dado que al pasar junto a las ventanas había oído el delicioso sonido del arpa. Impaciente, caminó de un lado a otro de la plaza hasta que vio aparecer el carruaje de *lady* Delacour.

—La recepción ha durado lo indecible esta mañana —dijo mientras ayudaba a su señoría a bajar del coche—. ¿Acaso no soy la más virtuosa de las virtuosas por ir a la corte en un día como este? Aunque, como el resto de las personas extraordinariamente buenas —le susurró mientras subía las escaleras—, existen motivos igual de extraordinarios para mi bondad. La reina pronto ofrecerá un encantador desayuno en Frogmore y estoy haciendo la corte cuanto puedo con la esperanza de que se me invite. He resuelto que Belinda vea una de esas galas antes de que dejemos la ciudad… Pero ¿dónde está?

—No está en casa —respondió Clarence con una sonrisa.

—¿Que no está en casa? Ya sabes que eso es una tontería. ¡Brilla, aparece, déjate ver, mi adorada Zara![21] —exclamó *lady* Delacour al tiempo que abría la puerta de la biblioteca—. Aquí la tenemos, haciendo a saber qué, imagino que estudiando las *Meditaciones sobre las tumbas* de James Hervey, por la santidad de su apariencia. Si no te

hallares por encima de toda consideración sublunar, admira mis lirios del valle y permíteme que te dé una lección, no sobre cabezas ni sobre corazones, sino sobre algo mucho más importante: sobre tontillos y guardainfantes. Hoy en día todas las mujeres los llevan, pero qué pocas, y es esta una triste conclusión, ¡qué pocas saben llevarlos! Ahí tenemos a mi amiga *lady* C., que con atuendo informal parece distinguida, pero así que se le pone un tontillo no suscita sino lástima, parece su prisionera y tiene tantas dificultades para moverse como una criatura con un andador. Cierto es que avanza, igual que lo hace el pobre niño, pero eso no es caminar. Ay, Clarence, ojalá hubieras visto a las dos señoritas R., la una pegadita a la otra y su padre luciéndolas a ambas como un par de botellas en una bandeja doble ¡con unas magníficas etiquetas de diamantes alrededor del cuello!

Animada por las carcajadas de Clarence Hervey, empezó a imitar lo que llamó la torpeza con el tontillo de todas sus conocidas y, aunque esto no hubiera no logrado divertir a Belinda, era imposible que siguiese seria al oír a Clarence Hervey afirmar que estaba seguro de que podría manejarse con uno tan bien como cualquier mujer en Inglaterra salvo *lady* Delacour.

—Mire, *lady* Delacour —dijo—, ahí en la puerta tiene a *lady* Boucher, la viuda miope. No sería capaz de reconocer mi rostro ni mis barbas y me apuesto cincuenta guineas a que, si entro en una sala vestido con tontillo, no será capaz descubrirme por mi ademán, pues no me traicionará la torpeza masculina.

—¡Te tomo la palabra! —exclamó *lady* Delacour—. Han hecho pasar a la viuda, ya la oigo por las escaleras. Toma, vete por ahí y, como eres el hombre más rápido del mundo, no dudo de que estarás vestido en un cuarto de hora. Entretanto, yo entretendré a la dama con algún escándalo. ¡Ve! Marriott tiene tontillos y ropa vieja mía y sé bien de tu ascendiente con ella. Así que ve y aprovecha, y luego déjanos contemplarte en toda tu gloria, aunque tiemblo al pensar en mis cincuenta guineas.

Lady Delacour entretuvo a la noble viuda, tal y como había dicho, un buen cuarto de hora; luego hablaron durante otro cuarto sobre los vestidos de los salones y, al cabo, la vieja dama empezó a referir las distintas curas milagrosas que, bien lo sabía ella, había logrado su extracto concentrado de cuasia favorito. Comenzó a contarles la historia de un esclavo negro llamado Quassi, quien, habiendo descubierto este árbol medicinal, guardó el secreto hasta que el señor Daghlberg, magistrado de Surinam, se lo sonsacó, trajo un esqueje a Europa y se lo

comunicó al gran Carlos Linneo. En ese momento anunciaron a Clarence Hervey con el título de «condesa de Pomenars».[22]

—Una mujer encantadora, *émigrée* —susurró *lady* Delacour—. Habría estado hoy en los salones de la corte si no hubiera sido por un equívoco mío; ya estaba vestida ¡y se me olvidó llamarla! Ay, *madame* de Pomenars, qué apuro me da verla —continuó mientras se acercaba a saludar a Clarence Hervey, que había hecho su entrada con donaire y seguridad.

El caballero manejaba el tontillo con habilidad y destreza tales que bien merecía el halago de ser un genio universal. Su condesa de Pomenars habló incomparablemente bien en francés y en un inglés imperfecto y dijo ser descendiente de los Pomenars de tiempos de *madame* de Sevigné y tener en su poder varias cartas originales de la dama y un mechón del fino cabello de *madame* de Grignan.

—En ocasiones se me antoja, aunque puede que sean imaginaciones mías, que esta joven no es muy distinta de su *madame* de Grignan —dijo *lady* Delacour refiriéndose a Belinda—. Vi un retrato suyo en Strawberry Hill.

Madame de Pomenars admitió cierto parecido, si bien añadió que decir tal cosa sería un enorme cumplido para aquella.

—Sería un pecado, sin duda, malgastar tales lisonjas con los muertos, mi querida condesa. Pero mire, sin ánimo de adular a los vivos y dado que posee un mechón de *madame* de Grignan, tal vez pueda decirnos si la linda cabellera de la que *madame* de Sevigné tanto hablaba es nada comparable con la de mi Belinda.

Mientras hablaba y antes de que la joven se percatase de sus intenciones, *lady* Delacour soltó su hermoso cabello. La condesa de Pomenars quedó tan impresionada al verlo que no fue capaz de tributarle los halagos correspondientes.

—¡Venga, tóquelo! —dijo *lady* Delacour—. Mire qué fino y suave…

En ese momento peligroso, astuta, dejó caer el peine y Clarence Hervey se inclinó de inmediato a recogerlo olvidándose por completo de su papel y del tontillo que llevaba. Al moverse tiró el atril y *lady* Delacour exclamó «*Bravissima!*» antes de estallar en carcajadas. El caballero reconoció que había perdido la apuesta, se sumó al regocijo y declaró que cincuenta guineas era un precio demasiado bajo por haber visto el cabello más hermoso que jamás hubiera contemplado.

—Sin duda su discurso merece un mechón de ese precioso cabello, señorita Portman. Que el mundo hable, ¿acaso *madame* de Pomenars no merece un mechón a la altura del de *madame* de Grignan? Será un

segundo rizo robado, Belinda.

Por suerte para la joven, no apareció de inmediato «la feroz tijera» del poema de Pope, dado que las damas distinguidas hoy en día no llevan consigo, como era costumbre antaño, utensilios tan poco útiles. La modesta y graciosa dignidad de los modales de la señorita Portman era tal que escapó sin que se la pudiese acusar siquiera de remilgada, retirándose a sus aposentos en cuanto le fue posible.

—Por allí pasa con «inquebrantable majestad»[23] —dijo *lady* Delacour.

—Es una mujer encantadora —respondió Clarence Hervey con voz queda antes de llevar a la vizcondesa ante el nicho de una ventana, donde continuó sin alzar la voz—. ¿Cree que podría obtener unos minutos de audiencia privada cuando su señoría esté libre? Tengo...

—Yo nunca estoy libre —interrumpió la dama—, pero si hay algo en particular que quieras decirme, como mi conocimiento de la naturaleza humana me indica, puedes venir al concierto de esta noche antes de que acuda todo el mundo. Espera paciente en la sala de música y tal vez te conceda una audiencia privada, ya que has tenido el detalle de no llamarlo un *téte-à-téte*. Entretanto, mi querida condesa de Pomenars, ¿no cree que deberíamos quitarnos los tontillos?

Por la tarde, Clarence Hervey esperó mucho tiempo en la sala de música a que apareciese *lady* Delacour y solo él sabrá la paciencia que hubo de tener.

—¿No te he dado tiempo a componer un discurso encantador? —le preguntó *lady* Delacour al entrar en la sala—. Aunque debo pedirte que sea lo más breve posible, a menos que quieras que lo oiga la señorita Portman, que bajará dentro de tres minutos.

—Entonces, en una palabra, *lady* Delacour, ¿podría, y querría, reconciliarme con ella? Estoy muy preocupado por aquel estúpido diálogo sobre los suavizadores que oyó en casa de *lady* Singleton...

—Lo que te preocupa es que lo oyera, sin duda.

—No —repuso—. Me alegro de que lo oyera, ya que es lo que me ha convencido de mi error, pero me preocupa que fuera tan osado e injusto como para juzgar a la señorita Portman de manera tan precipitada. Estoy convencido de que, pese a ser sobrina de la señora Stanhope, posee dignidad de mente y simplicidad de carácter. ¿Se lo hará saber, mi querida *lady* Delacour?

—Espera —lo interrumpió—. Deja que lo memorice. Habría sido una terrible mensajera de los dioses y diosas, pues jamás en mi vida he podido, como Iris, repetir un mensaje con las mismas palabras con que

me lo entregaran. Veamos, «dignidad de mente y simplicidad de carácter», ¿verdad? ¿Y no sería mejor que dijera simplemente: «Mi querida Belinda, Clarence Hervey desea que te diga que está convencido de que eres un ángel»? Porque esa sola palabra «ángel» es tan expresiva, tan completa y comprensible, que a mi parecer contiene todo lo que podría decirse o imaginarse en tales ocasiones por una u otra parte.

—Pero tal vez la señorita Portman haya oído la canción que dice:

Lo que sabemos de los ángeles
lo dije de broma.[24]

—Entonces, ¿no lo dices de broma, sino con sobria sinceridad? ¡Ah! —exclamó *lady* Delacour enarcando las cejas—. No sabía que la cosa hubiera llegado a tanto.

Y, volviéndose al pianoforte, tocó:

Había una vez un joven en Ballinacrasy
que ardía en deseos de tomar esposa
y con esta dulzura le habló a la mujer:
¡Pardiez! Cásate conmigo, mi Ally Croker.[25]

—¡No, no! —exclamó Clarence entre risas—. Aún no he llegado a tales extremos, *lady* Delacour, se lo prometo; ¿acaso no es posible decir que una joven posee dignidad de mente y simplicidad de carácter sin tener ni sugerir idea alguna de matrimonio?

—Indicas una diferencia, harto apropiada aunque no lo bastante enfática, entre tener y sugerir tales ideas… En ocasiones un caballero sugiere por su interés, su honor o su solaz aquello que no prometería ni haría por nada del mundo.

—¡Menudo canalla! Ningún caballero prometería, sea por su honor, su interés o su solaz, lo que no estuviese dispuesto a hacer. Y yo no soy un canalla. Jamás he prometido a hombre o mujer nada que no haya cumplido fielmente. Yo no hago trampas en el amor.

—Y, sin embargo, no te duelen prendas a la hora de bromear o adular el corazón de una mujer.

—Según el caso —reconoció Clarence con una sonrisa—. Un intercambio justo, como bien sabe, no constituye un robo. Si una bella mujer me hurta el corazón, sin duda *lady* Delacour no esperará que no intente hacer lo mismo.

—¿Forma eso parte del mensaje para la señorita Portman?

—Como su señoría desee. Confío plenamente en su discreción.

—En verdad soy una persona de lo más discreta, pero tu confianza es excesiva si esperas que vaya a llevar a cabo, con decoro y feliz éxito, el delicado encargo de decirle a una joven bajo mi protección que un caballero que ha profesado ser mi admirador está enamorado de ella, aunque ni abriga ni desea sugerir idea alguna de matrimonio.

—¡Enamorado! ¿Cuándo he empleado yo esa palabra? Con relación a la señorita Portman, lo único que he expresado es mi estima y ad...

—¡Y nada más! —exclamó la vizcondesa—. Confórmate con la estima; así la señorita Portman estará a salvo... y tú también, supongo. Por cierto, Clarence, ¿y cómo se concilia tu estima y «admiración» (porque hasta ahí puedo llegar, ¿verdad?) por la señorita Portman con tu admiración por *lady* Delacour?

—Perfectamente bien, pues, como todo el mundo sabe, Clarence Hervey es un hombre con demasiado gusto como para comparar a una recién llegada de provincias con el ingenio y las prendas de *milady*. Podría, como al hombre de ingenio en ocasiones sucede, anhelar la idea de instruir a tal inocente para convertirla en su esposa, ya que antes o después ha de casarse, pero por mi honor que, gracias al cielo, aún no me ha llegado esa hora.

—¡Gracias al cielo, sí! Ya sabes que hombre casado es hombre perdido para el mundo de la moda y el galanteo.

—No más, espero, que una mujer casada... —La conversación quedó interrumpida por un fuerte golpe en la puerta que anunciaba la llegada de los asistentes al concierto—. Prométame que me reconciliará con la señorita Portman —suplicó vehemente.

—Sí, os reconciliaré y verás que Belinda te vuelve a sonreír, pero con una condición —respondió *lady* Delacour a toda prisa, como si la apremiara el bullicio de las personas que subían las escaleras—, aunque ya hablaremos de ello en otro momento.

—No, no, no, mi querida *lady* Delacour. Hablemos ahora. —La asió de la mano— ¡Con una condición! ¿Qué condición?

—Con la condición de que me concedas un pequeño favor, aunque en realidad sea para Belinda. Iremos juntas a la fiesta de cumpleaños del cuatro de junio y me ha insinuado más de una vez que nuestros caballos resultan extraordinariamente desaliñados para alguien de nuestra condición. Sé bien que en tal ocasión (su primera aparición en la corte, ¿sabes?) desearía lucirse como es debido. Milord, siempre tan categórico, ha dicho que no nos permitirá comprar un par de caballos de las cuadras de Tattersal, los más bellos que jamás hubiera visto, y de

los que sé que Belinda se ha prendado en secreto, al igual que yo he hecho abiertamente, mas en vano.

—Es imposible que su señoría y la señorita Portman se prenden de algo en vano, especialmente si es algo que Clarence Hervey puede conseguirles. Conque —añadió, besándole la mano con galantería—, ¿me permite sellar así nuestro tratado de paz?

—¡Qué audacia! ¿Es que no ves a la gente entrando? —exclamó *lady* Delacour al tiempo que retiraba la mano, aunque sin demasiada prisa.

Era evidente que en ese momento, al igual que hasta entonces, no le daba ni miedo ni apuro que el señor Hervey le mostrase su devoción en público. Con sumo tacto había satisfecho su interés por conocer qué opinaba de Belinda. Estaba convencida de que el matrimonio no ocupaba sus pensamientos más inmediatos, pero que si se viese condenado a casarse, la señorita Portman sería su mujer. Y en tanto que esto no interfiriese con sus planes, *lady* Delacour se daba por satisfecha.

20 N. de la Trad.: En el original, «But from the hoop's bewitching round, / The very shoe has power to wound». Los versos proceden de «The Spider and the Bee», la décima fábula de *Fables for the Female Sex*, de Edward Moore (1744).

21 N. de la Trad.: Este es el nombre que se da a Zaïre, la protagonista de la tragedia homónima de Voltaire (1732) en la adaptación inglesa de Aaron Hill, *The Tragedy of Zara* (1736).

22 N. de la Trad.: La marquesa de Pomenars fue un personaje real que aparece repetidamente mencionado en las célebres *Cartas* que *madame* de Sevigné escribió a su hija, la condesa de Grignan, y que fueron publicadas entre 1725 y 1754.

23 N. de la Trad.: En el original, «unblenched majesty». Se refiere al verso 430 de *Comus*, de John Milton (1634): «she may pass on with unblenched majesty».

24 N. de la Trad.: Versos de una canción escrita por Moses Méndez para el entretenimiento musical *The Chaplet* (1749): «What know we of angels, / I meant it in joke».

25 N. de la Trad.: Canción popular irlandesa compuesta por Harry Grogan en 1725, cuyo original reza: «There was a young man in Ballinacrasy, / Who wanted a wife to make him unasy, / And thus in gentle strains he spoke to her, / Arrah, vill you marry me, my dear Ally Croker?».

Capítulo 6



Modos y medios

Cuando *lady* Delacour le hubo repetido a la señorita Portman el mensaje sobre la «simplicidad de mente y dignidad de carácter», concluyó con franqueza:

—Belinda, no obstante lo dicho, estoy resuelta a conservar a Clarence Hervey entre mis numerosos adoradores públicos mientras siga viva, que ya sabes que no será por mucho tiempo. Cuando me haya ido, querida, será todo tuyo y te lo cederé con gusto. Si fama póstuma es ridícula, los celos póstumos serían detestables.

Había una parte de la conversación entre el señor Hervey y la dama que, con gran discreción por su parte, no le repitió de inmediato a la señorita Portman: la referida a los caballos. La única participación de Belinda en tal transacción había sido darle la razón a su señoría cuando esta se los había mostrado diciendo que eran los caballos más hermosos que jamás hubiese visto. El señor Hervey, a pesar de la galante respuesta que diera a *lady* Delacour, se hallaba secretamente irritado al comprobar la poca delicadeza que Belinda había demostrado al permitir que se utilizase su nombre de tal modo. Se arrepentía de haber hablado de su «dignidad de mente», expresión que le parecía inadecuada, y volvió a su anterior opinión sobre la sobrina de la señora Stanhope. Y es que estas recaídas siempre son peores que la enfermedad primera. Al día siguiente mandó los caballos a casa de *lady* Delacour y, al ver a Belinda, la trató con la galantería propia de un caballero convencido de que se le había vendido barata la reconciliación. Pero a medida que sus modales se tornaban más familiares, los de ella se volvían más

reservados. *Lady* Delacour se reía de sus remilgos, pero de poco servía. A Clarence Hervey se le antojaba que su señoría no había cumplido su parte del trato.

—¿Acaso las sonrisas no acompañan siempre a la reconciliación? Y, sin embargo, no he obtenido una sola de la señorita Portman desde que aquella se me prometió.

Abochornada por los reproches y molesta al ver que a Belinda no le afectaban sus chanzas, *lady* Delacour se fue enojando cada vez más. Belinda, sin saber que hubiera dado motivo alguno para que nadie se ofendiese, seguía impertérrita, lo que aumentaba la turbación de la vizcondesa. Una noche, retomando su anterior apariencia de amistad y confianza y tras ponerla de buen humor con sus halagos, exclamó de repente:

—¿Sabías, querida, que llevo toda esta semana tan avergonzada que apenas me he atrevido a mirarte a la cara? Soy consciente de que fui en extremo grosera y arisca contigo el otro día. Llevo penando desde entonces y, como todos los penitentes, a buen seguro que habré sido estúpida y desagradable, pero, si me dices que me perdonas tal capricho, *lady* Delacour volverá a ser ella misma.

No fue difícil obtener el perdón de Belinda.

—Sin duda eres demasiado buena, pero he decir en mi descargo que me rodean más cosas que me pongan de mal humor que a la mayoría de la gente. He aquí, querida, que el hombre más obstinado que en el mundo ha sido, milord Delacour, me ha puesto en el peor de los aprietos: hice que Clarence Hervey me comprase un par de caballos y ahora no consigo que lord Delacour se los pague... y se me olvidaba contarte que pronuncié para ello tu nombre, aunque no en vano. Le dije a Clarence que, si me hacía este favorcito, tú le perdonarías todas sus faltas y... Vaya, querida, ¿por qué me miras como si te hubiera apuñalado en el corazón? Al fin y al cabo solo le pido unas cuantas sonrisas a tu bella boca. ¿Acaso ha olvidado esta cómo sonreír?

En ese momento Belinda estaba demasiado enfadada como para entender sus bromas. La ira le insufló un valor desacostumbrado y, perdido todo el temor al ingenio de *lady* Delacour, protestó enérgicamente por que su señoría hubiera usado su nombre sin su conocimiento o consentimiento. Belinda se sentía en peligro de que la arrastraran a una situación que podría resultar fatal tanto para su reputación como para su felicidad, y su sorpresa ante el comportamiento de la dama no podía ser mayor al recordar la historia que poco tiempo atrás le había contado sobre Harriot Freke y el coronel

Lawless.

—No puede sino comprender, *lady* Delacour, que, tras el desprecio que el señor Hervey ha mostrado por las tretas de la señora Stanhope con sus sobrinas me rebajaría si tratase en modo alguno de atraer su atención. No hay ingenio ni elocuencia que puedan hacerme cambiar de opinión en este punto: no podría soportar el desprecio.

—Muy probable, sin duda —la interrumpió *lady* Delacour—. Pero si te dignases a abrir los ojos (algo que las heroínas tienen por principio no hacer, pues de hacerlo se acabaría la novela), si abrieses los ojos, digo, verías que este hombre está enamorado de ti y que, mientras tú temes su desprecio, él teme cien veces más el tuyo, y que mientras los dos seguís atemorizados por a saber el qué, tendrás que disculparme si me entretengo con alguna que otra broma. —Belinda sonrió—. Ahí está, dedícale a Clarence Hervey una sonrisa como esa y quedaré fuera de peligro y libre de deudas.

—Oh, *lady* Delacour, pero ¿por qué trata de imponerse sobre mí de este modo? Ya sabe que no se me debería convencer de hacer lo que sé, en conciencia, que está mal. No hace ni un par de días me dijo que el señor Hervey no es... hombre casadero, y una mujer con su perspicacia ha de ver que lo único que busca es coquetear conmigo. Yo no estoy a su altura en ningún caso: él es hombre de ingenio y galantería; yo no tengo práctica en asuntos mundanos. No fue la tía Stanhope quien me crio, solo llevo con ella unos años. ¡Ojalá no hubiera estado con ella en mi vida!

—Me encargaré de hacérselo saber al señor Hervey —respondió *lady* Delacour—, pero mientras tanto creo que cualquier árbitro de delicadas aflicciones decidiría en justicia que, consideradas todas las circunstancias, soy más digna de lástima que tú, ya que la catástrofe de todo el asunto es sin duda que, de una u otra forma, he de pagar doscientas guineas por los caballos.

—Puedo pagarlas yo y lo haré con el mayor de los gustos. No iré al baile de cumpleaños; aún no hemos encargado mi vestido. ¿Bastarán doscientas guineas para pagar los caballos? Aquí las tiene. Pague al señor Hervey, mi querida *lady* Delacour, y ya está.

—¡Eres una joven maravillosa! —exclamó la vizcondesa, abrazándola—. Pero ¿cómo responderé ante mi conciencia, o ante tu tía Stanhope, si no apareces en la fiesta? Imposible, querida; además, ya sabes que la señora Franks te enviará hoy a casa el vestido para la presentación y sería absurdo presentarte en la corte si luego no vas al cumpleaños. Quien dice «a» ha de decir «b».

—En tal caso, tampoco iré a la corte.

—¡No ir a la corte! ¿Qué dices? ¡Y malgastar cincuenta guineas! Jamás vi a alguien tan derrochador con el dinero y tan tacaño en sonrisas.

—Seguro que es mejor perder cincuenta guineas, por pobre que sea, que poner en riesgo la felicidad de mi vida. Su señoría sabe que si le digo «a» al señor Hervey, tendré que decirle «b». Y no, *lady* Delacour, no. Aquí tiene la libranza por doscientas guineas. Pague al señor Hervey, por el amor de Dios, y demos por concluido este asunto.

—¡Qué muchacha tan categórica! No te obligaré a decirle el abecé de Cupido a ese pedagogo terrible que es el señor Hervey hasta que tú quieras, pero hablando en serio, señorita Portman, me preocupa que me hagas aceptar esta libranza. Prácticamente te estaré robando… Aunque es a lord Delacour a quien debes culpar, pues todo se debe a su obstinación: una vez dicho que no pagaría los caballos, vería cómo se extinguen estos y la especie humana entera antes de cambiar su absurda opinión. El mes que viene estaré en posición de devolverte el dinero, querida, con todo mi agradecimiento. Y en unos meses tendremos otro cumpleaños y una nueva estrella brillará en el firmamento de la elegancia, una estrella de nombre Belinda. Entretanto, pensándolo mejor, quizá podamos hacer que la señora Franks le venda tu vestido de corte a alguien con buen gusto y así te guardes tus cincuentas guineas para la próxima. Veré qué puedo hacer. Adiós y mil gracias, tontuela.

La señora Franks al principio dijo que sería imposible deshacerse del vestido de la señorita Portman, aunque haría todo lo posible por darle gusto a *lady* Delacour…, pero al final diez guineas obraron el milagro. Belinda se alegró de salir airosa por tan poco, o eso creía ella, y, satisfecha consigo, escribió a su tía Stanhope para informarle de aquello que podía contarle de la transacción sin traicionar a *lady* Delacour. «Su señoría —le escribió— necesitaba con urgencia doscientas guineas y, para que pudiera disponer de tal suma, he renunciado a presentarme en la corte».

El tenor de la carta de la señorita Portman se entenderá a la perfección por la respuesta que recibió de su tía.

De la señora Stanhope a la señorita Portman
Bath, 2 de junio

No puedo sino sentir estupefacción, Belinda, ante tu extraordinario comportamiento y tu aún más extraordinaria misiva. No acierto a comprender a

lo que te refieres al hablar de principios y delicadeza cuando veo que no solo has olvidado el respeto que merecen las opiniones y consejos de una tía a la que todo le debes, sino que te dedicas a malgastar su dinero con artimañas. Yo te envío doscientas guineas para que puedas presentarte en la corte y tú le prestas mis doscientas guineas a lady Delacour y me informas de que, por honor a su señoría, no me puedes explicar los particulares y que, si no fuera así, estás segura de que aprobaría los motivos que te han llevado a hacerlo. ¡De lo más satisfactorio, claro que sí! Y para arreglarlo me dices que no crees que en tu situación en la vida sea menester que vayas a la corte. Tus opiniones y las mías, añades, difieren en numerosos puntos. Entonces he de decir que eres tan desagradecida como presuntuosa, pues no soy tan nueva en los asuntos del mundo como para ignorar que, cuando una joven admite albergar una opinión distinta a la de sus amigos, no es más que el preludio de algo peor. Comienza esta diciendo que está resuelta a pensar por sí misma, y luego que lo está a actuar de igual modo, y al cabo ya no hay nada que hacer, y todo el dinero, etc., que se hubiera invertido en su educación bien lo puede dar su familia por perdido.

Según lo veo yo, una jovencita como tú, criada y presentada en el mundo por medio de conocidos, está obligada implícitamente a dejarse guiar por ellos en todo lo relativo a su conducta. ¿Qué pensarías de un hombre que, después de que un amigo le abriese las puertas del parlamento, votase en contra de sus opiniones? No te falta inteligencia, Belinda, me entiendes a la perfección y, en consecuencia, debo atribuir tus errores a un defecto de tu corazón y no de tu juicio. Sé que la enfermedad de la princesa ha obligado a aplazar el cumpleaños del rey dos semanas. Si maniobrases con cautela y (sin que se entere lady…, quien es evidente que no se ha portado bien contigo en este asunto y con quien, por tanto, no tienes por qué mostrarte especialmente

delicada) hicieses ver a lord… lo disgustada y decepcionada que está tu tía Stanhope (como de hecho lo estoy) ante tu intención de perder esta oportunidad de presentarte en la corte, me juego diez contra uno a que su señoría, quien supongo que no te negará el favor, te reembolsará tus doscientas guineas. Tú se lo agradecerás como es debido, mas, al mismo tiempo, te esmerarás para que no te comprometa con su esposa, ya que esta podría ofenderse si se entera de que le has pedido el dinero a él. Me he enterado por alguien muy cercano a milord de que te aprecia mucho y él, que además de obstinado es un buen hombre y no tiene por qué temer que tú lo gobiernes, accederá a hacer exactamente lo que le pidas.

Así tendrás la oportunidad de presentarle la situación del modo más conveniente a lady…, como si fuese un gesto de consideración de milord para con ella. De esta manera, todas las partes estarán en deuda contigo (algo muy deseable) sin que a ti te cueste un penique y, al final, podrás ir al baile de cumpleaños. Lo único que has de hacer es manejarte con un poco de pericia, sin la cual nada se logra en este mundo.

Con todo mi afecto (si sigues mis consejos),

SELINA STANHOPE

Aunque, por coherencia con lo que a Belinda le parecía que estaba bien, no podía seguir el consejo dado de un modo tal hábil en esta epístola, le preocupó sobremanera haber disgustado tanto a una tía con la que se sentía en deuda. Decidió apartar todo lo que pudiera del interés de su renta para devolverle las doscientas guineas, pues era consciente de que no tenía derecho a haberle prestado ese dinero a *lady* Delacour si su tía había querido expresamente que lo gastase en su vestido de corte; sin embargo, esto no lo había dicho de forma clara al enviarle la libranza. La dama tenía la costumbre de hablar y escribir de manera ambigua, por lo que hasta aquellos que mejor la conocían con frecuencia dudaban a la hora de interpretar sus palabras, a pesar de que se disgustaba enormemente cuando los demás no entendían sus alusiones y deseos expresados a medias. Aparte de la preocupación por haberla disgustado, Belinda también se sintió molesta y herida al no notar en el trato de Clarence Hervey con ella el cambio que su conducta debería

haber obrado.

Un día le sorprendió que le reprochase haber renunciado presentarse en la corte por puro capricho. Belinda atribuyó la turbación de *lady* Delacour mientras el señor Hervey hablaba a que este no debía de saber que se había visto obligada a tomar prestado el dinero para pagarle los caballos. La joven pensó que se trataría de una suerte de orgullo mal entendido, pero resolvió guardarle el secreto a *lady* Delacour, por lo que se limitó a responderle que era llamativo que a un hombre tan familiarizado con el bello sexo le sorprendiese que una mujer fuese veleidosa. La conversación entonces cambió de rumbo y, mientras hablaban de distintos temas, entró el ayuda de cámara de lord Delacour, Champfort, con la libranza por valor de doscientas guineas de la señora Stanhope que el ayudante del carrocero acababa de traer porque la señorita Portman había olvidado endosarla. El asombro de Belinda fue casi tan grande como la confusión de *lady* Delacour.

—Sígueme, querida, vamos a buscarte una pluma y tinta. No hace falta que espere, Champfort, y dígale a ese hombre que estaremos de vuelta enseguida y que la señorita Portman endosará la libranza ahora mismo.

Lady Delacour llevó a Belinda a otra sala, donde esta exclamó:

—¡Santo cielo! ¿No le ha entregado el dinero al señor Hervey?

—No, querida, pero es todo culpa mía, o más bien, aunque eso a ti te dé igual, de milord Delacour, que no quiere pagar mi nuevo carruaje. El carrocero, insolente animal, se niega a sacarlo de su establecimiento si no se le pagan cien guineas en efectivo. Ahora que tengo los caballos, ¿para qué los querría sin un carruaje? Sé bien que a Clarence Hervey le corre menos prisa el dinero que a ese pobre diablo, así que primero le he pagado a él. Si te sirve de consuelo, y espero que así sea, te diré que a Clarence le da igual recibir el pago unos meses antes o después, pues es más rico que Creso.

—¡Oh, qué pensará de mí!

—¿Y de mí? ¿Qué pensará de mí, chiquilla?

—*Lady* Delacour —le dijo Belinda con un tono que jamás había empleado hasta ese momento—, insisto en que le entregue esa libranza al señor Hervey.

—Eso es del todo imposible, querida. No puedo negársela al carrocero, que ya me ha mandado el carruaje a casa. Lo hecho, hecho está. Pero venga, como sé que es lo único que te sosegará, asumiré toda la responsabilidad de este gran favor por parte del señor Hervey. A eso no te puedes negar, pues no eres la guardiana de mi conciencia. Le

contaré todo a Clarence y ensalzaré tu honor, querida; conque endosa esa libranza mientras yo canto alabanzas a la dignidad de tu mente y la simplicidad de tu carácter, etc., etc., etc.

Lady Delacour dejó a Belinda y regresó con Clarence Hervey, a quien refirió todo el asunto con esa gracia particular con que sabía tornar una historia mala en buena. Y a la sazón no podría haber encontrado mejor oyente que Clarence, pues no había ser humano que menos valorase el dinero que él y toda noción de la maldad de la vizcondesa se diluyó ante la gran alegría de descubrir que Belinda sí era digna de su estima. Ya sentía en toda su extensión el poder que sobre su corazón tenía la joven y a punto estaba de declarar sus sentimientos por ella cuando, por desgracia, el bullicio característico que armaban *sir* Philip Baddely y el señor Rochfort anunció su llegada por la escalera. Se trataba de los jóvenes caballeros que habían hablado de un modo tan despectivo de la casamentera señora Stanhope y sus sobrinas en casa de *lady* Singleton. El señor Hervey quería evitar a toda costa que descubrieran el estado en que se hallaba su corazón, por lo que ocultó sus emociones asumiendo al punto ese tipo de ruidosa jovialidad que nunca dejaba de complacer a la compañía, deseosa de que alguien pusiera en movimiento sus estancadas ideas. Al cabo de la visita insistieron en llevarse a Clarence con ellos a catar unos vinos para *sir* Philip Baddely.

Capítulo 7



El río serpentine

De camino a Saint James Street, donde vivía el vinatero, *sir* Philip Baddely fue reuniendo a varios jóvenes conocidos, todos ellos deseosos de presenciar un duelo de degustación, de carácter epicúreo, entre el *baronet* y Clarence Hervey. Entre otros méritos, nuestro héroe se jactaba de la exquisita precisión de sus órganos gustativos. No le gustaba el vino ni era glotón, pero en las cenas elegantes, rodeado de verdaderos sibaritas, Hervey se las daba de entendido y aseveraba ser superior hasta juzgando caldos y salsas. Habiendo ganado honor inmortal durante un ágape al protestar con gravedad que un plato de tortuga habría sido excelente de no habérsele dado «un hervorcito de más», osó afirmar, henchido por los aplausos de la compañía, que no había hombre en Inglaterra con gusto más fino que él. *Sir* Philip Baddely no podía aceptar de buen grado tal arrogancia, por lo que proclamó a grandes voces que, si bien no disputaba el juicio del señor Hervey en cuanto a la gastronomía, sí impugnaba sus conocimientos sobre vinos y lo retó a probarse con él ante un eminente comerciante de Londres y algún amigo común de gusto y experiencia demostrados. Eligieron al señor Rochfort y a un vinatero de moda para que juzgase los méritos de estos candidatos a la bacanal fama. *Sir* Philip, que a la sazón iba a aprovisionar sus bodegas, era persona de importancia para el comerciante, quien, por consiguiente, les presentó sus tesoros más escogidos. *Sir* Philip y Clarence los fueron probando por turnos, *sir* Philip con verdadera seriedad, simulándola Clarence, para luego ofrecer sus opiniones sobre los méritos positivos y comparativos de cada uno de

ellos. El vinatero, como ya se esperaba el señor Hervey, se inclinó por *sir* Philip.

—Tiene razón, *sir* Philip, les doy mi palabra. Ese vino es el mejor que tengo y no cabe duda de que posee un gusto de lo más experto —concluyó complaciente.

—Voy a decirte una cosa —exclamó el *baronet*, dirigiéndose a Clarence—. ¡Vaya que te la voy a decir, caramba! Ya no hay manera, ¡pero ninguna!, de que quedes por encima de mí.

—Entonces, ¿serías capaz de distinguir entre estos dos vinos diez veces y con los ojos cerrados?

—¿Diez veces? ¡Eso no es nada, por Dios! Cincuenta veces lo haría, ¡pardiez!, claro que sí.

Pero a la hora de la verdad, *sir* Philip no tenía a su favor más que sus bravuconadas. Clarence Hervey salió victorioso y la sensación de importancia por tal victoria se vio incrementada sobremanera por los vapores del vino que empezaban a operar en su cerebro. El triunfo fue, tal y como había dicho que sería, bacanal. Reía y cantaba con anacreóntico espíritu y acabó por afirmar que merecía ser coronado con hojas de vid.

—Vente a cenar conmigo —dijo Rochfort— y te coronaremos tres veces más; y después de la cena —le susurró a *sir* Philip— haremos una nueva cata.

—Pero como aún no es hora de cenar, pues según mi reloj solo son las seis y media, ¿qué vamos a hacer hasta entonces? —preguntó *sir* Philip antes de bostezar con patetismo.

Clarence, quien, a diferencia de sus acompañantes, no estaba acostumbrado a beber durante el día, estaba sumamente afectado por el vino, por lo que Rochfort propuso dar una vuelta por el parque para que se despejara. Mientras volvían a Hyde Park, *sir* Philip no dejaba de ufanarse de su superior resistencia física. Clarence protestó que la suya era mayor que la de cualquier otro hombre en Inglaterra y afirmó que, en ese preciso instante, caminaba mejor que ningún otro miembro del grupo, incluido *sir* Philip Baddely. Este, que era un consumado andarín, de inmediato retó a nuestro héroe a apostarse la suma que desease a una caminata.

—Hecho —respondió Clarence—, me juego diez guineas, o la suma que quieras.

Ambos echaron a andar en cuanto Rochfort voceó:

—¡Un, dos, tres, ya! No os salgáis del camino y el primero que llegue a aquel olmo gana.

Durante varias yardas se mantuvieron a la misma altura, aunque luego Clarence adelantó a *sir* Philip y llegó primero al olmo. No obstante, mientras agitaba su sombrero y exclamaba: «¡Clarence, campeón de la jornada!», *sir* Philip fue adonde sus acompañantes y señaló con frialdad que su contrincante había perdido la apuesta:

—¡Ha perdido, perdido y perdido! Está clarísimo que Clarence ha perdido.

—¿Acaso no he llegado primero al árbol?

—Sí —respondió la compañía—, pero no has seguido el camino. Te desviaste al toparte con aquel grupo de niños.

—Yo, sin embargo —dijo *sir* Philip—, pasé entre ellos, no me salí del camino y he ganado la apuesta.

—Pero ¿acaso querías que atropellase a esa criatura que se agachó justo delante?

—¿Yo? Yo no, pero tú tendrías que haber pasado con educación. Si uno quiere mostrarse cortés, en ocasiones ha de pagar por su urbanidad. Dijiste que te apostabas la suma que quisiera, creo recordar. Vas a ver que soy persona moderada y, como eres un buen amigo, Clarence, solo te pediré diez guineas.

Las carcajadas de los concurrentes lo irritaron. Estos se alegraban de poder mofarse del joven caballero, pues excitaba la envidia universal tanto por la superioridad real de sus talentos como por la manía de hacer vana ostentación de ellos con cualquier nadería por debajo de su ambición y perfecta para atraer la atención de sus compañeros.

—Que así sea. Te pagaré diez guineas, y con gusto, por tener mejores modales que ninguno de estos —se rio Clarence Hervey—. Pero recuerda que, aunque haya perdido la apuesta, no renunciaré a mi fama de gran andarín. *Sir* Philip, ya no hay quien me arroje manzanas como a Atalanta, ni niños que me hagan tropezar, así que te reto a una nueva prueba: doble o nada.

—¡Ni lo sueñes, pardiez! Hace demasiado calor para ponerme a caminar otra vez, pero ¡qué diantres!, aquí estoy si quieres nadar. Ahí tienes el Serpentine, Clarence. ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Eh?

Era bien conocido por *sir* Philip y el resto del grupo que Clarence no sabía nadar.

—Podéis guiñaros el ojo todo lo que queráis, pero ¡venga, muchachos! ¿Queréis que nade? Nadaré. ¡Y me juego cien guineas!

¿Te atreves, Rochfort, a zambullirte
conmigo en estas olas furiosas
y nadar hasta la punta aquella?[26]

Y, al instante, Hervey, que en la confusión de su mente creía recordar algún fragmento de un ensayo del doctor Benjamin Franklin sobre la natación que se figuraba le garantizaría a un tiempo seguridad y fama, se despojó al punto de la levita y se zambulló en el río, con la suerte de que no llevaba botas. Rochfort comenzó a desvestirse con parsimonia bajo los árboles y el resto de los jóvenes se quedaron riendo en la orilla.

—¿Quiénes demonios son aquellos dos que parecen venir hacia nosotros? —preguntó *sir* Philip al contemplar a un par de caballeros que se les acercaban—. Eh, Saint George, tú conoces a todo el mundo, ¿no?

—El primero me parece que es Percival, de Oakly Park —respondió este antes de ponerse a discutir a cuántos miles de libras al año ascendía su renta. Aún no lo había decidido cuando los caballeros llegaron al lugar donde se encontraba *sir* Philip.

Los niños que habían hecho a Clarence Hervey perder la apuesta eran los hijos del señor Percival, por lo que este se había acercado para agradecérselo. El caballero que lo acompañaba era un viejo amigo que había conocido a Clarence en el extranjero y al que llevaba varios años sin ver.

—Disculpen, caballeros —les dijo a *sir* Philip y su grupo—, ¿no estará el señor Clarence Hervey con ustedes? Creía haberlo visto pasar hace un momento.

—¡Diantres! Es verdad, ¿dónde se ha metido Clary? —exclamó *sir* Philip al recordarlo de repente. En ese instante, Clarence se estaba ahogando, pues se había adentrado demasiado en el agua y, tras perder pie, trataba en vano de regresar—. ¡Que me ahorquen si no nos hemos quedado sin Clary! ¿Alguno de vosotros distingue su cabeza? ¡Maldita sea, Rochfort, allí está!

—¡Demonios! ¡Ya lo veo! Pero la ropa le pesa tanto que me arrastraría con él hasta el fondo. ¡Ni en sueños voy a ir por él!

Sir Philip se volvió a sus amigos.

—Por todos los diablos, ¿es que no sabéis nadar? ¿Nadie va a ir por él? ¡Maldita sea, Clarence se va a ahogar!

Y eso es lo que inevitablemente habría sucedido si el señor Percival no se hubiera zambullido al instante y hubiera agarrado a Clarence cuando estaba a punto de sucumbir. Con gran dificultad lo arrastró hasta la orilla y, así que hubo pasado el peligro, el grupo de *sir* Philip le ofreció ayuda con grandes aspavientos. Clarence Hervey había perdido el sentido.

—¡Caramba! Hay que avisar a la gente del embarcadero; pesa como

el plomo. ¿Qué vamos a hacer con él?

Mientras *sir* Philip maldecía, el señor Percival corrió al embarcadero en busca de ayuda y acarrearon al infortunado hasta el pabellón. El caballero entrado en años que acompañaba al señor Percival se abrió paso entre la ruidosa comitiva y dio órdenes de lo que había de hacerse para reanimar al señor Hervey. Mientras él se afanaba de tan benevolente manera, los valientes amigos de Clarence lo miraban por encima del hombro y susurraban entre ellos.

—¡Caramba! Habla como si fuera médico —dijo Rochfort.

—Por mi honor que se trata del famoso doctor X. —añadió Saint George—. Lo conocí el otro día en la biblioteca circulante.

—¿Te refieres al doctor X., el escritor? —preguntó *sir* Philip—. Pues, ¡diantres!, más nos vale poner pies en polvorosa o acabaremos negro sobre blanco, y que me ahorquen antes de verme en un libro.

—De eso no hay peligro —replicó Rochfort—, ¿cómo va a verse en un libro quien jamás abre ninguno? ¡Vive Dios que es la mejor forma de evitarlo!

—Pues yo os aseguro que no habría nada que más me gustase que ver mi nombre impreso —repuso Saint George—. ¡Me haría famosísimo!

—Ni que uno no pudiera hacerse de sobra famoso y a todos los efectos sin tener que decirles nada a estos genios de la pluma. ¡Tú sí que eres digno de fama, a fe mía, por querer ver tu nombre impreso! ¡Yo te lo imprimiré en Bond Street, diantres! Aunque si de fama se trata, vale más mi Random[27] que todos los libros jamás leídos o escritos, ¡Ya lo creo que sí! Por cierto, ¿qué hacemos aquí? Hervey está en buenas manos y nosotros no pintamos nada en este estúpido lugar. Además, se acerca la hora de la cena, conque propongo que nos vayamos y dejemos a Saint George, tan deseoso como está de aparecer en los libros del doctor, para que nos traiga luego a Clary, cuando vuelva a estar listo para cenar y disfrutar de la buena compañía, ¿eh? ¡Ja, ja, ja!

Allá se fueron los fieles amigos a continuar con los importantes asuntos de la jornada.

Cuando Clarence Hervey volvió en sí, se incorporó, se frotó los ojos y, mirando atónito a su alrededor, exclamó:

—¿Qué es todo esto? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está Baddely? ¿Y Rochfort? ¿Dónde se han metido todos?

—Se han ido a casa a cenar —respondió el señor Saint George, siempre obediente a *sir* Philip—, pero me han dejado aquí para que te

lleve con ellos. A fe mía que has escapado por muy poco, Clarence. Hubo un momento en que creí que todo estaba perdido, pero eres un hueso duro de roer. Aún no es el momento de verter una botella de tinto sobre tu tumba, amigo mío, pues en nada estarás como siempre. Voy a salir a pedir un carruaje, Clary, y al final llegaremos a cenar al mismo tiempo que el resto, ¡claro que sí! Te dejo en buenas manos con el doctor que te ha salvado la vida y el caballero que te sacó del agua. —Saint George se inclinó sobre Clarence Hervey y bajó la voz—: Aquí te dejo una nota de *sir* Philip y Rochfort. Si no te importa, léela «solo para ti».

—Eso será si puedo —replicó Clarence—, porque *sir* Philip tiene una caligrafía pésima.

—Bueno, es que es un *baronet*. ¡Ja, ja, ja! —comentó Saint George antes de marcharse encantado con su sentido del humor.

Clarence, aunque con dificultad, logró descifrar la nota, que decía así:

> *En cuanto puedas, Clary, hazle alguna jugarreta al doctor ese. Es escritor, así que es lo justo: ríete de él y brindaremos a tu salud tres veces más con el borgoña de Rochfort.*
>
> *Afectuosamente, etc.*
>
> PHIL. BADDELY
>
> *P. D. Quema esta nota después de leerla.*

Clarence cumplió de inmediato el deseo de la postdata: arrojó la nota a la lumbre con indignación en cuanto la hubo leído y, volviéndose al caballero aludido, le expresó en los términos más efusivos su gratitud por la amabilidad demostrada. No obstante, se detuvo en seco cuando aún no había acabado al descubrir con quién estaba hablando.

—¡Doctor X.! —exclamó—. ¿Acaso es posible? Qué alegría volver a verte y qué alegría que seas tú a quien debo mi agradecimiento. No hay otro hombre en toda Inglaterra con quien prefiriese tener una deuda de gratitud.

—Creo que aún no conoces al señor Percival, ¿verdad? Permítame, señor Percival, presentarle al joven cuya vida ha salvado; una vida que, a pesar de que la compañía en que se encontraba le hiciera creer lo contrario, bien merece ser salvada. Se trata nada más y nada menos que del señor Clarence Hervey, de cuyo genio universal no ha visto sino una mínima muestra, gracias a la cual y con todo el mérito ha sido coronado de juncos por el dios del Serpentine. No sea tan injusto como

para imaginar que posee esa arrogancia que, en ocasiones, sería la principal característica del hombre de genio universal. El señor Clarence Hervey es, sin excepción, el hombre más humilde que conozco, pues si cualquier juez que se valga lo consideraría compañía adecuada para el señor Percival, él en su modestia se ve al mismo nivel que el señor Rochfort y *sir* Philip Baddely.

—Ya veo que, desde te conocí, has perdido tan poco de tu ingenio satírico como de tu bondad práctica. Pero me niego a admitir esa injusta acusación de humildad, conque dime dónde te alojas y mañana…

—Mañana, mañana, mañana…, ¿y por qué no hoy?

—Tengo un compromiso —respondió Clarence, dudoso y riendo—. Me temo que he de cenar con el señor Rochfort y con *sir* Philip Baddely. Y por la noche iré a casa de *lady* Delacour.

—¡*Lady* Delacour! ¿No será la misma a la que hace cuatro años, cuando estábamos en Florencia, comparaste con la Venus de Médici? No, no, no puede ser la misma, ¡la misma diosa después de cuatro años! ¡Increíble!

—Te parecerá increíble, pero es cierto. Hoy admiro a *milady* más que nunca.

—Como un verdadero *connoisseur* —respondió el doctor X.— cuya admiración por un cuadro se incrementa conforme envejece. He oído que el rostro de la dama es una de las mejores obras pictóricas que existen, con «cada una de las gracias que solo el tiempo puede conceder».[28]

—Vamos, vamos, doctor X. —exclamó el señor Percival—. No más chanzas a costa de *lady* Delacour. En este punto comparto los sentimientos del señor Hervey.

—No estará enamorado de la dama, ¿verdad?

—No estoy enamorado de la imagen que la dama tenía de sí misma —respondió—, pero hubo un tiempo en que sí estuve enamorado del original.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? —clamó Clarence Hervey en un tono totalmente distinto del empleado al dirigirse inicialmente al señor Percival.

—Del cómo, cuándo y dónde tendrá que enterarse mañana, pues aquí llega su amigo, el señor Saint George, con el carruaje.

—¡Al diablo con él! Dígame, ¿acaso es posible que ya no esté enamorado de ella? ¿Cómo? ¡Cómo es posible!

—¿Que cómo? Venga mañana a Upper Grosvenor Street, tal y como

ha prometido, y permítame que le presente a *lady* Anne Percival. Ella podrá responder a su pregunta mejor que yo y, si la respuesta no le satisface a usted, al menos me satisfará plenamente a mí, lo cual es tanto más sorprendente cuanto que se trata de mi esposa.

Para entonces, Clarence Hervey ya disponía de ropa seca y, gracias a la fuerza de una constitución excelente, jamás lesionada aun rodeada de disolutos, se había recuperado de los efectos de su reciente imprudencia.

—Vamos, Clary, que ya está aquí el coche —dijo el señor Saint George—. ¡Vaya, muchacho, lo tuyo es increíble! ¿Cómo es posible que tengas mejor aspecto después de estar a punto de ahogarte? Si fuera tú, me tiraría al Serpentine una vez al día, palabra.

—Tendrías que estar seguro de contar con buenos amigos que te rescatasen —respondió este—. Porque dime, Saint George, ¿qué andabais haciendo Rochfort, *sir* Philip, tú y el resto de mis amigos mientras yo me ahogaba?

—La verdad es que no sabría decírtelo con exactitud; en lo que a mí respecta, llevaba botas, por lo que me era imposible hacer nada. Pero ¿qué más da eso ahora? Vamos, vamos, que más nos vale preocuparnos por la cena.

Clarence Hervey, que era de sentimientos rapidísimos, se sintió sumamente dolido por la indiferencia que mostraran sus queridos amigos cuando su vida había estado en peligro; había llegado a creer que realmente era objeto de afecto y admiración entre sus compañeros y que, aunque no fuesen demasiado inteligentes o ingeniosos, sin duda tenían buen corazón. Como su reciente conducta les había arrebatado el derecho a la estima de Clarence, la parcialidad hacia ellos se tornó en desdén.

—Si sus compromisos no son ineludibles, sería mejor que viniera a casa a cenar con nosotros, señor Hervey —terció el señor Percival—, pues su médico aquí presente dice que hay que moderarse cuando uno acaba de recuperarse de un ahogamiento y, por lo que sé, la mesa del señor Rochfort es opípara en demasía para alguien en su estado.

Clarence aceptó la invitación de tan buen grado que dejó estupefacto al señor Saint George.

—Cada cual sabrá lo que se hace —le dijo a Clarence antes de montarse en el coche de alquiler—, pero por mi parte he de decir, haciendo justicia a mi amigo Rochfort, que nadie vive tan bien como él.

—«Si con vivir bien nos referimos únicamente a la comida»[29] —respondió Clarence.

El doctor X. echó un vistazo al reloj.

—Cuando lleguemos a Upper Grosvenor Street serán las ocho y *lady* Anne probablemente llevará dos horas esperándonos para cenar, tiempo que considero suficiente para poner a prueba la paciencia de toda mujer salvo a la Griselda de los *Cuentos de Canterbury*. No esperes encontrar en *lady* Anne —continuó, dirigiéndose a Clarence Hervey— una vieja Griselda, paciente y aburrida. Puedo asegurarte que es…, aunque mejor no te diré lo que es ni lo que no. Todo hombre, por poca habilidad que posea, desea tener el honor y el placer de descubrir por sí mismo la personalidad de los demás sin que esta se le imponga con letras de oro finamente blasonadas e iluminadas por la mano de algún amigo insensato. Conque te ahorraré toda alusión o ilustración habida cuenta de que, gracias a Dios, ya estamos aquí, en Upper Grosvenor Street.

26 N. de la Trad.: En el original, «Darest thou, Rochfort, now, / Leap in with me into this weedy flood, / And swim to yonder point?». Los versos aluden, con alguna ligera modificación, al monólogo de Casio en la escena II del primer acto de la tragedia *Julio César* (*Julius Caesar*), de William Shakespeare (1599).

27 N. de la Trad.: Se refiere a *The Adventures of Roderick Random*, de Tobias Smollett (1748), que, pese a su popularidad, a finales del s. XVIII era considerada una obra vulgar e inmoral.

28 N. de la Trad.: En el original, «Ev'ry grace which time alone can grant». Fragmento del antepenúltimo verso del poema *To Sir Godfrey Kneller*, de John Dryden (1694).

29 N. de la Trad.: En el original, «If to live well mean nothing but to eat», verso 111 de la sátira *Sixth Epistle of the First Book of Horace Imitated*, de Alexander Pope (1738).

Capítulo 8



Una estampa familiar

Encontraron a *lady* Anne Percival rodeada de sus hijos, que en cuanto oyeron la voz del padre volvieron a la puerta el rostro rosado, saludable e inteligente. A Clarence Hervey lo maravilló tanto la expresión de felicidad de *lady* Anne que se olvidó por completo de comparar su belleza con la de *lady* Delacour. Si tenía los ojos grandes o pequeños, castaños o garzos era algo que no habría podido decir, no; se habría quedado anonadado si le hubieran preguntado por el color de su cabello. Tampoco sabía si era hermosa según las reglas del arte, aunque sí notó que poseía el encanto esencial de la belleza, el poder de predisponer el corazón inmediatamente a su favor. El efecto de sus modales, al igual que el de su belleza, era algo digno de percibir y no de describir. Todo el mundo se sentía a gusto en su compañía y nadie se creía en la obligación de admirarla. A Clarence Hervey, acostumbrado a la brillante y exigente *lady* Delacour, este descanso del esfuerzo que requiere la admiración le resultaba singularmente agradable. La desembarazada alegría de *lady* Anne Percival sosegaba la mente y contagiaba felicidad al excitar la simpatía, mientras que en el ingenio y la jovialidad de *lady* Delacour había una apariencia de empeño y artificio que a menudo destruía el placer que deseaba transmitir (puede que algunos admiren la afectación, pero pocos simpatizan con ella). Tal vez el señor Hervey se hallase dispuesto a la reflexión tras haberse salvado por poco de ahogarse, pues una vez hechas todas esas comparaciones llegó a tal conclusión con la exactitud del metafísico acostumbrado a estudiar causa y efecto; de hecho, no había rama del

conocimiento para la que no poseyese propensión y talento, aunque para agradar a los necios a menudo aparentase «la bendición de la ignorancia».

Los niños de *lady* Anne Percival estaban observando unos pececillos dorados en una pecera de cristal y el doctor X., que gozaba del favor general de los más jóvenes de la familia igual que de los mayores, se vio engatusado por ellos en cuanto entró en la sala: una preciosa niñita de cinco años lo aferró por los faldones de la levita mientras que dos de sus hermanos lo asediaban con preguntas sobre los oídos, los ojos y las aletas. Uno de los más pequeños inclinó la pecera y observó que el pececillo regresaba de inmediato a la superficie del agua y parecía oír el ruido, pero su hermano dudaba de que un pez pudiera oír nada y señaló que tal vez le había perturbado ver o notar el movimiento del agua al golpear el cristal.

El doctor X. reconoció que se trataba de un debate sumamente instructivo y que la cuestión había sido tratada nada menos que por el abate Nollet; relató algunos de los ingeniosos experimentos que el francés había llevado a cabo para decidir si los peces podían oír o no. Mientras el doctor hablaba, Clarence Hervey reparó en el rostro inteligente de uno de sus pequeños oyentes: una niña de unos diez o doce años cuyos rasgos, si bien no su expresión, presentaban un singular parecido con los de *lady* Delacour. Cuando se lo mencionó al señor Percival, la chiquilla lo oyó y se puso roja como la grana. En ese instante anunciaron la cena y Clarence Hervey, atribuyendo el rubor a la confusión por haberla mirado con tanta fijeza, olvidó la cuestión. Uno de los niños susurró de camino al comedor: «Helena, creo que este es el caballero bondadoso que se desvió del camino para hacernos sitio en lugar de cruzar por donde estábamos como hizo el otro hombre»; todos coincidieron en que sin duda se trataba del «caballero bondadoso». Incitado por la fuerza de esta observación, uno de los chiquillos se sentó junto a Clarence y, durante la cena, empleó todo su carácter juguetón para demostrarle su gratitud y cultivar una amistad que con tan buen pie había comenzado. El señor Hervey, que se preciaba de ser siempre capaz de adaptar su conversación a la de la compañía, se distinguió con un relato sobre el pájaro pescador chino, del cual pasó a los distintos e ingeniosos métodos de pesca practicados por los cosacos rusos. Le preguntó al doctor X. cuál creía que era el motivo del prejuicio que impedía a los campesinos de aquel país comer sábalo cuando este pescado era tan común en sus aguas. De los pescados modernos pasó a los antiguos, para mencionar aquel tan

admirado por los epicúreos romanos, pues exhibía una sucesión de bellos colores al morir y, por este motivo, siempre acababa pereciendo como parte del entretenimiento en presencia de invitados. Las preguntas de los niños lo llevaron de los peces a las aves y disertó sobre los aviarios romanos, que se construían de modo que ocultasen a la vista de sus prisioneros «los campos, los bosques y cualquier otro objeto que pudiera recordarles su anterior libertad». Estaba a punto de pasar de las aves a las bestias cuando quedó mudo al contemplar la imponente severidad con que lo miraba desde el asiento frontero una dama entrada en años. Hasta ese momento no le había prestado la más mínima atención, pero su adusto semblante contrastaba a tal punto con las miradas aprobadoras de los niños sentados a su lado que Clarence no pudo sino notarlo. Le pidió que le concediera el honor de beber una copa de vino con él, que la dama rechazó arguyendo que nunca bebía más de una copa a la hora de la cena y que acababa de tomarla con el señor Percival. Sus modales eran educados, aunque arrogantes en extremo, y, de tan apasionada, su ira en ocasiones conquistaba hasta la urbanidad. Aun en silencio era patente su antipatía por Clarence. «No es culpa mía si la vieja dama me ha tomado ojeriza a primera vista», pensó y continuó hablando sobre animales. El niño sentado a su lado le había hecho algunas preguntas sobre la probóscide del elefante, por lo que mencionó el relato de Edward Ives sobre los elefantes de la India que, encargados de vigilar a los niños pequeños, los empujaban suavemente con la trompa cuando se alejaban demasiado. Luego hablaron del unicornio y Clarence, dirigiéndose al doctor X. y al señor Percival, declaró que, en su opinión, Heródoto no merecía ser llamado «el padre de las mentiras», como había hecho Cicerón, y citó al mamut para demostrar que el capítulo apócrifo de la historia de las bestias no era digno de condena, pues era más que probable que su relato pronto se convirtiese en realidad. El postre llegó a la mesa antes de que Clarence hubiera acabado con el mamut.

Mientras el mayordomo colocaba una delicada fuente de cerezas en la mesa, dijo:

—*Milady*, estas cerezas son un regalo del viejo jardinero para la señorita Delacour.

—En tal caso, presénteselas a ella —ordenó *lady* Anne—. Helena, querida, reparte tú las cerezas.

Al oír el nombre de Delacour, Clarence Hervey, pese a que aún tenía la cabeza medio ocupada por los mamuts, miró a su alrededor con estupor y, al ver la fuente de cerezas delante de la chiquilla cuyo

parecido con *lady* Delacour le había llamado antes la atención, no pudo evitar preguntar:

—Pero ¿esa jovencita no es hija de su señoría?

—No, pero la quiero como si lo fuera —respondió *lady* Anne—. ¿Qué era lo que estaba diciendo sobre los mamuts?

—Que se supone que el mamut… —Clarence se interrumpió e inquirió—: ¿Es sobrina de *lady* Delacour?

—Es su hija, caballero —respondió la severa anciana con un tono aún más aterrador que su aspecto.

—¿Le apetecen unas fresas, señor Hervey? —preguntó *lady* Anne— ¿O prefiere que Helena le sirva unas cerezas?

—¡La hija de su señoría! —exclamó perplejo.

—¿Quiere unas cerezas, señor? —preguntó Helena, aunque la voz le flaqueaba a tal punto que apenas acertó a articular las palabras.

Clarence se percató de que era él quien había provocado tal agitación, aunque no sabía exactamente por qué, por lo que se dispuso a escoger las fresas con gran diligencia y en silencio.

Las damas se retiraron poco después y, como el señor Percival no volvió a abordar el tema, Clarence se abstuvo de hacer más preguntas, aunque el súbito descubrimiento lo había dejado estupefacto. Cuando pasaron al salón para tomar el té descubrió a su amiga, la adusta anciana, hablando con tono denunciatorio. Las palabras que oyó al entrar en la pieza fueron:

—Si no existieran los Clarence Hervey, tampoco existirían las *lady* Delacour.

El aludido le hizo una reverencia como si hubiera recibido un enorme cumplido. La dama se alejó hasta una antecámara abanicándose con gran energía.

—La señora Margaret Delacour es tía de lord Delacour —le dijo *lady* Anne en voz queda—. Una mujer con el corazón más cálido que el temperamento.

—Y que no se enfría jamás —añadió la joven sentada al lado de *lady* Anna—. Yo, a la señora Margaret Delacour la llamo «el volcán», porque cuando estoy con ella nunca sé cuándo entrará en erupción. De vez en cuando explota ruidosa y expulsa fuego, humo y escombros.

—Y entre esos escombros —repuso *lady* Anne— también salen a la luz minerales preciosos.

—Pero lo mejor de todo es que no suele entrar en tal estado sin cometer cien errores de los que, después, se ve obligada a pedir mil perdones.

—Según ese cálculo —añadió *lady* Anne—, que considero justo, su arrepentimiento es siempre diez veces mayor que sus ofensas.

—Ahora que habla de arrepentimiento, *lady* Anne —terció el señor Hervey—, creo que es el momento de mencionar las ofensas que yo he cometido. Siento mucho si la indiscreción de mis preguntas le ha causado algún dolor a la señorita Delacour; tenía la cabeza tan metida en los mamuts que me puse a parlotear sin ver lo que sucedía hasta que fue demasiado tarde.

—Por favor, caballero —dijo la señora Margaret Delacour, que en ese momento había regresado y tomado asiento en un sofá con la solemnidad de quien va a dictar sentencia sobre un delincuente—, ¿podría preguntarle cuánto tiempo hace que conoce a *milady* Delacour?

Clarence Hervey tomó un libro y lo besó con gravedad, como si prestase juramento ante un tribunal, antes de responder:

—Hasta donde soy capaz de recordar, señora mía, hace ahora mismo cuatro años de la ocasión en que tuve el placer y el honor de ver a *lady* Delacour por primera vez.

—Y, en todo ese tiempo y con toda la intimidad que ha tenido el placer de compartir con su señoría, ¿nunca llegó a descubrir que tenía una hija?

—Nunca.

—¡Ahí lo tiene, *lady* Anne! —exclamó la señora Delacour—. Después de esto, no me diga que *lady* Delacour no es un monstruo.

—Todo el mundo dice que es una persona prodigiosa —respondió *lady* Anne— y, en ocasiones, prodigio y monstruosidad son sinónimos.

—Jamás se había oído hablar de monstruosidad semejante —continuó la señora Delacour— desde los días de Savage y *lady* Macclesfield.[30] Estoy segura de que odia a su hija. ¿Por qué nunca habla de ella ni va a verla? ¡Ni siquiera piensa en ella!

—Algunas madres hablan más de lo que piensan en sus hijos y otras piensan más de lo que hablan de ellos —replicó *lady* Anne.

—Siempre he creído que *lady* Delacour era una mujer de gran sensibilidad —dijo el señor Hervey.

—¡Sensibilidad! —exclamó indignada la vieja dama—. No posee sensibilidad alguna, señor mío. ¡Ninguna! ¡Ninguna! Ella, que vive en una rueda de constante libertinaje, que no cumple deber alguno, que solo vive para sí misma, ¿cómo ha de mostrar sensibilidad alguna? ¿Acaso la muestra por su esposo, por su hija, por algún fin de utilidad en el mundo? ¡Oh, cómo odio esa sensibilidad de pañuelito de batista que solo se acerca a los ojos para llorar cuando se representa una

tragedia! Sí, *lady* Delacour es una mujer de sensibilidad, se lo garantizo, siempre que la sensibilidad sea cuestión de moda. Recuerdo bien cómo interpretaba el papel de enfermera, ovacionada por los aplausos, igual que recuerdo la «sensibilidad» que mostró cuando el hijo que amamantaba cayó víctima de su disipación. El segundo de sus hijos, al que mató…

—¡Que lo mató! Mi querida señora Delacour, esa palabra es sin duda demasiado fuerte —la interrumpió *lady* Anne—. No convirtamos a *lady* Delacour en una Medea.

—Más me habría valido hacerlo —respondió la anciana—. Puedo entender que en la naturaleza exista una mujer celosa, pero una madre insensible es algo que no acierto a comprender. Rebasa el poder de mi imaginación.

—Y de la mía también, pero no puedo creer que un ser así exista en el mundo. A pesar de todas las descripciones que he oído al respecto, como usted dice, mi querida señora Delacour, rebasa el poder de mi imaginación. Así que dejemos este asunto en el capítulo apócrifo sobre los animales del señor Hervey y él nos excusará si jamás admito que se trate de una historia verdadera, al menos mientras no haya pruebas más concluyentes que las que he oído hasta el momento.

—¿Por qué, mi querida *lady* Anne? —exclamó la señora Delacour—. Vaya, este café está tan dulce que no hay forma de beberlo. ¿Qué pruebas quiere?

—Ninguna —respondió esta, sonriendo—. No quiero ninguna.

—Eso quiere decir que ninguna aceptará —respondió la anciana—, pero ¿qué prueba más concluyente que el comportamiento de su señoría con mi pobre Helena? O tal vez debería decir «su» Helena, ya que es usted quien la ha educado, protegido y tratado como haría una madre… Yo soy una vieja enferma, débil, ignorante e impetuosa. No podría haber sido lo que ha sido usted para esa niña. ¡Que Dios la bendiga! ¡Que Dios la bendiga!

La mujer se levantó al tiempo que hablaba para ir a dejar la taza de café sobre la mesa. Clarence Hervey la tomó de las manos con una mirada que decía mucho y que ella era perfectamente capaz de comprender.

—Joven —dijo—, es muy poco moderno tratar con urbanidad a los ancianos y enfermos. Ojalá su amiga *lady* Delacour encuentre tanto respeto, cuando llegue a mi edad, como admiración y galantería ha encontrado en su juventud. ¡Pobre mujer, que ha perdido la cabeza con tanta admiración! Y, si lo que se dice por ahí es cierto, el señor

Clarence Hervey tiene parte de responsabilidad por lisonjearla tanto.

—Estoy seguro de que soy yo quien ha perdido la cabeza con sus encantos —respondió Clarence— y, desde luego, no me siento culpable por admirar lo que el mundo entero admira.

—Cómo me gustaría —dijo la anciana— que, por su bien, por el bien de su familia y el de su reputación misma, *milady* Delacour tuviera menos admiradores y más amigos.

—Las mujeres que encuentran tantos admiradores pocas veces encuentran muchos amigos —dijo *lady* Anne.

—No —prosiguió la señora Delacour—, pues pocas veces son lo bastante sabias como para conocer su valor.

—Aprendemos a valorar las cosas, y especialmente a los amigos, con la experiencia —dijo *lady* Anne—, por lo que no es de extrañar que aquellos que tienen poca experiencia con los placeres de la amistad no sean lo bastante sabios como para reconocer su valor.

—Ese es un sofisma muy bienintencionado, pero *lady* Delacour es demasiado vanidosa para tener ni un solo amigo. Mi querida *lady* Anne, usted no la conoce tan bien como yo; es vanidosa como jamás hubo mujer alguna.

—Eso es mucho decir, pero también debemos tener en cuenta que *lady* Delacour, siendo como es una heredera, una belleza y una mujer de ingenio, tiene derecho al triple de vanidad que otros, como mínimo.

—Tanto su fortuna como su belleza se han desvanecido y, si le quedase algo de ingenio, ya iba siendo hora de que le enseñase a comportarse como es debido, creo yo. Pero lo doy por imposible, ¡por imposible!

—No, no —dijo *lady* Anne—, no desista todavía. Tengo entendido, y la información procede de una fuente fidedigna, que *lady* Delacour no siempre ha sido la dama elegante, disoluta e insensible que ahora parece ser. No es más que una de las transformaciones que opera la moda: el influjo de su hechizo pronto se esfumará y la dama recobrará su carácter natural. No me sorprendería que *lady* Delacour se volviese «la mujer como hay pocas».

—¿O tal vez «la buena madre»?[31] —preguntó la señora Delacour con sarcasmo— Después de haber abandonado a su hija…

—Será para bien —la interrumpió *lady* Anne—, pues cuando se haya cansado del insípido sabor de otros placeres, tanto mayor será su gusto por los de la vida doméstica, que le resultarán frescos y novedosos.

—¿Y realmente cree, mi querida *lady* Anne, que *milady* Delacour acabará siendo una mujer de su casa? —La dama tomó un par de

pellizcos de rapé antes de proseguir—. Vaya, también hay personas que creen en el milenarismo, si bien he de confesar que no soy una de ellas, ¿y usted, señor Hervey?

—Si la segunda venida me la anunciase un ángel bondadoso —respondió sonriendo, al tiempo que fijaba la vista en *lady* Anne—, ¿cómo habría de dudar de ella?

Llegados a este punto, la conversación se vio interrumpida por la llegada de uno de los hijitos de *lady* Anne, que corrió a preguntarle a su madre si le podía enseñar unos grabados al azufre a Helena Delacour.

—Quiero mostrarle el de Vertumno y Pomona, mamá. ¿A que las cerezas que trajo el viejo jardinero estaban buenísimas?

—¿Qué es lo que sucede con las cerezas y el viejo jardinero, Charles? —dijo la joven que estaba sentada junto a *lady* Anne—. Ven y cuéntamelo.

—Lo haré, pero podría contárselo mucho mejor en otro momento, porque ahora mismo Helena me está esperando para que le enseñe a Vertumno y Pomona.

—Entonces, corre con Helena y ya le contaré yo la historia por ti —dijo *lady* Anne antes de volverse a la joven dama—. Había una vez un viejo jardinero en Kensington que tenía un áloe aún más viejo que él, pues rondaba los cien años de antigüedad. Estaba a punto de florecer, por lo que el hombre calculó cuánto podría ganar si lo exhibía ante un público generoso cuando estuviera en su máximo esplendor. Concluyó que podría obtener cien libras y con ellas decidió hacer más de lo que jamás se haya podido lograr con tal cantidad. Sin embargo, mientras consideraba cómo aprovechar las flores antes de que hubieran brotado, tuvo la mala suerte de encontrarse con una bella damisela que echó todos sus planes por tierra.

—Ay, la criada de la señora Stanhope, ¿verdad? —la interrumpió la señora Margaret Delacour—. Sí que era una bella muchacha, y casi tan buena política como su ama. Solo de pensar que aquella rompecorazones engañó al pobre viejo para arrebatarle su áloe... Oh, qué bajeza la de *lady* Delacour, hacerse con la planta aquella para una de sus extravagantes fiestas.

—Pero yo tenía entendido que pagó cincuenta guineas por el áloe —repuso *lady* Anne.

—Lo hiciera o no, entre su señoría y la señora Stanhope arruinaron al pobre hombre. Lo engañaron para que se casara con aquella mujerzuela, que resultó ser todo lo que una esperaría de una alumna de esa casamentera de la señora Stanhope. Ya se lo puede usted imaginar...

—El rostro de Clarence Hervey mudó de color—. Se convirtió en ejemplo de todo lo malo: arruinó al marido, lo abandonó y lo dejó en la indigencia.

—¡Pobre hombre! —exclamó el caballero.

—Pero ahora —terció *lady* Anne— llegamos a la mejor parte de la historia. Ya verá que no hay mal que por bien no venga. Si ese pobre hombre no hubiera perdido el áloe y la esposa, es probable que yo jamás hubiera conocido a la señora Delacour o a mi pequeña Helena. En la época en que el viejo jardinero iba mendigando por las calles, una buena tarde me hallaba en Sloane Street cuando me crucé con una procesión de colegialas y a un viejo que les pedía limosna con una voz que partía el corazón. Al pasar, varias de las chiquillas le arrojaron medio penique. Una de las pequeñas, viendo que el hombre tenía grandes dificultades para agacharse, se quedó atrás y recogió la moneda que le habían echado y se la depositó en el sombrero. El viejo empezó a contarle su historia y, al quedarse escuchándolo, acabó por perder de vista a sus compañeras en cuanto doblaron una esquina. Cuando se percató de ello, comenzó a mirar en derredor llena de miedo, y jamás olvidaré la patética voz con que decía: «Oh, ¿qué va a ser de mí? ¡Todos se van a enfadar conmigo!». Yo le aseguré que nadie se enojaría y no dudó en darme la mano con la más inocente de las confianzas. La llevé junto a la directora de la escuela y quedé tan complacida con esta incipiente relación que decidí cultivarla… He oído decir que una buena amistad siempre nos lleva a otra, y así ha sido: Helena me presentó a su mejor amiga, su tía Delacour, y esta ha tenido la bondad de dejar que la pequeña pase las vacaciones y los días libre en casa, por lo que nos hemos hecho grandes amigas. Helena es prácticamente una más de la familia.

—Y he visto que se ha convertido en una criatura completamente distinta desde que pasa tanto tiempo con usted —señaló la señora Delacour—. Tenía el ánimo abatido por la desatención de su madre, pues, aunque niña, posee verdadera sensibilidad, no como la otra…

Al recordar cómo *lady* Delacour había descuidado a la pequeña, la señora Delacour estuvo a punto de volver a lanzarse a una nueva diatriba, mas *lady* Anne contuvo su indignación al susurrar:

—Cuidado con lo que dice de la madre, porque por ahí llega la hija y, como usted misma ha dicho, es una criatura sumamente sensible.

Helena y sus amiguitos entraron en la pieza cargando los grabados que habían estado viendo.

—Mamá —dijo Charles Percival—, te hemos traído los grabados

porque hay algunos personajes que no conozco.

—¡Estupendo! —respondió esta—. O puede que no tanto, pues hay algunos que tampoco conozco yo.

Los niños extendieron los grabados al azufre sobre una mesita y todos los presentes los rodearon.

—¡Las nueve musas! —dijo el más pequeño de los niños, el que se había sentado junto a Clarence Hervey durante la cena—. Ahí las tiene, señor Hervey. ¿Cuál es su favorita? ¡Hala! Ha elegido a la musa de la tragedia. No le gustará más que la de la comedia, ¿verdad?

Clarence Hervey no respondió, ya que en ese instante recordaba el aspecto de Belinda ataviada de trágica musa.

—¿Su señoría ha llegado a conocer a la joven dama que ha pasado el invierno con *lady* Delacour? —le preguntó a *lady* Anne.

—Una noche estuve sentada cerca de ella en la ópera; posee un rostro encantador.

—¿Quién? ¿Se refiere a Belinda Portman? —intervino la señora Delacour—. Le aseguro que, si yo fuera un joven caballero, no me fiaría del encantador rostro de una joven que sea pupila de la señora Stanhope y amiga de... Helena, querida, ve a cerrar la puerta —la dama bajó la voz— … de la mujer más disoluta de Londres.

—En efecto —respondió *lady* Anne—, la señorita Portman se halla en una situación peligrosa. Pero hay jóvenes que aprenden a ser prudentes cuando se encuentran en esa suerte de situaciones, igual que, por lo que le he oído contar al señor Percival, hay caballos que aprenden a trotar con soltura cuando se les deja escoger su camino por un sendero pedregoso.

En ese momento, el señor Percival, el doctor X. y otros caballeros subieron a tomar el té y la conversación siguió por otros derroteros. Clarence Hervey se propuso participar con su habitual vivacidad, pero no dejaba de pensar en Belinda Portman, situaciones peligrosas, caballos abriéndose paso, etc. Así, se equivocó un par de veces, demostrando que tenía la mente en otro lugar.

—¿Qué es eso que tienes ahí, Hervey? —preguntó el doctor X., mirando por encima del hombro—. ¿La musa de la tragedia? Se diría que rivaliza con *lady* Delacour por tu admiración.

—Bueno —respondió Clarence sonriendo—, ya sabes que siempre he sido un devoto de las musas.

—¡Y ferviente! Cómo me gustaría, por el bien de la literatura, que los poetas siempre fueran amantes, aunque no puedo decir que desee que los amantes sean siempre poetas. Hervey, recuerda que jamás debes

casarte, ¡jamás!, pues el verdadero poeta ha de ser siempre desdichado. ¿Sabes? Petrarca nos dice que, si pudiera, jamás sería feliz y que, si hubiera estado en su mano, no se habría casado con su amada, dado que habría sido el fin de sus bellos sonetos.

—Cada cual con sus gustos —respondió Clarence—. Por mi parte, tengo menos ambición de imitar el heroísmo que esperanza de verme inspirado por el genio poético de Petrarca. No tengo ningún deseo de pasarme las noches componiendo sonetos; preferiría infinitamente ser un esclavo del anillo que un esclavo de la lámpara. ¿Acaso no tengo razón, señor Percival?

Aquí concluyó la conversación. Clarence se despidió y, en cuanto hubo abandonado la sala, la señora Margaret Delacour dijo:

—¡Qué joven tan diferente de lo que habría esperado ver!

30 N. de la Trad.: El poeta Richard Savage afirmaba ser el hijo ilegítimo de *lady* Macclesfield y el cuarto conde de Rivers. Aunque la dama siempre lo negó, Samuel Johnson inmortalizó su historia en «Life of Savage» (1744), una de las biografías que conforman su *Lives of the Most Eminent Poets* (1779-1781).

31 N. de la Trad.: Tanto «Una mujer como hay pocas» («La femme comme il y en a peu») como «La buena madre» («La bonne mère») son títulos de algunos de los *Cuentos morales* (*Contes moraux*) de Jean-François Marmontel (1759).

Capítulo 9



Consejo

A la mañana siguiente, el señor Hervey fue a buscar al doctor X. y le rogó que lo acompañase a casa de *lady* Delacour.

—¿Para que me presentes a tu musa trágica?

—Sí. Quiero tener tu opinión antes de convertirme en su devoto.

—¡Mi opinión! Pero ¿de quién? ¿De *lady* Delacour?

—No. De una joven a la que verás a su lado.

—¿Es bella?

—¡Bella!

—¿Y joven?

—Y joven.

—¿Y graciosa?

—La persona con más gracia que jamás hayas contemplado.

—Joven, bella, graciosa. Que el diablo me lleve, Hervey, si te doy mi opinión de ella, pues por lógica ha de poseer como mínimo mil faltas para compensar tanta perfección.

—¡Mil faltas...! Una generosa concesión —sonrió Clarence.

—¡Calma, calma! Ya veo... «Tocadlo y no habrá ministro más ofendido».[32] Como castigo por pestañear ante mi primera observación, te prometo que, aun cuando la dama tuviese un millón de faltas y cada una de ellas fuese tan alta como el monte Olimpo, yo las veré con el ojo del lisonjeador y no del amigo.

—Te reto a que seas tan bueno o malo como muestran tus palabras, doctor —respondió Hervey—. Posees demasiado ingenio para ser un buen adulador.

—Y tal vez tú pienses demasiado para ser un buen amigo.

—En absoluto. Siempre preferiré que me hieran con un cuchillo afilado que con uno romo. Pero, mi querido doctor, espero que no tengas prejuicios contra Belinda solo porque viva con *lady* Delacour, pues sé bien que no se halla bajo la influencia de su señoría. Juzga y actúa por sí misma, cosa de la que yo mismo he sido testigo.

—¡Es muy posible! Pero antes de continuar, ¿tendrías la amabilidad de decirme a qué Belinda te refieres?

—A Belinda Portman. No caí en que no te lo había dicho.

—¿La señorita Portman? ¿Sobrina de la señora Stanhope?

—Sí, pero que eso no te predisponga contra ella —le advirtió Clarence con inquietud—. Al principio me pasó lo mismo.

—En ese caso me disculparás si sigo tu ejemplo en lugar de tus preceptos.

—No lo hagas; mis preceptos son harto mejores que mi ejemplo.

Lady Delacour recibió al doctor X. con exquisita cortesía y le agradeció al señor Hervey que le presentara a un caballero con el que deseaba conversar desde hacía largo tiempo. El doctor poseía una notable reputación literaria y era un hombre perfectamente educado, por lo que la dama ambicionaba ganarse su admiración. Además, se percató de que ejercía una considerable influencia sobre Clarence Hervey, motivo suficiente para hacer que quisiera granjearse su buena opinión. A Belinda le complacieron especialmente sus modales y conversación; vio que le prestaba suma atención y deseó que se formase una opinión favorable, aunque tuvo el acierto y buen gusto de no hacer alarde de sus habilidades y méritos. Cualquier hombre sensible, conocedor del mundo y con talento para la conversación sabe extraer fácilmente conclusiones de aquellos con quienes departe, y el doctor X. poseía tales dones en grado sumo.

—Y bien —inquirió Clarence una vez concluida la visita—, ¿qué te ha parecido *lady* Delacour?

—Me hallo «deslumbrado por la excesiva luz».[33]

—No cabe duda de que su señoría es una mujer brillante, pero espero que la señorita Portman no te haya abrumado.

—No, volví mis ojos de *lady* Delacour a la señorita Portman como el pintor vuelve los suyos al suave verde para descansarlos tras quedar apabullado por los colores estridentes: «revela los encantos de su intelecto con dulce demora».[34]

—Temía que creyeses sus modales demasiado reservados y fríos; es cierto que lo son más que antes. Pero tanto mejor: poco a poco

encontraremos bellas flores brotando bajo la nieve.

—Una esperanza de lo más poética —dijo el doctor X.—, pero a la hora de juzgar el carácter humano no debemos poner toda nuestra confianza en analogías y alusiones procedentes de la creación vegetal.

—¿Qué? —Clarence clavó la mirada en los ojos de su amigo—. ¿Qué quieres decir? Temo que no apruebes a Belinda.

—Tus miedos son casi tan precipitados como tus esperanzas, mi buen caballero, mas para poner fin a tu dolor te diré que apruebo todo lo que he visto en esa joven, si bien me resulta absolutamente imposible emitir un juicio decisivo del temperamento y el carácter de una mujer con una sola visita matinal. Como bien sabes, las mujeres, al igual que los hombres, a menudo hablan con un tipo de entusiasmo y actúan con otro. He de ver a tu Belinda en acción; debo estudiarla antes de ofrecer mi dictamen definitivo. *Lady* Delacour me ha honrado al pedirme que la visite siempre que pueda y por ti, mi querido Hervey, obedeceré punto por punto a su señoría y así dispondré de frecuentes oportunidades para observar a tu señorita Portman.

Clarence le expresó enérgicamente su gratitud por tal demostración de amistad. Belinda, a quien había entretenido la conversación del doctor durante su primera visita, disfrutaba tanto más de su compañía cuanto mejor iba conociendo su mentalidad y carácter. Notaba que le hacía desplegar sus propios poderes y que, con una cortesía y habilidad inusitadas, aumentaba su confianza en sí misma sin necesidad de rebajarse a adularla. Fue aprendiendo a verlo como un amigo; expresaba con franqueza sus opiniones sobre asuntos variopintos y a un tiempo le divertían e instruían sus observaciones sobre el carácter y los modales de quienes asistían a las reuniones de *lady* Delacour. No solo juzgaba la sinceridad del doctor por la amabilidad que le mostraba a ella, sino por su comportamiento con los demás.

Una noche, en una selecta recepción en casa de *lady* Delacour, un caballero español divertía a la concurrencia con una serie de anécdotas que demostraban la extraordinaria pasión que algunos de sus compatriotas habían mostrado antaño por el ajedrez. Mencionó a familias en las que una partida inacabada se había legado en testamento, pasando de padre a hijo, y cuya victoria había pendido de un hilo durante más de un siglo.

El señor Hervey observó que, en el pasado, ganar una batalla era algo común en la corte española, que una victoria al ajedrez parecía conferir cierto estatus y que un abad, tras perder astutamente una partida contra un ministro, había obtenido el capelo cardenalicio.

El extranjero se sintió halagado por el modo en que Hervey había presentado esta pequeña anécdota, por lo que volvió su conversación al joven hablándole en francés e italiano alternativamente. Mostró soltura suficiente en ambas lenguas, pero Clarence era aún mejor. Hasta su llegada, el extranjero había sido el principal objeto de atención, pero pronto se había visto eclipsado por el señor Hervey. Nada divertido o instructivo que pudiera decirse del ajedrez se le escapaba, y el terreno literario, que el noble y parsimonioso hidalgo habría tardado varias horas en recorrer, lo atravesó nuestro héroe en pocos minutos. De Richard Twiss a Marco Girolamo Vida, de Irwin a *sir* William Jones y de España a la India, pasó con celeridad admirable, adornando el recorrido con todo objeto imaginable, de las antigüedades indias a los estudios asiáticos.

Tal demostración de conocimiento sorprendió incluso a su amigo, el doctor X. Las damas alabaron su gusto poético; los caballeros, su exactitud como crítico. *Lady* Delacour aplaudió entusiasmada y Belinda dio su beneplácito en silencio. Clarence estaba en las nubes. El caballero español para quien acababa de citar unos versos del *Scachia Ludus* de Vida le preguntó si era tan bueno en la práctica del juego como en la teoría. Clarence se sentía demasiado orgulloso de todo aquello en lo que destacaba como para rehusar el desafío del español. Ambos se sentaron ante el tablero. *Lady* Delacour, mientras disponía los trebejos, exclamó:

—¡Quien gane el torneo será mi caballero y esta pieza de plata será su premio! ¿No fue la reina Isabel quien se la regaló a uno de sus cortesanos como señal del favor real? Me avergüenza imitar a una coqueta tan pedante, pero ahora que ya lo he dicho, ¡cómo voy a echarme atrás!

—¡Imposible! ¡Imposible! —la jaleó Clarence Hervey—. Que ese peón de plata sea nuestro premio. Si gano, como el galante Raleigh lo llevaré en mi capa. ¡Que el orgulloso Essex[35] se atreva a desafiarme!

El combate comenzó. Los espectadores guardaban silencio. Clarence cometió un error en el primer movimiento, pues se distrajo al ver a Belinda tras la silla de su adversario. Dicho error engañó al español, haciéndole desdeñar a su oponente. Belinda mudó de lugar. Clarence recobró la presencia de espíritu y convenció al extranjero de que no era hombre al que menospreciar. La partida fue dudosa largo tiempo, pero al final, y para sorpresa de todos los presentes, Clarence Hervey se proclamó vencedor.

Exultante por la victoria, miró a su alrededor en busca de *lady*

Delacour, de quien esperaba los honores de su triunfo. Había abandonado la estancia, aunque al punto regresó vestida de la reina Isabel I, a quien había encarnado una vez en un baile de máscaras, con una enorme gorguera y atuendo de la época.

Clarence Hervey, arrojándose a sus pies, se dirigió a la dama con el estilo florido que su majestad acostumbraba a oír de labios del galante Raleigh o del cultivado Essex.

Pronto la coquetería de la reina se impuso sobre la formalidad, y el cortesano favorito, aliviado por el cambio, mostró todo el entusiasmo que la más insaciable vanidad de su majestad hubiera podido desear. Representaban bien los personajes; actor y actriz se mostraban sumamente animados y tan crecidos en sus papeles que no se percataron de los comentarios que se hacían sobre la escena. Clarence Hervey no fue consciente de la situación hasta que vio un profundo rubor en las mejillas de Belinda cuando la reina Isabel se refirió a ella como una de sus damas de compañía, de quien simuló estar celosa. Advirtió que se había dejado llevar por el entusiasmo del momento más de lo que pretendía o deseaba. Era difícil volver atrás cuando su majestad parecía dispuesta a avanzar, pero *sir* Walter Raleigh, con gran presencia de ánimo, se volvió al extranjero, a quien abordó como si se tratase del embajador de España.

—Ya ve su excelencia cómo esta gran reina vuelve locos a sus fieles súbditos y después usa sus artes para no pagarles sino con palabras. ¿Por ventura el Nuevo Mundo le ha dado moneda alguna la mitad de valiosa?

La seriedad de la respuesta que obtuvo del español a esta bienhumorada pregunta dio un nuevo giro a la conversación y libró a Clarence Hervey del apuro. *Lady* Delacour, sin abandonar un ápice de su alborozo, no tuvo dificultad en desviar su atención a otros asuntos. Se llevó al embajador a otra sala para mostrarle un retrato de María Estuardo. La compañía siguió a la dama y solo quedaron Clarence Hervey con el doctor X. y Belinda, que acababa de pedirle al médico que le enseñase los movimientos del ajedrez.

—*Lady* Delacour tiene un sentido del humor encantador —dijo Clarence Hervey—: transmite alegría a todos a su alrededor.

—¿A todos? A mí me inspira más melancolía que diversión —respondió el doctor—. Ese estado de animación no me parece natural. La vivacidad de lo joven y saludable siempre me embelesa, pero esta jovialidad de *lady* Delacour no me parece propia de una mente sana en un cuerpo sano, señorita Portman.

La perspicacia del doctor lo había llevado tan cerca de la verdad que Belinda, temerosa de traicionar el secreto de su amiga, no se atrevió a levantar la vista del tablero mientras hablaba, sino que continuó colocando torres y alfiles y reyes con puntual diligencia.

—Ha puesto el alfil en el escaque del caballo —dijo Clarence.

—*Lady* Delacour parece sufrir una fiebre perpetua, no sabría decir si de la mente o del cuerpo, y como profesional tengo verdadera curiosidad por dirimir la cuestión. Si pudiera tomarle el pulso, lo sabría al instante, pero le he oído decir que siente terror ante tal práctica y el terror de una dama es imposible de vencer por la razón.

—Pero no por la astucia —repuso Clarence—. Yo te diré un método para tomarle el pulso sin que se dé cuenta y sin que te vea ni la veas tú a ella.

—¡Caramba! —El doctor X. se rio—. Ese sería un secreto de lo más útil en mi profesión, así que te ruego que me lo reveles. ¡Ya veo que es cierto que destacas en todo!

—¿Lo dice en serio, señor Hervey? —preguntó Belinda.

—Totalmente. Es de lo más simple: observe a través de la puerta la sombra de la gorguera de la reina Isabel. Mire cómo vibra, pues el movimiento, al igual que el contorno, se ve magnificado por la sombra. ¿No es capaz de contar cada pulso con claridad?

—En efecto —dijo el doctor—. Hay que reconocer que has sabido darle un uso ingenioso a una observación trivial. —El doctor se detuvo y miró a su alrededor—. Esa gente no puede oír lo que decimos, ¿verdad?

—En absoluto —respondió Belinda—. Están enfrascados en sus cosas.

El doctor X. fijó la mirada tranquila en Clarence Hervey antes de exclamar en un tono de sincera amistad:

—Qué lástima, Hervey, que un joven con tu talento y tus conocimientos, un hombre que podría ser lo que se propusiese, elija..., perdona la expresión, ser nada; que malgaste en banalidades unas capacidades dignas de grandeza; que se emplee en cuerpo y alma en cualquier disputa por una frívola superioridad cuando esa misma energía concentrada le aseguraría una primacía honorable entre los primeros hombres del país. ¿Acaso quien no solo se distingue en cualquier ciencia o situación, quien no solo podría alcanzar fama personal sino que, ¡oh, motivo mucho más noble!, podría ser siempre útil a sus semejantes ha de conformarse con ser el divertimento pasajero de los salones? Quien podría ser grande en público o feliz en privado ¿ha de desperdiciar de esta manera deplorable los mejores años

de su existencia, unos años que jamás podrá recuperar?

—¡Eso no es más que retórica!

—No, es la verdad, presentada con las palabras más duras que puedo emplear con la esperanza de causarte alguna impresión. Te hablo de corazón porque te aprecio sinceramente, Hervey, y tendrás que perdonarme si he resultado impertinente.

—¡Perdonarte! —exclamó Clarence Hervey, al tiempo que le tomaba una mano al doctor—. Creo que eres un amigo de verdad. Tendrás el mejor agradecimiento, y no de palabra, sino de obra. Has despertado mi ambición y ahora perseguiré un fin noble por nobles medios. He sacrificado algunos años, pero las lecciones que me han enseñado se quedarán conmigo. Presuntuoso como soy, no puedo jactarme de que ninguno de mis esfuerzos vaya a ser de utilidad material para mis semejantes, pero haré lo que pueda. ¡Mi excelente amigo! Si de aquí en adelante tengo éxito en la esfera pública o soy feliz en la privada, será a ti a quien se lo deba.

Belinda se sintió conmovida ante la franqueza y el sentido común con que había hablado Clarence Hervey. Vio su carácter bajo una nueva luz y, orgullosa de su buen juicio por haber discernido su mérito, se permitió por un momento sentir el «placer irreprensible de su compañía».[36]

A la mañana siguiente, *sir* Philip Baddely y el señor Rochfort visitaron a *lady* Delacour. El señor Hervey estaba presente, pero la dama hubo de acudir a la llamada de la señora Franks, por lo que Belinda se vio sola con los caballeros.

—¡Pardiez, Clary! —exclamó *sir* Philip—. No hemos vuelto a verte el pelo desde que casi te ahogaste. Y, ahora que me acuerdo, ¿por qué no te viniste a cenar aquella noche? Lo pasamos en grande, pero para tu consuelo has de saber que te echamos mucho en falta y que sentimos una barbaridad la mala suerte que tuviste al tirarte al Serpentine. ¿Verdad, Rochfort? Una barbaridad.

—Vaya —respondió irónico Clarence—, no te hace falta recurrir a testigos para convencerme de tu sinceridad. Sabes que nunca olvidaré la valentía con que te tiraste al río para salvarle la vida a tu amigo.

—¡Bah, tonterías! ¿Qué más da quién te sacara de allí ahora que estás sano y salvo? Y por cierto, Clary, ¿llegaste a burlarte de aquel doctor tal y como te dije? No, seguro que no; me parece que es él quien se ha reído de ti, ¡diantres!, pues parece que le has tomado tal ley al viejo excéntrico que no puedes vivir sin él… Señorita Portman, ¿no le admiran a usted los gustos de Hervey?

—En este caso es cierto que admiro los gustos del señor Hervey y por el mejor de todos los motivos posibles: que coinciden enteramente con los míos.

—¡Extraordinario, a fe mía! —exclamó *sir* Philip.

—¿Y qué demonios le ves para que te guste tanto, Clary? —continuó el señor Rochfort—. Porque no voy a ser tan grosero como para preguntárselo a una dama; nunca debe cuestionarse lo que les gusta y lo que no, ¿sabes? Hay quienes tienen perros para que les hagan compañía y quienes tienen gatos, así que ¿por qué no tener a un «excéntrico» de compañía?

—¡Ja, ja, ja! Esa sí que ha sido buena, Rochfort, un excéntrico de compañía, ¡ja, ja, ja! El doctor X. será el excéntrico de compañía de la señorita Portman. ¡Ahí, ahí, Rochfort! —continuó el chistoso *baronet*, y tanto él como su gracioso amigo siguieron riéndose del feliz hallazgo todo lo que era humanamente posible.

En cuanto acabaron de reírse y sin sentirse turbada en lo más mínimo por su insolente necedad, Belinda observó con absoluta calma que no tendría objeción en indicar los motivos por los que prefería la compañía del doctor X., siempre que a *sir* Philip y a sus amigos no les ofendiera. Defendió entonces al doctor con tal firmeza y, al mismo tiempo, con tal propiedad que Clarence Hervey quedó totalmente prendado de ella y encantado con su propia perspicacia por haber descubierto su verdadero carácter a pesar de tratarse de una sobrina de la señora Stanhope.

—Yo no soy de discutir —repuso el señor Rochfort—, pues por mi honor que exige demasiado esfuerzo. Una dama…, es decir, una dama hermosa siempre tendrá razón por lo que a mí respecta.

—Pero en cuanto a ti, Hervey —dijo *sir* Philip—, ¡maldita sea, muchacho!, nuestro club ha tomado la determinación de ponerte en la lista negra si sigues juntándote con ese famoso doctor, ¿sabes?

—Vuestro club, *sir* Philip, me honraría al condenarme a tal ostracismo.

—¡Ostracismo! —repitió *sir* Philip—. Seamos claros, ¿quieres decir que prefieres que te expulsemos? ¡Demonios, Clary, serás un don nadie! Pero haz lo que te plazca; que me ahorquen antes que intentar comprender a los hombres de ingenio que un día están en el Serpentine y el otro en las nubes. Conque adiós, Clary… Supongo que pronto te convertirás en doctor en Física o en pastor metodista, lo veo venir. Pues que te vaya bien. ¿De verdad quieres entrar en la lista negra? ¿O te lo vas a pensar mejor y vas a dejar al doctor ese?

—Nunca traicionaré mi amistad con el doctor X.; preferiría entrar en la lista negra de todos los clubes de Londres. La lección que me diste, *sir* Philip, el día que fui tan tonto como para saltar al río Serpentine, me ha hecho más sabio de por vida. Ahora conozco, porque lo he vivido en mis carnes, cuál es la diferencia entre los amigos de verdad y los conocidos veleidosos. ¡Abandonar al doctor X.! ¡Eso nunca!

—Pues nada, que te vaya bien, Clary —dijo *sir* Philip—. Ya no eres uno de los nuestros.

—Que te vaya bien, Clary. Ya no eres un hombre al que imitar —dijo Rochfort.

—Tanto peor y tanto mejor —respondió Clarence a modo de despedida.

Cuando hubieron salido, Clarence Hervey se volvió sin darse cuenta a Belinda y creyó leer en su semblante franco y animado que aprobaba plenamente su conducta.

—¿Hola? ¿Ya se han ido? ¿De verdad? —preguntó *lady* Delacour al entrar en la sala procedente de un aposento adjunto—. Se han quedado un tiempo desmesurado. ¡Cómo me alegro de que la señora Franks me retuviese! Me he librado de su insípida impertinencia y, a decir verdad, esta mañana tenía tantos asuntos que tratar que apenas he tenido un momento siquiera para el ingenio y Clarence Hervey. Belinda, querida, ¿tendrías la amabilidad de echar un vistazo por mí a unas cartas que, según Marriott, llevan toda la semana en mi escritorio a la espera, absurda a más no poder, de que tenga el detalle de abrirlas? Nuestra indolencia siempre termina castigándonos, como dijo el otro día tu amigo, el doctor X.; si se nos acumulan los quehaceres, cualquier viento contrario los arrastra como a la nieve hasta acabar por formar un alud que llega de improviso y nos sepulta. Discúlpame, Clarence —continuó la dama mientras abría las cartas—. Es una descortesía, pero no me cabe duda de que me perdonarás tras haber mencionado el ingenio de tu amigo, ¿o acaso debería decir sabiduría? ¡Cuán infrecuente es la unión de sabiduría e ingenio! Tal vez podrían haberse unido en *lady* Delacour, ¡oh, vanidad!, si hubiera tenido en su primera juventud un amigo como el doctor X., pero ahora es demasiado tarde —concluyó con un profundo suspiro.

La bondadosa imaginación de Clarence Hervey, al oírlo, quedó fuertemente impresionada. «¿Por qué ha de ser demasiado tarde? —se preguntó—. La señora Margaret Delacour yerra si cree que a esta mujer le falta sensibilidad».

—¿Qué tienes ahí, querida? —*Lady* Delacour le quitó de las manos a

Belinda una de las cartas que le había pedido que revisara—. Por tu expresión, se diría que algo extraordinariamente patético… «Helena Delacour»… Ah, puedes leerla para ti, querida, pues las cartas de colegialas son algo que detesto y tengo como norma no leer jamás las misivas de Helena.

—Entonces, le ruego a su señoría que haga una excepción. Le aseguro que no es una carta de colegiala sin más: la señorita Delacour parece haber heredado la elocuencia epistolar de su madre.

—La señorita Portman parece poseer, sea por instinto, herencia, magia u otros medios, un poder de persuasión que nadie puede resistir. He aquí un elogio por otro, querida. ¿Acaso hay algo la mitad de bien hilado en la carta de Helena…? —Empezó a leerla—. Es cierto que está sumamente bien redactada. ¿Dónde habrá aprendido la pilluela a escribir de un modo tan delicioso? Os digo que nada en el mundo me gustaría más que tenerla en casa conmigo este verano… El veintiuno de junio… Bueno, ya tendré tiempo de pensarlo después del cumpleaños. Aunque para entonces dejaremos la ciudad y no sabría qué hacer con ella en Harrowgate. Será mejor, mucho mejor que se quede con la aburrida de su tía Margaret, como hace siempre. Es como un mueble en Grosvenor Square, una de esas buenas personas inamovibles, uno de esos amigos zoófitos tan convenientes en ocasiones… y ella es el más impecable zoófito de toda la creación. Es verdad que le caigo antipática, pues soy de una naturaleza totalmente distinta de la suya, pero su antipatía no se extiende a mi prole; es extremadamente amable con Helena, me figuro que con el propósito de provocarme. Claro que yo también la provoco al no dejarme jamás provocar y ella me ahorra una enorme cantidad de problemas, que yo le pago con creces al darle el gusto de denostarme. Así son las cosas del mundo, Clarence… No me mires tan serio, que tú aún no has llegado a las preocupaciones que dan hijas, hijos, colegios, vacaciones y todos los males de la vida doméstica.

—¡Males! —repitió Clarence Hervey en un tono que sorprendió a su señoría. Esta se volvió de inmediato a Belinda con una sonrisa repleta de significado.

—¿Y tú por qué no has repetido también «¡males!», querida?

—Dígame, *lady* Delacour —la interrumpió Clarence Hervey—, ¿cuándo va a ir a Harrowgate?

—¡Qué cambio de rumbo tan repentino! —repuso esta—. ¿Qué asociación de ideas te ha podido llevar hasta Harrowgate en este instante? ¿Que cuándo iré a Harrowgate? Inmediatamente después del cumpleaños, creo… y te recomiendo que te unas al grupo.

—Su señoría me concede un gran honor —respondió Hervey—. Si puedo, será un placer visitarla allí.

En cuanto ultimaron los detalles de tal visita, el señor Hervey se despidió.

—Vaya, ¿aún sigues estudiando la carta de Helena? —le preguntó *lady* Delacour a Belinda una vez solas.

—Creo que su señoría aún no la había terminado.

—No. Vi algo sobre el museo Leveriano y sobre un nido de gorriones en unas tijeras de podar; me temí que fuera a referirme un catálogo de curiosidades, para lo cual tengo poco interés y menos tiempo.

—Entonces, ¿no ha visto lo que la señorita Delacour dice de la dama que la llevó al museo?

—No. ¿Qué dama? ¿Su tía Margaret?

—No, la señora Margaret Delacour, según dice, lleva algún tiempo enferma, por lo que no sale más que a casa de *lady* Anne Percival.

—Pobre mujer —reconoció *lady* Delacour—, morirá pronto y entonces tendré a Helena en mis manos a menos que otro amigo bien inclinado se encapriche con ella. ¿Quién es esa dama que la llevó al museo Leveriano?

—*Lady* Anne Percival, de quien habla con tanta gratitud y afecto que me gustaría que...

—¡Dios nos asista! —la interrumpió *lady* Delacour—. ¡*Lady* Anne Percival! Aunque, ahora que lo pienso, Helena ya me ha mencionado ese nombre antes en alguna carta.

—Por tanto, alguna sí que ha leído.

—¡A medias! Te doy mi palabra de no haber leído nunca más de la mitad —repuso la dama entre risas.

—¿Por qué disfruta haciéndose pasar por peor de lo que es, mi querida *lady* Delacour? —preguntó Belinda, tomándole la mano.

—Porque odio ser como los demás, que se deleitan en hacerse pasar por mejores de lo que son... Pero lo que iba a decirte es que creo que contrarié a Percival al casarme con lord Delacour. No tengo palabras para describir lo mucho que me complace la idea. Estoy segura de que el hombre me recuerda vivamente; de otro modo, jamás habría hecho que su esposa se fijase en mi hija.

—Ciertamente su señoría no creerá que una esposa es un ser cuyas acciones estén necesariamente gobernadas por el marido...

—No necesaria, sino accidentalmente. Cuando se da el caso de que una dama se propone ser una buena esposa, por supuesto que debe amar, honrar y obedecer. Así pues, comprenderás que no me siento en

absoluto en deuda con *lady* Anne por su amabilidad con Helena, pues se me antoja que se halla supeditada a ese deber de obediencia. Y, en pago, su señoría recibe toda suerte de alabanzas de su carácter; su recompensa es que se diga: «¡Oh, *lady* Anne Percival es la mejor esposa del mundo!», «¡Oh, *lady* Anne Percival es todo un modelo de mujer!». Odio a las mujeres modélicas. Espero no tener que verla nunca, pues estoy segura de que la detestaré más que a ningún otro ser viviente…, incluida la señora Luttridge.

Belinda se quedó sorprendida y consternada por la malévola vehemencia con que su señoría pronunció estas palabras; sin embargo, en vano protestó por lo injusto que era predisponerse a detestar a *lady* Anne simplemente porque se hubiera mostrado amable con Helena y poseyera un carácter elevado. *Lady* Delacour era una mujer que nunca atendía a razones o que solo las escuchaba para contratacar con su ingenio. En esta ocasión, empero, tal ingenio no tuvo el efecto habitual en Belinda, pues en lugar de divertirla la exasperó.

—Me ha llamado su amiga, *lady* Delacour, pero sería poco merecedora de ese nombre si no tuviera el valor de decirle la verdad y de advertirle cuando creo que se equivoca.

—Pero soy yo quien no tiene el valor de escucharte, querida —repuso la dama, tapándose los oídos—. Que tu conciencia esté tranquila; figúrate que has dicho todo lo sabio y bueno y apropiado y sublime y que mereces ser llamada la mejor de las amigas. Ostentarás el oficio de censora de *lady* Delacour, y con mis parabienes; pero recuerda que es un puesto sin empleo, aunque te pagaré con tanto amor y tanta estima como desees. Veo que suspiras ante mis disparates. Pero ¡ay, querida, no merece la pena! Mis disparates pronto acabarán. ¿De qué me valdría ahora la sabiduría de Salomón? Si posees algo de humanidad, no me obligues a pensar. Mientras viva he de seguir una senda de incesante disipación como una peonza que sigue en pie mientras gira, conque hablemos de la fiesta de cumpleaños del rey o de la nueva obra que veremos esta noche o del ridículo aspecto que lucía *lady* H. en el concierto o de Harrowgate o de lo que te plazca.

La pena sustituyó a la irritación y el desagrado en la mente de Belinda, y apenas logró reprimir las lágrimas al ver a esta infeliz criatura que, con una sonrisa forzada, trataba de ocultar la verdadera agonía de su alma. Lo único que acertó a decir fue:

—Pero, mi querida *lady* Delacour, ¿no cree que la pequeña Helena, que parece poseer una disposición de lo más afectuosa, contribuiría a la felicidad de su hogar?

—Su disposición afectuosa no puede significar nada para mí.

Belinda sintió el calor de una lágrima sobre la mano que tenía apoyada en el regazo de *lady* Delacour.

—¿Acaso te extraña —continuó su señoría, apresurándose a limpiar la lágrima que había dejado caer— que diga que detesto a *lady* Anne Percival? Ya ves que me ha robado el cariño de mi hija. Helena me pide venir a casa, sí, pero ¿cómo lo hace? Con tono frío, formal, como un deber. Y ahora fíjate en el final de la carta. La he leído entera; he paladeado cada una de sus amargas palabras. De qué modo tan diferente escribe. Mira lo fluido de su letra en el momento en que comienza a hablar de *lady* Anne Percival. Es ahí donde aflora su alma: «*Lady* Anne se ha ofrecido a llevarme con ella a Oakly Park. Me haría muy feliz que me dieras permiso para ir». Sí, que vaya, que se vaya lo más lejos que pueda de mí. Que nunca, jamás, vuelva a ver a su desdichada madre. Escríbele. —La dama volvió de repente el rostro a Belinda—. Escríbele de mi parte y dile que vaya a Oakly Park y que sea feliz.

—Pero ¿por qué asume que no pueda ser feliz a su lado? Veámosla. Hagamos un experimento.

—No —la cortó—. No. Es demasiado tarde. No me rebajaré en mis momentos postreros a mendigar un cariño que me corresponde por naturaleza y cuyo derecho se diría que he perdido.

Mientras hablaba, en su rostro pugnaban el orgullo, el enojo y la pesadumbre. Le volvió la espalda a Belinda y salió de la pieza con dignidad.

«Nada me queda por hacer —pensó esta—, sino aplacar ese espíritu arrogante. Veo que cualquier otra esperanza es vana».

En ese preciso instante, Clarence Hervey, que no sospechaba que la alegre y brillante *lady* Delacour tuviera un pie en la tumba, había pergeñado un plan digno de su forma de ser. El modo en que su señoría había hablado del doctor X. y el suspiro que había dejado escapar al reconocer que su carácter sería muy distinto si de joven hubiera contado con un amigo sensato le causaron una fuerte impresión. Hasta entonces había considerado a la dama un mero objeto de diversión y una forma de introducirse en círculos elevados, pero a la sazón sentía tanto interés por ella que decidió hacer uso de toda su influencia para promover su felicidad. Sabía que esa influencia era considerable, y no es que fuera tan fatuo o ingenuo como para imaginarse que la dama estuviera enamorada de él; era perfectamente consciente de que su único deseo era obtener su admiración, por lo que resolvió demostrarle

que esta no estaría asegurada sin merecer antes su estima. Clarence Hervey era un joven rebosante de generosidad, capaz de hacer los mayores sacrificios animado por la esperanza de lograr el bien, por lo que se propuso posponer la declaración de sus sentimientos a Belinda para poder dedicarse por completo a este nuevo proyecto. Se propuso desacostumbrar poco a poco a *lady* Delacour de la disipación al tiempo que la acercaba a su hija y a *lady* Anne Percival. Era optimista en todas sus esperanzas y presto, aunque no irreflexivo, en todas sus decisiones. De casa de *lady* Delacour fue directamente a la del doctor X., a quien le comunicó sus designios.

—Aplaudo tus nobles intenciones —dijo este—, pero ¿de verdad tienes la presunción de esperar que un candoroso joven de veintiocho años pueda reformar a una veterana coqueta de treinta y ocho?

—*Lady* Delacour aún no ha cumplido los treinta y seis —respondió Clarence—, pero cuanto mayor sea, mayor será la probabilidad de que abandone un juego en el que solo puede perder. Es de un discernimiento admirable y pronto (es decir, tan pronto como conozca a *lady* Anne Percival) descubrirá que ha errado en su camino a la felicidad. La única dificultad será que entablen relación y es ahí, mi querido doctor, donde he de confiar en ti. Tú prepararás a *lady* Anne para que tolere las faltas de *lady* Delacour y yo prepararé a *lady* Delacour para que tolere las virtudes de *lady* Anne.

—Eres tan generoso que has asumido la tarea más difícil de las dos.

—Bueno, veremos qué se puede hacer. Tras el cumpleaños del rey, *lady* Delacour prevé ir a Harrowgate y ya sabes que Oakly Park no queda lejos, por lo que habrá oportunidades frecuentes de que se vean. Pero ten por seguro que nada podrá hacerse hasta después del cumpleaños, pues la cabeza de *lady* Delacour ahora mismo está llena de tontillos de crespón, caballos, carruajes y una cierta señora Luttridge, a quien odia con un odio mayor del que suelen albergar las mujeres.

32 N. de la Trad.: En el original, «touch him, and no minister's so sore». Alude con una ligera variación al verso 76 de la sátira *First Satire of the Second Book of Horace Imitated*, de Alexander Pope (1733): «But touch me, and no Minister so sore».

33 N. de la Trad.: En el original, «blasted with excess of light», segunda estrofa del Canto III de *The Progress of Poesy: A Pindaric Ode*, de Thomas Gray (1757).

34 N. de la Trad.: En el original, «she yields her charms of mind with sweet delay». El verso procede de la sexta sátira de *Love of Fame, The Universal Passion, in Seven Characteristical Satires*, de Edward Young (1728).

35 N. de la Trad.: A finales del s. XVI, *sir* Walter Raleigh y Robert Devereux, conde de Essex, rivalizaron por el favor de la reina Isabel I de Inglaterra, en cuya corte el ajedrez era un juego muy popular que Raleigh practicaba con maestría.

36 N. de la Trad.: En el original, «unreproved pleasure in his company». Hace referencia a los versos 39-40 del poema pastoral *L'allegro*, de John Milton (1645): «To live with her, and live with thee / In unreproved pleasures free».»

Capítulo 10



El *boudoir* misterioso

Acostumbrado a estudiar la naturaleza humana, el doctor X. había adquirido una singular sagacidad para juzgar el carácter. A pesar de las habilidades con que *lady* Delacour disimulaba el motivo real de su conducta aparentemente irresponsable, no tardó en descubrir que el odio por la señora Luttridge era la pasión dominante. Más de nueve años de guerra continua habían exacerbado el temperamento de ambas mujeres, que no desaprovechaban la mínima oportunidad para manifestar su mutua antipatía. Por mucho que *lady* Delacour adorase ser admirada, el mayor halago le resultaba insípido si no implicaba cierta superioridad sobre la mujer a quien consideraba su eterna rival.

La casualidad había querido que el fabricante de carruajes comentara que la señora Luttridge llevaría el día del cumpleaños del rey un elegantísimo *vis-à-vis*[37] nuevo. *Lady* Delacour ambicionó al punto hacerle sombra con su carruaje y fue esta miserable ambición la que la hizo rebajarse a la mezquindad de la transacción por la que había obtenido la libranza de Belinda y las doscientas guineas de Clarence Hervey.

Cuando, por fin, llegó el gran día, el triunfo de la dama fue total durante la recepción matinal; el vestido de la señora Luttridge, el *vis-à-vis* de la señora Luttridge y los caballos de la señora Luttridge no fueron nada, absolutamente nada, en comparación con los de *lady* Delacour. Su señoría no cabía en sí de la vanidad y, llegada la noche, fue al baile de cumpleaños de lo más animada.

—¡Mi queridísima Belinda —exclamó, saliendo del vestidor—, qué

lástima que no puedas venir conmigo! ¡No hay alegría en la vida que sea completa! Habría sido demasiado bello contemplar en la misma noche humillada a la señora Luttridge y triunfal a mi querida Belinda. *Adieu!* Espero vivir lo suficiente para ver un cumpleaños más... ¡Marriott, mis gotas! Ah, no, que ya las he tomado.

Belinda, tras la marcha de su señoría, se retiró a la biblioteca, donde el tiempo pasó de forma tan amena en ausencia de *lady* Delacour que se sorprendió al oír el reloj dar la medianoche.

«¿Cómo es posible —pensó— que haya pasado tres horas en una biblioteca sin aburrirme? ¡Qué distintos son ahora mis sentimientos de lo que habrían sido en iguales circunstancias hace seis meses! Entonces la idea de perderme un baile de cumpleaños habría supuesto una enorme prueba para mi templanza. Qué curioso que pasar el invierno con una de las mujeres más disolutas de Inglaterra me haya servido para sentar la cabeza. Si nunca hubiera visto hasta dónde llegan los llamados placeres del mundo, mi imaginación podría haberme engañado hasta el fin de mis días; pero, ahora que puedo juzgar por propia experiencia, estoy convencida de que nunca me hará feliz la vida de una dama refinada. El doctor X. me dijo el otro día que cree que estoy hecha para algo mejor, y él es incapaz de adulación».

La idea de Clarence Hervey estaba tan íntimamente ligada a la de su amigo que Belinda apenas lograba separarlos; había empezado a pensar en el aspecto que lucía Clarence en el momento en que declaró a *sir* Philip Baddely que jamás abandonaría al doctor X. cuando se vio sorprendida por la entrada de Marriott.

—¡Señorita Portman! ¿Qué vamos a hacer? ¡Ay, mi señora, mi pobre señora! —se lamentó.

—¿Qué ha pasado?

—¡Los caballos! ¡Esos potros! Ojalá mi señora no los hubiera visto nunca. Ay, mi pobre señora, ¿qué va a ser de ella?

Belinda tardó varios minutos en conseguir que Marriott le contara de manera inteligible lo que había sucedido.

—Lo único que sé es lo que James acaba de decirme. *Milady* le ordenó al cochero que en ninguna circunstancia dejara que los adelantase el carruaje de la señora Luttridge, pero el conductor de la señora Luttridge tampoco cedía. Y dicen que no hubo manera de gobernar los caballos de mi señora, tan jóvenes e impetuosos, así que en algún momento los dos coches se cruzaron y el de *milady* volcó y quedó hecho añicos. ¡Ay, mi señora! Dicen que, si no hubiera sido por el señor Hervey, no habría salido viva del tropel. Va a traerla a casa en su

propio carruaje. ¡Que Dios lo bendiga!

—Pero ¿está herida *lady* Delacour?

—Por fuerza ha de estarlo, señorita —sollozó Marriott, llevándose la mano al pecho—. Pero por muy mal que esté, mi señora siempre se lo guarda. Los lacayos juran que no ha dado ni un grito, ¡ni uno!, así que creen que no está herida, pero yo sé que no puede ser verdad. Desde luego, están tan pendientes del coche que no son capaces de pensar en nada más. Pero a mí… A mí me va a dar algo. Bien sabe Dios que ya le advertí a *milady* que no saliera con esos caballos tan jóvenes, que ni…

—¡Mira! —exclamó Belinda—. Aquí llegan.

Lo primero que vio tras bajar presta las escaleras fue a *lady* Delacour temblando. La puerta de la calle estaba abierta y el vestíbulo lleno de sirvientes. Belinda se abrió paso entre ellos y, sin perder la calma, pidió que llevasen a *lady* Delacour inmediatamente al vestidor y la dejasen al cuidado de Marriott y suyo. La dama volvió en sí mientras Clarence Hervey ayudaba a subirla por las escaleras.

—¡Bajadme! ¡Bajadme he dicho! —exclamó—. Me encuentro perfectamente. ¿Dónde está Marriott? ¿Y la señorita Portman?

—Estamos aquí, *milady*. La van a llevar con total seguridad, confíe en mí —respondió Belinda con tono firme—. No se resista.

Lady Delacour se dejó llevar, pues sufría espantosamente, aunque poseía tal fortaleza que no dejó escapar ni un gemido. Era precisamente el esfuerzo al que se obligaba para no gritar lo que hizo que comenzase a convulsionar.

—Estoy convencido de que se ha hecho daño, aunque no quiera reconocerlo —exclamó Clarence Hervey.

—Me he torcido el tobillo, eso es todo —respondió *lady* Delacour—. Suéltame en ese sofá y déjame con Belinda.

—¿Qué es todo esto? —exclamó lord Delacour al tiempo que entraba dando tumbos en la estancia.

Se hallaba sumamente ebrio y en tal condición había llegado a la casa justo cuando subían a *lady* Delacour por las escaleras. Apenas pudieron hacerle comprender lo que sucedía, pero, en cuanto oyó la voz de Clarence Hervey, insistió en subir al vestidor de «su» esposa. Era algo inusitado, pero ni Champfort ni nadie consiguió retenerlo antes de que se abriera paso hasta la pieza.

—¿Qué es todo esto? ¡Coronel Lawless! —se dirigió a Clarence Hervey, a quien, dada la confusión que lo embargaba, había tomado por el coronel que fuera el primer objeto de sus celos—. ¡Coronel Lawless, siempre supe que era usted un canalla!

—Cuidado, milord; su esposa sufre grandes dolores —lo conminó Belinda, tomándolo del brazo cuando estaba a punto de golpear a Clarence Hervey.

Lo condujo hasta el sofá en el que reposaba la dama, le descubrió el tobillo, que estaba muy hinchado, y se lo mostró. Al vizconde, que era un hombre compasivo, debió de conmoverlo esta llamada al sentido común que le quedase y empezó a reclamar a pleno pulmón que alguien trajera agua de *arquebusade*.[38]

Lady Delacour, con las manos trémulas por los espasmos y sin decir una palabra, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Marriott era presa de una gran agitación y corría de un lado a otro sin saber qué hacer ni dejar de repetir:

—Solo la señorita Portman y yo deberíamos estar aquí. *Milady* dice que no puede entrar nadie… ¡Ay, Dios mío! ¿Qué hace milord aquí también?

—¿No tienes agua de *arquebusade*, Marriott? ¡Rápido, agua de *arquebusade* para tu señora! —exclamó su señoría mientras seguía a la criada hasta la puerta del *boudoir*, donde guardaba las gotas.

—¡Milord, no puede entrar ahí! Le aseguro que no hay nada, milord, nada en absoluto —dijo Marriott, apoyando la espalda en la puerta. El terror y la vergüenza que mostraba despertaron de inmediato las sospechas y los celos del vizconde.

—¡Mujer, he de ver quién hay en ese cuarto! ¡Tenéis a alguien escondido y lo descubriré! —bramó antes de proferir una retahíla de improperios, arrastrar a Marriott para apartarla de la puerta y arrebatarle la llave por la fuerza.

Lady Delacour se incorporó al punto y exclamó acongojada:

—¡Milord!

—Lord Delacour —se interpuso Belinda—, escúcheme.

Este se detuvo en seco.

—Dígame la verdad, ¿por ventura no se hallará ahí escondido un amante de *lady* Delacour?

—¡Por supuesto que no! —respondió Belinda.

—Entonces, será un amante de la señorita Portman —concluyó lord Delacour—. ¡Válgame! Creo que ahora sí que hemos acertado.

—Crea lo que quiera, milord —se apresuró a responder Belinda—, pero deme la llave.

Clarence Hervey le quitó la llave a lord Delacour de la mano, se la entregó a la señorita Portman sin mirarla y se retiró de inmediato. Este lo siguió entre carcajadas beodas y no quedaron en la estancia sino

Marriott, Belinda y *lady* Delacour. La criada dijo sentirse tan agitada que no podía hacer nada, así que Belinda cerró la puerta y comenzó a desvestir a *lady* Delacour, que no se movió.

—¿Estamos solas? —le preguntó, abriendo los ojos.

—Sí. ¿Le duele mucho?

—Ay, eres una muchacha encantadora —respondió la dama—. ¡Quién hubiera pensado que tendrías tanto aplomo y coraje! ¿Tienes la llave a buen recaudo?

—Aquí está —dijo Belinda, enseñándosela antes de repetir—: ¿Le duele mucho?

—Ahora no —reconoció *lady* Delacour—, pero he sufrido lo indecible. Si pudiera quitarme de encima todas estas galas… Si me llevases a la cama, tal vez podría dormir un poco.

Mientras Belinda desvestía a *lady* Delacour, esta chilló varias veces, pero tras cada acceso de dolor repetía: «Mañana estaré mejor». Así que estuvo en la cama, le pidió a Marriott que le administrase el doble de la dosis acostumbrada de láudano, pues las ganas de dormir se le habían ido por completo y no soportaba los dolores punzantes que sentía en el pecho.

—Déjame a solas con *milady*, Marriott —le pidió Belinda mientras tomaba el frasco de láudano de su mano trémula— y vete a la cama. Creo que no puedes ni tenerte en pie —concluyó mientras la conducía al vestidor anexo.

—Ay, señorita Portman —respondió Marriott, que sentía un sincero aprecio por su señora y que, en aquel instante, se había olvidado de todos los celos y las ansias de poder—, haré lo que me pida, pero déjeme quedarme en el cuarto aunque no sirva de ayuda. Sería demasiado si tuviera que pasar toda la noche usted sola. *Milady* podría volver a sufrir convulsiones. ¡Y lo que chilla a veces! Nadie sabe lo que pasa más que nosotras y todos en la casa andan preguntándome por qué no hemos mandado llamar a un médico si la señora tiene tantos dolores. La conciencia me remuerde por haber guardado el secreto durante tanto tiempo. Seguro que, si hubiera acudido un médico a tiempo, habría salvado a *milady*, pero ahora ¡no hay nada que pueda salvarla! —exclamó, antes de prorrumpir en sollozos.

—¿Por qué no me dais el láudano? —exclamó *lady* Delacour con tono exigente— ¡Dádmelo ahora mismo!

—No —respondió Belinda con firmeza—. Escúcheme bien, *lady* Delacour: deje que sea yo quien decida, puesto que usted no puede hacerlo por sí misma, o bien déjeme llamar a un médico para que

decida por las dos.

—¿Un médico? ¡Jamás, jamás! Te ruego que no dejes que manden llamar a ningún médico. Recuerda tu promesa: no puedes traicionarme. ¡No lo hagas!

—Ya le he dado muestras suficientes de que no lo haré —respondió Belinda—, pero es su señoría quien se está traicionando. Los criados ya saben que se lesionó al volcar el carruaje; si no deja que la vea un cirujano o un médico, causará sorpresa y recelo. No está en su poder reprimir el violento dolor que le arrebata.

—Sí lo está —la interrumpió *lady* Delacour—. No oirás ni una queja más, pero, por favor, mi querida Belinda, no mandes llamar a un médico.

—Acabará volviendo a sufrir convulsiones —dijo Belinda—. Como puede ver, Marriott ha perdido todo dominio de sí misma. Yo no tengo fuerza para sujetarla y podría hasta perder el aplomo; no puedo responder de mí… Y puede que su esposo desee verla.

—No hay peligro a ese respecto —respondió *lady* Delacour—. Dile que me he torcido el tobillo. Dile que estoy llena de cardenales. Dile lo que quieras: él no va a preocuparse más por mí. Cuando vuelva a estar sobrio habrá olvidado todo lo de esta noche… ¡Oh! Dame el láudano, Belinda, y no me hables más de médicos.

Todo razonamiento con *lady* Delacour fue en vano, aunque Belinda intentó persuadirla.

—Hágalo por mí, mi querida *lady* Delacour —dijo—, permítame traer al doctor X. Es un hombre de honor y el secreto estará a salvo con él.

—Se lo dirá a Clarence Hervey. De todos los hombres sobre la faz de la tierra, jamás mandaría llamar al doctor X. Si viene, no lo veré.

—Entonces —respondió Belinda con tanta calma como determinación—, me iré mañana por la mañana. Regresaré a Bath.

—¡Irte! Recuerda lo que me prometiste.

—Se han dado unas circunstancias sobre las que no hice promesa alguna. Me iré a menos que me dé permiso para mandar llamar al doctor X.

Lady Delacour dudó.

—Como puede ver —continuó Belinda—, lo digo en serio; cuando me vaya no le quedará ningún amigo e inevitablemente se descubrirá su secreto, ya que, sin mí, Marriott carece de fortaleza de carácter para guardarlo.

—¿Crees que deberíamos confiar en el doctor X.?

—Estoy segura de ello —respondió Belinda con energía—. Apostaría la vida por su honor.

—En tal caso, mándalo llamar —cedió *lady* Delacour.

Tan pronto como las palabras brotaron de sus labios, Belinda ejecutó la orden. Marriott recuperó la mesura cuando oyó que su señoría había consentido en traer a un médico, aunque declaró que no lograba entender cómo nada que no fuera arte de magia podía haber llevado a *milady* a tomar tal decisión.

Apenas había enviado Belinda a un criado en busca del doctor X. cuando *lady* Delacour se arrepintió de haberle dado permiso y todo lo que dijesen para calmarla no hacía sino exacerbar su ánimo. Aunque empezó a delirar, Belinda no perdió la sangre fría, esperó en silencio junto a su cama la llegada del doctor y se negó en redondo a admitir a los criados, que atraídos por los escandalosos chillidos de su señoría no dejaban de acercarse a la puerta para ofrecer ayuda.

Sobre las cuatro llegó el médico y Belinda vio aliviada parte de su inquietud. Este le aseguró que no había peligro inminente y le prometió que guardaría fielmente el secreto que se le había confiado. Se quedó unas horas, hasta que *lady* Delacour se calmó y cayó dormida, rendida por los esfuerzos del delirio.

—Creo que ya puedo retirarme —dijo el doctor, pero, antes de atravesar el vestidor, Belinda lo detuvo.

—Ahora que he tenido tiempo de pensar en mí —le dijo—, querría consultarle algo como amigo. No acostumbro a actuar en mi entero beneficio, por lo que le estaría muy agradecida si me asistiese con su consejo. Odio los misterios, pero me siento moralmente obligada a guardar el secreto que *lady* Delacour me ha confiado. Anoche me encontré en una situación en la que me vi incapaz de salvar a su señoría sin exponerme a ciertas… sospechas.

Belinda le refirió entonces todo lo que había sucedido con la puerta misteriosa que lord Delacour, en un arrebato de celos alcohólicos, había insistido en abrir.

—El señor Hervey —continuó Belinda— estaba presente cuando todo ocurrió y pareció muy sorprendido. Lamentaría que cayera en un error que podría ser fatal para mi reputación, pues ya sabe que de una mujer no deberían existir siquiera sospechas, pero no sé cómo hacerlas desaparecer, ya que no puedo ofrecer explicación alguna sin traicionar a *lady* Delacour. Sé que ella teme especialmente que el señor Hervey descubra la verdad.

—¿Acaso es posible que una mujer sea tan egoísta como para

exponer la reputación de su amiga solo por proteger de la humillación su propia vanidad? —se admiró el doctor X.

—Shh, no hable tan alto o la despertará; ahora mismo merece más piedad que indignación. Si tuviera la amabilidad de acompañarme, lo llevaré por la escalera trasera hasta el «*boudoir* misterioso», pues no soy tan orgullosa como para negarme a dar muestras positivas de que digo la verdad. La llave del cuarto está en la cama de *lady* Delacour; era la que aferraba en la mano mientras deliraba, pero ahora la ha dejado caer. Abre las dos puertas del *boudoir*. Ahora verá —añadió Belinda con una sonrisa— que no tengo miedo a que usted abra ninguna de las dos.

—Como hombre educado que soy —respondió el doctor X.— debería negarme rotundamente a exigir evidencia alguna de que una dama dice la verdad, pero las pruebas son incontestables hasta por los enemigos y no sacrificaré sus intereses a la vanidad de mi cortesía. Conque estoy listo para seguirla. Puede que la curiosidad de los criados se haya visto avivada por el alboroto de anoche y no veo método más certero que el que usted propone para acallar los rumores. La diosa Fama, diga lo que diga Ovidio, nació y se crio en una cocina o en el cuarto de unos criados. Pero mi querida señorita Portman, con esta prudencia suya pondrá fin a toda una serie de encantadoras historias: sobre este tema podría escribirse un romance llamado *El* boudoir *misterioso*, de nueve volúmenes como poco, con que solo se prestase a actuar como la mayoría de las demás heroínas: es decir, sin una pizca de sentido común.

El doctor siguió a Belinda y se dio por satisfecho al ver que el cuarto servía para retiro de un enfermo y no para su solaz.

Frisaban las ocho de la mañana cuando el doctor X. llegó a casa y encontró a Clarence Hervey esperándolo. Este parecía preso de una gran agitación, aunque intentaba reprimir las emociones con toda la fuerza de que era capaz.

—Vienes de ver a *lady* Delacour —dijo con calma—. ¿Se encuentra muy mal? El accidente fue terrible.

—Ha sufrido mucho —respondió el doctor— y ha delirado algunas horas, pero ahora no me hagas más preguntas, que estoy dormido y quiero irme a la cama... A menos que tengas algo que decir que me mantenga despierto; parece que te hubiera ocurrido alguna desgracia tremenda, ¿qué sucede?

—Ay, amigo mío —dijo Hervey, tomándolo de la mano—, no te burles de mí, porque en mi estado actual no soportaré tus chanzas. En una palabra, temo que Belinda no sea digna de mi estima. No puedo

decirte más, salvo que soy más desgraciado de lo que creí que mujer alguna pudiera hacerme.

—Tienes una prisa prodigiosa en darte a los lamentos. Creo que serías un héroe estupendo en una novela. Asumes las cosas de maravilla y ahí, recostado en el sofá, representas a la perfección el papel de amante distraído. Y, para rematar, ni siquiera puedes decirme por qué eres más desgraciado de lo que jamás haya sido héroe o mortal. Pero te diré que aún tienes más motivos para sentir celos de lo que crees... ¡Caramba! Todo hombre celoso se sobresalta al oír la palabra: un síntoma claro de la enfermedad.

—Te equivocas —contestó Clarence Hervey—. No hay hombre con menor disposición a los celos que yo, pero...

—Pero tu pretendida... No, tu pretendida no, ya que hasta ahora no le has declarado tu afecto... La dama a la que admiras no deja que un borracho abra una puerta y de inmediato tú supones...

—¡Te lo ha contado! —exclamó Hervey con alegría—. Entonces, tiene que ser inocente.

—Un razonamiento admirable. Te lo habría dicho en este preciso instante si me hubieras dejado continuar con la lógica: tienes más motivos para sentir celos de los que crees, puesto que la señorita Portman sí me ha abierto a mí, ¡a mí!, esa puerta misteriosa. Y porque mientras yo viva, y mientras viva ella, ninguno de los dos podremos confesarte jamás la causa del misterio. Lo único que puedo decirte, por mi honor, es que no hay amante alguno. Y ahora, si tu cabeza confunde la curiosidad con los celos, no esperes que te compadezca.

—No merezco compasión alguna —respondió Clarence Hervey—. Me has hecho el más feliz de los hombres.

—¡El más feliz de los hombres! No, no. Guárdate el superlativo para mejor ocasión. Ahora debes comportarte como una criatura razonable, pues mereces oír las alabanzas de tu Belinda. Me tiene tan prendado que me gustaría...

—¿Cuándo puedo verla? —lo interrumpió Hervey— Iré a su casa ahora mismo.

—Calma, no olvides qué hora es. Y tampoco olvides que la señorita Portman se ha pasado la noche en vela, que *lady* Delacour se encuentra muy enferma y que este sería el momento más inoportuno que podrías elegir para tu visita.

Clarence Hervey le dio la razón, pero al instante tomó una pluma del escritorio del médico y comenzó a escribirle una carta a Belinda. El doctor se dejó caer en el sofá, le dijo «despiértame si necesitas algo» y

en unos minutos cayó dormido.

—Ahora que lo pienso —dijo de repente Clarence poniéndose en pie antes de rasgar la carta por la mitad—, aún no puedo escribirle. Se me había olvidado la reforma de *lady* Delacour. ¿Cuánto crees que tardará en recuperarse? Además, tengo otro motivo para no escribir a Belinda en estos momentos. Debes saber, mi querido doctor, que tengo, o tenía, otra pretendida.

—¿Otra, dices? —preguntó el doctor X. mientras trataba de desperezarse.

—Santo cielo, ya veo que estabas dormido.

—Eso creo, sí.

—Pero ¿cómo es posible que te hayas dormido con tal celeridad?

—Ya ves que lo es —le respondió el doctor—. ¿Qué hay de extraordinario en que uno se quede dormido? El hombre tiende a dormir en algún momento de las veinticuatro horas del día, a menos que tenga media docena de amadas que lo mantengan despierto, como parece ser tu caso, mi buen amigo.

En ese momento entró un criado con una carta urgente que acababa de llegar del campo para el doctor X.

—Otro asunto me reclama —dijo al tiempo que se levantaba.

La carta requería su presencia inmediata, por lo que se despidió de Clarence Hervey con un apretón de manos.

—Querido amigo, me preocupa sobremanera no poder quedarme a oír la historia de tus seis pretendidas, pero ya ves que es una cuestión de vida o muerte.

—Adiós —respondió Clarence—. No son seis, solo tres diosas si contamos entre ellas a *lady* Delacour. Y en verdad deseaba oír tu consejo sincero.

—Si la situación es tan desesperada, puedes escribirme, ¿verdad? Envía la carta a Horton Hall, en Cambridge. Entretanto, y como norma general, te voy a dar un consejo gratis en forma de una vieja canción escocesa:

Bueno es ser alegre y sabio
Bueno es ser honesto y sincero
Bueno es alejarse de un antiguo amor
Antes de empezar con el nuevo[39]

37 N. de la Trad.: Se trata de un tipo de carruaje ligero y descubierto, con los dos asientos encarados.

38 N. de la Trad.: Se trata de un tipo de agua vulneraria con la que se trataban heridas de arcabuz y otras armas de fuego.

39 N. de la Trad.: En el original, «'Tis Good to be merry and wise, / 'Tis good to be honest and true, / 'Tis Good to be off with the old love, / Before you be on with the new». Robert Burns incluyó una versión del tema en su *Scots Musical Museum* (1787-1803).

Capítulo 11



Dificultades

Antes de abandonar Londres, el doctor X. pasó por Berkeley Square para ver a *lady* Delacour y constató que estaba fuera de peligro inmediato. La señorita Portman sentía que tuviera que dejarla en aquel momento, pero entendía que su partida era necesaria: lo habían llamado para que atendiese al señor Horton, un íntimo amigo suyo, caballero de gran talento y de la más activa bondad, que acababa de verse aquejado por una violenta fiebre como consecuencia de sus esfuerzos por salvar a los pobres habitantes de una aldea de la vecindad de los efectos de un terrible incendio que se había desatado en mitad de la noche.

Lady Delacour, al oír al doctor X. referirle estos hechos a Belinda, descorrió el dosel y dijo:

—Parta de inmediato, doctor, pues dice que estoy fuera de peligro inminente. Y aunque no lo estuviera, voy a morir dentro de pocos meses, ¿sabe? Además, ¿qué es mi vida comparada con la oportunidad de salvar a su excelente amigo? Él es de utilidad en el mundo. Yo no. Parta de inmediato, doctor.

—Qué lástima que una mujer capaz de tal magnanimidad se dedique a malgastar la vida en menudencias —dijo el médico al salir del aposento.

—Una vida que aún no ha terminado... ¡Ay, doctor, si usted pudiera salvarla!

Este sacudió la cabeza, pero mientras bajaba las escaleras se volvió a Belinda y añadió:

—Cuando lea este documento sabrá todo lo que puedo decirle al respecto.

Tan pronto como el doctor hubo partido, Belinda se encerró en la alcoba y leyó el documento que le había entregado. En primer lugar señalaba lo que creía que podía ser más efectivo para aliviar el dolor que pudiera sentir *lady* Delacour y lo que se podía hacer para prolongar su vida en la medida de lo posible. Luego concluía con las siguientes palabras:

> *Todo esto no son más que recursos para ganar tiempo: según el avance habitual de la enfermedad, lady Delacour podría vivir un año más, acaso dos.*
>
> *Es posible que un cirujano diestro en el oficio pudiera salvarle la vida. Por las pocas palabras que pronunció su señoría anoche, entiendo que se ha planteado someterse a una operación, la cual le supondría un dolor y peligro enormes aun cuando la practicase el cirujano más experimentado de Londres. En cambio, si por una vana esperanza de mantenerlo en secreto se pusiera en manos ignorantes, sin duda alguna sería su fin.*

Tras leer el pronóstico, Belinda albergó la débil esperanza de que *lady* Delacour pudiera salvarse, pero resolvió aguardar a que el doctor X. regresase antes de mencionárselo a la paciente. Esperaba de verdad que, entretanto, a la dama no se le ocurriese ponerse en manos de algún ignorante.

Por la mañana, una vez sobrio, lord Delacour apenas guardaba un recuerdo confuso de lo acontecido la noche anterior, pero le ofreció una amable aunque torpe disculpa a la señorita Portman por la intrusión y las molestias que le había ocasionado. Según dijo, fue culpa del admirable borgoña de lord Studley. Expresó una gran preocupación por el terrible accidente de *lady* Delacour, pero no pudo evitar observar que, si hubiera seguido su consejo, nada de aquello habría sucedido, pues todo había sido consecuencia de la obcecación de su señoría con aquellos caballos.

—Lo que no me explico es cómo los consiguió sin pagarlos o de dónde sacó el dinero para hacerlo —se preguntó lord Delacour—, porque yo ya le dije que no quería saber nada del asunto y me he mantenido inamovible.

El vizconde concluyó su visita matinal a la señorita Portman advirtiendo que la casa en adelante le iba a resultar muy aburrida y que el oficio de enfermera no era apropiado para una dama tan joven y bella, pero que tomárselo con tal alegría era prueba de un grado de bondad que no siempre se hallaba entre las jóvenes hermosas.

La forma en que lord Delacour se dirigió a Belinda la convenció de que en realidad sentía afecto por su esposa, aunque el miedo de verse gobernado por ella, o de parecerlo, lo habían apartado de la dama y del propio hogar. Pero ahora veía en él mucho más sentido común y síntomas de un carácter más afable de lo que *lady* Delacour había descrito o de lo que ella misma había creído que poseyera.

Empero, estas meditaciones acerca de la desdichada vida que llevaba esta pareja mal avenida no contribuían a inclinar el favor de Belinda hacia el matrimonio en general. Un gran talento, por un lado, y un natural bondadoso, por el otro, solo habían logrado hacer infeliz a cada una de las partes, lo que la llevó a convencerse de que los matrimonios por interés, conveniencia o vanidad menguaban la felicidad en lugar de aumentarla. De la felicidad doméstica solo había visto ejemplos durante su niñez; era cierto que había oído al doctor X. describir la feliz familia de *lady* Anne Percival, pero tenía miedo de albergar la romántica esperanza de ser amada algún día por un hombre de genio y virtud superiores, con un carácter y unos modales a su gusto. La única persona que había visto que respondía en todo punto a tal descripción era el señor Hervey, pero estaba convencida de que no era un ser dado al matrimonio y, por lo tanto, un hombre por el cual ninguna mujer prudente debiera permitirse mostrar predilección. Belinda no dudaba de que él disfrutara de su compañía y conversación; sus ademanes en ocasiones expresaban algo más que un frío aprecio. *Lady* Delacour le había asegurado que expresaba amor, pero *lady* Delacour era una mujer imprudente con su propio comportamiento y poco escrupulosa con el de los demás. Belinda no iba a guiarse por su opinión en lo tocante al decoro, y ahora que su señoría estaba postrada en cama y no en condiciones de ofrecerle consejo ni protección, se daba cuenta de que tendría que emplearse especialmente en proteger no solo su conducta de posibles reproches, sino su corazón de la terrible desdicha de un amor mal elegido. Se examinó con firme imparcialidad; recordó el dolor enorme que sintió al oír a Clarence Hervey decir que en Belinda Portman se mezclaban el artificio y la afectación, pero llegó a la conclusión de que tal dolor se había debido a su propio orgullo herido. Evocó la zozobra que la había embargado, aun durante las últimas

veinticuatro horas, por la opinión que el caballero se habría formado por el asunto de la llave del *boudoir*, pero la justificó pensando que se debía a su reputación: su delicadeza femenina no le habría permitido ser indiferente a las sospechas que afloraron de las circunstancias en que se había visto inmersa. Antes de que Belinda hubiera terminado con su examen de conciencia, llegó Clarence Hervey para preguntar por *lady* Delacour. Mientras hablaba con la dama y le expresaba su preocupación por el terrible accidente, del que creía tener gran parte de culpa, su ademán y su expresión fueron vivos y despreocupados, pero así que agotaron el tema, comenzó a mostrarse cohibido. Si bien mostraba claramente una perfecta confianza y estima por la dama, parecía desear y ser incapaz de encarnar el papel de amigo en contraposición al de admirador. Parecía consciente de que sería inapropiado referirse a las sospechas y los celos que había sentido la víspera, pues sería absurdo e impertinente que se mostrase celoso un hombre que jamás había declarado su amor.

A Clarence Hervey no le faltaban habilidad ni aplomo, pero cuando estaba a punto de despedirse de la señorita Portman sucedió un incidente que le provocó una tremenda confusión y que sorprendió, si acaso no desconcertó, a Belinda. Esta había olvidado pedirle las señas al doctor X. y creía que sería menester escribirle en relación con la salud de *lady* Delacour, por lo que se las solicitó al señor Hervey. Él se sacó una carta del bolsillo y apuntó la dirección a lápiz, pero al desdoblar el papel para rasgar la esquina en que había escrito se escapó un mechón de cabello. Aunque se agachó con premura, al recogerlo del suelo este se desenroscó y Belinda, que apenas le dirigió sin querer una rápida mirada, quedó atónita por la belleza del color y su longitud inusual. La confusión de Clarence Hervey la convenció de que estaba sumamente interesado en la persona a quien perteneciese el cabello y la suerte de alarma que sintió ante tal descubrimiento bastó para abrirle los ojos al estado de su propio corazón. Tomó conciencia de que la presencia de un mechón de cabello, más allá de su longitud o su belleza, en manos de cualquier hombre distinto de Clarence Hervey no le habría suscitado emoción alguna. «Por suerte —pensó— he descubierto que tiene una relación cuando aún soy capaz de dominar mis afectos y él podrá ver que no soy tan débil como para crearme falsas expectativas a partir de lo que, de ahora en adelante, he de considerar mera galantería». Belinda se alegró de que *lady* Delacour no hubiera estado presente cuando apareció el mechón, pues sabía que la dama se habría burlado de ella sin piedad, y se congratuló de no haber cedido a entregar a

madame la comtesse de Pomenars un mechón de su hermosa cabellera. No podía dejar de pensar, al recordar lo sucedido pocos minutos antes, que Clarence Hervey había procurado hacerse un hueco en sus afectos y reparó en que sería de lo más indecoroso recibir sus ambiguas visitas mientras *lady* Delacour permaneciese confinada en la alcoba. Así pues, ordenó que en el futuro no se admitiera al señor Hervey mientras su señoría no estuviera de nuevo lista para recibir. Esta precaución, no obstante, se demostró innecesaria, ya que el señor Hervey no regresó mientras *lady* Delacour estuvo convaleciente, aunque su criado acudía cada mañana a preguntar por la salud de la vizcondesa. Esta permaneció en cama unos diez días, confinamiento al que se sometió con extrema impaciencia, pues si bien sufría el dolor físico con entereza, la contención y el tedio le eran imposibles de soportar.

Cierta mañana, mientras examinaba en la cama un montón de notas y tarjetas en las que se interesaban por su salud, exclamó:

—¡Toda esta gente pronto se cansará de pedirle a su lacayo que pregunte si sigo viva o muerta! Tengo que volver a aparecer entre ellos, aunque solo sea unos minutos, o se olvidarán de mí. Cuando me canse, me retiraré y tú, mi querida Belinda, me representarás... Así que diles que abran las puertas y retiren el pañuelo que amortigua el sonido de la aldaba. ¡Que pueda oír el sonido de la música y el baile y que la casa vuelva a llenarse de gente, por Dios! El doctor Zimmermann[40] jamás podría haber sido mi médico, ya que él habría recomendado soledad, pero la soledad y la quietud son para mí peores que la amapola y la mandrágora. Es imposible expresar qué cansancio provoca el silencio a los oídos de quienes no están acostumbrados. Por piedad, Marriott —se dirigió a la doncella, que, sigilosa, acababa de entrar en la alcoba—, no te pases la eternidad caminando de puntillas: ver a la gente moviéndose como un fantasma me lleva a figurarme que me hallo entre las sombras de allí abajo. Preferiría que me aturdiese el golpe más atronador que lacayo alguno diera en mi puerta antes que oír a Marriott abrir el *boudoir* como si mi vida dependiera de no oír girar la llave.

—¡Madre del amor hermoso! Nunca supe de dama enferma que se quejase de que nadie hiciera ruido para no molestarla más que *milady*.

—Entonces, Marriott, para darte gusto me quejaré del único ruido que me molesta o que haya llegado a molestarme jamás: los graznidos de tu odioso guacamayo.

Marriott tenía un inmenso cariño al ave en cuestión y la defendió con el mismo fervor que si se hubiera tratado de un hijo.

—¿Odioso? Pero, por lo que más quiera, ¿cómo puede llamar

«odioso» a mi pobre guacamayo? Nunca pensé que llegaríamos a esto. Sinceramente, creo que no me merezco que *milady* me haya tomado tal ojeriza —concluyó antes de prorrumpir en sollozos.

—Pero, mi querida Marriott —repuso *lady* Delacour—, solo me quejo del guacamayo. ¿Es que no puedo tener ojeriza al guacamayo sin tenértela a ti? Había oído lo de «quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can», pero jamás había oído que hubiera que querer al guacamayo de nadie. ¿Y tú, Belinda?

Marriott se volvió bruscamente y a través de las lágrimas le clavó una mirada enconada a la joven.

—En tal caso, está claro a quién debo agradecerle este trato.

Al salir del cuarto, *lady* Delacour no tuvo motivo para quejarse de que hubiera cerrado la puerta con demasiada delicadeza.

—Concédele tres minutos y recobrará la sensatez, pues no le falta sentido común… —Sin embargo, hubo de corregirse cuando Marriott reapareció media hora más tarde con un semblante que era el rostro mismo del mal humor—. En fin, ya veo que en vez de tres minutos habrá que concederle tres días.

El mal humor, no obstante, no le impidió atender a su señora como de costumbre. Desempeñó las tareas habituales con el más oficioso celo, pero en profundo silencio salvo para emitir de cuando en cuando un suspiro que parecía decir: «¡Con todo lo que yo estimo a *milady* y ella, sin embargo, detesta a mi guacamayo!». La dama, que entendía a la perfección la lengua de los suspiros y notaba la fuerza de los de Marriott, evitó volver a mencionar el asunto del guacamayo con la esperanza de que, cuando la casa volviera a llenarse de visitas, otros ruidos más agradables la aliviasen de tener que oír continuamente aquel pertinaz tormento.

Tan pronto se supo que *lady* Delacour estaba suficientemente repuesta como para recibir visitas, los carruajes se agolparon a la puerta y, en cuanto se entendió que los bailes y conciertos iban a continuar como de costumbre, los «amigos sin fin»[41] fueron apareciendo para felicitarla y divertirse.

—Qué absurdo es —le dijo *lady* Delacour a Belinda— oír discursos gratulatorios de personas a las que no les importaría un ardite si ahora mismo estuviera encerrada en el agujero negro de Calcuta,[42] pero hemos de aceptar el mundo tal y como es: una mezcla de barro y piedras preciosas. Clarence Hervey, sin embargo, *n’a pas une âme de boue*;[43] estoy segura de que de verdad se ha preocupado por mí. Cree que la juventud de los caballos fue la única causa de lo sucedido, y con

tal sinceridad y tan injustamente se culpa que en verdad me siento medio tentada de desengañarlo; pero hacerlo sería herirlo, pues ya sabes que los grandes filósofos nos dicen que no hay placer en el mundo igual al de verse bien engañado, máxime por el bello sexo. En verdad, Belinda, ¿me lo figuro yo o Clarence está maravillosamente cambiado? ¿Acaso no se ve más pálido, delgado y serio, por no decir melancólico? ¿Qué le has hecho mientras estaba enferma?

—Nada, ni siquiera lo he visto.

—¿No? Entonces, el motivo es natural: está desesperado porque lo has desterrado de tu divina presencia.

—Es más probable que haya estado preocupado por su señoría —replicó Belinda.

—Sea cual fuere la causa, la averiguaremos. Por suerte, mi pericia iguala a mi curiosidad, que no es precisamente poca.

A pesar de la pericia de su señoría, su curiosidad se vio confundida y no pudo descubrir el secreto de Clarence Hervey, por lo que empezó a creer que la mudanza que había notado en su aspecto y ademán era accidental o fruto de la imaginación. Si hubiera pasado más tiempo con él, no habría abandonado tan fácilmente sus sospechas, pero apenas lo veía unos minutos al día y, durante ese tiempo, este le hablaba con la jovialidad de antaño. Además, *lady* Delacour también tenía un papel cotidiano que representar y que acaparaba casi toda su atención. Pese a la vivacidad que simulaba, Belinda advirtió que la dama estaba más preocupada que nunca por su salud. Por mucho que se esforzara, lo único que lograba era aparecer durante un breve lapso de tiempo: algunas noches permanecía en compañía media hora; otros días, apenas unos minutos. Se limitaba a atravesar las dependencias, saludaba a todo el mundo, se quejaba de un dolor de cabeza nervioso, dejaba que Belinda hiciera los honores por ella y se retiraba.

Esta se encontraba a la sazón en una situación difícil y peligrosa, con amplias oportunidades de aprender y practicar la prudencia. Todos los jóvenes elegantes y disolutos de Londres frecuentaban la casa de *lady* Delacour y se decía que eran los atractivos de la bella representante de la vizcondesa lo que los atraía. Los caballeros consideraban que una sobrina de la señora Stanhope era un botín legítimo. Las damas se admiraban de que los hombres pudieran considerar una belleza a Belinda Portman, pero a pesar del escarnio que fingían, en realidad temían sus encantos. Así, abandonada a su propio juicio, se veía expuesta a un tiempo al malvado ojo de la envidia y a la insidiosa voz de la adulación. Carecía de amigo, de guía y apenas de protector, pues

si bien las cartas de su tía Stanhope no cesaban de procurarle consejos, estos no coincidían con sus propios sentimientos y principios. *Lady* Delacour, aun encontrándose bien, no era una persona en cuyos consejos pudiera confiar. Nuestra heroína no poseía uno de aquellos espíritus aventureros que ambicionan actuar por sí mismos; no sentía la menor confianza en sus propios poderes, aunque sí una firme resolución de no dejarse llevar, ni siquiera por timidez, a los desatinos que el ejemplo de *lady* Delacour le había enseñado a despreciar. La prudencia de Belinda parecía aumentar con la necesidad de ejercerla. No era la prudencia mercenaria y astuta de la joven dama a la que han enseñado a pensar que es virtud sacrificar los afectos del corazón a los intereses de su fortuna; tampoco la de la mujer fría y egoísta, sino de la modesta y generosa. Descubrió que era harto difícil acertar en su conducta hacia Clarence Hervey: este parecía dolido y desdichado si lo trataba como a un conocido más, pero Belinda era consciente del peligro de admitirlo en la familiaridad de una amistad. Si hubiera estado plenamente convencida de su compromiso con otra mujer, imaginaba que habría podido departir libremente con él y verlo como un hombre casado; pero, dejando de lado el hermoso mechón de cabello, no lograba abandonar del todo la idea de que era ella el objeto amado al percibir el anhelo extremo con que Clarence Hervey observaba todos sus movimientos y la seguía con la mirada, como si su destino dependiera de ella. También se percató de lo mucho que el caballero se esforzaba por que ni el público ni ella notasen esta suerte de atención. Su comportamiento con Belinda se volvía más distante y respetuoso cada día, más constreñido y avergonzado, aunque en ocasiones se le escapaban una mirada y una expresión diferentes. Belinda había oído hablar a menudo de la enorme «pericia» del señor Hervey en asuntos galantes y en ocasiones se sentía inclinada a creer que estaba jugando con ella por la pura y simple gloria de conquistar su corazón; en otras, sospechaba que él tuviera peores designios hasta el punto de merecer desdén y odio. Pero al final estaba dispuesta a creer que él se hallaba atado a un compromiso anterior del que no podría desprenderse con honor, y esta suposición hacía que lo considerase digno de su compasión y estima.

En aquella época, *sir* Philip Baddely comenzó a dedicar una especie de atención constante a Belinda. Sabía que esta le gustaba a Clarence Hervey y ese era el principal motivo por el que deseaba atraer la atención de la joven. Belinda Portman se convirtió en la razón favorita de sus brindis y entre sus compañeros afectaba hablar de ella con

arrobamiento.

—Rochfort —le dijo un día a su amigo—, ¡diantres!, si yo pensara en Belinda Portman de «alguna forma», ya me entiendes... Clary se pondría azul de rabia, ¿verdad? Azul y pequeñísimo de la vergüenza y tonto perdido, ¿eh?

—Por mi honor que ya me gustaría verlo —respondió Rochfort—. Bien merecido se lo tendría, *sir* Phil. Y yo, como amigo tuyo que soy, voy a apoyarte con la muchacha. No estaría mal darle alguna pista sobre el amorcito que Clary tiene en Windsor con el mayor de los secretos. ¡A fe que se lo merece!

Daba la casualidad de que *sir* Philip Baddely y el señor Rochfort, mientras fueron íntimos de Clarence Hervey, habían observado que este visitaba Windsor con frecuencia y entendieron que tenía una amante allí. Sintieron una enorme curiosidad por verla y, sin que Clarence se enterase, lo intentaron en repetidas ocasiones hasta que una noche, sabiendo que el joven no se hallaba en Windsor, escalaron el alto muro del jardín de la casa que frecuentaba y consiguieron vislumbrar a una bella jovencita y a una mujer entrada en años, quien asumieron sería su aya. *Sir* Philip y el señor Rochfort guardaron esta aventura en el más estricto secreto, pues sabían que Clarence habría discutido con ellos al punto y les habría pedido explicaciones por la intrusión. Ahora estaban resueltos a usar lo que sabían y a aprovechar la ignorancia de Clarence Hervey, aunque eran conscientes de que tendrían que actuar con cautela para no delatarse. A tal fin, comenzaron a dejar caer pistas misteriosas y distantes sobre el joven ante *lady* Delacour y la señorita Portman, por ejemplo: «Voto a tal que el bueno de Clary es un experto en belleza, ¿eh, Rochfort? Con una sola no le basta, ¡diantres! Y está visto que lo que busca no siempre es el estilo ni el ingenio ni la elegancia ni nada de eso».

Tales observaciones venían acompañadas de una mirada de lo más elocuente. Belinda lo veía y oía todo en doloroso silencio, pero *lady* Delacour a menudo se las ingeniaba para sonsacar alguna explicación más a *sir* Philip. Su respuesta habitual era: «No, no, ahí *milady* tendrá que disculparme. ¡Diantres! No quiero acusar a nadie, ¿eh, Rochfort?».

Dada la reserva con que la señorita Portman había empezado a tratar a Clarence, *sir* Philip esperaba que, sin lanzar una acusación clara, conseguiría enemistar a la joven con su rival. En esa época, el señor Hervey no era tan asiduo en sus visitas a casa de *lady* Delacour, mientras que *sir* Philip aparecía por allí a diario; a menudo, para entretener a la señorita Portman, llegaba hasta a contarle las noticias de

la ciudad. Una mañana en que Clarence Hervey estaba presente, el *baronet* consideró de su incumbencia eclipsar al rival en la conversación, por lo que empezó a hablar de la última fiesta campestre celebrada en Frogmore.

—¡Qué mala suerte la suya, *lady* Delacour, con aquellos famosos caballos! Vive Dios que, tras la torcedura y este asunto de los nervios, su señoría no habrá vuelto a salir de casa desde el cumpleaños del rey y seguro que se perdería el desayuno y todo lo de Frogmore.[44] ¡Diantres! La ciudad entera andaba alborotada y, además, *milady* tenía una invitación. ¡Qué detestable contratiempo!

—Lamento sobremanera que mi enfermedad me impidiera asistir a aquella deliciosa fiesta, pero más por la señorita Portman que por mí —respondió la dama—, aunque Belinda me ha asegurado que no se sintió afligida por tal decepción.

—¡Voto a tal! Yo podría haber llevado a la señorita Portman en mi tílburi —continuó *sir* Philip—. Fue la fiesta más hermosa y mejor organizada que vi nunca, y solo habría faltado la señorita Portman para que fuera perfecta. Había gitanos y la señora Mills, la actriz, interpretó a su reina y cantó una canción estupenda, ¿verdad, Rochfort?; y además aparecieron dos chiquillas a lomos de un jumento. ¡Diantres! No sé cómo habían ido a parar allí, porque eran de esas que se ven a diario, hijas de dos de las mujeres de los soldados. Después tuvimos a la banda entera de Staffordshire tocando durante la comida algunos temas famosos y Fawcett cantó una canción de risa. Y luego botaron el barco, que si no hubiera sido más que un barco ya habría valido... pero, qué diantres, la canción de Polly Oliver sí que mereció la pena, y luego lo del Hércules flamenco, du Crow, ¿sabe?, vestido de azul claro y plata. Señorita Portman, ¡ojalá lo hubiera visto!, sostuvo tres gigantescas ruedas de carro en equilibrio sobre la barbilla y una escalera con un par de niños encima y, después, se colocó un mosquete y una bayoneta con la punta en el mentón también, ¡Qué espectáculo, a fe mía! Y se me olvidaba la danza pírrica, señorita Portman, que también estuvo fabulosa. La bailaron con botas y espuelas los húngaros esos: saltaban y daban vueltas, daban palmas en las rodillas y colocaban todo tipo de posturas. Y luego tuvimos aquella canción de Polly Oliver, como ya le dije, y la señora Mills nos ofreció... No, no...; fue un tamborilero de la banda de Staffordshire vestido de gitana el que nos cantó *The cottage on the moor*, una cosa preciosa y que le iría a su voz, señorita Portman. ¡Podría usted cantarlo como un ángel, diantres! Pero ¿por dónde iba? Ah, sí, luego sirvieron el té y tenían chimeneas hechas de ladrillo al aire

libre; la entrada al salón de baile era una columnata decorada con faroles y flores y cosas de esas y hubo alguna humorada, aunque eso fue por la mañana, con los gitanos, sobre una naranja y el estatúder de las Provincias Unidas. Y luego hubo una danza turca y una polonesa, muy bonitas ambas, pero nada comparado con el paso pírrico, que fue con diferencia el más popular, con las botas y las espuelas. ¡Vaya!, no soy capaz de describírselo; qué pena que no estuviera allí, ¡diantres!

Lady Delacour le aseguró a *sir* Philip que su descripción había sido más entretenida de lo que podría haber sido la realidad.

—Clarence, ¿no es la mejor descripción que jamás hayas oído? Pero, por favor, háganos una demostración del «paso» pírrico, *sir* Philip.

Lady Delacour habló con una sinceridad tan cortés y el *baronet* tenía tan poca perspicacia y tanta arrogancia que no sospechó que la dama pudiera estar siendo irónica. Entusiasmado, empezó a hacer una exhibición de la danza pírrica, pero de un modo cuya visión era incapaz de soportar nadie sin perder la seriedad. Rochfort fue el primero en reírse, seguido de *lady* Delacour, y Clarence Hervey y Belinda tampoco pudieron contenerse mucho tiempo.

—¡Demonios! Ahora veo que estabais todos tomándome el pelo —exclamó el *baronet* y se quedó en silencio, irritado, mientras clavaba en Clarence Hervey y en la señorita Portman lo que se figuraba era una mirada «significativa». El silencio y la irritación se prolongaron hasta que Clarence se despidió. Poco después, Belinda se retiró a la sala de música. *Sir* Philip comenzó entonces a decirle unas palabras a *lady* Delacour con cara de suma importancia. Tras un preámbulo de expletivos sin sentido, le dijo que su estima por la dama y por la señorita Portman le obligaban a aclarar las indirectas que había ido dejando caer y que no podría explicárselas satisfactoriamente a menos que le prometiera una inviolable discreción.

—Como Hervey es, o era, amigo mío, no puedo hablar de algo así sin tal preliminar.

Lady Delacour le hizo esta promesa previa y *sir* Philip le informó de que la gente empezaba a advertir que Hervey se había convertido en un admirador de la señorita Portman y que esto podía convertirse en una desventaja para la joven, pues él no podía tener intenciones serias al estar ya comprometido, hasta donde *sir* Philip sabía, con otra persona.

—¿Un compromiso matrimonial? —preguntó *lady* Delacour.

—¡Diantres! No sabría decir si matrimonial, pero la muchacha es hermosísima y Clary ha sido constante muchos años…

—¡Muchos años! Entonces, ¿no es tan joven?

—Bueno, sí, no tiene más de diecisiete años y, en cualquier caso, la mocita es un primor. Yo la vi una vez en Windsor, a escondidas.

Y entonces el *baronet* la describió a su manera para concluir así:

—No sé dónde la tiene Clary ahora, pero se la ha llevado de Windsor. En aquel tiempo vivía con un aya más orgullosa que el demonio y eso, tratándose de Clary, huele a boda.

—¿Y conoce el nombre de esta damisela sin parangón?

—Creo que aquella vieja jezabel la llamaba «señorita Saint Pierre». ¡Qué diantres! Y también «Virginia»: Virginia Saint Pierre.

—«Virginia Saint Pierre», qué nombre tan romántico[45] —dijo *lady* Delacour—. La señorita Portman y yo le agradecemos enormemente la preservación de nuestros corazones y le prometo que guardaremos el secreto a buen recaudo.

Entonces *sir* Philip, haciendo uso de aún más juramentos que de costumbre, señaló que la señorita Portman era la mujer más bella que jamás hubiera visto y se despidió.

Cuando *lady* Delacour le refirió esta historia a Belinda, concluyó diciendo:

—Ahora bien, querida mía, ya sabes que *sir* Philip Baddely solo obedece a sus propios intereses al revelarnos todo esto, o más bien al revelártelo «a ti», pues es evidente que te admira y, por consiguiente, detesta a Clarence. Conque solo me creo la mitad de lo que dice y considero la otra mitad, a pesar de que te has puesto horriblemente pálida, algo sin la menor importancia para ti.

—Sin la menor importancia, efectivamente, *milady* —respondió Belinda—. Siempre he considerado al señor Hervey...

—Oh, un conocido cualquiera, no lo dudo, pero podemos ahorrarnos todos esos discursos. Lo que iba a decirte es que esa «amada del bosque» no tiene la menor importancia para tu felicidad porque, piense lo que piense ese papanatas de *sir* Philip, Clarence Hervey no es hombre que se case con una muchacha aunque haya sido su amante media docena de años... No te quedes tan pasmada, querida, de verdad que no puedo evitar reírme. De todas maneras, te felicito por que la situación no sea peor: todo está dentro de lo normal y acostumbrado. Cuando un hombre se casa, compra carruajes nuevos y se deshace de amantes antiguas... O, si prefieres ver las cosas como una mujer de sentimiento en lugar de como una mujer de mundo, esta es la oportunidad perfecta para que tu pretendiente se sacrifique. Siento mucho no hacerte sonreír, querida Belinda, pero ten en cuenta lo siguiente: como nadie sabe de este desaguisado más que nosotras, no necesitamos levantar nuestra

barrera moral, y ni siquiera las damas con la moral más estricta del mundo esperan que los hombres posean tan alta moral como ellas. Así pues, podemos ajustar la medida de nuestra indignación exterior a nuestros sentimientos verdaderos; *sir* Philip no puede remover el asunto, pues sabe que Clarence lo retaría a un duelo si saliese a la luz el secreto de Virginia. Te recomiendo seguir adelante con Clarence sin mostrar ante él la más mínima sospecha. En estos casos no hay nada mejor que el candor, querida mía; aunque por la altivez española que en este momento luce tu semblante sé que preferirías una muerte sentimental antes que seguir mi consejo.

Belinda, sin altivez alguna, aunque con firme gentileza, le respondió que no tenía intención alguna con respecto al señor Hervey y que, por tanto, no había necesidad de maquinación alguna, que la ambigüedad de su conducta para con ella la había llevado hacía mucho a proteger sus afectos y que tenía la satisfacción de sentir que tales afectos estaban completamente bajo su control.

—Sí que es una gran satisfacción, mi querida Belinda —respondió *lady* Delacour—. Es una pena que tu rostro, normalmente tan expresivo, en este instante no obedezca a tus deseos expresando una perfecta felicidad. Pero aunque no sientas el dolor de la decepción, sin duda la preocupación que muestras brota de la necesidad que sientes de retirar parte de tu estima por el señor Hervey. Ese es tu estilo, ¿verdad? De todos modos, puede que todo esto no sea más que una chanza de *sir* Philip, ¡aunque me procuró una descripción de lo más minuciosa de su persona! Y estoy segura de que el hombre no posee imaginación ni gusto suficientes para elaborar tal fantasía.

—¿Mencionó —preguntó Belinda con un hilo de voz— el color de su cabello?

—Sí, castaño claro... Pero parece que lo del color del cabello te ha afectado más que todo lo demás.

Para gran alivio de Belinda, la conversación se vio interrumpida por la entrada de Marriott. Después de todo lo que había oído, y especialmente por la coincidencia del color del mechón que se había caído de la carta de Hervey con la descripción que había dado *sir* Philip del cabello de Virginia, la señorita Portman quedó convencida de que Clarence tenía una relación secreta y, en su mente, no pudo evitar culparlo de haberse esforzado por ganarse su afecto, como ella pensaba que había hecho, a sabiendas de que su corazón estaba comprometido con otra. En cualquier caso, el señor Hervey no volvió a darle motivos para hacerle sospechar que albergase plan alguno para conquistar su

amor, pues por aquel entonces su comportamiento con ella había cambiado. Era evidente que trataba de evitarla: sus visitas eran breves y su atención se dirigía sobre todo a *lady* Delacour. Cuando esta se retiraba, él se despedía, y a *sir* Philip Baddely le quedaba todo el campo libre. El *baronet*, creyéndose el artífice de la frialdad entre Belinda y su rival, se sorprendió al advertir que no había obtenido ventaja alguna para sí. Al principio ni se le pasaba por las mientes tener una relación seria con la joven; pero, al cabo, se sintió resentido por su indiferencia y por las chanzas de su amigo Rochfort.

—A fe mía —dijo este— que la chica debe de estar enamorada de Clary, porque no te presta más atención que si fueras un don nadie.

—Seguro que podría hacerle cantar otra melodía si así lo quisiera, ¡demonios! —le respondió *sir* Philip—, pero ¡a qué precio! Una esposa sale carísima en estos tiempos, diantres. Un hombre puede tener veinte cabriolés, un buen establo, una cuadrilla de perros y todas las amantes que desee, pero ¡lo que le costaría tomar esposa! Belinda Portman es una muchacha estupenda, caramba, pero no vale tanto como para eso. Y, sin embargo, ya me gustaría ver la cara que se le quedaría a Clary si le propusiera matrimonio de verdad. ¿Eh, Rochfort? Me las pagaría por la forma en que nos trató con lo del médico aquel, ¿verdad?

—Y tanto —dijo Rochfort—, ya sabes que nos dijo aquello de tanto mejor y tanto peor. Pues aún no ha visto cómo es el «tanto peor». Por mi honor, *sir* Philip, que el asunto está en tus manos.

El *baronet* se debatió durante algún tiempo entre el temor a caer en las redes de una de las sobrinas de la señora Stanhope y la esperanza de triunfar sobre Clarence Hervey, pero al final prevaleció lo que él llamaba «amor sobre la prudencia» y resolvió conquistar a Belinda costara lo que costase. No le cabía duda de que lo aceptaría si le ofrecía la mano, por lo que, tomada la decisión, no pudo evitar asumir de antemano el tono de un pretendiente favorecido.

—¡Voto a tal! —exclamó cierta noche en el concierto de *lady* Delacour—. Se diría que el señor Hervey sacó la patente para hablar con la señorita Portman, pero que el diablo me lleve si cedo este lugar ahora que lo tengo. —Y, dicho esto, se sentó al lado de Belinda.

El señor Hervey no le disputó la plaza y *sir* Philip no se movió lo que quedaba de concierto. No obstante, a pesar de tener todo el campo libre, no se le ocurrió nada más interesante ni más ameno que susurrarle a Belinda al oído:

—-¿No le parece que esas velas necesitan sobremanera que alguien las despabile?

40 N. de la Trad.: El médico alemán Johan Georg, Ritter von Zimmermann publicó en 1756 el tratado *Betrachtungen über die Einsamkeit*, que tuvo un gran impacto en toda Europa, sobre la soledad y su influencia en la mente y el corazón.

41 N. de la Trad.: En el original, «troops of friends». La expresión procede de la escena III del quinto acto de *Macbeth*, de William Shakespeare (1606).

42 N. de la Trad.: Se trata de un calabozo en el que, según un testigo, permanecieron hacinados casi ciento cincuenta prisioneros ingleses la noche del 20 de junio de 1756, la mayoría de los cuales murieron asfixiados y por golpes de calor.

43 N. de la Trad.: Literalmente, que «no tiene el alma de barro» (en francés en el original). Significa que no es una persona vil.

44 N. de la Trad.: *Sir* Philip se refiere aquí a una fiesta que tuvo lugar el 14 de julio de 1800 y de la que se hicieron eco los periódicos de la época. Los detalles que refiere sucedieron en realidad.

45 N. de la Trad.: El nombre hace referencia a una novela muy popular en la época: *Paul et Virginie*, de Jacques-Henri Bernardin de Saint-Pierre (1788), publicada por primera vez en España con el título *Pablo y Virginia* en 1798.

Capítulo 12



El guacamayo

El *baronet* escogió el día siguiente para el gran ataque. Fue a visitar a la señorita Portman con la convicción de que lo recibiría favorablemente. No obstante, cuando se vio a solas con la dama se sintió algo turbado y sin saber cómo empezar la conversación.

Daba vueltas y retorcía un bastón corto que llevaba en la mano y se lo metió y sacó de la bota veinte veces antes de animarse a decir:

—¿*Lady* Delacour aún no se ha ido a Harrowgate?

—No, su señoría aún no se encuentra lo bastante bien como para emprender el viaje.

—Qué malísima suerte tuvo, aunque habrá de agradecérselo a Clarence Hervey. Él es así: piensa que tiene el mejor ojo del mundo para los caballos, para el vino y para todo lo demás. ¡Diantres! Se cree que nadie más que él se da cuenta de que una mujer hermosa lo es. Pero debería saber que la señorita Belinda Portman lleva dos meses siendo el motivo de todos los brindis de *sir* Philip Baddely.

Comoquiera que tal información no pareció surtir el efecto deseado en dicha señorita, *sir* Philip hubo de recurrir nuevamente al bastón, con el que llevó a cabo todo un ejercicio de esgrima. Al cabo de un silencio de varios minutos y tras caminar hasta la ventana y volver, como si buscase algo de raciocinio, exclamó:

—¿Y cómo está la señora Stanhope, señorita Portman? ¿Y su hermana, la señora Tollemache? La mujer más hermosa que vi en mi vida, caramba. Eso es lo que pensé el invierno en que debutó. ¿Alguna vez le han dicho que se parece a ella?

—Nunca, señor.

—Pues sí, qué diantres, solo que es diez veces más bella.

—¿Diez veces más bella que la mujer más hermosa que vio en su vida, *sir* Philip? —preguntó Belinda con una sonrisa.

—Que la mujer más hermosa que había visto en mi vida «hasta aquel momento», porque a fe mía que «en aquel momento» no sabía lo que era estar enamorado. —El *baronet* suspiró ruidosamente antes de continuar—. Siempre me había reído del amor y todo eso, y sobre todo del matrimonio... ¿Podría darme las señas de la señora Stanhope, señorita Portman? Creo que para hacer las cosas bien debería escribirle a ella antes de hablar con usted.

Belinda lo miró atónita y, dejando a un lado el lápiz con el que había comenzado a apuntar la dirección, dijo:

—Quizá, *sir* Philip, «para hacer las cosas bien» debería fingir no haber entendido lo que acaba de decir, pero tal falsa delicadeza podría llevarlo a engaño, así que permítame decirle que, si la carta que quiere escribirle a mi tía tiene algo que ver conmigo...

—¡Lo ha adivinado! —la interrumpió *sir* Philip—. Claro que tiene que ver con usted. Qué muchacha tan encantadora, pardiez, leyéndome el pensamiento de esta forma. Así nos ahorraremos un montón de problemas —añadió el cortés enamorado al tiempo que se sentaba junto a Belinda en el sofá.

—Pues para ahorrarle cualquier problema en lo que a mí se refiere...

—¡Qué demonios...! No repita esa palabra nefasta, «problema», ni ponga esa cara de enojo; aunque he de decir que le sienta inusitadamente bien y que me gusta el orgullo en una mujer bella, siempre que no aflore a menudo, puesto que no es algo que se encuentre fácilmente hoy en día... Y por «problemas» me refería a tener que escribir a la señora Stanhope, lo cual, evidentemente, le agradezco que me ahorre. Preferiría, claro está (y no puede culparme por ello), oír la respuesta de sus labios divinos, aunque solo sea por el placer de verla sonrojarse de un modo tan delicioso.

—Para ponerle fin a este modo tan delicioso, caballero —respondió Belinda al tiempo que retiraba la mano que le había tomado el *baronet*, como si confiara en que se tratase de un premio dado a voluntad—, debo asegurarle de manera explícita que no está en mi poder alentarlo en sus avances. Soy muy consciente —añadió— del honor que *sir* Philip Baddely me concede y espero que no se sienta ofendido por la franqueza de mi respuesta.

—¡No puede hablar en serio, señorita Portman! —exclamó

asombrado el *baronet*.

—Totalmente en serio, *sir* Philip.

—¡Que el cielo me confunda —bramó, poniéndose en pie— si no es la cosa más extraordinaria que jamás haya oído! ¿Tendría el honor, señorita, de hacerme saber qué es lo que tiene que objetar?

—Mis objeciones —dijo Belinda— no pueden obviarse, por lo que sería inútil señalarlas.

—Se lo ruego, señorita, hágame el favor. Solo por saberlo. ¿Acaso tiene algo que objetar contra la fortuna de *sir* Philip Baddely, de quince mil libras al año, su familia o él mismo? ¡Diantres! —exclamó cambiando de tono—. Ahora entiendo que estaba bromeando para ver qué cara ponía. Qué bien lo ha hecho, coquetuela...

Belinda volvió a asegurarle que lo decía completamente en serio y que era incapaz de practicar el género de coquetería que él le estaba atribuyendo.

—Caramba, señorita, en ese caso, no tengo nada más que decir. Lo de la coquetería es algo que puedo entender a la perfección y, si hubiéramos estado hablando por hablar, nada habría sucedido. Pero si hago una propuesta formal de matrimonio y una mujer me responde con seriedad que tiene objeciones que no se pueden obviar, ¡demonios!, ¿qué más puedo pensar, o qué más puede pensar nadie, sino que dicha mujer es incomprensible o que está comprometida? Supongo que ese será el caso y me habría gustado saber de ello mucho antes. De todas maneras, me alegro de saberlo ahora.

—Siento tener que privarlo de tal satisfacción —le dijo la señorita Portman—, pero le aseguro que no estoy comprometida con nadie.

Llegados a tal punto la conversación se vio interrumpida por la entrada de lord Delacour, que deseaba preguntarle a la señorita Portman cómo se encontraba su señoría. El *baronet*, tras retorcer el pequeño bastón negro de todas las formas posibles, acabó por romperlo y, al quedarse sin recursos, de repente le deseó a la señorita Portman que pasase un buen día y se marchó con semblante ridículamente malhumorado. Estaba decidido a escribir a la señora Stanhope, cuya influencia sobre su sobrina no dudaba que inclinaría a esta en su favor.

—*Sir* Philip no parece estar de muy buen talante esta mañana —dijo lord Delacour—. Me temo que se haya enojado conmigo por haber interrumpido su conversación, pero no tenía ni idea de que estuviera aquí y quería verla un momento a solas para, en primer lugar, agradecerle toda su bondad con *lady* Delacour. La convalecencia por la torcedura le ha resultado muy tediosa, y luego esas fiebres nerviosas y

convulsiones… Yo no entiendo de estas cosas, pero parece que lo que le prescribió el doctor X. le ha hecho bien, pues se encuentra mucho mejor. Además, me alegro de volver a oír música y gente en casa, porque sé que son cosas que le gustan a *milady* Delacour y no existe indulgencia razonable que no le concediera de buen grado a una esposa. Pero creo que todo debe tener un término medio. No soy un hombre que se deje gobernar por su mujer y, cuando he dicho algo, me gusta ser coherente y siempre lo seré. Estoy seguro de que es usted demasiado sensata como para considerar que me equivoco; así que, señorita Portman, en lo que concierne a la discusión sobre el coche y los caballos que usted presenció en parte aquella mañana desayunando, permítame que le cuente el comienzo de todo.

—Discúlpeme, milord, pero antes que el comienzo preferiría oír el fin de las discusiones.

—Lo que demuestra su sensatez, además de su bondad. Ojalá fuera capaz de inculcarle a *milady* Delacour ese mismo gusto. No es que le falte cabeza, pero… voy a hablarle libremente de todo lo que está en mi mente, señorita Portman, porque sé a ciencia cierta que usted no gusta de provocar confusión en un hogar. Entre nosotros, la cabeza de *lady* Delacour no siempre rebosa sensatez. Una mujer puede tener mucho ingenio, pero demasiado puede ser tan malo como demasiado poco, y aún peor en una mujer. Cuando dos personas discuten, el ingenio de ambas, pero en particular el de la mujer, resulta de lo más fastidioso. Es como tener un arma escondida en casa, lo que con atino está prohibido por ley. Si un individuo mata a otro en una refriega con un arma escondida, como puede ser una espada oculta en un bastón, a la luz de la ley se considera asesinato. Ahora bien, aunque no fuera contrario a la ley, nunca llevaría tal arma escondida en mi bastón, porque un hombre lo olvida todo cuando la pasión lo arrebata y es capaz de cualquier cosa, ya sea con una espada o con un bastón. Así pues, es mejor que no tenga un arma tal en su poder. Pues lo mismo sucede con el ingenio, que sería mejor y más seguro que no estuviera en manos de ciertas personas.

—Pero ¿acaso es justo que milord utilice el ingenio propio para quejarse del ingenio ajeno? —preguntó Belinda con una sonrisa, lo que puso al vizconde de buen humor tanto consigo mismo como con su esposa.

—Vaya, realmente no habría manera de vivir con *lady* Delacour si no emplease alguna palabrilla astuta de vez en cuando, pero es algo que no acostumbro a hacer, se lo aseguro, salvo cuando me obligan las

circunstancias. Pero viendo que usted, señorita Portman, prefiere oír el fin de las discusiones, aquí le presento el final de aquella que tiene especial derecho a conocer —continuó su señoría mientras sacaba la cartera y extraía algunos billetes de banco—. Le habría entregado esto antes, señorita Portman, si antes hubiera sabido de la transacción…, de su participación en ella, quiero decir.

En ese momento, Champfort entró en la estancia con semblante curioso y taimado.

—Milord, ha venido un hombre para hablar del borgoña que había pedido.

—Dile que lo recibiré de inmediato. Llévalo al salón y dale un periódico para que se entretenga.

—Sí, milord; el señor lleva el periódico en el bolsillo desde que se vistió.

—Aquí tienes —respondió el vizconde.

Champfort, al acercarse para tomar el diario, echó un vistazo a los billetes y a la señorita Portman.

—Tome —continuó lord Delacour en cuanto Champfort salió—, aquí tiene doscientas guineas. Como tengo que hablar con ese hombre sobre mi borgoña y pasaré fuera el resto del día, hágame el favor de darle a *lady* Delacour esta cartera la próxima vez que la vea. Lo sentiría sobremanera si, por cualquier cosa que hubiera sucedido, se quedase con la impresión de que soy un marido tacaño o un tirano, aunque es verdad que me gusta ser el señor de mi casa. Pero… ¿qué está haciendo, señorita Portman? Ese billete es suyo, no es cuestión de volver a introducirlo en la cartera.

—Permítamelo, milord —le explicó Belinda, al tiempo que le devolvía la cartera— y le ruego que le conceda a *lady* Delacour el placer de verlo. Ha preguntado varias veces si su señoría estaba en casa. Iré ahora mismo a su vestidor y le diré que está aquí.

—¡Con qué ligereza vuela en alas de la buenas intenciones! —exclamó lord Delacour—. No puedo hacer menos que seguirla, ya que, si bien gusto de ser tratado con respeto en mi propia casa, hay un momento para cada cosa. No importunaré a *lady* Delacour haciéndola bajar hasta aquí con el tobillo torcido, especialmente si ha preguntado por mí varias veces.

La visita de su señoría no se alargó en exceso, pues recordó que el hombre que había ido a tratar el asunto del borgoña aún estaba esperándolo. Pero acaso la brevedad de la visita la tornara más agradable, porque después le dijo *lady* Delacour a Belinda:

—Querida mía, no te lo vas a creer: esta mañana milord Delacour ha sido un perfecto ejemplo de todo lo útil y agradable. Quién sabe si con el tiempo no lo será también de todo lo bello y sublime. *En attendant*, aquí tienes tus doscientas guineas. Mil gracias por el favor y otros tantos millones por las formas, puesto que estas lo son todo en cuestión de favores. Milord, quien, siendo justos, es demasiado sincero como para afectar más delicadeza de la que posee, me dijo haber recibido esta mañana una lección de la señorita Portman sobre el arte de hacer favores y en verdad, para ser un hombre hecho y derecho, y para ser su primera lección, no lo ha hecho nada mal. Creo que para cuando se quede viudo será alguien completamente distinto: un hombre bastante agradable. No un genio ni un Clarence Hervey; eso nadie lo espera. Por cierto, ¿cuál es el motivo por el que hemos visto tan poco a Clarence últimamente? Es evidente que tiene una atracción secreta por algún otro lugar. No puede ser aquella joven que *sir* Philip mencionó; no, no es una novedad. ¿Podría tratarse de alguien en casa de *lady* Anne Percival? Si no, ¿dónde? Siempre que me ve, pregunta cuándo iremos a Harrowgate. Pero da la casualidad de que Oakly Park se encuentra a pocas millas de Harrowgate, conque no iré, decidido. *Lady* Anne es una matriarca excelente, eso queda fuera de toda cuestión, pero espero que no tenga ninguna hermana, sobrina o prima igualmente «excelente» que embauque a nuestro héroe.

—¡«Nuestro»! —exclamó Belinda.

—Bueno, tuyo, entonces —respondió *lady* Delacour.

—¡¿Mío?!

—Sí, tuyo: nunca en mi vida he visto pugna mayor entre un suspiro y una sonrisa. Pero ¿qué le has hecho al pobre *sir* Philip Baddely? Milord Delacour me ha contado… ¿Sabes que las personas que no tienen nada más que decir son las que difunden las noticias con mayor celeridad…? Me ha contado que ha visto a *sir* Philip despedirse de ti esta mañana de un humor de perros. Ven, mientras me cuentas tu historia, vas a ayudarme a ensartar estas perlas, así no hará falta que me mires y podrás ocultar el rubor de tu rostro. Y no temas traicionar los secretos de *sir* Philip, puesto que yo podría haberte dicho hacía mucho que era inevitable que te pidiese en matrimonio. La cuestión no es nueva ni sorprendente para mí, pero me gustaría mucho oír cómo se puso en ridículo.

—Y eso es precisamente lo único que no deseo contarle a su señoría —respondió Belinda.

—¡Por Dios, mi querida Belinda, no es ningún secreto que *sir* Philip

Baddely es un ser ridículo! Pero tu naturaleza bondadosa me impide enojarme contigo. Ya que no vas a satisfacer mi curiosidad, satisface al menos mis sentidos y cántame aquella deliciosa canción que solo tú eres capaz de interpretar a mi gusto. Me niego a aprenderla de otra persona.

En el momento en que Belinda comenzaba a cantar, empezó a graznar el guacamayo de Marriott, por lo que la vizcondesa no logró oír nada más.

—¡Ese odioso guacamayo! ¡No lo aguanto más! —exclamó la dama antes de hacer sonar la campanilla con vehemencia—. Anoche no me dejó dormir. Marriott ha de deshacerse de ese pájaro. Marriott, ¡no aguanto a tu guacamayo! Tienes que separarte de él, por mi propio bien. Te costó cuatro guineas, ¿verdad? No dudes que me complacería darte cinco si te librases de él, porque es un verdadero tormento.

—Pero, *milady*, le aseguro que solo lo oyó porque los criados no cierran las puertas de abajo como siempre les pido que hagan. Estoy segura de que el señor Champfort no ha cerrado una puerta en la vida ni lo hará así que viva tantos años como Matusalén.

—De poco me sirve todo eso, Marriott —respondió *lady* Delacour.

—Ni a mí oír cómo insultan a mi guacamayo día sí y día también, *milady*, por culpa del señor Champfort.

—No es culpa del señor Champfort que yo tenga oídos.

—Pero si las puertas estuviesen cerradas, *milady* no podría oírlo ni lo oiría, como voy a demostrarle ahora mismo —dijo Marriott antes de correr a cerrar, según había contado, once puertas que estaban «abiertas de par en par»—. Y ahora, *milady*, no oirá ni una sola sílaba del guacamayo.

—No, pero una de las once puertas se abrirá enseguida. Como ves, siempre tendré más de diez a uno en mi contra. —En ese momento se abrió una de ellas y se oyó un graznido—. El guacamayo tiene que irse, Marriott, y no se hable más —dijo la dama con firmeza.

—Entonces, yo también me iré —respondió airada la doncella—, porque no voy a separarme del guacamayo para agradar a nadie.

Marriott dirigió una mirada llena de indignación a Belinda por simple asociación, ya que la última vez que se enojó a causa del ave también se enfadó con ella, a quien imaginaba la enemiga secreta de su predilecto.

—¡Nada me convencería para quedarme una semana más en esta casa después de la ignominia con que han tratado a mi guacamayo! —exclamó antes de salir hecha una furia del aposento.

—¡Santo cielo! ¿A esto he quedado reducida? —dijo *lady* Delacour—. ¡Cree que estoy en su poder! Pero no; bien puedo morir sin ella. Me queda poco tiempo en este mundo, pero no viviré como una esclava. Deja que la mujer me traicione si así lo desea. Síguela, mi generosa amiga, y dile que no vuelva a entrar jamás en esta habitación. Llévate la cartera, págale lo que se le deba y luego dale cincuenta guineas, fíjate bien, no como soborno, sino como recompensa.

Era una misión difícil y delicada. Al principio, Belinda encontró a Marriott incapaz de atender a razones.

—Estoy segura de que no hay un alma en el mundo que nos pudiera tratar al guacamayo y a mí de esta forma ¡salvo *milady*! —exclamó—. Alguien ha de haberla puesto en mi contra, porque no es algo natural en ella. Pero como ya no soporta tenerme cerca, es hora de que me vaya.

—Lo único de lo que se ha quejado *lady* Delacour es del ruido que hace el guacamayo —dijo Belinda—. Es un animal muy bonito; ¿cuánto hace que lo tienes?

—Apenas un mes —respondió Marriott entre sollozos.

—¿Y cuánto hace que vives con su señoría?

—¡Seis años! ¡Y tener que separarme de ella después de tanto tiempo!

—¡Por un guacamayo! Y en un momento en que su señoría te necesita tanto, Marriott. Sabes que no vivirá mucho tiempo y que le esperan grandes sufrimientos antes de morir. Si la abandonas y en un ataque de rabia traicionas la confianza que ha depositado en ti, nunca te lo perdonarás. Ni este pájaro ni todos los pájaros del mundo conseguirán consolarte, porque yo sé que eres de disposición afectuosa y sientes un cariño sincero por tu pobre señora.

—Sí que lo tengo, sí. ¡Y traicionarla! Ay, señorita Portman, preferiría cortarme una mano antes que hacerlo. Me han tentado muchas más veces de lo que *milady* y la señorita saben… El señor Champfort, que es el mayor enredador del mundo, es el causante de este dilema, por no cerrar las puertas. Y la señorita me ha convencido con sus tiernas palabras de que no es la enemiga que yo suponía, así que le pido perdón… Pero lo que iba a decirle es que el señor Champfort, que vio la riña con milord por lo de la llave y la puerta la noche del accidente de *milady*, ha ido con el chisme a *lady* Singleton y por todas partes. La doncella de la señora Luttridge, que es prima mía, ha estado atormentándome con preguntas y ofertas de toda índole por parte de la señora Luttridge y la señora Freke para que revelase quién estaba en el

boudoir, y yo siempre les he dicho que nadie y las he desafiado a arrancarme una sola palabra. ¡Traicionar a *milady*! Preferiría cortarme la lengua ahora mismo. Ella no podría tener una opinión tan baja de mí, y la señorita tampoco, ¿verdad?

—Por supuesto que no; estoy convencida de que eres incapaz de traicionarla, Marriott, pero es más que probable que, cuando la hayas dejado…

—Si *milady* me permitiese quedarme con el guacamayo —la interrumpió Marriott—, jamás se me pasaría por la cabeza dejarla.

—*Lady* Delacour no permitirá que el guacamayo se quede, ¿y acaso tendría sentido que lo hiciera? No la deja dormir; esta misma mañana la tuvo despierta tres horas.

Marriott estaba a punto de comenzar de nuevo la historia de Champfort y las puertas, pero la señorita Portman la cortó al decir:

—Lo pasado, pasado está. ¿Cuánto se le debe, señora Marriott? *Lady* Delacour me ha encargado que le pague todo lo que se le adeude.

—¡Lo que se me adeude! Dios nos asista, señorita. Pero ¿tengo que irme de verdad?

—Sin duda, pues ese es su deseo y, por lo tanto, el de su señoría. Ella es perfectamente consciente del afecto que usted le tiene y de los servicios prestados, pero no puede permitir que le falten al respeto. Aquí tiene un billete de cincuenta guineas, que le entrega como recompensa a su fidelidad pasada, no como soborno para garantizar su silencio futuro. También me ha pedido que le diga que es libre de revelar su secreto al mundo entero si así le conviene.

—Ay, señorita Portman, tome el guacamayo. ¡Haga con él lo que quiera! Pero reconcílieme con *milady* —imploró Marriott, juntando las manos en dolorosa agonía—. Aquí tiene las cincuenta guineas, señorita, que no las quiero conmigo. Nunca volveré a faltarle al respeto a nadie. ¡Llévese el guacamayo y lo que haga falta! No, yo misma se lo llevaré a *milady*.

Lady Delacour se vio sorprendida por la súbita entrada de Marriott con el guacamayo. Esta puso la cadena que sujetaba al ave en la mano de su señoría sin ser capaz de decir más que:

—Por favor, *milady*, haga lo que quiera con él y conmigo.

Aplacada por la sumisión de la criada, *lady* Delacour la perdonó y se alegró con la mayor sinceridad por la reconciliación.

Al día siguiente, Belinda le pidió a la viuda *lady* Boucher, quien iba a visitar a un tratante de aves, que la llevase consigo, pues esperaba encontrar un pájaro más musical que el guacamayo para consolar a

Marriott por la pérdida de su escandaloso predilecto. *Lady* Delacour le encargó que pagase el precio que fuera necesario.

—Si pudiera, yo misma te acompañaría por el bien de la pobre Marriott, aunque creo que me sería preferible ir a los establos de Augías.

En High Holborn había un tratante de aves que había comprado varios de los ciento ochenta bellos pájaros que, según anunciaban los periódicos del día, habían «reunido con gran esfuerzo y expensas los señores Marten & Co. para el museo republicano de París tras abandonar el bergantín francés *Urselle*, capturado en un viaje de Cayena a Brest por la fragata *Unicorn* de su majestad».

Cuando *lady* Boucher y Belinda llegaron al establecimiento se demoraron mucho dudando cuál de las bellezas emplumadas deberían elegir. Mientras la noble viuda disertaba sobre las distintas perfecciones de las aves, entró una dama con tres niños que atrajo de inmediato la atención de Belinda por su parecido con la descripción que Clarence Hervey le había dado de *lady* Anne Percival. En efecto, se trataba de ella, tal y como le informó en un susurro *lady* Boucher, quien la conocía, aunque de manera superficial.

Los niños no tardaron en dedicar toda su atención a las aves.

—Señorita Portman —dijo *lady* Boucher—, como *lady* Delacour está lejos de encontrarse bien y desea un pájaro que no haga ruido en casa, podría comprarle a la señora Marriott esta hermosa pareja de periquitos verdes o, por ejemplo, un jilguero, que no es muy alborotador; aquí tienen uno que puede hacer mil trucos deliciosos. Disculpe, señor, hágale sacar un poco de agua del pozo con el cubito para que lo veamos.

—¡Mamá! —dijo uno de los niños—. Eso es exactamente lo que dice Thomas Bewick en su *Historia de los pájaros*. Mira cómo sube el cubito, Helena… Pero ¿dónde está Helena? Ven, Helena, que aquí tienes sitio.

Mientras los niños contemplaban el jilguero, Belinda notó que alguien le daba un suave toquecito: era Helena Delacour.

—¿Puedo hablar un momento con usted? —dijo la niña.

Belinda se alejó con ella hasta el rincón más apartado del establecimiento.

—¿Mamá ya se encuentra mejor? —preguntó con timidez—. Yo tengo unos pececitos dorados que, como sabe, no hacen el más mínimo ruido. ¿Puedo enviárselos? He oído a esa dama llamarla «señorita Portman». Creo que usted es la señorita que me escribió aquella postdata tan bonita en la última carta de mamá. Por eso me he atrevido

a hablarle con tanta libertad. Quizá podría escribirme para decirme si mamá puede verme; estoy segura de que *lady* Anne Percival me llevaría a visitarla a la hora que fuera, pero dentro de unos días se marcha a Oakly Park. Me gustaría quedarme con mamá mientras esté enferma: no haría nada de ruido. Pero no se lo pida si cree que la va a molestar. Tan solo permítame que le envíe los pececitos.

Belinda se conmovió por el modo en que la afectuosa niña había hablado. Le aseguró que le diría a su madre todo lo que le había pedido y le dijo que enviase los peces cuando quisiera.

—Entonces —dijo Helena—, se los enviaré en cuanto llegue a casa..., quiero decir, en cuanto llegue a casa de *lady* Anne Percival.

Cuando acabó de hablar con Helena, Belinda oyó al hombre que exhibía los pájaros lamentarse de no tener un guacamayo azul, que era lo que le había encargado *lady* Anne Percival por cuenta de la señora Margaret Delacour.

—Tengo varios guacamayos rojos, *milady*, pero ni uno azul ahora mismo y no creo que pueda conseguirle uno; he preguntado a todos los tratantes de la ciudad y he ido a la subasta de Haydon Square expresamente para eso, pero no ha habido manera.

Belinda le pidió a *lady* Boucher que ordenase a los criados que le acercasen la jaula que contenía el guacamayo azul de Marriott y, en cuanto se lo trajeron, se lo entregó a Helena y le rogó que se lo llevase a su tía Delacour.

—Vaya por Dios, señorita Portman —le dijo *lady* Boucher en un aparte—. Me temo que va a meterse en un lío, porque *lady* Delacour no se habla con la señora Margaret Delacour. No la soporta; ya sabe que es la tía de milord Delacour.

Belinda insistió en enviarle el guacamayo, pues esperaba que esas terribles riñas familiares pudieran resolverse si cada una de las partes accedía a mostrar una mínima disposición a complacer a la contraria.

A *lady* Anne Percival no se le escapó el significado de tal gesto de cortesía.

—Es un pájaro de buen agüero —dijo—. Presagia la paz familiar. *Lady* Boucher, ¿podría hacerme el favor de presentarme a la señorita Portman?

—¡Precisamente lo que yo quería! —exclamó Helena.

Tras unos minutos de conversación sobre distintos temas, *lady* Anne Percival y Belinda se despidieron con el deseo mutuo de conocerse mejor.

FIN DEL PRIMER VOLUMEN



SEGUNDO VOLUMEN

Capítulo 13



Sortes virgilianae

Cuando Belinda llegó a casa, *lady* Delacour estaba atareada en la biblioteca examinando una colección de obras de teatro francesas con el exconde de N., caballero que poseía un talento tan singular para declamar composiciones dramáticas que muchas personas afirmaban preferir oírle leer una obra que verla representada en el teatro. Incluso quienes no eran jueces de sus méritos y tenían poco gusto por la literatura se agolpaban para oírlo porque estaba de moda. *Lady* Delacour lo había invitado a un recital de lectura en su casa y en aquel momento el caballero le consultaba qué obra entretendría más a su público.

—¡Mi querida Belinda! Cuánto me alegro de que hayas venido a darnos tu opinión, pues nadie tiene mejor gusto que tú, si bien primero debería preguntarte qué tal con el tratante de aves; espero que hayas traído un gallo astado o alguna otra bella monstruosidad para Marriott. Me conformaré siempre que no tenga una voz como la del guacamayo; aunque, por más que se tratase de la mismísima ave del paraíso, dudo que a Marriott le guste tanto como su ruidoso antecesor.

—Estoy segura de que le gustará lo que van a traerle, y a su señoría también, pero no quiero interrumpir a *milady* y a *monsieur le comte* —respondió al tiempo que tomaba un volumen de obras que había sobre la mesa.

—¿*Nanine* o *La Prude*, cuál deberíamos representar? —le preguntó *lady* Delacour—. ¿Qué opinas de *L'Ecossaise*?[46]

—*L'Ecossaise* tiene lugar en Londres —respondió Belinda—, por lo

que creo que sería más popular para el público inglés.

—¡Cierto! Así sea, pues —dijo *lady* Delacour—. Leeremos *L'Ecossaise*. Estoy segura de que *monsieur le comte* hará justicia al personaje de Friport, el inglés, «*qui sçait donner, mais qui ne sçait pas vivre*».[47] Querida, se me olvidó decirte que ha venido Clarence Hervey; es una pena que no llegases un poco antes, porque le habrías oído declamar una escena encantadora de *La escuela de la murmuración*. *Monsieur le comte* quedó fascinado, pero Clarence solo pudo leer esa escena porque tenía prisa: tenía que ir a casa del señor Percival por negocios. Estoy segura de que lo que te dije el otro día es verdad; en cualquier caso, me prometió que vendría a cenar. ¿Usted también se quedará a la cena, *monsieur le comte*?

Este lo lamentó sobremanera, pero ya tenía un compromiso y le era imposible. Belinda recordó de repente que era hora de vestirse para la cena, pero cuando el conde se hubo despedido y ella ya estaba en las escaleras, un lacayo la avisó de que el señor Hervey estaba en el salón y deseaba hablarle. En la mente de Belinda se formaron numerosas conjeturas mientras se encaminaba a la pieza, pero en el momento en que abrió la puerta vio de qué naturaleza era el asunto que había llevado a la casa al caballero, pues en una mesa junto a él estaba el globo de cristal que contenía los pececillos dorados de Helena Delacour.

—Me han encargado que se los entregue a *lady* Delacour —dijo el señor Hervey— y rara vez he recibido un encargo que me haya procurado tanto placer. Veo que la señorita Portman es una verdadera amiga de su señoría. ¡Feliz ella de tener a alguien como usted!

Tras una pausa, el señor Hervey continuó hablando sobre *lady* Delacour y su deseo sincero de verla tan feliz en su vida doméstica como aparentaba serlo en público. Le confesó con franqueza a Belinda que, la primera vez que le presentaron a la vizcondesa, no vio más que a una mujer elegante y disoluta y que al decidirse a cultivar su compañía no había considerado más que su propio entretenimiento.

—Pero últimamente —continuó— me he formado otra opinión sobre su carácter y creo, por lo que he observado, que estará usted de acuerdo conmigo a este respecto. Había elaborado un plan para que su señoría fuera conociendo mejor a *lady* Anne Percival, que me parece una mujer sumamente agradable y feliz. Oakly Park queda a pocas millas de distancia de Harrowgate, pero mi plan ha fracasado: *lady* Delacour dice haber cambiado de idea y no irá. *Lady* Anne, en cambio, acaba de confirmarme que, aunque estamos en julio y adora el campo, está dispuesta a permanecer en la capital un mes más, pues cree que con la

ayuda de usted cabe la posibilidad de que se produzca una reconciliación entre *lady* Delacour y los parientes de su esposo, de quienes ella es íntima, empezando por mi amiga, la señora Margaret Delacour. Esta aceptó graciosamente el guacamayo y me congratulo de haberla predispuesto a pensar en su sobrina de modo algo más favorable. Ahora todo depende de la conducta de *lady* Delacour con su hija. Si sigue tratándola con negligencia, quedaré convencido de que me engañé en cuanto a su carácter.

A Belinda le satisfizo enormemente la franqueza y la genuina bondad con que habló Clarence Hervey y, desde luego, no lamentó oír de sus labios tan meridiana explicación de sus sentimientos y opiniones. Le aseguró que no escatimaría esfuerzo que el decoro permitiese por lograr la deseada reconciliación entre la dama y su familia, pues coincidía plenamente con él en que el carácter de *lady* Delacour había sido mal entendido en general.

—Sí —dijo el señor Hervey—, su relación con la señora Freke la ha perjudicado más a ojos del mundo de lo que ella cree. La gente entiende de manera tácita que toda dama responde por el carácter de sus amigas. Si *lady* Delacour hubiera tenido la fortuna de conocer a una amiga como la señorita Portman en un momento anterior de su vida, ¡qué mujer tan distinta habría sido! En cierta ocasión ella misma me dijo algo así y nunca me resultó tan entrañable como en aquel instante.

El señor Hervey pronunció estas últimas palabras de un modo más animoso que de costumbre y, mientras hablaba, Belinda se inclinó para tomar una ramita del mirto que había sobre la chimenea. Percatándose de que este, plantado en un gran jarrón de porcelana, se levantaba por un lado empujado por los pedazos rotos del bastón de *sir* Philip Baddely, los sacó y los arrojó por la ventana.

—*Lady* Delacour los clavó esta mañana a modo de trofeo —dijo Clarence sonriendo—. Me habló de su victoria sobre el corazón de *sir* Philip Baddely, por lo que sin duda debería haberlos dejado ahí como prueba irrefutable del buen gusto y juicio del *baronet*.

Clarence Hervey se quedó algo turbado y parecía que hubiera alguna causa secreta que le impidiese mostrar abiertamente sus verdaderos sentimientos, pues variaba de comportamiento sin cesar. Belinda no pudo evitar percatarse de su titubeo, por lo que volvió a recurrir a los pececillos de Helena y a la propia niña: de tales cuestiones ambos podían hablar con naturalidad. *Lady* Delacour apareció en el momento en que Clarence estaba acabando de relatar los experimentos del abate Nollet, de los que había oído hablar a su amigo el doctor X.

—Ahora bien, señorita Portman, la transmisión del sonido en el agua…

—¡Te veo inmerso en cuestiones filosóficas! —exclamó *lady* Delacour al entrar—. ¿Qué es eso de la transmisión del sonido en el agua? ¡Hola! ¿Y de dónde salen estos preciosos pececillos dorados?

—Estos pececillos —respondió Belinda— vienen a consolar a Marriott por la pérdida del guacamayo.

—¡Gracias, mi querida Belinda, por estos sustitutos silenciosos! ¡No podrías haber elegido nada mejor!

—El mérito no ha sido mío —replicó Belinda—, pero me alegra de corazón que los apruebe.

—¡Qué preciosas criaturas! No ha habido peces más bellos desde los días del príncipe de las Islas Negras en *Las mil y una noches*. Y estas criaturas, ¿debo agradecértelas a ti, Clarence?

—No, yo solo tengo el honor de habérselas traído a su señoría de parte de…

—¿De quién? De todos mis numerosos conocidos, ¿acaso hay alguno a quien yo le importe un pececillo? Espera, no respondas, déjame que lo adivine… ¿*Lady* Newland? No, sacudes la cabeza. Solo lo he dicho porque sé que quiere sobornarme para que vaya a una de sus estúpidas veladas. Quiere copiarme el buen gusto suficiente para gastar una fortuna. Y si dices que no ha sido *lady* Newland… ¿La señora Hunt, tal vez? Porque tiene dos hijas a quienes desea que invite a mis conciertos… ¿Tampoco la señora Hunt? Bueno, en ese caso tiene que tratarse de la señora Masterson, que está empeñada en acompañarme a Harrowgate, adonde, por cierto, no voy a ir, así que no aceptaré los pececillos. Ha sido la señora Masterson, ¿verdad?

—No. Aunque los pececillos dorados vienen de una persona que se pondría contentísima si pudiera ir con *milady* a Harrowgate —dijo Clarence Hervey.

—Igual que se pondría contentísima si pudiera quedarse con *milady* en Londres —terció Belinda—. Vienen de una persona que no quiere nada de usted salvo su amor.

—¿Hombre o mujer? —preguntó *lady* Delacour.

—Mujer.

—¿Mujer? Yo no tengo ninguna amiga en el mundo más que tú, mi querida Belinda, ni conozco a mujer alguna a cuyo amor pudiera dedicarle ni medio instante de mis pensamientos. Pero te ruego que me digas el nombre de esta amiga desconocida que no quiere nada de mí salvo amor.

—Discúlpeme —dijo Belinda—, pero no puedo decirle quién es a menos que me prometa recibirla.

—Ahora sí que me siento impaciente por verla, pero como ya sabes aún no soy capaz de salir de casa y con las nuevas amistades una precisa de pasar por toda la ceremonia de una visita matinal y demás. Entonces, *en conscience*, ¿merece la pena?

—¡Mucho! —exclamaron entusiasmados Belinda y Clarence Hervey.

—¡«*Ah, pardi*»!, como dice continuamente el conde. Ya veo que los dos estáis de lo más interesados en la cuestión. Será alguna hermana, sobrina o prima de *lady* Anne Percival, o bien… No, en el semblante de Belinda veo que voy desencaminada. Entonces, ¿tal vez será la propia *lady* Anne? En fin, llévame adonde quieras, Belinda, y preséntame a quien desees. Confío en tu gusto y buen juicio en todas las cosas, pero de verdad que aún no puedo hacer visitas matinales.

—En este caso no es necesaria toda la ceremonia de una visita matinal —dijo Belinda—. Le presentaré a esta amiga desconocida mañana si me permite invitarla al recital de lectura.

—Será un placer. Seguro que es alguna encantadora *émigrée* conocida de Clarence Hervey. Pero ¿dónde te la has encontrado esta mañana? Los dos os habéis puesto de acuerdo para confundirme, así que los dos seréis responsables si esta nueva amiga, como decía Ninon de l'Enclos, no vale el precio pagado. Si es la mitad de agradable y graciosa que *madame la comtesse de Pomenars*, Clarence, una docena de visitas no me parecerá un precio exagerado por conocerla.

En este punto, la conversación se vio interrumpida por un golpe atronador en la puerta.

—¿De quién es ese carruaje? —preguntó *lady* Delacour—. ¡Ah! Ya veo la ostentosa librea de *lady* Newland, y ahí está su señoría bajándose del coche con una torpeza tal que se diría que es la primera vez que monta en uno. Y vestida con demasiada formalidad, ¡como una verdadera dama de ciudad! Clarence, por favor, mírala, envuelta en un fardo de muselina dorada y tan consciente de su bolsito de diamantes. Siempre que entra en una sala parece decir: «Mirad cuánto valgo, ¡lo menos quinientas mil libras en moneda bancaria!». Ahora, vamos a disfrutar de su entrada… Pero ¡Belinda! —exclamó de repente espantada al ver que esta aún llevaba puesto el vestido matinal—. ¡Qué mediocridad! Sal de aquí y ve a ver a Marriott, te lo suplico por todo el miedo al desdén de una dama que, de un solo vistazo, será capaz de valorarte *au juste* en apenas un cuarto de penique la yarda.

Mientras abandonaba el salón, Belinda oyó a Clarence Hervey repetir

a *lady* Delacour:

> *Brindadme un gesto, brindadme un leve aire*
> *que con su donaire alumbre el candor;*
> *las galas ligeras y sueltas melenas.*

Llegado a este punto se detuvo el caballero, pero Belinda recordaba el resto de la estrofa:

> *Pues tan dulce descuido a mí me embriaga más.*
> *Pues todos los engaños del artificio*
> *deslumbran mis ojos, pero no mi corazón.*[48]

Todos los presentes coincidieron en que la señorita Portman se vistió ese día con la más perfecta simplicidad.

La curiosidad de *lady* Delacour se había visto avivada por la descripción que Belinda y Clarence Hervey le habían procurado de aquella nueva amiga que había enviado los pececillos dorados y que no quería de ella más que su amor.

La señorita Portman le había dicho que la «desconocida» llegaría al recital de lectura media hora antes que el resto de los asistentes. Su señoría estaba sola en la biblioteca cuando *lady* Anne Percival llevó a Helena a la mansión, según lo indicado en una nota que le había enviado Belinda.

Esta corrió escaleras abajo para recibir en el vestíbulo a la niña, que le tomó la mano en silencio.

—Tu madre quedó encantada con los pececillos dorados y estará aún más contenta cuando sepa de quién provienen; eso lo desconoce.

—Espero que hoy se encuentre mejor. No haré ningún ruido —susurró Helena al tiempo que subía las escaleras de puntillas.

—No temas hacerlo. No es menester caminar de puntillas ni cerrar las puertas con sigilo, pues a *lady* Delacour parecen gustarle todo tipo de ruidos salvo los graznidos del guacamayo. Por aquí, querida.

—Oh, se me había olvidado. Hace tanto tiempo… ¿Mamá estará levantada y vestida?

—Sí. Desde que estuvo enferma ya ha dado conciertos y bailes. Esta noche oirás cómo declama un fragmento de una obra de teatro de aquel caballero francés del que me habló *lady* Anne Percival ayer.

—Entonces, ¿habrá mucha gente con mamá?

—Ahora mismo no hay nadie con ella, así que ven conmigo a la

biblioteca —respondió Belinda—. *Lady* Delacour, aquí está la jovencita que le envió los pececillos.

—¡Helena! —exclamó la dama.

—Sin duda ha de reconocer que el señor Hervey estaba en lo cierto cuando dijo que la amiga desconocida guardaba un sorprendente parecido con su señoría.

—El señor Hervey es un experto adulador. Yo nunca tuve este rostro inocente, ni siquiera en mis mejores días, aunque es cierto que tiene la misma forma de la cabeza, y las manos y los brazos... Pero ¿por qué tiemblas, Helena? ¿Tanto te asusta el aspecto de tu madre?

—No. Es solo que...

—¿Solo que, mi niña?

—Solo que... tenía miedo a que... yo no te gustase.

—¿Quién te ha llenado esa cabecita loca de miedos absurdos? Ven, tontuela, dame un beso y cuéntame cómo es que no estás en Oakly Hall... No, ¿cómo se llamaba el sitio aquel? Oakly Park.

—*Lady* Anne Percival dijo que no me sacaría de la ciudad mientras estuvieras enferma porque pensaba que tal vez querrías...; quiero decir que pensó que tal vez yo querría verte, si a ti no te importaba.

—*Lady* Anne es muy buena, muy generosa y muy considerada.

—Es muy muy bondadosa —dijo Helena.

—Veo que quieres mucho a *lady* Anne Percival.

—Oh, sí. ¡Ha sido tan amable conmigo! La quiero como si fuera...

—Como si fuera... ¿el qué? Acaba la frase.

—... mi madre —concluyó Helena con un hilo de voz y las mejillas encendidas.

—La quieres como si fuera tu madre —repitió *lady* Delacour—. Eso es una frase inteligible. Habla siempre de manera que se te entienda; nunca dejes una frase sin terminar.

—No, señora.

—No hay nada más incivil ni más ridículo, porque muestra que tienes el deseo, pero no la capacidad de esconder tus sentimientos. Pero bueno, querida, parte de inmediato a Oakly Park, puedes ahorrarte toda ceremonia conmigo.

—¡Ceremonia, mamá! —exclamó la niña con las lágrimas asomándole. Belinda suspiró y, por un momento, se hizo un silencio sepulcral.

—Lo único que quería decir, señorita Portman —continuó *lady* Delacour— es que odio la ceremonia, pero sé que hay en el mundo personas que la adoran, que creen que toda virtud y todo afecto

dependen de esta, que quedan «satisfechos, dedicados para siempre a la decencia».[49] No voy a discutir sus méritos. Ciertamente se ven recompensados en forma de una buena opinión o una buena palabra por parte de las mentes pequeñas, es decir, de más de la mitad del mundo. No les envidio la fama que adquirirán con tamaño esfuerzo. Dejemos que la ceremonia se rinda a la ceremonia con oriental decoro, pero si tal ceremonia espera verse recompensada con afecto, que no cuente conmigo.

—La ceremonia no tiene valor alguno sobre el afecto y, por lo tanto, esta no desea que con él se la recompense —dijo Belinda.

—Nunca hasta ahora —continuó *lady* Delacour, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos sin escuchar a Belinda— obtuvo nada parecido a un afecto real ninguna persona ceremoniosa.

—Nunca —replicó Belinda mirando a Helena, que, poseyendo vivacidad suficiente para advertir que esta diatriba contra la ceremonia se dirigía a *lady* Anne Percival, permanecía sentada con la mirada baja por la vergüenza y el rostro y el cuello encarnados por el rubor—, nunca hasta ahora ganó, quien fuese meramente ceremonioso, nada parecido a un afecto real, especialmente de los niños, que a menudo constituyen, por su falta de prejuicios, unos excelentes jueces del carácter.

—Todos podemos pensar que una opinión distinta de la nuestra es un prejuicio —dijo *lady* Delacour—. ¿Quién lo decide?

—Los hechos, creo yo —respondió Belinda.

—Pero es harto difícil llegar a los hechos, aun tratándose de bagatelas. Vemos las acciones, pero pocas veces las causas. ¡Un aforismo digno del mismísimo Confucio! Y que podríamos aplicar ahora: mi querida Helena, ¿cómo conseguiste esos preciosos pececillos que tuviste la bondad de enviarme ayer?

—Me los regaló *lady* Anne Percival.

—¿Y cómo es que te los regaló?

—Me los regaló —respondió Helena dubitativa.

—No hace falta que te sonrojes ni que repitas que te los regaló; te he oído la primera vez. Ese es el hecho. Ahora investiguemos la causa, a menos que sea un secreto. Si es un secreto que deseas guardar, estás en tu derecho a hacerlo. No dudo de la necesidad, tal y como apuntan ciertos sistemas educativos, de que los niños aprendan a guardar secretos y estoy convencida (puesto que *lady* Anne Percival es, según tengo entendido, una perfecta jueza del decoro) de que es de lo más apropiado que una hija sepa cómo guardar secretos frente a la madre.

Así pues, querida mía, deja de preocuparte o ruborizarte, pues no te haré más preguntas. No era consciente de que hubiera secreto alguno en este caso.

—No hay absolutamente ningún secreto, mamá —dijo Helena—. Tan solamente he dudado porque…

—Querrás decir: «Tan solo he dudado porque». Me figuro que *lady* Anne Percival no tendrá inconveniente en que hables como es debido.

—Tan solo he dudado porque temí que no estuviera bien presumir de mis actos. *Lady* Anne Percival un día nos pidió a todos…

—¿A todos?

—A Charles, a Edward y a mí. Nos pidió que le refiriéramos unos experimentos sobre el oído de los peces que nos había contado el doctor X. y nos prometió que le regalaría los pececillos dorados, que a todos nos gustaban mucho, a quien lo hiciera mejor. *Lady* Anne me los regaló a mí.

—¿Y ese es todo el secreto? ¿Has visto, Belinda? Ha sido una modestia genuina lo que le ha hecho dudar. Te pido perdón, querida, y a *lady* Anne también. Ya ves lo imparcial que soy, Belinda. Pero una pregunta más, Helena: ¿quién te convenció para que me enviaras los pececillos?

—Nadie, mamá; no me convenció nadie. Ayer estaba en la tienda de aves cuando la señorita Portman fue a buscar un pájaro para la señora Marriott que no hiciera ruido para no molestarte, así que pensé que mis peces serían lo mejor del mundo porque no hacen ruido y son tan bonitos como cualquier pájaro, o más, creo yo, y espero que así se lo parezcan también a la señora Marriott.

—No sé qué opinará Marriott de la cuestión, pero te puedo decir lo que creo yo —respondió *lady* Delacour—: creo que eres una de las niñitas más dulces que hay en el mundo y harías que te quisiera aunque tuviera el corazón de piedra…, que no es el caso, pese a lo que piensan ciertas personas. ¡Dame un beso, hija mía!

La niña corrió hacia la madre, la rodeó con los brazos y exclamó:

—¡Oh, mamá! ¿Lo dices en serio?

Cuando la pequeña, apoyándose en el seno materno, la estrechó con todas sus fuerzas, *lady* Delacour gritó y la apartó de un empujón.

—¡No está enojada contigo, tesoro! —exclamó Belinda—. Ha sentido un dolor repentino y violento. No te alarmes, pronto estará mejor. No, no hagas sonar la campanilla; mira si puedes abrir esos postigos y levantar la hoja.

Mientras Belinda sujetaba a *lady* Delacour y Helena trataba de abrir

la ventana, entró un criado en el aposento para anunciar al conde de N.

—Llévelo al salón —dijo Belinda. *Lady* Delacour, a pesar del gran dolor que la acuciaba, se levantó y se retiró al vestidor.

—Aún no me siento capaz de bajar a ver a toda esa gente —dijo—, debes excusarme con el conde y los demás, y dile a la pobrecita Helena que aunque la empujé, no estaba enojada. Que se quede abajo contigo. Yo descenderé en cuanto pueda. Envíame a Marriott y, ¡que no se te olvide!, dile a Helena que no estaba enojada.

El recital comenzó y *lady* Delacour apareció cuando los asistentes estaban bebiendo sirope de horchata, entre el cuarto y el quinto acto.

—Helena, ¡querida mía! —dijo la dama—, ¿podrías traerme una copa?

Clarence Hervey miró a Belinda con una sonrisa satisfecha.

—¿No cree —le susurró— que lo hemos hecho muy bien? ¿Ha visto cómo la miraba *lady* Delacour?

Nada tiende a aumentar la estima y afecto recíprocos de dos personas que compartir un mismo y benévolo objetivo. Aquella noche, Clarence y Belinda parecían adivinar los pensamientos y sentimientos del otro mejor que nunca desde que se conocieran.

Una vez acabada la obra de teatro, la mayoría de los invitados se fue y solo se quedó a cenar un selecto grupo de *beaux esprits*. Mientras el conde leía, los concurrentes permanecían de pie alrededor de una mesa sobre la cual había varios volúmenes de obras de teatro y novelas francesas. Clarence Hervey tomó uno de ellos y exclamó:

—¡Veamos cuál será nuestro destino con las *sortes virgilianæ!*[50]

Lady Delacour tomó el libro, un volumen de los cuentos de Marmontel, y lo abrió.

—¡«La mujer como hay pocas»! —exclamó Hervey.

—Pero ¿quién va a creer en las *sortes virgilianæ*? —dijo riendo *lady* Delacour, aunque al mismo tiempo acercó una vela para leer la página por la que había abierto el libro. Belinda y Clarence Hervey se acercaron. La dama continuó en voz baja mientras apuntaba con el dedo—. Qué casualidad, Belinda, que haya abierto el volumen por este pasaje.

Era una descripción de la manera en que «la mujer como hay pocas» manejaba al marido, que tenía demasiado miedo a que nadie creyera que lo gobernaba su esposa. Al pasar de página, vio la hoja de mirto con que Belinda, que había estado leyéndolo la víspera, la había marcado.

—¿De quién es esta señal? Por su elegancia seguro que es tuya,

Belinda —dijo *lady* Delacour antes de continuar algo irritada—. ¡Vaya! Veo que lo habíais maquinado entre los dos. ¡Habéis concebido una bonita forma de sacarme los colores! El uno dice: «Veamos cuál será nuestro destino con las *sortes virgilianæ*» y la otra coloca hábilmente una marca en el libro para que se abra por la lección para la niña traviesa.

Belinda y el señor Hervey le aseguraron que no se habían valido de malas artes y que no habían maquinado nada entre ellos.

—Entonces, ¿cómo ha llegado aquí la hoja de mirto? —preguntó *lady* Delacour.

—Ayer estuve leyendo ese cuento y dejé la hoja para marcar la página.

—No puedo evitar creerte, porque jamás me has engañado ni con la más mínima nadería; eres la verdad personificada, Belinda. Pero ya ves que tú has sido la causa de que haya sacado esta suerte extraordinaria; el libro no se habría abierto por esta página si no hubiera sido por tu marca. Veo que mi suerte está en tus manos: si *lady* Delacour algún día se tornase «la mujer como hay pocas», lo que sería la cosa más improbable del mundo, sería a causa de la señorita Portman.

—Lo que sería la cosa más probable del mundo —repuso Clarence Hervey—. Este mirto tiene un aroma maravilloso —añadió, frotando la hoja entre los dedos.

—Pero al final —dijo *lady* Delacour, dejando a un lado el libro— esta heroína de Marmontel no es «la mujer como hay pocas», sino la mujer como no hay otra.

—*Milady*, ha llegado el carruaje de la señora Margaret Delacour para la señorita Delacour —le dijo un lacayo a la vizcondesa.

—Helena se quedará conmigo esta noche. Dele las gracias de mi parte —le respondió esta—. ¡Mira qué contenta se ha puesto la gitanilla —añadió, volviéndose a Helena, que acababa de oír el mensaje— y lo bonita que se ve cuando está alegre! ¿Esos bucles castaño-pelirrojos se te rizan de manera natural o son obra tuya?

—Son naturales, mamá.

—¿Naturales? Aún mejor. Los míos también se me rizaban a tu edad.

Algunos de los concurrentes repararon al momento en el admirable parecido entre Helena y su madre, y cuanto más consideraba *lady* Delacour a su hija una parte de sí misma, más se inclinaba a alegrarse de su compañía. El globo de cristal que contenía los pececillos dorados fue colocado en mitad de la mesa durante la cena, y Clarence Hervey jamás le prestó una atención tan respetuosa a su señoría como esa noche.

La conversación giró en torno a una magnífica y elegante recepción que había dado hacía poco una duquesa de buen gusto, y algunos de los presentes se refirieron en términos elogiosos a la belleza y prendas de la hija de su excelencia, que había aparecido en público por primera vez en aquella ocasión.

—La hija eclipsará totalmente a la madre —dijo *lady* Delacour.

—Un eclipse total que ya predijeron numerosos sabios —respondió Clarence Hervey—, mas ¿cómo puede haber un eclipse entre dos cuerpos cuando estos jamás se cruzan? Entiendo que ese será el caso entre la duquesa y su hija.

Tal observación pareció causar una fuerte impresión en *lady* Delacour. Clarence Hervey prosiguió expresando con suma elocuencia su admiración por la madre, que había interrumpido una carrera de disipación para emplear su inimitable talento en la educación de los hijos y que había puesto de moda la virtud por medio de los irresistibles poderes del ingenio y la belleza.

—Francamente, Clarence —respondió *lady* Delacour, levantándose de la mesa—, hablas con un fervor casi religioso. Te recomiendo que escribas una comedia sentimental y lacrimógena o un drama al estilo alemán, lo titules *La escuela para madres* y le implores a su excelencia, la duquesa de…, que se preste a ejercer de modelo para la heroína.

—Seguro que su señoría no será tan cruel como para mandar a su fiel siervo a implorar por una heroína… —repuso Clarence Hervey.

Lady Delacour al principio sonrió por el elogio, pero al cabo de unos minutos suspiró amargamente.

—Es demasiado tarde para convertirme en una.

—¿Demasiado tarde? —exclamó Hervey, que la siguió inquieto cuando la dama salió del comedor—. ¿Demasiado tarde? Su excelencia, la duquesa de…, no es sino unos años mayor que su señoría.

—Bueno, tampoco quería decir «demasiado tarde» —respondió *lady* Delacour—, pero mudemos de tema. ¿Por qué no fuiste a la *fête champêtre* el otro día? ¿Y dónde has pasado toda la mañana? Y dime, te lo ruego: ¿cuándo regresa a la capital tu amigo, el doctor X.?

—El señor Horton va recuperándose —dijo Clarence—, por lo que espero que pronto tengamos entre nosotros al doctor X. He oído que debería estar de vuelta dentro de pocos días.

—¿Ha preguntado por mí? ¿Se ha interesado por cómo me encuentro?

—No. Me figuro que asumió que su señoría estaba bien, pues le conté que cada día se hallaba mejor y con un ánimo delicioso.

—Sí —dijo *lady* Delacour—, pero me temo que acabaré agotándome de este buen ánimo. Te aseguro que aún padezco mucho de los nervios y que no me hace bien quedarme despierta hasta tan tarde. Así que tendré que daros a ti y al resto del mundo las buenas noches. Como podéis ver, soy una libertina completamente rehabilitada.

46 N. de la Trad.: Se trata de tres comedias de Voltaire, estrenadas entre 1739 y 1760.

47 N. de la Trad.: Significa, literalmente, «que sabe dar, pero no sabe vivir» y es una expresión que el personaje de Friport utiliza en la escena V del segundo acto de la obra mencionada.

48 N. de la Trad.: En el original, «Give me a look, give me a face, / That makes simplicity a grace; / Robes loosely flowing, hair as free / Such sweet neglect more taketh me / Than all th'adulteries of art, / That strike mine eyes, but not mine heart». Los versos pertenecen a la escena I del primer acto de *Epicoene, or the silent woman*, de Ben Jonson (1609).

49 N. de la Trad.: En el original, «content to dwell in decencies for ever». Se trata del verso 164 de *Epistle to a lady*, de Alexander Pope (1743).

50 N. de la Trad.: Juego de bibliomancia en el que se adivina el futuro leyendo textos de un libro abierto al azar. Toma su nombre del poeta clásico Virgilio, con cuyos poemas se empezó a practicar este tipo de adivinación.

Capítulo 14



La exposición

Dos horas después de que *lady* Delacour se retirase a sus aposentos, Belinda pasó por delante de la puerta de camino a su alcoba y oyó que su señoría la llamaba.

—Belinda, no es necesario que camines con tanto sigilo; no estoy dormida. ¿Podrías entrar, querida? Tengo algo importante que decirte. ¿Se ha ido ya todo el mundo?

—Sí, y pensé que estaría dormida. Espero que no sienta dolor.

—Ahora mismo no, gracias, pero el abrazo de la pobre Helena fue terrible. Ya ves el tipo de accidentes a los que estaría expuesta si la niña estuviera siempre conmigo. Aunque parece poseer una disposición tan cariñosa que desearía que pudiera quedarse en casa. Siéntate a mi lado, querida Belinda, y te contaré lo que he decidido.

Belinda obedeció y *lady* Delacour permaneció callada unos minutos.

—He decidido —dijo al fin— hacer un esfuerzo desesperado por mi vida. Nuevos planes y nuevas esperanzas de felicidad han brotado en mi imaginación y con ellos aumenta mi valentía. Estoy resuelta a someterme a esa operación espantosa, pues es lo único que puede curarme de raíz; tú ya me entiendes. Pero debemos mantenerlo en el más absoluto secreto. Sé de una persona que podría practicarla con la mayor discreción.

—Pero —repuso Belinda— estoy segura de que la seguridad será lo primero para su señoría, ¿verdad?

—No, lo más importante es la discreción. No intentes argumentar; es una cuestión en la que ni puedo ni deseo atender a razones. Escúchame:

me quedaré con Helena unos días, porque se ha llevado una sorpresa con lo sucedido esta noche en la biblioteca y he de borrar de su mente todo asomo de sospecha.

—En su mente no asoma sospecha alguna.

—Mejor aún. Se irá enseguida a la escuela o a Oakly Park. Entonces me enfrentaré a mi juicio a vida o muerte. Si vivo, seré lo que nunca he sido hasta ahora: una madre para Helena. Si muero, Clarence Hervey y tú os quedaréis a su cargo; sé que la cuidaréis. Ese joven es digno de ti, Belinda. Si muero, quiero que le digas que sabía de su valor, que tuve un alma capaz de ser tocada por la elocuencia de la virtud.

Al cabo de una pausa, *lady* Delacour dijo con la voz empañada:

—¿Tú crees que sobreviviré a esta operación, Belinda?

—Con certeza, la opinión del doctor X. le será más útil que la mía —respondió antes de repetirle lo que el doctor le había escrito al respecto.

—¿Así que la opinión del doctor es que inevitablemente me buscaré la ruina si, por una vanidosa esperanza de mantenerlo en secreto, me pongo en manos de un ignorante? ¿Eso dijo? Son palabras duras y él, un hombre prudente al dejarlas por escrito. Así, pase lo que pase, no será responsable de unas «medidas que él no recomienda».[51] ¡Ni tú tampoco, querida mía! Tú has hecho cuanto es prudente y apropiado, aunque he de rogarte que recuerdes que no soy una niña ni una necia, que llevo años siendo discreta y que no me hallo en estos momentos presa de un delirio febril, por lo que no debes abrigar pretensión alguna de controlarme. En esta cuestión he de insistir en conducirme sola. Tengo confianza en las habilidades de la persona que contrataré. Es muy probable que el doctor X. no tenga ninguna, ya que puede que carezca de un diploma para matar o curar de forma oficial, pero eso de nada sirve a mis propósitos. Soy yo quien se va a someter a la operación. Mi salud y mi vida son las que están en juego y bastará con que yo esté satisfecha. La discreción, como ya te he dicho, es mi prioridad.

—¿Y su señoría no estaría más segura al confiar en el honor de un cirujano de los más eminentes en su profesión y con una gran reputación en juego, y no en la vaga promesa de discreción de algún oscuro curandero sin reputación alguna que perder? —preguntó Belinda.

—No —respondió *lady* Delacour—. Te digo que no puedo depender de ninguno de esos hombres «de honor». Ya he tomado medidas para estar tranquila a ese respecto. El honor y una absurda delicadeza les impide practicar semejante operación a una mujer casada sin el

conocimiento, confidencia, consentimiento, etc., etc., etc., del marido. Pero de ninguna manera quiero que lord Delacour esté al corriente.

—¿Por qué, mi querida *lady* Delacour, por qué? —le preguntó Belinda con suma inquietud—. Sin duda, un marido tiene todo el derecho a que le consulten en una cuestión como esta. Le suplico que le hable de sus intenciones a lord Delacour y entonces todo estará bien. Diga que sí, querida amiga, deje que la convenza —imploró Belinda, tomándole la mano a la dama y aferrándola entre las suyas con el más afectuoso afán.

Lady Delacour no respondió, sino que clavó su mirada en la de Belinda.

—Lord Delacour —continuó esta— merece que se lo diga por el gran interés, y cada vez mayor, que ha mostrado últimamente por la salud de *milady*; su amabilidad y bondadoso comportamiento la otra mañana sin duda le agradaron y ahora tiene la oportunidad de demostrar que confía en él y que es merecedora de su afecto y cariño constante.

—Me preocupa muy poco la constancia del cariño que me tenga lord Delacour —respondió la dama con frialdad al tiempo que retiraba la mano—. Si el afecto de su señoría por mí ha aumentado o disminuido en los últimos tiempos, me es indiferente. Mas si sintiese alguna inclinación a recompensarlo por sus recientes atenciones, querría pensar que podríamos encontrar mejor retribución que esa que me sugieres. A menos que consideres que lord Delacour pueda tener un gusto singular por las operaciones quirúrgicas, no acierto a concebir cómo mi confidencia a este particular podría suscitar un aumento inmediato de su afecto por mí. Un afecto que no me importa un ardite, como debes saber mejor que nadie, porque no soy una hipócrita y te he abierto completamente mi corazón, Belinda.

—Por ese mismo motivo deseo ardientemente usar esa influencia que sé que tengo en su corazón en aras de su felicidad. Estoy convencida de que será imposible que lleve a cabo este plan en la misma casa donde vive su marido sin que este lo descubra. Y si lo descubre por accidente, sus sentimientos serán muy distintos de los que tendría si hubiera gozado de su confianza.

—¡Por todos los santos, querida! No quiero seguir oyendo hablar de los sentimientos de lord Delacour.

—Entonces, permítame hablar de los míos, porque no puedo participar en este asunto si va a hacerlo a espaldas de su esposo.

—Haz lo que juzgues apropiado —respondió *lady* Delacour con altivez—. Observo que tu sentido del decoro con respecto a lord

Delacour es más fuerte que tu sentido del honor para conmigo. No obstante, no tengo dudas de que actúas según tus principios, meros principios. Me prometiste que nunca me abandonarías, pero cuando más necesito tu ayuda me abandonas por consideración hacia lord Delacour. No sabía que un escrúpulo delicado podía eximir de cumplir sus promesas a una persona de buenos sentimientos: ¡un código moral nuevo, y de lo más conveniente!

Belinda, aunque muy dolida por el tono sarcástico con que había hablado su señoría, respondió afable que la promesa de permanecer junto a ella durante su enfermedad era muy distinta del compromiso de asistirla con un plan como el que contemplaba en ese momento.

Lady Delacour cerró súbitamente el dosel de la cama entre Belinda y ella y dijo:

—Bueno, querida, a pesar de todo, estoy contenta de que no te hayas olvidado de la promesa de quedarte a mi lado. Teniendo en cuenta todos los pormenores, tal vez seas prudente al negarte a ayudarme. Buenas noches. Te he tenido despierta demasiado tiempo. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Belinda mientras abría el dosel—. Su señoría dejará de estar enojada en cuanto reflexione con calma.

—La luz me ciega —dijo *lady* Delacour antes de volverle la cara a Belinda y añadir con voz soñolienta—: Pensaré en lo que hemos dicho en algún otro momento; ahora mismo prefiero dormirme a oír o decir nada más, pues ya estoy medio dormida.

La joven cerró el dosel y salió de la alcoba. Sin embargo, a pesar del tono somnoliento con que había pronunciado esas últimas palabras, *lady* Delacour no tenía ningún deseo de dormir. Un fuerte sentimiento se había apoderado de su mente y la mantuvo despierta el resto de la noche: la pasión de los celos. La urgencia con que Belinda la había exhortado a consultar a lord Delacour y a confiarle su secreto la había disgustado no solo por oponerse a su voluntad y por la atención indebida a los sentimientos de lord Delacour, sino como confirmación evidente de una insinuación que había dejado caer *sir* Philip Baddely, pero que hasta ese momento no le había parecido merecedora de un instante de consideración. Este había señalado que, si una joven tenía intenciones de convertirse en vizcondesa, no era de extrañar que considerase a un *baronet* por debajo de sus atenciones. «Vaya —pensó *lady* Delacour—, no es algo imposible. En primer lugar, Belinda Portman es sobrina de la señora Stanhope; bien puede poseer todos los artificios de su tía y artimañas aún mayores para ocultarlos bajo una

máscara de franqueza y simplicidad: “Rostro franco y pensamientos bien guardados”, esa es la máxima de la escuela stanhopiana». En el instante en que la mente de la vizcondesa se abrió a la sospecha, su ingenio no tardó en procurarle circunstancias y argumentos con los que confirmar y justificar las dudas.

«La señorita Portman teme que mi marido esté tomándome demasiado afecto; dice que últimamente ha sido muy atento conmigo. Sí que lo ha sido, y a fin de hacerle sentir aversión por mí de inmediato me implora que le diga que padezco una repugnante enfermedad y que estoy a punto de someterme a una operación horrible. ¡Qué ciegos han estado mis ojos ante tamaño ardid! Pero este último golpe ha sido demasiado audaz y me los ha abierto, en efecto; ahora veo mil cosas que antes se me escapaban. Esta misma noche, durante las *sortes virgilianæ*, con la hoja de mirto que dejó en el libro justo donde Marmontel ofrece una receta para gobernar a un esposo con el carácter de lord Delacour. ¡Ah! Ella misma lo ha confesado, estaba leyéndolo, estudiándolo. Sí, y lo ha estudiado con un objetivo: hacer que mi pobre y débil esposo crea que es un ángel. ¡Cómo la elogió el otro día, cuando me honró con una visita matinal! Aquella visita también fue por sugerencia de la señorita Portman, al igual que los billetes de banco, que lord Delacour, como un necio, me entregó durante la conversación y que le había ofrecido primero a ella. Ella, que con una delicadeza que encandiló mi estúpida cortedad de miras le rogó que me los pusiese en las manos. ¡Qué hábil manejo de la situación! Ni la mismísima señora Stanhope lo podría haber hecho mejor. ¡Así consigue llevar a milord a hacer lo que quiera y al mismo tiempo consiente en que él se comporte bien conmigo y le pide que me traiga ofertas de paz en forma de billetes de banco! En realidad, es ella quien se ha convertido en mi banquera y en señora de mi casa, de mi marido y de mí misma. Diez días llevo confinada en esta alcoba. No cabe duda de que ha aprovechado bien el tiempo mientras que yo, tonta de mí, ¡le he estado dando las gracias por su desinteresada bondad!

»Luego, las atenciones con mi hija. ¡También desinteresadas, como yo creía! ¡Santo cielo, qué idiota he sido! Está deseando convertirse en madrastra de Helena; se ha estado ganando el sencillo cariño de la chiquilla ante mi propia cara y mostrándole a lord Delacour qué esposa y madre tan encantadora sería. Creo recordar que él mismo me lo dijo el otro día. ¡Y su extrema prudencia! Jamás coquetea con ninguno de los jóvenes que vienen a casa con el propósito de verla. ¿Es eso natural? Por supuesto que no: ¡es artificio! ¡Artificio! No hay duda de que su

objetivo es distinguirse de mí a ojos de lord Delacour. Incluso con Clarence Hervey, por quien bebía los vientos, o fingía hacerlo, últimamente se muestra fría y reservada. ¡Con qué arrogancia rehusó mi consejo cuando le avisé de que aquella no era la forma de conquistarlo! No la entendí cuando me aseguró que no tenía intención alguna con Clarence Hervey. ¡Pureza inmaculada! Ya lo creo…

»¡Y el rechazo a *sir* Philip Baddely! Que rehúse a un *baronet* con quince mil libras al año una muchacha que no tiene nada solo porque sea un necio… ¿Cómo pude ser tan necia yo para creerlo? Digna sobrina de la señora Stanhope, ¡ahora veo tus intenciones! Y ahora recuerdo aquella extraordinaria carta de la tía que le arrebaté de las manos meses ha, llena de espacios en blanco, insinuaciones y referencias a una carta que Belinda le había escrito hablándole de las disputas con mi marido. Desde entonces, la señorita Portman no me ha dejado ver ninguna otra carta, de lo que se deduce que son todas del mismo tenor y sin duda la tía llevará todo este tiempo orientando el proceder de la sobrina. Ahora sé por qué se guarda en la faltriquera las cartas de la señora Stanhope en cuanto las recibe y por qué nunca las lee en mi presencia. ¡Y yo que le abrí completamente mi corazón y le confesé todas mis faltas y mis locuras a esta muchacha! Hasta le he contado que me estoy muriendo; le he enseñado a esperar con certeza y alegría la corona que se ha propuesto heredar.

»De rodillas le imploré que se quedara a mi lado para recibir mi último suspiro. ¡Qué estúpida, pero qué estúpida soy! ¿Es que nada podría haberme puesto sobre aviso? En el momento en que descubrí la traición de una amiga, fui a postrarme ante los artificios de otra, ¡de otra mil veces más peligrosa y diez mil veces más querida! Porque ¿qué era Harriot Freke en comparación con Belinda Portman? Harriot Freke, que aun cuando más me divertía, medio la despreciaba. Pero Belinda, ¡oh, Belinda!, ¡Cuánto he confiado en ti! ¡Cuánto te he querido, admirado, adorado, respetado y reverenciado!».

Exhausta por las emociones que la fuerza de su poderosa imaginación le había suscitado y tras pasar varias horas de desasosiego en la cama, *lady* Delacour acabó por dormirse a última hora de la madrugada. Al despertar, encontró a Belinda al pie de su cama.

—¿Con qué podría estar soñando su señoría? —le preguntó sonriendo—. La he asustado y, al abrir los ojos, me ha mirado con el mismo horror que si fuese un genio malvado.

«No está en la naturaleza humana —pensó *lady* Delacour, súbitamente tocada por la dulce sonrisa y el tono amigable de Belinda

— ser tan traicionera». Y, tendiéndole los brazos a la joven, dijo:

—¿Tú, un genio malvado? No. ¡Mi ángel guardián, querida Belinda! Dame un beso y perdóname.

—¿Perdonarla por qué? —preguntó esta—. Aún debe de estar soñando, y siento haberla despertado, pero vengo a contarle algo maravilloso: lord Delacour está despierto y vestido y se encuentra en el comedor matinal y lleva hablándome media hora... ¿Sabe de qué? De Helena. Me decía que le ha sorprendido ver cómo se ha convertido en una preciosa jovencita y que ya no se arrepiente de que no fuera un varón; y dice que hoy cenará en casa con el fin de brindar por la salud de Helena con el nuevo borgoña. En definitiva, que nunca lo he visto con tan buena disposición o un humor tan agradable. Siempre he pensado que era uno de los hombres más afables que jamás conocí. ¿No va a levantarse para desayunar? Su señoría ha preguntado por usted diez veces en cinco minutos.

—¡Claro! —respondió *lady* Delacour, frotándose los ojos—. Todo eso es maravilloso, pero habría preferido que no me despertaras tan pronto.

—Paparruchas —dijo Belinda—. De su tono de voz infiero que no lo dice en serio. Sé que se va a levantar y va a bajar al salón enseguida, conque voy a llamar a Marriott.

Lady Delacour se levantó y bajó a desayunar en medio de un mar de dudas sobre la señorita Portman, avergonzada por dejar que tales ideas entraran en su mente y temerosa de que lord Delacour llegase a sospechar que lo honraba con sus celos. Belinda, entretanto, no tenía ni idea de lo que pasaba en el corazón de la dama; creía implícitamente sus expresiones de absoluta indiferencia para con el esposo y un ataque de celos sería lo último que le atribuiría a *lady* Delacour, pues por desgracia desconocía que estos pueden existir sin amor. La idea de lord Delacour como objeto de cariño, de una corona como objeto de ambición o de la muerte de su amiga como objeto de alegría era algo tan ajeno a la cándida mente de Belinda que habría sido imposible o punto menos que pudiera descifrar los pensamientos de la vizcondesa. Esta afectó estar «de un humor excelente» esa mañana, afirmó que nunca se había sentido tan bien desde que cayera enferma, pidió que su coche estuviera listo en cuanto acabara de desayunar y dijo que llevaría a Helena a la exhibición de Maillardet para ver las maravillas del pequeño adivino y el pájaro cantor.[52]

—Mi querida Helena, ¡no se ha visto ni oído cosa igual al pájaro de Maillardet desde los días del pavo real de Abulcassem en *Los mil y un días*! Dado que *lady* Anne Percival no te ha mostrado cosa tan

fascinante, lo haré yo.

—Solo espero que no te canses, mamá —dijo la pequeña.

—Mucho me temo que se cansará —dijo Belinda.

—¿Y sabes, querida? —añadió lord Delacour—. La señorita Portman, siendo tan amable y bondadosa, podría ir con Helena igualmente, y estoy seguro de que ella misma lo preferiría para evitar que tú te canses o te sientas incómoda sin necesidad.

—La señorita Portman es muy amable, sí —se apresuró a responder *lady* Delacour—, pero no considero innecesario procurar a mi hija todo placer que esté en mi mano. En cuanto a lo de cansarme, no estoy muerta ni moribunda «aún». Por lo demás, la señorita Portman, que entiende a la perfección lo que es adecuado, se está sonrojando, como bien puede ver milord, por haber propuesto que ella, que aún no está casada, actúe de carabina para una jovencita. Va en contra de las reglas del decoro y la señora Stanhope se llevaría un disgusto si su sobrina hiciera algo así para agradar a quienquiera que fuese.

Lord Delacour estaba demasiado acostumbrado a oír discursos sarcásticos y para él incomprensibles de labios de su esposa como para reaccionar de forma extraordinaria a este. Y si Belinda se ruborizó, se debió únicamente a la confusión en que la arrojaron los ojos negros de *lady* Delacour al clavarle una mirada tan penetrante que ni la culpa ni la inocencia podrían haber soportado. Imaginaba que su señoría aún estaba disgustada por el coloquio que habían mantenido la noche anterior, por lo que, así que se halló a solas con la dama, retomó la cuestión con la esperanza de ablandarla o convencerla.

—Mi querida amiga —le dijo—, espero que en ningún caso se sienta ofendida por la sinceridad con que hablo. No tengo otro fin que procurarle seguridad y felicidad.

—La sinceridad nunca me ofende —fue la fría respuesta de la vizcondesa, que durante todo el tiempo que pasaron juntas fuera se comportó con Belinda de una forma inusitadamente ceremoniosa.

Apenas habrían hablado si no hubiera estado presente Helena, a quien su madre trataba con fluida animación. Al llegar a Spring Gardens, la niña exclamó:

—¡Oh, allí está el carruaje de *lady* Anne Percival, y Charles y Edward están con ella! Diría que van al mismo sitio que nosotras, porque oí a Charles pedirle a *lady* Anne que lo llevase a ver el pajarito de Maillardet. El señor Hervey nos habló de él y nos dijo que era una máquina de lo más curiosa.

—Habría preferido que me hubieras dicho antes que era probable

que también estuviera *lady* Anne, porque no quería encontrármela en una situación tan incómoda. La verdad es que aún no me encuentro tan bien como para ir a estos lugares abominables, tan calurosos y cerrados. Además, odio ver atracciones.

Con muy buen humor, Helena afirmó que prefería renunciar a ver una atracción antes que suponerle una incomodidad a su madre. No obstante, cuando llegaron a la exhibición, *lady* Delacour vio a la señora... saliendo de su carruaje, a quien confió a Helena y a la señorita Portman diciendo que iría a dar una vuelta o dos al parque y que las recogería en media hora. Transcurrida esta, su señoría se limitó a preguntar con indiferencia mientras volvían a casa si habían disfrutado de la visita al pájaro y al adivino.

—¡Oh, sí, mamá! —exclamó Helena— ¿Sabías que una de las preguntas que la gente le hizo al mago fue que dónde se encuentra la familia más feliz? Y Charles y Edward contestaron de inmediato: «Si es un buen adivino y dice la verdad, responderá que en Oakly Park».

—¿La señorita Portman ha conversado con *lady* Anne Percival? —preguntó *lady* Delacour con frialdad.

—Bastante —respondió Belinda—, y estoy segura de que a su señoría le habría gustado. Lejos de ser una persona ceremoniosa, creo que nunca vi a alguien comportarse con unos modales tan sencillos y agradables.

—¿Y volvió a pedirte, Helena, que fueras con ella a ese lugar donde se encuentra la familia más feliz del mundo?

—¿A Oakly Park? No, mamá. Me dijo que estaba muy contenta de que estuviera contigo; pero sí que le dijo a la señorita Portman que fuera a verla tan pronto como pudiese.

—¿Y la señorita Portman consiguió resistirse a la tentación?

—Su señoría ya sabe que tengo un compromiso con usted —respondió Belinda.

Lady Delacour le hizo una reverencia.

—Debido a lo que pasó anoche, temí que te arrepintieras de él. Si ese fuera el caso, te libero de tal promesa. Sería muy infeliz si advirtiese que alguien, y sobre todo la señorita Portman, se sintiese prisionero en mi casa.

—¡Mi querida *lady* Delacour! No me siento prisionera. Hasta ahora siempre me he sentido una amiga en su casa, pero ya hablaremos de esta cuestión en otro momento. No me mire con tanta frialdad ni me hable con tanta cortesía. No le permitiré que olvide que soy su amiga.

—No deseo olvidarlo, Belinda —respondió *lady* Delacour

emocionada—. No soy una ingrata, aunque pueda parecer caprichosa. Te ruego que me perdones.

—Ahora sí que vuelve a parecer usted misma, ¡por lo que me doy por satisfecha! En cuanto a Oakly Park, tiene mi palabra de que no albergo ni el pensamiento más distante de ir allí. Estoy acompañándola porque así lo deseo y no por obligación, créame.

—Te creo —respondió la dama y, por un instante, quedó convencida de que la joven estaba a su lado por su propio bien, aunque al cabo de un minuto volvió a sospechar que lord Delacour era el motivo secreto por el que Belinda había rehusado ir a Oakly Park.

Su señoría cenó ese día en casa, así como los dos o tres siguientes, y permaneció sobrio del lunes al jueves. Estas circunstancias le resultaron de lo más extraordinarias a la vizcondesa. De hecho, su esposo se deleitó y se divirtió en compañía de su hijita; aunque era poco menos que una desconocida para él, parecía querer mostrarse ante ella con una luz más amena y respetable. Después de cenar un día, lord Delacour, que estaba de un humor excelente, le dijo a su esposa:

—Querida, ya sabes que nuestro nuevo coche quedó poco menos que hecho añicos la noche que volcaste. Bueno, pues lo he mandado reparar y pintar de nuevo y está casi listo salvo por el paño del pescante, que necesita colgaduras nuevas. ¿De qué color te gustarían?

—¿Tú qué opinas? —le preguntó la dama a Belinda.

—Naranja y negro quedarían bien, creo —respondió esta—, y casarían con el galón de la librea de los criados, ¿no?

—Ciertamente. Que sean naranja y negro, entonces —dijo lord Delacour.

—Si queréis mi opinión —repuso *lady* Delacour—, yo diría azul y blanco, a juego con la tela de la librea.

—En tal caso, azul y blanco —dijo lord Delacour.

—No, la señorita Portman tiene mejor gusto que yo y ella dice que naranja y negro, milord.

—Entonces, ¿lo quieres naranja y negro? —preguntó lord Delacour.

—Como lo quieras tú —contestó *lady* Delacour y nadie dijo nada más.

Poco después llegó una nota de *lady* Anne Percival con algunas pertenencias de Helena que su madre había mandado buscar. Dirigida a Belinda, contenía una nueva invitación con la que la dama insistía en que la visitase en Oakly Park y un mensaje muy educado de la señora Margaret Delacour agradeciéndole el guacamayo a *lady* Delacour. «Ya veo —pensó esta— que la señorita Portman desea granjearse el favor de

toda la parentela de mi marido».

—La señora Margaret Delacour debería haberte dado las gracias a ti, ya que no fui yo quien le hizo la merced de enviarle el guacamayo.

Lord Delacour, que le tenía un gran cariño a su tía, se sumó al punto a los agradecimientos y observó que la señorita Portman siempre era considerada, generosa y amable. Luego brindó con una copa de borgoña e insistió en que la pequeña Helena también bebiera a su salud.

—¡Claro que deberías, mi niña! Porque la señorita Portman es muy buena, demasiado buena contigo, hija mía.

—Muy buena, pero no demasiado, espero —repuso *lady* Delacour—. A tu salud, señorita Portman.

—Y yo espero —continuó su señoría tras beber de su copa— que *milady* Anne Percival no quiera apartarla de nuestro lado. No estará pensando en dejarnos, ¿verdad? Le rompería el corazón a nuestra pequeña Helena. No digo nada de *milady* Delacour, porque ella puede decirlo todo mucho mejor de sus propios labios, y no digo nada de mí mismo, porque soy el peor del mundo a la hora de dar discursos cuando realmente deseo algo de corazón, como es que continúe con nosotros, señorita Portman.

Belinda le aseguró que no había motivos para convencerla de hacer algo que le era agradable y afirmó que no pensaba dejar a *lady* Delacour. Esta, algo azorada, expresó estar «sumamente agradecida, satisfecha y feliz». Helena, con natural alegría, abrazó a Belinda y exclamó:

—¡Cuánto me alegro de que no se vaya, pues nunca me gustó tanto alguien a quien conociera tan poco!

—Cuanto más conozcas a la señorita Portman, más te gustará, hija. O al menos así ha sido conmigo —dijo lord Delacour.

—Estoy segura de que Clarence Hervey habría dado el diamante Pigot, si hubiera estado en su mano, por una sonrisa como la que acabas de dedicarle a lord Delacour, señorita Portman —murmuró *lady* Delacour.

Por un momento, Belinda se quedó perpleja por el tono de irritación y reproche con que la dama había hablado.

—Ay, querida, no quería hacerte ruborizar de modo tan lastimero —continuó esta—. No pensé que fuera algo por lo que sonrojarse, pero tú lo sabrás mejor que yo. Créeme, hablo sin malicia; estamos tan acostumbrados a juzgar a partir de nuestros propios sentimientos... Y antes me sonrojaría por el Viejo de la Montaña[53] que por milord Delacour.

—¡Por lord Delacour! —exclamó Belinda con una mirada de sorpresa tan auténtica que la actitud de *lady* Delacour mudó al punto y, tomándole la mano con jovialidad, dijo:

—Entonces, mi pequeña Belinda, te he descubierto. ¿Ese rubor se debe a Clarence Hervey? Bueno, cualquier hombre con sentido común preferiría el rubor a un millar de sonrisas por su causa. Ahora sí que nos entendemos. ¿Vendrás conmigo mañana a la exposición? Me han dicho que este año hay unas pinturas encantadoras. Helena, que tiene un gran talento para el dibujo, debería ver cosas así y, mientras esté conmigo, voy a hacer que se sienta lo más dichosa posible. Como puedes ver, mi transformación ya está comenzando: Clarence Hervey y la señorita Portman pueden obrar milagros. Si mi suerte es, al cabo, convertirme en «la buena madre» o en «la mujer como hay pocas», ¿qué puedo hacer para evitarlo? ¡Una no puede luchar contra el destino, querida mía!

Siempre que las sospechas de *lady* Delacour respecto a Belinda se veían en suspenso, su afecto volvía redoblado. La dama se cuestionaba su propia locura, se avergonzaba de haber podido dejar que tales ideas penetraran en su mente y se admiraba sin medida por que nada relativo a lord Delacour pudiera haber atraído su atención hasta tal punto. «Por suerte —se decía—, mi esposo no alcanza a la perspicacia de un escarabajo ciego y, además, es poco celoso, por lo que nunca me descubrirá. De hecho, sería de lo más sorprendente si mi "tormento maestro" se tornase contra mí. Sería todo un escarmiento y el espíritu del pobre Lawless quedaría en paz. Pero es imposible que yo sea una esposa celosa. No soy sino una amiga celosa y he de llegar a algún convencimiento respecto a Belinda. Dejarme engañar por segunda vez por la traición de una amiga sería demasiado para mí, demasiado para mi orgullo y demasiado para mi corazón».

Al día siguiente, cuando llegaron a la exposición, *lady* Delacour tuvo una oportunidad para cerciorarse de los verdaderos sentimientos de Belinda. Al subir las escaleras, oyeron las voces de *sir* Philip Baddely y el señor Rochfort, que se hallaban en el rellano, inclinados sobre el pasamanos y haciendo rozar los bastones por el enrejado de hierro para ver quién lograba hacer más ruido.

—¿Les han gustado las pinturas, caballeros? —les preguntó *lady* Delacour al pasar al lado.

—¡Demonios, claro que no! Son aburridísimas, aunque algunas no están mal. Hay una en concreto, ¿eh, Rochfort? Hay una que es fenomenal —respondió *sir* Philip antes de que ambos, riendo a carcajada suelta, siguiesen a *lady* Delacour y a Belinda a las salas de

exposición.

—¡Por mi honor que uno de los cuadros bien vale lo que todos los demás! —repitió Rochfort—. Pero dejaremos que el buen gusto y el juicio de *milady* y la señorita Portman lo descubran. ¿Verdad, *sir* Philip?

—¡Por supuesto! —respondió este, aunque estaba tan impaciente por guiar la mirada de las mujeres que no pudo permanecer callado ni un instante—. ¡Maldita sea, Rochfort! Será mejor que se lo digamos ya a las damas; si no, podrían pasarse el día mirando.

—Vaya, *sir* Philip. ¿No va a dejarme que lo adivine? ¿Va a desvelarme cuál es ese cuadro estupendo? No dice usted mucho en favor de mi buen gusto.

—¡Diantres, *milady*! Todo el mundo sabe que tiene el mejor gusto del mundo, igual que la señorita Portman. Y esta pintura le va a gustar especialmente a ella, estoy seguro. Es una fantasía de Clarence Hervey, pero es alto secreto, ¡altísimo! Y Clary no tiene ni idea de que nosotros lo sabemos, ¡como si estuviera en la luna!

—¿Una «fantasía» de Clarence Hervey? Entonces no dudo de que será buena —dijo *lady* Delacour— siempre que el pintor haya hecho justicia a la imaginación de Clarence, pues realmente es fabulosa.

—¡Vaya por Dios, *milady*! Tenga en cuenta que no es una pintura de historia. Es un retrato.

—¡Pero también es pintura de historia, por mi honor! —añadió Rochfort—. De historia familiar, diría yo. Ya verán, ya verán. —Y ambos caballeros prorrumpieron o, al menos, afectaron prorrumpir en grandes carcajadas, sin dejar de repetir «pintura de historia, por mi honor» e «historia familiar, ¡diantres!».

—Les juro que el retrato posee una semejanza de mil demonios —añadió *sir* Philip antes de volverse a la señorita Portman—. ¡Helo ahí, señorita Portman! ¡Diantres! ¡Lo ha encontrado!

Belinda apartó de inmediato la mirada del cuadro que estaba contemplando.

—¡Una criatura bellísima! —exclamó *lady* Delacour.

—A fe mía que lo es. Hay que reconocer que Clary siempre ha tenido un gusto excelente para la belleza.

—Pero parece una belleza extranjera —continuó *lady* Delacour— a juzgar por su porte, la vestimenta y el escenario en derredor. Cocoteros, plataneros... Señorita Portman, ¿qué crees tú?

—Creo —dijo Belinda, a pesar de que la voz le temblaba tanto que apenas podía pronunciar palabra— que se trata de una escena de *Pablo y Virginia*, de Saint Pierre. Creo que la muchacha representa a Virginia.

—¡Virginia Saint Pierre, señora mía! —exclamó el señor Rochfort, guiñándole un ojo a *sir* Philip.

—Qué va, no te engañes, Rochfort. Di más bien «Virginia de Hervey» o, ¡voto a tal!, «Virginia Hervey», ¿quién sabe? Es un retrato —le susurró el *baronet* a *lady* Delacour— de la amante de Clarence.

Mientras esta inclinaba la cabeza prestando atención a sus palabras, que se oían de sobra, dedicó una mirada en apariencia indiferente, pero sumamente atenta e inquisitiva, a la pobre Belinda, cuyo desconcierto, a medida que oía lo que *sir* Philip iba diciendo, era cada vez mayor.

«Ama a Clarence Hervey. No alberga pensamiento alguno sobre lord Delacour y la corona de vizconde. He sido injusta con ella», pensó la vizcondesa, que, de inmediato, mandó a *sir* Philip fuera de la sala en pos de un catálogo de los cuadros y le rogó al señor Rochfort que fuera por alguna otra cosa. Luego enlazó el brazo con el de Belinda y le dijo en voz queda:

—Apóyate en mí, querida, y ten por seguro que Clarence jamás será tan tonto como para casarse con esa muchachita. ¡Nunca se convertirá en Virginia Hervey!

«¿Y qué será de ella? —pensó Belinda sumida en un silencio angustioso y sin apartar la vista del retrato de Virginia—. ¿Acaso el señor Hervey podrá abandonarla? ¡Parece la inocencia en persona, y tan joven, además! ¿Cómo podría abandonarla para siempre a la desgracia, al vicio y a la infamia? No, jamás podría hacer algo así; de hacerlo sería indigno de mí y no “debería” pensar más en él. Pero no, se casará con ella y, por lo tanto, no “debo” pensar más en él».

Cuando se dio la vuelta de súbito para alejarse del cuadro, encontró a Clarence Hervey junto a ella.

—¿Qué opinión te merece este cuadro? —inquirió *lady* Delacour— ¿No te parece hermoso? Nosotras estamos prendadas de él, aunque tú no pareces sorprendido como si fuera la primera vez que lo vieras…

—Eso es porque no es la primera vez que contemplo el cuadro —respondió Clarence alegremente—. Estuve admirándolo ayer y hoy vuelvo a admirarlo.

—Pero ya veo que estás cansado de hacerlo. Bien, no te obligaremos a quedarte extasiado ante él, ¿verdad, señorita Portman? Un hombre puede cansarse de ver el rostro más bello del mundo, igual que de contemplar el cuadro más hermoso… Aunque en verdad hay tanta dulzura, tanta inocencia y tan tierna melancolía en el semblante de la retratada que, si yo fuera un hombre, no podría evitar enamorarme ¡y para siempre! Una belleza tal, si existiera en la naturaleza, conquistaría

hasta al hombre más inconstante de la Tierra.

Belinda se atrevió a apartar la vista un instante del cuadro para comprobar si por ventura Clarence Hervey parecía el hombre más inconstante de la Tierra. Tenía la mirada clavada en la suya, pero en cuanto alzó los ojos, exclamó, volviéndose al cuadro:

—¡Un rostro celestial, efectivamente! El pintor le ha hecho justicia al poeta.

—¡Poeta! —repitió *lady* Delacour—. ¡Este hombre está en las nubes!

—Discúlpeme —dijo Clarence Hervey—. ¿Acaso no merece *monsieur* de Saint Pierre ser llamado poeta? Aunque no escriba con rima, ¿no considera que tiene una imaginación poética?

—Con certeza —respondió Belinda, que, dada la compostura con que acababa de hablar el señor Hervey, empezaba a creer (o acaso esperar) que todo lo que les había contado *sir* Philip era falso—. Es evidente que *monsieur* de Saint Pierre posee una imaginación de lo más fecunda y merece ser llamado «poeta».

—No pongo en duda que sea un caballero excelente —terció *lady* Delacour—, pero ¿qué tiene eso que ver con lo que ahora nos ocupa?

—Seguro que *milady* acierta a ver que se trata de la Virginia del señor de Saint Pierre…

—¡La Virginia de Saint Pierre! Por supuesto que sé quién es tan bien como tú, Clarence. Ni estoy tan ciega ni soy tan estúpida como crees. —Pero, recordando al instante la promesa que le había hecho a *sir* Philip de no divulgar su secreto, señaló el paisaje representado y dijo—: Los cocoteros, la fuente y las palabras «*Fontaine de Virginie*» grabadas en la roca. Sería la estulticia personificada si no lo hubiera adivinado. Sé leer, Clarence, y sumar dos más dos. Mira, por ahí llega *sir* Philip Baddely, quien diría que no sabe leer, porque lo mandé hace una hora en busca de un catálogo y está ensimismado en el libro como si aún no hubiera sido capaz de descifrar el título.

Sir Philip se había retrasado a propósito, pues tenía miedo de reunirse con *lady* Delacour mientras Clarence Hervey estuviera con ella y ambos hablasen sobre el retrato de Virginia.

—Aquí está el catálogo y aquí el cuadro que su señoría quiere: la Virginia de *monsieur* de Saint Pierre. ¡Diantres! Nunca había oído hablar de este tipo, pero ¡menudo pintor! No me extraña que no conociera su estilo… —Luego añadió en un aparte—: Ni una palabra de lo que le dije, *lady* Delacour, no nos delate ante Clary. Si Rochfort se mantiene al margen, yo haré lo mismo, ¡voto a tal!

En ese mismo momento, un caballero abordó al señor Harvey con

ademanes de gran premura. Después de alejarse unos pasos para hablar con él, Clarence regresó con el semblante demudado y se disculpó con *lady* Delacour por no poder cenar con ella, tal y como le había prometido. Según dijo, un negocio de suma importancia lo obligaba a abandonar Londres de inmediato. Helena acababa de llevarse a la señorita Portman a una salita menor, en la que colgaban los dibujos de Richard Westall, para mostrarle un retrato de grupo de *lady* Anne Percival y sus hijos, por lo que Belinda estaba sola con la niña cuando el señor Hervey, preso de una enorme agitación, acudió a despedirse de ella.

—Señorita Portman, me temo que no volveré a verla durante un tiempo; puede que no vuelva a tener, ejem, ese placer. Había algo importante que deseaba decirle antes de dejar la ciudad, pero me veo obligado a partir de inmediato y no sé si tendré otro momento sino el presente para hablar con usted. ¿Puedo preguntarle si tiene previsto quedarse mucho más tiempo con *lady* Delacour?

—Sí —respondió Belinda muy sorprendida—. Aunque no estoy del todo segura, creo que me quedaré con su señoría algún tiempo más.

El señor Hervey parecía dolorosamente avergonzado y volvió la mirada sin querer a la pequeña Helena. Esta se soltó suavemente de la mano de Belinda y salió de la sala en busca de su madre.

—Esa niña, señorita Portman, le tiene un gran cariño —dijo el señor Hervey antes de volver a detenerse y mirar si había alguien más alrededor que pudiera oírlo—. Discúlpeme por lo que voy a decirle. Este no es el lugar adecuado para hacerlo y tendré que ser brusco, pues las circunstancias no me permiten malgastar ni un instante. ¿Puedo hablarle con la sinceridad de un amigo?

—Sí. Hábleme con franqueza —respondió Belinda, que a pesar de ser presa de fuertes estremecimientos, mostró toda la firmeza de la que era capaz— y merecerá que lo considere mi amigo.

—Ha llegado a mis oídos una información de lo más injuriosa contra usted.

—¿Contra mí?

—Sí. Nadie puede escapar a la calumnia. Se rumorea que si *lady* Delacour muriese… —Al oír tal palabra, Belinda abrió los ojos desmesuradamente—, que si *lady* Delacour muriese, la señorita Portman podría convertirse en la madre de Helena.

—¡Cielo santo! ¡Qué información tan absurda! Seguro que usted no la creyó ni por un instante, ¿verdad, señor Hervey?

—Ni por un instante. Pero en cuanto la oí tomé la resolución de

comentárselo, pues creo que la mitad de las desdichas del mundo provienen de misterios ridículos y de la falta de valentía por decir la verdad. Ahora que está sobre aviso, su propia prudencia le servirá de defensa suficiente. Nunca vi a nadie de su sexo que pareciera poseer tanta prudencia y tan poco artificio. Pero debo despedirme; no tengo un instante que perder —añadió Clarence, volviendo en sí súbitamente y alejándose presto de Belinda, que se quedó petrificada hasta oír las voces de varias personas que llegaban a la sala para ver los dibujos. Abrió los ojos como si despertara de un sueño y fue de inmediato en busca de *lady* Delacour.

Sir Philip Baddely se hallaba inmerso en una conversación seria con la dama, pero calló en cuanto Belinda se acercó lo suficiente como para oírla. *Lady* Delacour se volvió a Helena y le dijo:

—Querida, si ya estás satisfecha, te ruego que nos permitas marcharnos, porque siento que me embarga el calor… y la curiosidad —añadió antes de dirigirse en voz queda a Belinda—. Estoy deseosa de oír la opinión de Clarence Hervey sobre los dibujos de Westall.

En cuanto llegaron a la mansión, *lady* Delacour mandó a su hija a practicar una nueva lección de clavicémbalo.

—Y ahora, siéntate, mi querida Belinda —le dijo— y satisface mi curiosidad. Es la curiosidad de una amiga, no la de una impertinente metomentodo. ¿Se te ha declarado Clarence? Ha elegido un lugar y un momento extraños, pero no importa, se lo perdono y me atrevería a decir que tú también. Pero ¿por qué estás despedazando ese pobre clavel? No te dará vergüenza contármelo… ¿Qué te pasa? Te dije una vez que no renunciaría en vida a la adoración que Clarence me prodigaba, pero como sabes que tengo previsto vivir algunos años más después de que me practiquen la amazónica operación, no podría en conciencia hacerte esperar tanto tiempo. Es mejor hacer las cosas de buen grado, aunque solo sea para que uno no se vea después forzado a hacerlas por las malas… Conque renuncio a todo ascendiente salvo a la adulación, que, por descontado, seguirás permitiendo que el pobre Clarence me dedique. Te ruego, por lo tanto, que no comiences a despedazar otra flor, sino que, sin más modestia superflua, me dejes oír todas las cosas hermosas que Clarence te haya dicho o jurado.

Mientras Belinda arrancaba los pétalos a un nuevo clavel, hacía memoria de lo que el señor Hervey le había dicho sobre los misterios. Sus palabras aún le resonaban en los oídos: «La mitad de las desdichas del mundo provienen de misterios ridículos y de la falta de valentía por decir la verdad».

«Daré prueba de valentía mostrando la verdad —pensó—, cueste lo que cueste».

—Lo único hermoso que el señor Hervey me ha dicho es que nunca había visto a un mujer con tamaña prudencia y tan poco artificio —dijo Belinda.

—Muy bonito, en efecto, querida. Pero eso lo podría haber dicho tu abuelo o tu bisabuelo en audiencia pública. Si eso ha sido todo, siento que Helena no se quedase a oír un cumplido tan encantadoramente moral. Gélida moralidad: lo último que habría esperado de un *tête-à-tête* con Clarence Hervey. ¿Ha merecido la pena hacer pedazos esa pobre flor por un discurso como ese? ¿De verdad que eso ha sido todo?

—No, no todo. Pero *milady* me abruma con su ingenio y no logro soportar los «rayos que disparan sus brillantes ojos».[54]

—Ya está —respondió su señoría, dejando caer el velo sobre su cara —, los rayos de mis ojos ya no serán demasiado para ti.

—Helena estaba mostrándome un dibujo de Westall de *lady* Anne Percival y sus hijos...

—¿Y el señor Hervey expresó el deseo de ser el padre de tan encantador grupo de niños y de que tú fueras la madre? ¿No? Tal vez no lo dijo tan lisa y llanamente, pero imagino que ese sería el tenor, ¿verdad?

—En absoluto. No dijo nada sobre los hijos de *lady* Anne Percival, sino...

—¿No? Y entonces, ¿por qué traes a colación a su señoría y a los hijos? ¿Para ganar tiempo? ¡Mal hecho! Jamás en tu vida, cuando tengas una historia que contar, introduzcas un grupo de gente que no tenga nada que ver con el comienzo, el nudo o el desenlace. ¿Cómo iba a imaginar que tuvieras tan mal gusto? Realmente me figuré que esos niños serían fundamentales para el asunto, aunque te pido perdón por procurarte estas críticas. Ten por seguro que te interrumpo y que hablo tan presto por mera bondad, para darte tiempo a que recuerdes, porque sé de tu mala memoria, sobre todo en lo relativo a las palabras de Clarence Hervey. Venga, querida, lánzate al meollo con valentía haciendo honor al verdadero estilo épico.

—Al meollo, pues —dijo la señorita Portman a toda velocidad—. El señor Hervey observó que la señorita Delacour me estaba tomando mucho cariño.

—¿La señorita Delacour, dices? —exclamó su señoría— ¿Y qué más?

En ese instante Champfort abrió la puerta, echó un vistazo y, al ver a *lady* Delacour, se retiró de inmediato.

—Champfort, ¿a quién busca? ¿O qué quiere? —le preguntó *lady* Delacour.

—*Milady, c'est que…* Venía de parte de milord, para ver si *milady* y *mademoiselle* estaban visibles. Pensaba que *milady* no estaba en casa —dijo con un marcado acento francés.

—Pues ya ve que sí. ¿Tiene lord Delacour algún asunto que tratar conmigo?

—No con *milady*, no. Con *mademoiselle*.

—¿Conmigo, *monsieur* Champfort? En tal caso, hágame el favor de decirle a lord Delacour que estoy aquí.

—Y que yo no estoy, Champfort, pues debo ir a vestirme.

Lady Delacour se levantó rauda para abandonar la estancia, pero Belinda le aferró la mano.

—¿Puedo pedirle a su señoría que no se vaya hasta que haya terminado esta larga historia?

La dama volvió a sentarse, abochornada de su propio apuro al ver que Belinda mantenía la calma y la compostura. «No acierto a saber si es artificio, inocencia o seguridad —pensó—, pero pronto lo veremos».

Lord Delacour entró entonces en la sala, cargado con un periódico medio doblado y un fajo de cartas en la mano. Quería disculparse con la señorita Portman por haber roto sin darse cuenta el sello de una dirigida a ella y que él había recibido por accidente. Se había limitado a preguntarle a Champfort si las damas se hallaban en la casa para ahorrarse el esfuerzo de subir si no estaban. *Monsieur* Champfort poseía en alto grado el malicioso arte de parecer misterioso respecto a las cosas más simples del mundo.

—A pesar de haber sido tan descuidado como para romper el sello antes de ver la dirección de la carta —dijo lord Delacour—, le aseguro que no fui más allá de las tres primeras palabras, pues sabía que con «mi querida sobrina» no podían estar dirigiéndose a mí.

El vizconde le entregó la carta a la señorita Portman y abandonó la pieza. La explicación le resultó satisfactoria a Belinda, pero *lady* Delacour, desconfiada tras ver las dudas de Champfort, no pudo evitar recelar que la carta no fuera sino la excusa manifiesta que justificase la visita de su señoría.

—Es de mi tía Stanhope —dijo mientras abría la carta. Tras ojear la primera página, volvió a doblarla y, con las mejillas encendidas, se la guardó en la faltriquera.

Cada una de las sospechas de *lady* Delacour sobre los consejos y secretos epistolares de la señora Stanhope le volvieron a la mente con

toda la fuerza de la convicción o punto menos.

—Señorita Portman —dijo—, espero que no dejes de leer la carta por deferencia hacia mí. Ciertas personas ceremoniosas consideran una grosería imperdonable leer una carta en compañía, pero yo no me cuento entre ellas. Puedo escribir mientras la lees, pues tengo cincuenta notas o más que responder. Te ruego que leas la carta si así lo deseas.

Belinda acababa de volver a abrir la carta cuando lord Delacour regresó seguido de Champfort, que llevaba un espléndido paño para el pescante.

—¡Aquí tienes, mi querida *lady* Delacour! —exclamó su señoría— Te traigo una sorpresita: un nuevo paño para el pescante que he mandado confeccionar a mi gusto y al que espero que des tu aprobación.

—Muy hermoso, sí —respondió esta con frialdad al fijarse en las colgaduras, de color naranja y negro—. Y al gusto de la señorita Portman, por lo que veo.

—¿Acaso no dijiste naranja y negro, querida?

—No. Dije azul y blanco, milord.

El vizconde declaró no comprender cómo se había producido el equívoco, pues no era más que eso. No obstante, la dama estaba convencida de que lo había hecho a propósito y se dijo: «¡La señorita Portman será la próxima en encargar mi librea! No me queda la más mínima sombra de poder en mi propia casa. ¡Ni siquiera me tratan con un asomo de respeto! Pero callaré hasta tener completamente claro cuáles son sus intenciones».

Ocultando su disgusto, alabó el paño del pescante y, en especial, las colgaduras. Lord Delacour se retiró satisfecho y Belinda se sentó a leer la siguiente carta de su tía Stanhope.

51 N. de la Trad.: La cita proviene del tratado *Practical Education* que la propia Maria Edgeworth publicó en colaboración con su padre, el también escritor, inventor y político Richard Lovell Edgeworth, en 1798.

52 N. de la Trad.: El inventor suizo Henri Maillardet presentó una exposición de autómatas en los salones de Spring Gardens de Londres a partir de la primavera de 1798. Según diarios de la época, en ella destacaba un adivino capaz de responder a cualquier pregunta como el mejor astrólogo del mundo y una caja dorada de la que salía un pajarillo que volaba y cantaba antes de volver a su encierro.

53 N. de la Trad.: Se refiere a Hasan ibn Sabbah, conocido como el Viejo de la Montaña, inspirador y jefe de la Secta de los Asesinos en la Persia del siglo XI.

54 N. de la Trad.: En inglés, «lightning of your eyes». Alude al verso 155 del canto III de *El rizo robado* (*The Rape of the Lock*), de Alexander Pope (1712).

Capítulo 15



Celos

Crescent, Bath
Miércoles, … de julio

Mi querida sobrina:

Recibí puntualmente las doscientas guineas adjuntas a tu última carta en billetes de banco. Pero nunca deberías fiarte así del correo: cuando te veas obligada a enviar billetes por correo postal, divídelos en dos partes y envía la mitad en una carta y la otra en otra. Así es como lo hace la gente prudente. La prudencia, ya sea en cuestiones serias o bagatelas, solo se aprende con la experiencia (que a menudo es cara de adquirir) o escuchando (lo que no cuesta nada) las sugerencias de aquellos que tienen un profundo conocimiento del mundo.

Me acaba de llegar cierta información con respecto a ti y a «cierto lord» que me ha dejado hondamente preocupada. Siempre he sabido, y así te lo he dicho, que eras una «gran favorita» de la persona en cuestión. Confiaba en tu prudencia, delicadeza y principios para entender correctamente esta insinuación, al igual que confiaba en que tu comportamiento sería acorde a las circunstancias. Es más que evidente (a tenor de la susodicha información) que en algún momento ha habido una conducta o actitud inapropiada. De la conducta no diré nada, pero la mala actitud no

puedo sino atribuírtela a ti, querida. Porque, por mayor que sea la admiración que un hombre le dedique a una mujer, a menos que esta se hallara cegada por la vanidad o poseyera un talante de natural desconsiderado, con seguridad será capaz de impedir que tal parcialidad resulte tan notoria como para suscitar la envidia. La envidia es algo que siempre debe evitar una joven hermosa, ya que tarde o temprano llevará indefectiblemente al escándalo. Me temo que no has sido consciente de ello y ahora has de afrontar las consecuencias. Consecuencias que, para una fémina de genuina delicadeza o verdadero sentido común, deben resultar en extremo alarmantes. Los hombres fríos y contradictorios, incapaces por completo de sentir una pasión generosa hacia nuestro sexo, a menudo abrigan una incomprensible ambición por adquirir fama de estar «a bien» con cualquier mujer cuya belleza, méritos o relaciones puedan ponerlo de moda. Sea cual fuere el afecto que fingen, ese suele ser el fin «último» y «único» de tales criaturas egoístas. Si la persona a la que me refiero merece incluirse en esta categoría es algo que no me atrevo a determinar positivamente, pero tú, que dispones de oportunidades de observación a tu alcance, puedes decidir a este respecto (si tienes curiosidad por el sujeto) observando si él prefiere dedicarte sus atenciones en público o en privado. Si fuera este último el caso, sería tanto más peligroso, porque hasta el hombre de entendimiento más reducido siempre posee sentido común o intuición suficientes para percatarse de que la menor mácula en la reputación de quien es o será su esposa afectaría a su paz privada o a su honor a ojos del mundo. Un marido que se ha pasado su primer matrimonio, según se dice, temiendo ser subyugado y humillado será particularmente amable y probablemente «lento» en la búsqueda de una segunda dama. Cualquier grado de favor que se le hubiera mostrado, cualquier rumor que hubiera surgido y, sobre todo, toda contención a la que él se sintiera obligado, ya

fuera por el compromiso sugerido o por el descubrimiento o reputación de una inteligencia y talento superiores en el objeto amado, operarían de manera infalible en contra de la dama y en pro de la confusión de todos sus planes y de la ruina a un tiempo de su reputación, su tranquilidad y sus esperanzas de establecerse. No: suponiendo que pudieran cumplirse los mejores designios y que tras jugar con la máxima destreza a este juego desesperado el triunfo estuviera en tu mano, si entre los espectadores cundiese sospecha alguna de juego sucio, en ningún caso podrías llegar a ganar porque, querida mía, sin reputación, ¿qué vale la riqueza o todo lo que esta pudiera conseguir?

No deseo preocuparte con dichos anticuados que los jóvenes aborrecen ni con moralejas que apenas encuentran aplicación en el mundo real o que huelen demasiado a libros como para enseñarse en buena compañía. Esa no es mi forma de dar consejo; tan solo te suplico que mires lo que de verdad sucede ante tus ojos en el círculo por el cual te mueves. Las damas de las mejores familias, con rango y fortuna, belleza y elegancia, con todo en su favor, no pueden (al menos por ahora y en este país) olvidarse de observar de manera estricta las reglas de la virtud y el decoro. Algunas llegaron a creerse tan por encima de vulgaridades como para que no les afectasen los truenos y centellas de la opinión pública, pero estas damas con la cabeza en las nubes descubrieron que se equivocaban y fueron alcanzadas por el rayo ¡para caer nadie sabe dónde! ¿Qué fue de lady…, de la condesa de… y de otras que podría mencionar y que se hallaban en lo más alto donde podía llegar la envidia? Recuerdo ver a la condesa de…, que antaño fuera la más bella criatura que mis ojos hubieran contemplado y la mujer más admirada de que jamás se tuviera noticia, entrar en el teatro de la ópera y pasarse la noche sentada en su palco sin que ninguna otra mujer le hablara ni le hiciera una reverencia ni le dedicase más atención que si hubiera sido una farola o una

pordiosera. Y en cuanto a la anterior lady…, yo misma compartí turno de baile con ella en Cheltenham hace unos quince años. Era la mujer mejor vestida del salón; aún recuerdo el brillo de sus diamantes. Precisamente ayer la vio un caballero de mi confianza en las carreras de… vistiendo harapos, ¡harapos! y bebiendo brandi en un palco con soldados rasos. Te confieso que tiemblo cuando pienso en estas cosas, igual que estoy segura de que estarás temblando tú, querida. Como ves, ni siquiera una corona puede proteger a una mujer de la deshonra: si cae, ella, la corona y todo lo demás serán pisoteados.

Pero ¿por qué le refiero todos estos pormenores a mi querida sobrina? ¿Hasta dónde me han llevado el terror y la confusión que me embargaron al conocer esta extraña información sobre ti y lord…? Y, sin embargo, una nunca es demasiado cauta. La primera palabra es la que más cuesta pronunciar, pero el escándalo nunca se detiene tras la primera palabra a menos que una mano diestra lo amordace. Yo no escatimaré esfuerzos, pero eres tú la única que puede hacer algo efectivo. No pienses que quiero que dejes a lady…; sé que esa será la primera idea que venga a esa cabecita atolondrada tuya, pero deséchala al punto. Si ante este ataque abandonases el campo de batalla, concederías la victoria a tus enemigos. Dejar la mansión de lady… sería una locura, un desatino. En tanto ella sea tu amiga, o mientras así lo parezca, todo estará a salvo; mientras que cualquier frialdad por su parte, en la presente situación, significaría la muerte para tu reputación. Aun cuando la dejases en los mejores términos posibles, las lenguas maliciosas dirían que lo hiciste en los peores y asumirían que el motivo es el rumor de marras. La gente que aún no lo hubiera creído concluiría que ha de ser verdad y, así, en tu cobardía, ofrecerías un argumento incontestable contra tu inocencia. Por lo tanto, deseo que en ninguna circunstancia pienses en volver conmigo por el momento; de hecho, espero

que tu propio sentido común te impida siquiera desearlo tras las razones que te he procurado. Lejos de abandonar a lady... merced a una falsa delicadeza, por consideración a su tranquilidad y a la tuya propia deberás redoblar tus atenciones hacia ella en privado y, por encima de todo, aparecer siempre que puedas a su lado en público. Me alegra saber que su salud se ha restablecido lo suficiente como para aparecer de nuevo en sociedad; su disposición, como podrás imaginar, ahora estará algo más inclinada a un poco de entretenimiento. Por fortuna, en tu poder está convencer a ella y al resto del mundo de tu rectitud. Creo que bien podría haberme desmayado, querida, la primera vez que oí ese espantoso rumor si no hubiera recibido justo después una carta de sir Philip Baddely que me hizo revivir. Su proposición de matrimonio en este momento de crisis es algo maravilloso. Lo único que tienes que hacer es alentar sus atenciones enseguida: el rumor morirá por sí mismo y todo saldrá como desean tus mejores amigas. Tal matrimonio, querida mía, iría más allá de sus expectativas más optimistas. En su carta, sir Philip insinúa que acaso precisaría de mi influencia sobre ti en su favor, pero ¡no puede ser verdad! Como ya le he dicho, ha debido de confundir la reserva femenina con una falta de sensatez por tu parte, lo cual sería igualmente absurdo y antinatural. ¿Sabes, querida, que sir Philip Baddely posee una propiedad que da quince mil libras al año en Wiltshire? ¿Y que la finca de su tío Barton en Norfolk acabará, a su debido tiempo, saldando sus deudas? En cuanto a su familia, observa la lista de baronets en tu librito e indudablemente verás, hija mía, que un antiguo baronet en mano vale harto más que la perspectiva de una nueva corona, suponiendo que se pudiera pensar en esas cosas con decoro, ¡Dios nos libre! Conque no veo objeción posible a sir Philip, mi querida Belinda, y estoy segura de que posees candor y sentido común en demasía como para inventar dificultades

infantiles o románticas. Sé que sir Philip no es lo que diríamos un hombre de genio. ¡Tanto mejor, hijita! Tales hombres son maridos peligrosos, con tantas rarezas y excentricidades que no hay forma de gobernarlos por muy agradable que sea su compañía a la hora de animar una conversación. Verbigracia, tu favorito, Clarence Hervey. Como es bien sabido, no es hombre para casarse, y tú jamás podrías haber pensado en él. No eres una muchacha que se exponga al ridículo y demás, como todas esas conocidas nuestras, a causa de un romance y bobadas semejantes. No concibo que una sobrina mía pudiera degradarse por la predisposición hacia un hombre que nunca le ha ofrecido una declaración de afecto y que, estoy segura, no siente afecto tal. Para que no te engañes, considero apropiado decirte lo que, en otras circunstancias, no sería correcto mencionar a una joven. Mantiene desde hace años una amante y quienes gozan de su confianza más íntima me han asegurado que, si algún día se casa, será con esa chiquilla; algo perfectamente posible si tenemos en cuenta que, según dicen, se trata de la más bella joven jamás vista y que él es «hombre de genio». Por poco espíritu o sentido común que tengas, no será menester que diga más. Conque adieu! Cuéntame en tu respuesta si todo está saliendo como es debido. Estoy impaciente por escribir a tu hermana Tollemache para darle la buena nueva. Siempre preví que mi Belinda se casaría mejor que su hermana o cualquiera de sus primas y que quedaría por encima de todas ellas. ¿No estás agradecida de que te enviase a pasar el invierno a Londres con lady…? ¡Fue una jugada admirable! Te ruego, además, que le digas a lady Delacour, con mis mejores deseos, que nuestra amiga del «áloe» (su señoría me entenderá) hizo trampa en el casino el otro día y le sacó setenta guineas a un caballero conocido mío. Ahora él aborrece la visión de esa abominable peluca pelirroja tanto como nosotras. Yo ya sabía, y así se lo había dicho a lady D., y esta me hará justicia

al recordarlo, que la señora… hacía trampa al jugar. ¡Qué carácter despreciable! Por favor, querida, no olvides decirle a lady Delacour que tengo una anécdota encantadora que contarle sobre otra «amiga» nuestra que últimamente se ha pasado al enemigo. ¿Ha visto su señoría un manuscrito que se está distribuyendo bajo el mayor de los secretos y que dicen que es obra de…, un paralelo entre nuestra amiga y el caballero d'Eon?[55] *Está escrito con una perspicacia y un humor infinitos, a la manera de Plutarco. Te enviaría un ejemplar, pero me temo que el envío sería demasiado pesado si añadiese otra hoja. Conque, una vez más, ¡adieu, mi querida sobrina! Escríbeme sin falta y háblame de sir Philip. Yo ya le he escrito para darle las gracias, mi consentimiento, etc.*

Afectuosamente,
SELINA STANHOPE

—Parece que la señora Stanhope te ha escrito un volumen en lugar de una carta, Belinda —comentó *lady* Delacour mientras aquella volteaba las páginas de la larga epístola que le había enviado su tía. Ni siquiera intentaba, empero, leer la carta entera: algún pasaje aquí y allá bastó para dejarla atónita y sumamente turbada—. Espero que no sean malas noticias —repitió la dama al tiempo que levantaba la vista de su escrito para observar a la joven.

Estaba inmóvil y como abismada, con la cabeza apoyada en la mano y la carta de la señora Stanhope suspendida en ella. En mitad de la amalgama de sentimientos de vergüenza, dolor e inquietud que la carta le había provocado, tuvo la suficiente fortaleza de espíritu como para mantener la decisión de decirle toda la verdad a *lady* Delacour. Así pues, cuando la pregunta la sacó del ensimismamiento, respondió al punto con toda la firmeza de que era capaz:

—Sí. Mi tía está asustada por un extraño rumor que yo misma he oído por primera vez esta mañana de boca del señor Hervey. Sin duda le estoy muy agradecida por haber tenido la valentía de contarme la verdad.

Y acto seguido le refirió a la dama lo que el señor Hervey le había

contado.

Lady Delacour no levantó la vista mientras Belinda hablaba, sino que fue tachando algunas de las palabras que acababa de escribir. A través de la máscara de pintura que llevaba en el rostro no se podía apreciar cambio de color alguno y, dado que Belinda no veía la expresión de los ojos de su señoría, no discernía de ninguna manera lo que pasaba por su mente.

—El señor Hervey ha actuado como un hombre de honor y sentido común —dijo *lady* Delacour—, pero es una lástima, por tu bien, que no hablara antes..., antes de que este rumor se hiciese tan público, antes de que llegase a Bath y a tu tía. Aunque no debería sorprenderme... Ella conoce perfectamente cómo es el mundo y...

Lady Delacour pronunció estas frases entrecortadas con voz de furia reprimida; se aclaró la garganta varias veces y, a la postre, incapaz de seguir, se detuvo para luego comenzar a poner obleas en varias de las notas que había estado escribiendo. «Así que ha llegado a Bath —pensó—. ¡El rumor ya es público! Hasta ahora no había oído nada al respecto salvo de labios de *sir* Philip Baddely, pero no cabe duda de que ha sido la comidilla de la ciudad y todos se han estado riendo de mí ¡como la idiota e incauta que soy! Ahora que la cuestión ya no se puede ocultar, me viene con esa expresión inocente y, conociendo mi talante generoso, se encomienda a mi merced y confía en que, al hablarme con audaz franqueza, me convencerá de su inocencia».

—Has actuado de la manera más prudente posible —dijo su señoría mientras continuaba sellando sus notas— al hablarme sin demora de este extraño, escandaloso y absurdo rumor. ¿Estás siguiendo los consejos de tu tía Stanhope o lo haces conforme a tu propio juicio y conocimiento de mi carácter?

—De acuerdo con mi propio juicio y conocimiento de su carácter, sobre el que espero..., sobre el que estoy segura de no equivocarme —respondió Belinda, mirándola con una mezcla de duda y asombro.

—No, lo has calculado de un modo admirable. Era lo mejor, lo único que podías hacer. Es solo que... —comenzó su señoría antes de recostarse en su butaca y prorrumpir en carcajadas histéricas—, solo que el equívoco de Champfort, y la entrada de lord Delacour, y el paño para el pescante con las colgaduras negras y naranjas. ¡Discúlpame, querida! Por mi alma que no puedo parar de reír. ¡Qué mala suerte; qué extraño contratiempo! Pero tú —añadió, secándose los ojos y recuperándose de acceso—, tú tienes una presencia de ánimo fabulosa, ¡nada te descompone! Permaneces inalterable en toda circunstancia y

no precisas de largas cartas llenas de consejos de tu tía Stanhope —dijo señalando los dos folios que había a los pies de Belinda.

El modo acelerado e inconexo de hablar de *lady* Delacour, la precipitación de sus movimientos, las miradas inquietas y sospechosas que lanzaba, su risa y sus palabras ininteligibles, todo ello conspiraba en aquel momento para que Belinda creyese que el intelecto de su señoría se hallaba súbitamente descabalado. Estaba tan firmemente persuadida de la completa indiferencia de la dama respecto a lord Delacour que jamás habría concebido la posibilidad de que actuase movida por la pasión de los celos; celos de poder, un tipo que ella nunca había sentido y no acertaba a comprender. No obstante, la joven ya había visto a *lady* Delacour presa de impulsos pasionales que parecían rozar la locura y la idea de perder todo dominio sobre la razón golpeó a Belinda con una fuerza irresistible. Sintió la necesidad de mantener su propia compostura y, con toda la calma de que fue capaz, tomó la carta de su tía Stanhope y buscó el fragmento en que se mencionaba a la señora Luttridge y a Harriot Freke. «Si puedo desviar el rumbo de los pensamientos de *lady* Delacour —pensó—, tal vez recobre la razón».

—Mi querida *lady* Delacour —exclamó—, aquí hay un mensaje para usted de mi tía Stanhope sobre..., sobre la señora Luttridge.

Las manos le temblaban al voltear las páginas de la carta.

—Soy toda oídos —respondió *lady* Delacour con la voz serenada—, pero ten cuidado de no equivocarte: no tengo prisa, no leas nada que la señora Stanhope no quisiera. Es peligroso distorsionar el contenido de las cartas, casi tan peligroso como arrebatárselas de la mano a una amiga, como hice una vez, ¿recuerdas? Pero ya no es menester que te inquietes lo más mínimo.

Consciente de que no era una carta apropiada para que su señoría la leyese, Belinda ni se ofreció a mostrársela ni intentó disculparse por su reserva y apuro, sino que se apresuró a leer el mensaje relativo a la señora Luttridge. Conforme avanzaba iba ganando confianza al ver que había captado la atención de *lady* Delacour, que la escuchaba con calma y quietud. Pero cuando llegó a las palabras «no olvides decirle a *lady* Delacour que tengo una anécdota encantadora que contarle sobre otra “amiga” nuestra que últimamente se ha pasado al enemigo», la dama exclamó con suma vehemencia:

—¡Amiga! ¡Harriot Freke! Sí..., como todas las demás amigas... ¡Harriot Freke! ¿Con quién la comparaba...? Todo esto es demasiado para mí, demasiado —y se llevó la mano a la cabeza.

—Sosiéguese, mi querida amiga —dijo Belinda con tono sereno y gentil mientras se inclinaba hacia la dama para calmarla con una caricia. Al acercarse, empero, *lady* Delacour empujó con violencia la mesa sobre la que había estado escribiendo; se levantó presta y, apartando el velo que le había caído sobre la cara al alzarse, clavó en Belinda una mirada que la dejó petrificada. Una mirada que decía: «No des un paso más o sufrirás las consecuencias».

Belinda notó cómo se le helaba la sangre. Ya no albergaba duda alguna de que su señoría había perdido la cabeza. Cerró el cortaplumas que había sobre la mesa y se lo guardó en la faltriquera.

—¡Criatura cobarde! —exclamó *lady* Delacour, cuyo semblante mudó a una expresión de inefable desprecio—. ¿Qué es lo que temes?

—Que su señoría se haga daño. Siéntese. Por todos los santos, escúcheme, ¡escuche a su amiga Belinda!

—¡Mi amiga! ¡Belinda! —gritó *lady* Delacour al tiempo que le daba la espalda y se alejaba unos pasos en silencio. Súbitamente juntó las manos y, elevando los ojos al cielo con expresión fervorosa y salvaje, exclamó:

—¡Dios de los cielos! Es justo mi castigo. La muerte de Lawless ha sido vengada. ¡Que la presente agonía de mi alma expíe mi desatino! De culpa..., de culpa deliberada..., hipocresía..., traición...; que no..., ¡que nunca tenga que arrepentirme!

Llegada a este punto, se detuvo y volvió la mirada involuntariamente a Belinda.

—¡Oh, Belinda! ¡Tú, a quien tanto quise! ¡En quien tanto confiaba!

Las lágrimas le caían raudas por las mejillas pintadas. La dama se las enjugó atropelladamente y con tanta brusquedad que su rostro se tornó un espectáculo extraño y macabro. Inconsciente de su aspecto, pasó corriendo junto a Belinda, que en vano intentó detenerla, levantó la hoja de la ventana y, asomándose, inspiró con fuerza en busca de aliento. Belinda tiró de ella y cerró la ventana, diciendo:

—¡Tiene el arrebol corrido por toda la cara, mi querida *lady* Delacour! Su señoría no está presentable. Siéntese en este sofá; llamaré a Marriott y traeré arrebol fresco. Mírese en el espejo, verá que...

—Ya veo que aquella que yo creía ser la más noble de las almas es la más abyecta —la interrumpió *lady* Delacour clavándole la mirada—. Ya veo que es incapaz de todo sentimiento. ¡«Arrebol»! ¡ «Su señoría no está presentable»! Hablarme así en un momento como este. ¡Ay, sobrina de la señora Stanhope! ¡Qué estúpida! ¡Pero qué estúpida soy!

Lady Delacour se dejó caer en el sofá y se golpeó la cabeza varias

veces con violencia. Belinda le sujetó el brazo y, aferrándolo con fuerza, exclamó con tono autoritario:

—Contrólese, *lady* Delacour. Se lo ruego o acabará perdiendo la cabeza. Y si eso sucede, el mundo entero descubrirá su secreto.

—¡No me agarres! ¡No tienes ningún derecho! —exclamó la dama mientras luchaba por soltar la mano—. Podrás ser todopoderosa en esta casa, ¡pero ya no tienes ascendencia alguna sobre mí! ¡No estoy perdiendo la cabeza! No lograrás encerrarme en Bedlam por muy poderosa y astuta que seas. Ya has hecho bastante para volverme loca, mas no lo estoy. No me extraña que no me creas. No me extraña que te espante la expresión vehemente de sentimientos tan ajenos a tu naturaleza. ¡No me extraña que confundas un corazón que se retuerce y un alma que agoniza con la locura! No pongas esa cara de terror, que no voy a hacerte nada. ¿No oyes que puedo bajar la voz? ¿No ves que puedo mantener la calma? ¿Podría la mismísima señora Stanhope y podrías tú, señorita Portman, hablar con un tono más quedo, más suave, más educado y más cortés que el que estoy usando ahora? ¿Ya estás contenta? ¿Ya estás satisfecha?

—Estoy más satisfecha, sí, un poco más satisfecha —respondió Belinda.

—Muy bien, pero aún estás temblando. No hay el menor motivo para sentir aprensión. Ya ves que puedo controlarme y sonreírte.

—Oh, no me sonría de ese modo horrible.

—¿Por qué no? ¡«Horrible», dices! ¿No adoras el engaño?

—Lo aborrezco con toda mi alma.

—¿Ah, sí? —dijo *lady* Delacour sin abandonar el tono quedo, suave y artificial—. Y, entonces, ¿por qué lo practicas, tesoro mío?

—Jamás he practicado el engaño, ni un minuto. Soy incapaz de hacerlo. Cuando su señoría vuelva a la calma, cuando de verdad logre dominarse, me hará justicia, *lady* Delacour. Pero ahora es el momento, si puedo, de tener paciencia con usted.

—¡Eres la bondad personificada y la gentileza y la prudencia, señorita Portman! Sabes cómo manejar a la perfección a una amiga a quien temes haber llevado al borde de la locura. Pero dime, mi buena, gentil y prudente señorita, ¿por qué te asusta tanto pensar que pudiera volverme loca? ¿Sabes? Si estuviera loca, nadie se preocuparía por lo que digo, nadie me creería, no habría pruebas contra ti y tendrías suficiente vía libre, ¿verdad? Y tendrías todo el poder en tus propias manos, ¿no? ¿Y no sería lo mismo o poco menos si estuviera muerta y enterrada? No... Tus cálculos son mejores que los míos. La pobre loca

seguiría en medio, aún se interpondría entre ti y el objeto deseado en lo secreto de tu alma: ¡una corona!

Al pronunciar esta última palabra, señaló una corona con diamantes engarzados que lucía dentro de un joyero sobre la mesa. Entonces la agarró y la arrojó contra la chimenea de mármol con todas sus fuerzas, gritando:

—¡Vil baratija! ¿Que tenga que perder a mi única amiga por algo así? ¡Oh, Belinda! ¿Acaso no ves que una corona no da la felicidad?

—De sobra lo he visto y la compadezco desde el fondo de mi alma —respondió Belinda, rompiendo en sollozos.

—No me compadezcas. ¡No soporto tu compasión, traidora! —gritó *lady* Delacour antes de clavarle una mirada llena de rabia y dar un pisotón en el suelo—. ¡La más pérfida de las mujeres!

—Sí, llámeme pérfida, traidora, maltráteme, diga lo que quiera: todo lo soportaré, y con paciencia, porque soy inocente y usted yerra y sufre —le respondió Belinda—. Volverá a quererme cuando recupere el sentido. ¿Cómo voy a estar enfadada?

—No me toques —dijo *lady* Delacour rehuyendo las caricias de Belinda—. No te rebajes en vano. Nunca volveré a dejarme engañar; estás malgastando tus protestas de inocencia conmigo. No estoy tan ciega como te imaginas ni soy tan estúpida como crees; he visto mucho y he callado mucho. Ahora descubres que todo el mundo sospecha de ti y, para salvar tu reputación, quieres mi amistad, quieres…

—No quiero nada de usted, *lady* Delacour —repuso Belinda—. Que lleva tiempo sospechando de mí en silencio, dice. En tal caso, me engañé con respecto a su carácter y no puedo seguir ofreciéndole mi afecto. ¡Adiós para siempre! Espero que encuentre otra…, una amiga mejor.

Belinda se alejó de *lady* Delacour con orgullosa indignación, pero antes de alcanzar la puerta recordó la promesa de permanecer al lado de la desdichada mujer. «¿Es justo indignarse con una mujer moribunda, presa del paroxismo de una pasión enfermiza?», se preguntó antes de detenerse en seco.

—¡No, *lady* Delacour! —exclamó—. No cederé a un impulso ni escucharé a mi orgullo. Unas pocas palabras pronunciadas al calor de la pasión no me harán olvidar quién soy yo ni quién es usted. Me brindó su confianza y se lo agradezco. No puedo abandonarla y no lo haré. Mi promesa es sagrada.

—¡Tu promesa! —replicó su señoría con desprecio—. Te eximo de ella. A menos que consideres «conveniente» para tus fines recordarla, te

ruego que la olvides. Y si muriese…

En ese momento se abrió la puerta bruscamente y la pequeña Helena entró cantando:

Loca de contento, viviré en mi casa
bajo aquel pimpollo que nace en la rama.[56]

»¿Cómo seguía, señorita Portman? —preguntó Helena. *Lady* Delacour dejó caer el velo por encima del rostro y salió presta de la estancia—. ¿Qué sucede? ¿Mamá está enferma?

—Sí, mi niña —respondió Belinda, que, al oír la voz de lord Delacour escaleras arriba, se separó de la pequeña y se retiró a toda prisa a su alcoba.

No llevaba sola más de media hora cuando Marriott llamó a la puerta.

—Señorita Portman, no sabe lo tarde que es. *Lady* Singleton y sus hijas están a punto de llegar… Pero ¡cielo santo! —exclamó al entrar en el cuarto— ¿Por qué está haciendo las maletas? ¿Qué hace ahí ese baúl?

—Me voy a Oakly Park con *lady* Anne Percival —respondió Belinda sin perder la calma.

—Sabía que pasaba algo, me lo estaba oliendo mientras vestía a *milady*. Estaba de lo más inquieta y no me ha dirigido la palabra. Por mi vida que esto, de una forma u otra, es culpa del señor Champfort. Pero, mi querida señorita Portman, ¿cómo va a dejar a mi pobre señora, que tanto la quiere? Porque ha de saber que *milady* la quiere de corazón. ¡Ay, madre, cómo se sonroja! En tal caso, deje que yo le guarde estas cosas, aunque espero, si es posible, que pueda quedarse. Pero no soy nadie para hablar. Le ruego que me disculpe por ser tan impertinente y espero que no se lo tome a mal. Si abro la boca es solo porque me preocupa mi pobre señora.

—La consideración por tu señora merece la más alta aprobación —dijo Belinda—. Es imposible que me quede con ella más tiempo. Cuando me vaya, mi buena Marriott, y cuando su salud y fortaleza declinen, tu fidelidad y tus servicios le serán imprescindibles y, por la bondad que he visto en tu corazón, estoy convencida de que cuanto más te necesite, más respetuosas serán tus atenciones.

Marriott solo pudo responder con más lágrimas, por lo que prosiguió haciendo las maletas a toda prisa.

Nada podría haber igualado el asombro que embargó a *lady* Delacour cuando se enteró por Marriott de que la señorita Portman estaba

preparándose para abandonar la mansión. No obstante, al cabo de un instante de reflexión, se convenció de que no era más que un nuevo ardid para manipular sus afectos y de que Belinda no tenía intención de dejarla, sino que seguiría adelante con la esperanza de que, en el último momento, la vizcondesa insistiría en que se quedara. Así persuadida, resolvió arruinar sus expectativas y encararla con la fría cortesía que mejor respondiese a su propia dignidad y que, sin infringir las leyes de la hospitalidad, diese a entender al mundo entero que *lady* Delacour no era una ingenua y que la señorita Portman era un huésped indeseado en su casa.

El poder de fingir alegría cuando el corazón se hallaba atenazado por los sentimientos más dolorosos era algo que había adquirido tras una práctica prolongada. Con la celeridad de una actriz, su señoría era capaz de aparecer de inmediato en el escenario y representar un papel totalmente distinto de ella misma. Los golpes fuertes en la puerta que anunciaban la llegada de una visita fueron la señal que obró puntualmente en su pensamiento, y sus más violentas pasiones se sometieron con mágica prontitud a esa suerte de necesidad convencional. Con el arrebol fresco y vestida con elegancia, desempeñaba su papel ante la espléndida audiencia congregada en el salón cuando entró Belinda, que se quedó contemplándola tan atónita como apenada.

—Señorita Portman —dijo su señoría volviéndose a ella con despreocupación—, ¿dónde compras el arrebol? *Lady* Singleton, ¿qué preferiría en este momento: poseer la piedra filosofal o la patente de un arrebol que viene y va como el de la señorita Portman? Y hablando de la piedra filosofal, ¿ha leído el *Saint Léon* de William Godwin?

Mientras la dama seguía por ese nuevo derrotero entró un lacayo para anunciar la llegada del coche de *lady* Anne Percival. La señorita Portman se levantó para despedirse.

—Entiendo que vas a cenar con *lady* Anne, ¿no? Saluda a la dama de mi parte y preséntale mis respetos a la señora Margaret Delacour y a su guacamayo. *Au revoir!* Aunque hablabas de huir de mí a Oakly Park, estoy segura de que no harás algo tan cruel. Con la debida humildad, es tal mi confianza en los irresistibles atractivos de esta casa que desafío a Oakly Park y todos los encantos que encierra. Conque en lugar de *adieu*, solo te diré *au revoir!*

—Adiós, *lady* Delacour —respondió Belinda con un tono y una mirada que conmovieron el corazón de la dama.

Todas las sospechas, todo el orgullo y toda la afectada jovialidad se

desvanecieron; su presencia de ánimo se vio sacudida y, por un momento, quedó inmóvil e impotente. Pero, recomponiéndose al instante, echó a correr en pos de la joven y, tras detenerla en lo alto de las escaleras, exclamó:

—Mi queridísima Belinda, ¿te vas? ¡Mi mejor amiga! ¡La única! Dime que no te vas para siempre. ¡Dime que volverás!

—Adiós —repitió esta. Era lo único lo que podía decir. Se alejó de *lady* Delacour y salió de la casa con urgencia, embargada por un fortísimo sentimiento de compasión por la desdichada mujer, pero inamovible en su sentido del decoro y en la necesidad de mantenerse firme.

55 N. de la Trad.: Se trata de un diplomático y espía francés que vivió en Inglaterra a finales del siglo XVIII. A menudo se vestía con ropa de mujer, vivió como tal y llegó a afirmar que había nacido mujer. Durante un tiempo estuvo de moda especular sobre su verdadero género.

56 N. de la Trad.: En el original, «Merrily, merrily shall we live now, / Under the blossom that hangs on the bough». Helena altera levemente aquí unos versos de la escena I del quinto acto de *La tempestad* (*The Tempest*), de William Shakespeare (1610).

Capítulo 16



Felicidad doméstica

Había tal aire de benevolencia y perfecta sinceridad en la cortesía con que *lady* Anne Percival recibió a Belinda que le resultó especialmente agradable a su mente inquieta y atormentada.

—Temo que su señoría me considere caprichosa por presentarme ahora después de haber rechazado repetidamente su amable invitación —dijo Belinda.

—En absoluto —repuso *lady* Anne—. Que se rindiera por propia voluntad justo cuando, desesperada, estaba a punto de abandonar el asedio es el mayor cumplido a mi complacencia. Y los únicos términos que le impongo son que se quede con nosotros en Oakly Park mientras la estancia le resulte agradable y no más allá. En ocasiones es difícil determinar si la culpa es de quienes cesan de agradar o de quienes cesan de sentirse agradados; tan difícil que, cuando esto sucede entre dos amigos, quizá sea mejor separarse que aventurarse en una discusión.

Lady Anne Percival no podía evitar sospechar que había surgido una desavenencia entre *lady* Delacour y Belinda, pero no le aquejaba el mal de la vana curiosidad y su ejemplo prevaleció en la señora Margaret Delacour, que durante la cena se abstuvo de hacer preguntas o comentario alguno.

Los prejuicios que esta dama abrigaba contra nuestra heroína por ser sobrina de la señora Stanhope se habían visto sobrepujados en los últimos tiempos por los ejemplos favorables que de su conducta había oído a su sobrino y por la amabilidad que Belinda mostraba a la

pequeña Helena.

—Señorita Portman —dijo la señora Delacour con cierta formalidad y dignidad suma—, dado que soy de los parientes vivos más cercanos de milord Delacour, permítame darle las gracias por haber ejercido, según me ha dicho mi sobrino, cierta influencia sobre *lady* Delacour en aras de la felicidad de su hogar. Estoy segura de que mi pequeña Helena le está agradecida y me alegra tener la oportunidad de expresarle personalmente lo mucho que nuestra familia le debe. Por lo demás, será su propio corazón el que la recompense, pues los elogios del mundo no son más que una consideración inferior. No obstante, cabe mencionar, como ejemplo de la sinceridad del mundo y dada la singularidad del caso, que todo el mundo concuerda en sus alabanzas hacia una mujer tan joven y hermosa como la señorita Portman.

—Ha de poseer una prudencia extraordinaria —comentó *lady* Anne— y el mundo hace bien en premiarla con una extraordinaria estima.

Belinda observó con tanto placer como asombro que estas palabras brotaban con total naturalidad y que el rumor que había temido fuera público jamás había llegado a oídos de la señora Delacour o de *lady* Anne Percival.

En realidad, solo lo conocían y creían aquellos que se habían visto predispuestos por la malicia o la insensatez de *sir* Philip Baddely. Resentido por la manera en que Belinda había respondido a sus atenciones, se aprestó a dar oídos a las palabras reconfortantes de su ayuda de cámara, quien le aseguró que sabía de la más alta autoridad posible (el criado del propio lord Delacour, el señor Champfort) que su señoría se hallaba fascinado por la señorita Portman y que era la joven quien gobernaba todo en la casa; que había sido muy prudente, por supuesto, y había rechazado grandes obsequios, pero que sin duda se convertiría en *lady* Delacour si algún día milord se veía libre de ofrecérselo. Fue *sir* Philip quien se lo había referido a Clarence Hervey y quien se lo había insinuado a la señora Stanhope precisamente en la carta donde le imploraba que intercediera en su propio favor. Esta dama intrigante presentó el rumor como de conocimiento y creencia universales esperando asustar a su sobrina para que aceptase al punto su unión con el *baronet*. Hasta donde llegaba la imaginación política de la señora Stanhope, jamás habría contado con la posibilidad de que su sobrina le dijera la verdad pura y simple a *lady* Delacour, por lo que nunca se preparó para tal peligro. Jamás se figuró que Belinda le hablase del rumor a su señoría porque ella nunca habría obrado de un modo tan llano si se hubiera visto en el lugar de la sobrina. Así, su

astucia y falsedad operaron en contra de sus propósitos y las consecuencias fueron diametralmente opuestas a las que ella esperaba. Fueron sus exageraciones las que llevaron a Clarence Hervey a hablar con Belinda y las que hicieron creer a *lady* Delacour, cuando esta repitió sus palabras, que el rumor era conocido y creído por todos. De este modo se reavivaron sus propias sospechas, y los celos y la ira la llevaron hasta tal punto que, incapaz de contenerse, insultó a su amiga e invitada. Y así la señorita Portman se vio obligada a hacer precisamente lo que la señora Stanhope más temía: abandonar el hogar de *lady* Delacour y todas sus ventajas. En cuanto a *sir* Philip Baddely, Belinda no había vuelto a pensar en él desde el momento en que leyó la carta de su tía hasta haber dejado a *lady* Delacour. Su mente estaba firmemente resuelta a ese respecto, aunque no podía evitar temer que su tía no entendiese sus motivos ni aprobase su conducta. Escribió a la señora Stanhope en tono amable y respetuoso asegurándole que no había motivo alguno para el rumor que había provocado tal desazón, que lord Delacour siempre la había tratado con cortesía y bondad, si bien estaba segura de que los pensamientos y opiniones que se le habían atribuido jamás habían penetrado en su mente, y que, no obstante, oír que tal rumor era de conocimiento público había afectado sobremanera a *lady* D. «Así pues —escribió—, consideré prudente dejar a su señoría y aceptar la invitación a Oakly Park de *lady* Anne Percival. Espero, querida tía, que no te disguste que haya abandonado Londres sin volver a ver a *sir* Philip Baddely. Nuestro encuentro no habría servido de nada, ya que me es imposible responder a su estima. De su carácter, temperamento y modales conozco lo suficiente como para estar convencida de que nuestra unión solo podría habernos hecho infelices a ambos. Después de lo que he presenciado, nada podría tentarme a contraer matrimonio por los habituales motivos de interés o ambición».

Aunque declaró sus propios sentimientos con firme sinceridad, Belinda procuró ser lo más breve posible sobre la cuestión, pues ansiaba evitar toda apariencia de querer contradecir las opiniones de una tía a la que tanto debía. Se sintió tentada de pasar por alto la parte de la carta de la señora Stanhope que hacía referencia a Clarence Hervey, pero, después de reflexionar, resolvió reponerse al fastidio que le suponía hablar de él y hacer de la completa sinceridad la norma que guiase su comportamiento. Así pues, reconoció ante su tía que de todas las personas a las que había visto hasta entonces este caballero era el que le resultaba más agradable. También le aseguró que su rechazo a *sir*

Philip Baddely era totalmente independiente de cualquier consideración sobre el señor Hervey y que, antes de recibir la carta de la señora Stanhope, determinadas circunstancias la habían convencido de que estaba comprometido con otra mujer. Concluía diciendo que no albergaba esperanzas ni deseos románticos y que era plenamente dueña de sus afectos.

Al mismo tiempo que el carruaje llegaba a la puerta para llevarla a Oakly Park, Belinda recibió la siguiente respuesta airada:

> *De aquí en adelante, Belinda, puedes manejar tus asuntos como consideres adecuado; nunca volveré a interferir con mis consejos. Rechaza a quien te parezca, ve adonde te plazca, gánate los amigos, los admiradores y la posición que puedas. Me desentiendo de todo. Me lavo las manos. Jamás volveré a encargarme de guiar a ninguna joven. ¡Mira de qué modo ha respondido tu hermana Tollemache a mi amabilidad! Va a separarse de su esposo y poco menos que me echa toda la culpa a mí. Pero es que sois todas iguales. Tu prima Joddrell me negó cien guineas la semana pasada a pesar de que el pianoforte y el arpa que le compré antes de que se casara me costaron el doble; ahora no son más que madera inútil en mis manos y ella sabe tan bien como yo que sin ellos jamás habría conquistado a Joddrell. En cuanto a la señora Levit, nunca me escribe y no me presta la más mínima atención. Aunque qué más da, ahora que su atención ya no le importa a nadie. ¡Su marido ha dilapidado todo lo que tenía en el mundo! Las fabulosas propiedades de los Levit aparecen en el periódico de hoy y me han dicho que le han embargado la casa. Supongo que, desesperada, vendrá a mí, pero se encontrará la puerta cerrada, te lo prometo. Y la unión de tu prima Valleton, por su propia necedad, ha terminado como todas las demás. Ella, su marido y toda la parentela están con las espadas en alto. Valleton morirá pronto y no le dejará ni un penique en el testamento, lo veo venir, ¡sabe Dios dónde acabará la estupenda propiedad de los Valleton!*
>
> *Si después de casada hubiera seguido mis*

consejos como cuando estaba soltera, ahora todo sería suyo. Pero la gente se deja llevar por las pasiones y se olvida de todo: sentido común, gratitud y demás. Igual que tú, Belinda. Clarence Hervey nunca va a pensar en ti y yo..., ¡yo te dejo por imposible! Compórtate como quieras y como buenamente puedas. Me niego a seguir participando en los asuntos de jóvenes que no atienden consejos.

SELINA STANHOPE

P.D. Si vuelves de inmediato a casa de lady Delacour y te casas con sir Philip Baddely, estoy dispuesta a perdonar lo sucedido.

Los remordimientos que Belinda sintió por haber ofendido gravemente a su tía se vieron en parte aliviados al pensar que había actuado con integridad y prudencia. Olvidando toda precaución por puro enojo, la señora Stanhope había procurado a la sobrina sin saberlo motivos inmejorables para no seguir su consejo con respecto a *sir* Philip Baddely al declarar que la hermana y las primas, casadas por motivos egoístas, se habían convertido en unas desdichadas y no le mostraban a la tía gratitud ni respeto alguno.

Huelga decir que Belinda no regresó a casa de *lady* Delacour ni cambió de parecer con respecto a *sir* Philip Baddely, sino que, tan pronto como terminó de leer la carta, se subió al carruaje con *lady* Anne Percival y juntas emprendieron el camino a Oakly Park.

Una vez allí, y gracias a la compañía de la que disfrutaba, la mente de Belinda fue recuperando el sosiego. Se encontró en medio de una familia alegre y numerosa con cuya felicidad doméstica no podía menos que congeniar. En la casa reinaba una afectuosa confianza, una jovialidad sin embarazo que había de llamarle la atención por su contraste con lo que había visto en casa de *lady* Delacour. Advirtió que entre el señor Percival y *lady* Anne existía una unión de intereses, ocupaciones, gustos y afectos. Al principio le sorprendió la franqueza con que hablaban de sus asuntos en su presencia; allí no había secretos familiares ni ninguno de los ridículos misterios que surgen de la discordancia de temperamentos o las luchas de poder. Durante las conversaciones cada cual expresaba libremente sus deseos y opiniones y, cuando disentían, la razón y el bien general eran la norma que los guiaba. Los mayores no permanecían separados de los más jóvenes de la familia y hasta la menor criatura de la casa parecía formar parte de la

sociedad y tener algo que compartir e interés en las ocupaciones o diversiones del resto. Los niños no se consideraban esclavos ni juguetes, sino criaturas dotadas de razón, y la tranquilidad con que los trataban y con que ellos se comportaban sorprendió a Belinda, que no oía ninguno de los continuos sermones que suele haber en ciertos hogares para gran cansancio y tormento de todos los implicados y quienes los presencian. Sin uso de la fuerza ni de atractivo artificial alguno, el gusto por el conocimiento y el hábito de su aplicación se inculcaban por medio del ejemplo y se confirmaban merced a la afinidad. El señor Percival era hombre de ciencia y de literatura, y sus afanes cotidianos y conversación general resultaban instructivos e interesantes a su familia del modo más expedito. Su conocimiento del mundo y su disposición naturalmente alegre hacían que su conversación no solo fuera útil, sino tremendamente entretenida. Era capaz de extraer de la menor nadería un hecho científico, un feliz hallazgo literario o un concepto filosófico digno de investigar.

Sin ostentación ni pedantería alguna, *lady* Anne Percival poseía vastos conocimientos de gran precisión y un gusto por la literatura que la habían convertido en la compañera perfecta tanto para el intelecto como para el corazón de su esposo. Este no se veía obligado a reservar su conversación para los amigos varones ni a recluirse en busca de alguna rama del conocimiento; la partícipe de sus más cálidos afectos era también partícipe de sus más serias ocupaciones, y su comprensión y aprobación, así como el éxito diario en la educación de los hijos, le insuflaban un grado de alegre energía social desconocido para los devotos solitarios y egoístas de la ambición y la avaricia.

En esta familia grande y dichosa variaban los intereses. Uno de los chicos era aficionado a la química, otro a la jardinería; una de las niñas tenía talento para la pintura, otra para la música, y todos los logros y conquistas contribuían a la mutua felicidad, por cuanto entre ellos jamás imperaban la envidia o los celos.

Quienes por desgracia nunca hayan saboreado las mieles de una felicidad doméstica como la aquí descrita tal vez consideren esta escena visionaria y romántica; otros, ojalá muchos, sentirán que nace de la verdad y de la vida real. Los paladares viciados por el estímulo de la disipación acaso tildarán estos placeres sencillos de insípidos.

A la postre, cada cual debe juzgar lo que le hace dichoso confrontando sus propios sentimientos con distintas situaciones. Mediante dicha comparación, Belinda se convenció de que la vida doméstica era la única que podría hacerla realmente feliz de un modo

permanente. No echaba de menos ninguno de los placeres ni la animada compañía a la que se había acostumbrado en casa de *lady* Delacour. Al acabar cada día, era consciente de que lo había pasado de un modo agradable, aunque nadie había hecho esfuerzos desmesurados para entretenerla; todo parecía seguir su curso natural y, con ello, también su mente. Donde reinaba tanta dicha jamás se echaban en falta los llamados «placeres». No había pasado ni una semana en Oakly Park cuando olvidó que se hallaba a pocas millas de Harrowgate y hasta un mes después no se percató de lo cerca que se hallaban de ese elegante lugar en el que tomar las aguas.

«¡Imposible!», exclamarán algunas jóvenes. Esperamos que otras lo consideren perfectamente natural. Pero siendo justos con nuestros lectores, no debemos omitir la mención de un cierto señor Vincent que llegó a Oakly Park durante la primera semana de la visita de Belinda y se quedó allí todo ese mes de felicidad. El señor Vincent era criollo, tenía unos veintidós años y tanto su persona como sus modales resultaban impresionantes y cautivadores. Era alto y notablemente apuesto; tenía los ojos grandes y negros, la nariz aquilina, el cabello fino y una complexión bronceada por el sol que el fuego y la animación iluminaban cuando hablaba de algún asunto interesante. Gesticulaba mucho durante las conversaciones; carecía de los modales ordinarios de los jóvenes que son o pretenden ser considerados elegantes; se sentía enteramente tranquilo en compañía y todo lo que era raro en él parecía extranjero. Poseía un temperamento franco y ardiente, incapaz de artificio ni disimulo y hasta tal punto confiaba en la humanidad entera que apenas podía creer que existiera falsedad en el mundo aun cuando él mismo hubiera sido su víctima. Quedaba asombrado sobremanera al detectar cualquier suerte de bajeza en un «caballero», pues consideraba que el honor y la generosidad pertenecían irrevocablemente, si no de modo exclusivo, a los órdenes privilegiados. Si bien sus nociones de virtud eran en extremo aristocráticas, su ambición era cultivar únicamente aquellas que mejor respaldasen y dignificaran al aristócrata. Su orgullo era magnánimo, no insolente, y sus prejuicios sociales eran tales que, en cierta medida, suplían la capacidad y hábito del razonamiento, en los que era totalmente deficiente. Un principio de la filosofía lo practicaba a la perfección: aprovechaba el presente sin atribularse por arrepentimientos inútiles respecto al pasado ni preocuparse en demasía por el futuro. Probaba con celo epicúreo todo lo bueno de la vida y afrontaba todo lo malo con estoica indiferencia. El mero placer de la existencia parecía tenerlo de un perpetuo buen humor

consigo mismo y con los demás, y la infalible fluidez de su espíritu animal habría estimulado al ser más flemático. En ocasiones, a las personas de temperamento frío y reservado el caballero les resultaba egoísta en demasía, pues hablaba con suelto entusiasmo de las excelentes cualidades y belleza de aquello que amaba, ya fuera su perro, su caballo o su país. Sin embargo, no se trataba de egoísmo ni vanidad, sino de la plenitud de un corazón afectuoso, confiado en la obtención de la simpatía de sus iguales, dado que él era consciente de sentirla por todo lo que existía.

Era tan agradecido como generoso y, a pesar de su efervescencia e impetuosidad, se sometía con afectuosa gentileza a la voz de un amigo o atendía con deferencia el consejo de aquellos en cuyo juicio superior confiaba. Gratitud, respeto y afecto conspiraban para conferir al señor Percival el máximo ascendiente sobre su alma. Este había sido un guardián y un padre para él. Su verdadero padre, un rico criollo, había pedido en su lecho de muerte que su hijo, que a la sazón estaba a punto de cumplir dieciocho años, fuera enviado de inmediato a Inglaterra para disfrutar de las ventajas de la educación europea. El señor Percival, que tenía un gran aprecio al padre por unas circunstancias que no viene al caso explicar aquí, aceptó hacerse cargo del joven Vincent y tan bien lo hizo que, al alcanzar la edad de veintiún años, su pupilo no se sintió liberado de obligación alguna. Antes bien, su apego al señor Percival aumentó desde aquel momento en que las leyes le otorgaron el control total sobre su fortuna y sus actos.

El señor Vincent había pasado algún tiempo en Harrowgate antes de que el señor Percival viajase al campo, pero así supo de la llegada de su antiguo guardián, abandonó a medio terminar una partida de billar (juego al que, por cierto, era muy aficionado) para presentarle sus respetos en Oakly Park. La primera vez que vio a Belinda no pareció demasiado impresionado por su aspecto. Quizá pensase que había poca languidez en sus ojos y demasiado color en sus mejillas; aunque reconoció que era graciosa, sus movimientos no eran lo bastante pausados como para agradarle.

Es un tanto singular que Harriot Freke, la fiel amiga de *lady* Delacour, fuera la causa de que el señor Vincent mirase por primera vez con buenos ojos a la señorita Portman.

Este tenía un criado negro, de nombre Juba, que le tenía un enorme apego; lo conocía desde niño y lo había traído con él la primera vez que vino a Inglaterra después de que el pobre rapaz le rogara encarecidamente acompañar al joven amo. Desde entonces, Juba había

vivido a su lado y lo había acompañado adondequiera que fuese. Mientras permaneció en Harrowgate, el señor Vincent se alojó en la misma casa que la señora Freke. Por algún motivo, los criados de ambos discutieron sobre el derecho de uso de las cocheras, que ambos afirmaban ser de su exclusividad. Juba apeló al dueño del establecimiento, que mantuvo con firmeza el derecho de su amo, y tras esta confirmación, Juba, triunfal, guardó el tílburi del señor Vincent en la cochera. La señora Freke, que había visto y oído la discusión desde su ventana, dijo, o juró, que haría que Juba se arrepintiese de lo que ella denominó su «insolencia». Profirió la amenaza lo bastante alto como para llegar a oídos de Juba, quien alzó la mirada asombrado de oír tales palabras en una mujer, si bien al cabo de un instante comenzó a cantar alegremente al tiempo que se subía de un salto al carruaje para darles la vuelta a los cojines y bailar arriba y abajo sobre las ballestas, como si celebrase su victoria. La señora Freke repitió su amenaza por segunda y tercera vez, confirmándola con una imprecación antes de cerrar con violencia la ventana y desaparecer. El señor Vincent, a quien Juba expresó con gran simplicidad su aversión a aquella mujer varonil que vivía en su misma casa, se rio de la extraña forma en que el negro imitaba su voz y ademanes, pero no volvió a pensar en el asunto. Empero, algún tiempo después el ánimo abandonó a Juba; ya no se le oía cantar ni silbar y apenas hablaba, ni siquiera con su señor, a quien no dejó de sorprender este súbito paso de la alegría y la locuacidad a la melancolía y el mutismo. Nada lograba extraer del pobre hombre una explicación sobre la causa de tal mudanza en su talante y, aunque parecía en extremo agradecido por la preocupación que su amo mostraba por su salud, no hubo amabilidad ni distracción que consiguiera restablecer su habitual jovialidad. El señor Vincent sabía que Juba era un apasionado de la música y, habiéndole oído expresar una vez el deseo de poseer una pandereta, le regaló una; sin embargo, Juba ni la tocó y su ánimo siguió decayendo día tras día. Esta melancolía se prolongó el tiempo que estuvo en Harrowgate, pero en cuanto llegaron a Oakly Park empezó a sanar: al cabo de una semana se le oyó cantar, silbar y hablar como antes y su amo lo felicitó por la recuperación. Una noche, este le pidió que regresase a Harrowgate a recoger su pandereta, pues el pequeño Charles Percival deseaba oírle tocar. Esta simple petición tuvo un efecto prodigioso sobre el pobre Juba: comenzó a temblar de la cabeza a los pies, puso los ojos en blanco y se quedó petrificado; luego juntó las manos de repente y se postró de hinojos.

—¡Oh, *massa*, Juba muere! ¡Si Juba vuelve, muere! —exclamó, enjugándose las gotas que le perlaban la frente—. Juba obedece si *massa* ordena, ¡pero Juba muere!

El señor Vincent empezó a figurarse que el pobre hombre había perdido la cordura. Le aseguró con la mayor amabilidad que casi preferiría arriesgar la vida propia que la de un criado tan fiel y afectuoso, pero insistió en que le explicase qué peligro era el que lo aterrorizaba ante un posible regreso a Harrowgate. Juba guardaba silencio, como si temiese hablar.

—No tengas miedo de hablar conmigo —dijo el señor Vincent—. Yo te defenderé. Si alguien te ha agraviado o temes que alguien pudiera hacerlo, a fe mía que voy a protegerte.

—¡Ah, *massa*, imposible! ¡Juba muere si vuelve! Juba no puede decir más —concluyó antes de taparse los labios con un dedo y sacudir la cabeza.

El señor Vincent sabía que Juba era muy supersticioso y, convencido de que si aún no había perdido el juicio, lo haría en cuanto algún secreto terror anidase en su imaginación, adoptó una expresión grave y le aseguró que se sentiría muy molesto si persistía en tan absurdo y obstinado silencio. Abrumado por tal afirmación, el criado rompió a llorar y respondió:

—Entonces, Juba cuenta todo.

Esta conversación había tenido lugar delante de la señorita Portman y Charles Percival, que paseaban por el parque con el señor Vincent cuando este se encontró con Juba y le pidió que fuese por la pandereta. Al admitir que lo contaría todo, hizo una señal indicando que deseaba hablar con su amo a solas. Belinda y el niño se alejaron para dejarlos conferir en libertad. Solo entonces, y a regañadientes por el miedo, el criado le confesó que la figura de una anciana envuelta en llamas se le había aparecido cada noche en el dormitorio de Harrowgate y que estaba seguro de que se trataba de una de las hechiceras obeah de su país que lo había seguido hasta Europa para vengarse de que una vez, siendo niño, había pisado una cáscara de huevo que contenía uno de sus venenos. El absoluto dislate que constituía tal historia hizo que el señor Vincent soltara una carcajada. Sin embargo, al instante su humanidad hizo que recobrase la seriedad, pues la pobre víctima de este terror supersticioso, tras haberle revelado que, según las creencias de su país, hablar de ello significaba la muerte, cayó desplomado al suelo. Cuando volvió en sí, dijo con serenidad que sabía que iba a morir, pues las mujeres obeah nunca perdonaban a quienes hablaban de

ellas o de sus secretos y, con un gruñido profundo, añadió que deseaba que sucediese antes de que llegase la noche para no tener que verla de nuevo. De nada sirvió intentar que abandonase la idea de que en realidad había visto una aparición: según él, la primera vez se le había presentado una noche en la cochera, adonde había ido a oscuras, y nunca más regresó tras el atardecer, pero la misma figura de una anciana en llamas surgía al pie de su cama cada noche mientras estuvo en Harrowgate y estaba convencido de que jamás lo dejaría escapar de su influjo hasta que lo hubiera matado. Sin embargo, desde que había abandonado el lugar no había vuelto a atormentarlo, pues no la había visto más, y confiaba en que lo hubiera perdonado, pero que ahora que había hablado de ello estaba seguro de que sufriría su venganza.

El señor Vincent conocía el asombroso poder que la creencia en este tipo de brujería ejercía en la mente de los negros de Jamaica: sufren y de verdad van muriendo desde el momento en que se creen bajo la influencia maligna de estas hechiceras. Casi daba por perdido al pobre Juba. La primera persona con quien se encontró tras esta conversación fue Belinda, a quien se la refirió preso de la ansiedad, pues había observado que había escuchado con suma atención y simpatía el comienzo de su historia. En el momento en que oyó lo de la aparición en llamas recordó haber visto una cabeza dibujada con fósforo que uno de los niños le había mostrado para su solaz y se le ocurrió que, tal vez, alguien imprudente o malintencionado podría haber aterrorizado al pobre ignorante por parecidos medios. Al mencionárselo al señor Vincent, este recordó la amenaza que había lanzado la señora Freke el día que Juba había tomado posesión de la disputada cochera y, a tenor del carácter de la dama, Belinda consideró que era probable que hubiera empleado un truco como aquel considerándolo una mera diversión o travesura de las suyas. La señorita Portman propuso que se dibujara una figura con fósforo lo más parecida posible a la que Juba había descrito y que se la enseñasen por la noche para comprobar si excitaba su aprensión. El señor Vincent trazó en la pared, frente a los pies de la cama de Juba, una anciana espantosa. Por la mañana, el criado confesó aterrorizado haber vuelto a recibir la visita de la anciana obeah. Belinda entonces sugirió que uno de los niños le enseñase el fósforo y dibujase alguna figura ridícula en su presencia. Así lo hicieron y tuvo el efecto esperado: Juba, familiarizándose gradualmente con el objeto de su secreto horror y convencido de que no era víctima de los hechizos de mujer obeah alguna, recuperó la salud y el ánimo. Su gratitud a la señorita Portman, que había sido la causa inmediata de su

cura, fue tan simple y enternecedora como alegre y sincera. Fue esta circunstancia la que primero hizo que el señor Vincent volviese su atención a la joven. Tras examinar el cuarto en el que el negro dormía en Harrowgate, notaron un fuerte olor a fósforo y vieron que parte del papel de la pared estaba quemado allí donde Juba siempre había visto la figura, por lo que quedó convencido de que se habían servido de aquel truco con el propósito de atemorizarlo como venganza por haberse quedado con la cochera.

La señora Freke, cuando se vio descubierta, comenzó a vanagloriarse de la broma y a contar la historia a guisa de chanza allá donde iba, asegurando con aire triunfal que había sido ella quien había expulsado de Harrowgate a «amo y criado».

Sin embargo, las consecuencias de la aventura no resultaron en absoluto agradables a su amiga, la señora Luttridge, que a la sazón también se hallaba en Harrowgate. Tenía sus propios motivos para desear fervientemente cultivar la compañía del señor Vincent y se sintió muy molesta con la conducta de la señora Freke. Las damas llegaron a intercambiar palabras airadas al respecto y se habría producido un cisma irreparable si la señora Freke, en mitad de la furia, no hubiera recordado el interés de la señora Luttridge en las elecciones. Así, mudando súbitamente el tono de sus palabras, declaró que sentía enormemente haber alejado al señor Vincent de Harrowgate, que su única intención había sido librarse de su criado y que se apostaría cualquier cosa a que, con ayuda de la señora Luttridge, pronto podrían tener de vuelta al caballero. Además, como método infalible para atraer al señor Vincent a su círculo, le propuso que invitara a Belinda a Harrowgate.

—Puede estar segura de que ahora mismo debe estar hartita de su estancia con esos estúpidos gazmoños de Oakly Park y de que a ninguna mujer le faltan excusas para hacer aquello que desea —dijo la señora Freke—: confíe en su sagacidad para inventarse alguna disculpa con los Percival y huir de ellos. En cuanto a Vincent, no tenga duda de que Belinda Portman es el único incentivo por el que sigue con esa familia de remilgados. En cuanto la tengamos a ella, lo tendremos a él. Y a ella la tendremos seguro, porque acaba de reñir con nuestra querida *lady* Delacour. Mi doncella me contó toda la historia, y a ella se la contó Champfort. *Lady* Delacour y la señorita Portman están con las espadas en alto y será delicioso oírle despotricar de la dama. Somos enemigas declaradas de su enemiga, con que por fuerza hemos de ser sus amigas. Nada une a los pueblos tan presto ni con tanta solidez como el odio a

un adversario común.

Tal argumento no podía sino convencer a la señora Luttridge y, al día siguiente, la señora Freke se puso en acción. Viajó en su «unicornio»[57] hasta Oakly Park con la intención de hacer una visita a la señorita Portman. No conocía al señor Percival ni a *lady* Anne, y siempre que se había encontrado con Belinda en Londres la había tratado con cierta altivez, como si no fuera más que una humilde acompañante de *lady* Delacour. Pero a la señora Freke no le costaba nada cambiar de tono: era una de esas damas que puede recordar u olvidar a la gente, actuar con perfecta familiaridad o con singular descortesía, según dictase la conveniencia, el uso o el humor del momento.

57 N. de la Trad.: Se trata de un carruaje tirado por tres caballos: dos detrás y uno delante.

Capítulo 17



Derechos de la mujer

Belinda se hallaba sola, leyendo, cuando la señora Freke entró como una exhalación en la estancia.

—¿Cómo está, mi bella criatura? —exclamó al tiempo que se situaba frente a ella y le estrechaba las manos con fuerza—. ¿Cómo está? ¡Cuánto me alegro de verla! ¿Lleva mucho tiempo aquí? ¡Qué tremendo calor hace hoy!

La mujer se dejó caer en el sofá, junto a Belinda, arrojó el sombrero sobre la mesa y continuó hablando.

—¿Y cómo le van las cosas por aquí, pobrecita mía? ¡Dios! Me alegro de que esté sola. Esperaba encontrarla rodeada de toda esa congregación de virtuosos. Reconocerá mi valentía al venir a liberarla. ¡Luttridge y yo sentimos tal compasión por usted cuando oímos que la tenían aquí prisionera! Juré rescatar a la doncella en apuros enfrentándome a todos los dragones de la cristiandad. Conque permítame que la lleve a lomos de mi unicornio y dejemos a esta buena gente pasmada cuando vuelvan de su sobria caminata y descubran que se ha ido. No hay nada que me guste más que dejar boquiabiertas a las buenas personas y espero que usted sea de la misma opinión, aunque ahora mismo no lo parezca. Es cierto que nunca me fío de las apariencias tratándose de mujeres jóvenes, pues siempre engañan en cuanto a lo que piensan. Y ahora que hablamos de apariencia, ¡nunca la había visto tan bien, tan bella como un ángel! Tanto mejor para mí. ¿Sabe?, me he apostado veinte guineas a su cabeza, bueno, a su rostro más bien. Hay una joven en Harrowgate, *lady* H., que los ha vuelto a

todos locos. Los hombres juran que es la mujer más hermosa de Inglaterra y yo juro que conozco a una que lo es diez veces más. Me han desafiado a que lo demuestre y yo me he comprometido a presentar a mi beldad en el próximo baile y compararla con la suya a cualquier precio. La que reúna mayor número de votos gana. Estoy dispuesta a doblar mi apuesta ahora que he vuelto a verla. ¡Venga! ¿No deberíamos ponernos ya en marcha? No me rehúse y empiece con sermones; ya sabe que son bobadas y que yo asumiré toda la culpa.

Belinda, que no había conseguido pronunciar una palabra mientras la señora Freke parloteaba de esta extraña manera, la miraba con sincera estupefacción, pero en cuanto vio que la agarraba y la arrastraba hacia la puerta, dio un paso atrás con una firmeza que asombró a la señora Freke. Con una sonrisa en el rostro y tono sereno, dijo que sentía mucho que la señora no aplicara su caballerosidad a una causa mejor, pues ella no era «ni una prisionera ni una damisela en apuros».

—¿Y va a hacer que pierda la apuesta? —la interpeló la señora Freke—. ¡Bajo ningún concepto puede faltar al baile! Insisto, aunque no la voy a presionar ahora porque veo que le aterra la mera idea de hacer algo considerado fuera de lugar por estas buenas gentes. ¡Muy bien! Deje que yo me encargue de hacerlo por usted; estoy acostumbrada a manejar a cobardes. Pero dígame: tengo entendido que usted y *lady* Delacour ya no se hablan, ¿verdad? ¡Menuda alegría! Ella y yo fuimos una vez grandes amigas; es decir, que yo poseía «el poder que tienen las almas fuertes sobre los espíritus débiles».[58] Pero ella era demasiado débil para mí: una de esas personas que no tienen valor para ser buena ni para ser mala.

—En efecto, el valor para ser mala es algo que no posee —repuso Belinda.

La señora Freke se quedó mirándola.

—¡Vaya, había oído decir que había reñido con ella!

—Aunque hubiera sido el caso, quiero pensar que seguiría haciendo justicia a sus méritos. Se dice que las personas sufren más por sus amigos que por sus enemigos. Espero que eso nunca suceda con *lady* Delacour, pues confieso que he sido amiga suya.

—¡Caramba, me gusta su espíritu! Veo que no le falta valor para luchar incluso por sus enemigos. Es usted el tipo de muchacha que admiro, aunque veo que *lady* Delacour le ha transmitido sus prejuicios contra mí. Sean cuales fueren las historias que se haya inventado, la verdad es que es imposible vivir con ella de lo celosa que es. Abriga

unos celos ridículos por ese lord suyo, con quien tiene la insolencia de fingir continuamente que le importa tanto como a mí la suela de esta bota —dijo la señora Freke al tiempo que la golpeaba con su fusta—, pero no tiene el valor de pagarle con la misma moneda. Eso es lo que yo llamo cobardía. Y dígame: ¿cómo le va a su señoría con Clarence Hervey? ¿Aún no han terminado el tratado de los amores platónicos?

—El señor Hervey no estaba en la ciudad cuando me marché —respondió Belinda.

—¿Ah, no? ¡Ja! Ja! ¡Así que se ha largado! Sí, yo ya lo predije. La damita no estaba hecha para él. Él tiene cierta fortaleza de espíritu, algo de alma, está por encima de vulgares prejuicios. Y así ha de ser la mujer que quiera conquistarlo. Al principio se vería prendado por la gracia, la belleza y esas zarandajas, pero ya sabía yo que no iba a durar. Sabía que ella coquetearía con Clary, pero que él acabaría dando media vuelta y dejándola.

—Diría que se equivoca de parte a parte tanto en lo relativo al señor Hervey como a *lady* Delacour... —comenzó a decir Belinda con suma gravedad, pero la señora Freke la interrumpió.

—¡No, no, no! No me equivoco. Clarence la ha descubierto. Si fuera «muy» mujer, él podría perdonárselo igual que podría perdonárselo yo. Pero es una «simple» mujer, y eso es algo que él no puede perdonarle. Y yo tampoco.

La señora Freke poseía una suerte de chocarrería que, ante ciertas personas, podría pasar por ingenio dadas las cosas extrañas que solía decir. Lo cierto era que tenía sentido del humor y, si así lo deseaba, sabía entretener a aquellos que gustan de las bufonadas en la mujer. Se había propuesto de corazón ganarse a Belinda. Comenzó adulando su belleza, pero al constatar que no surtía efecto probó a insinuar que tenía una elevada opinión de su entendimiento haciéndole ver que poseía un espíritu fuerte.

—Por mi parte —dijo—, creo que preferiría un diablo fuerte a un ángel débil.

—Creo que olvida —respondió Belinda— que no es Milton, sino Satán quien dice: «Espíritu caído, mostrar debilidad es ser infame».[59]

—Ya veo que lee. No la tenía por mujer leída. Yo también lo era, pero ahora nunca lo hago. Los libros solo sirven para arruinar la originalidad del ingenio. Están muy bien para aquellos que no pueden pensar por sí mismos, pero cuando uno se ha formado sus propias opiniones no hay por qué leer.

—Pero, para que uno se las forme —respondió Belinda—, ¿no será

útil que lea?

—No es útil para las mentes de cierto tipo. Usted, que puede pensar por sí misma, no debería leer.

—Pero leo para poder pensar por mí misma.

—Leer solo servirá para malograrle el entendimiento, se lo digo yo. Los libros están llenos de morralla. Bobadas. Una conversación vale lo que todos los libros del mundo.

—¿Y no hay bobadas en las conversaciones?

—¿Qué tenemos aquí? —continuó la señora Freke, que prefirió no responder a la pregunta y, mientras observaba cada uno de los libros que había sobre la mesa, iba exclamando en la lengua sumarísima de la presuntuosa ignorancia—: la *Teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith: ¡leche y agua! Los *Viajes* de Francis Moore: ¡un pudin mal hecho! Jean de La Bruyère: ¡gachas desabridas! En esto andaba entretenida antes de que yo llegase, ¿verdad? —inquirió tomando un libro en el que vio la marca de Belinda—: *Ensayo sobre la inconsistencia de los deseos humanos*.[60] ¡Pobre criatura! ¿Quién le impuso esta tediosa tarea?

—El señor Percival me lo recomendó como uno de los mejores ensayos en lengua inglesa.

—¡Qué demonio! Parecen haberla puesto en un camino hacia la amargura. Mejor le iría con un paseo por el bosque. ¿Le gusta cazar? Debería venirse conmigo alguna mañana. Parecería un ángel a caballo. O permítame llevarla un día a pasear en mi unicornio.

Belinda declinó la invitación y la señora Freke, apartándose a la ventana para ocultar su contrariedad, levantó la hoja y llamó a su cochero:

—¡Dales una vuelta a esos caballos, zoquete! —En ese momento entraron en la estancia el señor Percival y el señor Vincent—. ¡Saludos, joven! ¡Cuánto me alegra verlo! —exclamó la mujer al tiempo que le estrechaba la mano al señor Vincent.

Se ha observado que existe una antipatía entre las criaturas que, sin ser iguales, comparten un fuerte parecido externo. El señor Percival vio que este instinto afloraba en el señor Vincent y sonrió.

—¡Hola! Encantada de verlo, digo. ¡Estrechemos nuestras manos y seamos amigos! Aunque no acostumbro a ofrecer disculpas, si tal cosa le satisface, le pediré perdón por haber asustado a ese pobre diablo negro suyo.

A continuación, volviéndose al señor Percival, lo observó y llegó a la conclusión de que era una persona a la que deseaba atacar. Pensó que, si lograba que empeorase la opinión de Belinda sobre el discernimiento

de «los Percival esos», aumentaría con respecto a ella, conque resolvió arrastrar al caballero a una discusión.

—Creo que he estado hablándole de modo desleal a la señorita Portman —exclamó—, pues estaba oponiéndome a algunas de sus opiniones, señor Percival.

—Ni aunque se opusiera a todas ellas lo consideraría deslealtad, señora —respondió este.

—¡Qué educado! Sin embargo, considero la urbanidad una suerte de hipocresía, ¿qué opina?

—Nadie lo sabrá mejor que usted.

—Entonces, iré un paso más allá, pues estoy segura de que me contradirá: considero que toda virtud es hipocresía.

—No es menester que la contradiga, puesto que los términos que usted emplea ya se contradicen entre sí.

—Creo —continuó la señora Freke— que la vergüenza es siempre la causa del vicio en la mujer.

—A veces la vergüenza es el efecto —respondió el señor Percival— y, dado que causa y efecto son recíprocos, es posible que en ciertos casos tenga razón.

—¡Oh! Cómo detesto a los arguyentes moderados. A mí me gustan las afirmaciones rotundas y rotundas las negaciones. ¡Pero no crea que va a librarse tan pronto! Repito, la vergüenza es la causa de todos los vicios en la mujer.

—La falsa vergüenza, supongo que querrá decir...

—¡Un mero juego de palabras! Toda vergüenza es falsa vergüenza. Mucho mejor nos iría sin ella. ¿Usted qué opina, señorita Portman? Ya veo que calla. ¡Y el que calla otorga!

—El rubor de la señorita Portman —dijo el señor Vincent— habla por ella.

—Habla «en su contra» —replicó la señora Freke—. Las mujeres se ruborizan porque comprenden.

—¿Y usted preferiría que comprendieran sin ruborizarse? —preguntó el señor Percival—. Yo también, porque nada puede ser más distinto de la inocencia y la ignorancia. La delicadeza femenina...

—Esa es precisamente la forma en que ustedes, los hombres, echan a perder a las mujeres, hablándoles de la «delicadeza de su sexo» y cosas así. Es esa «delicadeza» la que esclaviza a las bellas y delicadas florecillas.

—No, nos esclaviza a nosotros —dijo el señor Vincent.

—Odio la esclavitud. *Vive la liberté!* —exclamó la señora Freke—. Me

alzo defensora de los derechos de la mujer.

—Y yo defiendo su felicidad —dijo el señor Percival— y la delicadeza, pues creo que conduce a la felicidad de la mujer.

—Me declaro enemiga de tal delicadeza, pues estoy convencida de que la conduce a la desdicha.

—¿Habla por experiencia? —preguntó el señor Percival.

—No, por observación. Las mujeres más delicadas son siempre las mayores hipócritas y, en mi opinión, ningún hipócrita puede ni debería ser feliz.

—Pero usted no ha demostrado la hipocresía —intervino Belinda—. La delicadeza no es, espero, una prueba irrefutable de esta. Si se refiere a la «falsa» delicadeza…

—Para rematar la cuestión —la interrumpió la señora Freke—, ¿por qué, cuando a una mujer le gusta un hombre, no va y se lo dice con franqueza?

Belinda, sorprendida porque una mujer formulase tal pregunta, se sintió turbada en demasía como para responder.

—Porque es una hipócrita. Esta es y debe ser la respuesta.

—No —repuso el señor Percival—, ya que, si posee sentido común, sabrá que dar ese paso molestaría al objeto de sus afectos.

—¡Artimañas! ¡Artimañas! ¡Artimañas! ¡Las armas de los más débiles!

—¡Prudencia! ¡Prudencia! ¡El arma de los más fuertes! Procurar los mejores medios para garantizar nuestra propia felicidad sin herir al otro es la mayor prueba de sentido común y fortaleza de espíritu, ya sea hombre o mujer. Por fortuna para la sociedad, la misma conducta que asegura la felicidad de las damas es la que aumenta la nuestra.

La señora Freke tamborileó con los dedos en la mesa unos segundos antes de exclamar:

—Diga lo que quiera, pero el actual sistema social se equivoca radicalmente; sea como fuere, está mal.

—¿Cómo mejoraría usted el estado de nuestra sociedad? —preguntó el señor Percival sin perder la calma.

—No soy la encargada de remendar el mundo.

—De lo cual me alegro —respondió el señor Percival—, porque tengo entendido que los remendones a menudo estropean más que remiendan.

—Pero sí ha de saber —repuso la señora Freke— lo que yo haría para mejorar el mundo y se lo voy a decir: enseñaría a los de su sexo a llamar las cosas por su nombre. ¡Los cuernos cuernos son!

—Esa sería, sin duda, una gran mejora, pero volvería la sociedad

manga por hombro para conseguirlo, ¿verdad? ¿Cree que las cosas serían mucho mejores si echásemos abajo lo que se ha dado en llamar las «vestiduras decentes de la vida»?[61]

—¡Vestiduras! Si quiere que le dé mi opinión, las vestiduras, secas o mojadas, son lo más indecente y detestable del mundo.

—Reconozco que eso dependerá de la opinión pública —repuso el señor Percival—. Las mujeres lacedemonias, a quienes solo cubría la opinión pública, estaban mejor abrigadas a ojos profanos que ciertas damas inglesas en paños mojados.[62]

—No sé nada de las mujeres lacedemonias, me olvidé de ellas en cuanto dejé la escuela de niño…, de niña, quiero decir. Un momento, ¿qué hora es? ¡Llevo tanto tiempo sentada que me noto agarrotada! —La señora Freke se levantó y comenzó a estirarse con tal violencia que se le soltó cierta parte del vestido—. ¡No me sean malpensados! —exclamó antes de estallar en caballunas carcajadas.

Sin compartir ni un ápice de la turbación que sentía Belinda, la mujer salió de la sala a grandes zancadas, diciendo:

—Señorita Portman, usted que entiende de estas cosas más que yo, venga y ayúdeme a arreglarlo.

Cuando entró en los aposentos de Belinda, se dejó caer en un sofá y prorrumpió a reír sin moderación.

—¡Cómo he puesto a ese Percival en su lugar!

—Me alegro de que así lo crea —respondió Belinda—, porque la verdad es que temía que él hubiera sido demasiado duro con usted.

—Lo único que me habría gustado —continuó la señora Freke— es que su mujer hubiera estado delante. ¿Por qué demonios no apareció? Me figuro que la muy gazmoña tendría miedo de que la venciera y la descolocase.

—Diríase que el mayor peligro lo ha corrido usted y no otro —respondió Belinda mientras ayudaba a la señora Freke a ponerle en su sitio el vestido, que sí se hallaba «descolocado».

—Lo que más me complace de todo es sacar las opiniones de la gente de sus cajones mohosos y ver qué cara ponen cuando las hago pedazos delante de sus narices. Por cierto, dígame: ¿esos cajones son suyos o de *lady* Anne? —preguntó la señora Freke señalando una cómoda.

—Míos.

—Cuánto lo siento, porque si fueran de ella, para castigarla por haberme evitado, ¡vive Dios que en diez minutos habría sacado hasta el último de sus trapos y los habría arrojado en medio del suelo! Aún no me conoce, pero soy una persona terrible cuando me provocan. ¡No me

detengo ante nada! —Como la señora Freke no veía otra manera de ganarse la voluntad de Belinda, probó a intimidarla—. Ante nada —repitió, clavando la mirada en Belinda a fin de que el temor la invadiera—. ¡Amiga o enemiga! ¡Paz o guerra! Elija: venga conmigo al baile de Harrowgate para que gane la apuesta y seré su amiga para siempre. No lo haga y, si pierdo, seré su enemiga declarada.

—No está en mi poder, señora, dar curso a su petición.

—En tal caso, ¡aténgase a las consecuencias! —exclamó la señora Freke antes de pasar por su lado a toda velocidad, bajar las escaleras y vociferar—: ¡Llamad al zoquete y que me traiga el unicornio!

Ella, el unicornio y el zoquete desaparecieron de la vista en pocos minutos.

Nunca hay mal que por bien no venga. Aunque en su momento la confundiese, cuando Belinda reflexionó sobre la conversación con la señora Freke, se dispuso a examinar a la luz de la razón los hábitos y principios que guiaban su comportamiento. Poseía un sentimiento general de lo que era justo y necesario, pero ahora, con ayuda de *lady* Anne y el señor Percival, era capaz de delimitar por sí misma las fronteras entre el bien y el mal. Sintió una especie de satisfacción y seguridad al ver la viva demostración de los axiomas morales que había reconocido previamente. Poco a poco el razonamiento iba resultándole tan agradable como el ingenio, si bien su gusto por este último no disminuía, sino que se veía refinado por tal proceso. Ahora era capaz de sopesar y juzgar el valor de las distintas formas de tan magnífico talento.

Concluyó que el ingenio de la señora Freke era como el petardo que unos vulgares arrapiezos hacen estallar en la calle: los viandantes se asustan, pero el miedo apenas dura. El ingenio de *lady* Delacour era como los elegantes fuegos de artificio de un festival: los espectadores aplauden, pero la admiración es momentánea. El ingenio de *lady* Anne Percival era como «de la noche el refulgente faro» cuya «útil luz bendecimos y suaves rayos amamos».[63]

—Señorita Portman —le preguntó *lady* Percival—, ¿no teme que la señora Freke se convierta en su enemiga tras haber rechazado la invitación a Harrowgate?

—Creo que su favor es más temible que su enemistad —respondió Belinda.

—Entonces, ¿no la aterrorizará una mujer obeah? —preguntó el señor Vincent.

—En absoluto, a menos que se presente en forma de falsa amiga.

—Hasta hace poco —dijo el señor Vincent— estuve engañado con el carácter de la señora Freke. Creía que era una especie de mujer excéntrica y arrojada, de verbo tan libre como su corazón, que podía ser una amiga constante y una alegre compañera, aunque ningún hombre de buen gusto podría pensar en ella como amante o esposa. Si la comparamos con una de nuestras damas criollas…

—¿Por qué con una criolla? —preguntó el señor Percival.

—Para empezar, por una cuestión de contraste: nuestras mujeres criollas son todo dulzura, gracia, delicadeza…

—E indolencia —completó el caballero.

—Su indolencia no es más que un defecto leve y, a mi juicio, atractivo; las mantiene alejadas de problemas y promueve su apego a la vida doméstica. La actividad de alguien como la señora Freke jamás las inspiraría a imitarla, y tanto mejor así.

—Mucho mejor, qué duda cabe —dijo el señor Percival—. Pero ¿no hay otro tipo de actividad que pueda excitar su ambición dentro de lo decoroso? ¿Acaso no pueden cultivar la mente sin menoscabo de su gracia, dulzura o delicadeza? ¿Consideras la ignorancia, además de la indolencia, un defecto atractivo y esencial del carácter femenino?

—Esencial no. ¿No me creerá tan inclinado en favor de mis compatriotas como para no advertir la superioridad de «ciertos ejemplos» del refinamiento europeo? Hablo solo de manera general.

—Y, de manera general —terció *lady* Anne Percival—, ¿confinaría el señor Vincent a nuestro sexo a la bendición de la ignorancia?

—Si la ignorancia fuera una bendición —respondió el señor Vincent—, ¿qué motivo de queja tendrían?

—Si lo «fuera» —respondió Belinda—. Pero ese es un punto sobre el que usted aún no ha llegado a una conclusión.

—¿Y cómo podría hacerlo? Las preferencias y los sentimientos de cada cual deben ser los árbitros de su felicidad.

—Entonces, ¿dejas la razón fuera de toda consideración y pones todo en manos de las preferencias y los sentimientos? —preguntó el señor Percival—. Siendo así, si la persona más ignorante del mundo afirma que es más feliz que tú, tendrás que creerlo.

—¿Y por qué no?

—Porque —repuso el caballero—, aunque dicha persona pueda ser juez de sus propios placeres, no podrá serlo de los tuyos; los suyos serían comunes a ambos, pero los tuyos serán desconocidos para tal individuo. ¿Te cambiarías ahora mismo con aquel labriego que, por falta de entendimiento, silba mientras trabaja? ¿O acaso darías un paso

más en esta bendición que supone la ignorancia y te tornarías salvaje?

El señor Vincent se rio y reconoció que estaría muy poco dispuesto a abandonar su lugar en la sociedad civilizada y que, en lugar de desear tener menos conocimientos, lamentaba no tener más.

—Soy consciente de mis muchos prejuicios —dijo—. La señorita Portman me ha hecho avergonzarme de algunos de ellos.

Había una suerte de franqueza en los modales y la conversación del señor Vincent capaz de volver a todo el mundo en su favor, Belinda incluida. Hallábase esta perfectamente cómoda en su compañía, pues lo consideraba una persona que procuraba su amistad sin deseo alguno de buscar su afecto. Por las insinuaciones que tanto él como el señor Percival y *lady* Anne habían dejado caer en más de una ocasión, Belinda estaba convencida de que se hallaba comprometido con alguna dama criolla, y todo lo que había dicho en favor de la dulzura elegante y la delicadeza de sus coterráneas confirmaba tal opinión.

La señorita Portman no era una de esas jóvenes que imaginan que todo caballero que conversa con libertad con ellas acaba inevitablemente cayendo víctima de sus encantos y que ven en cada hombre un pretendiente o nada.

58 N. de la Trad.: En el original, «that power which strong minds have over weak ones». Se trata de una cita de Voltaire en *The Age of Louis XIV*, (traducción de *Le siècle de Louis XIV*, o *El siglo de Luis XIV*, 1739).

59 N. de la Trad.: En el original, «Fallen spirit, to be weak is to be miserable». Se trata de una parodia de «Fall'n Cherube, to be weak is miserable», el verso 157 del libro I de *El paraíso perdido* (*Paradise Lost*), de John Milton (1667).

60 N. de la Trad.: Se refiere a *Against Inconsistency in our Expectations*, de Anna Laetitia Barbauld (1773), cuyo título Harriot Freke altera a conciencia.

61 N. de la Trad.: En el original, «the decent drapery of life», expresión utilizada por Edmund Burke en su obra *Reflexiones sobre la Revolución de Francia* (*Reflections on the Revolution of France*, 1790).

62 N. de la Trad.: En la época de la novela existía la creencia popular de que las mujeres espartanas (o lacedemonias) se ejercitaban desnudas al lado de los hombres. Por otro lado, algunas damas elegantes de la época en que se publicó *Belinda* mojaban su vestido ligero para que se les pegase al cuerpo, al estilo de las esculturas griegas.

63 N. de la Trad.: En inglés, «the refulgent lamp of night / love the mild rays, and bless the useful light». Los versos proceden del libro VIII de la versión que Alexander Pope publicó de la *Ilíada* de Homero entre 1715 y 1720.

Capítulo 18



Declaración

—¡La he encontrado! ¡La he encontrado! ¡Mamá! —El pequeño Charles Percival entró a la carrera en la pieza con una planta en la mano—. ¿Se la mandarás a Helena Delacour en tu carta y le dirás que es lo que tanto les gusta comer a los pececitos dorados? Y dile también que se llama «lemna» y que puede encontrarse en cualquier estanque o acequia.

—Pero ¿cómo va a encontrar Helena un estanque o una acequia en Grosvenor Square, tesoro?

—Vaya, no se me había ocurrido. Entonces, mamá, ¿le dirás que voy a enviarle muchísimas plantas?

—¿Cómo, mi amor?

—Aún no lo sé, mamá, pero pronto encontraré la manera.

—¿Y no sería mejor que pensases cómo vas a cumplir tus promesas antes de hacerlas?

—Un caballero nunca hace una promesa que no puede cumplir —dijo el señor Vincent.

—Ya lo sé —replicó el niño, orgulloso—. Seguro que la señorita Portman, que es tan buena, me hará el favor de llevarles la comida a los pececitos de Helena cuando vuelva a casa de *lady* Delacour. ¿Ve? Ya he encontrado la manera de cumplir mi promesa.

—Me temo que no —dijo Belinda—, porque no voy a regresar a casa de *lady* Delacour.

—¡Qué bien! —exclamó el niño, que dejó caer la planta y se puso a dar palmas de júbilo—. Entonces, espero que pueda quedarse para

siempre con nosotros, ¿verdad, mamá? ¿Y usted, señor Vincent? Bueno, seguro que usted sí, porque el otro día oí cómo se lo decía a papá... Pero ¿por qué se ha puesto tan colorado?

La madre, viendo que Charles iba a repetir la pregunta, le asió la mano y se lo llevó de la habitación mientras le pedía que le mostrase el lugar donde había encontrado la comida para los pececillos.

Para enorme alivio del señor Vincent, parecía que Belinda no se había percatado de la pregunta del niño ni compartía su curiosidad. Estaba copiando con atención el boceto de Westall de *lady* Anne Percival y su familia cuando la primera mención del nombre de Helena Delacour había despertado en ella numerosos recuerdos dolorosos y otros agradables.

—¡Qué mujer tan encantadora! ¡Y qué encantadora familia! —exclamó el señor Vincent contemplando el dibujo—. ¡Cuánto más interesante es esta representación de la felicidad doméstica que todas las imágenes de pastorcillos y pastorcillas, dioses y diosas que jamás se dibujaran!

—Sí —respondió Belinda—, y cuánto más interesante es este dibujo para nosotros, que sabemos que no es fruto de la fantasía; que la felicidad es real, no imaginaria; que es la expresión natural del afecto lo que muestra el semblante de la madre y que esos niños en derredor son lo que aparentan: su orgullo y alegría.

—¡No puede haber retrato más delicioso! ¡Oh, señorita Portman! ¿Será posible que no sienta lo que tan bien puede plasmar?

—¿Es posible —replicó Belinda— que me suponga tan hipócrita como para afectar admiración por algo que fuera incapaz de sentir?

—Me ha malinterpretado. Ha entendido lo contrario de lo que quería decir. ¡Hipócrita! ¡No! No hay mujer en la Tierra a quien considere más alejada de toda hipocresía y de toda afectación. Pero imaginaba... Temía que...

Pronunció estas últimas palabras con cierta confusión, por lo que se apresuró a volver a las láminas que había en un portafolio sobre la mesa. La mirada de Belinda se vio atraída por un grabado de *lady* Delacour ataviada de musa de la comedia. El señor Vincent ignoraba la intimidad que había existido entre su señoría y la señorita Portman. Esta suspiró al recordar a Clarence Hervey y todo lo que había sucedido durante el baile de máscaras.

—¡Qué contraste! —dijo el señor Vincent al tiempo que colocaba el grabado de *lady* Delacour junto al retrato de *lady* Anne Percival—. ¡Qué contraste! Compare ambas imágenes. Compare el carácter. Compare...

—Discúlpeme —lo interrumpió Belinda—, pero *lady* Delacour era amiga mía y no me gustaría establecer una comparación tan desventajosa para ella. Jamás he visto mujer que no sufra si la comparan con *lady* Anne Percival.

—Yo he sido más afortunado. Yo sí he visto una, una igualmente digna de estima, de admiración…, de amor.

Al señor Vincent le flaqueó la voz al pronunciar esta última palabra, pero Belinda, convencida de que estaba comprometido con alguna dama criolla, se limitó a contestar sin apartar la vista del dibujo:

—Ciertamente es muy afortunado, mucho. ¿Las damas de las Indias Occidentales…?

—¡De las Indias Occidentales! —la interrumpió el caballero—. Señorita Portman, ¡no pensará que en este momento estoy pensando en alguna dama de las Indias Occidentales!

Esta alzó la mirada, sorprendida.

—¡Mi encantadora señorita Portman! —continuó— He aprendido a admirar la belleza europea, ¡la excelencia europea! He adquirido nuevas ideas sobre el temperamento femenino; ideas y sentimientos que, a partir de este momento, deberían hacerme exquisitamente feliz o exquisitamente desdichado.

A la señorita Portman la habían llamado «encantadora» con frecuencia suficiente como para que tal adjetivo no la sorprendiera o halagase en demasía. La palabra le habría pasado inadvertida si no hubiera notado en el gesto del señor Vincent una vehemencia imposible de confundir con la común galantería, lo que la sumió en una profunda confusión. Era la primera vez que se planteaba la idea del señor Vincent como pretendiente. Al instante se acusó a sí misma de vanidad y temió que el caballero pudiera leerle el pensamiento.

—¡Exquisitamente desdichado! —respondió en tono jocoso—. Por lo que he visto de usted, no diría que haya nada que pueda hacerle exquisitamente desdichado.

—Entonces, desconoce mi carácter… y mi corazón. En su mano está hacerme exquisitamente desdichado. Mis palabras no son fruto de un galanteo frío y banal, sino del fervoroso lenguaje de la pasión —afirmó, tomándole la mano.

En ese instante entró uno de los niños con una flores para Belinda y esta, agradecida por la interrupción, guardó los dibujos y salió de la estancia a toda prisa, arguyendo que apenas tenía tiempo para vestirse antes de la cena. No obstante, en cuanto se halló sola, olvidó lo tarde que era y, si bien se sentó ante el espejo para vestirse, no hizo progreso

alguno al respecto, sino que permaneció inmóvil durante algún tiempo tratando de rememorar y comprender todo lo que había sucedido. El resultado de estas reflexiones fue la convicción de que su parcialidad por Clarence Hervey era mayor de lo que había sospechado hasta ese momento. «Le dije a mi tía Stanhope —pensó— que la idea del señor Hervey no había influido en mi rechazo a *sir* Philip Baddely. Le dije que era plenamente dueña de mis afectos. Conque ¿por qué siento esta desazón al descubrir las intenciones del señor Vincent? ¿Por qué lo comparo con quien creía haber olvidado? Y, sin embargo, ¿quiénes somos para juzgar el carácter? ¿Cómo podemos ponderar lo que es agradable, lo que nos haría felices o infelices, si no es por comparación? ¿Tengo yo la culpa de percibir superioridad? ¿Tengo yo la culpa de que una persona sea más agradable que otra o tal lo parezca? ¿Tengo yo la culpa de no amar al señor Vincent?».

La campanilla de la cena sonó antes de que Belinda pudiera responder estas preguntas. Quiso la casualidad que ese día cenara en casa del señor Percival un caballero que acababa de llegar de Lisboa, por lo que la conversación derivó a la práctica marinera de calmar las olas de la barra de la capital portuguesa vertiendo aceite sobre el agua. La curiosidad de Charles Percival se vio avivada por la conversación y quiso ver el experimento, a lo que el padre accedió por la noche. Los niños se deleitaron con el espectáculo y el pequeño Charles insistió en que Belinda lo siguiera a un lugar concreto desde el que estaba convencido de que podría verlo mejor que desde cualquier otro lugar en el mundo.

—Cuidado —le advirtió *lady* Anne— o acabarás conduciendo a tu amiga al río.

El niño se detuvo y empezó a hacer numerosas preguntas a su padre sobre nadar y ahogarse y sobre cómo revivir a alguien que se hubiera ahogado.

—Papá, ¿te acuerdas de aquel señor Hervey, el que estuvo a punto de ahogarse en el Serpentine de Londres?

Belinda se ruborizó al oír inesperadamente el nombre de la persona en la que estaba pensando en ese preciso instante.

—El señor Hervey me gustó mucho, papá, me gustó desde el primer día que lo vi. ¡Y cuántas cosas divertidas nos contó en la cena! Lo llamábamos «el caballero bondadoso». Me gusta muchísimo; ojalá estuviera aquí ahora mismo. ¿Usted lo conoce, señorita Portman? Sí, seguro que lo ha visto, porque es quien le llevó los peces de Helena a su madre, y visitaba a *lady* Delacour a menudo, ¿verdad?

—Sí, mi niño, la visitaba a menudo.

—¿Y a usted no le gustaba muchísimo?

Esa sencilla pregunta sumió a Belinda en una indescriptible turbación, pero por fortuna solo *lady* Anne Percival se percató del semblante ruborizado. Para su tranquilidad, el señor Vincent se abstuvo de continuar en modo alguno la conversación de la mañana; antes bien, se afanó en participar en el círculo familiar con la animación y jovialidad que le eran habituales. Y su desazón se vio aliviada cuando a la mañana siguiente, durante el desayuno, oyó que el caballero se había marchado a Harrowgate. *Lady* Anne Percival advirtió que esa mañana Belinda actuaba con una vivacidad inusitada.

Después de desayunar, mientras atravesaba el vestíbulo para ir a dar un paseo por el parque, uno de los niños se detuvo para observar un instrumento musical colgado de la pared.

—¿Qué es, mamá? ¿No es una guitarra, verdad?

—No, cariño, se llama «banjo». Es un instrumento africano al que los negros son particularmente aficionados. El señor Vincent se lo mencionó el otro día a la señorita Portman y creo que esta expresó curiosidad por contemplar uno. Veo que Juba se dispuso de inmediato a fabricarlo. Pobre hombre, me atrevería a decir que estará disgustado por haberse ido a Harrowgate y tener que dejar aquí su guitarra africana a medio terminar, sobre todo si quería regalársela a la señorita Portman. Es la criatura más agradecida y afectuosa que jamás haya visto.

—Pero, mamá, ¿por qué se ha ido el señor Vincent? —preguntó Charles Percival—. Qué pena que se haya ido. Espero que vuelva pronto… Mientras tanto, tengo que ir corriendo a regar mis claveles.

—No parece que la tristeza por la marcha de su amigo, el señor Vincent, haya afectado demasiado su ánimo —le dijo *lady* Anne a Belinda—. Quienes esperen grandes sentimientos de un niño de seis años se llevarán una decepción, y es probable que eso les enseñe algo sobre los afectos. Ciertamente es mucho mejor dejar que estos tengan tiempo para crecer de modo natural. Si abrimos a la fuerza el capullo de la rosa, destruiremos la flor para siempre.

Belinda sonrió ante el símil de la rosa que, pensó, se podía aplicar a hombres y mujeres igual que a los niños, ya que el desarrollo de los sentimientos ha de ser espontáneo.

—No obstante, si lo pensamos bien —continuó *lady* Anne—, el corazón no tiene nada en común con una rosa. Las alusiones sin sentido quedan muy bien en las conversaciones siempre que conversemos con

amigos a quienes apreciamos, quiero decir. Pero no razonaríamos bien y nos conduciríamos aún peor si confiásemos implícitamente en las analogías poéticas. Nuestros afectos nacen de las circunstancias, con total independencia de nuestra voluntad.

—Eso es justo lo que quería decir —la interrumpió Belinda vehemente.

—Se ven avivados por las cualidades útiles o agradables que descubrimos en las cosas o en las personas.

—Sin duda —dijo Belinda.

—O por aquellas que descubre nuestra imaginación —dijo *lady* Anne.

Belinda se quedó callada un momento antes de responder:

—Es verdad que resulta muy peligroso, en especial para las mujeres, confiar en el capricho a la hora de dirigir los afectos. Y, sin embargo, es un peligro al que estamos continuamente expuestas en sociedad. Los hombres tienen la capacidad de aparentar todo lo que es bueno y estimable, mientras que las mujeres apenas tenemos oportunidad de detectar la falsedad. Sin la lanza de Ithuriel,[64] ¿cómo podemos distinguir lo bueno de lo malo? Es una queja trivial, lo sé; la excusa a la que acudimos las muchachitas tontas cuando cometemos errores que nuestros amigos nos reprochan y que, demasiado a menudo, nosotras mismas nos reprochamos.

—La queja es trivial precisamente porque es justa y genérica —respondió *lady* Anne—. En la relación frívola y superficial que las beldades elegantes suelen tener con los galanes a la moda que se hacen llamar sus pretendientes sorprende que no puedan descubrir nada sobre el verdadero carácter del otro. A decir verdad, pocas veces lo consiguen, y es probable que esa sea la causa por la que existen tantos matrimonios inadecuados e infelices. Una mujer que tenga la oportunidad de conocer a su amado en íntima compañía, en la vida doméstica, contará con infinitas ventajas, ya que, a poco sentido común que posea ella y a poca sinceridad que él muestre, podrá revelarse el carácter real de ambos.

—Es cierto —dijo Belinda, que empezó a sospechar que *lady* Anne estuviera aludiendo al señor Vincent—, y en tal situación una mujer podría decidir si el hombre que la corteja responde a sus gustos o no, por lo que sería inexcusable que por vanidad o coquetería disimulase sus verdaderos sentimientos.

—Señorita Portman, siendo como es usted alguien de quien no se sospecha vanidad o coquetería alguna, ¿me permitiría hablarle con la libertad de una amiga?

Belinda, conmovida por la amabilidad de la dama, le apretó la mano y exclamó:

—¡Sí, mi querida *lady* Anne, no podría hacerme mayor favor! Ni los pensamientos de la mente ni los sentimientos del corazón quedarán ocultos a sus ojos.

—No piense que deseo abusar de la generosa franqueza de su carácter —respondió *lady* Anne—. Dígame si voy demasiado lejos y callaré. Quien, como usted, ha vivido en el mundo, ha visto distintos tipos de persona y probablemente haya tenido distintos admiradores, se habrá formado una idea concreta del tipo de compañero que la haría feliz si algún día se casara... A menos que haya resuelto no contraer matrimonio.

—No he tomado tal decisión. De hecho, desde que vi la felicidad de la que usted y el señor Percival gozan en su propia familia, soy mucho más proclive a pensar que una unión con..., que una unión como la suya aumentaría mi felicidad. Al mismo tiempo, mi aversión a la idea de desposarme por interés, conveniencia o cualquier motivo distinto de la estima y el amor ha crecido hasta el horror o punto menos. ¡Oh, *lady* Anne! No hay nada que no hiciera para complacer a los amigos con los que en tanta deuda me siento, salvo sacrificar mi paz de espíritu y mi integridad, la felicidad de mi vida, por...

Lady Anne, con tono amable, le aseguró que era la última persona del mundo a la que insistiría en formar una unión que la hiciera desdichada.

—Ya sabe que el señor Vincent me ha contado lo que pasó entre ustedes ayer. Y sabe que soy su amiga, pero no olvide que también lo soy de usted. Si teme que alguno de sus parientes pudiera ejercer una influencia indebida en favor de la gran fortuna del señor Vincent, mantenga la oferta de matrimonio en secreto hasta que, merced a un trato más continuado, esté en su mano decidir si puede corresponder a su afecto.

—Me temo, mi querida *lady* Anne —se lamentó Belinda— que no esté en mi mano corresponderlo.

—¿Y puedo preguntarle los motivos?

—¿No es motivo suficiente que esté convencida de no poder amarlo?

—No, porque tal convencimiento puede estar equivocado. Recuerde lo que dijimos hace poco sobre el capricho y los afectos espontáneos. ¿Le parece que el señor Vincent carece de alguna de las cualidades que usted considera esenciales para la felicidad? El señor Percival lo conoce desde que alcanzara la mayoría de edad y puede responder de su

integridad y buen carácter. ¿No son esos los méritos que debe considerar en primer lugar? Estoy segura de que han de serlo y creo que lo son. De su intelecto no diré nada porque usted ya ha tenido numerosas oportunidades de juzgarlo durante sus conversaciones.

—El señor Vincent parece poseer un excelente entendimiento.

—Entonces, ¿qué tiene que objetar? ¿Hay algo que le repugne de la persona o sus modales?

—Es notablemente apuesto, bien educado y sus modales carecen de toda afectación, pero…, y, por favor, no me acuse de caprichosa…, no responde a mis gustos y no creo que el que no me repugne sea suficiente para considerarlo como marido, aunque esa sea la doctrina común en nuestros días.

—Tenga por seguro que no es la mía —dijo *lady* Anne—. No soy de las que creen que es «mejor comenzar con un poquito de aversión»,[65] pero como reconoce usted que el señor Vincent posee las cualidades esenciales que podrían convertirlo en merecedor de su estima, me doy por satisfecha. En una mente tan bien gobernada como la suya es indudable que la estima con el tiempo devendrá en amor. Así se lo diré, querida.

—¡No, mi querida *lady* Anne! No lo haga. Tiene una opinión demasiado buena de mí. ¡Mi mente no está tan bien gobernada! Soy mucho más débil y necia de lo que podría imaginar.

Lady Anne la tranquilizó con las expresiones más afectuosas para concluir diciendo:

—El señor Vincent ha prometido no regresar de Harrowgate a atormentarla con sus atenciones si está resuelta a rechazarlo. Es demasiado generoso, y quizá demasiado orgulloso, como para atosigarla con vanas pretensiones y, por mucho que al señor Percival y a mí nos gustaría para él una esposa como usted, tenemos suficiente consideración y sentido común, o acaso poco común, como para admitir que nuestros amigos sean felices a su manera.

—Es usted muy buena, demasiado. ¿Cómo voy a ser la causa por la que el señor Vincent permanezca desterrado lejos de todos sus amigos y de Oakly Park?

—¿Acaso no hará lo más prudente para evitar a la encantadora señorita Portman si no puede amarla? —preguntó *lady* Anne con una sonrisa—. Al menos ese fue el consejo que le di cuando nos consultó anoche. Pero no firmaré la orden de destierro a la ligera. Nada salvo la seguridad de que el corazón ya esté comprometido puede ser motivo suficiente para perder la esperanza. Sería lo único, mi querida Belinda,

que podría absolverla a mis ojos de la acusación de caprichosa.

—No puedo ofrecerle tal seguridad, creo... —respondió Belinda presa del desconcierto— y sin embargo no la engañaría por nada del mundo. Tiene derecho a que sea sincera con usted.

Belinda se quedó callada y *lady* Anne, sonriente, respondió:

—Quizá pueda ahorrarle la desazón de tener que decirme con palabras lo que su rubor me reveló, o al menos me hizo sospechar, anoche en la ribera, cuando el pequeño Charles le preguntó...

—Sí, lo recuerdo, y vi cómo me miraba usted.

—Créame que fue sin querer.

—Estoy segura de ello, pero temí que pensase...

—La verdad.

—No, más que la verdad. La verdad va a oírla; el resto lo dejo a su buen juicio y amabilidad.

Belinda le contó todo sobre su relación con Clarence Hervey; sobre los cambios en su comportamiento con ella y sobre su excelente conducta con *lady* Delacour, cuestión esta última sobre la que se explayó largamente. Fue más concisa cuando abordó el estado de su propio corazón y la voz estuvo a punto de fallarle cuando llegó a la historia del mechón de hermoso cabello, la incógnita de Windsor y el cuadro de Virginia. Acabó expresando su convicción de lo adecuado que sería olvidar a un hombre que con toda probabilidad estaba comprometido con otra y declaró que había decidido borrarlo de sus pensamientos.

—Nada sería más prudente o loable que tomar tal decisión, salvo mantenerla —respondió *lady* Anne.

Esta tenía una opinión elevada del señor Hervey, pero por lo que Belinda le había referido, por sus propias observaciones y por ciertas circunstancias de las que el señor Percival se había enterado por casualidad, no le cabía duda de que, tal y como Belinda sospechaba, estaba comprometido con Virginia Saint Pierre. Así pues, deseaba convencer a la señorita Portman a este respecto y dirigir sus pensamientos hacia alguien que, además de merecer su estima y su amor, sentía por ella el afecto más sincero. No obstante, no insistió más en ese momento, sino que se contentó con pedirle a Belinda que esperase tres días (el plazo de deliberación habitual en los cuentos de hadas) antes de decidirse en contra del señor Vincent.

Al día siguiente fueron a visitar una casa de guardeses que el señor Percival acababa de construir. Vivía en ella una pareja de ancianos que durante muchos años habían sido arrendatarios diligentes, pero que en

la vejez se habían visto reducidos a la pobreza no por imprudencia, sino por mala fortuna. *Lady* Anne se alegró al verlos cómodamente instalados en su nueva vivienda y, mientras ella y Belinda hablaban con la pareja, su nieta, una bella moza de unos dieciocho años, entró con una cesta de huevos en la mano.

—Bueno, Lucy —dijo *lady* Anne—, ¿ya has superado el miedo que te producía el rostro oscuro del pobre Juba?

La muchacha se sonrojó, sonrió y miró a su abuela, que respondió por ella en tono pícaro:

—Oh, sí, *milady*. Ya no tenemos miedo de la cara negra de Juba; ahora somos muy amigos. Esta bonita silla para mi buen marido es obra suya, al igual que esas cestas que ha trenzado para mí. En verdad es un joven de lo más hacendoso, bueno e inteligente y a nuestra Lucy ya no le molesta su rostro negro, *milady*, se lo aseguro. Ese collar —añadió a media voz señalando un collar de semillas de guandú que llevaba la muchacha— es un regalo que le hizo él y que no se quita ni a sol ni a sombra. Así que le he dicho al rapaz que no desespere, aunque al principio ella no le hiciera mucho caso, porque es una moza buena y sensata, mejorando lo presente: con el tiempo los ojos se acostumbran a cualquier cara y ya les da igual. Dicen por ahí que en el amor lo importante es quien te guste. Pero para mí que el capricho sirve de poco o de nada a las muchachas con cabeza. Pero discúlpenme por parlotear tanto, sobre todo porque soy tan vieja que he olvidado lo poco que llegué a saber de estas cosas.

—Pero tiene usted todo el derecho del mundo a hablar de estas cosas y su nieta tiene los mayores motivos para escucharla —dijo *lady* Anne —, ya que, a pesar de todos los reveses de la fortuna, ha sido usted una esposa excelente y dichosa, al menos desde que yo recuerde.

—Y desde que lo recuerde yo, que es aún más tiempo, si *milady* me permite —terció el anciano subrayando sus palabras con un golpe de bastón en el suelo—. Siempre me ha hecho el hombre más feliz del mundo entero, como todos saben en nuestra parroquia y servidor mejor que nadie —exclamó con tal entusiasmo que se le iluminó el rostro decrépito y se le animó la voz cascada.

—Y, sin embargo —continuó la anciana—, si me hubiera guiado por el capricho y acabado con mi primer amor, hoy no estaría con tu abuelo, Lucy. Me encapriché (ya que a *milady* no le importa que siga hablando) de un joven ocioso, al que, para mi suerte, se le metió en la mollera enamorarse de otra moza, y a mí me quedó tiempo para pensar en tu abuelo, que al principio no me gustaba demasiado. Pero cuando

descubrí lo bueno y lo listo que era y la ley que me tenía, me lo pensé mejor, Lucy, como tú también podrías hacer, aunque no voy a decir ni una sola palabra para presionarte con el pobre Juba. Y gracias a que me lo pensé mejor, he sido muy feliz toda la vida y sigo siéndolo en mi vejez. ¡Ay, mi niña! ¡La vejez es muy larga! La mayoría de los jóvenes nunca pensáis en cómo será al cabo de treinta o cuarenta años. No lo digo por ti, Lucy, que eres una chiquilla buena y sensata, mejorando lo presente, como ya dije, y no te dejarás llevar por el capricho, que como viene se va, sino que elegirás con prudencia y así nunca tendrás que arrepentirte. Pero no voy a decir nada más, os lo dejo a ti y al pobre Juba, que espero que no tenga que pasar mucho tiempo allá lejos, en Harrowgate, *milady*.

—Espero que no —respondió *lady* Anne—, aunque eso no depende de usted ni de mí. En fin, que tengan buen día. ¡Adiós, Lucy! Es un collar muy bonito y te queda muy bien. ¡Adiós a todos!

La dama, seguida de Belinda, salió de la casita con premura por temor a que la expansiva anciana menoscabase con una nueva profusión de palabras el efecto de su experiencia y buen criterio.

—Cualquiera pensaría —dijo Belinda con una sonrisa franca— que esta lección sobre los peligros de los caprichos iba dirigida a mí. En cualquier caso, me la aplicaré.

—¡Dichosos aquellos que pueden aprovechar la experiencia de los demás en su propio beneficio! Sería un don todavía más valioso que el poder de convertir en oro todo lo que se toca.

Caminaron en silencio algunos minutos hasta que Belinda, siguiendo el hilo de sus pensamientos y sin darse cuenta de que no se los había explicado a *lady* Anne, exclamó súbitamente:

—Pero ¡si me comprometiera de tal forma que luego no pudiera retractarme! Si al final no estuviera en mi mano amarlo, el señor Vincent creería que soy una coqueta y hasta que lo he dejado plantado. Tendría motivos de queja si le hago perder el tiempo y juego con sus sentimientos. ¿No sería mejor que, rechazando de plano sus favores, evitase toda posibilidad de hacerle daño a él y de sentirme culpable yo?

—No hay peligro de que el señor Vincent malinterprete sus gestos o palabras, señorita Portman. Si el caballero corre algún riesgo es por voluntad propia y estoy segura de que, si después de conocerlo mejor le resultase imposible responder a sus afectos, él no se considerará ofendido por su rechazo.

—Pero, al cabo de cierto tiempo, cuando el mundo sospecha que dos personas están comprometidas, es casi imposible que la mujer pueda

echarse atrás; una vez recorrida cierta distancia, se sienten presionados a formalizar la unión por la fuerza irresistible de las circunstancias externas. Con demasiada frecuencia la mujer se ve reducida a este dilema: o se casa con un hombre al que no ama o debe asumir que el mundo la culpe. Bien sacrifica una parte de su reputación, bien la totalidad de su felicidad.

—Es cierto que el mundo a menudo es demasiado curioso y se precipita en estas cuestiones —respondió *lady* Anne—. Las jóvenes no suelen disponer de tiempo suficiente para deliberar en libertad. Como dijo una vez el señor Percival, «la espada de una costumbre tiránica pende sobre su cabeza suspendida de un solo cabello».

—Y aun conociendo bien el peligro, ¿su señoría está dispuesta a exponerme a él?

—Sí, porque creo que la oportunidad de ser feliz compensa el riesgo —respondió *lady* Anne—. Dado que no podemos rebelarnos contra la ley de la costumbre y no podemos hacer que el mundo sea menos chismoso o menos crítico, no debemos esperar siempre evitar la censura; lo único que podemos hacer es no merecerla. Además, sería absurdo volvernos esclavos de la opinión de los ociosos e ignorantes. Hasta cierto punto, respetar la opinión del mundo es prudencia; a partir de ahí es debilidad. Y tenga en cuenta que «el mundo» de Oakly Park es muy distinto del de Londres. Si allí se les viera a usted y al señor Vincent juntos a menudo, no tardaría en rumorearse que se van a casar y, si la boda no se celebrase, se contarían mil historias absurdas sobre la ruptura. Pero aquí no se halla rodeada de miradas y lenguas entrometidas. Los carniceros, panaderos, labradores y solteronas que componen nuestro mundo tienen sus propios asuntos de que ocuparse. Además, los comentarios no pueden llegar muy lejos. Y están tan acostumbrados a ver al señor Vincent todo el tiempo por aquí que, si se quedase el resto del otoño con nosotros, a nadie le iba a parecer extraordinario o fuera de lo común.

Los argumentos y las bromas de *lady* Anne tuvieron tal efecto sobre la señorita Portman que esta acabó por no firmar orden de destierro contra el señor Vincent. El caballero regresó a Oakly Park, mas con la condición expresa de no hacer público su afecto mediante la demostración de ningún tipo de atención particular y de no extraer conclusión alguna en su favor si Belinda consentía en conversar libremente con él sobre cualquiera de los temas habituales. *Lady* Anne Percival se convirtió en garante de este tratado de amistad.

64 N. de la Trad.: De acuerdo con el Libro IV de *El paraíso perdido* (*Paradise Lost*), de John Milton (1667), el ángel Ithuriel toca a Satanás con su lanza para que este asuma su forma real después de haber intentado engañar a Eva.

65 N. de la Trad.: Esta es la recomendación que hace uno de los protagonistas en la escena II del primer acto de la comedia *The Rivals*, de Richard Brinsley Sheridan (1775).

Capítulo 19



Una boda

Belinda y el señor Vincent no acababan de ponerse de acuerdo respecto a la definición de «halago», por lo que una de las partes no dejaba de denunciar la violación del tratado y la otra, de declarar solemnemente su más escrupuloso cumplimiento. En cualquier caso, lo cierto es que de bromas o de veras el caballero fue ganando tanto terreno que, en unas semanas, consiguió que la dama llegase al punto de «gratitud y estima».[66]

Una noche, Belinda estaba jugando con el pequeño Charles Percival a los palitos chinos. El señor Vincent, que se deleitaba con todo aquello que divertía a Belinda, y el señor Percival, que se interesaba por todo lo que entretuviera a sus hijos, observaban este sencillo juego.

—¡El señor Percival rebajándose a observar una partida de palitos chinos! —exclamó Belinda.

—En efecto —repuso *lady* Anne—, pues comparte con Dryden la opinión de que, si un palito puede ser instrumento de felicidad, sabio será el hombre que no lo desprecie.

—¡Ay, señorita Portman, cuidado! —exclamó Charles, deseoso de que ella venciese aunque fuera su rival—. ¡Preste atención! ¡No toque esa sota!

—Apostaría cien guineas a la firmeza de la mano de la señorita Portman —dijo el señor Vincent.

—Pues yo apuesto seis peniques —replicó Charles con entusiasmo— a que moverá el rey si toca esa sota. ¡Me juego un chelín!

—¡Hecho! ¡Hecho! —exclamó el señor Vincent.

—¡Hecho! ¡Hecho! —exclamó el niño, tendiendo la mano, que el padre interceptó.

—Despacio, despacio, Charles. Sin apuestas, por favor, hijo mío. ¿Cómo que «¡hecho!»? A veces lo hecho acaba deshecho.

—Perdón, la culpa ha sido mía —terció de inmediato el señor Vincent con la franqueza que mostraba tanto en cuestiones baladíes como en las de peso.

—Pero te acabas de enmendar —dijo el señor Percival— y no es que yo lo diga, la señorita Portman también lo piensa, como nos muestra su sonrisa.

—¡Lo ha movido, señorita Portman! —gritó Charles—. ¡Ya lo creo! La cabeza del rey se ha movido en el instante en que papá ha hablado. Sabía que era imposible que pudiera liberar esa sota sin mover el rey. ¡Papá, mira cómo estaban en equilibrio!

—Está claro que habría hecho una apuesta imprudente. Menos mal que me abstuve, pues ahora veo que las probabilidades eran de diez a uno, veinte a uno y cien a uno en mi contra.

—No me parece que sea una cuestión de probabilidad —repuso el señor Percival—. Es un juego de destreza, no de azar, y por eso me gusta.

—¡Mira, papá! Señorita Portman, mire qué bien equilibrados están los palitos. ¡Ay! Los he movido al respirar. ¡Mire, mire! Se mueven y tiemblan como las grandes rocas de Brimham Crags.

—Eso sí que es comparar las cosas pequeñas con las grandes —dijo el señor Percival.

—Por cierto —intervino el señor Vincent—, la señorita Portman nunca ha visto esas magníficas rocas. Podríamos ir a visitarlas mañana, ¿no?

La propuesta fue recibida con entusiasmo por los niños y aceptada por todos. Decidieron que, tras visitar la formación rocosa, pasarían el resto del día en la propiedad de lord…, una bella finca de los alrededores.

La mañana siguiente no resultó ni demasiado calurosa ni demasiado fría, por lo que se pusieron en marcha para la excursioncita. Los niños, jubilosos, viajaban con su madre en la calesa sociable, mientras que el señor Vincent, igualmente dichoso, cabalgaba junto a Belinda. Al llegar a la vista del paraje, el señor Percival, que iba con ellos, exclamó:

—¿Qué es aquello que se ve en lo alto de una de las grandes rocas?

—Parece una estatua —respondió el señor Vincent—. La habrán erigido después de la última vez que vinimos.

—Imagino que se habrá erigido sola —bromeó Belinda—, porque parece que desciende sola también. Me ha parecido que se inclinaba. ¡Oh! Ahora veo que es un hombre que se ha subido; y parece tener un arma en la mano, ¿no? Debe de estar divirtiéndose con unos ejercicios manuales. Y divirtiendo a los espectadores que están debajo, por lo que se ve. Hay un grupo de gente mirándolo.

—¡Él! —exclamó el señor Percival.

—Yo diría que es una mujer —dijo el señor Vincent.

—¡Claro que no! ¿Cómo va a ser una mujer? —se extrañó Belinda.

—A menos que sea la señora Freke —dijo el señor Percival.

Efectivamente, se trataba de ella, que había salido a cazar con una partida de caballeros, se había encaramado a lo alto de la roca y, una vez allí, había efectuado un ejercicio manual siguiendo las órdenes de su comandante. Mientras se acercaban al escenario, Belinda oyó los agudos chillidos de una voz femenina y columbraron una pequeña figura en traje de montar.

—La señorita Moreton, supongo —dijo el señor Vincent.

—¡Pobre muchacha! ¿Qué están haciendo con ella? Parece que la obligaran a subir a lo alto y que ella no quisiera. ¡Miren cómo la señora Freke le tira del brazo!

Al acercarse más, oyeron a la señora Freke riendo a carcajada suelta mientras trataba de calmar a la asustada joven en lo alto de la roca.

—Será mejor que nos apartemos de su camino —dijo Belinda—, porque, habida cuenta que me juró venganza, tal vez se le ocurra arrastrarme a mí a semejante cumbre de gloria.

—¡No se atrevería! —exclamó el señor Vincent con los ojos echando chispas—. Puede confiar en nosotros para defenderla.

—No lo dudo, pero no me pondré en peligro a propósito para darle el placer de defenderme —respondió Belinda al tiempo que daba media vuelta con el caballo.

—No se le ocurrirá volverse, ¿verdad? —inquirió el señor Vincent, sujetándole las riendas—. ¡Por Dios, señorita Portman! ¡No podemos huir! Hemos venido a visitar las rocas y no hemos visto ni la mitad. *Lady* Anne y los niños están a punto de llegar. No les prive del placer de ver todas estas cosas.

—Dudo de que disfrutaran demasiado viendo «ciertas cosas de estas» y, por lo demás, si decepciono a los niños ahora, tal vez el señor Percival tenga la amabilidad de traerlos otro día.

—No lo dude —respondió este—. La señorita Portman hace gala de su habitual prudencia.

—Los niños tienen tan buen corazón que sé que me perdonarán y usted, señor Vincent, se avergonzará si no sigue su ejemplo, a pesar de que ahora mismo parezca bastante enfadado conmigo por obligarle a dar la vuelta y ponerse a salvo del peligro.

—No se sorprenda por ello —respondió riendo el señor Percival—, pues el señor Vincent es un pretendiente y un héroe. Ya sabe que, según dicta la norma, en todos los romances, cuando el pretendiente y su amada salen a pasear a caballo, deben toparse con alguna aventura. El rocín ha de salir desbocado con la dama y es menester que el caballero la atrape en sus brazos cuando esté a punto de romperse el cuello. Si el caballo estuviera adiestrado en demasía para tan heroico propósito, al doblar un recodo del camino deberá aparecer de improviso algún «salteador, fiero bandido o montañés»[67] o bien algún rival celoso. Este raptará a la dama, ¡con el vestido y los cabellos flotando al viento! como la Leonora de Bürger y el amado deberá ir al rescate en el momento preciso. Pero, si no fuera posible raptar a la doncella como mandan los cánones, al menos, y como último recurso, tendrá que caerse a un río para resultar más interesante, y el héroe habrá de terminar medio ahogado al rescatarla para que esta le quede eternamente en deuda y, al cabo, se vea impelida a casarse con él por mera gratitud.

—¡Gratitud! —exclamó el señor Vincent—. Para mí no puede ser un héroe quien se conforma con la gratitud y no con el amor.

—No tienes por qué preocuparte: ya ves que la señorita Portman no parece inclinada a someterte a tal prueba —repuso el señor Percival con una sonrisa—. Ahora bien, es una verdadera lástima que te privara de la oportunidad de luchar con alguno de los acompañantes de la señora Freke o de salvarla de la peligrosa altura de una de esas rocas. Habría sido un nuevo episodio para una novela.

—¡Cómo gritaba aquella pobre muchacha! —dijo Belinda—. ¿El miedo era real o fingido?

—En parte fingido y en parte real, imagino —respondió el señor Percival.

—Me da lástima —comentó el señor Vincent—, porque la señora Freke la está sometiendo a una vida agotadora.

—Es digna de lástima, cierto, pero también de censura —dijo el señor Percival—. Usted aún no conoce su historia, ¿verdad, señorita Portman? La señorita Moreton huyó de sus amigos para vivir con la señora Freke, que la ha arrastrado a todo tipo de absurdos y diabluras. La muchacha es débil y vanidosa y cree que todo lo que le dice es por

su bien. Una vez la convenció para que fuera a un baile público con los brazos tan desnudos como los de Juno y los pies tan descalzos como los de *madame* Tallien.[68] En otra ocasión, la convenció (pues, desafortunadamente, nunca había oído el proverbio griego que afirma que una mitad es mejor que un todo) para que abandonase sus botines de media caña y calzara unas botas de caballero; así se paseó a caballo por el campo para asombro de todo el mundo. Todo esto son naderías, pero las mujeres que gustan de desafiar al mundo en lo insignificante pocas veces respetan su parecer en lo importante. Las botas de caña alta por la mañana y los pies descalzos por la noche fueron la comidilla general y aún dio más que hablar su relación con un joven oficial. La señora Freke, cuya filosofía es declaradamente laxa en lo moral, se rio de la preferencia de la muchacha por la institución del matrimonio. Y lo mismo hizo el oficial, pues la señorita Moreton no poseía fortuna alguna. Se sospecha que la joven no sintió esa dificultad que en ocasiones encuentran los filósofos para conciliar la teoría con la práctica. El mundo «no ilustrado» condenó con viveza tal teoría y su práctica aún más. A pesar del escándalo, me inclino a creer que la pobre muchacha solo fue imprudente: en cualquier caso, el arrepentimiento por su insensatez llegó demasiado tarde. Ahora no tiene más amigo en el mundo que la señora Freke, quien no deja de ser su peor enemigo y ejerce una despiadada tiranía sobre ella. Imagine lo que es ser el blanco de bufón semejante.

—¡Qué lección para las jóvenes a la hora de elegir amigas! —exclamó Belinda—. Pero ¿la señorita Moreton no tenía ningún familiar que pudiera interferir y librarla de las manos de la señora Freke?

—Sus padres eran mayores y, lo que es aún peor, anticuados: no escuchó sus consejos y acabó huyendo de ellos. Por lo que sé, algunos de sus familiares aprobaban que viviera con la señora Freke porque es una mujer moderna y atrevida y creían que podría ser beneficioso para la muchacha. Empero había un pariente que tenía una opinión muy distinta, que vio el peligro de la situación y protestó con rotundidad, mas en vano. Se trataba de un primo de la señorita Moreton, un clérigo respetable. A la señora Freke la enfureció tanto su «insolente interferencia», como gustaba de llamarla, que fabricó un monigote a su semejanza, con hábito talar, y lo colgó a guisa de espantapájaros en un jardín cercano a la carretera principal. El hombre era tan apreciado y respetado por su benevolencia y su piedad natural que la señora Freke fracasó estrepitosamente en su intención de ridiculizarlo; los parroquianos destrozaron el espantajo y, aunque fiel al verdadero

espíritu de la caridad, el señor Moreton hizo cuanto estuvo en su mano por moderar la indignación del pueblo contra su enemiga; la dama se convirtió en tal objeto de aversión que allá donde aparecía le seguían quejas y cuchicheos, por lo que no volvió a aventurarse en diez millas a la redonda.

»Entonces la señora Freke mudó el método de hostigamiento: conocía a un noble de quien nuestro clérigo esperaba recibir un beneficio eclesiástico, por lo que se dispuso a manipular a su señoría con tal suerte que el caballero acabó insistiendo en que el cura se disculpara con la dama. El señor Moreton, que posee tanta dignidad de espíritu como gentileza de carácter y cuyos principios son tan indulgentes como firmes, no dio su brazo a torcer. Su noble patrón lo presionó, pero el clérigo, aunque tenía una familia a la que mantener, no quería envilecerse con una sumisión inapropiada. El titular del beneficio murió y este le fue concedido a un amigo más complaciente. Así acaba la historia de una de las numerosas travesuras de la señora Freke.

—Esa fue la historia que terminó por hacerme cambiar de opinión sobre ella —dijo el señor Vincent—. Hasta que la oí, siempre la había considerado una de esas personas irreflexivas pero de buen fondo que, como suele decirse, solo se hacen daño a sí mismas.

—En nuestra sociedad es difícil, sobre todo para las mujeres, hacerse daño a sí mismas sin hacérselo a los demás —respondió el señor Percival—. Pueden empezar por diversión, pero acaban en malicia. Desafían al mundo y este, en respuesta, las excomulga. La mujer proscrita desespera y convierte en objetivo y orgullo de su vida perturbar la paz de la tranquila vecindad. Las mujeres que se han desacreditado ante la opinión pública no pueden descansar sin intentar reducir a otras a su propio nivel.

—A pesar de la jactanciosa alegría que aparenta, es evidente que la señora Freke no es feliz —dijo Belinda—, y dado que no podemos hacer nada bueno por ella, ya sea culpándola o disculpándola, lo mejor será que pensemos en otra cosa.

—No parece que el escándalo le suscite demasiado placer, señorita Portman —dijo el señor Vincent—, conque le alegrará saber que la maldad de la señora Freke hacia el pobre señor Moreton no lo ha arruinado. ¿Sabía, señor Percival, que acaba de recibir un beneficio de un joven caballero de cuya conducta he oído hablar maravillas?

—¡No sabe cuánto me complace! —exclamó el señor Percival—. ¿Y quién es ese generoso joven? Me gustaría conocerlo.

—Y a mí también —respondió el señor Vincent—. Es un tal Hervey.

—¿Clarence Hervey, quizá?

—En efecto, de nombre Clarence.

—No existe hombre más dado a la generosidad que el señor Clarence Hervey —dijo el señor Percival.

—No hay nadie más generoso que el señor Hervey —repitió Belinda en voz baja.

Ya era capaz de alabarlo sin ruborizarse y hasta pensar en su generosidad sin exaltación, aunque no sin deleite. A fuerza de carácter y empeño, había evitado que su parcialidad se convirtiera en una pasión que pudiera hacerla desdichada. Orgullosa de la victoria sobre sí misma, se vio dispuesta a tratar al señor Vincent con mayor preferencia que de costumbre. La complacencia con uno mismo suele predisponernos favorablemente hacia nuestros amigos.

Tras pasar unas horas agradables en los hermosos terrenos de lord C., donde los niños exploraron a placer hasta la última vaguada y hondonada, volvieron a casa con el fresco de la tarde. El señor Vincent dijo haber disfrutado de la tarde más maravillosa de toda su vida.

—¡Cómo! ¿Mejor que una tarde en las Indias Occidentales? —preguntó el señor Percival—. ¡Eso es más de lo que jamás habría esperado que dijeras en favor de Inglaterra! ¿Recuerdas cómo exaltabas el clima y los paisajes de Jamaica?

—Sí, pero mi gusto ha cambiado mucho.

—Recuerdo un tiempo en que creías imposible que tu gusto llegase a cambiar, cuando me decías que el gusto por la belleza, ya fuera de naturaleza animada o inanimada, era inmutable.

—Usted y la señorita Portman me han hecho entrar en razón. Los primeros amores son, por lo general, pueriles —añadió ruborizándose un poco, al igual que Belinda.

—Los primeros amores —continuó el señor Percival— no tienen por qué ser más pueriles que los demás, aunque la probabilidad juegue en su contra. La proximidad en el tiempo y el espacio o una serie de circunstancias accidentales, más que las prendas esenciales del objeto amado, son a menudo responsables de lo que llamamos «primer amor». Los jóvenes se suelen hacer una primera idea del amor a partir de poesías o romances antes de haber sentido la pasión como tal y proyectan la imagen mental que tienen del amante ideal en el primer objeto que contemplan. Esa, si se me permite la expresión, es la Fata Morgana de Cupido. Los ilusos mortales permanecen en éxtasis mientras dura el engaño y desesperan cuando se desvanece.

El señor Percival no parecía consciente de que estas palabras fueran

aplicables en modo alguno a Belinda. Se dirigía únicamente al señor Vincent, por lo que esta escuchaba a su antojo.

—Pero ¿no cree que este prejuicio, y así estoy dispuesta a considerarlo, en favor del primer amor podría ser ventajoso para nuestro sexo? Aun cuando se pudiera convencer a una mujer para no ilusionarse con el primer amor, no debería la delicadeza impedirle pensar en un segundo?

—La delicadeza, mi querida señorita Portman, es una palabra encantadora y una cosa aún mejor, y es probable que la señora Freke haya aumentado nuestra estima por el concepto; pero hasta la delicadeza, como todas las demás virtudes, debe juzgarse según su utilidad. Caeríamos sin cesar en el romance, en el error y en la desdicha si no volviésemos con constancia a este criterio. Nuestro raciocinio en cuanto al comportamiento en la vida, en lo que a la prudencia moral se refiere, debe depender en última instancia de los hechos. Ahora bien, de todas las personas en el mundo, ¿cuántas cree que se habrán casado con su primer amor? Probablemente no llegue a una de cada diez. Conque ¿obligaría a las nueve restantes a sufrir el resto de su vida el celibato o un matrimonio atormentado porque no pudieron conseguir a la primera persona que les llamó la atención?

—Admito que eso no contribuiría a la felicidad de la sociedad —respondió esta.

—Ni a su virtud —prosiguió el señor Percival—. No conozco una idea más peligrosa para la felicidad doméstica que esa creencia en la naturaleza inextinguible de la primera llama. Habrá quien trate de convencernos de que, aun sofocada durante años, esa llama acabará por brotar y arderá con furia desaforada. ¡Qué doctrina perniciosa! ¡Y qué falsa! La lucha entre el deber y la pasión puede tener el atractivo del romance, pero será un suplicio en la vida real. La mujer que se case con un hombre y ame a otro y que, por mucho que ese marido afable y estimado haga para ganarse su confianza y su afecto, alimente en secreto una predilección fatal por el primer amor, tal vez pueda convertirse en una heroína interesante gracias a la elocuencia de un buen escritor, pero ¿qué hombre de sentido común o sensibilidad elegiría las tribulaciones de una esposa así? ¿Acaso la mera idea de que las mujeres admirasen tal comportamiento no haría que desconfiáramos, si no de su virtud, al menos de su sinceridad? ¿Y esta sospecha no destruiría nuestra dicha? En ocasiones los maridos abrigan sentimientos tan delicados como los de su esposa, aunque rara vez se lo permiten esos injustos novelistas. Dígame, ¿cómo podría un marido de

tal delicadeza conformarse con poseer a la persona, pero no su mente? ¿Contar con el deber, pero no con el amor? ¿Podría ser perfectamente feliz si, en los momentos más tiernos, no supiese si era objeto de afecto o repulsión, o si las sonrisas de la aparente alegría no eran más que los esfuerzos de una mártir doliente? ¡Gracias a Dios que no estoy casado con una de esas bellas mártires! Dejemos que vivan con ellas quienes tanto las admiran. Por mi parte, admiro y amo a una esposa que no solo parece feliz, sino que lo es y yo, con mi cariño inocente, así lo creo —añadió con una sonrisa—. Si he hablado demasiado o con demasiado entusiasmo de los primeros amores, he sido al menos un orador imparcial, pues puedo asegurarle, señorita Portman, que no albergo sospecha de que *lady* Anne Percival suspire en secreto por alguna imagen de perfección, igual que ella tampoco recela que yo suspire por la encantadora *lady* Delacour, de quien tal vez habrá oído decir que fue mi primer amor. En cualquier caso, hoy en día hay tan poca gente que contraiga matrimonio siquiera con la mínima pretensión de amor de ningún tipo que creerá que podría haberme ahorrado este alegato. No; hay inteligencias que nunca serán esclavas de la popularidad o el interés, aunque queden expuestas al engaño del romance o de la «delicadeza» de su propia imaginación.

—Ya lo oigo —respondió sonriente Belinda—. Oigo y entiendo el énfasis con que pronuncia la palabra «delicadeza». Veo que no ha olvidado que hace media hora la he usado de manera incorrecta, algo de lo que me ha convencido.

—¡Felices aquellos que pueden convencerse en media hora! Hay quienes no se convencerían en una vida entera y que terminan donde empezaron, diciendo: «Esta es mi opinión; siempre he pensado así y así seguiré».

El señor Vincent le tenía un gran aprecio al señor Percival, pero nunca sintió tanto afecto por él como esa noche, cuando sus argumentos le parecieron irrefutables. Aunque Belinda jamás había mencionado el nombre de Clarence Hervey hasta ese día y el señor Vincent jamás habría sospechado por su comportamiento que tal caballero tuviera algún interés en su corazón, esta le confesó con la sinceridad acostumbrada la impresión que le había causado antes de ir a Oakly Park.

Tras este coloquio con el señor Percival, el señor Vincent notó que había ganado terreno con la joven, pues esta se iba acostumbrando a considerarlo su pretendiente y a deleitarse cada vez más en su compañía. Estaba convencido de que, habiéndose hecho con su estima,

con el tiempo se aseguraría también su afecto.

—Con tiempo —repetía *lady* Anne Percival—. Debes darle tiempo o lo echarás todo a perder.

No fue fácil para el señor Vincent contener la impaciencia, a pesar de que estaba persuadido de la prudencia del consejo de su amiga. Las cosas siguieron avanzando a ese ritmo feliz, si bien lento, en su opinión, hasta finales de septiembre.

Una bella mañana, *lady* Anne Percival entró en los aposentos de Belinda con un recuerdo de boda en la mano.

—¿Sabe que hoy tenemos boda? Mi doncella acaba de llegar con este recuerdo. Lucy, la jovencita que recordará haber visto con un collar de semillas de guandú, es la novia, y Juba, el novio. El señor Vincent les ha arrendado una bonita granja cerca de aquí y… ¡escuche! Ya se oye la música.

Al asomarse a la ventana vieron a un grupo de aldeanos vestidos de fiesta que acudían a la boda. *Lady* Anne, siempre dispuesta a promover los festejos inocentes, ordenó de inmediato que levantaran una carpa en el parque e invitó a la rural compañía a bailar allí esa noche. Fue un espectáculo de lo más alegre. Belinda oía por doquier elogios a la generosidad del señor Vincent y no podría haberse mostrado insensible al testimonio tan simple como entusiasta que Juba dio de la bondad de su amo. Había compuesto en su extraño dialecto una cancioncilla en honor a su benefactor y la interpretó al banjo con la más conmovedora expresión de jubilosa gratitud. En algunos versos, Belinda logró distinguir que su propio nombre se repetía con frecuencia. *Lady* Anne lo llamó y le pidió que le recitara la letra. En una mezcla de inglés y su lengua nativa, describió con suma emoción sus sentimientos cuando vivía en el temor a la feroz mujer obeah de la señora Freke, la posterior alegría al verse liberado de tales horrores y las deliciosas sensaciones de la salud restablecida; de ahí pasó súbitamente al agradecimiento a Belinda, responsable de su recuperación. Concluyó deseándole toda suerte de dicha y, sobre todo, que fuera afortunada en el amor, que Juba consideraba el grado máximo de la felicidad. En cuanto hubo acabado la canción, que agradó y enterneció especialmente a la señorita Portman, le rogó a su amo que le permitiera regalarle el instrumento que había fabricado con tanto esfuerzo e ingenio. Ella lo aceptó con una sonrisa que enterneció al señor Vincent, pero en ese instante los sorprendió el sonido de un carruaje que entraba a toda velocidad en el parque. Belinda alzó la mirada y, entre las cabezas de los bailarines, distinguió una librea que conocía bien.

—¡Cielo santo! —exclamó—. Es el carruaje de *lady* Delacour. ¿Acaso será ella?

Tan pronto como el carruaje se detuvo, Marriott se apeó de un salto. Belinda se apresuró a recibirla y encontró a la pobre criada presa de una gran agitación:

—¡Ay, señorita Portman! Mi pobre señora está muy enferma. Pero mucho, mucho. Me ha enviado a buscarla; aquí tiene la carta. Mi querida señorita, espero que no se niegue a venir conmigo. Ha estado muy enferma y aún lo está, pero mejorará si vuelve a verla. Se lo contaré todo en cuanto estemos a solas y haya leído la carta.

Belinda acompañó de inmediato a Marriott a la casa y, por el camino, se enteró de que *lady* Delacour se había puesto en manos del curandero en quien tenía tanta fe y había intentado en vano convencerlo para que realizase aquella operación a la cual estaba resuelta a someterse. El hombre tenía miedo de correr tanto riesgo, por lo que la había persuadido de renunciar a ella y probar un nuevo remedio extranjero del que le prometió maravillas. Nadie sabía qué contenían las medicinas, pero le habían afectado a la cabeza del modo más preocupante.

En medio del delirio, había llamado a la señorita Portman con frecuencia, ora acusándola de la más baja traición, ora dirigiéndose a ella como si se hallara presente y profesándole las más cálidas expresiones de amistad.

—En los momentos de lucidez, señorita, podía pasarse semanas sin mencionar apenas su nombre y sin tolerar que nadie lo pronunciara. Un día, cuando le estaba diciendo cómo desearía que usted estuviera de nuevo con ella, me clavó la mirada más terrible que jamás haya visto y exclamó: «Cuando yazca en la tumba, Marriott, ya habrá tiempo de que la señorita Portman regrese a esta casa, y entonces podrás expresarle tu apego de una manera más apropiada que en este momento». Esas fueron sus palabras. ¡Nunca las olvidaré! Me sorprendió tanto que me quedé atontada y tuve que salir de la alcoba para volver a pensar cabalmente y tratar de encontrarles sentido. Ahí, señorita, me sacudió como un relámpago la idea de que mi señora estaba celosa..., y ruego que me disculpe..., celosa de usted. Me pareció la cosa más absurda, teniendo en cuenta la relación que siempre pareció tener con milord, pero de repente tuve claro que ese era el motivo por el que nos dejó usted tan súbitamente, señorita. Además, era evidente que el señor Champfort estaba en el fondo de la cuestión desde el principio y, sabiendo qué rastro seguir, me apliqué con ánimo renovado a

descubrirlo, y cuando yo decido algo, normalmente lo consigo. Así que fui juntando algunas cosas que había oído sobre usted y milord por casualidad del ayuda de cámara de *sir* Philip Baddely y, medio en serio medio coqueteando, que cuando es por una buena causa no es pecado, le sonsaqué (porque se figura ser mi admirador, aunque yo nunca lo he alentado lo más mínimo) todo lo que sabía o sospechaba o había oído de rumores y murmuraciones. Y resulta, señorita, que el señor Champfort está en el origen de todo, que ha ido diciendo un montón de mentiras sobre unos billetes de banco que milord le había dado a usted, y que los dos iban a casarse en cuanto *milady* muriese, y no sé qué más que ha hecho circular con toda su malicia a través del criado de *sir* Philip o del propio caballero y que por eso ha llegado a oídos de *milady*. Ahora bien, el criado de *sir* Philip se comportó como un caballero, algo que reconozco y no olvidaré en la vida. Cuando le presenté las cosas como son y le hice ver la injuria, en la cual me aseguró que había participado únicamente para servir a su amo, *sir* Philip, se ofreció con toda sinceridad a asistirme para desenmascarar a ese villano de Champfort, lo que podría hacer fácilmente con la ayuda de un par de botellas de clarete y unas palabras de adulación (algo que, aunque no soporto la hipocresía, creo que puede ser permisible en una situación como esta). Así que, en cuanto el señor Champfort hubo bajado la guardia por el clarete, el ayuda de cámara empezó a hablarle de milord y *milady* y la señorita Portman y observó que, desde que la señorita había abandonado la mansión, los esposos estaban más unidos que antes. A esto el señor Champfort respondió con un juramento, como el infame grosero que es, y en ese galimatías de inglés y francés que no soy capaz de reproducir vino a decir lo siguiente: «Milord y *milady* jamás estarán juntos si puedo impedirlo. Si hice que desterraran a la señorita Portman fue precisamente para evitarlo, porque desde que trajo a Helena a casa su señoría es otro hombre y no dudo que habría dejado el borgoña y se habría tornado sobrio y normal, lo que no me convendría en absoluto. Si *milady* volviera a tener el control sobre él, no tardarían en despedirme, conque (y aquí lanzó un nuevo juramento) milord y *milady* no volverán a estar unidos mientras viva».

»Pues bien, señorita, en cuanto oí tan preciado discurso le llevé la nueva a *milady,* además de una carta del criado de *sir* Philip Baddely en la que daba fe de su veracidad. *Lady* Delacour quedó estupefacta y tan enojada por haberse dejado engañar, como ella misma dijo, que al punto mandó buscar a milord e insistió en que despidiera al señor Champfort. Su señoría se negó porque le había gritado y había dicho

que “insistía”; estoy segura de que lo habría hecho de mil amores si *milady* no se lo hubiera ordenado. Pero al cabo respondió: “*Milady* Delacour, no soy hombre que se deje gobernar por su esposa. Conservaré o despediré a mis criados, en mi propia casa, cuando me plazca”; y se marchó. En la vida he visto a *milady* tan furiosa como al darse cuenta de que su señoría no despediría al criado. La mansión estuvo unos días manga por hombro. Yo me negaba a sentarme a la misma mesa que Champfort y no le hablaba ni lo miraba a la cara, y los ánimos estaban caldeados en los pisos de arriba y abajo. Al final, *milady*, que iba estando mejor, volvió a caer en cama con una fiebre nerviosa que casi la llevó a las puertas de la muerte, pues ya estaba muy debilitada por las medicinas de aquel matasanos, las convulsiones y haber llevado todo el sufrimiento en secreto. Se negaba en redondo a ver a milord y Champfort lo convenció de que *milady* fingía para llevarlo a su terreno, lo que resultaba creíble porque a nadie más que a mí se le permitía acceder a la alcoba de mi señora. En todo este tiempo no había pronunciado su nombre, señorita, hasta que una vez, mientras velaba junto a su cama, se estremeció de repente y gritó: “¡Oh, mi queridísima Belinda! ¿Cuándo volverás a mí?”. Se despertó del susto y, levantándose de la cama, descorrió las cortinas y buscó por toda la alcoba. Estoy segura de que esperaba verla y, al percatarse de que había sido un sueño, suspiró profundamente y se hundió en la almohada. No pude evitar hablarle y *milady* se conmovió mucho cuando pronuncié su nombre. Se deshizo en llanto, señorita, y ya sabe que no es poca cosa arrancarle lágrimas a *milady*. Pero cuando dije de mandar a buscarla, me respondió que tenía la certeza de que no regresaría y que nunca se rebajaría a pedir un favor en vano, ni siquiera a usted. Entonces le respondí que estaba segura de que la señorita aún la quería tanto como antes, y la prueba era que ni la señora Luttridge y la señora Freke juntas, con todas sus artimañas, habían logrado arrastrarla a su fiesta de Harrowgate y que se había enfrentado a la señora Freke para defender a su señoría. Se sorprendió mucho al oírlo y me preguntó ansiosa cómo me había enterado. Pues bien, me lo había contado por carta la doncella de la señora Luttridge, que es prima mía y se entera de todo lo que pasa. Desde ese momento, *milady* no pasa un instante sin desear verla e inquietarse por usted, cosa que noto en su comportamiento. Un día milord me abordó en las escaleras mientras bajaba de los aposentos de *lady* Delacour y me preguntó cómo estaba y por qué no mandaba llamar a un médico.

»—El mejor médico —le dije— sería la señorita Portman, porque, en

mi humilde opinión, hasta que esta buena joven no regrese, *milady* no se pondrá bien.

»—¿Y qué es lo que le impide regresar a la señorita Portman? No seré yo, ¿verdad? —me preguntó milord—. Porque yo deseo de corazón que vuelva.

»—No es fácil suponer, milord, que después de todo lo que ha pasado la señorita quiera regresar o que *milady* mande a buscarla mientras el señor Champfort siga mandando en esta casa.

»—Si eso es todo, dile a tu señora que despediré a Champfort ahora mismo, porque el bellaco ha tenido la insolencia de insistir en que un par de botas nuevas no me apretaban demasiado cuando le había dicho que así era. Conque le enseñaré que sé cómo mandar y que, de hecho, soy el que manda en esta casa.

»Señorita, el corazón me dio un vuelco de júbilo al oír esas palabras y salí corriendo a repetírselas a *milady*. Enseguida me di cuenta de que milord se alegraba de tener la excusa de las botas para ceder con elegancia después de resistirse tanto tiempo. Es verdad que es muy celoso de ser el amo y señor y de salirse siempre con la suya, pero todo se lo perdono por terminar haciendo lo que yo quería y despedir a ese príncipe de los marrulleros. Al instante *milady* pidió su escritorio, se sentó en la cama y, con mano trémula como puede ver por su letra, le escribió una carta a toda prisa y mandó preparar el coche. No sé qué locura se apoderó de ella, pero seguro que recuerda que el paño para el pescante del nuevo carruaje al principio tenía las colgaduras negras y naranja; *milady* no las quería y las cambió por unas azules y blancas. Bueno, pues de repente se acordó cuando ya estaba a punto de venir a buscarla e hizo que los criados las quitaran y volvieran a poner las negras y naranja diciendo que tenían que hacerlo antes de que usted volviera. En fin, señorita, no quiero robarle más tiempo antes de que lea la carta, solo le diré que espero por lo más sagrado que no rehúse volver con mi pobre señora, aunque solo sea para apaciguar su mente antes de morir, pues ya no le queda mucho tiempo de vida.

Marriott terminó de hablar a la vez que llegaban a la mansión y Belinda se fue a su cámara a leer la carta. No contenía nada de la habitual elocuencia epistolar, del humor animado ni de la alegría, real o fingida, de *lady* Delacour; su mente parecía exhausta por el sufrimiento físico y su disposición, subyugada. Expresaba la angustia más acerada por haberse dejado llevar por sospechas injustas y pasiones desmedidas. Dolíase de haber enajenado la estima y el afecto de la única amiga verdadera que jamás hubiera tenido; una amiga de cuya

indulgencia, ternura y fidelidad había recibido pruebas inequívocas. Concluía diciendo: «Siento que mi fin se acerca presto, por lo que tal vez, Belinda, la benevolencia te anime a acceder a esta última petición y dejar que te vea una vez más antes de morir».

Belinda resolvió al punto volver con *lady* Delacour, aunque lamentase enormemente tener que separarse de *lady* Anne Percival y la afable y feliz familia a la que tanto cariño había tomado. Los niños se arracimaron a su alrededor al enterarse de su marcha y al señor Vincent lo embargó un silencioso pesar…, aunque ahorraremos a nuestros lectores la escena de despedida. La señorita Portman prometió regresar a Oakly Park en cuanto pudiese. Inquieto, el caballero le pidió permiso para escoltarla hasta Londres, pero Belinda se negó y este hubo de ceder con toda la elegancia con que un amante puede aceptar aquello que se opone a su pasión.

66 N. de la Trad.: En el original, «gratitude and esteem». Alusión al primer capítulo de *Tom Jones*, de Henry Fielding (1749), donde se afirma que la estima y la gratitud son los motivos apropiados para el amor: «Esteem and Gratitude are the proper Motives to Love».

67 N. de la Trad.: En el original, «footpad, bandit fierce, or mountaineer», verso 426 de *Comus*, de John Milton (1634).

68 N. de la Trad.: La española Teresa Cabarrús, conocida como «Nuestra Señora de Termidor», fue famosa en la Francia revolucionaria, entre otros, por sus extravagantes apariciones en sociedad.

Capítulo 20



Reconciliación

Lady Delacour, sabiendo que quedarse en Londres en una época del año tan poco habitual resultaría extraño a sus elegantes conocidos, buscó una excusa a su medida: declaró que no era capaz de encontrar placer salvo en la novedad y que no había mayor novedad que quedarse todo el verano en la ciudad. La mayoría de sus amigos, entre los que había cundido su fama de dama caprichosa, pensaron que se trataba de otra de sus extravagancias, que ponía en práctica para distinguirse por su singularidad. El verdadero motivo que la retenía era la dependencia del curandero, que no dejaba de visitarla y prescribirle nuevas medicinas. No obstante, convencida de que era indigno de su confianza, dado el terrible estado al que sus remedios la habían reducido últimamente, resolvió despedirlo, aunque no podía hacerlo hasta que Marriott regresase, pues le debía una suma considerable y solo la doncella podía conducirlo por la escalera privada que llevaba al *boudoir*.

Mientras Marriott estuvo ausente, su señoría no toleró que la atendiera más que una criada que destacaba por su estupidez. Pensó que no había nada que temer del espíritu inquisitivo de la moza, pues jamás hubo ser humano tan carente de curiosidad. Frisaba el mediodía cuando llegaron Belinda y Marriott. *Lady* Delacour, que había pasado una noche desapacible, estaba dormida. Al despertar, encontró a Marriott al pie de la cama.

—Veo que todo ha sido en vano —se lamentó—. ¿No está contigo la señorita Portman? Tráeme el láudano.

—La señorita Portman ha venido, *milady* —respondió Marriott—. Está en el vestidor: no quería entrar conmigo para no sobresaltarla.

—¿Dices que Belinda ha venido? ¡Admirable Belinda! —exclamó *lady* Delacour juntando las manos extasiada.

—¿Quiere que la avise de que está despierta?

—Sí. No. Espera. Lord Delacour está en casa. Me levantaré de inmediato. Que le digan a milord que deseo hablar con él, que le pidan que desayune conmigo en el vestidor dentro de media hora. Voy a vestirme ahora mismo.

En vano le pidió Marriott que no se precipitase en su estado de debilidad. Sumida en sus pensamientos, no atendía a nada de lo que le decía, sino que apremiaba a la criada. Se aplicó una cantidad inusitada de arrebol y, al mirarse al espejo, dijo con una sonrisa forzada:

—Marriott, estoy tan encantadora que tal vez la señorita Portman opine lo mismo que lord Delacour y piense que no me pasa cosa alguna. ¡Pero no! Ella ha visto entre bambalinas, sabe de sobra la verdad. Marriott, ¿ha preguntado mucho sobre mí? ¿No lamentó sobremanera tener que dejar Oakly Park? ¿No estaban preocupados por dejarla marchar? ¿Preguntó por Helena? ¿Le contaste que había insistido en que milord se deshiciera de Champfort?

Al oír el nombre del antiguo criado, Marriott abrió la boca con interés y comenzó a responder con su habitual verborrea. Pero *lady* Delacour no esperaba una respuesta a las distintas preguntas que había lanzado su mente desordenada; antes bien, pasó rauda junto a la doncella y abrió de golpe la puerta del vestidor. Al ver a Belinda se detuvo en seco y, abrumada, se habría desplomado si esta no la hubiera tomado en los brazos y la hubiera conducido a un sofá. Al volver en sí y oír la voz sosegada de la joven, se quedó mirándola tímidamente unos instantes, incapaz de articular palabra.

—¿De verdad estás aquí de nuevo, mi querida Belinda? —exclamó al cabo—. ¿Y aún puedo llamarte «amiga mía»? ¿Y me perdonas? Sí, ya veo que sí, y de ti puedo soportar la humillación de recibir el perdón. Disfruta de la noble sensación de superioridad.

—Mi querida *lady* Delacour, está dándole una importancia desmedida a lo sucedido. No me ha injuriado. No tengo nada que perdonar.

—¡Importancia desmedida! ¡Nada que perdonar! Por supuesto que sí, y lo más difícil de perdonar: la injusticia. ¡Oh, cómo has debido de aborrecerme por la locura, por la vileza de mis sospechas! De todos los temperamentos, el más despreciable para mí, y estoy segura de que

para ti también, el más intolerable, es el temperamento desconfiado. Otrora, mi carácter era tan abierto y generoso como el tuyo. ¡Ya ves que hasta las mejores disposiciones pueden corromperse! ¿Qué soy ahora? Solo sirvo «para mostrar una enseñanza o adornar un cuento».[69] Un ser disparejo, extraviado, desdichado y pervertido.

—Y ahora que su señoría se ha menospreciado hasta quedarse sin aliento —repuso Belinda—, permítame hablar en su defensa. Estoy de acuerdo en que un temperamento desconfiado es abyecto e intolerable, pero hay una enorme diferencia entre un agudo ataque de celos, como nuestro amigo el doctor X. diría, y un hábito crónico de sospecha. Las naturalezas más nobles pueden llegar a abrigar recelos alentadas por una intrigante maldad; entonces, hasta un pañuelo o un paño para el pescante, «fruslerías ligeras como el aire»...[70]

—¡Ay, querida mía! Eres demasiado buena, pero mi desvarío no admite excusa ni paliativos —la interrumpió *lady* Delacour—. Los míos son celos sin amor.

—Si ese fuera el caso, efectivamente no admitiría excusa alguna, pero habrá de perdonarme por no creerla, sobre todo al haber notado en sus sentimientos algo parecido al afecto por su hijita, a pesar de haber fingido de la mejor manera, o de la peor, más bien, ser una madre desnaturalizada.

—Esa es otra cuestión, querida. No sabía que mereciese la pena amar a Helena. No imaginaba que mi niñita pudiera amarme. Cuando advertí el error mudé el tono. Pero no hay asomo de duda con mi pobre esposo. Tu propio sentido común te convencerá de que lord Delacour no es un hombre al que amar.

—Esa no puede haber sido «siempre» su opinión —repuso Belinda con una sonrisa perspicaz.

—¡Por Dios, Belinda! —respondió la dama, algo avergonzada—. Ni en el más alto paroxismo de mi demencia llegué a sospechar que pudieras «amar» a milord. Ten por seguro que únicamente insinué que estabas enamorada de su corona. En todo caso eso ya era lo bastante absurdo. No me presentes más ridícula de lo que ya soy.

—¿Es, por lo tanto, el colmo del absurdo amar al esposo?

—Amor... ¡Tonterías! ¡Imposible! ¡Shh! Aquí llega con sus abominables zapatos. ¿Qué hombre con calzado tan chirriante puede esperar que lo amen? —continuó la dama al tiempo que lord Delacour entraba en la cámara con los zapatos anunciando cada paso. Adoptó un ademán de ligereza y lo saludó como si fuera un extraño—. ¡Nada de discursos, milord, te lo suplico! —exclamó cuando estaba a punto de

hablarle a la señorita Portman—. Créeme cuando te digo que las explicaciones siempre empeoran las cosas. La señorita Portman está aquí, ¡gracias a Dios y a ella misma! Y Champfort se ha ido, ¡gracias a ti o a tus botas! Ahora, sentémonos a desayunar y olvidemos cuanto antes todo lo desagradable.

Cuando *lady* Delacour se proponía desterrar los recuerdos dolorosos era poco menos que imposible resistirse a la mágica influencia de su conversación y sus modales. Sin embargo, su señoría no esbozó una sonrisa relajada en todo el desayuno. Mantuvo un obstinado silencio y un gesto solemne hasta que, al cabo, se levantó de la mesa y, dirigiéndose a la señorita Portman, dijo:

—De todos los caprichos de las damas distinguidas, el que más me sorprende es el antojo de guardar cama sin estar enferma. Señorita Portman, mal podría imaginar usted que *milady* Delacour, tan animada esta mañana, ha pasado dos semanas encamada, según tengo entendido. ¿No le parece extraordinario?

—¡Harto extraordinario es que milord Delacour, como el resto del mundo, se deje engañar por las apariencias! —replicó su esposa—. Concédeme el honor de escucharme unos minutos y tal vez acreciente tu asombro.

Su señoría, impresionado por el repentino paso de la alegría a la gravedad en la voz de su esposa, se quedó mirándola y volvió a tomar asiento.

—Mi incomparable amiga —continuó la dama—, voy a demostrarte sin lugar a duda el ilimitado poder que tienes sobre mi mente. Milord, la señorita Portman me ha convencido de dar el siguiente paso y someter tu prudencia y tu bondad a una prueba decisiva. Por ella he resuelto abandonarme a tu merced.

—¡A mi merced! —repitió lord Delacour, en quien súbitamente arraigó la confusa idea de que iba a oír una confesión que confirmaría algunas de sus pasadas sospechas. Su rostro se demudó.

—Voy a confiarte un secreto de extrema importancia, un secreto que solo conocen tres personas en el mundo: la señorita Portman, Marriott y un hombre cuyo nombre no puedo revelarte.

—¡Detente, *lady* Delacour! —gritó el vizconde, embargado por una emoción y una energía nunca exhibidas hasta entonces—. ¡Te conmino a que te detengas! ¡Te lo ordeno, señora mía! No soy lo bastante dueño de mis actos. Una vez te amé en demasía como para soportar este golpe. No me confíes tal secreto. No hables más. Has dicho bastante, demasiado incluso. Te perdono: es lo único que puedo hacer. ¡Pero

hemos de separarnos, *lady* Delacour! —concluyó, alejándose de su esposa con la agonía reflejada en el semblante.

—¡Qué veo! ¡El hombre posee un corazón, un alma! Tú lo advertiste mejor que yo, amiga mía. ¡No, no puedes irte aún, milord! Ahora entiendo que de verdad me amas.

—¡No, no, no! —exclamó con vehemencia—. Por débil que me consideres, *lady* Delacour, soy incapaz de amar a una mujer que me ha deshonrado a mí, a ella misma, a su familia, su posición y su legado, su… —la voz le falló.

—Oh, *lady* Delacour —imploró Belinda—, ¿cómo puede jugar de esta manera?

—No era esa mi intención. Me doy por satisfecha y es hora de que milord también reciba su satisfacción. Puedo ofrecerte la prueba más irrefutable de que, por ligera que pareciese mi conducta, no tienes motivo para sentir celos. Pero la prueba te consternará… y te repugnará. ¿Te atreves a saber más? Entonces, sígueme.

Así lo hizo. Belinda oyó cómo se abría la puerta del *boudoir*. Regresaron al cabo de pocos minutos y en el rostro de lord Delacour se veían reflejados la aflicción, el horror y la piedad al atravesar raudo la estancia.

—Mi queridísima amiga, he seguido tu consejo. ¡Quisiera Dios que lo hubiera hecho antes! Le he revelado a lord Delacour mi situación real. ¡Pobre hombre! Ha sufrido una impresión inenarrable, aunque lo ha encajado incomparablemente bien. Estoy convencida de que, tal y como ha dicho, se cortaría la mano por salvarme la vida. En cuanto se desvanecieron sus ridículos celos, el amor por mí rebrotó con fuerzas renovadas. ¿Puedes creerlo? Me ha prometido romper con la odiosa señora Luttridge. Nada más pedirle que no le revelase el secreto, declaró con las más bellas palabras que prefería no volver a verla antes que procurarme un solo instante de inquietud. ¡Cuánto me arrepiento de haberlo atormentado tantos años!

—Puede hacer algo mucho mejor que arrepentirse, mi querida *lady* Delacour —dijo Belinda—. Aún puede vivir muchos años y ser un orgullo y una bendición para él. Estoy convencida de que nada salvo su desesperación por obtener la felicidad doméstica la ha atado de tal manera a la disipación, y ahora que ha encontrado en su esposo a un amigo y que conoce el afectuoso temperamento de la pequeña Helena, sus anhelos y esperanzas se verán renovados y tendrá la valentía de vivir para sí y no para lo que se ha dado en llamar «el mundo».

—¡El mundo! —exclamó *lady* Delacour con desdén—. ¡Cuánto

tiempo ha esclavizado esa palabra a un alma llamada a fines más elevados!

Lady Delacour se detuvo y alzó la vista al cielo con una expresión de devoción fervorosa que Belinda había contemplado una sola vez en su semblante. Después, como si hubiera olvidado que Belinda se hallaba presente, se sentó en un sofá y cayó, o pareció caer, en una profunda ensoñación de la que no despertó hasta la llegada de Marriott, que entró en la pieza para preguntarle si deseaba tomar el láudano.

—Creía que ya lo había tomado —respondió con voz apagada y, al levantar la mirada y ver a Belinda, añadió con una débil sonrisa—: La señorita Portman ha sido láudano para mí esta mañana, pero su efecto tampoco será duradero, ¿verdad? Esto es lo único que ahora me sirve —dijo antes de tender la mano y tomar el brebaje—. ¿No es sorprendente que esto sea lo único que me permite soportar la existencia?

Se llevó la mano a la cabeza, como si fuera en parte consciente de la confusión de sus ideas y se avergonzara de que Belinda fuera testigo, y le pidió a Marriott que la ayudara a incorporarse y la condujera a la alcoba. Le hizo un gesto a Belinda para que no la siguiese.

—No te lo tomes a mal, pero me encuentro harto fatigada y me gustaría quedarme sola; últimamente le he tomado gusto a pasar sola unas horas al día y puede que duerma un poco.

Marriott salió del dormitorio de su señoría al cabo de un cuarto de hora y dijo que parecía dispuesta a dormir, aunque había pedido que le dejase un libro al lado de la cama. Buscó entre varios que había en la mesa cuál tenía una señal. Mientras Belinda la ayudaba, se sorprendió al ver que casi todos eran títulos metodistas. La marca de *lady* Delacour se encontraba en mitad de los sermones del reverendo John Wesley. También reparó en que varias páginas de otros libros similares estaban subrayadas con una línea doble a lápiz, tal y como la vizcondesa acostumbraba a señalar los pasajes que le gustaban especialmente. Algunos eran de naturaleza retórica, pero la mayoría poseía un tono místico y apenas inteligible para Belinda. No le faltaban motivos para extrañarse al descubrir tales libros en el vestidor de una mujer del carácter de *lady* Delacour. Durante la soledad de su enfermedad su señoría había comenzado a pensar seriamente en cuestiones religiosas y le habían vuelto a la mente las primeras impresiones que en ella había dejado una madre metodista. Su entendimiento, tal vez debilitado por la enfermedad y poco acostumbrado al raciocinio, fue incapaz de discernir la verdad del error y su temperamento naturalmente

entusiasta pasó de un extremo al otro: del escepticismo irreflexivo a la credulidad visionaria. Su devoción no era en absoluto firme o perenne; llegaba en arrebatos, normalmente en el momento en que desaparecía el efecto del láudano o antes de que comenzara a operar una nueva dosis. En esos intervalos se sentía abatida y se agolpaban amargas reflexiones sobre el modo en que había desperdiciado su talento y su vida. Volvía a culparse de la muerte prematura del coronel Lawless y la mente, aguijoneada por el remordimiento, comenzaba a entregarse en los momentos de desconsuelo a atroces terrores supersticiosos; terrores tanto más potentes cuanto que eran secretos. Mientras duraba el estímulo del láudano, el vaivén de las ideas cambiaba constantemente y se asombraba por los débiles miedos y extrañas nociones que la habían perturbado, aunque no estuviera por entero en su poder alejar esas visiones de la noche, que iban apoderándose de ella a pesar del azoramiento que le provocaban. Decidió ocultarle a Belinda aquella «flaqueza», como la consideraba en sus momentos más alegres, pues temía que la despreciara o ridiculizase dada su superior fuerza de discernimiento. Pensar en la amistad y gentileza que siempre le había brindado debería haber evitado o disipado razonablemente tales aprensiones, pero *lady* Delacour estaba dominada por el orgullo, por el sentimiento, por el capricho, por el entusiasmo, por la pasión…, por todo menos la razón.

Cuando comenzó a revivir tras la crisis de languidez y a sentirse recuperada merced al opio y al sueño, llamó a Marriott con la campanilla y le preguntó por la joven. Cuál fue su irritación cuando la criada, para demostrarle que la señorita Portman no se había aburrido de estar sola, le dijo que había estado en el vestidor «echando un vistazo a los libros».

—¿Qué libros? —exclamó *lady* Delacour—. Había olvidado que se habían quedado ahí. Supongo que la señorita Portman no los habrá leído, ¿verdad? Ve por ellos, guárdalos en mi armario y tráeme la llave.

Su señoría parecía de buen humor cuando volvió a ver a Belinda. Bromeó sobre la seriedad de los estudios que había elegido para solazarse esa mañana.

—Estos libros metodistas, empero, con sus raros y afectados títulos, son entretenidos para quienes, como yo, pueden encontrar divertido el culmen del absurdo humano.

Engañada por la frivolidad de su comportamiento, Belinda concluyó que las marcas en los libros eran irónicas y no les dio más importancia, ya que *lady* Delacour desvió de nuevo la conversación al exclamar:

—Y ya que hablamos del culmen del absurdo, ¿qué debemos pensar de Clarence Hervey?

—¿Por qué habríamos de pensar en él?

—¡Por dos excelentes motivos, querida! Porque no podemos evitarlo y porque lo merece. Sí, lo merece, créeme, aunque solo fuese por haberme escrito estas encantadoras cartas —respondió *lady* Delacour al tiempo que abría un armario y extraía un pequeño fajo que puso en manos de Belinda—. Te ruego que las leas, pues te van a resultar enormemente edificantes a la par que entretenidas. Reconozco que no acabo de decidir si debería ponerlas con el *Viaje sentimental* de Sterne o con los sermones de Fordyce. Si te gustan las descripciones —continuó la dama abriendo una de las misivas—, aquí tienes un viaje digno de Anne Radcliffe por las pintorescas costas de Dorset y Devonshire. ¡Sabe Dios por qué lo emprendería, a menos que fuese por el placer y la gloria de su descripción! Nubes y oscuridad se ciernen sobre la historia íntima del viajero, si bien tornan sus cartas tanto más enigmáticas e interesantes. Todo el que tenga algo de gusto por la literatura o la galantería sabrá lo mucho que le debemos a la oscuridad por lo sublime, y oradores y amantes conocen bien la felicidad que procura el uso de la bella figura del suspense.

—¡Efectivamente, una descripción muy buena! —respondió Belinda sin levantar los ojos de la carta, sin que pareciese que prestaba atención a lo último que había dicho *lady* Delacour—. Muy buena, sí.

—¡Me alegro, querida! Pero aquí hay algo mejor que una mera descripción, aquí hay sentido común. Observa la cortesía con que se refiere al de la mujer..., la mujer que lo posea, quiero decir, ¿aunque quién de nosotras carece de él? Y aquí habla de sentimientos —prosiguió la dama, desplegando otra carta ante Belinda—. Se trata de la historia de una dama de Dorsetshire que tuvo la mala suerte de casarse con un hombre de lo más diferente del señor Percival y de lo más parecido a lord Delacour, y sin embargo, ¡oh, maravilla!, forman una pareja tan feliz como uno podría desear. Ya ves que soy franca y bienintencionada al admirar esta carta, pues cada palabra es una lección para mí, como sin duda era el propósito de Clarence. Pero no me lo tomaré a mal porque, siendo justos con él, describe los placeres del paraíso doméstico con tal elegancia que no me repugna. En fin, mi querida Belinda, para concluir el panegírico y como ya se ha dicho de otras epístolas: si alguna vez hubo cartas concebidas para enamorarse de su autor, ¡estas son!

—En tal caso —respondió Belinda, plegando la carta que estaba a

punto de leer—, no correré el riesgo de leerlas.

—¿Por qué? —La mirada de *lady* Delacour mezclaba preocupación, reproche y chanza—. ¿Has desistido del pobre Clarence por cuenta únicamente de su amada del bosque, la tal Virginia Saint Pierre? ¡Bobadas! Perdóname, querida, pero ese hombre te ama. Alguna suerte de embrollo, de pundonor, de duda, de delicadeza o de desatino le impide estar en este momento donde, lo confieso, debería estar: a tus pies. Y tú, perdida la paciencia, que es algo que una jovencita jamás debería perder si pudiera evitarlo, vas y te casas, porque sé que lo harás, con el estirado de su rival con el mero fin de provocarlo.

—Si alguna vez me caso —respondió Belinda con orgullosa humildad—, no le quepa duda de que lo haré para mi satisfacción y no para provocar a alguien. Y, en cualquier caso, espero no casarme con ningún «estirado».

—Siento haber usado tal palabra, estoy convencida de que nunca lo harás..., es que una siempre tiende a medir a los demás por el propio rasero. Quiero creer que el señor Vincent...

—¡El señor Vincent! ¿Cómo ha sabido...?

—¿Que cómo lo he sabido? ¿Crees que me intereso por ti tan poco como para no descubrir algunos de tus secretos? ¿Y acaso pensabas que Marriott se contendría y no me diría con el tono más triunfal que «la señorita Portman no ha ido a Oakly Park en balde, ha conquistado a un tal señor Vincent, un criollo, pupilo, al menos en estos últimos tiempos, del señor Percival, el hombre más apuesto jamás visto y el más rico, etc., etc., etc.»? No pude sino alegrarme por la noticia, pues asumí que jamás pensarías seriamente en casarte con él.

—Y entonces, ¿por qué se alegró su señoría?

—¿Que por qué? ¡Oh, qué novel jugadora en el tablero de Cupido! ¿Es que no ves el siguiente movimiento? Dale jaque con tu nuevo caballero y la partida es tuya. Si tu tía Stanhope te viera ahora mismo, te daría por imposible, si es que no lo ha hecho ya. En lenguaje llano y sin metáforas, ¿no entiendes, mi categórica Belinda, que si llenas de celos el corazón de Clarence Hervey, sean cuales fueren los impedimentos a vuestra unión, admitirá estar perdidamente enamorado de ti? Yo no tendría empacho en darle un susto de muerte, por su bien. *Sir* Philip Baddely no era hombre para amedrentarlo, pero es evidente que este señor Vincent es perfecto.

—¿Y cree que podría utilizar al señor Vincent de ese modo? ¿Me cree capaz de tal doblez?

—¡Bueno! Ya sabes que todo vale en el amor y en la guerra. Pero te

estás tomando el asunto tan en serio y te estás poniendo tan colorada de la indignación que no diré una palabra más. Solo, si me permites la pregunta, ¿te has comprometido de verdad con el señor Vincent?

—No, he tenido la prudencia de evitar todo tipo de promesa o compromiso.

—¡Así se hace! —exclamó *lady* Delacour antes de besarla—. Entonces, todo puede salir bien. Lee esas cartas. Llévatelas a tu alcoba y léelas; léelas y ten por seguro, mi queridísima Belinda, que no eres el tipo de mujer que podría ser feliz con un mero matrimonio de conveniencia. Perdóname, pero te quiero demasiado como para no decirte la verdad aunque ahora mismo te ofenda.

—No me ofende, pero me ha malinterpretado. Tenga paciencia conmigo y verá que soy incapaz de casarme por simple interés.

A continuación, Belinda le refirió a *lady* Delacour de manera tan sencilla como completa lo que había sucedido en Oakly Park respecto al señor Vincent. Repitió los argumentos que *lady* Anne Percival había esgrimido para que aceptara las atenciones del caballero. Dijo que el señor Percival la había convencido de que la idea de la omnipotencia del primer amor se basaba en un despropósito y solo se cumplía en las novelas, que creer que solo podía ser feliz en el matrimonio quien se casase con el primer destinatario del capricho o el afecto sería un error pernicioso para el individuo y la sociedad. Una vez expuestos los argumentos utilizados por el señor Percival, *lady* Delacour suspiró y señaló que él tenía razón, a juzgar por su propia experiencia, al advertir contra el desatino de los primeros amores.

—Y por eso mismo —añadió—, quizá debas disculparme si conservo cierto prejuicio en su favor.

La dama volvió la cabeza para ocultar una lágrima que empezaba a asomar y la conversación languideció. Belinda, recordando las circunstancias de su historia pasada, se reprochó haber abordado asunto tan delicado, al tiempo que sintió con fuerza renovada lo justo de las observaciones del señor Percival, pues era evidente que perseverar en ese prejuicio había menoscabado la felicidad de *lady* Delacour, pues la había llevado a desdeñar, una vez casada, todos los medios para vivir satisfecha. Las incesantes comparaciones entre su «primer amor» y su esposo le causaban un desdén y un aborrecimiento continuos hacia este y durante años le habían impedido toda percepción de sus cualidades, todo deseo de vivir en armonía con él y toda idea de disfrutar de la felicidad doméstica a su alcance. Belinda decidió que más adelante, cuando pudiera hacerlo con decoro y

consecuencia, le sugeriría estas reflexiones a su señoría y entretanto resolvió aprovecharlas para sí. Era consciente de que precisaría de toda su fuerza de voluntad para que su juicio no se viera sesgado por el ingenio y la persuasiva elocuencia de *lady* Delacour por un lado y por la elevada opinión que tenía del juicio de *lady* Anne Percival y el anhelo de obtener su beneplácito por el otro. Leyó las cartas de Clarence Hervey por la noche, cuando se hubo retirado a la alcoba, y no solo hicieron que aumentase la admiración por su talento, sino también la estima por su carácter. Reparó en que había utilizado con gran pericia su influencia sobre *lady* Delacour para guiar su mente hacia todo lo que podría hacerla más afable, estimable y feliz. Vio que Clarence, en lugar de intentar vanidosamente mantener su preeminencia en la imaginación de la dama, utilizaba todas las habilidades para inclinar sus afectos hacia el esposo y la hija. En una de las cartas, y solo en una, mencionaba a Belinda. Lamentaba enormemente oír de *lady* Delacour que su amiga, la señorita Portman, ya no estaba con ella. Se explayaba en las inestimables ventajas y la dicha de tener una amiga así, aunque se refería a *lady* Delacour y no a sí mismo. Había un aire de sumo respeto y cierto pudor al hablar de Belinda, pero nada parecido al amor. No obstante, había tachado cuidadosamente unas palabras al final de ese párrafo, y, sin nexo evidente, comenzaba una nueva oración reflexionando de manera general sobre la insensatez y la imprudencia de formar proyectos románticos. Luego enumeraba algunos de los planes que había imaginado cuando era más joven y contaba con humor cómo habían fracasado o los había abandonado. A continuación, mudando el tono de la jovialidad a la grave filosofía, observaba los cambios que tales experimentos habían operado en su carácter.

> *Mi amigo el doctor X. clasifica la humanidad en tres categorías: aquellos que aprenden de la experiencia de los otros son hombres felices; quienes aprenden de la propia experiencia son hombres sabios; y, por último, los que no aprenden ni de la experiencia propia ni de la ajena son unos necios. Esta categoría sería con diferencia la más concurrida. Me conformo con estar en la categoría media y tal vez piense que se debe a que no puedo estar en la primera. Sin embargo, si estuviese en mi poder elegir mi propio carácter, y perdone la aparente vanidad de lo que voy a decir, seguiría satisfecho quedándome en la presente categoría*

según este principio. El carácter de quienes aprenden por la propia experiencia ha de progresar en conocimiento y virtud. Aquellos que aprenden de la experiencia de los demás podrían quedarse estancados, ya que para avanzar dependen de los experimentos a los que nosotros, valientes voluntarios a cuyas expensas viven y aprenden, estamos dispuestos a someternos. Puede que se goce de una gran seguridad al luchar cómodamente, o más bien al ver cómo se desarrolla la lucha de la vida, tras el amplio escudo de un guerrero más fornido. Sin embargo, me parece que, más que envidiable, la situación es harto ignominiosa. Pero no debería mezclar las nociones de gloria militar con mi filosofía ni hablar de escudos y batallas para hacerme el interesante a ojos de una bella dama. En lugar de alusiones, le ofrezco una teoría: que las mentes vigorosas y ágiles, durante los periodos de crecimiento, se encuentran en ocasiones y de una manera extraña y ridícula fuera de toda proporción moral. Los insensatos intentos de reducirlas y corregirlas tan solo merman o deforman el carácter.

Nuestro amigo, el doctor X., se reiría de esta teoría y aún más de mi insistencia por permanecer en la categoría de quienes aprenden de la propia experiencia. Me preguntaría si el fin último de mi filosofía es probar experimentos o ser feliz. ¿Y qué podría contestarle? No sé la respuesta. El sentido común me mira a la cara y mis sentimientos, incluso en este instante, desmienten por desgracia mi sistema. Sin embargo, daría cualquier cosa por algunos de estos experimentos. «Sois grand homme, et sois malheureux»[71] *es, me temo, la ley de la naturaleza, o acaso la norma de este mundo. Su señoría no leerá esto sin sonreír, pues inferirá de inmediato que me considero un gran hombre y, dado que detesto la hipocresía aún más que la vanidad, no negaré la acusación. En cualquier caso, siento que en estos momentos, por mucho que hable de ello con desenfado, voy de camino a*

una vida tan infeliz como si realmente fuera el mayor hombre de Europa.

Su más respetuoso admirador y amigo más sincero,
CLARENCE HERVEY

P.D. ¿Hay esperanza de que su amiga, la señorita Portman, pase el invierno en la ciudad?

Aunque *lady* Delacour estaba agotada por los esfuerzos que su ánimo había sufrido durante el día, llegada la noche se sentó a escribir al señor Hervey. El amor y la gratitud hacia la señorita Portman hacían que se interesase vivamente por su felicidad, y estaba convencida de que la forma más eficaz para alcanzarla sería promoviendo la unión con su primer amor. Además, al tener la más elevada opinión y gozar de la más sincera amistad con Clarence Hervey, pensó que también actuaba en interés del caballero y sintió que tenía cierto mérito separarlo del conjunto de sus admiradores y urgirlo a convertirse en un aburrido hombre casado. Puede que, más allá de estos generosos motivos, estuviera algo influida por la envidia al poder superior que *lady* Anne Percival había adquirido sobre la mente de Belinda en tan poco tiempo. «¡Sería extraño —pensó— si el amor y yo no estuviéramos a la altura de *lady* Anne Percival y la razón!».

Haciendo justicia a *lady* Delacour, ha de señalarse que tuvo el mayor cuidado en su carta para no «comprometer» a su amiga. Escribió con toda la delicadeza de la que era maestra. Comenzó mofándose de su interlocutor por la encantadora forma en que se había sumido en la «melancolía del genio» y prescribía como cura para el *malheureux imaginaire*[72] las alegrías de la vida doméstica que tan bien sabía plasmar.

«Precepte comence, exemple acheve».[73] *Jamás me verás ser «la mujer como hay pocas» hasta que yo te vea ser el buen marido. Belinda Portman ha vuelto hoy a casa de Oakly Park, fresca, floreciente, sabia y alegre como solo el aire del campo, los halagos, la filosofía y el amor podrían tornarla. Parece que ha tenido la cabeza y el corazón de lo más ocupados. El señor Percival y lady Anne, por medio de la ciencia y la razón, han*

tomado posesión de la cabeza, mientras que un tal señor Vincent, expupilo y favorito declarado de los susodichos, tiene sometido a asedio su corazón y creo que va por el buen camino para tomar posesión de él por medio de la conquista. Hasta donde acierto a comprender (dado que aún no he visto el futuro), es digno de mi Belinda, pues además de ser tan apuesto como cualquier héroe de romance, antiguo o moderno, tiene un alma carente de toda mácula, salvo la flaqueza perdonable de estar perdidamente enamorado, una debilidad que las damas suelen preferir al más filosófico estoicismo. El señor V. es criollo y ha sido educado por su guardián para convertirse en el tipo de hombre que aprende de la experiencia de los otros. Así, según tu sistema de categorías, iría camino de convertirse en un «hombre feliz», ¿no? Según el de la señora Stanhope estoy segura de ello, pues los miles y miles de libras que, según fuentes fidedignas, posee rebasan lo que la tabla numérica puede abarcar.

Empero, todo esto no pesará un gramo en la estima de su desinteresada y noble sobrina. La señora Stanhope no sabe nada de las intenciones del señor Vincent y es bueno que así sea, porque una palabra favorable y egoísta suya lo arruinaría todo. No en lo que se refiere a la aprobación de lady Anne y el señor Percival, pues su opinión está enteramente con mi amiga. No sé cómo lo habrán logrado, pero han conseguido casi el mismo grado de poder sobre la mente de Belinda que si gozaran de autoridad parental. Conque puedes imaginar que el fiel de la duda no seguirá oscilando de un lado a otro mucho tiempo. De hecho, diría que casi no será menester que se arroje la espada de autoridad para inclinar la balanza.

Si te vieres capaz de acabar tu pintoresco viaje antes de los idus del encantador mes de noviembre, hazlo, mi querido Clarence. Apresúrate y vuelve a nosotros a tiempo para la boda de Belinda. Y no olvides mi petición acerca del ángel de Dorsetshire: tráemelo de tu mano con una alianza de oro en su

fino dedo. ¡Que Cupido te asista! Si no, no volverás a verme sonreír.

De tu amiga sincera y admiradora,
T. C. H. DELACOUR

P.D. Observa, mi buen caballero, que no estoy tan desesperada por felicitarte por tus nupcias como para conformarme con una señora Hervey cualquiera. Así que no te ates, con la excusa de que lo haces por mí o cualquier otro motivo, a alguna damisela que te avergüence mostrar en público. Porque, calculando por lo bajo, he llegado a la conclusión de que una mujer digna de ser la esposa de Clarence Hervey vale lo que cien de sus amantes. Si en este particular llegases a confundir la idoneidad de las cosas o de las personas, no cabe duda de que irías por el camino más recto a la infelicidad de por vida. Ya se ha dicho en alguna ocasión que la sustancia de las cartas de una dama siempre está en la postdata.

Acabada la carta y convencida de que traería a Clarence a Londres de inmediato, se la entregó a Marriott con órdenes de enviarla con el siguiente correo. Estaba extenuada, por lo que se retiró a descansar y no se dejó ver hasta el día siguiente, cerca de la hora de la cena. Cuando la señorita Portman le devolvió el fajo de cartas del señor Hervey, no se dio por satisfecha con los tibios comentarios de la joven, por lo que dijo con sonrisa sarcástica:

—¿Así que en Oakly Park te han convertido en una verdadera filósofa? Has bordado la primera lección: no mostrar admiración. ¿Dejarás que la llama de Cupido se extinga ante el altar de la razón?

—Si fuera posible, preferiría encenderla allí —respondió Belinda antes de desviar la conversación a lo que consideraba que debería ser de interés más inmediato para *lady* Delacour: su propia salud. Así, le aseguró con toda sinceridad que en ese momento le importaba más su situación que Cupido o la llama.

—¡Te creo, mi generosa Belinda! Y precisamente por eso me interesan tus asuntos hasta el límite de la impertinencia, me temo. ¿Puedo preguntarte por qué este valeroso caballero tuyo no te ha seguido hasta Londres?

—¿El señor Vincent? Sabía que venía para atender a su señoría. Le dije que se hallaba confinada por una fiebre nerviosa y que, en estos momentos, me sería imposible verlo; pero le prometí que, en cuanto pudiera prescindir de mi presencia, regresaría a Oakly Park.

Lady Delacour suspiró y abrió una tras otra las cartas de Clarence Hervey, ojeándolas sin hablar y sin que pareciera saber con exactitud qué estaba haciendo. Mientras seguían en su mano, lord Delacour entró en la estancia. Llevaba ausente desde la mañana anterior y parecía llegar a casa agotado. Comenzó a preguntar por la salud de su esposa en un tono de suma ansiedad. Esta, irritada por que la hubiera dejado sola en un momento así, se limitó a saludarlo inclinando la cabeza antes de continuar leyendo. Su señoría se fijó en las cartas y, al distinguir la letra bien conocida de Clarence Hervey, cambió al punto de actitud. Murmurando alguna banalidad, se dejó caer en la butaca dispuesta junto a la chimenea y dijo que estaba medio muerto de cansancio, que había pasado tres horas en una silla de posta, cosa que aborrecía, y que había recorrido cincuenta millas desde la víspera para finalizar farfullando que era un estúpido por tomarse tantas molestias; un comentario que, si bien llegó a oídos de *lady* Delacour, esta no se molestó en contradecir.

El caballero recurrió entonces a su reloj, amigo infalible en los momentos de necesidad, pues siempre lo sacaba con un gesto particular cuando estaba enojado.

—Es hora de que me vaya. Voy a llegar tarde a casa de lord Studley.

—¿Entiendo que vas a cenar con su señoría? —preguntó su esposa con ademán indiferente.

—Sí, y espero que su buen borgoña me levante el ánimo —respondió al tiempo que se estiraba—, porque estoy bastante decaído.

—¿Decaído? En tal caso, ¿podemos concluir que mi amiga, la señora Luttridge, aún no ha llegado a Rantipole? Rantipole, querida, es el nombre de la villa de Harriot Freke en Kent. Por extraño que suene a tus oídos y a los míos, te aseguro que ha hecho fortuna entre cierto tipo de ingenios. Y la franqueza me obliga a admitir que, si no elegante, al menos es apropiado, pues da idea de los modales y el modo de vida del lugar, pues todo en Rantipole es escandaloso.[74] Pero me preocupa sobremanera, milord, que te hayas agotado haciendo un viaje en balde. ¿Por qué no te informaste mejor antes de partir? Me temo que se te nota la falta de Champfort. ¿Por qué no te molestaste en descubrir a ciencia cierta si la Luttridge estaba en Rantipole antes de lanzarte a esta inútil búsqueda?

—Mi querida señora —respondió lord Delacour, adoptando un grado de coraje que sorprendió tanto a la dama como le sentaba bien al caballero—, ¿por qué no te has informado mejor antes de acusarme de bruto y mentiroso? ¿Acaso no te prometí ayer que rompería con «la Luttridge», como tú dices? ¿Y cómo podías imaginar que momentos después, justo cuando, como bien sabes, tenía el alma encogida, iba a dejarte para irme a Rantipole o con cualquier otra mujer en el planeta?

—¡Oh, milord! Te pido perdón una y mil veces —exclamó *lady* Delacour, que se levantó presa de la emoción, se acercó a su esposo empujada por un impulso repentino y le besó la frente.

—Bien deberías pedírmelo —respondió lord Delacour con voz trémula, pero sin mudar la postura.

—Pero reconocerás que me dejaste, ¿verdad, milord? Eso es así.

—¿Dejarte? Sí, para cruzar todo el país en busca de una casa que te convenga. ¿Para qué, si no, crees que podría dejarte en un momento como este?

Lady Delacour volvió a inclinarse y apoyó el brazo en el hombro de su esposo.

—Por todos los cielos, querida —dijo el caballero, frunciendo el ceño al tiempo que le apartaba la mano, que aún sostenía las cartas de Clarence Hervey—, te ruego que no me pongas esas abominables hojas perfumadas debajo de las narices. Sabes que no soporto tales olores.

—¿Están perfumadas? Sí, como todo lo que guardo en mi armario de curiosidades —dijo *lady* Delacour antes de volverse a Belinda, que ya se levantaba para quitarle las cartas de la mano—. Gracias, mi querida señorita Portman. ¿Tendrías la amabilidad de devolverlas al armario? Si es que soportas tocarlas y el perfume no te sobrepasa, como le sucede a milord. Al fin y al cabo, no es más que esencia de rosas, algo que los nervios olfativos de pocos individuos aborrecen.

—Tengo el honor de ser uno de ellos —respondió su señoría, levantándose del asiento con ademán tan súbito que movió el brazo que se apoyaba en él; acto seguido tomó uno de los quinqués que había sobre la chimenea y empezó a despabilarlo—. Preferiría cien veces oler el aceite de esta maldita lámpara.

Mientras se afanaba en cortar el cabo con suma gravedad, *lady* Delacour se alejó indolente al otro extremo de la habitación, donde se hallaba el armario que Belinda intentaba abrir.

—Espera, querida, tiene una cerradura que solo yo puedo abrir.

—¡Oh, mi querida *lady* Delacour! —susurró Belinda, aferrándole la mano tras entregarle la llave—. Nunca podré quererla ni estimarla si

ahora trata mal a lord Delacour.

—¿Mal? ¿Cómo que mal? La cerradura está estropeada, que yo sepa —respondió en voz alta.

—¡No, *milady*, ya me entiende! Sabe bien a lo que me refiero.

—Por supuesto. No soy tonta, aunque él sí lo es. Veo que está picado de celos a pesar de disponer de la prueba descarnada de que… todo está bien. Este hombre es un bobo, nada más. ¿Estás segura de que esta es la llave que te di, querida?

—¿Y lo considera un bobo —susurró Belinda en un tono aún más serio— por estar más celoso de su mente que de su persona? Los tontos no suelen poseer tanta penetración ni tanta delicadeza.

—¡Por Dios! ¿Qué quieres que haga? ¿Qué quieres que diga? ¿Que lord Delacour escribe mejores cartas que estas?

—Claro que no, pero enséñeselas y hágale justicia; a él, a usted, a Cla…, a todo el mundo.

—Qué más quisiera que poder hacerle justicia «a todo el mundo».

—Entonces, ¡no espere más, mi queridísima *lady* Delacour! Y se ganará mi cariño para siempre.

—Dalo por hecho, porque ¿quién se resistiría a tal oferta? Dalo por hecho —repitió antes de volverse a lord Delacour—. Milord, ¿podrías venir y decirnos qué le sucede a esta cerradura?

—Si la cerradura está estropeada, *milady*, deberías mandar llamar a un cerrajero —respondió este, que aún seguía despabilando el quinqué —. Yo no soy cerrajero ni entiendo de cerraduras, sobre todo si son secretas.

—Pero no nos abandonará en este momento de acuciante necesidad, ¿verdad, milord? —dijo Belinda, acercándose a él con una sonrisa conciliatoria.

—Creo que os hace falta la luz más que a mí —respondió el caballero al tiempo que avanzaba hacia ella con la lámpara—. ¡Veamos! ¿Qué sucede con esta endemoniada cerradura, *lady* Delacour? A estas horas ya debería estar donde Studley. ¿Y cómo diablos quieres que abra una cerradura secreta si ignoro tal secreto?

—En tal caso te lo desvelaré, lord Delacour: no hay secreto alguno ni en la cerradura ni en las cartas. Aquí tienes. Si eres capaz de soportar el odioso aroma de la esencia de rosas, ¡llévate las cartas y léelas, tontuelo! Y quédatelas hasta que el perfume haya desaparecido.

Lord Delacour apenas daba crédito a sus sentidos: miró a los ojos a *lady* Delacour para ver si había entendido lo que le decía.

—Pero mucho me temo —respondió con una sonrisa— que el

perfume te resultará demasiado fuerte.

—Ni la mitad... —exclamó, tomándole la mano y besándosela repetidamente con tierno anhelo—, ni la mitad que esta confianza, que esta amabilidad, que esta condescendencia tuya.

—La señorita Portman va a creer que somos un par de viejos bobos —dijo su señoría, haciendo un ligero esfuerzo por retirar la mano—. Aunque me da la impresión de que es igual de boba que nosotros —continuó al ver que le asomaban las lágrimas.

—Milord —interrumpió un lacayo que entraba en ese momento—. ¿No va a vestirse? Tiene el carruaje en la puerta, tal y como había ordenado, para ir a casa de lord Studley.

—¡Antes vería a lord Studley y su borgoña en el infierno que ir hoy a su casa! Así se lo puedes decir —exclamó lord Delacour.

—Muy bien, milord.

—Milord cenará en casa. Que guarden el carruaje. Eso es todo —terció *lady* Delacour antes de añadir, en cuanto el criado hubo cerrado la puerta—: Vayamos ahora mismo a cenar. Si no, la señorita Portman pasará hambre con nosotros; no se puede vivir de los sentimientos.

—Y no se puede vivir entre beldades sin volverse un poco galán —dijo lord Delacour, mirándose las botas llenas de salpicaduras—. Estaré listo para la cena antes de que la cena esté lista para mí.

Y con una animación insólita en él, salió raudo de la estancia a cambiarse de ropa.

—¡Oh, día extraordinario! Como extraordinaria será la noche si logramos que su señoría la pase sin ayuda del borgoña de lord Studley. Debes tocarnos algo de música, mi buena Belinda, y hacer que te acompañe con la flauta. Te diré que milord tiene muy buen gusto para la música y que sabe cincuenta veces más que la mitad de los diletantes, que contraen devotamente el rostro hasta formar todo tipo de ridículos visajes ¡intentando convencerte de que se hallan en éxtasis! Y, querida, no olvides mostrarnos esa encantadora carpetita de dibujos que te has traído de Oakly Park. Lord Delacour pasó unos días conmigo en Harrowgate cuando me cortejaba: conoce todas esas maravillosas vistas que has dibujado de Knaresborough y Fountain's Abbey y demás lugares; seguro que los recuerda cien veces mejor que yo. Además, puedo garantizarte que es capaz de juzgar un dibujo mejor que muchos a quienes vimos contemplando a *Venus saliendo del mar* en la galería del duque de Orleans. Lord Delacour ha dejado adormecer su talento de la manera más vergonzosa, pero la verdad es que realmente lo posee, solo habría que despertarlo. Por cierto, dile que te cuente la historia del

Tiziano original de lord Studley: la refiere con muchísimo humor. Quizás aún no lo sepas, pero lord Delacour tiene una enorme gracia a su manera y…

—¡La cena está lista, *milady*!

—Qué lástima —susurró *lady* Delacour—, porque, con mi actual talante, si me hubieran dejado seguir, habría terminado descubriendo que milord posee todas las prendas bajo el sol y todos los requisitos bajo la luna para garantizar un matrimonio feliz.

Con ayuda de la carpeta y el arpa de Belinda, así como del buen humor y la vivacidad del ingenio de *lady* Delacour, su señoría pasó la noche a su entera satisfacción. Tocó la flauta, contó la historia del Tiziano original de lord Studley y detectó un fallo de perspectiva en el dibujo de Fountain's Abbey de la señorita Portman que se le había escapado al señor Percival. Al percibir que sus talentos destacaban y podía lucirse como pocas veces, se convirtió en una compañía excelente y descubrió que la buena disposición puede crecer más con la complacencia propia que con el vino ajeno.

69 N. de la Trad.: En el original, «To point a moral, or adorn a tale». Se trata del verso 222 del poema *The Vanity of Human Wishes*, de Samuel Johnson (1749).

70 N. de la Trad.: En el original, «trifles as light as air». Se trata de un verso de la escena III del tercer acto de *Otelo* (*Othello*), de William Shakespeare (1603).

71 N. de la Trad.: «Sed un gran hombre y sed infeliz», en francés en el original.

72 N. de la Trad.: El «infeliz imaginario» (en francés en el original) hace referencia a *Le Malheureux Imaginaire*, una comedia de Claude Joseph Dorat (1777).

73 N. de la Trad.: «Lo que el precepto comienza el ejemplo lo acaba». Proverbio francés.

74 N. de la Trad.: En inglés, *rantipole* significa 'salvaje, desordenado, libertino' o 'escandaloso'.

Capítulo 21



Helena

Mientras desayunaban al día siguiente en la habitación de *lady* Delacour, Marriott llamó a la puerta y, abriéndola de inmediato, exclamó con alegría:

—¡Señorita Portman, se la están comiendo! ¡*Milady*, se la comen a toda velocidad!

—Tráelos, Marriott. Supongo que a tu señora no le importará.

La criada regresó con los pececillos dorados. Algunas hojas verdes flotaban sobre el agua de la pecera.

—*Milady*, mire lo que la señorita Portman ha tenido la gentileza de traerme de Oakly Park para mis pobres peces. Seguro que se lo agradecen mucho. Igual que yo.

La mujer dejó el globo de cristal junto a su señoría y se retiró.

—¡De Oakly Park! ¿Y con qué nombre impronunciable debo referirme a estas hojas verdes para agradar a los oídos botánicos?

—Esto —respondió Belinda— es lo que los no instruidos llaman «lentejas de agua» y, los cultos, «lemna». Puede encontrarse en cualquier estanque o acequia.

—¿Y qué te ha empujado a tomarte la molestia, por el bien de Marriott y los pececillos, de recorrer ciento setenta millas con esto?

—El deseo de agradar al pequeño Charles Percival, que ansiaba cumplir la promesa de enviarle unas hojas a Helena. Descubrió en algún libro que habían estado leyendo juntos el verano pasado que a los peces dorados les gusta esta planta. Ojalá estuviera aquí para ver cómo se la comen —concluyó con voz tímida.

Lady Delacour se quedó callada unos minutos sin apartar la vista de los animales. Al cabo dijo:

—¡Nunca olvidaré lo bien que se portó la pobre criatura con estos pececillos! Le tomé muchísimo cariño mientras estuvo conmigo, pero ya sabes que, en el estado en que me hallaba después de que me dejases, no podía tenerla en casa.

—Pero ahora que estoy aquí, ¿la importunaría de algún modo? ¿Y no hará que la casa le resulte más agradable? Y a lord Delacour también, pues era evidente que la niña le gustaba mucho.

—Ay, querida, a veces olvidas, igual que lo olvido yo, el trance que está por venir. De nada sirve hablar o pensar en hacer que esta casa, o cualquier otro lugar o cualquier otra cosa, me resulte agradable. ¿Qué soy? Solo queda la corteza; la savia murió. El árbol sigue en pie día tras día de puro milagro; poco durará. No te sorprendería oírme hablar de tal forma si supieras el momento horrible que pasé anoche tras separarnos. Pero estas noches ahora son una constante. Hablemos de otra cosa. ¿Qué tienes ahí? ¿Un manuscrito?

—Sí, un pequeño diario de Charles Percival. Lo ha enviado para que Helena se entretenga.

Lady Delacour extendió un brazo para tomarlo.

—El chiquillo escribe igualito que su padre —dijo la dama al pasar las hojas—. Me gustaría tener a la pobre niña conmigo, pero no tengo fuerza suficiente. Y ya sabes que, en cuanto lord Delacour encuentre una casa que nos convenga, dejaremos la ciudad y no podré llevarme a Helena. Aunque tal vez sea esta la última oportunidad de verla y, además, me es imposible negarte nada. Conque ¿irás por ella? Puede quedarse unos días con nosotros. *Lady* Boucher, esa viuda tan útil, pues gusta de pasarse la mañana de un lado a otro, irá contigo a la academia de la señora Dumont, en Sloane Street. Yo tendría tanto interés en ir a un internado para señoritas como en ir al tratante de aves. De hecho, no me encuentro bien como para ir a ningún lado, así que me echaré en el sofá y leeré el diario del pequeño. Aunque no sé cómo puede interesarme esto o cualquier otra cosa ahora mismo.

Belinda, que se había acostumbrado a los cambios de humor de *lady* Delacour, no se sorprendió en demasía por el tono de desaliento con que había hablado, especialmente al considerar que los pensamientos sobre el terrible trance al que la desafortunada habría de someterse en breve no podían sino abatir su ánimo. Feliz por que la dama le hubiera dado licencia para ir a buscar a Helena, la señorita Portman mandó de inmediato llamar a *lady* Boucher, que la llevó a Sloane Street.

—Ahora, mi querida y considerada señorita Portman —dijo esta—, le ruego que inste a la señorita Delacour a que suba al carruaje con la mayor premura. No tengo un minuto que perder, pues he de estar en una subasta de porcelana a las dos y no querría perdérmela por nada del mundo. ¡Pero bueno! ¿Qué le pasa a la gente? ¿Por qué no está James llamando a la puerta? ¿Es que no sabe leer? ¿Es que no ve? —exclamó la miope viuda—. ¿Es que no tiene delante de los ojos la puerta con el nombre de la señora Dumont?

—No, señora, creo que el nombre que aparece es Ellicott —respondió Belinda.

—¿Ellicott, dice? Ay, es cierto. Entonces, ¿por qué se para ahí este hombre? La de la señora Dumont es la siguiente puerta; dígaselo a ese estúpido cegato. ¡Dios nos asista! ¡Perder el tiempo de esta manera! Ya veo que voy a llegar tarde, demasiado tarde, a la subasta. ¿Qué nos detiene?

—Es solo un carromato cubierto parado ante la puerta de la señora Dumont. Ahora se está moviendo; un anciano tira de él para apartarlo lo más presto posible.

—¡Abre la portezuela, James! —exclamó *lady* Boucher en el momento en que se detuvieron—. Ahora, querida señorita Portman, recuerde que tengo una subasta, conque no deje que la señorita Delacour se entretenga en cambiarse el vestido o algo así.

Belinda le prometió que no la retrasaría ni un minuto. La puerta de la señora Dumont estaba abierta y un criado ayudaba al anciano a sacar unos geranios y balsaminas del carro que les había estorbado el paso. En el vestíbulo, un grupo de niñas rodeaba un aparador alto en el que se afanaban por colocar las macetas. El vocerío era tan fuerte que, cuando la señorita Portman entró, no consiguió oír al criado ni que este entendiese su nombre. Lo único que se oía era: «¡Oh, qué bonito!», «¡Oh, qué precioso!», «¡Este me lo pido!», «¡Ese para ti!», «¡El geranio rosa tan grande para la señorita Jefferson!», «La rosa de Provenza blanca para la señorita Adderly!», «No, señorita Pococke, esa es para la señorita Delacour; lo ha dicho el anciano».

—*Silence, silence, mesdemoiselles!* —ordenó una mujer francesa. Súbitamente se hizo el silencio. El grupito dirigió la mirada hacia la puerta del vestíbulo y, en mitad de sus condiscípulas, Helena Delacour, que acababa de atisbar a Belinda, dejó caer al suelo la rosa de Provenza y echó a correr.

—*Lady* Boucher le envía sus saludos, señora —dijo el criado a la señora Dumont—. Tiene mucha prisa, por lo que le ruega que no deje

que la señorita Delacour se cambie de vestido.

Era probable que eso fuera lo último que se le hubiera pasado por la cabeza a la señorita Delacour en ese instante. Estaba exultante al oír que Belinda había ido a buscarla de parte de su madre para llevarla a casa, por lo que apenas pudo quedarse quieta mientras le ataba el sombrero de paja la señora Dumont, que la exhortó a hacerle saber a *lady* Delacour el motivo por el que no se hallaba «en absoluto presentable».

—Sí, señora, sí; no me olvidaré de decírselo. Pierda cuidado —le respondió Helena, corriendo escaleras abajo. No obstante, a punto de subirse al carruaje, se detuvo al ver al anciano y exclamó:

—Oh, mi buen anciano. ¡Cómo podía olvidarme de usted!

—Pues tendrá que hacerlo, mi querida señorita Delacour —replicó *lady* Boucher, tirando de ella hacia dentro—. No es momento de pensar en ancianitos.

—Pero es menester. Señorita Portman, ¿podría hablar por mí? He de pagarle... Tengo una deuda... Tengo mucho que decirle.

La señorita Portman le pidió que fuera a la mansión de *lady* Delacour en Berkeley Square y, una vez satisfechas todas las partes, emprendieron el camino. Al llegar a casa, Marriott les dijo que su señoría acababa de acostarse. En el sofá se hallaba el diario de Charles Percival, que había estado leyendo, y Belinda se lo dio a Helena, que empezó a ojearlo con interés.

—¡Trece páginas! Qué amable al escribirme tanto.

Estaba a punto de acabar de leerlo cuando su madre entró en el aposento.

Lady Delacour dio un paso atrás cuando la niña corrió hacia ella, pues recordaba demasiado bien la agonía que había sufrido la última vez que Helena la había abrazado. La niña pareció más apenada que sorprendida ante tal reacción y, tras besarle la mano a su madre, volvió a sumirse en el manuscrito sin articular palabra.

—¿Tanto absorbe tu atención ese diario, querida, que no te queda ni una palabra ni una mirada que dirigirle a tu madre?

—¡Oh, mamá! Solo trataba de leer porque creía que estabas enojada conmigo.

—Un motivo peculiar para leer, querida —respondió *lady* Delacour con una sonrisa—. ¿Tienes alguno mejor para pensar que estoy enojada?

—Ay, ahora sé que no lo estás porque sonríes. Pero antes sí que lo pensé, mamá, porque solo me diste la mano para que la besase.

—¡Solo la mano! La próxima vez, tontuela, te daré solo el pie —respondió la dama antes de sentarse y extenderlo con ademán juguetón.

La niña dejó el manuscrito a un lado y, arrodillándose, se lo besó y dijo en voz queda:

—Mi querida mamá, en la vida he sido tan feliz, porque nunca habías sido tan tan cariñosa conmigo.

—No juzgues por las apariencias el cariño que la gente te tiene, hija mía, y recuerda siempre que es posible que una persona sienta mucho más de lo que podrías adivinar por sus gestos. Ya que eres tan buena juzgando la fisionomía, dime, Helena, ¿dirías que tengo aspecto de estar muriéndome?

La niña se rio.

—¿Muriéndote? Claro que no, mamá.

—¡Claro que no! Con este hermoso color que adorna mis mejillas, ¿verdad?

—No es por eso, mamá —respondió Helena, apartando la vista del rostro de la madre.

—¿Así que eres capaz de reconocer el arrebol cuando lo ves? ¿Adviertes alguna diferencia, por ejemplo, entre el color de la señorita Portman y el mío? Pues qué buena observadora eres, palabra. En ocasiones es peligroso tener cerca observadores tan atentos.

—Espero, madre, que no pienses que intentaría averiguar nada que tú prefirieses o que yo creyera que tú prefirieses que yo ignorase.

—¡No entiendo qué quieres decir, chiquilla! —exclamó *lady* Delacour, que se levantó súbitamente del sofá y clavó la mirada en la de su hija.

El rubor le subió a Helena hasta las sienes, pero con una firmeza que sorprendió incluso a Belinda repitió lo que acababa de decir casi con las mismas palabras.

—¿Tú la entiendes, Belinda?

—Creo que expresa un sentimiento de lo más honorable y fácil de entender.

—Sí, de manera general, sin duda —respondió *lady* Delacour, dominándose—. Pensaba que quería aludir a algo en particular; eso era lo que no entendía. No cabe duda, querida, de que acabas de expresar un sentimiento muy honorable y que no me habría esperado en alguien de tu edad.

Al cabo de unos minutos de silencio, la dama preguntó:

—Helena, querida, ¿has leído *Las mil y una noches*? Sé que vas a decirme: «Sí, mamá», pero ¿recuerdas la historia de Zobeida, que aceptó

al mandadero en su casa con la condición de que, fuera lo que viese u oyese, no hiciera preguntas?

—Sí, mamá.

—¿Te gustaría quedarte conmigo unos días con esa misma condición?

—Sí, me quedaría contigo bajo cualquier condición, mamá.

—¡Entonces, no se hable más, querida! Vayamos a ver cómo esos pececillos comen «lemna» o como quiera que llames a esa planta.

Mientras contemplaban los animalillos llegó el anciano al que Belinda había pedido que fuera a la mansión.

—¿Quién es ese buen anciano de cabello gris? —preguntó *lady* Delacour.

Helena, que no sabía de la participación de su madre y de la tía de Belinda en el asunto, comenzó a contar con gran entusiasmo la historia del pobre jardinero a quien habían engañado unas damas distinguidas para quitarle su áloe. Luego refirió la amabilidad con que *lady* Anne Percival y su tía Margaret habían tratado al hombre; que le habían buscado un puesto de jardinero en Twickenham; que tanto había agradado a la familia a quien se lo habían recomendado que, al abandonar la mansión y verse obligados a separarse del hombre, le habían entregado todos los geranios y balsaminas de los que se ocupaba en el invernadero, y que aquellas eran las plantas que había estado vendiendo a las niñas del internado de la señora Dumont.

—Tenía el dinero y estaba a punto de pagarle cuando llegó la señorita Portman y se me olvidó todo. ¿Puedo ir y pagarle ahora, mamá?

—Que espere unos minutos —respondió *lady* Delacour, que había escuchado la historia con sumo azoramiento e impaciencia—. Antes de ir, Helena, ¿podrías decirme el nombre de esas «damas distinguidas» que engañaron al anciano con su áloe?

—La verdad es que no lo sé, mamá.

—¿No? ¿Nunca se lo preguntaste a *lady* Anne Percival ni a tu tía Margaret? ¡Mírame a la cara, niña! ¿Nunca te lo dijeron?

—No, mamá, nunca. Una vez se lo pregunté a *lady* Anne, pero dijo que prefería no contármelo y que no serviría de nada que yo lo supiera.

—Y por esto le debo a Anne Percival mayor reconocimiento y gratitud que por todo lo demás, pues veo que no ha intentado rebajarme a ojos de mi hija. Esa dama distinguida era yo, Helena; fue por mi culpa por lo que lo engañaron: me había empeñado en el «noble fin» de quedar por encima de una cierta señora Luttridge, aunque les

dejé los «nobles medios» a otras personas, y dichos medios han demostrado ser dignos de tal fin. Y yo soy digna de oprobio por mi insensatez, pero este no haría bien a nadie más que a mí. En casos como este, la restitución es la mejor prueba del arrepentimiento. ¡Ve, Helena! Salda tus cuentas con ese anciano y pídele que vuelva mañana, tesoro. Ya veré qué puedo hacer por él.

Esa misma mañana, lord Delacour había enviado a su esposa un bello anillo de diamantes que en principio quería haber regalado a la señora Luttridge y que, por eso, se figuraba que sería especialmente apreciado por *lady* Delacour. Por la noche, cuando su señoría preguntó si le gustaba el anillo que el joyero les había dejado para que pudiera admirarlo, la dama respondió que era muy bonito, pero que esperaba que no lo hubiera comprado para ella.

—Aún no lo he comprado, querida, pero si es de tu gusto, espero que me concedas el honor de llevarlo por mí.

—Lo llevaré por ti, milord, si así lo deseas. Como señal de afecto es muy agradable, pero en cuanto al resto:

Mi gusto por los diamantes se ha desvanecido,
las brillantes fruslerías ya no son de mi agrado.[75]

»Si deseas tener un detalle conmigo, te diré lo que me gustaría mucho más que los diamantes, aunque sé que es harto desconsiderado dictar la forma y la manera de hacerlo. Pero como es muy probable que la dictadura de mis deseos no dure mucho más tiempo…

—¡Mi querida *lady* Delacour! No quiero oírte hablar de ese modo: espero que esa dictadura, como tú la llamas, dure muchísimos años de felicidad. Pero volviendo a la cuestión, ¿qué preferirías a este absurdo anillo, querida?

La dama expresó el deseo de concederle una pequeña pensión anual a un pobre anciano al que había perjudicado inconscientemente. Le refirió la historia de las galas rivales y el áloe para concluir que, de algún modo, su señoría estaba llamado a remediar parte de los innumerables males nacidos de su odio por la señora Luttridge, ya que él había sido la causa inicial de su inextinguible ira. Lord Delacour se sintió halagado por esta alusión y prometió de inmediato que le asignaría una pensión anual al viejo jardinero.

Más tarde, hablando con el anciano, *lady* Delacour descubrió que la familia a cuyo servicio había trabajado últimamente poseía una mansión en Twickenham que respondía exactamente a sus propósitos. Hasta entonces, las pesquisas de lord Delacour habían sido infructuosas,

por lo que se alegró al encontrar justo lo que buscaba cuando estaba a punto de darse por vencido. Se hicieron con la mansión y contrataron al anciano como jardinero, cosa que pareció darle tanto placer como la pensión, ya que el jardín albergaba un guindo que había sucedido al áloe en sus afectos. Según dijo, le habría apenado mucho dejar su árbol favorito a unos extraños después de todo lo que se había esforzado en ponerle redes para protegerlo de los pájaros.

Conforme se acercaba el momento que decidiría su destino, el coraje de *lady* Delacour parecía aumentar al tiempo que la ansiedad por que no se descubriera su secreto.

—Si sobrevivo a «este asunto» —dijo—, es mi intención reaparecer con un nuevo carácter, o más bien reafirmarme en mi carácter verdadero. Me libraré del hechizo de la disipación, me alejaré de una vez por todas de los conocidos que sean indignos de mí... En una palabra, ¡iré contigo, mi querida Belinda, a casa del señor Percival! Soy capaz de soportar la mortificación por mi propio bien y estoy dispuesta a ello tras descubrir la generosidad con que *lady* Anne Percival se ha referido a mí ante Helena... Estoy dispuesta a que atribuyan la recuperación de mi salud moral al aire saludable de Oakly Park. Pero sería una mortificación inefable, intolerable, que en el mundo elegante se dijera o sospechara que me he retirado de sus filas inválida en lugar de hastiada. Un retiro voluntario es gracioso y digno; un retiro forzado es incómodo y humillante. Comprenderás que no soportaría que se rumorease: «*Lady* Delacour se ha vuelto una mojigata ahora que no puede ser coqueta». Me convertiría en objeto de chanzas, epigramas, caricaturas sin fin. Sería perfecto para la odiosa señora Luttridge; podría vengarse sin piedad de lo del burro y las alforjas. Tendríamos «Lord y *lady* D., o el *tête-à-tête* doméstico» o bien «La amazona reformada» pegado al escaparate de alguna imprenta. ¡Ay, querida mía! ¡Imagínatelo! Me moriría del disgusto, y de todas las muertes esa es la que menos me apetece.

Si bien Belinda no acertaba a comprender del todo los sentimientos que hacían a *lady* Delacour volver las chanzas contra sí misma y anticipar las caricaturas, hizo todo lo posible por calmar el miedo a ser descubierta de su señoría.

—Querida —respondió esta—, confío plenamente en la promesa de lord Delacour y en su naturaleza bondadosa, de la cual estos últimos días me ha dado pruebas que mi corazón no puede pasar por alto, pero no es precisamente el hombre más discreto del mundo. Siempre que está nervioso por algo se le nota a una milla de distancia en los ojos, la

nariz, la boca y el mentón. Y para resumirte todos mis miedos en una palabra, Marriott me informó esta mañana de que la señora Luttridge, que había ido de Harrowgate a Rantipole para ver a lord Delacour, al percatarse de que no había forma de atraerlo se ha venido a Londres.

»¡A Londres! ¡En esta extraña época del año! ¿Cómo se va a resistir milord a esta prueba inequívoca e insólita de pasión? Si lo engatusase nuevamente, estoy perdida. O suponte que lord Delacour fuera firme como una roca: la sorpresa, los celos, la curiosidad pondrán en marcha todas sus maquinaciones para descubrir de qué brujería me he servido para robarle a mi marido. He tomado todas las precauciones que la prudencia pudiese prever contra su curiosidad maliciosa. Marriott ya sabes que está por encima de toda tentación. Ese vil canalla —continuó refiriéndose a la persona cuyas falsas medicinas habían estado a punto de destruirla— callará por miedo y por su propio bien. Aún hay que pagarle y despedirlo. Tendría que haberse hecho mucho tiempo ha, pero no tenía dinero para él y para la señora Franks. A ella ya le he pagado y lord Delacour (a cuya amiga me complace contarle lo mucho que merece su buena opinión) me ha procurado de la manera más encantadora los medios para cumplir con ese hombre. Vendrá a las tres de la tarde y será la última entrevista que jamás mantenga con *lady* Delacour en el «*boudoir* misterioso».

Los miedos que expresó su señoría acerca de la curiosidad maliciosa de la señora Luttridge no eran completamente infundados. Champfort trabajaba para ella y para sí. La memorable noche del accidente de *lady* Delacour y el alboroto de Marriott con la llave del *boudoir* seguían frescos en su memoria y esperaba que, descubriendo el misterio, recobraría su poder sobre lord Delacour, recuperaría su lucrativo puesto y obtendría una cuantiosa recompensa, por no llamarla soborno, de la señora Luttridge. Creía poseer aún medios para obtener información de todo lo que sucedía en la familia de *lady* Delacour aunque ya no viviese en la mansión. La «criada estúpida» no lo era tanto como para hacer oídos sordos a la adulación o, como el señor Champfort la llamaba, «la voz del amor». A él le interesaba cortejarla y a ella le agradaba que la cortejaran. De tales coquetas de segunda, de tales subtramas del drama principal dependen mucha de la comedia y parte de la tragedia de la vida. Bajo la máscara insospechable de la estupidez, esta digna compañera de nuestro intrigante ayuda de cámara ocultaba los agudos oídos del escuchador y los ojos discretos del espía. Mucho escuchó y mucho espió en vano hasta que, al cabo, el señor Champfort le puso por escrito que su amor no duraría una semana más a menos que en ese

plazo consiguiera satisfacer su curiosidad y que pronto debería averiguar el motivo por el que el *boudoir* estaba siempre cerrado y por qué la señora Marriott era la única con permiso para usar la llave. He aquí que esta dulce misiva llegó el mismo día en que se había concertado la última entrevista de *lady* Delacour con el curandero en el *boudoir* misterioso. Marriott, como acostumbraba a hacer en tales ocasiones, lo dejó entrar y lo condujo por las escaleras traseras hasta el gabinete, cerró la puerta y le pidió que esperase a que llegase su señoría. El hombre no había sido puntual y *lady* Delacour, abandonada toda expectativa de que el medicastro la visitara antes del día siguiente, se había retirado a la alcoba, donde últimamente se encerraba a esa hora para leer sus libros metodistas o dormir. Cuando Marriott subió a avisarla de que había llegado «esa persona», como siempre llamaba al curandero, la halló tan dormida que pensó que sería una pena despertarla, pues la víspera no había pegado ojo. Cerró la puerta con sigilo y dejó que su señora descansara. Al final de las escaleras se encontró a la «criada estúpida», a quien despachó de inmediato ordenándole que lavara unos encajes: «*Milady* está dormida —le dijo—, así que nada de subir y bajar corriendo las escaleras». El cuarto al que se dirigió la criada quedaba justo debajo del *boudoir* y mientras estaba en él creyó oír pasos de un hombre por encima de su cabeza. Al escuchar con atención volvió a oírlos. Armada con un frasco de jalea «para *milady*», se apresuró escaleras arriba camino de la alcoba, donde se sorprendió al descubrir a la dama profundamente dormida. Su pasmo al ver que la señora Marriott le había dicho la verdad hizo que, por un instante, abandonase toda presencia de ánimo y se quedase desconcertada sujetando la puerta abierta. La sacó del estupor el sonido de alguien en el *boudoir* que se aclaraba con sumo sigilo la garganta. Una garganta masculina, pues recordaba los pasos que había oído antes y estaba convencida de que no podía tratarse sino de un hombre. Volvió a aguzar el oído y se agachó para averiguar si vislumbraba algún pie bajo la puerta. Mientras permanecía en tal postura, *lady* Delacour se dio la vuelta de repente en la cama y el libro que había estado leyendo se cayó de la almohada haciendo tanto ruido al golpear el suelo que la criada se incorporó de inmediato, presa del terror. El ruido, empero, no despertó a *lady* Delacour, que se hallaba en ese estado de sueño pesado que en ocasiones provoca el láudano. El ruido había sido más fuerte de lo que habría causado la caída de un libro solo y la moza descubrió que también había caído una llave. Se figuró que podría tratarse de la del *boudoir* y, en uno de esos irresistibles impulsos que algunas personas

usan como excusa para hacer lo que les place, la agarró y decidió afrontar cualquier peligro por abrir la puerta misteriosa. Ya estaba insertándola en la cerradura con cautela para no hacer el más mínimo ruido cuando la sobresaltó una voz tras ella que decía:

—¿Quién te ha dado permiso para abrir esa puerta?

La criada se volvió y vio a Helena junto a la puerta entornada de la alcoba.

—¡Válgame, señorita Delacour! ¡Qué susto me ha dado! Por el amor de Dios, no haga ruido para no despertar a *milady*.

—¿Te ha pedido mi madre que entres en ese cuarto? —repitió la niña.

—¡Cielos! No, señorita —respondió la criada, poniendo cara de idiota—. Pero se me ocurrió abrir la puerta para que entrase el aire y refrescase el cuarto... Como le gusta a *milady* y a veces me lo pide... y yo pensé que...

Helena le quitó la llave de la mano con suavidad, sin oír nada de lo que decía, y la mujer abandonó la alcoba farfullando no sé qué de una jalea y *milady*. La niña se quedó al pie de la cama, resuelta a esperar a que su madre despertara para entregarle la llave y contarle lo sucedido. A pesar de la simplicidad de su carácter, se trataba de una «fina observadora», como ya había advertido su señoría, por lo que había reparado en que la dama nunca dejaba entrar a nadie más que a Marriott en el *boudoir*. Este descubrimiento no la había incitado a sumergirse en el misterio, sino que había reprimido toda curiosidad al recordar lo que había prometido el día que hablaron sobre Zobeida y el mandadero. No es que no la hubieran tentado a romper la promesa, pues la criada, que solía ocuparse de su tocador, había empleado todos los ardides posibles para estimular su curiosidad. Mientras vestía a Helena esa mañana, le había dicho:

—El motivo por el que hoy me he demorado tanto es que anoche me acosté muy tarde porque fui al teatro, ¿sabe, señorita? Representaban *Barba Azul*. ¡Válgame Dios! Estoy segura de que si yo fuera la esposa habría abierto la puerta aunque me hubiera muerto. Solo de pensar en vivir todo el día y toda la noche en una casa en la que hay un cuarto al que nunca puede entrar una, ¡no lo soportaría! —Tras una pausa, esperando en vano que Helena respondiese, añadió—: Dígame, señorita Delacour, ¿nunca ha entrado en ese cuartito junto a la alcoba de *milady*, ese del que la señora Marriott siempre guarda la llave?

—No —respondió Helena.

—Muchas veces me pregunto qué habrá dentro, pero solo porque soy

una ignorante. Me figuraba que, claro, usted sí que lo sabría.

Al darse cuenta de que Helena parecía molesta, cortó la conversación con la esperanza de que lo que había dicho acabara surtiendo efecto e indujese a la niña a arrancarle el secreto a Marriott, que luego ella no tardaría en sonsacarle.

Sus cálculos no habrían podido estar más errados, porque lo dicho solo había servido para que Helena desconfiase y se disgustase con ella. Fue el recuerdo de esta conversación lo que hizo que siguiera a la criada hasta el dormitorio de su madre al ver que tardaba tanto. Helena había oído a Marriott decirle que no subiera y bajara corriendo las escaleras para no despertar a *milady* y le había llamado la atención sobremanera que pocos minutos después hubiera entrado con un frasco de jalea en la mano.

«¡Oh, mamá! —pensó Helena mientras esperaba junto a la cama—. No me entendías y puede que ni siquiera me creyeras cuando te dije que no intentaría averiguar nada que tú no quisieras que supiera. Espero que ahora me entiendas mejor».

Lady Delacour abrió los ojos.

—¡Helena! ¿De dónde has sacado esa llave?

—¡Ay, mamá, no me mires como si sospechases de mí! —exclamó antes de referirle cómo había acabado la llave en sus manos.

—Hijita mía, me has hecho un favor inestimable. No sabes lo importante que es, al menos a mis ojos, aunque lo que más me satisface es que has demostrado que eres digna de mi estima… y de mi amor.

En ese momento, Marriott entró en la alcoba y susurró unas palabras al oído de la dama.

—Puedes hablar en voz alta delante de mi Helena, Marriott —dijo, levantándose de la cama—. Aunque es una niña, merece mi confianza y pronto se convencerá de que cuando su madre tiene motivos para confiar es incapaz de sospechar. Espera aquí unos minutos, querida.

Entró al *boudoir* y pagó y despachó al curandero con celeridad. Luego regresó y, tomando la mano de la niña, dijo:

—¡Eres la viva imagen de la simplicidad, hija mía! Veo que careces de la vulgar curiosidad de las colegialas. Tendrás toda la fortaleza de espíritu de tu madre y ojalá ninguno de sus defectos ¡o de sus infortunios! No te hablo como a una niña, Helena, porque tu razón es muy superior a tu edad y recordarás lo que voy a decirte durante el resto de tu vida. Posees talento, belleza, fortuna; serás admirada, perseguida y halagada igual que lo he sido yo: no desperdicies tu vida, como yo he desperdiciado la mía, buscando las lisonjas de los necios. Si

hubiera empleado la mitad del talento que poseo como espero que tú emplees el tuyo, habría sido un ejemplo para el bello sexo. Podría haber sido una *lady* Anne Percival.

La voz de *lady* Delacour se quebró, pero en unos instantes logró dominar su emoción y continuar:

—Elige bien a tus amigos, hija querida. Yo tuve la mala fortuna y la poca cabeza de unirme cuando era joven a una mujer que en nombre de la diversión me condujo a toda suerte de diabluras. Eres demasiado joven e inocente para conocer los detalles de la historia, pero cuando llegue el momento mi mejor amiga, la señorita Portman, te los dará a conocer. Ella se ocupará de ti cuando muera.

—¡Cuando mueras! Pero, mamá, ¿por qué hablas de morir? —exclamó antes de rodearla con los brazos.

—Con cuidado, tesoro —dijo *lady* Delacour echándose atrás y, aprovechando el momento, le explicó por qué se apartaba de tal forma de sus gestos cariñosos y por qué hablaba de morir.

Helena se quedó estupefacta.

—Habría querido ahorrarte el dolor de saber todo esto —dijo la madre con voz tranquila—. Te he procurado pocas alegrías y es injusto que te procure tanto dolor. Mañana nos iremos a Twickenham, así que te dejaré con tu tía Margaret hasta que todo haya terminado, tesoro. Si muero, Belinda te llevará de inmediato a Oakly Park, así sufrirás lo mínimo posible. Si me hubieras mostrado menos de tu afectuoso temperamento, te habrías ahorrado la angustia que ahora sufres y a mí...

—Madre querida y bondadosa —la interrumpió Helena, arrojándose de rodillas a sus pies—, no me alejes de tu lado. No quiero ir con la tía Margaret. No quiero ir a Oakly Park. Quiero quedarme contigo. No me envíes lejos de ti, porque sufriré diez veces más si no estoy a tu lado, aun sabiendo que no podré ser de ayuda.

Abrumada por las súplicas, *lady* Delacour acabó por consentir que Helena se quedase y la acompañara a Twickenham.

Pasaron el resto del día preparando su partida. La «criada estúpida» fue despedida de inmediato. Nadie preguntó ni se arguyeron motivos, salvo que *lady* Delacour ya no precisaba de sus servicios. Marriott sería la única que asistiese a su señoría en Twickenham. Se decidió que lord Delacour se quedaría en Londres para que la extraña circunstancia de acompañar a su esposa no despertase la curiosidad del público. El vizconde, hombre de natural bondadoso y a quien había conmovido la amabilidad con que últimamente lo había tratado *lady* Delacour, pasó

todo el día en un estado de suma agitación al creer que podía ser el último de su vida. Esta, por el contrario, mantuvo la calma y la compostura; pareciera que la valentía se acrecentase con la necesidad de su demostración.

Por la mañana, cuando el carruaje llegó a la puerta y se despidió de lord Delacour, le entregó una nota que contenía algunas orientaciones y voluntades que esperaba que pudiera cumplir si resultaban ser las últimas. El papel apenas señalaba algunas pertenencias para los criados, una pensión para Marriott y, para su excelente y querida amiga Belinda Portman, el armario en el que guardaba las cartas de Clarence Hervey.

En mitad de ese pasaje, *lady* Delacour había escrito las siguientes palabras:

> *Mi hija dispone de una cuantiosa provisión, y para que no surja duda o dificultad alguna por omisión, considero menester mencionar que dicho armario contiene unas joyas de valor que me legó mi difunto tío y que es mi voluntad que dichas joyas sean parte de mi herencia para la susodicha Belinda Portman. Si contrajera matrimonio con un hombre de considerable fortuna, las llevará por mí; si no se casara con un caballero opulento, espero que las venda sin empacho, ya que se las lego para su conveniencia y no como herencia ostentosa. Justo será que sus circunstancias le procuren tanta independencia como independiente es su intelecto.*

Lord Delacour, emocionado, levantó la vista de la nota y le aseguró que la obedecería en todo si... y no pudo decir más.

—¡Adiós, milord! Conserva el buen ánimo, porque tengo la intención de vivir muchos años más para ponerlo a prueba.

75 N. de la Trad.: Alusión a la canción *Arno's Vale*, de Charles Sackville (1737), muy popular en la época, que dice: «All taste of pleasure now is o'er / Thy notes, Lucinda, please me no more».

Capítulo 22



Un espectro

El cirujano que debía tratar a *lady* Delacour no pudo acudir a la mansión el día previsto, pues era uno de los médicos al servicio de la casa de la reina y se requirió su asistencia en palacio. Tal dilación le resultó en extremo fastidiosa a la dama, que había estado armándose de todo el valor posible para el trance, pero no se había preparado para soportar el suspense. Pasó casi una semana en Twickenham en este estado de angustia y Belinda observó que cada día se mostraba más pensativa y reservada. Parecía abrigar en secreto algún tema de meditación del que no toleraba que se la distrajera. Cuando Helena estaba presente, se esforzaba por departir con su habitual vivacidad, pero en cuanto podía evadirse sin ser vista, o eso creía, se encerraba en sus aposentos y allí permanecía durante horas.

Una mañana, Marriott entró en el cuarto de Belinda con ademán solemne.

—¡Ojalá pudiera usted convencer a *milady* de no pasarse tantas horas de día y de noche leyendo esos libros metodistas, señorita Portman! Estoy segura de que no le hacen ningún bien y que le son especialmente perjudiciales ahora que debería mantener el buen ánimo todo lo posible. Sé bien que son esos libros los que la han tornado melancólica de repente. Señorita, *milady* ha dejado caer unas alusiones de lo más raras estos últimos dos o tres días, habla de una manera extraña e inconexa y a veces creo que no está del todo bien de la cabeza.

Cuando Belinda le preguntó a Marriott por los particulares de tales alusiones, cohibida y horrorizada rehusó repetir las palabras que había

oído, si bien insistió en que *lady* Delacour llevaba dos o tres días muy rara.

—Y estoy segura, señorita, de que se quedaría pasmada si viera a *milady* por las mañanas cuando se levanta, o más bien cuando entro yo en la alcoba, porque lo que es despertarse, nada de nada. Estoy segura de que no duerme en toda la noche. Ya verá que, como le digo, los libros la han trastornado. ¡Ojalá los quemasen! Conozco el daño que esa clase de libros hizo a un pobre primo mío, que se volvió loco de melancolía por culpa de un predicador metodista y murió prematuramente. ¡Ay, señorita! Si supiera tanto como yo, estaría tan preocupada por *milady* como yo lo estoy.

Fue imposible persuadir a Marriott para que se explicara mejor. Los únicos pormenores que pudo extraerle le parecieron a Belinda tan nimios que apenas merecerían mencionarse. Por ejemplo, que *lady* Delacour, desoyendo el consejo de la criada, había insistido en dormir en una alcoba de la planta baja y se había negado a que colocaran una cortina tapando la cristalera que se abría al pie de la cama.

—Cuando le ofrecí colgar la cortina —le contó—, *milady* contestó que le gustaba la luz de la Luna y que no quería que la pusieran hasta que acabaran las noches agradables. Ahora bien, señorita, oír a *milady* hablar de la Luna y de la luz de la Luna y de que le gusta la Luna es algo insólito y extraordinario, porque en la vida le había oído decir algo semejante; dudo que hasta ahora supiera si había una luna u otra de año en año. Pero se dice que esta tiene mucho que ver con los locos y, por experiencia, así fue en el caso de mi primo porque, antes de que sucediese lo peor, tomó una afición prodigiosa por ella y estaba siempre caminando a la luz de la Luna y hablando de su belleza y otras sandeces melancólicas de esas, señorita.

Belinda no pudo evitar sonreírse ante las «sandeces melancólicas», aunque se inclinaba a compartir la opinión de Marriott con respecto a los libros metodistas y estaba resuelta a hablar con *lady* Delacour sobre la cuestión. Así que lo intentó, su señoría dominó su semblante y, con la habilidad acostumbrada, respondió únicamente con monosílabos fríos y precavidos para cambiar de conversación en cuanto pudo.

Por la noche, mientras se retiraban a descansar y Marriott les iluminaba el camino a las alcobas, esta expresó el temor a que *milady* se resintiera por dormir en un lugar tan frío y Belinda exhortó a su amiga a mudar de aposento.

—No, querida —respondió con calma—. He elegido esta alcoba porque se halla lejos de los cuartos de los criados; así, cuando tenga

lugar la operación a la que he de someterme, mis gritos, si los hubiera, no alcanzarán sus oídos. El cirujano vendrá dentro de unos días y no merece la pena cambiar nada.

Al día siguiente, frisando la tarde, llegaron el cirujano y el doctor X. Belinda sintió que se le helaba la sangre al verlos.

—Señorita Portman —le dijo Marriott—, ¿sería tan amable de avisar a *milady* de que han llegado? Yo no me veo capaz de ir y usted va a hablar con mayor compostura de la que yo podría mostrar.

La puerta de la alcoba tenía echado el pestillo. Cuando Belinda la abrió, *lady* Delacour la miró detenidamente y dijo con voz tranquila y firme:

—Has venido a decirme que ha llegado el cirujano. Lo he sabido por el modo en que has llamado a la puerta. Lo veré ahora mismo. —Con ademán deliberado, puso una marca en el libro que había estado leyendo, caminó con parsimonia hasta el otro extremo del cuarto y lo guardó bajo llave en el armario. Había un aire de determinada dignidad en todos sus movimientos—. ¿Vamos? Estoy lista. —Le tendió la mano a Belinda, que se había hundido en una silla—. Cualquiera diría que eres tú quien va a sufrir. Bebe un poco de agua y no tiembles por mí; ya ves que yo no lo hago. Escúchame, mi queridísima Belinda: le debo a tu amistad el no atormentarte con aprensiones innecesarias. Le ahorraré a tu humanidad esta escena terrible.

—No. Marriott no está en condiciones de atenderla. Debo hacerlo y lo haré: ya estoy lista. Perdóneme este momento de debilidad. Admiro su valentía y la imitaré. Cumpliré mi promesa.

—Lo que me prometiste fue estar a mi lado en el momento de morir y dejar que expirase en tus brazos.

—Espero no verme obligada jamás a cumplirla.

En lugar de responder, *Lady* Delacour caminó con paso firme hasta la sala en que esperaban el doctor X. y el cirujano. Sin referirse en lo más mínimo a la razón que los había llevado a la casa, los recibió como si se tratase de una mera visita de cortesía. Afectando no advertir el grave semblante de los caballeros, habló de temas banales con perfecta soltura al tiempo que limpiaba un sello que había desenganchado de la cadena del reloj.

—Este sello —dijo, volviéndose al doctor X.— es de fino ónice: la cabeza de Esculapio. Tiene un gran valor para mí. Me lo regaló su amigo Clarence Hervey y en mi testamento se lo lego a usted —sonrió— como muestra no pequeña de mi consideración. Se trata de un joven excelente —continuó al tiempo que conducía al doctor hacia una

ventana y bajaba la voz— y le ruego que, cuando vuelva a verlo y yo ya no esté, le cuente que estos eran mis sentimientos en la hora de mi muerte. Aquí tiene una carta lacrada con mi sello favorito: hágame el favor de entregársela. No tenga empacho en hacerlo, pues no tiene que ver conmigo. Únicamente expresa mi opinión sobre una señorita que usted tiene en tan alta estima, creo, como la tengo yo. El afecto y la gratitud no han sesgado el buen juicio del consejo que me atrevo a impartirle al señor Hervey.

—Pero pronto estará aquí —la interrumpió— y entonces...

—Para entonces me habré ido —respondió con frialdad— a:

esa región no descubierta
de cuyos límites ningún viajero retorna nunca.[76]

El doctor X. iba a interrumpirla de nuevo, pero prosiguió presta.

—Y ahora, mi buen doctor, dígame con sinceridad, ¿ha apreciado algún síntoma de cobardía esta noche en mi conducta?

—Ninguno. Al contrario, admiro su calmado autodominio.

—Entonces, no sospeche de falta de fortaleza si le pido que la operación no se practique hoy. He cambiado de idea en estas últimas horas. Por un motivo que estoy segura de que consideraría suficiente, he resuelto posponer este lance hasta mañana. Créame cuando le digo que no lo hago por capricho.

La dama vio que su interlocutor no asentía ante esta última afirmación y que su semblante parecía contrariado.

—Le diré el motivo y así no tendrá derecho a disgustarse si persisto, inflexible, en mi empeño. Creo firmemente que voy a morir esta noche. Someterme hoy a una dolorosa operación no sería más que sacrificar los últimos momentos de mi existencia en vano. Si sobrevivo, haga mañana lo que quiera. Pero soy la mejor juez de mis sentimientos. Moriré esta noche.

El doctor X. la contempló con una mezcla de asombro y compasión. Tenía el pulso agitado y estaba febril, por lo que pensó que lo mejor que podía hacer sería quedarse a su lado hasta el día siguiente y hacer lo posible por alejar de su mente tal idea, descabellada a su juicio. Convenció al cirujano para que se quedase hasta la mañana siguiente y le comunicó sus intenciones a Belinda, que se le unió para hacer todo lo que estuviera en su mano por entretener y dar conversación a *lady* Delacour lo que quedaba de día. Esta era lo bastante perspicaz para advertir que no tenían la más mínima fe en su pronóstico y, sin volver a mencionar la cuestión, pareció dispuesta a divertirse con sus intentos y

resuelta a hacer gala de coraje hasta el último instante. No fingía una alegría trivial, sino que, por el contrario, había más fortaleza y menos intención que de costumbre en todo lo que decía.

Transcurrió la tarde y la dama parecía haber olvidado por completo su profecía respecto al acontecimiento que tendría lugar esa noche hasta el punto de mencionar varias cosas que quería hacer al día siguiente. Helena no sabía nada de lo sucedido y Belinda imaginaba que su amiga se habría impuesto tal obligación para no alarmar a la niña. No obstante, aun cuando Helena se hubo retirado, la conducta de la madre siguió inamovible y el doctor X. empezó a creer que su anterior comportamiento se había debido a un mero capricho. Tal opinión se vio confirmada al prorrumpir en carcajadas cuando el médico propuso que alguien pasase la noche a su lado.

—Mi sabio doctor, ¿ha vivido todo este tiempo sin que mujer alguna lo haya engañado hasta ahora? Quería un día de prórroga y lo he tenido; conseguí un día que he pasado disfrutando de la conversación más agradable, cosa que le agradezco —dijo antes de volverse al cirujano—. Mañana tendré que inventar alguna nueva excusa para mi cobardía y, aunque le esté avisando con antelación igual que hacía Barrington[77] cuando le robaba la cartera a algún caballero, estoy segura de mi éxito. ¡Buenas noches!

Con estas palabras se encaminó presta a su alcoba y dejó a todos atónitos. Belinda estaba convencida de que había fingido jovialidad para impedir que el doctor X. insistiera en velarla tal y como había propuesto. Este, habida cuenta del carácter general de su señoría, lo atribuyó todo a un antojo. Y el cirujano, considerando la naturaleza humana en su conjunto, se reafirmó en su opinión de que se había visto afectada por la cobardía, como ella misma había declarado. Cuando todos hubieron expresado su opinión sin llegar a convencer al resto, se retiraron a descansar.

El dormitorio de Belinda se hallaba junto al de Helena y, cuando ya llevaba en cama alrededor de una hora, creyó oír a alguien entrar con sigilo en el cuarto de al lado. Se levantó y encontró a *lady* Delacour de pie junto a la cama de su hija. Si bien se asustó al ver a la joven, se limitó a apuntar a la niña y a decir en voz queda: «No la despiertes». Luego se quedó mirándola unos instantes. La Luna brillaba sobre su rostro. Se inclinó sobre ella, le apartó las guedejas de la frente y la besó suavemente. Al darse la vuelta, dijo:

—Cuida de esta pobre niña cuando yo no esté, Belinda. Solo he venido a verla una última vez.

—¿Lo dice en serio, mi querida *lady* Delacour?

—Shh, no la despiertes —respondió antes de llevarse un dedo a los labios y, caminando con sigilo, prohibió a Belinda que la siguiera—. Si mis temores fuesen infundados, ¿por qué te molestaría con ellos? Si fueran justificados, oirás la campanilla y vendrás a mí.

Durante algún tiempo después, en la casa reinó un perfecto silencio. Belinda no se acostó, sino que se quedó sentada esperando y aguzando el oído con angustia. El reloj dio las dos y, al no oír nada, comenzó a albergar la esperanza de haber sido víctima de una imaginación insensata, por lo que se acostó, resuelta a serenarse y descansar. Cuando estaba a punto de caer dormida, creyó oír el débil sonido de una campanilla. No estaba segura de si soñaba o estaba despierta. Se levantó y prestó atención. Todo estaba en silencio. Al cabo de unos minutos, la campanilla de *lady* Delacour resonó con violencia. Belinda corrió a su alcoba. El cirujano ya estaba allí, pues se hallaba escribiendo cartas en el cuarto contiguo y había oído la campanilla la primera vez. *Lady* Delacour se encontraba desmayada en sus brazos. Siguiendo sus órdenes, Belinda corrió de inmediato a buscar al doctor X., que estaba en el otro extremo de la mansión. Antes de regresar, la dama ya había recuperado el sentido y pidió que el cirujano saliese de la alcoba y que ni el doctor X. ni Marriott entrasen aún, ya que tenía algo de importancia que comunicar a la señorita Portman. Cuando el cirujano se hubo retirado, llamó a Belinda y esta se sentó en el borde de la cama. La dama le tendió una mano perlada de fría humedad.

—Mi querida amiga —dijo—, mi profecía está a punto de cumplirse. Sé que he de morir.

—El cirujano ha dicho que no corre el más mínimo peligro. No ha sido más que un desmayo. No permita que una imaginación vana subyugue a su razón.

—No es una imaginación vana. Voy a morir:

Oigo una voz que no puedes oír
Que dice que no debo quedarme.
Veo una mano que no puedes ver
Que advierte que he de marcharme.[78]

»Tal y como puedes ver, me hallo en plena posesión de mis facultades; si no, no podría recitar poesía. No estoy loca. No deliro. —Se detuvo un instante—. Me da vergüenza hacerte una confesión que me dejará en ridículo.

—¡Ridículo! ¿Cómo puede creerme tan cruel como para considerar

motivo de ridículo su sufrimiento?

Lady Delacour se conmovió por la ternura con que Belinda hablaba.

—En tal caso, hablaré sin reserva. Por incongruente que sea con la fortaleza de espíritu que podrías esperar de mí, no puedo resistir la impresión que ha dejado en mi mente… una visión.

—¡Una visión!

—Tres veces se me ha aparecido a esta misma hora. La vi la primera noche después de llegar, anoche regresó y hoy la he contemplado por tercera vez. La considero un aviso para prepararme ante la muerte. Te veo sorprendida. Te veo incrédula. Sé que te parecerá extravagante, pero ten por seguro que lo que te digo es verdad. Hace apenas un cuarto de hora que vi la figura de… aquel hombre de cuya muerte prematura soy responsable. Cada vez que cierro los ojos se me presenta esa misma imagen.

—Estas visiones se deben indudablemente a los efectos del opio.

—Estoy dispuesta a creer que las formas que me revolotean ante los ojos cuando me hallo entre el sueño y la vigilia sean efecto del opio, pero nada podrá convencerme de que los sentidos me engañan con respecto a lo que he visto estando totalmente despierta y dueña de mi entendimiento, como lo estoy ahora. Mis hábitos de vida y natural jovialidad, por no mencionar la ligereza de mi temperamento, siempre me han inclinado más a la incredulidad que a la superstición. Pero hay cosas que ninguna fortaleza de espíritu puede resistir. Te lo repito: es un aviso para prepararme ante la muerte. ¡No hay forma humana ni poder que puedan salvarme!

En ese momento las interrumpió Marriott, a quien no se pudo impedir por más tiempo que entrase en tropel al cuarto. La seguía el doctor X., que se apostó con calma junto al lecho de *lady* Delacour y le tomó la mano para medirle el pulso.

—Señora Marriott, no es menester que se preocupe tanto —le dijo—. *Milady* corre en este momento tanto peligro como yo mismo.

—¡Usted piensa que sobrevivirá! ¡Ay, *milady*! ¿Por qué nos ha asustado tanto?

La dama sonrió y respondió serena mientras el doctor seguía contando las pulsaciones:

—Puede que el pulso le engañe, doctor, pero yo no lo haré. Marriott, tal vez…

Belinda no oyó nada más, pues en ese instante, sola junto a la cristalera que había frente a la cama, vio a lo lejos en el jardín la figura que había descrito *lady* Delacour. La dama estaba tan ocupada

hablando con el doctor que no veía nada más y Belinda tuvo presencia de ánimo suficiente para quedarse callada. La figura permaneció inmóvil unos momentos. Belinda avanzó un par de pasos hacia la cristalera y la figura se desvaneció. Con la vista fija en el punto en que había desaparecido, pronto la vio reaparecer y esconderse rauda tras unos arbustos. Le hizo un gesto al doctor, que percibió en el nerviosismo del ademán que deseaba hablar con él de inmediato. Dejó a la paciente a cargo de Marriott y salió con la señorita Portman del cuarto. Esta le relató lo que acababa de ver, le dijo que era imperativo para la vizcondesa que se averiguase la verdad y le pidió que rastrease el jardín acompañado de algunos criados para descubrir si había alguien escondido o si se veían huellas. El doctor no hubo de buscar mucho antes de detectar pisadas en los márgenes del jardín, delante de la cristalera del dormitorio de *lady* Delacour. Mientras seguía cuidadosamente el rastro oyó un alarido que parecía proceder del otro lado del muro y se introdujo con cierta dificultad por una grieta que en este había. Los gritos prosiguieron con violencia redoblada. Mientras se encaminaba al lugar de donde procedían se topó con el viejo jardinero, que atravesaba uno de los senderos con un farol en la mano.

—¡Jo, jo, jo! Por fin hemos atrapado al ladrón. Me imagino que el tipo que fue dejando las huellas y que andaba cada noche por mi guindo ha caído en la trampa. Espero que no le haya roto la pierna. ¡Por aquí, caballero, sígame!

El jardinero condujo al doctor hasta el lugar y allí dieron con un hombre que, efectivamente, tenía la pierna atrapada en un cepo colocado para guardar el árbol. En ese momento estaba desmayado, por lo que lo liberaron con la mayor celeridad y el doctor X. lo llevó a la mansión para que el cirujano le examinara la pierna.

Belinda los encontró mientras lo acarreaban por el vestíbulo y le sirvió un vaso de agua, pues empezaba a recuperarse del vahído. No obstante, al acercarle el vaso, descubrió con sorpresa un admirable parecido con Harriot Freke.

—¡Debe de ser la mismísima señora Freke! —le susurró a Marriott, que se quedó mirando al herido con los ojos como platos.

—¡Debe de serlo, señorita!

Y efectivamente, lo era.

Existen personas incapaces de confiar generosamente en sus iguales, siempre dispuestas a dar crédito de forma implícita a cualquier información deshonesta que provenga de un emisario malicioso. Por medio de Champfort y la «criada estúpida», a la señora Freke le había

llegado una confusa historia sobre unos pasos de hombre que se habían oído en el *boudoir* de *lady* Delacour, adonde Marriott lo habría conducido en secreto y donde habría permanecido varias horas, al tiempo que habían despedido a la criada solo porque, inocente, había ido a abrir la puerta mientras el caballero estaba oculto. También se informó a la señora Freke, y con la misma incuestionable autoridad, de que *lady* Delacour había tomado residencia en Twickenham con el único propósito de reunirse con su amante y de que la señorita Portman y Marriott eran las únicas personas que formarían parte de este viaje de placer.

Sin dudar del relato, la señora Freke, que había acompañado a la señora Luttridge a Londres, partió de inmediato a Twickenham para visitar a un primo tercero y así tener la oportunidad de enterarse de las intrigas y poder hacer pública la caída en desgracia de su antigua amiga. El deseo de vengarse de la señorita Portman por haber rehusado sus atenciones en Harrowgate también había ejercido una poderosa influencia a la hora de estimular su mala intención. Sabía que si demostraba la participación de Belinda en las intrigas de *lady* Delacour, su reputación se vería materialmente dañada y, en consecuencia, los Percival estarían tan deseosos de finalizar su relación con el señor Vincent como ahora lo estaban de promoverla. Cegada por la esperanza de un doble triunfo, la vengativa dama puso en marcha su plan y no tuvo embarazo en rebajarse a adoptar el personaje de espía. Con la cómoda y general excusa de sus «travesuras», creía poder tapar todo género de vileza. Juraba que era divertidísimo vestirse «con ropa de hombre y salir de expedición a reconocer los movimientos del enemigo».

Tomando un sendero poco frecuentado, llegaba hasta la ventana que daba al dormitorio de *lady* Delacour. Esa era la figura que a esta se le aparecía a cierta hora de la noche y a cuya imaginación perturbada se le antojaba la forma del coronel Lawless, si bien era verdad que había cierta semejanza de tamaño y perfil que habría favorecido el engaño. La señora Freke repitió la visita varias noches sin obtener satisfacción alguna hasta que esa noche creyó sus esfuerzos recompensados con creces gracias al maravilloso descubrimiento que creía haber hecho. Confundió al cirujano con el amante de *lady* Delacour y ya corría de vuelta a casa con la buena nueva cuando se vio atrapada en el cepo del jardinero. La agonía sufrida fue al principio inmensa, pero al cabo de unas horas el dolor remitió algo y en mitad de tal respiro se volvió a Belinda con una sonrisa maliciosa para decirle:

—Señorita Portman, es justo que pague por mi curiosidad, pero no me saldrá tan caro como a ciertas amigas mías. —Belinda no acertaba a comprender lo que quería decir hasta que añadió—: Estoy segura de que reconocerá que para una dama es mejor perder una pierna que la reputación. Por lo que a mí respecta, prefiero que me descubran en un cepo a que descubran a un hombre en mi alcoba. Este es el favor que le haré a *lady* Delacour y así puede decírselo.

—¿Y cómo sabe quién era el caballero que vio en el cuarto de *milady*?

—Aún no lo sé, pero me encargaré de averiguarlo. Y se lo advierto con anticipación: soy el mismo diablo cuando me provocan. ¿Por qué no se hizo amiga mía cuando pudo? Ya no podrá confundirme. He visto todo lo que necesitaba y sería capaz de pintar todo lo que vi. En cuanto a quién podría ser, poco importa. Para mis fines tanto vale un Lotario como otro.

La señora Freke habría seguido hablando con malicioso aire triunfal si no la hubiera interrumpido la explosiva carcajada del cirujano. Su contrariedad fue indescriptible cuando le dijeron que era él el hombre a quien había visto en la alcoba de *lady* Delacour y a quien había confundido con un amante favorecido.

—Como el cirujano de *Gil Blas* —dijo el doctor X.—, al que acusaron por tener el honor de celebrar un quirúrgico *tête-à-tête* con doña Séfora.[79]

La pierna de la señora Freke presentaba numerosos cortes y magulladuras, y ahora que ya no albergaba esperanzas de vengarse, comenzó a quejarse en voz alta y sin cesar de las lesiones sufridas. Inquirió con impaciencia cuánto tiempo tendría que permanecer confinada por el accidente y se indignó sobremanera cuando se le insinuó que la belleza de sus piernas quedaría arruinada y que nunca más podría aprovecharse de vestir ropajes masculinos. El temor a que *lady* Delacour la viese en tan deplorable y ridículo estado al que ella sola se había reducido no tardó en apoderarse de su mente, y cada vez que se abría la puerta del aposento miraba con terror esperando ver aparecer a su señoría. Sin embargo, aunque la dama había recibido al punto noticia del desastre de boca de Marriott, no había querido perturbar a la señora Freke con su presencia. Era demasiado generosa como para insultar a un enemigo derrotado.

Por la mañana temprano y por deseo propio, la mujer fue trasladada a casa de su primo, donde sin pena la dejaremos sufrir las consecuencias de su travesura.

—¡Una falsa profetisa! A pesar de todas las visiones, he sobrevivido a la noche, como puedes ver —le dijo *lady* Delacour a Belinda al encontrarla por la mañana—. He oído decir, y estoy convencida de ello, que la pasión del amor, que puede tolerar el capricho, el vicio, las arrugas, la deformidad, la pobreza y aun la propia enfermedad, es, empero, tan susceptible que no soporta la necedad en el objeto amado. Espero que la amistad, pese a su parecido al amor, posea una constitución más robusta, porque, si no, ¿qué sería de mí? La necedad, las visiones, el espectro… ¡Ojalá no me hubiera expuesto ante ti de esta manera! Ni la mismísima Harriot Freke es más deleznable. Los espías y los cobardes están al mismo nivel. La malicia y las «travesuras» son propias de su carácter, pero los miedos y la superstición no lo son del mío. Olvida los desatinos que dije anoche, querida, o imagina que estaba bajo la influencia del láudano. Esta mañana volverás a ver a la verdadera *lady* Delacour. ¿Están listos el doctor X. y el cirujano? ¿Dónde se han metido? Estoy preparada. La fortaleza me rehabilitará a tus ojos y a los míos.

El doctor X. y el cirujano acudieron prestos a la llamada.

Helena los oyó entrar en la alcoba de su madre y vio en el semblante de Marriott, que los seguía, que iba a tener lugar la operación. Se sentó trémula en los escalones que conducían al aposento y esperó, presa del más doloroso suspense, lo que se figuró un largo tiempo. A la postre oyó que alguien la llamaba. Cuando alzó la vista encontró a su padre a su lado.

—Helena, ¿cómo está tu madre?

—No lo sé. ¡Oh, papá, no puedes entrar ahí ahora! —exclamó al tiempo que le impedía acceder al cuarto.

—¿Por qué no me escribisteis ayer la señorita Portman o tú, como me habíais prometido? —inquirió lord Delacour, aunque en su tono se adivinaba que apenas podía formular la pregunta.

—Porque no teníamos nada que decirte. Nada se hizo ayer, pero ahora el cirujano está dentro —respondió señalando a la puerta.

Lord Delacour se quedó inmóvil un instante hasta que, súbitamente, tomó la mano de su hija.

—Vámonos. Si nos quedamos, la oiremos gritar.

Mientras se alejaban, la puerta del aposento se abrió y apareció Belinda con el rostro radiante.

—¡Buenas noticias, mi querida Helena! ¡Oh, milord, llega en un momento dichoso! ¡Voy a darles una gran alegría!

—¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría! —exclamó Marriott tras ella.

—¿Todo ha terminado? —preguntó el caballero.

—Y sin un solo grito —dijo Helena—. ¡Qué valor!

—¡Ni gritos ni valor son menester, gracias a Dios! —dijo Marriott—. Ha dicho el doctor X. que ya no hace falta el cirujano. El doctor X., que es la mejor persona del mundo y la más lista. Ya lo decía yo desde el principio: era imposible que *milady* tuviera un mal tan terrible como el que ella creía. ¡No hay nada de eso en su caso, milord! Yo siempre lo dije hasta que me convenció de lo contrario aquel vil matasanos a quien le convenía llevarme la contraria. Y el doctor X. dice que si *milady* deja las tremendas cantidades de láudano que toma, él se ocupará de su recuperación. Estoy segurísima de que el señor Champfort se moriría de rabia si pudiera ver la alegría que luce el semblante de milord en este momento. Y todo se lo debemos a la señorita Portman, porque ha sido ella quien ha puesto las cosas del derecho y yo nunca creí que vería llegar un día tan feliz.

Mientras Marriott daba rienda suelta a su alegre cháchara, lord Delacour se abrió paso junto a ella y Helena se arrojó de inmediato en brazos de su madre.

Esta, conmovida por sus afectuosas palabras y miradas, prorrumpió en sollozos.

—¡Qué poco merezco esta amabilidad tuya, milord, ni tuya, hija mía! Pero mis sentimientos no se perderán en lágrimas ni en vanos agradecimientos —añadió, secándose las lágrimas—. Las acciones y el rumbo entero de mi vida futura demostrarán que no soy tan irracional. Hasta las bestias son conquistadas por la amabilidad. Pero observa, milord —continuó sonriente—, que he dicho «conquistar», ¡no «domesticar»! Una *lady* Delacour domesticada sería un triste animal indigno de contemplar. La domesticación sería el peor de los destinos.

—¿Por qué? —preguntaron lord Delacour y Belinda casi al unísono.

—¿Que por qué? Porque si *lady* Delacour se borrase el arrebol del rostro y abandonase sus aires de vanidad y fuera tan gentil, tan buena y tan amable como Belinda Portman, por ejemplo, no cabe duda de que milord le diría:

Tan alterados se hallan rostro y mente
Que amaros ahora sería perjurio.[80]

76 N. de la Trad.: En inglés: «To the undiscovered country, / From whose bourn no traveller returns». Versos del famoso soliloquio de Hamlet que tiene lugar en la escena I del tercer acto de la tragedia homónima de William Shakespeare

(1601).
77 N. de la Trad.: George Barrington fue un famoso carterista que operó tanto en Dublín como en Londres durante dos décadas a finales del s. XVIII, hasta que en 1790 fue apresado y deportado a Botany Bay (Australia).
78 N. de la Trad.: Versos 25 a 28 de la balada *Colin and Lucy*, de Thomas Tickell (1725): «I hear a voice you cannot hear, / Which says I must not stay: / I see a hand you cannot see, / Which beckons me away».
79 N. de la Trad.: En *Historia de Gil Blas de Santillana* (*L'Histoire de Gil Blas de Santillane*), de Alain-René Lesage (1715), el protagonista acusa a un cirujano de mantener una relación con la criada Séfora, a quien en realidad visitaba «todas las noches» para «curarle un cáncer inveterado que tiene en la espalda».
80 N. de la Trad.: En el original, «So altered are your face and mind, / 'Twere perjury to love you now». Alude, con una leve alteración, a los últimos versos de un epigrama de Robert Nugent (1763), muy popular en la época: «So alter'd are thy face and mind, / 'Twere perjury to love thee now».

Capítulo 23



El capellán

En ciertas mentes, las emociones jubilosas siempre dan lugar a sentimientos de benevolencia y generosidad. El corazón de *lady* Delacour se hinchió de amistad y gratitud una vez liberado de los temores que tanto tiempo lo oprimieran.

—Mi querida hija —le dijo a Helena—, ¿tienes ahora mismo algún deseo que pueda concederte? Pídeme lo que quieras y el hada buena hará que se cumpla en un santiamén. Te veo en los ojos y en el rubor de las mejillas que se te acaba de ocurrir, así que no lo pienses más. ¿O acaso dudas de mí porque no me he aparecido ante ti en forma de viejecita arrugada como el hada madrina de Cenicienta? ¿O tal vez me desdeñas porque no me ves agitar una varita mágica? «¡Ah, pequeña ignorante del mundo de las hadas!»,[81] has de saber que poseo un talismán más poderoso que cualquiera de ellas. ¡Helo aquí! —dijo, al tiempo que extraía la limosnera y le mostraba el oro a través del encaje —. ¡Habla sin miedo y serás obedecida!

—Ay, mamá, no estaba pensando en nada que las hadas o el oro puedan procurarme, pero tú podrías cumplir ese deseo si me dejas que te lo susurre al oído.

Lady Delacour se inclinó para oír lo que la niña tuviera que decirle.

—¡Que tu deseo se haga realidad, mi agradecida y encantadora niña!

Lo que Helena deseaba era que se reconciliase con su bondadosa tía, Margaret Delacour. Su señoría se sentó al instante y le escribió una carta. Helena sería la mensajera y en ella prometía recibir a la excelente dama en cuanto se encontrase de vuelta en la ciudad.

Entretanto, la salud de *lady* Delacour iba mejorando rápidamente gracias a los expertos cuidados del doctor X., aunque su organismo se había visto muy afectado por la ignorancia y la ignominia de aquel miserable en quien había confiado con tanta premura y durante tanto tiempo. Las falsas panaceas que había tomado y el uso inmoderado del opio al que se había acostumbrado habrían arruinado su constitución si no hubiera sido inusitadamente fuerte. El doctor le recomendó que se fuera absteniendo de su consumo de manera gradual y ella resolvió seguir el consejo con perseverancia ininterrumpida.

El cambio en el modo de vida, en los horarios y en las compañías que frecuentaba contribuyeron en gran medida a la recuperación. Ya no se hallaba continuamente angustiada por esconder su estado de salud al mundo. No había secreto que guardar ni papel que representar; la reconciliación con su marido y con sus amigos restablecieron la paz y la satisfacción consigo misma. La pequeña Helena era una fuente de placer cotidiano y, sabiendo que ya no la tenía desatendida, desapareció el temor de perder su afecto. El doctor X., consciente de que las pasiones influyen sobremanera en el cuerpo, consideraba menester en ciertos casos cuidar de la mente igual que del pulso. Al conversar con *lady* Delacour y conjugar alusiones y circunstancias, pronto había descubierto cuáles habían sido sus lecturas en los últimos tiempos y qué impresión le habían dejado en la imaginación. La señora Marriott lo auxilió con su opinión sobre los «libros metodistas» y, cuando recordó los presagios de muerte que había sentido y el terror que la había invadido la noche de la aventura con la señora Freke, quedó convencido de que el alma de su paciente estaba presa de horrores supersticiosos que afectaban a su salud. Argumentar en asuntos religiosos no era su ámbito y mucho menos su inclinación, pero conocía a un hombre cuya profesión y carácter eran perfectos para «tratar un alma enferma»[82] y resolvió presentárselo a su señoría en cuanto se diese la ocasión propicia.

Una mañana, *lady* Delacour se quejó a Belinda de que los libros de la biblioteca se hallaban en un espantoso desorden.

—Milord posee una excelente biblioteca, pero desearía que tuviese la mitad de los libros y el doble de bien organizados: nunca consigo encontrar lo que busco. Doctor X., ojalá pudiera recomendarle un bibliotecario a su señoría. Pero no un capellán, téngalo en cuenta.

—¿Por qué no un capellán?, si me permite la pregunta.

—Porque antaño ya tuvimos uno y terminé hastiada de todos ellos. El adulador más vil y el entrometido más impertinente, siempre

obsequioso e intrigante, siempre queriendo gobernar a toda la familia y, al mismo tiempo, ser el humilde servidor de toda criatura. Lisonjero con el obispo e insolente con un pobre cura. Reprobaba a todo el que no pensaba como él, pero carecía de dignidad para inspirar el respeto debido por su fe o su profesión. Ávido de promociones, pero sin dedicar un solo pensamiento a los deberes de su cargo. Acostumbraba a saltar del caballo a la iglesia después de haber seguido a una jauría de sabuesos, ponerse el sobrepelliz de cualquier manera y parlotear durante la misa en lo que resultaba la burla más indecente de la religión. ¿Hablo con amargura? Mis motivos tengo. Fue este capellán quien llevó a milord por primera vez a Newmarket; fue él quien le enseñó a beber. Además, ¡era uno de esos graciosos insoportables! Su conversación después de haber bebido era algo que ninguna mujer salvo Harriot Freke podría entender y que pocos «caballeros» tolerarían oír. Nunca me he considerado una mojigata, pero aun en el apogeo de mi alegre juventud siempre me repugnó aquel hombre. En una palabra, era un aprovechado. Imagino que a usted le horrorizará esta especie tanto como a mí.

—Tanto o más, pero los considero monstruos y, al no pertenecer a especie alguna, a ninguna pueden deshonrar.

—Deberían ser apartados por consenso de la sociedad civilizada.

—La opinión pública ya los destierra de toda sociedad racional y su indignación demuestra que no tienen opción de que la elegancia los tolere. Aunque, ¿no sería dar a tales seres excesiva importancia? ¿No acrecentaríamos su malintencionado poder si admitiésemos que uno de esos párrocos puede hacer que *lady* Delacour desprecie a toda la raza de capellanes?

—Es raro oír a un médico defender «en serio» al clero, ¡y nada menos que uno que sea literato y filósofo! ¿Qué será lo próximo? ¿Un panegírico a los obispos, además de a los capellanes?

—Eso ya lo tenemos. Personas de toda clase, persuasión y descripción, incluidos aquellos que cargan con el estigma de llamarse «filósofos», se han sumado a la admiración mostrada por el obispo de Saint-Pol-de-Léon.[83] El comportamiento de los verdaderos mártires de la fe que hay en el clero francés no podría ridiculizarlo ni el escéptico más gracioso o brutal.

—Me sorprende, doctor, pues le aseguro que tiene un carácter harto liberal en sus opiniones.

—Espero ser liberal en mis opiniones y haberle dado prueba de ello a su señoría.

—Entonces, ¿no perseguiría a un hombre o a una mujer para ridiculizarlos por creer más que usted?

—Quienes persiguen para destruir la religión no pueden fingir poseer más filosofía o liberalidad que aquellos que persiguen para imponerla.

—Tal vez solo hable de tal modo para hacerse popular…

—Creo que lo que digo es cierto, y siempre intento que la verdad se torne popular.

—Pero es posible que tales verdades solo lo sean para las mujeres. Puede que el doctor X. sea un filósofo tan poco galante como para pensar que ciertas verdades no son adecuadas para el bello sexo. Tal vez usase un lenguaje distinto si se hallase entre caballeros.

—No solo sería un filósofo poco galante, sino un mal filósofo si creyese que la verdad no es la misma para todo aquel que puede entenderla. ¿Y quién dudaría de que *lady* Delacour se cuente entre ellos?

Esta, que al comienzo de la conversación había hablado con cautela por miedo a que el doctor considerase inferior su capacidad de discernimiento, se sosegó al percatarse del modo en que ahora dialogaba. Así, dejando medio de lado el tono de broma, dijo:

—¡Vaya, doctor! En serio, no soy tan «antiliberal» como para condenar a «todos» los capellanes por culpa de uno, por detestable que fuera. Pero ¿dónde encontrar tal contraste en estos días de degeneración? Usted, que es un defensor de la fe y todo eso, ¿podría ayudarme? ¿Le recomendaría un capellán a milord?

—Será un placer. Y no lo diría ni por todo el oro del mundo si no estuviera seguro de este hombre.

—¿Qué tipo de hombre es?

—No es un aprovechado.

—Y espero que tampoco sea pedante ni dogmático, porque sería igual de malo. Antes de domesticar a otro capellán, me gustaría conocer sus cualidades y obtener una descripción completa y verdadera de su persona.

—En tal caso, ¿desea que le ofrezca una descripción completa y verdadera en palabras de Chaucer?

—Utilice las palabras que le plazcan. Pero yo diría que el capellán de Chaucer debe de estar algo caduco para nuestra época.

—Perdone, pero algunas personas, al igual que ciertas cosas, jamás pasan de moda. No me avergonzaría presentar hoy al párroco de Chaucer entre la mejor compañía de Inglaterra. No me avergüenza presentárselo a su señoría y, si consigo recordar veinte líneas en su

favor, espero que reconozca que soy un amigo franco de la porción digna del clero. Tenga presente que se las diré según las voy recordando y no le prometo que pueda rememorar veinte líneas de una vez y sin perder una palabra: eso es algo que no juraría poder hacer ni para monseñor el arzobispo de Canterbury.

—Es probable que su excelencia reverendísima le perdonase por jurar; al menos yo sí lo haré en este caso. Conque le ruego que recite los veinte versos en el orden que desee.

El doctor X., con varias pausas para hacer memoria que le ahorraremos al lector, repitió los siguientes versos:

Mas en su faz no había nada severo,
sino un semblante que se prometía sincero.
Nada reservado o huraño se dejaba ver
sino una santidad cortés y un dulce mirar.
Con acento suave y acción liberal,
de elocuencia innata su lengua estaba armada;
siendo el precepto severo, el preceptor lo endulzaba
pues, bajando de lo alto la cadena de oro,
hacia el cielo a su audiencia alzaba.
Más dado a enseñar la buena nueva que la ley
había de forzarse a guiar, prefiriendo atraer.
Aceptaba del feligrés el diezmo libremente pagado
sin jamás juzgar o maldecir al acusado.
Sin la estrechez de las calles de la ciudad,
ancha era su parroquia, una casa aquí y otra allá.
Mas hallábase siempre disponible, sin necesidad
para socorrer a enfermos o afligidos de hacerse llamar.
Al orgulloso dócil volvía, al penitente alegraba
y reprender al rico jamás temía.
Mucho predicaba, mas harto más hacía
su vida siendo sermón de las verdades que enseñaba.[84]

Lady Delacour expresó el deseo de encontrar un capellán que se pareciese en grado alguno a tan encantador párroco y el doctor X. le prometió que al día siguiente le presentaría a su amigo el señor Moreton.

—¡El señor Moreton! —exclamó Belinda— ¿No se trata del caballero

de quien me habló el señor Percival, el mismo Moreton de la señora Freke?

—En efecto, el clérigo cuya efigie colgó la señora Freke y a quien Clarence Hervey ha concedido una pequeña pensión.

Esas circunstancias, aunque no se parecieran precisamente al personaje del clérigo benevolente que describía Chaucer, habrían inclinado la opinión de *lady* Delacour en su favor. Y cuando lo fue conociendo descubrió que servía de perfecto contraste con su antiguo capellán. Tan saludable fue la influencia que ejercía en su mente que acabó librándola de los terrores del metodismo y los sustituyó por el consuelo de una devoción moderada y racional.

Su conciencia se hallaba ahora en paz, su ánimo se mostraba estable y auténtico y su conversación nunca había sido más agradable. Movida por los nuevos sentimientos de la salud recuperada y la esperanza renovada en la felicidad doméstica, parecía deseosa de compartir su dicha con todos los que la rodeaban, pero especialmente con Belinda, que recibía las mayores muestras de gratitud y ocupaba el lugar más cálido en sus afectos. Esta nunca hacía sentir a su amiga el peso de obligación alguna y, en consecuencia, la gratitud de su señoría era un placer voluntario y no un deber esperado. Nada le era más agradable a la joven que sentirse objeto de estima, afecto y respeto y ver que no solo había sido el medio para salvar la vida de su amiga, sino que la influencia que había ejercido en su mente probablemente tendría efectos benéficos permanentes para sí misma y su familia.

Belinda no se adjudicó todo el mérito de tal reforma: en su imaginación estaba más que dispuesta a compartirlo no solo con el doctor X. y con el señor Moreton, sino con «el pobre Clarence Hervey». Le complacía observar que *lady* Delacour no desaprovechaba ninguna ocasión para hacerle justicia a sus méritos y la amaba aún más por esa generosidad que, en ocasiones, rebasaba los límites de lo justo en sus halagos. No obstante, se cuidaba mucho de mantenerse constante y guardar su corazón del peligroso efecto de esas entusiastas alabanzas, y cuando *lady* Delacour se sintió suficientemente recuperada anunció su intención de regresar de inmediato a Oakly Park, según la promesa que les había hecho a *lady* Anne Percival y al señor Vincent.

—Pero, querida —respondió *lady* Delacour—, solo te pido una semana más. ¿Es que la amistad no puede solicitarle tal sacrificio al amor?

—Sé que espera que antes de que transcurra ese plazo esté aquí el señor Hervey.

—Cierto. ¿Y es que no valoras su amistad? —inquirió la dama con una amplia sonrisa—, ¿o acaso la amistad con todo hombre de la creación, a excepción de un tal Augustus Vincent, está prohibida según los estatutos de Oakly Park?

—Según los estatutos de Oakly Park no hay nada prohibido, pero ¿qué razón...?

—¡Razón! Si te vas a la razón, estoy perdida. Ya sé que eres invulnerable a los leves rayos del ingenio cuando vistes la pesada armadura de la razón. El mismísimo Cupido arruinaría su arco y agotaría su aljaba en vano contigo. Pero, cuidado, no puedes vivir tras una armadura toda la vida. Déjala a un lado apenas un momento y el atrevido pequeñuelo te dará caza. Recuerda aquella imagen de Rafael en la que Cupido se introduce en la armadura del conquistador del mundo.[85]

—Tengo conciencia suficiente del poder de Cupido y sus ardides —respondió Belinda sonriendo—. No me enfrentaría a su artería, sino que huiría de ella.

—¡Qué cobardía el huir!

—Sin duda la prudencia, y no el valor, es la virtud de nuestro sexo; además, mi querida *lady* Delacour, le imploro que no use su influencia sobre mi mente a menos que desee menoscabar mi felicidad sin alterar mi determinación.

Conmovida por la sinceridad de estas palabras, *lady* Delacour no volvió a bromear ni a oponerse a su resolución de regresar de inmediato a Oakly Park.

—Aunque no sea educado ni diplomático recordar a la gente sus promesas —le dijo Belinda—, ¿me permitirá que le recuerde algo parecido a una promesa que hizo de acompañarme a casa del señor Percival?

—¿Acaso quieres que me muestre tan cruel con el pobre lord Delacour como para huir de él de esta manera en cuanto tengo fortaleza para hacerlo?

—Lord Delacour está incluido en la invitación —respondió Belinda al tiempo que le ponía en las manos la carta que había recibido de *lady* Anne Percival.

—Cada vez que recuerdo lo bien que esta *lady* Anne tuya se ha portado conmigo en lo relativo a Helena, cada vez que recuerdo que, a pesar de que has pasado con ella tanto tiempo, no me ha suplantado en tus afectos ni trató de retenerte cuando envié a Marriott a Oakly Park... y al considerar cuánto beneficio obtendré al aceptar esta invitación, la

verdad es que no podría rechazarla por orgullo, necedad ni otro motivo. Conque, mi querida Belinda, convence a lord Delacour para pasar la Navidad en Oakly Park en lugar de en Studley Manor (pues Rantipole, ¡gracias a Dios!, ya está totalmente descartada) y convéncete a ti de quedarte unos días más por mi bien. ¡Luego podrás conducirnos a todos en triunfo!

Belinda estaba persuadida de que, en cuanto *lady* Delacour probara las mieles de la vida doméstica, no sería fácil que regresase a la disipación que había seguido por costumbre y en la que había caído por una mezcla de vanidad y desesperanza. Todas las relaciones que imprudentemente había entablado con numerosas mujeres elegantes, extravagantes e irreflexivas se verían interrumpidas inconscientemente, ya que *lady* Delacour, que ya estaba cansada de ellas, se admiraría tanto de la diferencia entre su insípida conversación y el círculo animado e interesante de la familia de *lady* Anne Percival que su compañía no solo le resultaría pesada, sino intolerable. La intimidad de lord Delacour con lord Studley era una de las principales causas de esa intemperancia que lesionaba igualmente constitución e intelecto: desde hacía algunas semanas se había abstenido de todo exceso, pero Belinda era muy consciente de que cuando el sentido de la humanidad hacia *lady* Delacour dejase de imponerse probablemente retomaría sus anteriores hábitos si continuaba visitando a sus antiguos asociados. Así pues, era importante romper absolutamente el vínculo con lord Studley y ponerlo en una situación que le permitiese formar nuevos hábitos y despertar su talento dormido. Estaba persuadida de que su entendimiento no era tan mediocre como otrora le habían hecho creer. Había notado que, desde la reconciliación, *lady* Delacour se esforzaba por dar una buena imagen de su esposo: siempre que él decía algo digno de oír, miraba a Belinda con ojos triunfales; siempre que parecía cometer un error durante una conversación, ora mostraba signos involuntarios de incomodidad, ora lo dejaba pasar con esa facilidad de ingenio que a menudo utilizaba para hacer «pasar el peor dictamen por el mejor».[86] Belinda sabía que el señor Percival poseía el feliz talento de extraer todas las habilidades de aquellos con quienes conversaba y que no valoraba a los hombres únicamente por su erudición, ciencia o instrucción literaria, sino que era capaz de estimar tanto el alcance potencial como el real de la mente. De esta generosidad no le cabía duda, y estaba convencida de que usaría todos los medios que la bondad y el juicio sugiriesen para elevar a lord Delacour a ojos de su esposa y tornar dichosa aquella unión indisoluble. Todas estas reflexiones pasaron raudas por la mente

de Belinda, con el resultado de que accedió a posponer el viaje hasta que le conviniera a *lady* Delacour.

FIN DEL SEGUNDO VOLUMEN

81 N. de la Trad.: En inglés, «Ah, little skilled of fairy lore!», verso 152 del poema *Fairy Tale in the Ancient English Style*, del reverendo Thomas Parnell (1722).
82 N. de la Trad.: En inglés, «to minister to a mind diseased». Referencia a la escena III del quinto acto de *Macbeth*, de William Shakespeare (1606).
83 N. de la Trad.: Alusión a Jean-François de La Marche (1729-1806), último obispo de la diócesis de Léon (Finisterre francés), quien gozó de gran popularidad por las buenas obras que emprendió desde su cátedra y que hubo de exiliarse en Inglaterra durante la Revolución francesa.
84 N. de la Trad.: En el original, «Yet has his aspect nothing of severe, / But such a face as promis'd him sincere. / Nothing reserv'd or sullen was to see, / But sweet regards, and pleasing sanctity, / Mild was his accent, and his action free. / With eloquence innate his tongue was arm'd, / For, letting down the golden chain from high, / He drew his audience upwards to the sky. / He taught the Gospel rather than the law, / And forc'd himself to drive, but lov'd to draw. / The tithes of his parish freely paid he took; / But never sued, or curs'd with bell and book. / Wide was his parish, not contracted close / in streets — but here and there a straggling house. / Yet still he was at and, without request, / To serve the sick, and succour the distress'd. / The proud he tam'd, the penitent he cheer'd, / Nor to rebuke the rich offender fear'd. / His preaching much, but more his practice wrought, / A living sermon of the truths he taught». Se trata de una serie de fragmentos del poema *The Character of a Good Parson, imitated from Chaucer*, de John Dryden (1700).
85 N. de la Trad.: *Lady* Delacour se refiere a un boceto diseñado por Rafael en la década de 1510 de las bodas del rey de Macedonia Alejandro Magno y la noble Roxana.
86 N. de la Trad.: En inglés, «make the worse appear the better reason». Referencia a los versos 112-114 del libro segundo de *El paraíso perdido* (*Paradise Lost*), de John Milton (1667).



TERCER VOLUMEN

Capítulo 24



Poco a poco

Así estaban las cosas cuando, un día, Marriott se presentó a asistir en la *toilette* a su señora con un semblante que proclamaba a un tiempo que algo la había alterado y que estaba impaciente por que se inquiriese el qué.

—¿Qué sucede, Marriott? Porque sé que estás deseosa de que te lo pregunte.

—¿Yo, deseosa? ¡Ay, *milady*, claro que no! Ya sabe que va contra mi naturaleza ir hablando por ahí; además, yo que, bueno, que tenía en tan alta consideración a la persona en cuestión…, tanta que, en fin, ahora me da vergüenza mencionarlo, especialmente en presencia de la señorita Portman, que se merece todo lo mejor que este mundo pueda ofrecer. Bien, en una palabra, señorita —continuó dirigiéndose a Belinda—, que me alegro muchísimo de que las cosas estén como están, aunque, lo confieso, eso no fue siempre lo que quise ni lo que dije, y por ello les debo una disculpa al señor Vincent y a usted, y espero que me perdonen, porque ahora estoy totalmente de acuerdo con la opinión de *milady* Anne Percival, que la sé de buena tinta porque me enteré en Oakly Park, así que confío y estoy convencida, señorita Portman, de que todo será para bien.

—Marriott nos informará, a su debido tiempo, de lo que tan súbita y felizmente la ha convertido —le dijo *lady* Delacour a Belinda, que se había quedado algo confusa y sorprendida por las palabras de la criada, pero esta continuó enfervorecida.

—¡Ay, madre! Yo que estaba segura de que nos habíamos librado de

los embusteros cuando el señor Champfort dejó la casa, pero ¡Dios nos ampare!, no hay trampas suficientes en el mundo para todos ellos. Ojalá fuera tan fácil atraparlos como lo fue la otra noche con cierta persona. Eso es lo que se merecen los embusteros, y Champfort el primerito de todo el regimiento, ¡así se lo digo!

—Hemos de tener paciencia, mi querida Belinda —comentó *lady* Delacour sin perder la calma—, hasta que Marriott haya agotado todos los expletivos de la lengua inglesa. Una vez haya rememorado todas las batallas libradas con Champfort, tal vez consigamos llegar a los hechos.

—Pero ¡*milady*! Si esto no tiene nada que ver con el señor Champfort ni con nadie de su calaña, se lo aseguro. Tengo muy claro que preferiría hablar mal de cien millones de señores Champfort antes que de un caballero como el señor Clarence Hervey.

—¡Clarence Hervey! —exclamó su señoría y, asumiendo que Belinda se había ruborizado aunque ese no fuera el caso, se volvió haciendo un ademán superficial para que Marriott no pudiera verle el rostro a su amiga—. Y bien, Marriott, ¿qué sucede con el señor Hervey?

—¡Ay, *milady*! Algo que va a sorprenderla. Y a la señorita Portman también. No es que yo sea una mojigata ni tan inocente como para no saber que los jóvenes caballeros acaudalados poseen amantes y cosas así, mantenidas aunque solo sea por seguir la moda (y perdón por mencionar tales indignidades). Nadie de mundo les da la más mínima importancia, salvo que —añadió, al ver de reojo parte del semblante de Belinda—, claro, señorita, moralmente hablando, es una cosa muy mala y aberrante, y hace que una se ponga colorada delante de la compaña hasta que se acostumbra, y sin duda tendría que estar perseguido por la ley; pero, *milady*, ya sabe usted que en lo tocante a sorprender a nadie o a desacreditar a un joven caballero de la fortuna y las pretensiones del señor Hervey, no sería más que envidia y escándalo el considerarlo algo… digno de mención.

—Siendo así, por lo que más quieras, o por mí, di algo que «sí» sea digno de mención.

—Muy bien, *milady*, entonces, ha de saber que ayer andaba buscando unas semillas de cáñamo para mi camachuelo; el camachuelo de la señorita Helena, quiero decir, porque fue ella quien se lo encontró, ¿sabe, señorita Portman? Fue al día siguiente de llegar aquí. El pobre se había quedado enredado en la red que hay tendida por encima del guindo del jardín y no lograba entrar ni salir; pero, por suerte, la señorita Helena lo vio y lo salvó y se lo trajo a casa. Medio muerto estaba, *milady*.

—¿Ah, sí? Cuánto lo siento. Bueno, eso es lo que esperas que diga… Ahora continúa y termina de una vez la historia del pájaro o dinos qué tiene que ver con Clarence Hervey.

—Ahí es adonde voy lo más presto que puedo, *milady*. El caso es que mandé buscar las semillas y me las trajeron envueltas en un volante impreso, como un anuncio, y yo lo tiré sin mirar pensando que sería uno de esos anuncios de grajeas o de suavizadores para navajas de afeitar que una se encuentra allá donde va; pero la señorita Delacour lo recogió y vio que era una especie de llamada de socorro por un camachuelo perdido o robado. Me indignó tanto, señorita, que me habría puesto a llorar cuando me di cuenta de que era la descripción exacta de nuestro *Bobby*, hasta la última pluma: gris en el lomo y rojo en…

—¡Oh! Ahórrate la descripción de la última pluma. Supongo que le llevaste el pájaro, el camachuelo, *Bobby*, como dices, a su legítimo dueño. Permíteme adelantar camino hasta allí.

—No, *milady*, perdóneme, pero no fue así.

—Entonces, no le llevaste el pájaro al dueño, ¿te has convertido en ladrona de aves? De corazón te lo digo, por mí como si robas perros, pero continúa con la historia.

—Pero es que, *milady*, si me mete prisa me aturulla. Se lo contaré lo más rápido que pueda, pero a mi modo.

—Adelante, pues.

—Estaba a punto de llorar cuando descubrí que reclamaban a nuestro *Bobby*, claro, pero la señorita Delacour observó que quienes habían convivido con él hasta que el lomo se le puso gris debían de estar aún más tristes por haberlo perdido, así que decidimos cumplir con probidad y elegancia con la dama que había puesto el anuncio: yo misma le llevaría el pájaro y rechazaría las cinco guineas de la recompensa. De acuerdo con el volante, se llamaba Ormond.

—¡Ormond! —repitió *lady* Delacour mirando con sumo interés a Belinda—. ¿Ese no era el nombre que nos mencionó *sir* Philip Baddely? ¿Te acuerdas?

—Sí, ese era, lo recuerdo bien —respondió Belinda con un grado de firme compostura que irritó a su señoría—. Continúa, Marriott.

—El anuncio pedía dejar el pájaro en una perfumería de Twickenham, enfrente de…, da igual. Bueno, *milady*, a la perfumería que me fui esta mañana con el pájaro. Tenía mis motivos para desear ver a la tal señora Ormond con mis propios ojos, porque este camachuelo tiene algo que llama la atención y es que canta una

melodía muy particular que yo no había oído nunca ni a pájaro ni a criatura humana. El caso es que, después de reflexionar, decidí, antes de entregarle el camachuelo, preguntarle a la señora Ormond que me dijese el nombre de lo que cantaba; si no mencionaba ninguna melodía fuera de lo habitual, me lo quedaría para mí sin cargo de conciencia ni descortesía. Conque llegué a la perfumería, pregunté por la señora Ormond y me dijeron que no recibía visitas de nadie, al menos de sexo femenino, y que debía dejar el pájaro allí hasta que fuera a buscarlo. Mientras pensaba qué hacer y lo extraño que era lo que había dicho sobre el sexo femenino, entró en la tienda un caballero que me ahorró la falta de tacto de preguntar por qué. En aquel momento, el camachuelo estaba canta que te cantará precisamente esa extraña melodía de la que les he hablado. El caballero, al entrar en la tienda, se queda mirando al pájaro que se le salían los ojos de las órbitas y dice: «¿Cómo ha llegado este pájaro aquí?» y yo le contesto: «Lo he traído yo, señor». Entonces empezó a ofrecerme montañas de dinero de una manera muy rara si le daba noticias de la dama a la que pertenecía el pájaro. El tendero, que estaba detrás del mostrador, se inclinó y le susurró al caballero que él podía darle cierta información si le compensaba cabalmente, y los dos se fueron a un cuartito en la parte trasera y ya no los vi más. Pero, *milady*, por suerte para mí, que me moría de curiosidad, cuando se fueron mandaron a una joven a atender la tienda y resultó ser una conocida mía a la que había hecho ciertos favorcillos cuando servía en Londres. Y esta joven, cuando le conté mi desolación con el anuncio y el camachuelo, me contó todo el asunto. «Lo único que se sabe de la señora Ormond en esta casa o en cualquier otra parte —me dijo— es por mí, así que no tenía sentido echarme del cuartito. Yo viví con la señora Ormond durante medio año en la misma casa que habita ahora, por lo que no hay nadie mejor informado que yo», y yo le di la razón. Luego me contó el motivo por el que la señora Ormond nunca recibía a nadie, y es que no puede recibir compañía respetable porque no es una mujer respetable. Tiene allí encerrada a una criatura de lo más bella que ha sido seducida y abandonada del modo más cruel por un tal señor Hervey. ¡Ay, *milady*! ¡Cómo me resonó su nombre en los oídos! De todas formas, yo esperaba que no fuese nuestro señor Hervey, pero era precisamente él. Hice que la joven me lo describiera, pues lo había visto a menudo cuando visitaba a la infortunada criatura, y la descripción no podía corresponder a nadie más que a nuestro caballero y, además, para salir de dudas, me dijo que toda su ropa tenía bordadas las iniciales C. H. Así que —añadió,

volviéndose a Belinda—, para mi horror y confusión, está claro que se trata de nuestro señor Hervey, señorita.

—¡Ay, Marriott, mi pobre cabeza! —exclamó *lady* Delacour, apartándose de sus manos—. Esa cruel peineta ha debido de clavárseme media pulgada como mínimo. Y las cabezas tienen sentimiento igual que los corazones, créeme.

Mientras hablaba, agarró la peineta que Marriott acababa de prenderle en el cabello y la arrojó a un sofá situado a un par de yardas. Pensaba que, mientras la criada iba por ella, Belinda tendría tiempo de recuperarse del tremendo espanto y confusión en que debía de haber quedado sumida. Pero sufrió una nueva decepción al ver el semblante de la joven.

—Vamos, Marriott, apresúrate. Al menos a ti te he hecho un gran favor, porque ahora tienes todo este cabello con el que trabajar y así tendrás tiempo de acabar esa historia tuya que, desde luego, si bien no es de admirar, hemos de reconocer que es admirablemente larga.

—Bueno, *milady*, pues para resumir: cuando oí a mi conocida decir todo aquello, me picó la curiosidad por saber más, conque le pregunté cómo podía haber pensado en quedarse en una casa con mujeres como las que había descrito. Y se justificó asegurándome por su honor que al principio creía que la jovencita iba a casarse con el señor Hervey en una ceremonia privada, porque los había visitado en secreto un clérigo y les había leído oraciones; y está segurísima de que habían engañado de un modo bárbaro a la pobre criatura, que se imaginaba casada a todos los efectos, hasta que el señor Hervey se quitó la máscara y dejo de visitarla con la excusa de tener que hacer un viaje y la puso en manos de esa vil mujer, la señora Ormond, que trató de tranquilizarla y le dijo todas esas cosas que dicen ese tipo de mujeres en tales circunstancias. Pero la desdichada ahora veía la situación clarísimamente y se le iba a romper el corazón, no de la forma violenta y habitual, señorita, sino en un pesar silencioso, suspirando y marchitándose. Mi amiga no podía soportar tal visión ni mirar a la cara a la señora Ormond ahora que sabía cómo era, así que dejó la casa al punto, sin dar razón alguna. Se me olvidaba mencionar que el apellido de la desdichada moza era Saint Pierre, *milady*; pero el nombre, que era un tanto peregrino, se me ha olvidado.

—No importa —respondió *lady* Delacour—. Sobreviviremos sin saberlo o nos lo imaginaremos.

—Es verdad, y perdone que lo diga, que el nombre de gente así poco importa y puede estar segura de que ahora me pesa haber ido a la casa

después de todo lo que había oído decir.

—Entonces, ¿fuiste a la casa?

—Me avergüenza reconocerlo, pero la curiosidad pudo conmigo y allá que fui, aunque todo el mundo pensará que solo por el camachuelo. Tardé mucho en llegar, pero tan firme era mi propósito de no entregar el pájaro a nadie que no fuera la propia mujer que al final lo conseguí. ¡Ay! Jamás vieron mis ojos una criatura de aspecto tan hermoso, tan gracioso y tan inocente. —Belinda suspiró y Marriott la imitó antes de proseguir—. Estaba sola y arrasada en lágrimas cuando entré en la casa y me miró como si en su vida hubiera visto a nadie. Pero cuando reparó en el camachuelo empezó a dar palmas y, sonriendo tras las lágrimas como un chiquillo, corrió hacia mí y me dio las gracias una y otra vez al tiempo que besaba el pájaro y lo guardaba en el regazo. Les digo que, aunque hubiera hablado por toda la eternidad, no podría haberme dado la mitad de pena que me dio en aquel momento, porque parecía la inocencia misma. Estoy segura de que nadie que no fuera un inocente, o que al menos creyera serlo, podría comportarse de tal manera y mostrar un afecto tan cándido por un pajarillo. Por lo que sé, las mujeres de cierto pelaje a menudo tienen pájaros, pero su cariño es puro artificio y afectación, mientras que lo de esta criatura era natural. ¡Ay!, pensé, «pobre mocita desafortunada...», aunque ahora poco importa lo que pensase. —Marriott cerró los ojos para ocultar las lágrimas que le asomaban en ese instante—. Me sentí avergonzada cuando vi a la señora Ormond entrar en aquel instante en la habitación y recordé en qué tipo de compañía me encontraba. ¡Ay, *milady*, cómo detesté su visión! Ella también me miró con los ojos ardientes de un dragón, aunque sin perder los estribos, y le preguntó en un susurro a la señorita Saint Pierre, como la llamó, cómo había entrado en la casa. Luego le hizo todo tipo de señas para que saliera del cuarto. Como era la primera vez que me veía en tal situación, era incapaz de articular palabra y, entre el enojo y la pena que sentía, no había forma de decir nada con sentido o recordar siquiera qué era lo que me había llevado a aquella casa hasta que, por suerte, me vino a la cabeza el pajarillo, que había empezado a cantar. Así que les pregunté si podían confirmar que se trataba de su camachuelo por alguna melodía concreta que solo él cantase. «Oh, sí», respondió la señorita Saint Pierre y empezó a cantar la misma tonada. Nunca había oído una voz tan dulce, pero en mitad de la canción algo pasó por la mente de la pobrecilla y se detuvo, aunque volvió a darme las gracias por llevarle el pájaro, que, según dijo, llevaba con ella un montón de años y lo quería muchísimo. Me levanté

como si estuviera pasmada, creo, hasta que volví en mí cuando la mujer esa me puso en la mano las cinco guineas de la recompensa del anuncio. El tacto del oro me sacó del estupor como si hubiera sido una serpiente; me aparté y, cuando trató de darme de nuevo el dinero, lo arrojé sobre la mesa casi sin saber lo que hacía. Justo en aquel momento vi en su mano pecadora una carta dirigida a Clarence Hervey, *baronet*. ¡Ay, cómo aborrecí la visión de tal nombre y todo lo relacionado con él, *milady*! Estoy segura de que no habría podido evitar decir alguna atrocidad si no me hubiera marchado de la casa en aquel mismo instante.

»Cuando existen mujeres de sobra nacidas y criadas para el vicio y damas de sobra con las que coquetear y deseosas de que un caballero como el señor Clarence Hervey les dedique sus atenciones, por así decirlo, arruinar a una criaturita de aspecto tan dulce e inocente y luego abandonarla de esa bárbara forma, después de haber llevado a un cura para que la engañase con una ceremonia falsa y todo lo demás... ¡Ay! ¡No hay manera, no hay nada que pueda suplir tal maldad! Es la peor fechoría y la mayor crueldad del mundo, así lo pienso y así lo diré hasta el día que me muera.

—¡Bien dicho, Marriott! —exclamó *lady* Delacour.

—Siempre he pensado que Marriott posee un gran espíritu y los mejores sentimientos —añadió Belinda.

—Ahora ya sabe por qué dije que me alegraba de que las cosas estén como están. Como todo el mundo, claro, yo también pensaba que..., pero eso ya se acabó... y me alegro de que las cosas estén como están.

Una vez más, *lady* Delacour lanzó una rápida mirada a Belinda y, para su gran decepción, vio en el semblante de la joven que compartía la filosofía de Marriott más de lo que simpatizaba con su indignación.

«¡No está celosa! —pensó— Eso quiere decir que todo ha terminado con Clarence. Si en su mente hubiera quedado una chispa latente de amor por él, la ira, a pesar de la prudencia, habría aventado la llama hasta avivarla; mas ¡ay!, no está celosa. El frío de la filosofía ha apagado su amor por Hervey, aunque no puedo creer que haya desaparecido por completo».

Por la noche, cuando estaban solas, *lady* Delacour trajo de nuevo el tema a colación y observó que, como era harto probable que volvieran a ver al señor Hervey en pocos días, podrían hacerse una idea mejor de un asunto que, no le cabía duda, se había exagerado.

—Deberías juzgar por la totalidad de la conducta y carácter de Clarence y no por una parte concreta —dijo—. ¿Acaso sus cartas no

desprenden un aire de generosidad?

—Yo no soy quién —la interrumpió Belinda— para juzgar la totalidad de la conducta y el carácter del señor Hervey ni de parte alguna. Sus cartas y su generosidad no son nada...

—¿Para ti? —inquirió *lady* Delacour con una sonrisa.

—No es momento ni objeto de broma, mi querida amiga. Me aseguró su señoría, y yo lo creí, que la idea de que el señor Hervey regresara estaba fuera de toda cuestión cuando me convenció de aplazar el viaje a Oakly Park. Ahora que entiendo que su señoría ha cambiado de idea, le ruego que me permita...

—Te permitiré hacer lo que quieras, mi queridísima Belinda, salvo llamarme «su señoría» dos veces en un minuto. Partirás a Oakly Park pasado mañana: ¿te parece bien? Admiro tu fortaleza de carácter; eres mucho más capaz de guiarte que yo. Se acabaron las bromas. Mi objetivo primero, mi único objetivo, es tu felicidad. Te respeto y te estimo tanto como te quiero y te quiero más que a nada en el mundo... Salvo el poder, dirás, pero no es cierto, créeme. Y si eres una de esas raras personas que no creen sin pruebas, tendrás la prueba palmaria en este instante —añadió, al tiempo que hacía sonar la campanilla—. No volveré a disputarme el poder sobre tu mente con tu amiga de Oakly Park. Le daré órdenes a Marriott, en tu presencia, de preparar nuestra partida. No lo llamaré una retirada, aunque no hay nada que demuestre mayor capacidad estratégica que una buena retirada, excepto una gran victoria. Y debo confesar que la victoria es algo que me gusta bastante.

—Y a mí también —dijo Belinda—. Tanto me gusta la victoria que, a falta de obtener ninguna otra, me conformaría con una sobre mí misma.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando lord Delacour, que había cenado en la ciudad, entró acompañado del señor Vincent.

—*Lady* Delacour, permíteme presentarte a un joven caballero que posee el más ardiente y, estoy seguro, desinteresado deseo de cultivar tu amistad.

Lady Delacour lo recibió con toda la cortesía imaginable; ni siquiera la parcialidad hacia Clarence Hervey pudo evitar que quedase atónita con su aspecto. «Posee todo el aire de un héroe de novela —pensó— y Belinda no es tan gran filósofa como imaginaba». En el momento oportuno, su señoría recordó que tenía órdenes que impartir a Marriott sobre el viaje que la obligaban a dejar a la señorita Portman atendiendo al señor Vincent, «si fuera posible», sin ella, durante unos minutos. Lord Delacour partió sin aducir otro motivo que la excusa habitual de «cartas

que escribir».

—Debería estar encantada con su galantería, señor Vincent —dijo Belinda—, por viajar tantas millas para recordarme la promesa que hice sobre Oakly Park; antes bien, siento que se haya tomado tantas molestias en vano: *lady* Delacour se está preparando en este preciso momento para viajar a casa del señor Percival. Nuestra intención es partir pasado mañana.

—¡Cuánto me alegro! Será sobrada recompensa para mi viaje tener el placer de regresar a su lado.

—¡Más galantería! Ahora en serio, refiérame el verdadero motivo de su visita, pues veo que algo hay en su mente que aún no me ha dicho.

—Mi querida Belinda, no hay nada que me resulte más agradable que la franqueza y la sinceridad. Las admiro en su persona y me enorgullecen en la mía, pero ¿no es posible que lleguen demasiado lejos? ¿Es acertado decir algo que nos hará daño cuando no es absolutamente preciso? Por ejemplo, si oyera una calumnia sobre alguien, ¿haría algún bien repetirla si no sintiera inclinación alguna por creerla?

—Sí; no solo creo que haría bien, sino que ahora estoy segura de que tiene que ver conmigo. Así pues, no dude en mencionar lo que haya oído sobre mí.

El señor Vincent puso en sus manos la siguiente carta anónima:

> *¡Joven atolondrado! Cuídese de relacionarse con la dama a la que últimamente se ha visto impelido a dedicar atenciones. Es la mujer más artera. Ha sido instruida, como no tardará en averiguar si pregunta, por una mujer cuyo floreciente negocio ha sido atraer a jóvenes caballeros de fortuna a sus sobrinas; de ahí que se la conozca como «la generala de las casamenteras». Envió a la única sobrina de la que no lograba librarse con la vizcondesa más disoluta y con menos principios de la capital. Esta cayó enferma y, como fue de universal conocimiento el invierno pasado, la joven preveía casarse en cuanto su amiga muriese con el vizconde viudo. Empero, la vizcondesa descubrió la relación y la joven, para escapar de la furia de la amiga y del escarnio público, se vio obligada a retirarse a cierto lugar apartado en los alrededores de Harrowgate, donde se hizo pasar por santa*

entre quienes eran demasiado honorables como para sospechar del prójimo.

La joven y la vizcondesa acabaron reconciliándose merced al ingenio y a la osadía de aquella al declarar que, si no volvía a recibirla, divulgaría ciertos secretos respecto a un «boudoir misterioso» en casa de su señoría. La vizcondesa, aterrada, mandó buscar expresamente a su humilde acompañante otrora repudiada. La riña se acalló y la joven se halla en estos momentos con su noble amiga en Twickenham. La persona a quien la señora Marriott solía conducir por una escalera privada hasta el boudoir ahora es recibida con mayor comodidad en dicho lugar.

El autor refería muchas más cosas del mismo género. El nombre de Clarence Hervey en la última página atrajo la atención de Belinda, que leyó la conclusión con una agitación que no había sentido al comienzo de la epístola.

El vizconde no se halla sin rivales ante el favor de la joven dama. Un caballero de copiosa fortuna, notables talentos e inusitadas facultades de seducción es desde hace meses su objetivo secreto, pero ha sido lo bastante prudente como para escapar de los lazos del matrimonio, aunque sigue carteándose con ella a través de su amiga la vizcondesa, con quien se escribe en privado. La noble dama ha previsto una forma de transmitir a su confidente todo su interés por el corazón del caballero. Se espera que en cualquier momento regrese de su viaje y, si la estratagema surtiese efecto, el retorno prometido a los alrededores de Harrowgate nunca volverá a pasársele por la cabeza a la joven. Dejará al señor Vincent en la estacada y ni siquiera obtendrá su bella mano; en cualquier caso, su «bello» corazón ya pertenece a Clarence Hervey. El señor Vincent recibirá nuevos pormenores si presta la debida atención a esta advertencia de

En cuanto Belinda hubo acabado esta curiosa misiva, le tendió la mano al señor Vincent con más amabilidad de la que jamás le había mostrado.

—Muchas gracias, señor Vincent, por mostrarme este intento de mancillar mi reputación. No solo ha sido caballeroso, sino inteligente. Si algún día unimos nuestros destinos, esta será una base sólida para la confianza que sostiene la felicidad doméstica. El malvado autor de esta falacia nunca habría podido prever que yo le habría contado todo lo que le concierne saber sobre mi vida anterior. Menciona, en efecto, el nombre del señor Hervey, que no creí estar en libertad de revelar, ya que tal vez habría parecido que le imputase cierta culpa. Sin embargo, me alegro de tal revelación, pues estoy segura de que le parecerá un hombre de valía y talento. Su nombre no excita emoción alguna en mi mente que pudiese hacerle daño.

Tendremos que suponer la respuesta del señor Vincent: el reconocimiento arrebatado de un amante apenas tiene interés sobre el escenario, donde acción y teatralidad excitan la simpatía de la audiencia. Sin tales ventajas, la narración difícilmente avivará el entusiasmo.

Baste decir que el señor Vincent se figuró el más feliz de los hombres; con la mayor presteza accedió a enseñar la anónima carta a *lady* Delacour, aunque previamente temiera el efecto que tendría en los sentimientos de la dama.

«Esta es una de esas travesuras de Harriot Freke» fue lo primero que esta exclamó, pero como la indignación en su contra hacía tiempo que había derivado en el más absoluto desdén, no malgastó un pensamiento más en la autoría de la horrible misiva, sino que con toda la energía de la mente y todo el fuego de la elocuencia se deshizo en alabanzas a su amiga. Olvidando todo lo que concernía a su persona, se dispuso a explicar sin un instante de duda todo lo que podría elevar a Belinda: describió la difícil situación en que se había visto, mencionó el secreto que le había confiado y el pundonor con que, aun a costa de su propia reputación, había mantenido la promesa de inviolable silencio cuando lord Delacour, en un arranque de celos y alcohol, había intentado arrebatar a Marriott la llave del *boudoir* misterioso. Confesó sus propios y absurdos celos, explicó cómo se habían visto enardecidos por las tretas de Champfort y *sir* Philip Baddely, cómo unas circunstancias insignificantes habían turbado su mente al punto del frenesí.

—La templanza, la dignidad, la gentileza y la humanidad con que

Belinda me toleró durante aquel paroxismo de locura son algo que nunca olvidaré, ni el ánimo con que partió al verme indigna de su estima e ingrata con su bondad ni la magnanimidad con que volvió a mí cuando me creía en el lecho de muerte: todo ello dejó una impresión en mi alma que no se borrará mientras me queden vida y razón. Me salvó la vida. Hizo que mi vida mereciera salvarse. Me ha hecho sentir mi propio valor. Me ha hecho conocer mi propia felicidad. Me ha reconciliado con mi esposo. Me ha unido con mi hija. Ha sido mi ángel guardián. ¡La confidente de mis intrigas! ¡Mi aliada en el vicio…! No, a ella me unen lazos más fuertes de lo que el vicio jamás pudiera creer ni concebir siquiera en el culmen de su depravación.

Agotada por la vehemencia con que había hablado, *lady* Delacour calló, pero el señor Vincent, simpatizando con su entusiasmo, fijó la mirada en ella con la esperanza de que dijera algo más.

—Tal vez piense —continuó sonriente— que podría haberle ahorrado esta historia de mi vida y mis asuntos, pero he considerado menester relatarle tal y como sucedieron unos hechos que la sevicia ha distorsionado de la forma más abominable. He aquí la riña, he aquí la reconciliación de la que ese anónimo amigo tan puntualmente le ha informado. Ahora, en cuanto a Clarence Hervey…

—Ya le he explicado al señor Vincent —la interrumpió Belinda— todo lo que pudiera querer saber sobre él. Lo que me gustaría ahora es que le dijera que he sido fiel a la promesa de regresar a Oakly Park y que, en verdad, nos estábamos preparando para el viaje…

Lady Delacour abrió la puerta del vestidor, donde Marriott se hallaba de rodillas cerrando con llave un baúl.

—¡Contémplela, caballero, «dando una temible nota de preparativos»![87]

El señor Vincent volvió a darle las gracias a Belinda y le aseguró que era innecesario perder el tiempo en convencerlo «por partida doble» de su inocencia.

—Es un hombre más afortunado de lo que cree, señor Vincent —continuó *lady* Delacour—, pues he de confesarle que ha hecho falta algo de persuasión, algo de burla y algo de ingenio, que me jacto de poseer, para tener a la señorita Portman alejada de usted…

—De Oakly Park —la interrumpió Belinda.

—… de Oakly Park, etc., unos días más. ¿Puedo serle sincera, señor Vincent? En fin, tampoco voy a poder evitarlo. Yo no soy de las que escriben cartas anónimas: no podría, ya en secreto, ya públicamente, firmar ni atribuirme el nombre de «amigo sincero» si no lo fuese hasta

el máximo de mi influencia. Nunca otorgo mi voto donde no tengo interés ni mi interés sin el voto. Ahora, Clarence Hervey es mi amigo. No me mire así, caballero, porque no hay motivo; si él es mi amigo, la señorita Portman lo es suya. ¿Quién saldría ganador? Pero, como iba diciéndole, el señor Clarence Hervey es amigo mío y yo lo soy de él. Mi voto, interés e influencia, por lo tanto, han estado a su favor. Tenía motivos para creer que admiraba desde hacía mucho tiempo —continuó dirigiéndole una mirada atrevida a Belinda— la «dignidad de mente y la simplicidad de carácter» de la señorita Portman y, pese a ser un hombre con demasiado genio como para comenzar a conjugar el verbo «amar» en presente de indicativo, estaba convencida, y aún lo estoy, de que en verdad la ama.

—¡Mi querida *lady* Delacour! —exclamó Belinda—. ¿Cómo puede hablar así después de todo lo que nos ha contado Marriott? ¿Cuál es su propósito?

—¿Que cuál es mi propósito? Convencer a tu amigo, el señor Vincent, de que no soy una estúpida ni una pícara, sino que juego limpio contigo, con él y con todo el mundo. Admito, caballero, que la conducta del señor Hervey para con la señorita Portman ha sido poco decidida. Últimamente han llegado a mi conocimiento ciertas circunstancias que ponen en duda su honor e integridad; dudas que, creo firmemente, se disiparán para mí satisfacción en cuanto lo vea o en cuanto él pueda resolverlas. Con tal convencimiento y creyendo como creo que no hay hombre en el planeta más apropiado para mi amiga, le ruego que me disculpe si mis deseos difieren de los suyos: aunque mi sinceridad ahora le duela, también le ahorrará tormentos futuros.

—Por mucho dolor que me inflija, admiro la sinceridad de su señoría —respondió el señor Vincent con cierta altivez—, aunque entiendo que habré de abandonar la esperanza de recibir sus plácemes.

—Discúlpeme —lo interrumpió *lady* Delacour—, pero ahí se equivoca de parte a parte; el hombre que Belinda elija «deberá» recibir mis plácemes y, lo que es más, deberá convertirse en amigo mío. No descansaría hasta ganarme su aprecio ni tendría el más mínimo temor a que careciese de suficiente grandeza de espíritu como para perdonarme por haberlo tratado con un grado de sinceridad que las formas habituales de cortesía no pueden justificar y ante el cual las almas comunes quedarían escandalizadas sin remedio.

El orgullo del señor Vincent se rindió sin condiciones ante tales palabras y, con la franqueza que normalmente caracterizaba su proceder, le agradeció haberlo distinguido de las «almas comunes» y le

aseguró que una sinceridad como la suya era mucho más de su gusto que la refinada urbanidad que, bien lo sabía, nadie dominaba mejor que *lady* Delacour.

Aquí finalizó el coloquio y, dada la hora tardía, el señor Vincent se despidió.

—Realmente, mi querida Belinda —dijo *lady* Delacour—, no me sorprende tu impaciencia por regresar a Oakly Park; no soy tan parcial por mi noble caballero como para compararlo, en cuestión de méritos personales, con tu héroe. También reconozco que hay algo sumamente cautivador en la franqueza de su conducta; es de admirar cómo ha reaccionado ante esa carta abominable y, lo que es aún mejor a ojos de una dama, está perdidamente enamorado.

—Espero que no «perdidamente».

—Vaya, pues si no consideras necesario que tu héroe esté «perdidamente enamorado», imagino que tampoco será menester que la heroína esté enamorada en absoluto. Espero que el señor Vincent opine lo mismo.

—Y yo también, porque así estaremos todos perfectamente de acuerdo.

—Entonces, el amor y el matrimonio deben separarse no solo según la moda, sino la filosofía. ¿Es esa la teoría de *lady* Anne Percival? Pues le deseo todo lo mejor al señor Percival. Recuerdo una época en que pensaba que el amor era esencial para la felicidad.

—Creo que no solo lo piensa, sino que está seguro de ello por propia experiencia.

—Y siendo así, ¿solo les prohíbe el amor a sus amigos? No considera esencial que sepas nada de la cuestión. Podrías casarte con su protegido, y bien les parecería, sin estar enamorada de él.

—Pero no sin amarlo —repuso Belinda.

—Acabas de ruborizarte, querida, al pronunciar tales palabras. ¿Cómo puedes ruborizarte al pensar en amar al señor Vincent?

—Espero y creo que nunca tendré motivos para ruborizarme por amarlo.

—¡Te has puesto aún más colorada! ¡Válgame el cielo! ¿Será verdad lo que ven mis ojos? ¿Estás roja de cólera o de amor?

—No de cólera —respondió Belinda y *lady* Delacour calló un momento.

—¿Será posible que sientas verdadero afecto por ese hombre?

—¿Dónde está la imposibilidad? Ninguna verá, amiga mía, cuando conozca sus cualidades tan bien como yo.

—¡Cualidades! Pero una no se enamora de las cualidades, querida.

—Pero las apreciamos, y eso es aún mejor. Permítame recalcar que existe una gran diferencia entre amar y estar enamorado.

—¿Hablas por experiencia? ¿Por qué, me pregunto, no mudas «mucho» de color al recordar a Clarence Hervey? Al final me has convencido de que todo ha terminado con él. Todos sabemos «*qu'un petit nez retroussé peut renverser les loix d'un empire*».[88] Pero ¿qué es una naricilla chata al lado de una nariz aquilina?

—Es una comparación que nunca he hecho.

—Confiesas, no obstante, que consideras apuesto al señor Vincent y yo reconozco cándidamente que, como te dije al principio, el señor Vincent supera a Clarence Hervey en méritos personales.

—Ciertamente. Mas aunque fuese un adonis no me habría causado impresión alguna de inmediato. Adquirimos gradualmente conocimiento de las cualidades de aquellos que se proponen agradarnos y, si en verdad son amables, su persona nos resultará cada vez más agradable, nos acostumbraremos a sus atenciones y, con el tiempo…

—¡«Nos acostumbraremos»! —exclamó *lady* Delacour riendo—. Discúlpame, querida, pero no puedo evitar reírme. Me has recordado al señor Transfer en el *Zeluco* de John Moore: el mercader a quien no le gustaba su sobrino porque no estaba acostumbrado a él y que, una vez acostumbrado, si la memoria no me engaña, le tomó un enorme afecto. Pero lo tuyo supera a lo de aquel: jamás oí a una mujer hablar de que le gusta un amante porque se ha acostumbrado a él.

—¿Y nunca ha oído decir a nadie que le guste más un marido por haberse ido acostumbrando a su compañía?

—Una acaba acostumbrándose a lo desagradable, cierto, y es bueno que así sea —respondió *lady* Delacour con cierto apuro—, pero a este paso, querida, no dudo de que terminarías acostumbrada al mismísimo Calibán.

—No confío tanto en el poder conciliatorio de la costumbre —rio Belinda—. No se extiende a Calibán ni a la bella y la bestia. Aunque habrá visto al público francés aplaudir encantado y al inglés tolerar *Zemira y Azor*.[89]

—Hazme el favor, querida, de definir los límites del reino de la costumbre.

—Antes, hágame el favor de definir los límites del reino de la novedad, pues ha de reconocer que la novedad la precede; por lo tanto, tendrá que mostrarme sus méritos primero.

—Reconozco que la novedad y la costumbre dividen el mundo de

nuestras preferencias. Los jóvenes son súbditos de la una; los viejos, de la otra. Como ves, yo me someto al soberano que me corresponde, pero la joven Belinda debería seguir las atrevidas leyes de la novedad.

—Si con el tiempo la novedad ha de abandonar sus conquistas, no me negará que lo prudente sería rendirnos al vencedor permanente.

—Mi querida Belinda, no puede haber costumbre sin novedad previa, por lo que empiezas por el extremo errado.

—No lo creo, porque al decir que empiezo a acostumbrarme al señor Vincent implico que ha sido nuevo para mí. Ahora en serio: creo que, además de la religión, la moralidad, el honor, la prudencia y demás satélites que guardan la virtud de nuestro sexo, no debemos olvidar la fuerza de la costumbre. Y no me refiero simplemente a las costumbres del mundo, sino a aquellas que nos impiden considerar de inmediato a cualquier persona como amante.

—Eso te lo ha dicho tu tía Stanhope, estoy segura de ello. Sí, no sé cuál habrá sido su historia, pero siempre que sus máximas no se opongan a mis sentimientos, me gusta aprender de su experiencia. Por una vez no se equivoca tu tía. Hasta Harriot Freke reconocería que, aunque tener un nuevo amor sea delicioso, hay cierta incomodidad cuando se recibe a un nuevo amante.

—En tal caso, permítame decir, sin que se ría de mí, que me he acostumbrado al señor Vincent y que, aunque no me gusta meramente por costumbre, sin esta no podría gustarme tanto como me gusta.

—Me veo obligada a reconocer que tienes razón, querida, y lo siento mucho.

Belinda se sentó alegre al pianoforte y comenzó a cantar un bello aire francés que termina con los siguientes versos:

Un peu d'amour, un peu de soin,
Mènent souvent un cœur bien loin.[90]

87 N. de la Trad.: En inglés, «dreadful note of preparations». Referencia al verso 14 del prólogo del acto iv de *Enrique V* (*Henry V*), de William Shakespeare (1599).

88 N. de la Trad.: «Que una naricilla chata pueda cambiar las leyes del imperio» (en francés en el original). Se refiere a la historia de Suleimán en los *Cuentos morales* (*Contes moraux*) de Jean François Marmontel (1755-1759), que a su vez alude a una máxima del pensador Blaise Pascal: «Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, la faz de la Tierra habría cambiado».

89 N. de la Trad.: Ópera cómica de André Grétry y Jean François Marmontel basada en *La bella y la bestia* y estrenada en 1771.

90 N. de la Trad.: «Un poco de amor, un poco de cuidado / llevan lejos al corazón enamorado» (en francés en el original). Estos versos pertenecen a una canción de la popular ópera cómica de 1769 *Le deserteur*, de Pierre-Alexandre Monsigny.

Capítulo 25



Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can

El único interés que las personas honradas pueden tener por el destino de los malhechores es su detención y castigo. Así, al lector le interesará el destino del señor Champfort para obtener cierta satisfacción al saberlo condenado a prisión. La circunstancia que llevó a esta deseable catástrofe fue la carta anónima enviada al señor Vincent. Desde el primer momento en que Marriott supo de su existencia, dijo estar convencida de que el señor Champfort era «el responsable». *Lady* Delacour lo estaba también de que Harriot Freke era la autora de la epístola y apoyó su opinión en el hecho de que Champfort no sabía leer ni escribir en inglés. Tanto Marriott como su señora estaban en lo cierto. Había sido una empresa conjunta, o más bien una triple alianza. Champfort y la criada estúpida recopilaron la información, la señora Freke la manipuló y, una vez plasmada con la forma y estilo apropiados, el antiguo criado copió el borrador a su gusto y envió la misiva al señor Vincent. El descubrimiento se debió a un detalle sutil. El señor Champfort había copiado la carta en una hoja de papel de luto del cual creía haber recortado cuidadosamente las esquinas. No obstante, había dejado un minúsculo borde negro que no escapó al ojo avizor de Marriott. «¡Qué suerte la nuestra, *milady*! Este tiene que ser el papel, quiero decir, puede que sea el papel que el señor Champfort estaba recortando el día anterior a que la señorita Portman dejase la ciudad. Hace ya mucho, pero lo recuerdo como si fuera ayer; vi un montón de recortes por el suelo y pregunté qué pasaba y me dijeron que era el señor Champfort, que estaba recortando papel. Yo asumí que

se lo habría dado milord porque ya no le hacía falta, puesto que *milady* y él, como recordará, acababan de abandonar el luto por aquel entonces».

Cuando le mostraron el papel a lord Delacour, lo reconoció de inmediato por una marca particular que había colocado en la hoja exterior de una división de papel de carta que, en realidad, no le había entregado a Champfort y había echado en falta por aquella época a la que Marriott se refería. Entre las hojas de papel, su señoría había dejado, como solía hacer, algunos billetes de banco. Eran de poco valor y, cuando se dio cuenta de que no los tenía, Champfort lo convenció fácilmente de que, como la noche anterior había estado bastante ebrio, los había tirado con otros papeles inútiles. Tras escudriñar en vano el escritorio, desistió en la búsqueda. Era verdad que en aquella ocasión le había entregado a Champfort el resto de unas hojas de luto que el criado no tuvo empacho en mostrar abiertamente. Convencido de que podría jurar que ese papel tenía su marca particular y que podría identificar los billetes por el número y otras señales gracias al registro que afortunadamente llevaba, y furioso al descubrir que se había dejado engañar y robar por su indolencia natural, tomó medidas tan expeditas y exitosas que el señor Champfort fue encarcelado a la espera de juicio por robo. Para quedar en paz consigo mismo, confesó que había organizado la escritura de la carta instigado por la señora Freke. Dicha dama ya estaba sufriendo en ese momento un justo castigo por sus «travesuras» y *lady* Delacour pensó que había caído tan por debajo de la indignidad que aconsejó a Belinda no actuar de forma alguna contra ella y limitarse a devolverle la carta con «los saludos y el agradecimiento de la señorita Portman, el señor Vincent y lord y *lady* Delacour a “un amigo sincero” por procurar los medios para llevar a un villano ante la justicia».

Así concluye la historia de la señora Freke y el señor Champfort, que en conjunto apenas merecen un episodio de diez líneas.

Volvamos, pues, al señor Vincent. Percatándose del ascendiente que había adquirido con Belinda y animado por unas esperanzas renovadas, arreció en sus atenciones con todo el ardor de su sanguíneo temperamento. Aunque poco dispuesto a temer males futuros, especialmente en mitad de la felicidad presente, era consciente del peligro que podría suponer la llegada de Clarence Hervey, por lo que estaba impaciente por que transcurriese el día intermedio y sintió una alegría sincera al contemplar al fin a la puerta los carruajes que los llevarían a Oakly Park. Dada su predilección por la magnificencia

propia de las Indias Occidentales, el suyo era extremadamente lujoso. *Lady* Delacour, aunque decepcionada por la ausencia de Clarence Hervey, no trató de retrasar la partida. Se conformó con dejarle una nota que se le entregaría en cuanto llegase y de la que se jactaba que lo llevaría a Harrowgate sin dilación. Los baúles se fijaron a los coches y se colocó el imperial. Marriott se afanaba en sus quehaceres, lord Delacour examinaba los caballos como era su costumbre, Helena acariciaba al enorme perro del señor Vincent y Belinda se chanceaba de su pretendiente debido a su gusto por «toda la pompa, orgullo y aparato»[91] del glorioso viajar… cuando llegó un mensaje expreso de Oakly Park que los obligaría a aplazar la expedición unas semanas. El señor Percival y *lady* Anne escribían que debían regresar a casa por haber recibido un aviso inesperado de… *Lady* Delacour no se quedó a leer qué o quién era responsable del aviso, tal era su alegría por la nueva prórroga. El señor Vincent sobrellevó la decepción tan bien como podía esperarse, especialmente cuando Belinda observó para su consuelo que «la mente tiene su propio lugar»[92] y que la suya se mantendría inamovible en Twickenham o en Oakly Park. Tampoco le dio motivos para dudar de su constancia ni para lamentar no hallarse bajo la influencia inmediata de sus propios amigos. El temor de verse influida indebidamente por *lady* Delacour y el fuerte deseo de actuar honorablemente con el señor Vincent, mostrándole que no estaba jugando con su felicidad y que era incapaz de la vileza de mantener un pretendiente como «segundo plato» eran motivos que actuaban más en su favor que todo lo que *lady* Anne Percival pudiera haber dicho o percibido. El contraste entre la franqueza y la decisión de su conducta hacia Belinda y la vacilación y el misterio de Clarence Hervey, la creencia de que este último estaba o debía estar comprometido con otra mujer, el convencimiento de que el señor Vincent sentía un afecto profundo por ella y poseía muchas de las cualidades esenciales para su felicidad, todo ello hacía que su inclinación fuera cada día más fuerte. Le ahorraremos al lector el diario de las dudas y escrúpulos de la dama, así como de las esperanzas y temores del caballero; baste mencionar que las esperanzas de este último acabaron convirtiéndose en expectativas y que la escrupulosa dama reconoció que dichas expectativas eran razonables.

¿Dónde había estado Clarence Hervey todo ese tiempo? *Lady* Delacour, por desgracia, no tenía ni idea. Cada mañana estaba segura de que aparecería ese día y cada noche se veía obligada a reconocer que se había equivocado. Había hecho todo lo que estaba en su mano a base

de determinación y perseverancia, pero ninguna de sus pesquisas había logrado esclarecer el misterio de Virginia y la señora Ormond, y su impaciencia por ver a su amigo aumentaba con cada hora que transcurría. Se dividía entre la confianza en el caballero y el afecto por Belinda, reacia a darlo por perdido a él y temerosa de ofenderla a ella menoscabando su felicidad con consejos insensatos y una intervención inapropiada. Una cosa sola mantuvo el ánimo de *lady* Delacour algún tiempo: la garantía por parte de la señorita Portman de que no se ataría con promesa o compromiso alguno al señor Vincent, aun cuando se hubiera decidido en su favor, y que ambos mantendrían su total libertad hasta que se celebrase la boda. Esto se avenía con los principios de *lady* Anne y el señor Percival, y *lady* Delacour no se cansaba de expresar directa o indirectamente su admiración por la prudencia y corrección de tal doctrina. Pero ¿de qué servía su confianza en esta cláusula de salvaguardia contra promesas previas? Porque, al cabo, se dio el consentimiento (un consentimiento tímido) para ratificar el más solemne de los votos en el altar y comenzaron los preparativos para las nupcias de Augustus Vincent y Belinda Portman.

Lady Delacour recordó su promesa de felicitar sinceramente al noble caballero victorioso y se propuso convencer a Belinda y a sí misma de que estaba contenta con la próxima unión; sin embargo, no estaba tan dispuesta a que le gustase el señor Vincent, pues había descubierto de manera accidental que aún se llevaba bien con la «odiosa señora Luttridge». Una mañana, Helena estaba jugando con el enorme perro del señor Vincent, al que este tenía un enorme cariño. Se llamaba *Juba*, en honor a su fiel criado.

—Helena, querida —dijo *lady* Delacour—, ¡ten cuidado! No acerques tanto la mano a la boca de esa monstruosa criatura.

—Puedo asegurarle a su señoría —repuso el señor Vincent— que es la criatura más tranquila y afable del mundo.

—Sin duda —terció Belinda—, ya que es suya. Como dice el señor Percival, todo lo que haya bajo la protección del señor Vincent, ya sea animado o inanimado, debe ser lo mejor de su género en el universo.

—Pero es que es cierto que *Juba* es la mejor criatura del mundo —repitió el joven con vehemencia—. *Juba* es, sin excepción, la mejor criatura del universo.

—¿*Juba* el perro o Juba el humano? —preguntó Belinda—. Porque no puede haber dos mejores criaturas en el universo.

—¡Vaya! Juba el humano es el mejor hombre y *Juba* el perro, el mejor perro del universo —respondió riendo el señor Vincent con la

franqueza que solía mostrar cuando alguien señalaba sus puntos flacos —. Pero en serio, *lady* Delacour, no tiene por qué tener miedo de que la señorita Delacour juegue con este pobre animal; cuando se lo presté a la señora Luttridge se pasó un mes entero en Harrowgate durmiendo cada noche en su alcoba y ahora, cada vez que la ve, le lame la mano con la delicadeza propia de un perrito faldero; ayer, sin ir más lejos, cuando estuve allí, me dijo que era más afable que cualquier falderillo de Londres.

Al oír el nombre de Luttridge se demudó el rostro de *lady* Delacour, que permaneció callada unos minutos. El señor Vincent, entendiendo que su súbita seriedad se debía a la aversión o miedo al perro, se lo llevó de la sala.

—Mi querida *lady* Delacour —dijo Belinda al ver que todavía mostraba cierto aire de disgusto—, espero que su antipatía por la «odiosa señora Luttridge» no se extienda a todo aquel que la visite.

—*Tout au contraire!*[93] —exclamó, saliendo del ensimismamiento y adoptando un tono festivo—. Últimamente he enviado a juicio a todos mis viejos enemigos y hasta la odiosa señora Luttridge, aun siendo reincidente, debe incluirse en este acto de gracia. Conque no temas que sobre el señor Vincent caiga mi regio disgusto por confraternizar con semejante delincuente. Aunque no pueda simpatizar con él, le perdono su parcialidad tanto con ese enorme perro como con esa ínfima mujer; sobre todo porque sospecho sagazmente que lo que le gusta no es tanto la dama como su mesa de ruleta.

—¡Una mesa de ruleta! ¡Cielo santo! No imaginará que el señor Vincent...

—¡No, querida, no te alarmes así! Te aseguro que no insinuaba que se trate de un apego serio o impropio a la ruleta; puede que hubiera un mínimo devaneo al que su pasión por ti sin duda habrá puesto fin.

—En cuanto lo vea le preguntaré si le gusta el juego. Sé que acostumbraba a jugar al billar en Oakly Park, pero solo por diversión. Los juegos de destreza, como dice el señor Percival, no están al mismo nivel que los juegos de azar.

—Con todo, un hombre puede llegar a perder una cuantiosa fortuna al billar, como el pobre lord Delacour puede contarte. Pero te lo suplico, querida Belinda, no me delates al señor Vincent; diez contra uno a que me equivoco, porque este perro me ha puesto de mal humor.

—Pero quedarme sin disipar esta duda...

—Se disipará; lord Delacour puede informarse por mí. ¿He dicho «puede» informarse? Quería decir «debe». Si Champfort me hubiera

oído, menuda interpretación habría hecho de ese desafortunado «puede». ¡Qué excelente gramática ha de ser la mujer que quiera vivir con un esposo inferior a ella en entendimiento! Si fuera superior o igual, podría emplear «poder» y «deber» con la inexactitud que quisiese. ¡Glorioso privilegio! ¡Cómo te envidiaré, mi querida Belinda! Aunque, ¿acaso tienes esperanza de poder disfrutar de ello? ¿Dónde está tu superior? ¿Dónde tu igual?

El señor Vincent, que se había ido a dar de comer al perro (lo que constituía uno de sus placeres cotidianos), regresó en ese momento y le aseguró cortésmente a *lady* Delacour que *Juba* no volvería a importunarla. Para seguir en paz con el caballero y alejar la mesa de ruleta de la mente de Belinda, su señoría desvió la conversación de *Juba* el perro a Juba el hombre. Habló de la fosfórica mujer obeah de Harriot Freke cuya historia le había contado la señorita Portman. Habló de la boda de Juba y de la generosidad de su amo con él. De ahí, a modo de contraste, pasaron al comercio de esclavos africanos para acabar justo donde deseaba y donde el señor Vincent habría deseado: elogiando un poema llamado *El negro moribundo*[94] que la noche anterior le había llevado a Belinda para su lectura. El elogio fue especialmente agradable porque el joven no estaba seguro por completo de su propio juicio crítico y su conocimiento de la literatura inglesa no era tan vasto como el de Clarence Hervey, una circunstancia que *lady* Delacour había descubierto una mañana en que fueron a visitar la famosa villa de Alexander Pope en Twickenham. Halagado por la confirmación de su buen gusto, el señor Vincent accedió con placer a leerle el poema a Belinda. Todos se hallaban inmersos en el embeleso de la poesía cuando se vieron interrumpidos de repente por la llegada de… ¡Clarence Hervey!

Al señor Vincent se le cayó el libro de las manos en cuanto oyó su nombre. Los ojos de *lady* Delacour refulgieron de alegría. El rostro de Belinda se encendió, pero su semblante conservó una expresión de calmada dignidad. El señor Hervey, al entrar, parecía preparado para mantener un ademán de filosófica compostura, pero lo abandonó antes de haber atravesado la estancia. Parecía conmovido con la amabilidad con que *lady* Delacour lo recibió e impresionado por la conducta reservada de Belinda, pero no sorprendido ni disgustado al ver al señor Vincent. Por el contrario, de inmediato pidió que se lo presentaran, como si estuviera resuelto a cultivar su amistad. Irritada y perpleja, *lady* Delacour exclamó en un tono que mezclaba el asombro con el reproche:

—Aunque no te hayas dignado a responder mi última carta, por el

modo en que deseas que te presente a nuestro amigo el señor Vincent, entiendo que sí la recibiste.

—¡Recibirla! ¡Por todos los santos! ¿Es que no le ha llegado mi respuesta? —exclamó Clarence Hervey con acento y mirada de extrema sorpresa y emoción—. ¿Su señoría no ha recibido un paquete?

—¡No he recibido nada! ¡Ni una carta! Señor Vincent, hágame el favor de tirar de la campanilla —le pidió con gesto ansioso—. Quiero saber de inmediato qué ha sucedido.

—Su señoría debe haber pensado que yo… —y, al hablar, sus ojos se dirigieron sin darse cuenta hacia Belinda.

—¡Qué importa lo que haya pensado! —exclamó la dama, que le perdonó todo por esa mirada—. Si no he sido justa contigo mientras estaba enojada, Clarence, debes perdonarme, pues te aseguro que te he hecho justicia en muchas otras ocasiones… ¿Ha llegado alguna carta o algún paquete para mí? —preguntó con impaciencia al criado que acababa de entrar—. Infórmate, pregunta.

No había ninguna carta o paquete que se supiera. Entonces el señor Hervey recordó que los había remitido a la casa de su señoría en Londres. Esta dio orden para que fueran por ellos de inmediato; apenas hubo acabado, se volvió al caballero y le dijo riendo:

—Flaco elogio os hago a ti y a la carta, pues es cierto que puedes hablar tan bien como escribes; ¿qué digo?, ¡aún mejor!, aunque tampoco es que escribas mal precisamente. Empero, puedes referirme en dos palabras lo que por escrito te habría llevado medio volumen. Dejemos a la señorita y al caballero disfrutando de *El negro moribundo* y dame a conocer esas dos palabras en el vestidor de lord Delacour, por favor —le dijo mientras abría la puerta de la estancia contigua—. Milord no se pondrá celoso si te encuentra *tête-à-tête* conmigo, te lo prometo. Aunque no pareces demasiado dispuesto a hacerlo. Pareces…

—Lo que parezco —respondió afectando hilaridad— es incapaz de resumir medio volumen en dos palabras. Es una larga historia y…

—Y tendré que esperar el paquete, quiera o no. Está bien, que así sea —concluyó *lady* Delacour, quien, sorprendida por la extrema perturbación que mostraba, no quiso presionarlo con nuevas chanzas, sino que al punto trató de llevar la conversación a asuntos generales.

Volvió a recurrir a *El negro moribundo*. El señor Vincent, a quien se dirigía en ese momento, dijo:

—Por mi parte, nunca he poseído ni pretendo poseer un gran gusto crítico, pero admiro el enérgico y viril espíritu de virtud que emana del poema.

Del poema se pasó fácilmente al autor y Clarence Hervey, haciendo un esfuerzo por participar en la conversación, observó que el señor Thomas Day daba ejemplo de cómo la elocuencia genuina debía brotar del corazón.

—No cabe duda de que Cicerón estaba en lo cierto —continuó dirigiéndose al señor Vincent— al definir como uno de los requisitos de un gran orador que fuera un buen hombre.

El señor Vincent respondió con frialdad:

—Esa definición excluiría a demasiados hombres de talento superior como para que la aceptemos sin más.

—Tal vez la apariencia de virtud —repuso Belinda— pueda tener en ocasiones tanto éxito como la realidad.

—Sí, si el hombre fuera tan buen actor como el señor Hervey —dijo *lady* Delacour— y adecuase «la acción a la palabra y la palabra a la acción».[95]

Belinda no levantó la vista mientras estas palabras brotaban de labios de su señoría. El señor Vincent estaba o parecía estar tan ensimismado en algo del libro que sostenía en la mano que no volvió a intervenir en la conversación, por lo que se hizo un silencio sepulcral.

Lady Delacour, de natural impaciente, sobre todo a la hora de defender a sus amigos, no soportaba ver, como veía en el semblante de Belinda, que no había olvidado la historia de Marriott sobre Virginia Saint Pierre y, pese a estar convencida de que «el paquete» esclarecería todos los misterios, no podía aguantar que entretanto se sospechase injustamente del pobre Clarence ni pudo evitar probar un recurso que se le acababa de ocurrir para satisfacerse a sí y al resto de concurrentes. Así pues, fue la primera en romper el silencio.

—En verdad, amigos míos, qué grata compañía sois todos esta mañana. Al señor Vincent se le puede disculpar porque está enamorado y a Belinda se la puede disculpar porque... Señor Hervey, ayúdame a buscar una excusa para el silencio de la señorita Portman, porque tengo un miedo cerval de decir la verdad. ¿Que por qué te pido a ti que me ayudes? Porque en tu estado actual pareces incapaz de ayudarte a ti mismo. ¡Ni una palabra! Busca entre los lugares comunes de las conversaciones: el tiempo, la moda, el escándalo, los duelos, las muertes, las nupcias... ¿Ninguno de ellos te sirve? Supón, entonces, que tuvieras que entretenerme con los pensamientos de otros, puesto que no tienes ninguno propio disponible. Ríndete al poder arbitrario de nuestro sexo —continuó la dama con jovialidad— como un verdadero hombre de espíritu, que derramaría hasta la última gota de sangre para resistir

ese mismo poder si viniera de uno de los suyos. ¡Criaturas incoherentes, los mejores de entre vosotros! Conque ¿podrías leernos este poemilla encantador?

Cuando estaba a punto de comenzar, *lady* Delacour puso la mano sobre el libro y lo detuvo.

—Espera. Si bien soy una tirana, no soy traicionera. Te advertiré, pues, que te he impuesto una tarea difícil y peligrosa. Si tuvieras algún pecado «por ley no fustigado»,[96] te desafío a leer determinadas líneas sin titubear. Escucha el prefacio.

Su señoría comenzó a leer en voz alta:

> *Efectivamente, el señor Day mantuvo durante toda su vida, como podría esperarse de su carácter, un odio acendrado por la seducción femenina. Al ver por casualidad unos versos escritos por una joven dama sobre un caso reciente de esa naturaleza al que sucedió una fatal catástrofe (la infeliz joven, que había sido víctima de la perfidia de un amante, abrumada por la conciencia de su vergüenza, murió de pena), se dirigió a la bella poetisa, con cuyos sentimientos simpatizaba, del siguiente modo.*

Aquí *lady* Delacour se detuvo y fijó la mirada en Clarence Hervey. Este, con toda la apariencia de una conciencia inocente, tomó el libro de sus manos sin dudar y leyó en alta voz los versos que le indicó.

> *Jura por los terribles vengadores del sepulcro*
> *por todas tus esperanzas, por las tenebrosas tinieblas de la muerte*
> *que jamás, engañada por ti, la gentil doncella*
> *lamentará la ingenua confianza traicionada*
> *ni llorará en secreto el triunfal ardid*
> *que con amarga angustia hirió su corazón;*
> *para que cada bendición, que el imparcial destino*
> *derrama sobre los justos y arrebata a los grandes,*
> *adorne con divinos rayos el camino por ti escogido*
> *y que el mayor regalo del cielo, un amor virtuoso,*
> *sea tuyo.*[97]

El señor Hervey leyó estos versos con una energía tan libre de

afectación y embarazo que *lady* Delacour no pudo sino dedicar una mirada de triunfo a Belinda, que parecía decir: «¿Lo ves? ¡Tenía razón en mi opinión sobre Clarence!».

El rostro de Belinda se veía satisfecho; parecía decir: «Estoy contenta de que el señor Hervey sea digno de nuestra estima, aunque ya no sea dueño de mi amor». Su actitud hacia él recalcaba ese mismo sentimiento. La reserva que había mantenido mientras albergó sospechas de que hubiera actuado de manera deshonrosa se había disipado y le hablaba con esa sencilla y amable familiaridad que ningún hombre de su discernimiento podría confundir. Si el señor Vincent hubiera contado únicamente con sus propias observaciones, habría visto la verdad; pero lo alarmaron y confundieron las imprudentes expresiones de alegría y las miradas significativas que *lady* Delacour dedicaba a su amiga, que parecían «miradas de mutua comprensión». Apenas se atrevía a volver los ojos a su amada o a aquel a quien consideraba su rival, sino que los mantenía fijos en su señoría; parecía estudiar en ella todo lo que sucedía como si fuera un espejo.

—Dime, ¿has vuelto a jugar al ajedrez desde la última vez que te vimos? —le preguntó *lady* Delacour a Clarence—. Espero que no olvides que eres mi caballero. Te aseguro que yo no lo hago: te presento como tal ante el mundo entero, en público y en privado, ¿verdad, Belinda?

Una nube oscura cubrió el ceño del señor Vincent, que no oyó la respuesta de su pretendida. Preso de un arrebato de celos, clavó en el señor Hervey una mirada que mezclaba rabia y desprecio y, tras farfullar unas palabras ininteligibles a la señorita Portman y a *lady* Delacour, abandonó la pieza.

Clarence Hervey, que parecía temeroso de no poder contenerse por más tiempo en presencia de Belinda, se retiró pocos minutos después.

—¡Mi querida Belinda! —exclamó *lady* Delacour en cuanto salió—. ¡Cuánto me alegro de que se haya marchado, porque así puedo decirte todo lo bueno que pienso sobre él! Para empezar, Clarence Hervey te ama. Nunca he estado tan convencida como hoy. ¿Por qué no nos habrá llegado antes esa carta suya? Seguro que nos lo explica todo, aunque no preciso de explicación ni carta alguna para confirmar mi opinión, mi convicción de que te ama. En este punto no puedo equivocarme: te ama profundamente.

—¡La ama profundamente! Sí, sin duda, eso ya podría habérselo dicho yo hace mucho —exclamó *lady* Boucher, que se había presentado en la sala casi sin que se dieran cuenta de tan ansiosas que se hallaban, la una escuchando y hablando la otra—. ¡Profundamente! Y no es un

secreto, se lo prometo, *lady* Delacour. —Luego, volviéndose a Belinda, comenzó a darle la enhorabuena por la noticia de su próximo enlace con el señor Vincent—. Ya veo que la estoy azorando, y es que soy consciente de que va contra las reglas hablar de esta forma, señorita Portman, pero como soy una vieja conocida y una vieja amiga y una vieja en general, tendrá que disculparme. No puedo evitar decir que me alegro muchísimo de que haya encontrado un partido así, tan deseable y tan agradable... Un joven encantador, por lo que he oído, *lady* Delacour. Ya veo que he de hablarle solo a usted so pena de hacer que la señorita Portman se hunda hasta el centro de la Tierra, cosa que no desearía y menos en un momento crítico como este. ¡Un joven encantador! He oído que posee una fortuna de las Indias Occidentales tan noble como noble es su espíritu y que está bien relacionado y perdidamente enamorado. ¡No es de extrañar! Pero ya termino, se lo prometo. No haré ninguna pregunta, conque no salga corriendo, señorita Portman. No le preguntaré nada, prometido.

Para garantizar que cumpliría tal promesa y sabiendo que la pregunta tendría a la viuda agradablemente ocupada, *lady* Delacour le preguntó:

—¿Qué nuevas hay del mundo? Aquí vivo bastante aislada, pero dado que *lady* Boucher ha tenido la amabilidad de venir a verme, oiremos de la máxima autoridad todos los secretos dignos de conocerse.

—En tal caso, la primera novedad que tengo para ustedes es que milord y *milady* Delacour se han reconciliado y forman la pareja más feliz que lo ha sido en el mundo.

—Todo ello muy cierto —respondió la dama.

—¡Cierto! —repitió la viuda—. Pero, mi querida *lady* Delacour, ¡me asombra usted! ¿Lo dice en serio? ¿Alguna vez se oyó cosa tan provocadora? Y yo que he estado rebatiendo la información allá donde iba porque estaba convencida de que toda la historia era un error y una invención.

—Puede que la historia de la reforma no sea exacta, pero de la reforma en sí puede estar segura, pues lo oye de mis propios labios.

—¡Qué cosa admirable! ¡Cuán increíble! Dios me perdone, pero ¿de verdad que su señoría no bromea? Porque se la ve igual y habla del mismo modo: no veo mudanza alguna, lo confieso.

—¿Y qué mudanza, mi buena *lady* Boucher, espera ver? ¿Creía que para mostrarme ejemplarmente virtuosa debería, como *lady* Q., hacer que las frases salgan de mi boca a un ritmo de una palabra por minuto? «Como... pequeñas... gotas... que... caen... de... los... aleros».[98] ¿O creía

que, en la esperanza de convertirme en modelo para la próxima generación, mi faz debería mostrar un inamovible gesto de penitencia, como algunas pobres damas de la Antigua que, tras arrasarse el rostro entero para conseguir una fina complexión y, hasta que nazca la nueva piel, se ven obligadas a permanecer sentadas sin hablar, sonreír o mover músculo o rasgo alguno para evitar que, como consecuencia, les salga una arruga indeleble?

Lady Boucher estaba impaciente por que acabase el discurso, pues tenía una nueva que compartir.

—¡Vaya! Una oye tantos rumores extraños que no hay manera de saber qué creer o no creer, pero tengo una noticia que darles y de la que sí pueden fiarse. Tengo un secreto digno de conocerse, y es un secreto que con certeza usted y la señorita Portman se alegrarán de conocer. Su amigo Clarence Hervey ¡va a casarse!

—¡A casarse! ¡Casarse! —exclamó *lady* Delacour.

—Sí, sí, puede sorprenderse tanto como guste, que no se quedará más atónita de lo que me quedé yo al enterarme. Clarence Hervey, señorita Portman, que como sabe parecía un hombre que jamás se casaría y el último hombre sobre la faz de la Tierra que su señoría podría imaginar que lo haría de esta manera.

—¿De qué manera? Mi querida Belinda, ¿cómo consigues aguantar este calor? —preguntó *lady* Delacour al tiempo que colocaba diestramente una pantalla para ocultar la cara de la joven a ojos de la viuda.

—No quiero... No me hace falta una pantalla, gracias —repuso Belinda al tiempo que la apartaba con dulce firmeza.

—Ahora adivinen con quién se va a casar —continuó *lady* Boucher—. ¿Con quién cree, señorita Portman?

—Una mujer adorable, imagino, por el carácter general del señor Hervey.

—Oh, una mujer adorable, sin duda; toda mujer es adorable, como nos dicen los diarios, cuando va a casarse, claro —replicó *lady* Delacour —. Que se trate de una mujer adorable no significa nada. Inténtalo de nuevo. Y no a partir del carácter general, mi querida Belinda, porque en estos casos no se puede juzgar lo que a la gente le gusta o no a partir de ello.

—Entonces, dejaré que esta vez sea su señoría quien trate de adivinarlo.

—¡Ninguna de las dos lo adivinaría antes del día del Juicio! Se lo diré: el señor Hervey va a casarse de la manera más extraña con una

muchacha que nadie conoce, la hija de un tal señor Hartley. Es cierto que el padre puede concederle una buena renta, pero nadie habría imaginado que la fortuna fuera un fin para el señor Hervey, que posee una tan sobresaliente. La verdad es que es difícil de creer.

—Tan difícil que yo lo veo harto imposible —dijo *lady* Delacour con sonrisa incrédula.

—Puede creerme, mi querida *lady* Delacour —respondió la viuda al tiempo que apoyaba el convincente peso de su brazo sobre el de la dama—. Le aseguro que la información es fiable. Adivine de quién lo sé.

—Lo haré, pero primero permítame decirle que he visto al señor Hervey hace menos de media hora y jamás vi a un hombre con menos aspecto de prometido.

—¡En efecto! También he oído que no está contento con el enlace. Qué lástima que cuando lo vio esta mañana no le contase todos los pormenores. Pero tenga el aspecto que tuviere, verá que la información que le he dado es correctísima. Adivine quién me la procuró: la señora Margaret Delacour. Fue en su casa donde Clarence Hervey conoció al señor Hartley, quien, como ya he dicho, es el padre de la joven. Hubo una escena encantadora y cierta historia romántica relacionada con que había encontrado a la muchacha en una casita y que la llamó «Virginia no sé qué», pero eso no acabé de entenderlo bien. En cualquier caso, lo que es cierto es que la jovencita, según el padre le contó a la señora Delacour, está perdidamente enamorada del señor Hervey y van a casarse de inmediato. Ya verá que la información que le he dado es correcta. Que tengan un buen día... ¡Dios nos ampare! Ahora que me acuerdo, una vez oí que el señor Hervey era un gran admirador de la señorita Portman.

—Puedo asegurarle, con la máxima autoridad, que la información que le dieron a su señoría a ese respecto sí que «no» era correcta.

—No serás tan atrevida de considerarte la «máxima» autoridad, ¿verdad? —le preguntó *lady* Delacour.

La indiscreta viuda, cuya curiosidad había detectado un nuevo hilo del que tirar, fijó la mirada en el rostro de Belinda, pero no consiguió ver nada. ¿Sería porque no tenía buena vista o porque no había nada que ver? Para responder a la cuestión y tener una visión más clara, miró a través de los anteojos, pero *lady* Delacour desvió su atención al exclamar súbitamente:

—Mi querida *lady* Boucher, cuando regrese a Londres, envíeme una botella de extracto concentrado de cuasia.

—¡Ja, ja! ¿Así que por fin la he convertido? —respondió la viuda y, satisfecha con la gloria de la conversión, se despidió.

—Admira mi conocimiento de la naturaleza humana, querida Belinda —dijo *lady* Delacour—. En cuanto llegue a su próximo destino, no hablará de otra cosa que de mi fe en el concentrado de cuasia y se olvidará de inventar un chisme a partir de una indirecta que, de la manera más estúpida e imprudente, le lancé sobre la admiración que Clarence Hervey te profería... No te vayas, Belinda, tengo mil cosas que decirte.

—Discúlpeme, mi querida *lady* Delacour, pero estoy impaciente por escribirle unas líneas al señor Vincent. Se marchó...

—En un ataque de celos, y me alegro por ello.

—Y yo lo siento. Siento que confíe tan poco en mí como para sentir celos sin motivo..., sin motivo suficiente, quiero decir; porque es evidente que su señoría le hizo daño con la manera en que recibió al señor Hervey.

—Por Dios, Belinda, echarías a perder al último hombre del planeta. No podrías comportarte de forma más absurda si fuera tu esposo... ¿Te has casado en secreto con él? Si no es así, por favor te lo pido, por ti, por el señor Vincent, no le escribas hasta conocer el contenido del paquete de Clarence Hervey.

—No podrá cambiar en nada lo que escriba.

—Bien, querida, escribe lo que quieras; pero espero que no envíes la carta hasta que llegue el paquete.

—Discúlpeme, pero la enviaré en cuanto pueda: «el dulce placer de hacer daño»[99] no es algo que me agrade.

En cuanto se quedó sola, *lady* Delacour comenzó a reconsiderar la historia de la viuda; a pesar de su sonrisa incrédula, la había alarmado, ya que no podía dejar de darle cierto crédito en cuanto vio que la fuente era la señora Margaret Delacour. Esta era una mujer de escrupulosa veracidad y rígida en su animadversión hacia los chismes, por lo que era poco probable que una información procedente de ella, por mucho que se hubiera alterado después, careciese de fundamento. El nombre de Virginia coincidía con lo aludido por *sir* Philip Baddely y con los descubrimientos de Marriot. Habida cuenta de estas circunstancias, *lady* Delacour no sabía qué pensar y su ansiedad por recibir el paquete del señor Hervey crecía por momentos. Caminaba impaciente por la estancia. Miraba el reloj. Imaginaba que se había parado. Se lo llevaba al oído. Tiraba de la campanilla cada cuarto de hora para preguntar si el mensajero «aún» no había llegado. Al cabo

arribó el ansiado paquete. Lo agarró y corrió de inmediato al aposento de Belinda.

—¡El paquete de Clarence Hervey, querida! ¡Maldita sea la persona que nos interrumpa! —exclamó mientras echaba la llave a la puerta y arrimaba un sofá a la lumbre—. ¡Allá vamos! Si el diablo cojuelo me observase desde lo alto de la casa o Champfort, que es todavía peor que aquel, me espiase por el ojo de una cerradura, jurarían que estoy a punto de abrir una carta de amor ¡y espero que así sea! ¡Allá vamos! —exclamó al tiempo que rompía el sello.

—Mi amiga querida —dijo Belinda cubriendo la mano de *lady* Delacour con la suya—, antes de abrir el paquete permítame decirle algo ahora que tenemos la mente serena.

—¡Serena! ¡Qué momento tan extraño para que tu mente lo esté! Aunque no voy a insultarte con mi incredulidad. Habla, y rápido, pues no puedo fingir serenidad porque, merced a mi buena estrella, no es mi profesión la de filósofo. Allá va el último sello. ¡Habla ahora o calla para siempre, mi serena filósofa de Oakly Park! Pero ¿de verdad quieres que escuche lo que tengas que decir?

—Sí —respondió Belinda sonriendo—, eso es lo que suelen querer quienes hablan.

—Muy cierto, y yo sé escuchar medianamente bien cuando no sé lo que va a decir la gente, pero cuando lo conozco de antemano tengo la mala costumbre de no ser capaz de atender ni a una palabra. Así que, querida mía, permíteme anticiparme a tu parlamento y, si me equivoco, podrás explicarte y yo —continuó, llevándose un dedo a los labios— te escucharé sin pestañear cual Harpócrates, el dios del silencio.

Belinda consintió en atenderla antes de hablar, pues era la manera más rápida de que luego la escuchase.

—Voy a contarte lo que, si no ibas a decirme, al menos sí que te lo dices a ti misma, que para el caso da igual. Te dices: «No importa lo que contenga el paquete de Clarence Hervey; llega demasiado tarde. No importa lo que diga o lo que haga; me da igual porque (y aquí llega el razonamiento) las cosas con el señor Vincent han llegado tan lejos que *lady* Anne Percival y el mundo entero (en Oakly Park) me culparán si me retracto. Además, le he escrito a mi tía Stanhope y ya están en marcha los preparativos para la boda. En resumen, las cosas han ido demasiado lejos, por lo que no puedo echarme atrás, dado que las cosas “han ido demasiado lejos”». Y ese es el rondó de tu argumento. Ahora escúchame y después, cuando sea tu turno, podrás hablar durante una hora si quieres. Si bien las cosas han ido lejos, se pueden detener y

volver atrás, ¿no? *Lady* Anne Percival es tu amiga, por lo que solo puede desear tu felicidad. Piensas que es la cosa más extraordinaria, una mujer sensata, conque no podrá enojarse contigo por querer ser feliz a tu manera. Así pues, no ha menester «seguir desarrollando este argumento», como dirían los oradores. En cuanto a tu tía, escribirle de manera tan precipitada a buen seguro que fue un error; es decir, contrario a mi consejo. Pero el miedo a disgustar poco más o menos a tu tía no tiene comparación con la esperanza de ser feliz de por vida, especialmente cuando ya has sobrevivido unos meses en estado de absoluta excomunión de su favor. Al fin y al cabo, ya sabes que la señora Stanhope no llorará más que la pérdida de la fortuna del señor Vincent, y la del señor Hervey es tan abundante o punto menos. Al menos podrá compensarlo con el orgullo de la distinción al observar que a ojos del mundo (los únicos ojos en que ella se fija) es mejor emparentarse con un miembro del parlamento inglés que con el hijo de un terrateniente de las Indias Occidentales, por muy protegido de *lady* Anne Percival que sea.

»¡Ahórrate la indignación, querida! ¿Pero qué mirada es esa? ¿Si me pongo en la mente de la señora Stanhope, no habré de razonar como ella? Y ahora, en cuanto a los preparativos de la boda, no eres una joven que se case porque el vestido de novia ya esté listo. Puede que se malgasten unas guineas, pero peor sería echar por tierra tu felicidad entera; ¡menudo ahorro sería ese! Confía en mí, querida, igual que yo lo hice cuando fue necesario. O bien, si temieras quedar en deuda con quien nunca temió estar en deuda contigo, te apuesto diez contra uno a que habrá que preparar de inmediato una boda, aunque no «la» boda. A la señora Franks le importa poco quién sea el novio; mientras se le salde la cuenta, le dará igual si quien paga es el señor Vincent o el señor Hervey. Espero haberte convencido, pues es evidente que te hecho ruborizar, y eso ya me satisface. El rubor en un momento como este es una verdadera victoria. ¡Contemplad mi triunfo! Y ahora voy a abrir el paquete; mi mano no permanecerá presa de la tuya un solo instante más.

—La absuelvo de la penitencia de escucharme una hora, pero le pido que cumpla la promesa de escucharme unos minutos, amiga mía. Le agradezco sinceramente su amabilidad y le aseguro que no dudaría en quedar en cualquier tipo de deuda con usted.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Ay, mi Belinda! ¡Así me gusta!

—Pero la verdad es que me ha malinterpretado de parte a parte. Su razonamiento…

—Muéstrame dónde falla. Te reto a usar toda la lógica de todos los Percival.

—Su razonamiento es excelente si no fuera porque da por sentados los hechos. Da por sentado que el señor Hervey está enamorado de mí.

—No. No doy nada por sentado y lo verás en cuanto abra el paquete.

—Ha dado por sentado —continuó Belinda— que sigo prendada de él en secreto. Le aseguro que no es así.

—Eso lo veo sin tener que abrir el paquete.

—Y da por sentado que lo único que me impide romper el compromiso con el señor Vincent es el temor a *lady* Anne Percival, a mi tía y al mundo. Si lee esta carta que estaba escribiéndole cuando entró en la pieza, tal vez se convenza de su error.

—Entonces, ¿de verdad y, como decía mi tío el abogado, *bona fide*, amas al señor Vincent? ¿De verdad y *bona fide*?

—¿Cree que habría aceptado casarme con un hombre si no lo amara? —preguntó Belinda indignada.

—No, pero podrías amarlo de manera positiva, no comparativa ni superlativa. En resumidas cuentas, querida, que podrías no saber lo que quieres y el regreso del señor Hervey podría hacerte cambiar de idea. Temo tanto ofenderte que apenas sé qué palabras usar, pero es cierto que hubo un tiempo en que te gustaba mi pobre Clarence y, a pesar de todas las curas del señor Percival contra los primeros amores, me inclino a...

—Se inclina a considerar el amor como una enfermedad que solo se padece una vez.

—Querida mía, no podrías ser ingeniosa si sintieses pasión. Créeme, Belinda, estás engañándote: no estás enamorada del señor Vincent; si te casas con él, te arrepentirás y serás desgraciada.

—No pretendo estar lo que se dice «enamorada» del señor Vincent ni creo que estarlo sea necesario para mi felicidad ni para la suya. Pero lo estimo, lo quiero...

—Sí, sí; como la mitad del mundo cuando se casa.

—Como la mitad del mundo desearía sentirse cuando se casa —respondió Belinda sin perder la calma, pero con una firmeza que no pasó inadvertida a su señoría—. Me repugnaría a mí misma y no merecería la compasión de nadie si, después de todo lo que he visto, pensase en casarme por conveniencia o interés.

—¡Perdóname! No pretendía insinuar tal idea, lo único que quería indicar, mi queridísima Belinda, es que un corazón como el tuyo está hecho para el amor en su forma más elevada, más pura, más feliz...

—Como solo podría garantizarme la unión con un hombre de juicio y virtud, una unión que no supondría una diversión de pocos meses, sino años de ventura, como espero poder disfrutar con el señor Vincent sin estar enamorada de él. Se ha comportado con honor y sinceridad conmigo, me ha demostrado la constancia de su afecto y confianza en mi integridad. He tenido total libertad para consultar a mi razón y a mis sentimientos. Aquel está a su favor y estos no tienen nada en su contra.

—¡Nada en su contra! ¡Vaya! Solo una pregunta: si descubrieses que el señor Vincent mantenía a una Virginia, ¿lo desterrarías para siempre de tus pensamientos?

—Si descubriese que me ha engañado y se ha comportado de manera indigna con cualquier mujer, a buen seguro lo apartaría de mi lado.

—¿Con tanta facilidad como has hecho con Clarence Hervey?

—Puede que con más.

—Entonces, ¿reconoces, y eso es todo lo que te pido, que Clarence Hervey te gustaba más de lo que nunca te gustó el señor Vincent?

—Sí, pero ese momento pertenece al pasado y nunca volveré a pensar en ello.

—Pero si te vieses obligada a ello, si Clarence Hervey te pidiese la mano, ¿no volverías a pensarlo largamente? ¿No te haría cambiar de parecer?

—No.

—¿Lo rechazarías?

—Sin dudarlo.

—En tal caso, me iré a leer el paquete a mi alcoba —espetó *lady* Delacour, levantándose con celeridad y evidente disgusto.

—Ni siquiera su disgusto, mi querida amiga, puede mudar mi determinación; no me importa soportar su enojo, porque sé que surge de su afecto por mí.

—Nunca te he querido tan poco como en este instante, Belinda.

—Me hará justicia en cuanto lo piense en frío.

—¡En frío! —repitió la dama mientras abandonaba el cuarto— ¡Espero no ser nunca tan fría como tú, Belinda!

91 N. de la Trad.: En el original, «the pomp, pride, and circumstance». Referencia al verso «Pride, pomp, and circumstance of glorious war!» de la escena III del tercer acto de *Otelo* (*Othello*), de William Shakespeare.

92 N. de la Trad.: En el original, «the mind is its own place». Se trata del verso 254 del primer libro de *El paraíso perdido* (*Paradise Lost*), de John Milton (1667).

93 N. de la Trad.: «Nada más lejos de la realidad» (en francés en el original).

94 N. de la Trad.: *The Dying Negro: A Poetical Epistle* es un poema abolicionista de John Bicknell y Thomas Day (1773).

95 N. de la Trad.: En inglés, «the action to the word, the word to the action», hace referencia a la escena II del tercer acto de *Hamlet*, de William Shakespeare (1601).

96 N. de la Trad.: En inglés, «unwhipt of justice», referencia a la escena II del tercer acto de *El rey Lear* (*King Lear*), de William Shakespeare (1605).

97 N. de la Trad.: Tanto el prefacio como el poema «To the Authoress of Verses to be Inscribed on Delia's Tomb» (cuyos últimos versos lee Clarence Hervey y cuyo original reza: «Swear by the dread avengers of the tomb, / By all thy hopes, by death's tremendous gloom, / That, ne'er by thee deceiv'd, the tender maid / Shall mourn her easy confidence betray'd, / Nor weep in secret the triumphant art, / With bitter anguish rankling in her heart; / So may each blessing, which impartial fate / Throws on the good, but snatches from the great, / Adorn thy favour'd course with rays divine, / And Heaven's best gift, a virtuous love, be thine!») proceden de la biografía *Account of the Life and Writings of Thomas Day, Esq.*, de James Keir (1791).

98 N. de la Trad.: En el original, «Like — minute — drops — from — off — the — eaves». Se refiere al verso 130 de *Il Penseroso*, de John Milton (1645).

99 N. de la Trad.: En inglés, «the dear delight of giving pain». Se trata del verso 37 del poema *Soliloquy of a Beauty in the Country*, de lord Lyttelton (1763).

Capítulo 26



Virginia

El paquete que había enviado Clarence Hervey contenía la historia de su relación con Virginia Saint Pierre.

Para que no se acuse a nuestro héroe de egocentrismo, referiremos los principales acontecimientos en tercera persona.

Alrededor de un año antes de conocer a Belinda, Clarence Hervey regresó de unos viajes que lo habían llevado a Francia justo antes de la Revolución, durante la época de máximo apogeo del lujo y la disipación en París, cuando reinaba un espíritu universal de licenciosa galantería. Ciertas cuestiones de su interés personal le molestaron sobremanera en las bellas parisinas; sentía que aquellas mujeres llenas de vanidad, afectación y artificio, con gustos pervertidos y sentimientos depravados, eran incapaces tanto de procurar como de disfrutar de la felicidad real. Mientras tal convencimiento dominaba su mente, leyó las obras de Rousseau: el juicio de este elocuente escritor le causó una viva impresión y su discurso tuvo no poco efecto en una imaginación de natural ardiente. Lo cautivó la imagen de Sofía,[100] con un carácter tan distinto de las mujeres de mundo, que le repugnaban, y pergeñó el romántico proyecto de educar una mujer para sí. Con esta idea regresó a Inglaterra, resuelto a llevarla a cabo de inmediato, aunque hubo de retrasarla un tiempo por la dificultad de encontrar un objeto adecuado a su propósito: era fácil encontrar belleza en la desdicha e ignorancia en la pobreza, pero difícil encontrar sencillez sin vulgaridad, ingenio sin ardid y hasta ignorancia sin prejuicio; era difícil encontrar una mente sin cultivar, pero propensa a recompensar el esfuerzo de una

instrucción tardía; un corazón virgen aunque lleno de sensibilidad, capaz de todo el entusiasmo de la pasión, la delicadeza del sentimiento y la firmeza de la constancia racional. No es de extrañar que no lograse ver tales expectativas satisfechas de inmediato. Decepcionado tras una primera búsqueda, no cejó en su empeño y, a la postre y de casualidad, descubrió, o creyó descubrir, un objeto creado expresamente para sus fines.

Una agradable tarde de otoño, mientras montaba por New Forest cautivado por la pintoresca belleza del lugar, se alejó del camino hollado y se abrió paso por una senda nueva que siguió con creciente embeleso hasta que la puesta de sol le recordó que era necesario posponer nuevas reflexiones sobre el selvático paisaje y empezar a buscar el camino de vuelta. Se hallaba en aquel momento en la parte más retirada del bosque y no distinguía vereda alguna; sin embargo, al detenerse para pensar qué dirección tomar, un perro salió de la espesura y comenzó a ladrarle furioso al caballo. Este se encabritó, pero Clarence logró dominarlo y retenerlo hasta que el sabueso, con la garganta cansada, se retiró por propia iniciativa. Observando hacia dónde se dirigía, lo siguió con la esperanza de dar con el dueño hasta llegar a un delicioso claro en mitad del cual había una pulcra casita con colmenas en el jardín rodeadas de abundantes rosales preñados de flores. El cuidado rincón contrastaba poderosamente con lo agreste del paisaje circundante. Al acercarse, vio a una chiquilla regando los rosales y a una anciana a su lado que llenaba de flores una cesta. La mujer era igual que el resto de las mujeres, salvo por la llamativa benevolencia de su rostro y el aspecto de haber vivido tiempos mejores; la muchacha, empero, le pareció a Clarence distinta de todas las que jamás hubiera visto. El sol poniente le encandilaba los rasgos, el viento le mecía las guedejas de cabello claro y el rubor de la modestia le cubrió las mejillas al descubrir al desconocido. En sus enormes ojos garzos había una expresión de sensibilidad sin artificio que hizo enmudecer a Clarence unos instantes por el estupor y olvidar por completo que se había acercado para preguntar cómo salir del bosque. El paso del caballo sobre la blanda hierba era tan silencioso que cuando la anciana se percató de su presencia ya se encontraba a poca distancia. En cuanto lo vio, se volvió de súbito a la chiquilla, le entregó la cesta de rosas y le ordenó que las introdujera en la casa. Al pasar junto a él, esta alzó la cesta con sonrisa inocente y le ofreció una de las flores.

—Adentro, Rachel. ¡Vamos! —dijo la anciana con un tono tan alto y severo que los dos se quedaron atónitos.

La cesta se volcó y las rosas cayeron desperdigadas sobre la hierba. Aunque Clarence trató de disculparse, no lamentó en absoluto el incidente, pues detuvo a la chica unos instantes más mientras recogía las flores y le brindó la oportunidad de admirar la delicada forma de sus manos y brazos, así como el donaire y la gracia natural de sus movimientos.

—¡Adentro, Rachel! —repitió la anciana con un tono aún más tajante —. Deja las rosas ahí; ya las recogeré yo. Adentro, niña.

Esta la miró con asombro y los ojos anegados de lágrimas, dejó caer las rosas que llevaba en la mano y respondió:

—Ya voy, abuela.

La puerta se cerró tras ella antes de que Clarence pudiera recuperarse y decirle a la mujer que se había perdido. En cuanto la nieta estuvo a salvo en la casa, su severidad se desvaneció y le indicó gustosa el camino por el que preguntaba.

No obstante, en cuanto le fue posible regresó, pues había tomado tan buena nota del lugar que no tuvo dificultad en dar con aquel rincón que se le había antojado un paraíso terrenal. Mientras bajaba al valle, oía el zumbido de las abejas, mas no vislumbró humo que saliera de la chimenea de la casita ni perro que ladrara ni criatura viva alguna. La puerta estaba cerrada, los postigos echados, todo en silencio. Se diría que el lugar había sido abandonado por sus habitantes: las rosas estaban sin regar, muchas habían perdido las hojas y solo había una cesta medio llena de flores muertas en mitad del jardín. Clarence bajó del caballo e intentó abrir la puerta, pero estaba atrancada; aguzó el oído y no percibió sonido alguno; caminó hasta la parte trasera, donde había una ventanita de celosía entornada y, al acercarse, creyó oír un gemido quedo, por lo que apartó suavemente la cortina y se asomó. El cuarto estaba a oscuras y, con los ojos deslumbrados por el sol, al principio no acertó a atisbar ningún objeto, pero oyó un nuevo gemido intermitente y una voz que dijo al cabo:

—¡Oh, háblame! ¡Háblame una vez más! ¡Solo una! ¡Por favor, háblame!

Procedía de un rincón al que aún no había dirigido la mirada, pero al apartar un poco más la cortina para dejar entrar la luz se dibujó una figura arrodillada junto a la cama y distinguió a la hermosa muchacha con el cabello alborotado y la más terrible expresión de pesadumbre. Cuando le preguntó si podía hacer algo por ella, le indicó con un gesto que entrase, señaló la cama donde reposaba la anciana y dijo:

—No puede hablar. No puede mover un lado del cuerpo. Lleva así

tres días. Pero no está muerta. ¡No está muerta!

La desdichada anciana había sufrido una parálisis. Cuando Clarence se arrimó al lecho, abrió los ojos y, fijándolos en el joven, extendió una mano ajada, asió la de su nieta y se incorporó con un violento esfuerzo para pronunciar la palabra: «¡Fuera!». El rostro se oscureció, las facciones convulsionaron y volvió a hundirse en la cama sin articular palabra. Clarence salió al instante, montó el caballo y galopó hasta el pueblo más próximo en busca de asistencia médica. Gracias a un diestro boticario, la pobre mujer se recuperó hasta tal punto que en pocos días logró hacerse entender. Sabía que su final se acercaba presto y parecía devotamente resignada a su suerte. Clarence la visitaba con frecuencia; sin embargo, aunque agradecida por su humanidad y por la ayuda que le había prestado, parecía agitada cuando se hallaba en el cuarto y no dejaba de mirarlo y de mirar a su nieta con una angustia inusitada. Al fin, le susurró algo a la chiquilla, que enseguida abandonó la pieza, y con un ademán le indicó a Clarence que se acercase al sofá en el que descansaba.

—Caballero, tal vez creyó que estaba fuera de mis cabales el día en que, tumbada en esa cama, le ordené que se marchara con tono autoritario. En aquel momento fue todo lo que pude decir y, la verdad, aún no hablo ni volveré a hablar con fluidez. Pero que sea lo que Dios quiera. Solo tengo una cosa que decirle sobre esa pobrecita mía...

Clarence escuchaba con atención. La anciana se detuvo y, posando una fría mano en la de él, lo miró con gravedad antes de continuar:

—Es usted un joven distinguido con aspecto de buen caballero, pero también lo era el hombre que le rompió el corazón a su desventurada madre. La sacó de un internado cuando apenas contaba dieciséis años un canalla que, tras casarse en secreto con ella, no hizo honor a los votos, sino que al cabo de dos años a su lado, abandonando a esposa e hija, partió al extranjero sin que se volviese a saber de él. Mi hija murió de la pena. Mi preciosa Rachel no tenía ni cuatro años. ¡Que Dios perdone a su padre! ¡Que se haga su voluntad!

La anciana se detuvo para contener sus emociones antes de proseguir con cierta dificultad.

—Mi único consuelo es que he criado a Rachel en la inocencia; jamás la he enviado a un internado... Ni hablar. Desde que nació hasta ahora ha estado bajo mi atenta mirada, viviendo en esta casita, apartada de todo el mundo. Usted es el primer hombre con quien ha hablado, el primero que ha atravesado estas puertas. ¡Es la pureza misma! Igual que esperará usted clemencia cuando se encuentre en este trance en que

yo me hallo, ¡guarde la inocencia de esa pobre niña! No vuelva en su busca cuando yo haya muerto. Tenga en cuenta que no es más que una chiquilla. Jamás creó Dios criatura mejor... Prométame que no será la ruina de mi dulce e inocente niña y podré morir en paz.

Clarence Hervey se sintió conmovido. Le prometió al instante lo que le pedía y, dado que la pobre moribunda no aceptaría otra cosa, pronunció un juramento solemne.

—Ahora quedo tranquila y en paz. Que Dios lo bendiga por ello. En el pueblo vive la señora Smith, esposa de un buen granjero, y nos conoce bien; ella se encargará de darme un entierro decente y me ha prometido que venderá por mi niña lo poco que tengo y la cuidará. ¿Usted no volverá a acercársele?

—No fue eso lo que prometí.

La anciana volvió a alterarse sobremanera.

—¡Ah, mi buen joven! Escuche mi consejo: será lo mejor para ambos. Si vuelve a verla, la amará, no podrá evitarlo. Y si ella vuelve a verlo... Pobrecita, ¡con qué inocencia le sonrió cuando le dio la rosa! Se lo ruego, no vuelva a acercarse a ella cuando yo ya no esté. Es demasiado tarde para que yo la aparte de su camino. Estoy segura de que esta será mi última noche en este mundo... ¡Prométame que no volverá a venir!

—Tras el juramento prestado, esa promesa sería innecesaria. Confíe en mi honor...

—¡Honor! Esa es la palabra que empleó el caballero que traicionó a su pobre madre y luego la dejó morir. ¡Ay, señor mío!

La violenta emoción que sintió fue demasiado para ella. Se dejó caer exangüe sobre la cama y al cabo de una hora, sin volver a hablar, expiró en brazos de su nieta. La desdichada niña no acertaba a creer que hubiera exhalado el último aliento. Les hizo un gesto para que guardasen silencio al cirujano y a Clarence, que permanecía a su lado, y escuchó con atención, imaginando que el cadáver respiraba. Luego besó los labios fríos y las mejillas macilentas y los párpados cerrados para siempre. Calentó los dedos inertes con su hálito, levantó el pesado brazo y, cuando cayó, entendió que no había esperanza. Postrándose de hinojos, exclamó:

—¡Está muerta! Y se ha ido sin darme su bendición. Ya nunca podrá dármela.

La tomaron al vuelo cuando se estaba desplomando y Clarence le roció el rostro con agua. Era una noche agradable y el aire fresco pronto le hizo recobrar los sentidos. Luego le dijo que la dejaba al cuidado del cirujano y partió al pueblo en busca de la tal señora Smith,

que había prometido ser su amiga.

—¿Conque usted también me abandona? —le preguntó, rompiendo a llorar. Al ver las lágrimas, Clarence se dio la vuelta y se alejó presto. Mandó a la mujer del pueblo, pero él no regresó aquella noche.

La simplicidad, la sensibilidad y, tal vez más de lo que era consciente, la belleza de la muchacha le habían agradado y enternecido en extremo. La idea de enamorarse de un corazón puro, desinteresado e inexperto deleitaba su imaginación: el cultivo de su mente, pensaba, sería una tarea sencilla y grata. Todas las dificultades se desvanecían ante sus optimistas esperanzas.

«La sensibilidad —se dijo— es madre de grandes talentos y grandes virtudes, y es evidente que la muchacha posee un grado poco común de natural percepción; habrá de desarrollarse con habilidad, paciencia y delicadeza, y me haré merecedor de ella antes de reclamar mi recompensa».

Al día siguiente regresó a la casita acompañado de la señora Ormond, la misma dama entrada en años que, más tarde, pareciera a los ojos cargados de prejuicios de Marriott «más una dueña que otra cosa», pero que esta chiquilla sencilla e inocente vio como lo que era en realidad: una mujer caritativa y de natural bondadoso. Aceptó de buen grado quedar bajo su protección «siempre que la señora Smith lo permitiese». No fue difícil convencer a dicha mujer de que le sería ventajoso. Esta, que no era más que la mera esposa de un granjero, le contó todo lo que sabía de la historia de Rachel, pese a que no era gran cosa. Solo había captado alguna que otra alusión de la anciana y estas coincidían punto por punto con lo que el señor Hervey ya había oído.

—La «anciana dama» —le dijo la señora Smith—, como creo que debería llamarla en puridad, llevaba muchos años viviendo en el bosque donde usía la descubrió. Se ganaba la vida cuidando de las abejas y fabricando agua de rosas. Tenía buen corazón, pero era peculiar, sobre todo con su nieta; algo que, si lo piensa una bien, no se le puede echar en cara. A menudo me decía que nunca mandaría a Rachel a un internado, y bien que me parece, visto que no tiene fortuna y que, para mí, educar a las mozas por encima de sus posibilidades es echarlas a perder, como pasó con la madre. Nunca enseñó a escribir a Rachel por miedo a que empezase a garrapatear bobaditas de cartas de amor, igualito que la madre. Y eso también me pareció requetebién, caballero, porque tampoco acaba de gustarme eso de los libros y hasta creo que habría sido bueno que la chiquilla no aprendiese a leer. Pero eso sí que lo hizo y bien que le ha gustado siempre, aunque se me

figura que era más una molestia que algo de utilidad para la abuela, porque siempre andaba más preocupada por los libros que la niña podía leer que por otra cosa. Le aseguro que la vi más alterada por un pedazo de periódico viejo con el que había envuelto un retal de lino que le llevé a casa que si el mundo entero se hubiera venido abajo, y todo para que Rachel no le echase la vista encima. «Para eso sirve leer —le dije yo—. Todo el tiempo he tenido el papel ese en las manos y ningún daño me ha hecho; ni se me ha pasado por la cabeza. ¿Qué es lo que dice, pues?».

—¿Estaba Rachel presente? ¿Llegó a ver el papel? —preguntó Clarence.

—¡Válgame Dios! ¡Claro que no! Estaba atendiendo a las abejas donde no podía oírnos, así que la anciana no tardó ni un minuto en ponerme al corriente. Solo se lo cuento para que vea cómo era. Y tenía rarezas aún peores, porque nunca dejó que la niña cruzase palabra con hombre alguno ni ningún hombre atravesó jamás el umbral de la casa.

—Eso me dijo.

—Y le dijo la verdad, aunque en esto creo que no tenía razón porque, visto que antes o después la chiquilla tendrá que hablar con alguno, ¿de qué sirve no enseñarle a hacerlo como Dios manda? En fin, caballero, no le diré lo mucho que se lo discutí, aunque en balde. En este punto no había manera de que atendiese a razones y lo único que podía hacerse era dejarla en paz. ¡Ay, señora! —continuó, dirigiéndose a la señora Ormond—. Ya sé que es un pecado recordar estas particularidades de los difuntos, pero hay que reconocer que nunca ha habido una anciana con más escrúpulos que la finada. Un día pensé que se moría al ver el retrato de un hombre que la niña se encontró por casualidad, como si una estampa fuera capaz de hacerle daño a nadie. Si hubiera sido uno de esos cuadros de desnudos, habría tenido explicación, pero ¡qué va!, era un cuadro decoroso. ¡Señor! A mí me dio la risa, pero tuve que contenerme cuando los ojos de la pobre anciana se llenaron de lágrimas porque entendí que estaba pensando en la hija que se le murió. En cuanto pensé en el motivo de sus rarezas con Rachel, se me pasaron las ganas de reírme. Aquel día le prometí a la buena señora que, si ella muriese, me ocuparía de la nieta y pensé para mí que, si a alguno de mis muchachos le gustaba, no me opondría, porque siempre ha sido una mocita buena y modesta, y estoy segura de que sería una buena esposa, aunque delicada para trabajar en el campo. Pero como Dios ha querido mandarlos a usted, señora, y a este buen caballero a quitármela de las manos, lo acepto de buen grado y venderé honradamente todo esto que

hay aquí y le traeré las ganancias para la pobre Rachel.

No había nada que la chiquilla quisiera llevarse consigo sino un pequeño camachuelo al que tenía mucho cariño. Un único detalle de la muchacha estorbaba el flujo de la imaginación de Clarence Hervey, por lo que le resultaba algo harto desagradable: su nombre. No podía soportar el nombre de «Rachel» y lo consideraba tan inadecuado para ella que apenas podía creer que fuese el suyo. Así, resolvió cambiarlo cuanto antes. La primera vez que la contempló le había asaltado la idea de que se parecía a la descripción de Virginia en la celebrada novela del señor de Saint Pierre, así que ese fue el nombre por el que la llamó a partir del momento en que abandonó la casita.

La señora Ormond, a quien había encargado el cuidado de su Virginia, era viuda, madre de un caballero que había sido su tutor en la universidad. Dadas las estrecheces en que la dejó su hijo al morir, se había visto obligada a apelar a sus amigos para obtener asistencia económica.

El señor Hervey había sido generoso en sus contribuciones; conocía desde niño su valía y el cariño que ella le tenía se mezclaba con el más profundo respeto. No era una mujer de habilidades superiores ni vastos conocimientos, pero su temperamento excelente y afable disposición suscitaban el afecto pese a la falta de talentos que causaran admiración. Clarence confiaba ciegamente en su integridad, creía que cumpliría a rajatabla sus directrices y pensaba que lo que le faltaba de ingenio y cultura literaria podría compensarlo él con sus cuidados e instrucciones. Tomó una casa para ella y su hermosa pupila en Windsor y le hizo prometer solemnemente que no recibiría ni haría visitas. Así, Virginia quedó apartada de toda interacción con el mundo: no veía a nadie más que a la señora Ormond, a Clarence Hervey y al señor Moreton, un anciano clérigo a quien el señor Hervey había encargado leerles oraciones en casa todos los domingos. Virginia nunca expresaba la menor curiosidad por ver a otras personas ni nada más allá de los muros del jardín que rodeaba la casa donde vivía; su actual retiro no era mayor que aquel al que llevaba tanto tiempo acostumbrada, por lo que no sentía que su aislamiento del mundo fuera una limitación: no parecía sorprendida ni fascinada por las circunstancias especiales de su situación y miraba con indiferencia cualquier objeto nuevo que proporcionase comodidad o lujo, mientras que se mostraba encantada con todo lo que le recordase su vida anterior y la casita de su abuela.

Un día, el señor Hervey le preguntó si preferiría regresar allí o quedarse donde estaba. Temblaba ante la posible respuesta, mas ella

contestó inocente: «Lo que más me gustaría sería volver a la casita si viniese conmigo; pero preferiría quedarme donde estoy que vivir allí sin usted».

Clarence quedó enternecido y halagado por la candorosa respuesta y durante algún tiempo descubría diariamente nuevos indicios de virtud y habilidades en su encantadora pupila. Su indiferencia a las cuestiones de apariencia y ornato le parecían prueba indiscutible de su magnanimidad y de la superioridad de su mente sin prejuicios. ¡Qué diferencia, pensaba, entre esta hija de la naturaleza y las sofisticadas esclavas del arte y la frivolidad!

Para poner a prueba la sencillez de sus gustos y la pureza de su mente, una vez le presentó un par de pendientes de diamantes y un capullo de rosa de mayo y la invitó a quedarse con lo que más le gustara. Al punto tomó la rosa y exclamó:

—¡Oh! Me recuerda a mi casa; ¡qué aroma delicioso! —Dejó la rosa en el regazo y, observando los diamantes, dijo—: Qué cositas tan brillantes, ¿qué son? ¿Para qué sirven? —Se quedó mirando con mayor curiosidad y admiración la manera en que se abrían y cerraban los pendientes que los diamantes en sí. Clarence se llenó de gozo. Cuando la señora Ormond le respondió que se colgaban de las orejas, se rio y dijo—: ¿De verdad? ¿Qué hay que hacer para que cuelguen?

—¿Es que nunca te has fijado en que yo llevo pendientes?

—Ay, pero los suyos no son como estos. Y nunca me había fijado en cómo los sujeta. ¿A ver? ¡Oh! Usted tiene agujeros en las orejas, pero yo no.

La señora Ormond le explicó que los agujeros se le podían practicar fácilmente atravesando los lóbulos con un alfiler de acero. La chiquilla se echó atrás, se protegió la oreja con una mano y alejó de sí los diamantes con la otra, exclamando:

—¡Ay, no, no! A menos que usted lo desee —añadió en otro tono y volviéndose a Clarence—. Si me lo pide, lo haré.

En aquel momento Clarence apenas pudo contenerse y le costó lo indecible responderle con la calma desapasionada que exigía la situación. Y, sin embargo, puede que hubiera más de ignorancia y timidez que de sentido común y filosofía en la indiferencia que Virginia mostraba ante los diamantes; no los consideraba adornos que confiriesen distinción en quien los llevara porque desconocía el valor que les otorgaba la sociedad. Aislada del mundo, no había emoción en el amor por el lujo, ni competencia, ni término de comparación u oportunidad de alardear; así, los diamantes eran tan inútiles para ella

como las guineas lo fueran para Robinson Crusoe en la isla desierta. No se puede afirmar con justicia que aquel estuviera libre de la avaricia por no darle valor al oro ni esta de la vanidad por rechazar los diamantes. Tales reflexiones jamás se le habrían escapado a un hombre de la inteligencia de Clarence Hervey si no hubiera estado inmerso en la defensa del sistema de educación por él elegido o si su pupila no hubiera sido tan hermosa. Su absoluta ignorancia del mundo revestía con frecuencia las observaciones más triviales de un aire de originalidad que la hacía parecer tan interesante como divertida. Todas sus ideas de la felicidad se limitaban a la vida que había llevado de niña y, como daba la casualidad de que había vivido en un bonito paraje de New Forest, parecía poseer un gusto instintivo por la belleza y lo que se considera pintoresco. El señor Hervey reparaba en este buen gusto siempre que le mostraba dibujos y estampas, lo que constituía una fuente renovada de placer y complacencia consigo mismo. Todo lo que era amable o estimable en Virginia le resultaba doblemente encantador por la secreta satisfacción de haber sido él quien descubriera y apreciara tal tesoro. Los afectos de esta muchachita inocente no tenían más destinatario que él y la señora Ormond, y tal vez fueran fuertes en proporción, dado que se hallaban muy concentrados. La cándida familiaridad de sus modales y su ingenua confianza, rayana en la credulidad, tenían un poder irresistible para la mente del señor Hervey, que sentía que apelaban tanto a su ternura como a su generosidad. La trataba con la mayor delicadeza y nunca olvidaba el juramento prestado, si bien estaba convencido con orgullo de que, aunque no se hubiera visto atado por compromiso tan solemne, ninguna tentación le habría hecho engañar y traicionar su confiada inocencia.

Consciente de lo honorable de sus opiniones y anticipando el generoso placer que sentiría al mostrar su superioridad ante cualquier consideración mercenaria o prejuicio mundano en la elección de una esposa, se dejó llevar por una suerte de orgullo en la relación cada vez más estrecha con Virginia, si bien no fue consciente del rápido avance de su pasión hasta que lo sacaron del ensueño unas simples observaciones de la señora Ormond.

—Es el cumpleaños de Virginia. Me ha dicho que cumple diecisiete años.

—¡Diecisiete! ¿Nada más? —exclamó Clarence con una mezcla de sorpresa y decepción en el rostro—. Solo diecisiete. ¡No es más que una niña!

—Una niña, sí. Y tanto mejor.

—Tanto peor, diría yo. Pero ¿está segura de que solo cumple diecisiete? Debe de estar equivocada. Ha de tener por lo menos dieciocho años.

—¡Dios nos libre!

—¿Cómo que Dios nos libre? ¿Por qué, señora Ormond?

—Porque, ya sabe, aún tenemos un año más por delante.

—Parece que la perspectiva es muy de su agrado —comentó el señor Hervey sonriendo.

—Y a buen seguro del suyo, pues supongo que querrá que su esposa sepa como mínimo las cosas comunes que todo el mundo conoce.

—A ese respecto desearía que mi esposa ignorase aquello que «todo el mundo conoce». No hay nada tan tedioso para un hombre de gusto o habilidades que lo que ya conoce todo el mundo. No deseo una esposa con una mente común, sino fuera de lo común.

—Sin embargo, ¿no preferiría que su esposa supiera escribir? —preguntó dudosa y con gran deferencia la señora Ormond.

—Por supuesto —respondió Clarence sonrojándose—. ¿Es que Virginia no sabe?

—¿Cómo habría de saberlo? No es culpa suya, pobrecita. Nunca le enseñaron, ¿sabe? Su abuela pensaba que, si no aprendía, no podría escribir cartas de amor.

—Pero usted me prometió que le enseñaría a escribir y confié en su palabra.

—Solo lleva dos meses conmigo y puedo asegurarle que he hecho todo lo que estaba en mi mano; pero cuando una persona tiene dieciséis o diecisiete años es bastante cuesta arriba.

—¡Entonces, le enseñaré yo! Estoy seguro de que puede aprender de todo.

—De usted sí —respondió la señora Ormond esbozando una sonrisa—, pero no de mí.

—¿Por ventura no tendrá dudas de su capacidad?

—No soy quién para juzgar, especialmente las capacidades de aquellos a quienes quiero, y le he tomado mucho cariño a Virginia: es una criatura encantadora, sincera, sencilla y afectuosa. Si no aprende, es por indolencia y no por falta de capacidad.

—Toda indolencia nace de la falta de estímulo. Si contase con alicientes, la vencería.

—Seguro que, si le dijera que no volverá a recibir carta suya hasta que sea capaz de responderle por escrito, aprendería a toda prisa, pero creo que no sería un buen aliciente, ya que me ha prohibido hablarle de

sus expectativas para con ella. Y, desde luego, sería de lo más imprudente por parte de ambos insinuarse de algún modo, pues podría usted cambiar de opinión antes de que la chiquilla tuviera edad suficiente para que la tomase en serio y luego no sabría qué hacer; ella, después de haberse hecho ilusiones y con ese corazón tan tierno y afectuoso que tiene, sin duda sería desdichada si la abandonase. Ahora que no imagina nada estamos todos a salvo y así deberíamos seguir.

Aunque Clarence Hervey no creía en aquel momento que pudiera llegar a cambiar de idea, vio lo acertado y justo de los consejos de la señora Ormond y le preocupó que su mente se hallara tan embriagada como para que unas reflexiones tan obvias se le hubieran escapado. La señora Ormond, una mujer a la que se había acostumbrado a considerar por debajo de sí mismo, le parecía ahora superior en prudencia por el mero hecho de no estar subyugada por la pasión. Decidió, pues, ser dueño de sí y buscar en Virginia no una amante, sino una esposa; y una esposa sin capacidades ni educación jamás sería una compañera adecuada, por muy exquisitas o cautivadoras que fuesen su belleza y sensibilidad. Se jugaba su futura felicidad y la de la muchacha, y tanto la prudencia como la delicadeza le exigían que dominara sus afectos. No obstante, no cejaba en sus esperanzas respecto al intelecto de Virginia y a su capacidad de desarrollarlo. Acometió varios intentos con paciencia y destreza sumas y, si bien la alumna no cumplió sus expectativas ni por asomo, la señora Ormond quedó asombrada con la rapidez de sus progresos en comparación con sus propios esfuerzos.

—Siempre he pensado que usted podría hacer de ella lo que desease. Como tutor, es capaz de obrar milagros con Virginia.

—No veo milagro alguno. Sé que no poseo tal poder y preferiría no ejercer tal influencia hasta no estar seguro de que sea en aras de nuestra mutua felicidad.

El señor Hervey le rogó entonces que, por todo el aprecio que les tenía a ambos, jamás le diese a Virginia el menor motivo para creer que tenía intenciones de convertirla en su esposa. Ella le prometió que haría todo lo que estaba en su poder para guardarle el secreto, aunque había de confesarle que, hasta donde llegaba la elocuencia de las miradas, ya lo había revelado él solo. En vano intentó el caballero exculparse de tales cargos: la señora Ormond le recordó tantos momentos de indiscreción que no le quedó otro remedio que reconocerlo, sorprendido de que, por más que hubiera intentado poner coto a sus inclinaciones, las hubiese delatado de manera tan diáfana. No obstante, en aquel momento la sorpresa no se tiñó de remordimiento; no

contemplaba la posibilidad de que pudiera cambiar de opinión y, aunque la señora Ormond le aseguró que Virginia se había estado haciendo ilusiones, estaba convencido de que el corazón y la imaginación de su pupila seguían intactos. Según él, la inocente franqueza con que le expresaba afecto confirmaba su opinión. Haciéndole justicia, debemos admitir que Clarence carecía de esa presunción que demasiado a menudo caracteriza a los hombres que, como suele decirse, han tenido éxito con el bello sexo. Sus relaciones con mujeres lo habían convencido cada vez más de que es difícil suscitar amor verdadero en el corazón femenino y, con respecto a sí mismo, era asombrosamente incrédulo. Habría sido casi imposible hacerle ver que era amado.

La señora Ormond, picada de curiosidad, decidió averiguar cuáles eran los sentimientos de su pupila.

—Queridita —le dijo un día mientras alimentaba al camachuelo—. Tengo la impresión de que ese pájaro es lo que más quieres del mundo. Más que a mí, ¿verdad?

—Ay, ¿cómo puede pensar eso? —respondió Virginia con una sonrisa afectuosa.

—Bueno, pero reconocerás que sí lo quieres más que al señor Hervey, ¿no?

—¡Claro que no! —respondió vehemente—. ¿Cómo puede considerarme tan necia, tan inmadura, tan desagradecida como para preferir a un simple pájaro antes que a él? —En ese momento, el camachuelo comenzó a gorjear tan alto que hubo de interrumpir el entusiasta discurso—. Mi precioso pajarillo —dijo cuando este se le posó en la mano—, te quiero mucho, sí, pero si el señor Hervey me lo pidiera, abriría esa ventana y te dejaría volar aunque te alejases de mí para siempre… Tal vez sea lo que quiere. ¿Es eso? ¿Se lo ha dicho a usted? —preguntó con ademán serio mientras se encaminaba a la ventana.

La señora Ormond apoyó la mano en la hoja antes de que Virginia pudiera abrirla.

—Tranquila, tranquila, mi amor. ¿Adónde te está llevando esa imaginación tuya?

—Creí ver algo en su mirada —respondió ruborizada.

—Y algo viste, mi querida Virginia —admitió sonriendo la mujer.

—¿Qué estaba pensando? ¿Qué podría ser?

—No puedo… Ahora mismo preferiría no decírtelo. Pero no te pongas tan seria, porque terminaré haciéndolo, si es que no lo adivinas

antes.

Virginia se quedó callada y cohibida en medio del cuarto.

—Te aseguro, mi dulce niña, que no pretendía confundirte ni culparte con nada de lo dicho. Es lógico que te sientas agradecida, que admires al señor Hervey y que, hasta cierto punto, lo quieras.

Virginia alzó la vista encantada, aunque algo dubitativa.

—Es evidente que se trata de un caballero de lo mejorcito, yo misma lo he pensado siempre y me gusta que lo veas así, querida —dijo mientras la besaba—, pero hemos de tener cuidado para que esta ternura no vaya demasiado lejos.

—¿Cómo podría querer demasiado al señor Hervey y a usted? —preguntó Virginia al tiempo que le devolvía las muestras de cariño.

—A mí no.

—Ni a él. ¡Es tan tan bueno! Tengo miedo de no quererlo lo suficiente —respondió antes de suspirar—. Lo quiero bastante cuando está ausente, pero no cuando está con nosotras. Cuando lo tengo cerca, siento una especie de miedo mezclado con amor. Me gustaría muchísimo complacerlo, pero no querría que me demostrase su amor como usted acaba de hacer ahora.

—Mi niña, tampoco sería apropiado que lo hiciera, así que haces muy bien en no desearlo.

—¿Ah, sí? Temía que fuera señal de que no me gustaba tanto como debería.

—¡Pobrecita! Te aseguro que lo quieres tanto como debes.

—¿Eso cree? Entonces, me alegro —respondió Virginia con una mirada de tan confiada simplicidad que enterneció el corazón de su amiga.

—Sí que lo creo, sí, y espero que nunca me arrepienta de ello, ni tú tampoco. Pero no estaría bien que siguiéramos hablando de este tema. ¿Dónde tienes los dibujos? ¿Y las muestras de caligrafía? Tenemos que avanzar con estas cosas todo lo que podamos, querida. Esa es la manera de agradar al señor Hervey, tenlo por seguro.

Habiendo confirmado su propia opinión con este coloquio, la señora Ormond quedó satisfecha. Por delicadeza hacia su pupila, no le repitió al señor Hervey lo sucedido, sino que decidió esperar el momento oportuno. «Es demasiado joven e inmadura como para pensar en casarla hasta dentro de un año o dos —pensó— y será mejor reprimir esa sensibilidad hasta que su instrucción sea algo más completa; para entonces el señor Hervey será consciente de su error».

Entretanto, no podía dejar de pensar que estaba ciego, pues seguía

firme en su convicción de la indiferencia de Virginia.

Para distraerse y darle tiempo para que evolucionase, este dejó a su pupila al cuidado de la señora Ormond y decidió mezclarse todo lo posible con compañías joviales y elegantes. Fue en aquella época cuando renovó su amistad con *lady* Delacour, a quien había visto y admirado antes de marchar al Continente. Descubrió que su señoría aún recordaba con gratitud la galantería demostrada el día de la batalla entre pavos y cerdos, por lo que lo recibió con destacada cortesía. Pronto se convirtió en visitante habitual de la casa. El ingenio de la dama lo entretenía y su elocuencia lo prendaba, por lo que la seguía, la admiraba y la lisonjeaba sin cargo de conciencia, pues la consideraba únicamente una coqueta, más interesada en la gloria de la conquista que en la seguridad de la reputación. Con una mujer así creía poder divertirse sin peligro y siempre aparecía el primero en la fila pública de sus admiradores. Sin embargo, pronto descubrió que su talento era muy superior al necesario para interpretar el papel de dama refinada; sus visitas le fueron resultando cada vez más agradables y se alegró de sentir que, al dividir su atención, su pasión por Virginia disminuía poco a poco o, como se dijo a sí mismo, se volvía más razonable. La conversación con *lady* Delacour exigía el pleno uso de sus facultades, mientras que el diálogo con Virginia no apelaba a su entendimiento. Advertía que gran parte de su capacidad intelectual y sus conocimientos eran inútiles en su compañía, lo que no contribuía a engrandecerla en su amor ni en su estima. Su sencillez e inocencia, empero, lo aliviaban cuando estaba cansado de la extravagante jovialidad y el trato deslumbrante de su señoría, y no dejaba de pensar que esa coquetería que tanto lo divertía en una amiga le repugnaría en una esposa; la perfecta inocencia de Virginia prometía seguridad a su felicidad doméstica, por lo que no cambió de objetivos a pesar de que ya no anhelaba el momento en que se cumplieran. «No puedo esperar tener todo lo que pudiera desear —se decía—: un carácter más brillante que el de Virginia excitaría mi imaginación, pero no podría ganarse mi confianza». Fue en tal estado mental cuando conoció a Belinda. Al principio, la idea de que la hubiera educado una casamentera como la señora Stanhope lo predispuso en su contra, pero a medida que se multiplicaron las oportunidades de observar su conducta fue conquistando este prejuicio y, cuando la joven se hubo ganado su estima, Clarence no pudo resistir más el poder sobre su corazón. En comparación con Belinda, Virginia le parecía una chiquilla insípida aunque inocente; a una la veía como su igual y a la otra como su

inferior, a una la imaginaba como compañera y amiga de por vida y a la otra únicamente como una pupila o un divertimento. Belinda poseía gustos cultivados, una mente activa, bagaje literario, capacidad y hábito de guiarse a sí misma. Virginia era ignorante e indolente, tenía pocas ideas y ningún deseo de ampliar sus conocimientos. Su ignorancia del mundo era tal que hacía de todo punto imposible que pudiera conducirse con la discreción que resulta de la combinación del raciocinio y la experiencia. La fe que tenía en la inocencia de Virginia era gratuita; la prudencia de Belinda, sin embargo, tantas veces puesta a prueba, con el tiempo había llegado a suscitarle ese género de confianza, distinta y superior, que no está en nuestro poder otorgar o denegar. Las virtudes de Virginia emanaban del sentimiento; las de Belinda, de la razón.

Al hacer tales comparaciones, Clarence sentía la mente y el corazón cada vez más inclinados hacia Belinda, por lo que acabó deseando mudar la naturaleza de su vínculo con Virginia y que esta lo viera únicamente como un amigo o benefactor. Pensó en concederle dos mil libras y dejarla al cuidado de la señora Ormond hasta que se le ocurriese alguna forma apropiada de establecerla en el mundo. Por desgracia, justo en el momento en que formuló este plan y antes de poder comunicárselo a la señora Ormond, surgieron una serie de problemas que le impidieron ponerlo en práctica.

Mientras disfrutaba del alegre mundo de *lady* Delacour, su pupila había quedado bajo la única dirección de la señora Ormond. Esta, aun con las mejores intenciones, carecía del alcance y variedad de recursos necesarios para guiar la exquisita sensibilidad y la ardiente imaginación de Virginia. La soledad en que vivía dificultaba aún más la tarea, pues sin compañía que apelase a sus afectos sociales ni objetos reales que ocuparan sus sentidos y entendimiento, la mente de Virginia permanecía indolente o exaltada por pensamientos románticos e ideas visionarias de felicidad. Como nunca había visto nada de la sociedad, todas sus nociones procedían de los libros. Las severas restricciones que su abuela había impuesto en su selección parecían haber despertado su curiosidad y avivado su apetito por la lectura, que era insaciable. A decir verdad, la lectura era casi su único deleite, pues la conversación con la señora Ormond no era entretenida y Virginia no tenía otra ocupación con que llenar una parte de sus días en la casita.

El señor Hervey había advertido a la señora Ormond que no pusiera en sus manos libros «ordinarios», pero no había presentado objeción alguna en contra de las novelas: creía que ejercían una influencia

favorable en la virtud femenina, exaltaban el respeto a la castidad e inspiraban una entusiasta admiración por el honor, la generosidad, la verdad y todas las nobles cualidades que dignifican la naturaleza humana. Virginia devoraba estos romances con fruición y la señora Ormond, que había descubierto que caía presa del tedio cuando no se le estimulaba la imaginación, le consentía tales gustos aun sospechando que contribuían a enardecer la pasión por el único hombre que, en su imaginación, podía encarnar al héroe.

Una noche, Virginia encontró en la alcoba de la señora Ormond un ejemplar del *Pablo y Virginia* de Saint Pierre. Sabía que su nombre procedía de aquella novela y que el señor Hervey había encargado pintarla representando a la protagonista, por lo que le entró curiosidad por leerla. La señora Ormond no pudo negarse, pues, si bien no era una novela clásica, tampoco podía considerarse ordinaria y el señor Hervey no estaba disponible para ofrecer su dictamen. Virginia se sentó de inmediato con el libro y no se movió hasta que estaba a punto de terminarlo.

—¿Qué es lo que te ha impresionado tanto? ¿Qué andas pensando tan profundamente, tesoro? —le preguntó la señora Ormond al verla ensimismada—. Veamos.

Mas cuando fue a tomar el libro que le pendía de la mano, Virginia despertó de su ensoñación y lo aferró con firmeza.

—¿Por qué no me dejas que lea contigo por encima del hombro? ¿No quieres compartir conmigo ese placer?

—No fue placer lo que sentía, creo. Preferiría que no viera el pasaje que estaba leyendo, pero si quiere... —respondió al tiempo que le tendía el libro a regañadientes.

—¿Qué hace que me tengas tanto miedo, tesoro?

—No tengo miedo de usted, sino de mí —respondió con un suspiro.

La señora Ormond leyó el siguiente pasaje:

> *Pensó en su amistad con Pablo, más pura que las aguas de las fuentes, más fuerte que las palmeras unidas y más dulce que el perfume de las flores; y estas imágenes, en la soledad de la noche, redoblaron la pasión que alimentaba su corazón. Abandonó presta las peligrosas sombras y fue hasta su madre en busca de protección contra sí misma. Anhelaba revelarle su aflicción; juntó las manos y el nombre de Pablo asomó a sus labios, mas una opresión en el corazón le arrebató el*

habla y, apoyando la cabeza en el pecho materno,
no pudo sino llorar.[101]

—¿Y acaso no soy una madre para ti, mi amada Virginia? Aunque no sepa expresar mi afecto con un lenguaje tan divino, créeme cuando te digo que ninguna madre amó tanto a un hijo.

Virginia abrazó a la señora Ormond y apoyó la cabeza en el regazo de su amiga como si quisiera hacer la ilusión realidad y ser la Virginia sobre la que había estado leyendo.

—Sé todo lo que piensas y lo que sientes —susurró la dama—; sé cuál es el nombre que asoma en tus labios.

—No, no es posible. ¡No puede saberlo! —exclamó Virginia alzando súbitamente la cabeza y fijando la mirada, tímida y sorprendida, en el rostro de la señora Ormond— ¿Cómo puede saber todo lo que pienso y siento? Jamás se lo he contado porque, a decir verdad, solo tengo ideas confusas que flotan en mi imaginación por los libros que he leído. No sé bien cuáles son mis sentimientos.

—Todo es de lo más natural y demuestra tu perfecta inocencia y sencillez, hijita. Pero ¿por qué el fragmento que estabas leyendo te impresionó tanto?

—Me preguntaba únicamente si sería la descripción del… amor.

—¿Y el corazón te dijo que lo era?

—No lo sé —respondió con un suspiro—. Lo que sí sé es que en mis labios no asomaba el nombre que estaba pensando.

«¡Ah! —se dijo la señora Ormond—. No ha olvidado cómo puse a prueba su sensibilidad hace algún tiempo. ¡Pobrecita! Ahora me tiene miedo y, aunque le enseñé a disimular, se traiciona a cada paso».

—Querida, no tienes por qué temerme. No puedo culparte: en tu situación sería imposible que no amases al señor Hervey.

—¿Eso cree?

—Completamente imposible. Así que no te sientas culpable.

—No, no me culpo por ello, pero sí por no amarlo lo suficiente, como ya le dije una vez.

—Sí, querida, y cuanto más me lo dices, más convencida estoy de tu afecto por él. Es uno de los síntomas más reveladores del amor: que no somos conscientes de su magnitud. Creemos que nunca hacemos bastante por el objeto amado.

—Exactamente así es como me siento con el señor Hervey.

—Nunca creemos amarlo lo suficiente.

—¡Ay! Eso es precisamente lo que siento por el señor Hervey.

—Y es lo que deberías…, quiero decir que es natural que lo sientas y

es lo que espero que él desee, y hasta me atrevo a decir que antes o después será así, y él se alegrará de que albergues tales sentimientos.

—¡Antes o después! ¿Es que no lo desea ahora?

—Yo… Él… Querida, ¿qué pregunta es esa? ¿Y cómo quieres que la responda? Debemos juzgar lo que siente por lo que expresa: cuando exprese amor por ti, será el momento de que tú se lo muestres también.

—Pero siempre ha expresado amor por mí, creo… Al menos hasta ahora; últimamente pasa mucho tiempo lejos y cuando vuelve no parece muy contento, así que creía que estaba enojado conmigo y que me consideraba una desagradecida.

—¡Ay, mi niña, no te atormentes con esos temores vanos! Aunque sé que no puedes evitarlo.

—Como es usted tan buena, buenísima conmigo, le confesaré todos mis miedos y dudas… Pero ahora es tarde. ¿Lo oye? Acaba de dar la una. No quiero tenerla levantada.

—No tengo ni pizca de sueño —respondió indulgente la señora Ormond.

—Yo tampoco.

—Entonces, háblame de esos miedos y dudas.

—Tenía miedo de que tal vez el señor Hervey se enojarse si creyese que pienso en cualquier otra cosa salvo él.

—¿En qué más piensas? De la mañana a la noche no piensas en otra cosa, por lo que yo veo.

—Ay, eso es que no me lee la mente. Por el día suelo pensar en esos héroes encantadores sobre los que leo en los libros que usted me ha dado.

—Es cierto que lo haces.

—¿Y eso no está mal? ¿No se disgustaría el señor Hervey si lo supiera?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque no son exactamente como él. Algunos me gustan más que él, así que podría pensar que soy una ingrata.

«Con qué naturalidad el amor inspira la idea de los celos», pensó la señora Ormond.

—Querida, llevas las ideas de delicadeza y gratitud al extremo, aunque es natural que así sea; no obstante, no has de temer que el señor Hervey recele de esos héroes fascinantes que nunca existieron, por mucho que no sean exactamente como él.

—Me alegro mucho de que no me considere una desagradecida, pero ¿y si supiera que a veces sueño con ellos?

—Pensaría que soñaste, como todos hacemos, sobre lo que pensabas durante el día.

—¿Y no se enfadaría? Cuánto me alegro… Pero una vez vi un cuadro…

—Sé que lo viste y tu abuela se asustó porque era el retrato de un hombre, ¿verdad? Si no se tratase de tu abuela, te diría que era tonta. Te aseguro que el señor Hervey no es así, si es que es eso lo que querías preguntarme. No se enojaría ni aunque hubieses visto cincuenta cuadros.

—Me alegro, aunque lo veo muy a menudo en sueños.

—Bueno, si hubieras visto más cuadros, no soñarías tanto con ese. Fue el primero que contemplaste, así que es natural que lo recuerdes. El señor Hervey no se enfadaría por ello —se rio la señora Ormond.

—Pero, a veces, en los sueños, me habla.

—¿Y qué te dice?

—Las mismas cosas que esos héroes de los libros dicen a sus amadas.

—¿Y en tus sueños nunca oyes al señor Hervey decir ese tipo de cosas?

—No.

—¿Y nunca ves al señor Hervey en esos sueños?

—A veces, pero no me habla a mí ni me mira con esa ternura, ni se arroja a mis pies.

—Porque nunca ha hecho eso en la realidad.

—No, y me pregunto por qué sueño ese tipo de cosas.

—Yo también, aunque es evidente que las has leído y pensado en ellas. Ahora, a dormir, mi niña. Es lo mejor que puedes hacer ahora mismo. Vete a la cama.

No había pasado mucho tiempo desde esta conversación cuando *sir* Philip Baddely y el señor Rochfort escalaron el muro del jardín para echar un vistazo a la amante de Clarence Hervey. Su aparición sorprendió, asustó y repugnó a Virginia; le parecieron una suerte de animales cuyo nombre desconocía y de los cuales su imaginación no poseía prototipo alguno. Veía que eran hombres, pero estaba claro que no eran como Clarence Hervey y aún menos se parecían a un noble caballero galante. El lenguaje que empleaban era tan distinto del que había leído en sus libros y de ninguna de las conversaciones que hubiera mantenido que a duras penas logró entenderlos. Tras presentarse ante ella sin su consentimiento, no tuvieron empacho en abordarla de la manera más informal. Entre otras groserías, dijeron:

—¡Diantres, preciosa! No es posible que ames al tipo que te tiene

prisionera de esta manera, ¿no? Más te valdría venirte a vivir con uno de nosotros. ¡Es imposible que quieras a ese tirano!

—No es un tirano y lo quiero. ¡Lo quiero tanto como los detesto a ustedes! —exclamó Virginia, apartándose de ellos horrorizada.

—¡Qué buena actriz, a fe mía! Cuando se canse de ella puede llevarla a un teatro. Entonces, ¿no quieres venirte con nosotros? Pues nada, hasta que volvamos a vernos. Claro que sí, ricura, ¡pórtate bien y puede que hasta se case contigo!

Al oír esto, Virginia se volvió al hombre que la había insultado y lo miró con un ademán de orgullosa indignación que no habría parecido posible dada su afable naturaleza.

La señora Ormond esperaba que, una vez pasado el susto, el suceso se borrase de la mente de su pupila; sin embargo, dejó en ella una impresión profunda. Virginia se volvió silenciosa y melancólica y se pasaba las horas ensimismada. La mujer imaginaba que, a pesar de su completa ignorancia del mundo, la muchacha habría obtenido de los libros conocimientos suficientes para que le alarmase la idea de convertirse en amante de Clarence Hervey. Planteado el asunto con la mayor delicadeza, las respuestas que recibió confirmaron su opinión. Las novelas habían inspirado a Virginia las más exaltadas nociones de delicadeza y honor, pero dada su absoluta falta de instrucción, se trataba más de ideas vagas que de principios de conducta.

—Mañana veremos al señor Hervey; me ha escrito que vendrá de Londres y pasará el día con nosotras.

—Me dará vergüenza verlo después de lo que ha pasado.

—No tienes motivos para sentirte avergonzada, querida. El señor Hervey intentará descubrir quiénes fueron las personas que te insultaron y les dará su merecido. No volverán por aquí, de eso no debes tener miedo. El señor Hervey quiere y puede protegerte.

—Sí, de eso estoy segura. Pero ¿a qué se refería aquel hombre tan extraño cuando dijo que…?

—¿El qué, querida?

—Que el señor Hervey tal vez se casase conmigo.

Virginia titubeó al pronunciar estas palabras. La señora Ormond se quedó callada por la turbación, pero la muchacha, una vez superada la primera dificultad, parecía resuelta a obtener una respuesta.

—¡No me responde! ¿Es que no va a decirme lo que quería decir, mi querida señora Ormond? —preguntó aferrándola con dulzura.

—Puedo suponerlo.

—Dijo que, si me portaba bien, hasta podría casarse conmigo. ¿Qué

es lo que quería decir? —preguntó en un tono de ofendido orgullo.

—Te habló de una forma grosera y maleducada; no merece la pena darle más vueltas a lo que dijo o quería decir.

—Pero, señora Ormond, no se vaya, por favor. Nunca he querido hablar con usted tanto como ahora y usted me da la espalda.

—Bueno, tesoro, tranquila. ¿Qué estabas diciendo?

—Dígame una cosa, solo una, que sosiegue mi corazón. ¿El señor Hervey desea hacerme su esposa?

—Eso no te lo puedo asegurar, mi querida Virginia. El tiempo lo dirá. Puede que su corazón aún no esté resuelto.

—Ojalá lo estuviera —suspiró profundamente— y ojalá aquel desconocido no me hubiera dicho nada, porque me ha hecho muy infeliz.

Se cubrió los ojos con la mano, pero las lágrimas escapaban entre los dedos y descendían raudas por el brazo. La señora Ormond, abrumada al ver su zozobra, no pudo seguir guardando el secreto que le había confiado Clarence Hervey. «Y, de todas formas —pensó—, la propia Virginia pronto lo oirá de sus labios. Yo solo le ahorraré un dolor innecesario; es cruel verla así y dejarla en suspenso. Además, esta debilidad sería su ruina si le consumiera toda la energía y la privase del poder de agradar. ¡Cuán abatida se ve! ¡Cómo se le nota la falta de sueño en los ojos entornados! Así no estará en condiciones de verlo cuando venga mañana; si albergase alguna esperanza, reviviría y volvería a mostrar su gracia y donaire naturales».

—Mi dulce niña, no soporto verte tan melancólica. Ten en cuenta que mañana estará con nosotras el señor Hervey y le dolerá mucho verte así.

—¿De verdad? En tal caso, trataré de estar muy contenta.

La señora Ormond se alegró tanto de verla sonreír que no pudo evitar añadir:

—Aquel desconocido no erraba en todo lo que dijo; uno de estos días te convertirás en la esposa del señor Hervey.

—Le aseguro —respondió Virginia, rompiendo de nuevo a llorar— que no lo haré a menos que él lo desee.

—Pues claro que lo desea, querida. No dejes que esa delicadeza que posees y que hasta tal punto han exasperado esos hombres te haga sentir desdichada. Hace mucho tiempo que piensa en ti y te ama.

—Es muy bueno, demasiado —sollozó Virginia.

—En absoluto. Y lo que es más, visto que no puedo ocultarte nada, te diré que el señor Hervey lleva todo este tiempo educándote con el

objeto de hacerte su esposa y tan solo está esperando a que concluya tu formación y asegurarse de que no sientes repulsión hacia él.

—Sería muy ingrata si sintiera repulsión alguna; claro que no la siento.

—No hace falta que lo digas.

—Pero no quiero casarme con él. No deseo casarme.

—La modestia te honra si es cierto lo que dices y esa misma modestia te hará diez veces más grata, especialmente a ojos del señor Hervey. ¡No seré yo quien la disminuya!

A la mañana siguiente, Virginia, que siempre dormía en el mismo cuarto que la señora Ormond, la despertó al implorar en sueños con voz aterrorizada:

—¡Oh, sálvelo! ¡Salve al señor Hervey! ¡Señor Hervey! ¡Perdón! ¡Perdón!

La señora Ormond descorrió la cortina y vio a Virginia profundamente dormida, con el rostro encogido por la agonía.

—¡Está muerto! ¡Señor Hervey! —chilló con voz desesperada antes de incorporarse y, estirando los brazos, lanzó un grito estremecedor que la hizo despertar.

—Mi niña, has tenido una pesadilla.

—¿El señor Hervey está vivo? ¿Dónde está? ¿Me ha olvidado? ¿Ha sido todo un sueño? —exclamó Virginia, mirando a su alrededor aterrorizada.

—No ha sido más que una pesadilla, querida —respondió la señora Ormond al tiempo que la tomaba de la mano.

—¡No sabe cuánto me alegro! Déjeme respirar. Ha sido horrible.

—Aún te tiembla la mano. Deja que te aparte el cabello del rostro y en cuanto te calmes olvidarás ese sueño absurdo.

—No, debo contárselo, sí. Aunque todo era tan confuso que solo recuerdo algunas partes. Al principio creía que no era yo, sino la Virginia sobre la que estuvimos leyendo la otra noche, y me hallaba en algún lugar de la Isla de Francia. Pensaba que el paraje era como el bosque donde estaba la casita de mi abuela, pero había altas montañas y rocas y cocoteros y plataneros.

—¿Como los que viste en los grabados del libro?

—Sí, pero muy bonitos, ¡indescriptiblemente bonitos! Y la Luna rielaba más clara y brillante que jamás la hubiera visto; y el aire era fresco y lleno de perfumes, y yo estaba sentada a la sombra de un platanero, junto a la fuente de Virginia.

—¿Justo como en el grabado?

—Sí, pero con Pablo sentado a mi lado.

—¡Pablo! —exclamó sonriente la señora Ormond—. Ese es el señor Hervey.

—No, no era la faz del señor Hervey, aunque tenía su voz. Por eso pensé que tenía que contárselo. Era otro personaje, aunque parecía una persona real. Se arrodilló a mis pies y me habló con gran amabilidad y ternura, pero justo cuando iba a besarme la mano, apareció el señor Hervey y yo lo miré aterrada, pues temía que se hubiera disgustado y que me considerase una ingrata; y en verdad lo estaba y me llamó desagradecida y frunció el ceño, y yo le di la mano y todo cambió. No sé cómo, de repente, me vi en un lugar como el cuadro de la catedral que el señor Hervey me había enseñado y a nuestro alrededor había una multitud que casi me asfixiaba. Usted tiraba de mí y el señor Moreton se encontraba en lo alto de unos escalones, en lo que usted llamó «el altar». Nos arrodillamos ante él y el señor Hervey me estaba poniendo una alianza en el dedo, pero de repente salió de entre la multitud aquel desconocido que estuvo aquí el otro día y me llevó consigo a rastras, no sé cómo ni adónde, bajando por unos precipicios a toda velocidad mientras yo intentaba zafarme hasta que al cabo caí. Luego todo volvió a cambiar y me hallé en un paisaje magnífico cubierta de ropajes dorados, y había unas damas bellísimas sentadas bajo palios; pensé que se celebraba un torneo como los de los libros, aunque más espléndido; dos caballeros, vestidos de armadura completa y montados sobre briosos corceles, se enfrentaban en singular combate: luchaban a brazo partido y pensé que se batían por mí. Uno de los caballeros llevaba plumas negras en el casco y el otro blancas; al pasar a mi lado, la visera del caballero de las plumas blancas bajó y vi que era...

—¿Clarence Hervey?

—No. Era el mismo personaje que se había arrodillado ante mí y deseé que saliera victorioso. Y salió. Derribó del caballo a su adversario y, mientras se cernía sobre él con la espada desenvainada, vi que el caballero de las plumas negras era el señor Hervey y corrí para salvarlo, pero no lo logré. Lo vi revolcado en su propia sangre y le oí decir: «¡Pérfida, ingrata Virginia! ¡Por tu culpa muero!». Y entonces grité, creo, y ahí me desperté.

—No es más que un sueño, querida. El señor Hervey se encuentra bien. Levántate, vístete y pronto lo verás.

—Pero ¿no estaba mal? ¿No es una muestra de ingratitud desear que ganase el caballero de las plumas blancas?

—Tienes la cabecita llena de esas novelas y de amor por el señor Hervey. Y es ese amor el que hace que temas sus celos. Pero él no es tan simple como tú. Te perdonará por desear que saliera victorioso el caballero de las plumas blancas, especialmente al no saber que el otro caballero era él. Ven, mi amor, vístete, no pienses más en esos sueños ridículos y todo irá bien.

100 N. de la Trad.: Sofía es la protagonista de la quinta parte de *Emilio, o De la educación* (*Émile, ou De l'éducation*) de Jean-Jacques Rousseau (1762), una muchacha criada para ser la esposa ideal del protagonista. En esta obra, el filósofo expone, entre otros, que la mujer ha de ser pasiva y débil y que su esfera debe limitarse a lo doméstico y a complacer al hombre. Además de Maria Edgeworth, Mary Wollstonecraft, en su *Vindicación de los derechos de la mujer* (*A Vindication of the Rights of Woman,* 1792), también se cuenta entre los numerosos pensadores que rebatieron esta teoría.

101 N. de la Trad.: El fragmento procede de *Paul and Mary: an Indian Story*, adaptación inglesa de *Paul et Virginie*, de Jacques-Henri Bernardin de Saint-Pierre (1788), publicada por primera vez en español como *Pablo y Virginia* en 1798.

Capítulo 27



Descubrimiento

En lugar de la familiaridad franca, inocente y afectuosa con que Virginia solía acoger a Clarence Hervey, en ese momento lo recibió con tímida y conturbada reserva. Sorprendido con el cambio de conducta y alarmado por el abatimiento que en vano trataba de disimular, preguntó inquieto a la señora Ormond cuál era el motivo de dicha alteración.

La respuesta y el relato de todo lo que había sucedido en su ausencia aumentaron su desazón. Se indignó al conocer el insulto que le habían dedicado a Virginia los desconocidos que habían escalado el muro del jardín. Todos sus esfuerzos por descubrir su identidad fueron estériles, por lo que, temiendo que osaran repetir la visita, la sacó de Windsor y la llevó a Twickenham. Allí se quedó unos días para observar por sí mismo hasta qué punto era cierto lo que se le había referido. Hasta aquel momento había creído firmemente que lo que Virginia sentía era gratitud más que amor, por lo que en su opinión no había motivo para reprocharse la imprudencia con que le había mostrado su parcialidad al principio de conocerla. Quería pensar que, aun cuando Virginia hubiera advertido sus intenciones, el corazón de la joven no sufriría por la mudanza en sus sentimientos y se decía que, siempre que su felicidad no se viera afectada, él no se vería obligado por honor a mantenerse constante. Pero la situación había cambiado. Ya no podía dudar de lo que se había negado a creer. Virginia no se atrevía a mirarlo a los ojos ni era capaz de hablarle sin un grado de turbación que no acertaba a ocultar: temblaba siempre que se acercaba a ella y, cada vez que se

mostraba serio o evitaba prestarle atención, rompía a llorar. En otros momentos, y a pesar de la natural indolencia de su carácter, se afanaba con sorprendente energía en complacerlo; aprendía todo lo que él deseaba con una capacidad que parecía desplegarse de repente. Por un instante, Clarence se figuró que tanto sus arrebatos melancólicos como de ansiedad podían deberse a un deseo secreto de ver algo de ese mundo del que había vivido apartada. Un día abordó este asunto para ver qué efecto provocaba, pero, al contrario de lo esperado, ella parecía no querer salir de su retiro: dijo no anhelar diversiones como las que le describía. No deseaba salir al mundo.

Fue durante la época de su pasión por Virginia cuando Clarence había mandado pintarla encarnando a la heroína de Saint Pierre. El cuadro se hallaba ahora en la pieza donde conversaban y, cuando Virginia dijo amar la vida retirada, Clarence volvió la vista sin darse cuenta al retrato y luego a la muchacha. Esta se volvió, suspiró profundamente y, al preguntarle él con dulzura si era infeliz, escondió el rostro entre las manos sin responder.

No podía permanecer impasible frente al sufrimiento ni la delicadeza de Virginia. Veía cómo día tras día su frescura se marchitaba, su ánimo decaía, su existencia le pesaba, y mucho se temía él que toda esa desventura se debiese a su propia imprudencia.

«La he arrancado de una situación en la que podría haber tenido una vida útil y feliz; desperté en su mente falsas esperanzas y la he convertido en un ser desgraciado e impotente; me he ganado su afecto y ahora su felicidad depende totalmente de mí: ¿cómo voy a dejarla desamparada? La señora Ormond dice estar convencida de que Virginia no sobreviviría el día en que yo me casara con otra. Me niego a creer que la muerte o la destrucción de una joven por amor sea algo frecuente ni soy tan vanidoso como para pensar que alguien pudiera amarme con extraordinario desespero. Mas he aquí a una muchacha de temperamento melancólico y un alto grado de sensibilidad natural que ha vivido en soledad y cuyos afectos se han ido acumulando, cuya imaginación durante largo tiempo se ha canalizado hacia ciertas ideas y que no posee sino una esperanza; en una mente así y en tales circunstancias, la pasión bien podría dar lugar a un paroxismo de la desesperación».

La piedad, la generosidad y el honor hicieron que resolviese no abandonar a la desafortunada joven, aunque sentía que cuanto más la veía más aumentaba su amor por Belinda. Era esta lucha mental entre el amor y el honor la que provocó la aparente falta de lógica y

resolución que había confundido a *lady* Delacour y desconcertado a Belinda. El mechón de hermoso cabello que desafortunadamente cayó a sus pies era de Virginia; Clarence iba a llevárselo al pintor, que le había dado en el retrato un tono demasiado oscuro. Será menester que expliquemos ahora cómo llegó el cuadro a la exposición.

Mientras la mente del señor Hervey se hallaba en el doloroso estado de duda que acabamos de ver, tuvo lugar un acontecimiento que prometía cierto alivio a su apuro. El señor Moreton, el clérigo que leía las oraciones dominicales a la señora Ormond y a Virginia, faltó un día a su hora habitual. Cuando a la mañana siguiente lo visitó, en su semblante se leía que tenía algo importante que comunicarle.

—Mi querido Clarence, tengo esperanzas de haber encontrado al padre de tu Virginia —le dijo—. Ayer, un amigo melómano me convenció para acompañarlo a oír cantar en el asilo para niños de Saint George’s Fields. Hay una chiquilla allí que en verdad posee una voz encantadora, aunque eso ahora no viene al caso. Una vez acabada la misa, fui uno de los últimos en marcharse, pues estoy demasiado viejo para gustar de apretarme entre la multitud. Tal vez, dado tu carácter impaciente, pienses que todo esto no viene a cuento, pero ya verás que sí. Cuando la congregación estaba a punto de salir de la iglesia, reparé en que las niñas del asilo seguían en su lugar por orden de uno de los responsables. Un caballero de mediana edad caminaba entre las mayores y examinaba sus facciones con cuidado preguntándoles con interés su edad y todo lo relativo a sus padres. El desconocido llevaba una miniatura en la mano que comparaba con cada rostro. No me encontraba lo bastante cerca como para observarla con detalle, pero por lo que pude columbrar me pareció que se trataba de tu Virginia, si bien parecía el retrato de una niña de cuatro o cinco años. Entiendo que el caballero volverá al asilo el próximo domingo, pues le oí expresar el deseo de ver a algunas de las chiquillas que habían faltado ese día.

—¿Sabe cómo se llama o dónde vive ese caballero?

—No sé nada más que su supuesta afición a la pintura, ya que le dijo a uno de los directores, mientras miraba la miniatura, que era un retrato de calidad notable y que, en tiempos mejores, no había sido mal juez de esa arte.

Impaciente por dar con el desconocido que, sin duda, sería el padre de Virginia, Clarence Hervey acudió el domingo siguiente al asilo. El caballero, sin embargo, no apareció y lo único que pudo saber de él era que había pedido permiso a uno de los directores de la institución para ver e interrogar a las niñas con la esperanza de encontrar entre ellas a

su hija perdida y que a lo largo de la semana había visto a todas las que no estuvieron el domingo en la iglesia. Ninguno de los directores sabía nada sobre él, aunque el portero indicó que había llegado en un carruaje elegantísimo y una de las niñas del asilo dijo que le había dado media guinea porque se parecía un poco a su «pobre Rachel, que había muerto», pero que había añadido con un suspiro: «Esta no puede ser mi hija, porque solo tiene trece años y mi niña, si viviera, tendría cerca de dieciocho».

La edad, el nombre, todas las circunstancias confirmaban que el desconocido era el padre de Virginia, y el señor Hervey se sintió molesto y decepcionado por haber perdido la oportunidad de verlo o hablar con él. Se le ocurrió que tal vez visitase el hospital de expósitos, por lo que se dirigió de inmediato a preguntar. Allí le dijeron que una persona como la que describía había ido un mes antes y había comparado los rostros de las chicas mayores con un pequeño retrato de una niña; también les había dado dinero a algunas, pero no sabían su nombre ni nada sobre su persona.

El señor Hervey publicó anuncios en todos los diarios, mas en vano. Por último, recordando lo que el señor Moreton le había dicho sobre su afición a la pintura, decidió mostrar el retrato de Virginia en la exposición con la esperanza de que el caballero la visitase y preguntase por él, lo que podría propiciar el descubrimiento de la niña. El joven artista que había pintado el retrato le debía algunos favores a Clarence, por lo que le prometió que cumpliría puntualmente con la petición de acudir a Somerset House cada mañana en cuanto abriese la exposición, permanecer allí hasta el cierre y observar si alguno de los espectadores parecía particularmente afectado por el retrato de Virginia. Si alguien preguntase por el cuadro, habría de hacérselo saber de inmediato al señor Hervey y darle su dirección al interesado.

Dio la casualidad de que el mismo día en que *lady* Delacour y Belinda visitaron la exposición el pintor llamó a Clarence a un aparte y le informó de que un caballero le había preguntado con sumo interés si el cuadro de Virginia era un retrato. Sin embargo, no resultó ser el desconocido del asilo, sino un eminente joyero que informó al señor Hervey de que su curiosidad se había debido únicamente al asombroso parecido con una miniatura que habían dejado hacía poco en su establecimiento para ponerle un nuevo engaste. Pertenecía al señor Hartley, un caballero que había amasado una considerable fortuna en las Indias Occidentales, si bien su riqueza no era algo de lo que pudiese disfrutar debido a la pérdida de su única hija, representada en aquella

miniatura, pintada cuando no tenía más que cuatro o cinco años. Cuando Clarence oyó el relato, ardió en deseos de saber dónde podría encontrarlo, pero el joyero solo pudo confirmar que un criado había recuperado la miniatura el día anterior y le había dicho que su amo tenía mucha prisa por partir a Portsmouth para sumarse a la flota de las Indias Occidentales, que zarparía con el primer viento favorable.

Clarence decidió seguirlo hasta Portsmouth de inmediato: no tenía un segundo que perder, pues el viento era favorable y solo conseguiría ver al caballero si llegaba a la ciudad lo antes posible. Ese fue el motivo por el que dejó a Belinda de manera tan abrupta. Muy dolorosos fueron sus sentimientos en aquel instante y mucho lo que le costó separarse de ella sin darle explicación alguna de su comportamiento, que había debido de parecerle impulsivo y misterioso. Era consciente de que había admitido de manera explícita ante *lady* Delacour su admiración por la señorita Portman y que en mil ocasiones había demostrado su apasionamiento. Sin embargo, no se atrevía a plantearse si ella lo amaba mientras sus asuntos personales siguieran pendientes de un hilo. En realidad, tenía la débil esperanza de que un cambio en la situación de Virginia alteraría sus sentimientos, por lo que decidió determinar su conducta según el modo en que ella reaccionase si daba con su padre y se convertía en heredera de una considerable fortuna. En tal caso nuevas visiones podrían abrirse en su imaginación. El mundo entero, el mundo elegante en toda su gloria, quedaría a sus pies. Su belleza y fortuna atraerían a todo tipo de admiradores y, según Clarence, quizá la parcialidad que sentía por él se volviese menos exclusiva al disponer de más oportunidades para escoger. Si su amor se debiese únicamente a las circunstancias, cambiaría al mismo tiempo que estas; si no fuese más que un trastorno de la imaginación provocado por su aislamiento de la sociedad, se curaría al mezclarse con el mundo y él sería libre para seguir los dictados de su propio corazón y declararle su afecto a Belinda. Por el contrario, si descubriese que el cambio de situación no provocaba mudanza alguna en los sentimientos de Virginia, si la felicidad de la joven dependiera únicamente del cumplimiento de esas esperanzas que su imprudencia había despertado, estaría atado a ella por todas las leyes de la justicia y el honor, leyes que ninguna pasión le tentaría a infringir. Con tales ideas ocupando su mente, se dirigió presto a Portsmouth en busca del padre de Virginia. Es fácil adivinar qué fue lo primero que preguntó al llegar.

—¿Ha zarpado la flota de las Indias Occidentales?

—No. Zarpa mañana a la una —fue la respuesta.

Se apresuró a preguntar por el señor Hartley. No encontró a persona alguna con ese nombre ni a nadie que hubiera oído hablar de él. Estaba seguro de que aquel era el apellido que había mencionado el joyero, pero por mucho que lo repetía, el único señor Hartley que parecía haber en Portsmouth era el dueño de una casa de empeños. A la postre, el administrador de uno de los indianos recordó que un caballero con ese nombre había arribado con él en el *Effingham* y que había mencionado que, de abandonar nuevamente Inglaterra, regresaría a las Indias Occidentales en el mismo barco.

—Pero no he vuelto a oír nada de él, señor. No hay ningún pasaje comprado a su nombre en nuestro barco.

—¡Me juego el cuello a que ya estará en el otro barrio! —exclamó un marinero que se hallaba cerca—. O más bien en Bedlam, porque estaba de atar y buena falta hacía que alguien le arreglase la cabeza, si es que se trataba del mismo tipo, ¿eh, Jack?, que iba cubierta arriba, cubierta abajo con un retratillo en la mano y que parecía murmurar oraciones de la mañana a la noche. Ni se moleste en buscarlo, jefe, que ese ya llevará tiempo siendo pasto de los peces o embutido en una camisa de fuerza.

A pesar de la opinión del marinero, Clarence no quiso dar por perdida la cordura del caballero, pues hacía poco que había oído hablar de él en distintos lugares y no podía imaginarlo en el fondo del mar ni en el manicomio de Bedlam. Se figuró que algún incidente lo habría detenido camino de Portsmouth y, confiando en que aparecería antes de que zarpase la flota, se dispuso a esperar con tolerable paciencia. La espera, no obstante, fue en vano y vio cómo el *Effingham* levaba anclas con el resto de la flota sin que ningún señor Hartley se hubiera presentado. Mientras despedía uno de los botes que transportaban a pasajeros que habían llegado con retraso, su amigo el marinero le respondió:

—Aquí no llevamos a ningún loco, jefe. Ya le advertí que no volvería al *Effingham*. De encontrarlo, será donde yo le dije.

El señor Hervey se quedó algunos días en Portsmouth después de que la flota hubiera zarpado por si obtenía más información, mas no fue el caso, y tampoco consiguió nuevas noticias del joyero que le había hablado del señor Hartley. Aceptó el fracaso del viaje, si bien decidió atrasar algún tiempo el regreso a Londres con la esperanza de que su ausencia borrase la impresión que había dejado en el corazón de Virginia. Recorrió las pintorescas costas de Dorset y Devonshire, y fue durante este viaje cuando escribió las cartas a *lady* Delacour que tantas veces hemos mencionado. Se esforzó por distraerse con nuevos

escenarios y ocupaciones, pero todas sus ideas volvían involuntariamente a Belinda. Si veía a personas nuevas, las comparaba con ella o consideraba hasta qué punto esta aprobaría o condenaría su conducta. Los libros que leía los examinaba constantemente con referencia a lo que ella podría pensar o sentir, y durante todo el viaje no contempló un solo paisaje hermoso sin desear que en aquel preciso instante pudiera verlo Belinda. Si solo la nombró una vez en las cartas fue porque no se fiaba de sí mismo al hablar de ella; siempre la tenía en mente, pero cuando escribía a *lady* Delacour tenía su imagen aún más presente en el corazón. Rememoraba cómo fue la primera persona que le hizo ver el verdadero carácter de su señoría, cómo se había sumado a su bondadoso plan de reconciliarla con lord Delacour y de promover en ella el gusto por la felicidad doméstica. Estos recuerdos lo animaban poderosamente a renovar esfuerzos y la elocuencia que había conmovido a *lady* Delacour en aquellas cartas «edificantes», como ella las llamaba, estaba en realidad inspirada por Belinda.

Siempre que se ponía a pensar en sus planes de futuro, la relación con Virginia y las expectativas que con su imprudencia había despertado se le antojaban obstáculos insalvables para su unión con la señorita Portman, pero en momentos más optimistas alimentaba la confusa idea de que tales dificultades se desvanecerían. Grandes fueron la sorpresa y la alarma que sintió al recibir la carta de *lady* Delacour en que le anunciaba la posibilidad de que Belinda se casase con el señor Vincent. Por una de esas desafortunadas casualidades que a veces se dan en los momentos más importantes de nuestra vida, no la recibió hasta casi dos semanas después de cuando debería haber llegado a sus manos. En cuanto la leyó partió de vuelta a casa viajando con toda la rapidez que el dinero puede lograr en Inglaterra. Su primer pensamiento y su primer deseo al llegar a la capital fueron ir a casa de *lady* Delacour, pero dominó su impaciencia y se dirigió presto a Twickenham para que Virginia decidiese su suerte. Al volver a verla se apoderaron de él las más dolorosas sensaciones. Lo que le contó la señora Ormond lo convenció de que su ausencia no había operado ninguno de los efectos esperados en su pupila.

La mujer poseía por naturaleza una disposición afectuosa y un temperamento tímido; se había encariñado sobremanera con Virginia y su ansiedad era más que proporcionada a su amor: en ocasiones igualaba y hasta rebasaba el afecto y respeto que tenía al propio Clarence Hervey. Cuando este le habló de sus sentimientos por Belinda y las dudas respecto a Virginia, no pudo contener la emoción.

—¡Por favor, señor Hervey! —exclamó—. Este no es momento para reflexiones o dudas. Ningún hombre en su sano juicio, ningún hombre que no estuviera voluntariamente ciego dudaría de que lo ama hasta el delirio.

—No sabe cuánto lo siento...

—¿Y por qué? ¿Por qué, señor Hervey? ¿Es que no recuerda los tiempos en que ardía de impaciencia por darle su apellido? ¿En que la consideraba la criatura más encantadora del mundo entero?

—Entonces no había visto a Belinda Portman.

—¡Quisiera Dios que nunca la hubiera visto! Pero, señor Hervey, no irá usted a abandonar a mi pobre Virginia, ¿verdad? ¿Acaso habrán de sacrificarse su salud, su felicidad y su reputación?

—¿Su reputación, señora Ormond?

—¡Su reputación, señor Hervey! Usted no sabe de qué modo se le ve por estos lares, igual que no lo sabía yo hasta hace poco. Pero le digo que su reputación está arruinada, arruinada sin remedio. Por todas partes corren rumores, y más que rumores, de que es su amante. Una mujer vino el otro día a traernos el camachuelo y me miró y me habló de un modo tan extraordinario que no puedo ni describirle lo atónita que me dejó. No hace falta que le refiera los detalles, tan solo le diré que estuve informándome y que estoy segura, segurísima, de lo que digo y de que nada sino el matrimonio puede salvar su reputación, o...

La señora Ormond se quedó callada, pues en aquel momento entraba Virginia en la sala con un caminar pausado, como si estuviera absorta en un profundo ensueño.

—Desde que regresé —dijo Clarence con turbación— apenas he oído una sílaba de labios de la señorita Saint Pierre.

—¡Señorita Saint Pierre! Antes me llamaba Virginia —se dirigió la muchacha a la señora Ormond—. ¡Está enojado conmigo! ¡Antes me llamaba Virginia!

—Pero entonces eras una niña, ya lo sabes, tesoro.

—Ojalá siguiera siéndolo —respondió y, tras una larga pausa, se acercó al señor Hervey con extrema timidez y abrió un cartapacio que había sobre la mesa—. Si no le importa... Si no le es mucha molestia, ¿podría echar un vistazo a estos dibujos? Aunque no merezcan que usted los vea más que como prueba de que soy capaz de conquistar mi natural indolencia.

Se trataba de vistas que había dibujado de memoria de los paisajes de New Forest, cerca de la casita de su abuela. Había reproducido la vivienda con una exactitud que demostraba cuán fresca seguía en su

memoria. Al verla, los recuerdos se abrieron paso impetuosos en la mente de Clarence Hervey. La encantadora imagen de Virginia la primera vez que la vio; la sonrisa, la inocente y afectuosa sonrisa con que le ofreció la mejor rosa de su cesta; la voz severa con que le habló la abuela; los proféticos miedos de su guardiana; la figura de la anciana moribunda; la promesa solemne que le hizo: todo ello le pasó en rápida sucesión por la mente.

—No parece que le gusten —dijo Virginia al tiempo que le ponía otro dibujo en las manos—. Tal vez este le parezca mejor.

—Son muy bonitos. ¡Sorprende lo bien hechos que están!

—¡Sabía que le gustarían! ¡Te lo dije! —exclamó la señora Ormond con ademán triunfal.

—Ya ve que aunque apenas haya oído una sílaba de labios de la señorita Saint Pierre desde que llegara —dijo Virginia—, ella no olvidó sus deseos durante su ausencia. Usted le pidió tiempo atrás que intentase mejorar en el dibujo. Ella ha hecho todo lo que ha podido. Pero no se moleste más en mirarlos —continuó a la vez que le quitaba uno de los bocetos de la manos—, solo quería enseñarle que, si bien no poseo un gran genio, sí que soy…

La voz le temblaba tanto que no logró pronunciar la palabra «agradecida».

La señora Ormond lo hizo por ella y añadió:

—Doy fe de que Virginia no es una ingrata.

—¡Ingrata! —repitió Clarence— ¡Quién ha dicho eso! ¿Cómo se te han metido esas ideas en la cabeza?

Virginia, con la cabeza apoyada en el hombro de la señora Ormond, lloraba amargamente.

—¡Ha agitado tanto su sensibilidad que la ha hecho una desgraciada! —exclamó Clarence airado—. Virginia, escucha, mírame —le pidió asiéndole la mano con afecto, pero ella se aferró a la señora Ormond sin levantar la cabeza—. No me veas como un amo o un tirano. ¡No pienses que te considero ingrata!

—¡Oh, sí que lo soy, sí…! ¡Soy una desagradecida! —sollozó—. Pero no es la señora Ormond quien me lo ha dicho, conque no la culpe. Ella nunca ha agitado mi sensibilidad. ¿Acaso cree que no soy capaz de sentir sin que nadie me enseñe? —preguntó alzando la vista mientras una expresión de indignación pasaba fugaz por su rostro.

Clarence exhaló un profundo suspiro.

—Pero si sientes demasiado, mi queridísima Virginia —intervino la señora Ormond—, si das rienda suelta a tus sentimientos de esta

manera, ¡acabarás haciéndote infeliz a ti misma y al señor Hervey!

—¡Dios nos libre! El mayor deseo de mi alma es… —Virginia se detuvo—. Sería la mayor desagradecida del mundo si hiciera infeliz al señor Hervey.

—Pero ¿y si él te ve infeliz a ti?

—Entonces, no lo verá —respondió, enjugándose las lágrimas.

—Imaginar que eres infeliz y que nos lo ocultas sería aún peor —dijo Clarence.

—¿Por qué habría de imaginarlo? Es usted demasiado bueno, demasiado amable: no piense que no soy feliz. Estoy segura de que lo seré.

—¿Echas de menos aquella casa? Estos dibujos demuestran lo bien que la recuerdas.

Virginia se ruborizó y respondió vacilante:

—¿Es culpa mía si no logro olvidarla?

—Así pues, reconoces que eras más feliz entonces que ahora —dijo la señora Ormond, que no era mujer de delicadeza refinada y que pensaba que la mejor manera de actuar sobre el sentido del honor del señor Hervey era dejándole claro hasta qué punto estaba comprometido el afecto de su pupila.

Virginia no respondió a la pregunta y su silencio conmovió a Clarence más que nada de lo que hubiera podido decir. Cuando la señora Ormond repitió la pregunta, la libró de tener que responder al replicar:

—Mi querida señora Ormond, la confianza ha de ganarse, no exigirse.

—Ya sé que no tengo derecho a insistir en confesiones —replicó la mujer—, pero…

—¡Confesiones! No deseo ocultarles nada, pero creo que la sinceridad en la mujer no siempre es coherente con… Lo que quiero decir es que… ¡No sé lo que quiero decir, ni lo que estoy diciendo, ni qué debería decir! —exclamó Virginia, que se dejó caer en un sofá presa de una enorme confusión.

—¿Por qué la altera de este modo, señora Ormond? —inquirió colérico el señor Hervey antes de mirar con tan dulce compasión a Virginia que la mujer se alegró de haber provocado su furia; estaba dispuesta a servir a su amada pupila a cualquier precio.

—Mi querida Virginia, no tengas miedo de que nos aprovechemos egoístamente de la franqueza y sencillez de tu carácter —dijo el señor Hervey.

—¡Oh, no, no! Jamás creería que usted pudiera hacer nada egoísta. Usted es… ¡Usted siempre ha sido mi mejor amigo y el más generoso! Pero temo no poseer la sencillez y la franqueza que imagina, aunque estoy segura… y desearía de todo corazón… hacer las cosas bien si supiera cómo. Sin embargo, no hay nadie, ni una sola persona en el mundo a la que me atrevería… —continuó, mientras los ojos se movían de la señora Ormond al señor Hervey y de este de nuevo a la mujer—, a la que podría abrir mi corazón. Tal vez haya hablado más de lo que debo. Pero esto es lo que sé —añadió con tono firme a la vez que se ponía en pie y miraba a Clarence—: usted nunca será infeliz por mi causa. Y no piense tanto en mi dicha —prosiguió, obligándose a sonreír —; soy y seré perfectamente feliz. Bastará con que me diga cuáles son sus deseos, sentimientos y emociones, y según estos yo concertaré los míos.

—¡Muchacha adorable, encantadora y generosa! —exclamó Clarence.

—Cuidado, Virginia —le advirtió la señora Ormond—. Ten cuidado de no prometer más de lo que puedas cumplir. Los deseos, los sentimientos y las emociones no son tan fáciles de concertar.

—No creo haber dicho que fuera fácil, pero espero que sea posible. No prometo sino lo que puedo cumplir.

—Lo dudo —respondió la señora Ormond, negando con la cabeza—. Dices que eres y serás perfectamente feliz, pero, Virginia, tesoro, no te engañes y no nos engañes de un modo tan terrible. Siento hacerte ruborizar, pero…

—Ni una palabra más, mi querida señora, se lo ruego. ¡Basta! —exclamó el señor Hervey con tono autoritario; empero, por primera vez en su vida, esta insistió.

—Solo te pido que recuerdes, mi queridísima Virginia —dijo, tomándola de la mano—, la madrugada en que gritaste en sueños, la mañana en que me contaste aquella terrible pesadilla. ¿Eras feliz entonces?

—Es fácil forzarme a revelar mis pensamientos —respondió la muchacha, retirando la mano—, pero también es cruel.

Y, con aire de ofendida dignidad, pasó junto a ellos y salió de la habitación.

—¡Ojalá esa señorita Portman estuviera casada y lejos de nosotros! —exclamó la señora Ormond—. ¡Jamás me lo perdonaré! Nos hemos servido de esta pobre niña de un modo cruel: lo ama con locura y yo no he hecho sino avivar esa pasión para luego traicionarla. ¡Qué necia he sido! Le dije que sin duda se casaría con ella.

—¡Eso le ha dicho! ¿Es que no le encargué, señora Ormond...?

—Sí, pero no pude evitarlo en cuanto vi que mi dulce niña se iba apagando. Y, además, estoy segura de que, visto cómo se comportaba usted, ella ya lo pensaba mucho antes de que yo se lo dijera. ¿Olvida lo encariñado que estaba hace apenas un año? ¿Y olvida lo claramente que dejaba entrever su enamoramiento? ¿Cómo se atreve a culparla si lo ama y es infeliz?

—No culpo a nadie salvo a mí mismo. Tengo que asumir las consecuencias de mi propia insensatez. ¡Infeliz! No será infeliz; no merece serlo.

Pasó unos minutos caminando arriba y abajo con nerviosismo; luego se sentó y le escribió una carta a Virginia.

Al terminarla se la puso en las manos a la señora Ormond.

—Léala, séllela y entréguesela. Que me envíe la respuesta a Londres, a casa del doctor X., en Clifford Street.

La señora Ormond juntó las manos en un éxtasis de alegría al ojear la carta, pues en ella le ofrecía su mano.

—¡Esto sí que es propio de usted! ¡Siempre supe que lo haría, señor Hervey!

Pero Clarence no llegó a oír estas exclamaciones. Cuando la mujer alzó la vista para volver a felicitarlo, advirtió que se había marchado. Después del esfuerzo realizado, necesitaba tiempo para sosegarse antes de volver a ver a Virginia, pues no dudaba de cuál sería la respuesta a la carta. Su suerte estaba echada, por lo que resolvió escribir de inmediato a *lady* Delacour para exponerle la situación; no creía poseer entereza suficiente en aquel momento para ofrecerle una explicación así en persona. Hizo todo lo posible por alejar a Belinda de sus pensamientos, pero la «curiosidad» (pues no se atrevía a llamarla de ningún otro modo) por saber si en verdad estaba prometida al señor Vincent se impuso en su mente con tanta fuerza que no pudo resistirla.

Pensando que podría obtener toda la información necesaria del doctor X., partió raudo rumbo a Londres. Al llegar a Clifford Street, se encontró con que el médico no estaba en casa y su criado le dijo que probablemente lo hallaría en la mansión de la señora Margaret Delacour, pues era allí donde solía acabar las rondas matinales. Y allí fue de inmediato el señor Hervey.

Lo primero que oyó mientras subía las escaleras fue el graznido de un guacamayo y la primera persona que vio a través de la puerta abierta del salón fue a Helena Delacour. Estaba de espaldas a él, inclinada sobre la jaula del pájaro, diciendo con tono alegre:

—Pues sí, mi precioso guacamayo, por mucho que des estos gritos espantosos, te quiero tanto como Marriott jamás te quiso. Cuando la buena de la señorita Portman te envió... ¡Tía, tía! ¡Está aquí el señor Hervey! Justo cuando acababas de decir que tenías ganas de verlo.

—Señor Hervey —lo recibió la anciana con una sonrisa amable—, como bien dice su amiguita Helena, estábamos deseando que viniera. Seguro que le alegrará saber que por fin comparto su opinión sobre *lady* Delacour. Se ha distanciado de aquel «grupo de Rantipole», como yo los llamaba. Se ha reconciliado con su esposo y con sus amigos y Helena va a ir a vivir con ella. ¡Aquí tiene una maravillosa nota que acaba de enviarme! Si viene a cenar conmigo el jueves que viene podrá ver a su señoría y disfrutar de una bella estampa familiar. Sé que usted ha tenido que ver en su «reforma» y precisamente por eso me gustaría que asistiera. Ya ve que no soy una vieja porfiada aunque renegase la primera vez que lo vi en casa de *lady* Anne Percival. Entiendo que me equivoqué al juzgar su carácter, y bien que me alegro... Pero parece que la nota de *lady* Delacour lo ha dejado estupefacto.

Era cierto que ciertas palabras plasmadas en ella le arrebataron el habla por unos instantes.

—El rumor que había oído usted, a diferencia de la mayoría de ellos, ha resultado ser cierto. Belinda Portman va a casarse con el señor Vincent. Lo he invitado a cenar con nosotros el jueves.

El señor Hervey se libró de tener que explicar el motivo de su súbita turbación gracias a la llegada del doctor X. acompañado de un caballero que, debido a la confusión que lo embargaba, al principio ni siquiera advirtió. Con su habitual mezcla de afabilidad y buen humor, el doctor X. se dirigió a Clarence mientras el desconocido extraía ciertos papeles del bolsillo y entablaba en voz queda y circunspecta una conversación con la señora Delacour.

—Bueno, Clarence —dijo el doctor X.—, ya me contarás, si es que puedes, cuál de tus «tres pretendidas» es la que más te gusta. Si no recuerdo mal, hace unos meses estabas en un mar de dudas. ¿Aún sigues en tan filosófico estado?

—No —respondió este—. Todas las dudas se han disipado. Voy a casarme.

—¡Bravo! Aunque más bien parece que fueras a la horca. ¿Podrías decirme, ya que pronto aparecerá anunciado en el periódico, cuál es el nombre de la bella dama?

—Virginia Saint Pierre. Ya te contaré mi historia y la suya cuando estemos solos —susurró.

—No tienes por qué bajar la voz, ya ves que la señora Delacour está tan enfrascada en sus propios asuntos que no siente ningún interés por los ajenos. En cuanto al señor Hartley, está más ocupado que…

—¿Cómo has dicho? ¿El señor Hartley? —lo interrumpió Clarence antes de volver la vista al desconocido: un caballero de mediana edad que respondía punto por punto a la descripción del hombre que había estado en el asilo buscando a su hija.

—Sí, el señor Hartley. ¿Por qué te asombras? —respondió su amigo tranquilamente—. Es de las Indias Occidentales. Lo conocí en Cambridge el verano pasado en casa de un amigo suyo, el señor Horton. Ha sido muy generoso con los pobres que sufrieron aquel incendio y ahora está asesorando a la señora Delacour, que posee una propiedad colindante a la del señor Horton, con respecto a los arrendatarios cuyas casas quedaron arrasadas. Aunque ya veo que, a pesar de haberte contado con tan pocas palabras y paréntesis como era posible todo lo que sé sobre el señor Hartley, aún te reconcome la curiosidad.

—Preciso saber si posee una miniatura —dijo rápidamente Clarence —. ¡Preséntamelo ahora mismo, por Dios!

—Señor Hartley —dijo el doctor alzando la voz—, permítame presentarle a mi amigo, el señor Hervey, que arde en deseos de conocerlo a usted y su miniatura, si es que posee algo así.

El señor Hartley suspiró profundamente, extrajo del bolsillo un pequeño retrato y lo depositó en las manos del señor Hervey.

—¡Ay, caballero! Imagino que no podrá darme noticia alguna de la representada. Es mi hija, a la que llevo sin ver desde que era una niña y a la que temo no volver a encontrar nunca.

Clarence reconoció de inmediato a Virginia, pero cuando estaba a punto de responder lleno de júbilo, notó que el doctor X. le tocaba el hombro y, al mirar al señor Hartley, vio en su semblante las huellas de una aflicción tan profunda que reprimió sus emociones y dijo con prudencia:

—Sería cruel brindarle falsas esperanzas, señor.

—¡Eso me mataría! ¡Me mataría! O algo peor, ¡mil veces peor! —gimió el señor Hartley, llevándose la mano a la frente—. ¿Qué significaba esa cara que puso nada más ver la miniatura? ¡Si posee un atisbo de humanidad, hable! ¿Ha visto alguna vez a alguien que le recuerde a este retrato?

—Creo haber visto un cuadro que se le parecía en algo.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Mi buen señor —intervino el doctor X.—, permítame recordarle

que es casi imposible juzgar por los rasgos de una criatura cómo será un rostro alcanzada la madurez. No hay nada más engañoso que esos parecidos accidentales entre los retratos de niño y de adulto.

La desolación cubrió el rostro del señor Hartley.

—Pero tal vez merezca la pena que vea el cuadro del que le hablo; se encuentra en el taller del señor F., el pintor, en Newman Street. Yo lo acompañaré cuando desee.

—¡Ahora mismo, si no le importa! Mi coche está a la puerta y si la señora Delacour tuviera la amabilidad de excusarnos...

—Oh, no tiene por qué disculparse conmigo en un momento así —respondió esta—. Váyanse en cuanto deseen, caballeros, con la condición de que, si hubiera buenas noticias, en mitad de la celebración alguno se acuerde de que hay una vieja, la señora Margaret Delacour, a la que le encanta oír buenas nuevas de aquellos que las merecen.

Cuando llegaron a Newman Street era tan tarde que hubo que encender velas. Temblando por la emoción, el señor Hartley se acercó al cuadro mientras Clarence lo alumbraba.

—Se parece tanto —dijo mientras contemplaba la miniatura—, que no me fío de mis sentidos. Doctor X., le ruego que eche un vistazo. La cabeza me da vueltas y los ojos... ¿Usted qué cree? ¿Qué opinión le merece, doctor?

—El parecido es verdaderamente asombroso, pero este cuadro parece fruto de la imaginación.

—¡Fruto de la imaginación! —repitió el señor Hartley espantado—. ¿Por qué traerme a verlo, entonces? ¡Cómo va a ser fruto de la imaginación!

—No, señor; es un retrato —dijo Clarence—. Y en cuanto se serene, le diré más.

—Estoy sereno. Solo quiero saber si... ¿está viva?

—La dama que representa el cuadro está viva —respondió Clarence Hervey, haciendo un enorme esfuerzo por dominarse y mantener la compostura que consideraba necesaria—. Está viva y podrá verla mañana.

—¡Oh! ¿Y por qué no ahora? ¿No puedo verla ya? He de verla esta noche. ¡Ahora mismo, caballero!

—Ahora mismo es imposible, pues se halla a millas de distancia, en Twickenham.

—Es demasiado tarde para ir; ni lo piense, señor Hartley —dijo el doctor X. con un tono de autoridad que ejerció mayor efecto sobre él que cualquier razonamiento.

Clarence tuvo la suficiente presencia de ánimo como para advertir que sería necesario preparar a la pobre Virginia ante tal encuentro, por lo que al punto envió un mensajero para pedirle a la señora Ormond que le comunicase estas circunstancias con toda la precaución de que fuera capaz.

A la mañana siguiente, el señor Hartley y el señor Hervey partieron juntos a Twickenham. De camino, Clarence fue convenciendo poco a poco al señor Hartley de que Virginia era su hija al referirle todos los detalles que había conocido de su abuela y de la señora Smith, la esposa del granjero con quien había tenido trato: el nombre, la edad, cada particular que mencionaba iba aumentando su seguridad y su gozo. No obstante, había una señal que, según el señor Hartley, la identificaría mejor que ninguna prueba colateral, pues este sabía que su hija tenía un pequeño lunar justo encima de la sien derecha.

—Ayer lo busqué en el cuadro, pero es probable que el pintor lo considerase un defecto y lo omitiera; además, el cabello cubría el lugar donde debería estar.

Durante algún tiempo, el señor Hartley se obsesionó de tal manera con el lunar que no quiso saber nada más, aunque Clarence no podía satisfacerlo a ese respecto, si bien terminó por atraer su atención y poner su ansiedad en suspenso al relatarle la historia de su relación con Virginia desde el día en que la descubrió en New Forest hasta la carta que acababa de escribirle ofreciéndole la mano. La debilidad que creía que Virginia sentía por él fue lo único que calló, ya que, a pesar de todo lo que la señora Ormond había dicho y todo lo que él mismo había visto y oído, se empeñaba con obstinada incredulidad en obtener una confirmación de su propia mano o directamente de sus labios. Todavía imaginaba posible que el cambio en las circunstancias de la muchacha alterase sus perspectivas y sentimientos y se propuso con firmeza dejar la decisión solo en sus manos. Fue menester explicarle esta condición al padre, ya que, en un exceso de gratitud por la amabilidad que Clarence había mostrado hacia Virginia, afirmó que esta sería un monstruo de no amarlo y añadió que, aunque el señor Hervey no hubiese tenido un penique, lo preferiría a cualquier otro hombre sobre la faz de la Tierra. No obstante, prometió que disimularía sus deseos y que su hija actuaría libremente, según su propio dictado. Con el corazón en la mano, le refirió a Clarence todas las circunstancias de su comportamiento con la madre de Virginia, que había llenado su alma de remordimientos. Apenas tenía dieciséis años cuando se fugó del internado. En aquel tiempo, él era un alegre oficial; ella, una muchachita sentimental con la

cabeza en las nubes de leer tantas novelas. Su padre poseía una pequeña residencia en la corte, vivía por encima de sus posibilidades y había educado a su hija, a quien no tenía dote que ofrecer, como si fuera la heredera de una pingüe fortuna. Al morir, dejó en la más absoluta pobreza a la viuda, aquella anciana que vivía en la casita de New Forest. Fue en aquel momento de desdicha por su muerte cuando esta se enteró de la fuga de la hija. Los padres del señor Hartley estaban tan furiosos por la unión que lo obligaron a separarse de su esposa y partir al extranjero a probar fortuna en el ejército. La boda se había celebrado en secreto y los propios amigos del novio negaron su existencia a pesar de las repetidas súplicas de la esposa y la madre de esta, que era su único pariente vivo. En su lecho de muerte, la esposa le escribió urgiéndole a hacerse cargo de su hija y, para apelar aún más a sus sentimientos, le envío un retrato de la niñita, que a la sazón tendría unos cuatro años. El señor Hartley, sin embargo, había decidido estrechar lazos con la acaudalada viuda de un terrateniente de Jamaica. Se casó con ella, tomó posesión de su capital y todos sus esfuerzos pronto se centraron en concebir un varón para el que, desde el momento en que nació, ideó diversos proyectos de fortuna; la criatura vivió diez años, pues contrajo una fiebre que en aquel momento asolaba Jamaica y en pocos días falleció. A su madre se la llevó la misma enfermedad y el señor Hartley, solo en mitad de su riqueza, reparó en lo poco que esta contribuía a la felicidad. Los remordimientos se apoderaron de él y, transido por el recuerdo de la hija abandonada, regresó a Inglaterra en su busca, deseoso ahora de recuperarla para vivir tranquilo y feliz el resto de sus días. La decepción por todas las pesquisas hechas durante meses había llegado a pesarle hasta el punto de alterar su mente en alguna ocasión y había sido esta enajenación lo que le había impedido recuperar antes a su hija. Se hallaba recluido cuando aparecieron en los periódicos los anuncios de Clarence Hervey y la enfermedad provocó que no fuera a Portsmouth ni zarpase en el *Effingham* como había previsto en un principio. De modo que las conjeturas del marinero aquel eran correctas, o casi. La historia de su relación con el señor Horton no sería de interés para el lector; baste mencionar que dicho caballero lo convenció para que pasara algún tiempo con él en el campo para recobrar la salud. Y que fue allí donde conoció al doctor X., quien se lo presentó, como ya hemos visto, a la señora Margaret Delacour, en cuya residencia lo encontró Clarence Hervey. Esta es la relación más sucinta que podemos brindar de su persona y asuntos. Su relato fue diez veces más largo, pero le

ahorraremos al lector todas sus incoherencias y reflexiones, ya que tal vez tenga prisa por llegar a Twickenham y saber del encuentro con Virginia.

A la señora Ormond no le resultó fácil prepararla para ver al señor Hartley. Virginia apenas había hablado jamás de su padre, pero el recuerdo de lo que su abuela le había contado sobre él seguía fresco en la memoria; a menudo imaginaba su aspecto y había alimentado en secreto la esperanza de no ser para siempre una «hija abandonada». La señora Ormond había observado que en aquellas novelas a las que Virginia era tan aficionada, todo lo que tuviera que ver con hijos abandonados por los padres o su repentino descubrimiento le afectaba sobremanera.

La creencia en lo que los franceses denominan «la fuerza de la sangre» casaba con su temperamento afectuoso y ardiente imaginación y se había adueñado de su mente. La elocuencia de los romances la había persuadido de que no solo descubriría a su padre, sino que lo amaría con una intuitiva piedad filial, y estaba deseando experimentar esos «anhelos» de cariño sobre los que tanto había leído.

En cuanto la señora Ormond empezó a hablarle de las esperanzas de Clarence Hervey de haber descubierto a su padre, se sintió transida de gozo.

—¡Mi padre! ¡Qué delicioso es el sonido de la palabra «padre»! ¡Y «mi» padre! ¿Podré llamarlo «mío»? ¿Y yo seré suya y me querrá mucho y me dará su bendición y me acogerá entre sus brazos y me llamará su hija, su querida hija? ¡Ay, cuánto voy a quererlo! ¡Dedicaré mi vida entera a agradarlo!

—¿Toda entera? —preguntó la señora Ormond sonriendo.

—No, entera no. Espero que a mi padre le guste el señor Hervey. ¿No había dicho usted que es rico? ¡Ojalá sea riquísimo!

—Eso es lo último que esperaría oírte decir, Virginia querida.

—Pero ¿a que no sabe por qué lo deseo? Para poder mostrarle mi gratitud al señor Hervey.

—Querida niña, esos sentimientos son de lo más generosos y dignos de ti, pero no te dejes llevar por la imaginación. El señor Hervey tiene fortuna de sobra.

—Ojalá fuera pobre para poder hacerlo rico.

—No te querría más —repuso la señora Ormond— ni aunque fuera tuyo todo el oro de las Indias. Y tal vez tu padre no sea rico, así que no te obsesiones con tal idea.

Virginia suspiró. El miedo reemplazó a la esperanza y su imaginación

de inmediato dio la vuelta al brillante retrato que su mente había dibujado.

—Tengo miedo de que ese caballero no sea mi padre. ¡Qué decepción me llevaría! Desearía que jamás me hubiera contado todo esto, mi querida señora Ormond.

—No te lo habría contado si el señor Hervey no hubiera querido que lo hiciera, y ten por seguro que él no lo habría querido si no hubiera tenido motivos suficientes para creer que no iba a ser una decepción para ti.

—Pero no está seguro; no ha dicho que lo esté. Y aunque tuviera la certeza de que se trata de mi padre, ¿cómo puedo saber que no me va a repudiar, cuando me abandonó tanto tiempo atrás? Recuerdo que la abuela solía decir que no poseía afecto natural.

—En tal caso, tu abuela estaba equivocada, porque según el señor Hervey ha estado buscando a su hija por toda Inglaterra y casi ha perdido la cordura por el pesar y los remordimientos.

—¡Remordimientos!

—Sí, remordimientos porque, al haberte tenido abandonada tanto tiempo, ahora tiene miedo de que lo odies.

—¡Odiarlo! ¿Acaso es posible odiar a un padre?

—Teme que nunca lo perdones.

—¡Perdonarlo! He leído sobre padres que perdonan a sus hijos, pero no recuerdo haber leído nunca sobre una hija perdonando a un padre. ¡Perdonarlo! No debería haber empleado esa palabra. No puedo perdonar a mi padre, pero sí puedo amarlo y haré que olvide todas sus penas; bueno, todas las que tengan que ver conmigo.

Acabada esta conversación, Virginia pasó tiempo imaginando qué tipo de persona sería su padre: si sería como el señor Hervey, qué le diría, dónde se sentaría, si se sentaría a su lado y, sobre todo, si le daría su bendición.

—Tengo miedo de que mi padre me guste más que nadie en el mundo.

—No creo que corras tal riesgo, querida —respondió sonriente la señora Ormond.

—Me alegro, porque estaría muy mal y sería una ingrata si cosa alguna de este mundo me gustase tanto como el señor Hervey.

En ese momento el coche llegó a la puerta. La señora Ormond corrió hasta la ventana, pero Virginia fue incapaz de moverse: el corazón le latía desbocado.

—¿Ha llegado?

—Sí, en este momento está bajando del coche.

Virginia clavó la mirada en la puerta.

—¡Atenta! —dijo al tiempo que agarraba a la señora Ormond del brazo para que no se moviera—. No diga nada, así oiremos su voz.

Virginia contuvo el aliento. No se oía voz alguna.

—No vienen —murmuró lívida como un muerto, pero recobró el color al instante al oír los pasos de dos personas subiendo las escaleras.

—Pasos. ¿Los oye? ¿Será mi padre?

Su imaginación estaba tan exaltada que apenas era capaz de mantenerse en pie. La señora Ormond la sujetó. En ese instante, apareció el señor Hartley.

—¡Hija mía! ¡La viva imagen de su madre! —exclamó antes de dejarse caer en una silla.

—¡Padre mío! —exclamó Virginia antes de correr al encuentro y arrojarse a sus pies.

—¡La voz de su madre! ¡Mi hija! ¡Mi hija tanto tiempo perdida!

Intentó auparla, mas no fue capaz; le rodeaba las piernas con los brazos y apoyaba en ellas la cabeza. Al inclinarse para besarle la mejilla, la halló fría. Se había desmayado.

Cuando la muchacha volvió en sí y se encontró en brazos de su padre, apenas podía creer que no fuera un sueño. Este apartó las guedejas de fino cabello y dio con el lunar de la frente. Lo besó embriagado de gozo y ternura.

—¡Tu bendición! ¡Dame tu bendición y así sabré que en verdad eres mi padre! —exclamó Virginia arrodillándose ante él y mirándolo con el semblante extasiado de piedad filial.

—¡Que Dios te bendiga, mi dulce hijita! —Le posó la mano en la cabeza—. Y que Dios perdone a tu padre.

—Mi abuela murió sin darme la bendición, ¡pero ahora tengo la de mi padre! ¡Qué alegría! ¡Qué momento jubiloso! Ojalá pudiera vernos en este instante desde el cielo.

En ocasiones es prudente correr un velo sobre el exceso de dicha, igual que sobre el de la pena. Hay escenas que pueden imaginarse, mas no describirse.

Virginia estaba hasta tal punto sorprendida y anonadada por el repentino descubrimiento de su progenitor y por la novedad de sus primeras caricias que, pasado el primer arrebato violento de emociones, a un espectador indiferente le habría parecido estúpida e insensible. La señora Ormond, lejos de serlo, tampoco era una observadora perspicaz del corazón humano, no solía ver más allá de la expresión externa de

los sentimientos y podía llegar a impacientarse sobremanera con sus amigos si estos no coincidían con los suyos.

—Virginia, querida —dijo con tono de reproche—, ya ves que el señor Hervey ha salido del cuarto para dejarte total libertad para hablar con tu padre, y yo también me voy, pero ¿por qué estás tan callada?

—Tengo tanto que decir ¡y mi corazón rebosa de tal forma!

—Sí, ya me contaste las miles de cosas que le ibas a decir a tu padre cuando lo vieras.

—Pero ahora que lo veo, las he olvidado todas. No puedo pensar en nada más que en él.

—En él y en el señor Hervey.

—Ahora mismo no estaba pensando en el señor Hervey —respondió sonrojándose Virginia.

—Bueno, tesoro, te dejo para que pienses y hables de todo lo que quieras —concluyó la señora Ormond, esbozando una sonrisa significativa al salir del cuarto.

El señor Hartley la envolvió en los brazos con la más afectuosa expresión de cariño paternal. Estaba a punto de decirle lo mucho que aprobaba la elección de su corazón cuando recordó la promesa que había hecho y se dispuso a examinar sus inclinaciones antes de mencionar siquiera el nombre de Clarence Hervey.

Comenzó describiéndole todo lo que estaba en su poder y deseaba poner a sus pies. Le habló de los placeres del mundo, ese mundo del que hasta ese momento había vivido apartada.

Ella lo oía con mansa indiferencia: ni siquiera su curiosidad se veía avivada.

Él apuntó que, aunque no tuviera curiosidad por ver, sería natural que le causara placer la idea de «ser vista».

—¿Qué placer?

—El placer de ser admirada y querida: sería imposible contemplar belleza y gracia como las tuyas, hija mía, sin suscitar admiración y amor.

—No deseo que me admiren —repuso Virginia— y solo deseo que me quieran aquellos a los que quiero yo.

—Queridísima hija, serás completamente dueña de ti misma. Jamás intervendré, de manera directa o indirecta, en las disposiciones de tu corazón.

Al oír estas palabras, Virginia, que hasta entonces había permanecido inmóvil, le tomó la mano al padre y la cubrió de besos.

—Ahora que te he encontrado, niña mía, deja que te haga todo lo

feliz que pueda. Es la sola reparación que puedo ofrecerte; será mi único consuelo en la vejez. Todo lo que la riqueza puede lograr…

—¡Riqueza! —lo interrumpió Virginia—. Entonces, ¿eres rico?

—Sí, hija mía. ¡Que te haga feliz! Ese es todo el provecho que quiero obtener de mi fortuna. Todo será tuyo.

—¿Y podré hacer con ella lo que desee? Oh, entonces, en verdad me hará feliz. Se lo daré todo, absolutamente todo al señor Hervey. ¡Qué alegría tener algo que ofrecerle!

—¿Hasta ahora no has tenido nada que pudieras darle al señor Hervey?

—Nada, ¡nada! Él me lo ha dado todo y ahora, ¡oh, día venturoso!, puedo demostrarle que Virginia no es una ingrata.

—Mi querida y generosa hija —dijo el señor Hartley, enjugándose las lágrimas—, ¡qué gran suerte es haberte encontrado! Pero dime —le sonrió—, ¿crees que al señor Hervey le complacerá que le entregues únicamente tu fortuna? ¿Crees que la aceptará sin el corazón? Ah, no, no apartes de mí tu rostro encendido: recuerda que es tu padre el que te habla. Me temo que no aceptará tu fortuna sin tu persona. ¿Qué podemos hacer? ¿Debería negarle tu mano?

—¡Negarle mi mano! ¿Crees que podría negarle nada cuando él me lo ha dado todo? ¡Sería un monstruo! No hay sacrificio que no hiciera ni esfuerzo del que no fuera capaz por el señor Hervey. Pero, mi querido padre —dijo cambiando de tono—, él no me había pedido la mano hasta ayer.

«Aunque veo que tu corazón lo conquistó hace mucho», pensó el padre.

—He escrito una respuesta a su carta. Léela y dime si estás de acuerdo.

—Claro que estaré de acuerdo. No hace falta que la lea para saber lo que dirá y él se ha ganado con su nobleza el derecho a leerla primero.

—¡Oh, sí, claro que sí! —exclamó Virginia presa de una fuerte emoción—. Y ya es hora de demostrarle que no soy una desagradecida.

—¡Y cómo te quiero por eso, hijita! —El señor Hartley la estrechó entre sus brazos—. Es precisamente lo que deseaba, aunque no me atreviera a decirlo hasta estar seguro de tus sentimientos. El señor Hervey me pidió que te dejase en total libertad de elegir, pues creía que tu nueva situación tal vez provocara algún cambio en tus afectos: veo que estaba equivocado y me alegro enormemente por ello… Pero ibas a decirme algo, querida, no dejes que te interrumpa.

—Solo iba a rogarte que le entregues esta carta al señor Hervey. Es la

respuesta a la que me escribió cuando pensaba que era una muchacha pobre… —«Y abandonada» estuvo a punto de decir, pero se contuvo—. Me gustaría que el señor Hervey supiera que mis sentimientos son ahora los mismos de siempre. Dile —añadió orgullosa— que no ha sido justo conmigo al imaginar que mis afectos podrían verse alterados por esta situación. Qué poco conoce a Virginia.

En ese momento Clarence entró en la estancia y el señor Hartley, emocionado, condujo a su hija hasta él.

—Tome su mano. Tome su corazón, que bien lo merece y acaba de enfadarse conmigo por dudar de ello. Pero lea la carta, pues será más clara y satisfactoria para usted que lo que yo pudiera decirle.

Virginia se apresuró a ponerla en manos del señor Hervey y, tras apartarse de su padre, se retiró a la alcoba.

Con toda la agitación de una persona cuya felicidad de por vida ha de decidirse en cuestión de momentos, Clarence abrió la carta de Virginia y, consciente de que no sería capaz de dominar la emoción, se apartó de los ojos inquisitivos del padre. Este, sin embargo, no vio nada en su nerviosismo que no considerase natural en un pretendiente y se alegró de ver que su hija inspiraba tan poderosa pasión.

La carta de Virginia se limitaba a las siguientes líneas:

> *Seré sumamente feliz si pudiera consagrar todo lo que me quede de vida a demostrarle cuán profundamente aprecio su generosidad.*
>
> VIRGINIA ST. PIERRE

Una aceptación tan directa no dejaba alternativa alguna a Clarence: su suerte estaba echada. De inmediato resolvió obligarse a ver a Belinda y al señor Vincent creyendo que se sentiría más tranquilo cuando comprobara con sus propios ojos que sus afectos estaban comprometidos con otro y que, aunque él hubiera sido libre, no habría tenido oportunidad alguna de ganárselos. Hay instantes en que deseamos convencernos de lo que, en otro momento, nos habría provocado la mayor desolación. Con tal disposición visitó el señor Hervey a *lady* Delacour, pero ya hemos visto que fue incapaz de mantener más allá de unos minutos esa filosófica compostura de la que se había armado al entrar en la sala. La tranquilidad que había esperado encontrar con dicha visita estaba más lejos que nunca de su alcance. La extravagante jovialidad con que *lady* Delacour lo recibió y ese algo indescriptible en su comportamiento cuando desviaba la

mirada de Clarence a Belinda y de esta al señor Vincent le hizo comprender que su señoría hubiera preferido que él ocupase el lugar del caballero criollo. La idea era tan cautivadora que su alma quedó embelesada y, durante algunos minutos, Virginia y todo lo relacionado con ella se desvanecieron de su memoria. En ese estado se hallaba cuando *lady* Delacour (como el lector recordará) lo invitó al vestidor de su esposo para que le refiriese el contenido del paquete que aún no había recibido. Tal petición hizo que recobrase el juicio, si bien no se sintió capaz de hacer frente a la perspicacia de la vizcondesa. Así, la invitó a leer su carta para obtener una explicación que temía ofrecer en persona y huyó de la presencia de Belinda resuelto a no volver a exponerse a semejante peligro.

El efecto que el paquete produjo en la mente de *lady* Delacour o si esta perdonó a Belinda por la firmeza de su compromiso con el señor Vincent es algo que no nos detendremos a analizar, pues ahora que hemos narrado lo sucedido a Clarence Hervey hasta el día de hoy es el momento de proseguir con su historia.

Capítulo 28



La ruleta

Aunque Clarence Hervey no quería ver a Virginia ni a su padre mientras se hallase en el estado de perturbación en que lo había sumido la entrevista con Belinda, no tardó en enviar a un criado a casa con una nota para la señora Ormond en la que indicaba que se reuniría con el señor Hartley en cuanto quisiera en el despacho de su abogado a fin de llevar a cabo los trámites necesarios para las disposiciones matrimoniales.

No viendo posibilidad alguna de retroceder con honor, era él quien, con encomiable resolución, quería avanzar en los preparativos todo lo posible y hacerse a la idea de que era imperativo el sacrificio que se disponía a hacer. Sus pasiones eran naturalmente impetuosas, pero a fuerza de perseverancia había logrado subyugarlas a la razón. El dominio sobre sí mismo tenía en ese momento que someterse a una dura prueba.

De camino a la ciudad vio a lord Delacour a caballo por el parque. Clarence Hervey, que no paraba de dar vueltas a sus asuntos, deseaba pasar inadvertido. En otros tiempos esto habría sido sencillísimo, pues lord Delacour antaño lo aborrecía por considerarlo el sucesor del coronel Lawless en el favor de su esposa, pero sus opiniones y sentimientos habían cambiado diametralmente tras leer aquellas cartas perfumadas de esencia de rosas: hasta el aroma le resultaba ahora agradable por agradable asociación. Así, abordó a Clarence con una calidez y una cordialidad que en cualquier otro momento lo habrían agradado tanto como sorprendido. Mas este no se hallaba de humor

para entablar coloquio alguno.

—Parece tener prisa, señor Hervey —dijo su señoría al observar su impaciencia—, pero, como sé que es de natural bondadoso, no tendré reparos en detenerlo un cuarto de hora.

Mientras hablaba, hizo dar media vuelta a su caballo y se colocó junto a Clarence, que miró al vizconde como si hubiera preferido tales reparos y que su bondad natural no fuera tan conocida.

—Estoy seguro de que no me negará este cuarto de hora en cuanto sepa que, al concederme su atención, podría hacerle un favor a una vieja, o acaso diría una joven amiga suya. Una amiga que otrora imaginé que fuese su favorita. Me refiero a la señorita Portman.

Al oír el nombre de Belinda, Clarence Hervey fue todo oídos: le aseguró a su señoría que no tenía prisa y, al contrario que antes, en ese instante le costaba moderar su voraz curiosidad.

—Podemos dar un par de vueltas por el parque o cualquier otro lugar —dijo lord Delacour—. No nos oirá nadie y cuanto antes sepa lo que quiero contarle, mejor.

—Ciertamente —respondió Clarence.

Ni la persona más pérfida sobre la faz de la tierra habría podido colmar la paciencia del pobre Clarence como lo consiguió el bueno de lord Delacour con las mejores intenciones, dada su propensión al circunloquio.

Se explayó a placer con las dificultades para dar hoy en día con un amigo discreto al que poder confiar cualquier asunto que exigiese delicadeza, honor y mano izquierda. Afirmó que los hombres de talento a menudo carecían de integridad, mientras que los hombres de integridad carecían de talento. Una vez que Clarence le dio la razón, prosiguió tributándole toda suerte de agradables, aunque interminables halagos, y después se dedicó a elogiarse a sí mismo por haber caído en la cuenta de que el señor Hervey sería la persona ideal a la que dirigirse. Se felicitó por la buena suerte de haberse topado justo con el hombre en el que estaba pensando. A la postre, y cuando Clarence hubo agradecido toda su amabilidad y dado su aquiescencia a todas las perogrulladas de su señoría, abordó el meollo del asunto.

Lord Delacour informó al señor Hervey de que *lady* Delacour le había encargado descubrir qué era lo que atraía «a un cierto señor Vincent con tanta asiduidad a casa de la señora Luttridge».

Antes de que empezara a explicarle quién era el caballero en cuestión, Clarence le aseguró que sabía bien que se trataba de un pupilo del señor Percival, un acaudalado criollo de las Indias Occidentales, etc.

—Y pretendiente de la señorita Portman, que para mí es lo esencial de la historia —continuó lord Delacour—, pues, de lo contrario, ¿sabe?, el señor Vincent sería para mí como cualquier otro caballero. Pero a ese respecto, es decir, en tanto que pretendiente de Belinda Portman y, como quien dice, a punto de casarse con ella, es una persona de interés para *milady* Delacour y para mí y sin duda para usted, como amigo de la señorita Portman, también.

—¡Sin duda! —fue lo único que el señor Hervey pudo responder.

—Ha de saber que *lady* Delacour posee una perspicacia fuera de lo común para una mujer y es capaz de interpretar los hechos maravillosamente. En resumidas cuentas, *milady* Delacour se ha enterado de que antes de que la señorita Portman fuese a Oakly Park el verano pasado y después de que se marchase este otoño, el señor Vincent ha estado visitando con asiduidad la casa de la señora Luttridge en Harrowgate y apostando (sin que los Percival lo supieran, por supuesto) grandes cantidades de dinero al billar con el señor Luttridge, un hombre que, debo confesar, nunca me ha gustado, ni siquiera cuando lo apoyaba en las elecciones. Pero eso da igual: no es la enemistad lo que me mueve. Todo el mundo sabe que Luttridge no posee sino una pequeña fortuna, aunque vive como si fuera enorme, y los jóvenes caballeros que apuestan fuerte siempre son bien recibidos en la mansión. Aunque espero que el señor Vincent no sea bien recibido por eso.

»Desde que *milady* Delacour y yo volvemos a ser buenos amigos, he roto todos los lazos con los Luttridge, por lo que no puedo ir a su casa y, sobre todo, no quiero verme tentado a volver a perder miles de libras frente a la dama. Pero usted nunca ha jugado y no creo que ahora sienta el impulso de hacerlo, así que nos haría un gran favor a *lady* Delacour y a mí si fuera allí esta noche. La señora Luttridge siempre se alegra de verlo y usted no tardará en descubrir lo que se cuece. No me cabe duda de que el señor Vincent es un joven franco y de lo más agradable, pero si es de los que juega, ¡Dios no quiera que la señorita Portman se case con él!

—¡Dios no lo quiera! —repitió Clarence Hervey.

—En mi opinión, el hombre que aspire a casarse con Belinda Portman ha de ser un ser superior para merecerla. ¡Ay, señor Hervey, usted no se imagina…, no puede saber del mérito de esa joven tan bien como yo! Una cosa es contemplar a una bella muchacha en un salón de baile y otra muy distinta convivir con ella durante meses y ver como yo he visto a Belinda Portman en el día a día, como se suele decir. Ahí es

donde uno puede juzgar el verdadero temperamento, los modales y el carácter. Y no hay mujer con temperamento más dulce ni modales más encantadores ni carácter más ejemplar, abierto, generoso, decidido y amable que la señorita Portman.

—Su señoría habla de ella con cariño.

—¡Hablo, señor Hervey, desde el fondo de mi corazón! —exclamó lord Delacour al tiempo que tiraba de las riendas y detenía su caballo—. Sería un bruto, desagradecido e insensible si no fuera consciente de las numerosas mercedes, ¡sí, mercedes!, que *milady* Delacour y yo hemos recibido de Belinda Portman. Ella ha sido la artífice de nuestra reconciliación, aunque este no es el momento de hablar de ello. Pensemos en sus asuntos: si el señor Vincent cae en la trampa de la señora Luttridge, no hay forma de saber cómo acabará. Hablo por propia experiencia, porque en realidad nunca me ha gustado apostar demasiado y, sin embargo, cuando entré en aquel círculo no pude evitarlo. Perdí cientos, ¡qué digo!, miles de libras, y con certeza él también las perderá antes de darse cuenta. La señora Luttridge lo verá como un tonto y al final lo será. Siempre he sospechado, y que esto quede entre nosotros, que las últimas mil libras que perdí no las perdí limpiamente. En fin, señor Hervey, ahora que lo sabe todo, intente salvar al señor Vincent por el bien de Belinda Portman.

Clarence le estrechó la mano con un sentimiento sincero de gratitud y afecto y le aseguró que no se había equivocado al depositar su confianza en él. Poco podía saber su señoría que le había pedido que salvase a su rival, si bien era cierto que, como le había asegurado el señor Hervey, no se había equivocado al depositar en él su confianza. El de Clarence no era uno de esos amores egoístas que, en cuanto pierden la esperanza, se hunden en la indiferencia o se tornan en odio. Belinda no podía ser suya, pero en medio del más amargo pesar lo sostenía la conciencia del propio honor y generosidad. Advirtió una suerte de noble satisfacción al pensar que podría contribuir a la felicidad de la mujer en quien había fijado sus más profundos afectos y se alegró al advertir que poseía magnanimidad suficiente como para salvar de la ruina a un rival. Incluso estaba dispuesto a convertir a tal rival en un amigo, a pesar de notar claramente al señor Vincent predispuesto en su contra.

«Sus celos se desvanecerán en cuanto conozca mi situación real —se dijo Clarence—. Se convencerá de que tengo un alma incapaz de toda envidia y, si llegase a sospechar de mi amor por Belinda, respetará la fuerza de voluntad con que puedo controlar mis pasiones. Doy por

hecho que el señor Vincent poseerá el corazón y la razón que podría desear en un amigo; de lo contrario, jamás podría ser… lo que es para Belinda».

Embargado por estos generosos sentimientos, Clarence esperó con impaciencia a que diese la hora en que pudiera presentarse en casa de la señora Luttridge. Acudió tan temprano que encontró el salón vacío. Los invitados a cenar aún no habían salido del comedor y los criados acababan de organizar las mesas de juego y de encender los candelabros. El señor Hervey no quería incomodar a nadie por haber llegado tan pronto y, por suerte, la señora Luttridge se quedó atrás unos minutos esperando a que *lady* Newland se acabase una copa de madeira. Entretanto, Clarence pergeñó un plan. Por lo que había observado y por las insinuaciones que lord Delacour había dejado caer, sospechaba que en la mansión no solo se jugaban grandes sumas, sino que se hacía trampa. Recordó que una vez, durante una partida de billar, había reparado en que la mesa no estaba completamente horizontal y se le ocurrió que tal vez la mesa de ruleta estuviese manipulada de modo que la fortuna apostada por todos los jugadores acabase en manos de la propietaria. Clarence era lo bastante sagaz como para averiguar el método empleado y contaba con medios infalibles para detectar el engaño. La mesa se hallaba en una pieza al lado del salón, por lo que se encaminó allí y descubrió sin asomo de duda que el mueble se había fabricado con fines ilícitos. Su primer impulso fue decírselo de inmediato al señor Vincent para ponerlo sobre aviso, pero tras pensárselo mejor decidió guardarse la información hasta estar seguro de si el caballero era o no un apasionado del juego.

«Si lo es —dilucidó Clarence—, es de extrema importancia para la señorita Portman que se lleve cuando es joven un escarmiento que le cause una impresión indeleble. No dejaré de hacerle un favor esencial por ahorrarle unas pocas horas de remordimiento. Permitiré que continúe, si es que así lo desea, hasta quedar al borde de la ruina y la desesperación; permitiré que sufra todos los horrores que el destino aguarda para el jugador antes de revelarle que tengo los medios para salvarlo. Cuando desenmascare a la señora Luttridge, tendrá que devolverle todo lo que haya perdido: no soportará enfrentarse al escarnio público que supone un juicio».

Apenas acababa de dar forma al plan cuando oyó las voces de las damas, que se acercaban desde el comedor.

La señora Luttridge apareció acompañada de una joven a la moda, muy bonita y afectada, la señorita Annabella Luttridge. Sus ademanes

coquetuelos no hicieron mella en Clarence Hervey, cuya mirada estaba clavada en la puerta esperando a que entrase el señor Vincent. Era uno de los invitados a la cena y llegó poco después que las damas. No pareció sorprendido al ver al señor Hervey, a quien saludó con una reverencia fría y altanera antes de dirigirse a la señorita Annabella, quien mostraba el más obvio deseo de atraer su atención.

Todo lo que sucedió esa noche llevó al señor Hervey a sospechar que, a pesar de los motivos por los que parecía poco probable, la hermosa Annabella era la causa secreta de las frecuentes visitas del señor Vincent a casa de su tía. Era natural que estuviera predispuesto a tal idea, dadas las circunstancias de su propia situación. Durante las tres horas que estuvo en casa de la señora Luttridge, el señor Vincent no se unió a ninguna de las partidas en curso. No obstante, cuando estaba a punto de marcharse, oyó a alguien decir: «Vincent, ¿cómo es que llevas toda la noche sin jugar?». Esa pregunta reavivó las sospechas del señor Hervey y, al dudar qué dictamen debería ofrecer a lord Delacour, resolvió no formarse idea alguna hasta tener nuevas oportunidades para juzgar.

Cuando el señor Hervey se preguntaba cómo era posible que el pupilo del señor Percival se convirtiera en jugador, olvidaba que el señor Vincent no había sido criado por su guardián, que había vivido en las Indias Occidentales hasta los dieciocho años y que solo llevaba bajo la protección del caballero unos pocos años, cuando sus hábitos y su carácter en gran medida ya estaban formados. El gusto por las apuestas lo había adquirido de niño, pero como se habían limitado a naderías lo habían dejado pasar como si se tratara de una insignificancia, una cosa de muchachos que se le olvidaría al crecer: su padre lo veía diariamente participar con entusiasmo en juegos de azar con los negros o con los hijos de otros terratenientes, pero nunca llegó a inquietarse. Estaba demasiado preocupado por amasar una fortuna para su familia como para considerar cómo se gastaba y no previó que esta flaqueza juvenil pudiera hacer perder a su hijo en pocas horas todo el patrimonio que él había tardado años en conseguir. Cuando el joven Vincent llegó a Inglaterra, el señor Percival no tuvo oportunidad inmediata de descubrir este defecto singular, aunque sí percibió arraigada en su mente una presuntuosa creencia en su excepcional buena suerte, lo que conduce de manera natural a aficionarse al juego. En lugar de sermonearlo, su guardián apeló al entendimiento y le mostró varios ejemplos del ruinoso efecto de apostar fuerte en la vida real. Estos impresionaron al joven Vincent y el señor Percival creyó que lo habían

convencido, pero sus emociones eran más hondas que sus convicciones, y los sentimientos, más poderosos que la razón. Sentía y expresaba con entusiasmo y elocuencia lo mucho que detestaba el carácter egoísta del jugador y se indignaba ante la más mínima insinuación de que él pudiera verse jamás tentado de convertirse en algo que abominaba. Por desgracia, desdeñaba la prudencia, considerándola una virtud artificial de mentes inferiores: creía que los sentimientos debían ser la guía del hombre de honor en primera y última instancia, y en lo relativo a su conducta en la vida, como hombre y como caballero, afirmaba ufano confiar en el instinto sublime de un buen corazón. Las dudas de su guardián respecto a la infalibilidad y hasta la existencia de ese instinto moral herían el orgullo del señor Vincent en lugar de apelar a su entendimiento y sentía más interés que aversión por exponerse al peligro para demostrar su superioridad frente a la tentación. ¡Cuán diferentes son los sentimientos según la situación! Y sin embargo, por muy a menudo que esto se repita, ¡cuán difícil es imprimir esta verdad en las mentes optimistas e inexpertas! Mientras el joven Vincent permaneció bajo el ojo atento de su guardián en Oakly Park, le parecía cobarde verse a salvo del vicio y ardía en deseos de salir al mundo, más confiado en sus virtudes innatas que en las adquiridas.

Nada más conocer a la señora Luttridge en Harrowgate, supo que era una jugadora consumada y despreció su carácter; a pesar de ello, sin reparar en el peligro, o puede que por el placer de convencer al señor Percival de que estaba por encima de él, continuó con las visitas. Durante algún tiempo se limitó al papel de espectador pasivo. Sin embargo, el billar era un juego de destreza y no de azar; en Oakly Park había una mesa de billar igual que en casa del señor Luttridge y él había jugado con su guardián. ¿Por qué no iba a jugar con este caballero? Así que jugó y sus habilidades fueron admiradas; apostó y sus apuestas fueron ganadoras. Pero a esto no lo llamaba «jugar», ya que el importe nunca era elevado y solo se trataba de billar. El señor Percival se demoró en Londres unas semanas más de lo habitual, por lo que no supo nada del modo en que su joven amigo pasaba el tiempo. En cuanto el señor Vincent se enteró de su regreso a Oakly Park, dejó una partida a medio acabar y, por suerte para él, los encantos de Belinda le hicieron olvidar durante unos meses la mera existencia de las mesas de billar. Todo lo que había sucedido en casa de la señora Luttridge pasaba por su mente como un sueño y, mientras su corazón se veía agitado por esta nueva pasión, apenas podía creer que jamás le hubieran interesado otras sensaciones. Se sorprendió al recordar por casualidad el

entusiasmo con que solía «divertirse» en compañía de la señora Luttridge; estaba seguro de que era cosa del pasado y precisamente por verse dominado por una fuerte pasión creía que jamás podría estar bajo el influjo de otra. Persistiendo así en su desdén de la razón como guía moral, el señor Vincent pensaba, actuaba y sufría como hombre de sentimientos. Cuando Belinda llevaba apenas una semana fuera de Oakly Park, el aburrimiento que sigue a toda pasión violenta se le volvió insoportable y, para consolarse por la ausencia de su amada, voló a la mesa de billar. Las emociones, de uno u otro tipo, se le habían vuelto necesarias. Se decía que no sentir era no vivir, y el suspense, la ansiedad, las esperanzas, los miedos y las continuas vicisitudes de la vida del jugador pronto le parecieron casi tan deliciosos como los de un amante. Engañada por tales apariencias, la señora Luttridge pensó que su afecto por Belinda estaba superado, o que bien podía llegar a estarlo, por lo que reverdecieron sus esperanzas de hacerse con su fortuna para Annabella. Como el señor Vincent no soportaba a la señora Freke, esta se abstuvo, a petición expresa de su amiga, de aparecer en la casa mientras él se encontrase allí, y la señora Luttridge trató de ganarse el favor del joven fingiendo que su indignación por el comportamiento de «Harriot» era tal que había provocado una ruptura total de su amistad. La súbita partida de Harrowgate de la señora Freke apuntaló la probabilidad de esta riña, aunque las dos mujeres se habían aliado en secreto para hacer que el señor Vincent rompiera su compromiso con Belinda, contra la cual la señora Freke había jurado venganza. La carta anónima en la que confiaron para cumplir tal propósito produjo en su lugar un efecto totalmente inesperado en la generosa mente del señor Vincent y, aunque no adivinó la procedencia, su indignación contra acusaciones tan burdas estalló con una violencia que pasmó a la señora Luttridge: su amor por Belinda parecía diez veces más entusiasta que antes, pues en el momento en que se la acusó él se sintió su valedor, además de su pretendiente. El vil espíritu del juego se esfumó como por ensalmo y la mesa de billar, la señora Luttridge y la señorita Annabella desaparecieron de su vista. No respiraba sino amor, no pidió permiso ni esperó a que Belinda se lo diera; declaró que saldría en su busca y que reduciría a átomos la infame carta en cuanto la tuviera delante para demostrarle lo imposible a su naturaleza que era la desconfianza. La señora Luttridge no resistió la violencia primera del huracán y ni siquiera se planteó oponerse; pero, mientras preparaban el tílburi y los caballos, se despidió con tanto cariño del perro y tanto se lamentó de que Annabella y ella no sabrían vivir sin el pobre *Juba* que el señor

Vincent, que le tenía un enorme afecto al can, no pudo evitar simpatizar con su pena y, siguiendo el razonamiento exacto que ellas deseaban, creyó que el afecto por el animal se extendía hasta la amistad, si no el amor, por el amo. No pudo ceder a las encarecidas súplicas de la señora Luttridge de que le dejase el perro bajo su protección, pero le prometió con la mano en el corazón que *Juba* la visitaría en cuanto estuviera en Londres. La idea de la próxima cita consoló en cierta medida a la señorita Annabella y sería injusto omitir el uso irreprochable que hizo de un pañuelo de batista para demostrar su delicada sensibilidad en la escena de despedida. La señora Luttridge no es menos merecedora de alabanzas por el modo en que reprochó a su sobrina que diera «rienda suelta a sus sentimientos» y por la habilidad con que deseó que la pobre Annabella tuviese el «temperamento sosegado y filosófico» del que, según tenía entendido, la señorita Portman era un ejemplo excepcional.

Durante el viaje a Londres, el señor Vincent reflexionó sobre estas últimas palabras y no pudo evitar pensar que, si Belinda tuviese más defectos, resultaría más cercana. Temía que su afecto por él nunca llegase a ser como el que sentía por ella, que nunca fuese lo bastante tierna o ardiente para hacerlo feliz o para igualar su idea de la pasión amorosa.

No obstante, estos pensamientos se desvanecieron sin apenas dejar rastro en cuanto volvió a verla y hablar con ella. La dignidad, la sinceridad y la amabilidad que mostró la noche en que le entregó la carta anónima lo prendaron y conmovieron, y los sentimientos reales se sumaron a su entusiasmo para hacerle creer que toda su felicidad dependía de la sonrisa de Belinda. Cuando esta le confesó su anterior relación con Clarence Hervey, los feroces celos que despertó aumentaron su pasión al tiempo que espoleaban su orgullo y Belinda se le mostró bajo una nueva e interesante luz al descubrir que la frialdad que había atribuido a una falta de sensibilidad probablemente se debiera a su exceso. Que el corazón de la joven hubiera estado ocupado le resultaba más tolerable que creerla acomodada en la indiferencia. Estaba tan abismado en las deliciosas veleidades de su amor por Belinda que hasta no recibir una nota de reproche de la señora Luttridge en la que le recordaba la visita prometida de *Juba* no se obligó a abandonar Twickenham, aunque solo fuese por unas horas. La ojeriza o el miedo que *lady* Delacour le tenía a *Juba*, y que el señor Vincent mencionó por casualidad a la señorita Annabella, les parecieron a ella y a su tía «la cosa más extraordinaria del mundo», y a él, en

comparación con su desmesurado afecto, totalmente inexplicables. Por pura consideración a los nervios de la vizcondesa, la señora Luttridge le pidió al señor Vincent que dejase al perro con ella para que Helena no corriera tan inminente peligro a merced de las «monstruosas mandíbulas del animal». Este dio curso a la petición y, como las peticionarias habían previsto, *Juba* se convirtió en una ayuda inestimable. Su amo lo visitaba a diario y, en ocasiones, cuando iba por la mañana, la señora Luttridge no estaba en casa, por lo que había de regresar por la tarde, y la tarde londinense es lo que en otros lugares se considera la noche, y no había noche en casa de la señora Luttridge en que no se jugase. La presencia de la mesa de ruleta sorprendió al señor Vincent la primera vez que la vio: pensó en el señor Percival y se alejó de ella; pero a su talante social le era insoportable permanecer ocioso y desinteresado cuando todos los demás participaban con exaltación en una empresa común. A su temperamento generoso le resultaba desconsiderado permanecer al margen cual censor silencioso del resto de la compañía y, al considerar lo poco que unos cientos y acaso unos miles de libras significaban para un hombre de pingüe fortuna como él, «no pudo evitar sentir» que sería sórdido, egoísta y avaricioso temer una posible pérdida. Así, espíritu social, valentía, generosidad, todo conspiraba para arrastrar a un hombre de sentimientos a la mesa de juego. Una vez allí, la ruina era inevitable. La señora Luttridge, mientras tuvo su destino en la mano, solo dudó si le interesaría más casarlo con su sobrina o quedarse con su fortuna. La pasión por Belinda, que de alguna manera se había visto enardecida a pesar de la carta anónima, le hacía albergar pocas esperanzas en el éxito de Annabella, aun con la ayuda de *Juba* y de una delicada sensibilidad. La tía, sin parar mientes en la decepción de la sobrina, resolvió convertir al señor Vincent en «su» víctima y, consciente de que no podía dejarle tiempo para reflexionar, consiguió que en unas pocas noches sentado a la mesa de ruleta no perdiera miles, sino decenas de miles de libras. En una buena noche, le aseguró, compensaría todo lo perdido, pues la suerte no podía seguir dándole la espalda y, si perseveraba, la diosa Fortuna acabaría concediéndole sus favores.

El horror, la agonía mental al contemplar la súbita ruina que parecía cernerse sobre él, el recuerdo de Belinda y el del señor Percival estaban a punto de volverlo loco. Una noche se apartó de la mesa de juego jurando que no volvería a apostar ni una guinea. Mas su ruina no era completa, todavía le quedaban miles de libras que perder y la señora Luttridge no iba a soltar a su presa así como así. Lo convenció para

probar suerte una vez más. Le permitió recobrar algo de confianza al recuperar parte del dinero perdido. Aplacada la sensación de peligro inmediato, el señor Vincent se alegró de poder ahorrarse la humillación de confesar las pérdidas al señor Percival y a Belinda. Al día siguiente la visitó con inusitado placer y fue precisamente aquella la mañana en que Clarence Hervey se presentó en casa de *lady* Delacour. La imprudencia de su señoría, sumada tal vez a la conciencia de poseer un vicio secreto que lo envilecería a ojos de su pretendida, hizo que malinterpretase todo lo que sucedía y que sus celos se avivaran de la manera más súbita y violenta. Huyó de casa de la dama a la de la señora Luttridge, donde se sintió tranquilo y lisonjeado por la fingida amabilidad con que lo recibieron Annabella y su tía. Sin embargo, cuando después de la cena uno de los criados le susurró a la señora Luttridge, que estaba sentada a su lado, que el señor Clarence Hervey se hallaba en el piso de arriba, se llevó tal susto que parte de la copa de vino de la que estaba a punto de beber a la salud de la dama no escapó del regazo de la hermosa Annabella. Durante la confusión y las disculpas por el accidente, la señora Luttridge tuvo tiempo de considerar cuál habría sido la causa del sobresalto y con tal celeridad y tino concordó sus sospechas que acertó: el señor Vincent temía que lo viera sentado a la ruleta una persona que podría tener interés en contarle la verdad a Belinda Portman.

—Señor Vincent —murmuró—, tengo un dolor de cabeza tan terrible que no estoy para nada, y menos para jugar a la ruleta, por lo que tendrá que esperar hasta mañana para tomarse la revancha.

El señor Vincent se alegró sobremanera de poder librarse del compromiso y se propuso escapar de las sospechas de Clarence dedicándole la velada a Annabella sin pensar ni por un momento que el señor Hervey regresaría la noche siguiente. Se sentó a la mesa de ruleta a su hora habitual, pues se hallaba ansioso por recuperar lo perdido, no tanto por el dinero, cuya merma podía permitirse, como por que la mengua de su fortuna llevase al señor Percival a conocer la causa. No podía soportar, después de todo lo que se había vanagloriado, verse humillado por la exagerada confianza en sí mismo y se prometió en secreto que, si lograba recuperar lo perdido en una noche de buena suerte, abandonaría para siempre la compañía de los jugadores. Unos meses antes ni se habría planteado ocultar parte alguna de su conducta o acciones a su mejor amigo, el señor Percival, pero en ese instante el orgullo lo reconciliaba con la mezquindad de la ocultación y, en tal punto, la intensidad de sus sentimientos le servía de excusa para el

engaño, pues así de falaz es el instinto moral que no se halla iluminado o controlado por la razón o la religión.

El señor Vincent perdió la esperanza de recobrar lo perdido. No fue la noche afortunada que los pronósticos de la señora Luttridge le habían llevado a creer vanamente. Aun así, jugó con toda la impetuosidad de su naturaleza; abandonado el buen juicio, apenas sabía qué hacía ni decía y, en cuestión de horas, alcanzó tal grado de delirio que, en un momento de desesperación, apostó prácticamente todo lo que poseía en el mundo… ¡y perdió! Se quedó estupefacto. El rumor de las voces apenas llegaba a sus oídos. Veía figuras moverse ante sus ojos, pero era incapaz de distinguir quiénes o qué eran.

Al anunciarse la cena, la sala se vació con celeridad, pero él seguía petrificado, apoyado en la mesa de ruleta. Salió del estupor cuando la señora Luttridge le preguntó al pasar:

—¿No va a cenar esta noche, señor Hervey?

Vincent levantó la vista y vio a Clarence Hervey delante de él. Su semblante se alteró al punto y un rayo de ira atravesó las tinieblas de su desesperación. Aunque no pronunció palabra, su mirada decía: «¿Qué es esto, señor? ¿Ha vuelto para observarme? ¿Para disfrutar de mi ruina? ¿Para llevarle raudo la noticia a Belinda?».

Ante este último pensamiento, se golpeó la frente con el puño y, pasando como una exhalación junto al señor Hervey, que en vano trató de hablar con él, se adentró en la multitud que abarrotaba las escaleras y se dejó llevar hasta el comedor. Una vez allí ocupó su asiento habitual entre la señora Luttridge y la hermosa Annabella y, como si estuviera resuelto a desafiar la mirada observadora de Clarence Hervey, sentado a la misma mesa, afectó una extravagante jovialidad: comió, bebió, habló y rio más que nadie. Hacia el final de la cena, *Juba*, que vivía con la señora Luttridge, le lamió la mano para recordarle que no le había dado nada de comer.

—¡Bebe, *Juba*! ¡Bebe hasta que te hartes! —exclamó el señor Vincent, acercando una copa de vino al hocico del can—. Es el único perro que jamás haya visto que le guste el vino.

A continuación, agarró unas flores que decoraban la mesa y juró que, a partir de ese momento, deberían llamarlo Anacreonte y que merecía que lo coronase de rosas la mano de la Belleza. Al instante, Annabella se desprendió del pecho una rosa de invernadero y lo ayudó a confeccionar la guirnalda con que coronó al nuevo poeta del hedonismo. Insensible a los honores, el perro, muerto de hambre, se volvió a la señora Luttridge, que hasta entonces lo había alimentado

regularmente con los bocados más exquisitos, y, levantando su enorme pata, la apoyó como solía hacer en el brazo de la dama. Esta lo sacudió; él, desconocedor del revés en la fortuna de su amo, repitió el gesto y, con la familiaridad a la que lo habían acostumbrado, levantó la cabeza casi hasta la altura de la mejilla de la señora Luttridge.

—¡Abajo, *Juba*! ¡Abajo! —ordenó con voz cortante.

—¡Abajo, *Juba*! —repitió el señor Vincent con tono amargo, abandonada ya toda su fingida jovialidad. «Abajo, abajo… ¡Húndete como tu amo!», pensó y, empujando la silla, se levantó de la mesa para abandonar la estancia precipitadamente.

Nadie le dio importancia a su partida. Las sillas se acercaron y el hueco que dejó su plaza vacía apenas se advirtió un momento. El grupo estaba tan animado como antes; la hermosa Annabella sonreía con la misma gracia y la señora Luttridge exultaba por el éxito de sus planes mientras su víctima estaba atormentado por la desesperación.

Clarence Hervey, testigo de cada cambio en el semblante del señor Vincent, contempló la agonía del alma que lo llevó a levantarse de la mesa y abandonar el comedor. Imaginó su propósito y lo siguió de inmediato. Sin embargo, ya había salido de la mansión antes de alcanzarlo y nadie supo decirle qué camino había tomado, pues nadie lo había visto: la única información que acertaron a proporcionarle fue que tal vez podrían dar cuenta de él en el hotel Nerot o en casa del gobernador Montford, en Portland Place. El hotel se hallaba a pocas yardas de la casa de la señora Luttridge. Clarence se presentó allí de inmediato. Preguntó por el señor Vincent. Uno de los mozos le dijo que aún no había llegado, pero otro respondió:

—¿El caballero pregunta por el señor Vincent? Acabo de acompañarlo a su habitación.

—¿Cuál es? He de verlo ahora mismo.

—Esta noche no va a poder verlo, no. Le aseguro que el señor Vincent no va a dejarlo pasar. Hace tres minutos que subí con unas cartas que le habían llegado mientras estaba fuera y no me dejó entrar. Le oí darle dos vueltas a la llave de la puerta y lanzar un juramento terrible. Yo no vuelvo a subir allí a estas horas de la noche. No, señor, por mi vida que no.

—¿Dónde está su criado personal? ¿Es que no tiene a nadie aquí? ¡Su ayuda de cámara! —exclamó Clarence—. ¡Déjenme verlo!

—Imposible. El señor Vincent acaba de mandar a su negro, el único criado que tiene aquí, con un mensaje. Le repito que no sirve de nada ir, caballero —continuó el mozo, mientras Clarence subía las escaleras

de dos en dos y de tres en tres—. El señor Vincent no desea que nadie lo importune y se enfadará mucho, señor. Además, iría en balde, porque no va a abrirle la puerta.

—¿La habitación solo tiene una? —preguntó el señor Hervey al tiempo que se sacaba una guinea del bolsillo y tocaba con ella la mano del empleado.

—Oh, ahora que recuerdo, sí, hay una puerta privada dentro de un armario. Tal vez esa no esté cerrada con llave.

Clarence soltó la moneda en la mano del mozo y este se apresuró a guiarlo por la escalera trasera hasta la puerta que daba al dormitorio del señor Vincent.

—Ahora déjeme y no haga ruido —susurró.

El hombre se marchó y, mientras el señor Hervey se acercaba a la puerta oculta para probar si podía abrirse, oyó con claridad cómo se armaba una pistola. La puerta no estaba cerrada con llave y, al empujarla suavemente, vio al desafortunado caballero de rodillas con la pistola apoyada en la sien y la mirada vuelta al cielo. Clarence no tardó un momento en colocarse detrás de él, sujetar la pistola y apartarla con tanta calma, destreza y coraje que, a pesar de estar amartillada, no se disparó.

—¡Señor Hervey! —exclamó asustado el señor Vincent. El espanto superó cualquier otra sensación, pero al instante sus ojos destellaron con furia—. ¿Es así como se comporta un caballero, señor Hervey, un hombre de honor? ¿Entrometiéndose en mis asuntos privados, espiando mis acciones, regodeándose en mi ruina, siendo testigo de mi desesperación, arrebatándome la única…?

Contempló enajenado la pistola en manos de Clarence antes de agarrar otra que yacía en la mesa y continuar:

—Usted es mi enemigo. Bien lo sé. Es mi rival. Sí. Belinda le ama. No, no me mire así, no es momento de disimular. Belinda le ama. Lo sabe. Por su bien y por el de ella, libéreme de este mundo, libéreme de esta tortura. Nadie lo considerará un asesinato: dirán que fue un duelo. Ha estado espiándome. Exijo satisfacción. Si tiene un ápice de honor o de valor, señor Hervey, demuéstremelo. Bátase conmigo, de hombre a hombre, de rival a rival, de enemigo a enemigo. ¡Dispare!

—Si me dispara, se arrepentirá —respondió Clarence con calma—, porque no soy su enemigo; no soy su rival.

—¡Sí que lo es! —lo interrumpió Vincent, alzando la voz con indignación extrema —. Es mi rival, aunque no se atreva a reconocerlo. Negarlo es mezquino, falso, cobarde. ¡Ay, Belinda! ¿A este ser prefieres

antes que a mí? ¡Jugador y miserable, sí! Pero mi alma jamás se ha rebajado a mentir. Aborrezco la traición. ¡Poseo valentía y honor y un corazón digno de Belinda! Se lo imploro —continuó con la voz trémula por el desprecio—, déjeme solo con mis sentimientos.

—En estos momentos está fuera de sí y no puedo dejarlo a merced de sentimientos tan errados. Domínese un instante y escúcheme: use la razón y pronto se convencerá de que soy su amigo.

—¡Mi amigo!

—Sí, su amigo. ¿Para qué, si no, habría venido a quitarle la pistola de la mano? Si me interesase, si mi deseo fuese que desapareciera de este mundo, ¿por qué le habría impedido destruirse? ¿Cree que esa es la acción de un enemigo? Use la razón.

—No puedo —respondió Vincent, golpeándose la cabeza—. No sé qué pensar. No soy dueño de mí. Se lo suplico, por su propio bien, váyase.

—¿Por mi propio bien? —replicó Hervey con desdén—. No estoy pensando en mí, ni nada de lo que diga me apartará de mi objetivo. No es otro que salvarlo de la ruina por el bien de una mujer que, aunque ya no sea su rival, he amado, si no tanto, cuando menos mucho más tiempo que usted.

Había algo tan sincero en el rostro de Hervey, una expresión de verdad tan potente en su ademán que resultaba imposible resistir, por lo que el señor Vincent exclamó con la voz demudada:

—Si reconoce, entonces, que ha amado a Belinda, ¿cómo podría haber cesado de amarla? ¡Imposible! Y, amándola, ¿cómo no va a detestarme?

—No —respondió Clarence mientras le tendía la mano—. Deseo ser su amigo. No soy tan ruin como para privar a otros de una felicidad que yo no podré disfrutar. En una palabra y para calmar para siempre sus miedos, no tengo pretensión alguna con la señorita Portman ni puedo tenerla. Estoy comprometido con otra mujer. Dentro de unos días sabrá de mi boda.

El señor Vincent arrojó la pistola y le estrechó la mano a Hervey.

—Perdóneme por lo que acabo de decirle. No sabía qué decía. La desesperación hablaba por mí. Su objetivo es de lo más generoso, mas estéril. Llega demasiado tarde. Estoy arruinado y sin esperanza.

Se cruzó de brazos y dirigió la mirada sin darse cuenta a las pistolas. Transcurrió un momento de ominoso silencio.

—El sufrimiento que ha experimentado esta noche era necesario para asegurar su felicidad futura.

—¡Felicidad! Felicidad… No hay felicidad que valga para mí. Mi desgracia se ha consumado por mi propia insensatez, precipitación y terquedad. Loco como estaba, ¿qué podía tentarme a la mesa de juego? Ay, si pudiera volver atrás unos días solo, ¡unas horas de mi existencia! Pero el remordimiento no sirve de nada; la prudencia llega demasiado tarde. ¿Sabía —preguntó mirando fijamente a Hervey— que soy un indigente? ¿Que no me queda un penique en el mundo? Vaya a Belinda y dígaselo. Dígale que si alguna vez me miró con afecto, ya no lo merezco. Dígale que me olvide, que me desprecie, que me deteste. Felicítela por haber escapado de un esposo jugador.

—Lo que haré, si no le importa, será decirle lo que creo que es la verdad: que la agonía que ha sufrido esta noche, la experiencia tan difícil que ha tenido, le servirá de lección para siempre.

—¡De lección! —exclamó Vincent—. ¡Ojalá pudiera servirme de lección! Pero ya le digo que llega demasiado tarde. Nada puede salvarme.

—Yo puedo. Júreme por Belinda, júreme solemnemente que nunca volverá a confiar su felicidad y la de ella a los caprichos de un dado. Júreme que nunca más volverá a jugar, directa o indirectamente, a juegos de azar y yo le devolveré la fortuna y la felicidad perdidas.

El señor Vincent se quedó inmóvil, como suspendido entre el éxtasis y la desesperación. No se atrevía a confiar en sus sentidos. Fervoroso y solemne, prestó el juramento exigido y Clarence le reveló el secreto de la mesa de ruleta.

—Cuando esa mujer sepa que estoy en posición de exponerla al escarnio público, le reembolsará todo lo que le ganó indebidamente. Aun entre los jugadores más empedernidos, tal descubrimiento acabaría con ella: lo sabe y, si se atreviese a encarar la opinión pública, podríamos recurrir con seguridad a la ley, que la perseguiría. Las leyes del honor, al igual que las de este mundo, apoyarán el proceso. Pero ella nunca dejará que el asunto llegue a un tribunal. Iré a verla mañana a primera hora, en cuanto pueda, y pondré fin al suspense.

—¡Es usted el más generoso de todos los hombres! No tengo palabras para expresar lo que siento, pero su propio corazón, su propia aprobación…

—Buenas noches —lo interrumpió Clarence con una sonrisa amable —. Veo que he hecho un amigo; estaba decidido a que el esposo de Belinda lo fuera y he tenido un éxito mucho mayor del que jamás habría esperado. Ahora no quiero importunarlo más. Adiós —concluyó al tiempo que cerraba la puerta.

Sus sensaciones en aquel instante fueron aún más dulces que las del hombre al que acababa de rescatar del abismo de la desesperación. ¡Cuán sabiamente la Providencia hace que las emociones benevolentes y generosas sean las más placenteras!

Capítulo 29



El judío

En el silencio de la noche, cuando el ajetreo de la acción se había calmado y comenzaba a decaer el entusiasmo de la generosidad, las palabras que habían escapado de labios del señor Vincent en el paroxismo de la desesperación y la rabia, «Belinda le ama», regresaron a Clarence Hervey, que precisó de toda su fortaleza para desterrar el sonido de los oídos y la idea de la mente. Trató de convencerse de que se habían debido únicamente a un súbito arranque de celos y que carecían de fundamento; tal vez creerlo fuera menester para su integridad. Discurrió que, pasara lo que pasase, no podía faltar a su compromiso con Virginia ni podía rehusar el favor que había prometido al señor Vincent: era una persona firme y coherente. Antes de las dos del día siguiente, el joven recibió esta escueta nota de Clarence:

> *Adjunto le envío un documento en el que la señora Luttridge reconoce no tener nada que exigirle como consecuencia de lo acaecido anoche. No le he mencionado nada sobre el dinero que había ganado hasta entonces, pues entiendo que ya está pagado.*
>
> *La dama montó en cólera, mas no le sirvió de nada. El marido intentó presionarme. Le dije que quedaba a su disposición en cuanto, al desafiarlo a usted a batirse en duelo, se hiciera público todo el asunto.*

Habría ido personalmente a verlo esta mañana, pero me encuentro ocupado con abogados y disposiciones matrimoniales.

Afectuosamente,
CLARENCE HERVEY

Contentísimo por la admisión de la señora Luttridge, Vincent se repitió la promesa de no volver a ponerse en riesgo por rodearse de malas compañías. Estaba impaciente por ver a Belinda y, rebosante de sentimientos generosos y agradecidos, en aquel primer momento de regocijo resolvió no ocultarle nada y confesarle a un tiempo su propia imprudencia y la encomiable generosidad de Clarence Hervey. Cuando estaba a punto de partir rumbo a Twickenham, lo mandó llamar su tío, el gobernador Montford, con quien tenía unos asuntos que despachar sobre sus haciendas en las Indias Occidentales. Pasó el resto de la mañana en su compañía y fue allí donde recibió una deliciosa carta de Belinda, la misma que había escrito y enviado mientras *lady* Delacour leía el paquete de Clarence Hervey. Lo habría curado de los celos si entretanto no hubiera visto al señor Hervey y él mismo no le hubiera confirmado sus próximas nupcias. Al final, le informaba de que *lady* Delacour estaría al día siguiente en Berkeley Square y que pasarían una semana en la capital por causa de la señora Margaret Delacour, que había prometido visitar a su señoría y para quien ir a Twickenham habría sido un viaje demasiado proceloso, pues estaba delicada de salud y apenas salía de casa.

A *lady* Delacour ya se le había pasado el disgusto que hubiera podido sentir por la «frialdad» con que Belinda trató al señor Hervey y su constancia con el señor Vincent. Como cabalmente se ha dicho, las palabras de quien se halla enojado son peores que sus pensamientos,[102] y este solía ser el caso con su señoría.

La mañana siguiente a su llegada a Londres, entró en el aposento de Belinda aún más alegre y satisfecha que de costumbre.

—¡Grandes noticias! ¡Buenísimas! ¡Extraordinarias! Aunque es de lo más imprudente por mi parte avivar tus expectativas, querida Belinda. Dime, ¿oíste hace un rato el alboroto que llegaba desde la plaza?

—Sí, me pareció oír una fuerte algarabía, pero Marriott aplacó mi curiosidad al decirme que no era más que una pelea entre dos perros.

—Habrá que ver si esa pelea entre dos perros no acaba en duelo entre dos hombres.

—Se diría que tal posibilidad la ha puesto de un humor inmejorable —dijo Belinda, sonriendo.

—¿A que no sabes lo que he oído sobre el señor Vincent? Que la señorita Annabella Luttridge se muere de amor por él... o por su fortuna. Conociendo como conozco la vanidad del ser humano, supongo que tu señor Vincent, pese a ser un dechado de perfección, se habrá dejado lisonjear por la coqueta y puede que hasta haya condescendido a pagarle con la misma moneda. Doy por hecho, porque siempre me gusta rellenar los vacíos en las historias a mi gusto, que el señor Vincent habrá tenido algún enredo con ella y por eso se habrá enemistado con la tía. Lo que es cierto es que ha habido una riña, porque tu amigo Juba se lo ha contado a Marriott. Su *massa* juró que no volvería a casa de la señora Luttridge y esta mañana tomó la medida expeditiva de solicitar la devolución de su perro. Juba fue a buscar a su tocayo. La señorita Annabella Luttridge fue quien se lo entregó y le pidió al criado que le dijera al amo de su parte que el collar le estaba demasiado prieto y que no olvidase quitárselo en cuanto pudiera. Tal vez seas tan cándida como el pobre negro, querida, y no sospeches de *finesse* alguna en tal mensaje: la señorita Luttridge, consciente de que el fiel sirviente se halla demasiado inclinado hacia tus intereses como para convencerlo o sobornarlo para que lleve a su señor cartas de amor de ninguna otra dama, no se atrevió a entregarle esquela alguna, pero sí se las ingenió para hacer que la portase sin saberlo. Si el *colin-maillard*, llamado vulgarmente «la gallina ciega», era hace algún tiempo el pasatiempo favorito entre las parisinas, supongo que ahora la hermosa Annabella querrá poner de moda el escondite. Mira si no es talentosa en dicho juego: había ocultado su carta de amor en el interior del collar de *Juba*. El perro, desconocedor de su dignidad de embajador, o más bien de agente diplomático, emprendió el camino a casa. Al cruzar Berkeley Square, se toparon con *sir* Philip Baddely y su can. El insolente favorito del *baronet* mordió el talón del criado. *Juba* el perro se sintió ultrajado por el ataque y se desató un enconado combate. En el apogeo de la batalla se desenganchó el collar. *Sir* Philip Baddely vio el papel cosido al forro y de inmediato se apoderó de él al tiempo que el negro trataba de echarle la mano. El *baronet* lanzó una ristra de improperios; el criado trató de zafarse; el *baronet* lo derribó de un golpe. El enorme perro abandonó momentáneamente a su antagonista canino, voló hacia el *baronet* y se lo habría comido de tres bocados si *sir* Philip no hubiera huido hasta meterse en la biblioteca circulante de Dangerfield. El negro tenía un corte terrible en la cabeza provocado por una piedra en punta y el tobillo torcido, pero por lo que me ha dicho no se percató de ello hasta después. Se levantó y corrió tras el enemigo de su amo. *Sir* Philip

estaba leyendo la carta en voz alta cuando entró en la biblioteca. Intrépido, el criado reclamó lo que era propiedad del señor Vincent y un caballero allí presente se puso de su parte.

»Entretanto, lord Delacour, que había presenciado la batalla por la ventana del comedor matinal, declaró que iría a Dangerfield para ver qué sucedía y cómo acababa todo. Entró en la biblioteca mientras el caballero que había intercedido a favor del pobre Juba discutía con *sir* Philip. El negro ensangrentado le refirió a milord de la manera más clara de que era capaz la causa de la discusión, y lord Delacour, quien, siendo justos, es hombre de honor, se sumó de inmediato a su defensa. El *baronet* acabó aceptando la derrota y se retiró del campo de batalla sin nada que decir salvo: "¡Pardiez! ¡Qué cosa extraordinaria, diantres!" o algo por el estilo.

»Lord Delacour, además de hombre de honor, es de una gran humanidad. Ya sé que nada te gusta más, mi querida Belinda, que verme adornar los discursos con algún que otro halago conyugal. El caso es que se preocupó al ver al pobre negro retorciéndose de dolor y, con ayuda del caballero con quien se había aliado en su defensa, atravesó la plaza y trajo a Juba a casa. ¿A que no adivinas para qué? Para probar en el tobillo el bálsamo infalible de un curandero que le había recomendado la viuda *lady* Boucher. Yo estaba en el vestíbulo cuando entraron con el pobre hombre y llamaron a Marriott. «Marriott —le dijo milord—, ¡trae ahora mismo el bálsamo infalible de *lady* Boucher!». Tendrías que haber visto la seriedad de su semblante o el énfasis con que dijo «infalible». Permíteme reírme al recordarlo. Una sonrisa humana ha de ser admisible y perdonable.

—¿Cómo no perdonarle esta sonrisa si, como estoy segura de que habrá advertido, dice casi tanto de su señoría como de lord Delacour?

—Por supuesto: creer en un curandero es tan terrible como creer en sus bálsamos, lo reconozco. Esa observación es tan maliciosa, por lo certera, que para castigarte por ello me guardaré el resto de la historia una semana, y te aseguro que lo mejor estaba por llegar. Pero volviendo a nuestro amigo el señor Vincent: con que solo supieses los motivos que tengo ahora mismo para desear que estuviera en Jamaica reconocerías toda mi sinceridad al confesar que creo que mis sospechas sobre la ruleta eran infundadas y toda mi generosidad al admitir que tienes razón al tratarlo con justicia.

Belinda no logró convencer a *lady* Delacour de que le explicase tan enigmática frase.

Por la noche apareció el señor Vincent. *Lady* Delacour no tardó en

atacarlo con chanzas sobre la hermosa Annabella. Él se sintió aliviado al ver que las sospechas de la dama tomaban tal rumbo y que no había trascendido nada relacionado con la transacción en la que había participado Clarence Hervey. Flaqueaba en su resolución de confesar la verdad a Belinda. Aunque era lo que había decidido en el primer momento de jubiloso entusiasmo, el paso de veinticuatro horas había operado un cambio sustancial en sus sentimientos: cuanto más lo pensaba, mayor era su miedo a que la sinceridad le hiciera perder a su amada. De hecho, sus decisiones más virtuosas siempre se debían más al efecto de un impulso repentino que a un principio firme. Cuando la tormenta de la pasión barría las señales, no tenía forma de discernir los límites entre el bien y el mal. En este caso particular, su amor por Belinda confundía todos sus cálculos morales: en un momento dado, sus sentimientos como hombre de honor le prohibían rebajarse al vil disimulo; al siguiente, prevalecían los del hombre enamorado y su conciencia se apaciguaba con la idea de que se había prometido no regresar a la mesa de juego, por lo que, una vez eliminado el peligro, hablarle a Belinda de su imprudencia pasada solo serviría para alarmarla innecesariamente. Al principio, su generosidad se rebeló ante la idea de omitir los elogios que tanto merecía Clarence Hervey, pero los celos regresaron para hacer frente a ese primer impulso de virtud. Consideró que su propia inferioridad le resultaría aún más llamativa a su pretendida, por lo que se convenció con sofístico argumento de que en realidad contribuiría a su felicidad ocultándole los méritos de un rival al que jamás podría unirse. Durante la mayor parte de la velada permaneció en este estado mental de vacilación. Cuando faltaba alrededor de un cuarto de hora para marcharse, Marriott llamó a *lady* Delacour y esta salió. Solo con Belinda en la sala, su turbación aumentó y la confiada amabilidad de la joven se le figuró el más amargo reproche. En mitad de su silenciosa agonía, ella sonrió y le preguntó divertida:

—¿En qué está pensando? Si fuera celosa, diría que en la hermosa Annabella...

—Pues se equivocaría —respondió el señor Vincent con voz ahogada. Estaba a punto de decirle la verdad, pero para ganar unos minutos comenzó a defender su comportamiento con la señorita Luttridge.

—No lo he interrumpido —respondió Belinda cuando hubo terminado— ni le voy a negar, llevada por una falsa generosidad o cortesía, la oportunidad de demostrar su integridad asegurándole que ya lo sospechaba y que su defensa es totalmente innecesaria. Como ve,

sigo mis propias máximas: esa era la justicia que le pedí cuando fue tan generoso conmigo con aquella carta anónima. Créame, no he olvidado ni olvidaré nunca lo bien que se portó conmigo en aquella ocasión.

Mientras hablaba le tendió la mano en un gesto de enorme dulzura y perfecta sinceridad. Él se la llevó a los labios antes de exclamar:

—¿Cómo podría traicionar la confianza que deposita en mí?

—No sé si podría hacerlo, pero sé que no lo haría. Y prefiero confiar en quienes, pudiendo traicionarme, tienen la voluntad de no hacerlo.

No obstante, al ver la extrema agitación que le provocaron tales palabras, la jovialidad de Belinda se desvaneció.

—¿Qué le sucede? ¿No se encuentra bien? ¿No va a decirme nada? ¿Acaso no tengo derecho a compartir su inquietud? ¡Es evidente que le acecha una duda, una dificultad, una angustia! Le ruego que no persista en este doloroso silencio; hábleme como haría con una amiga, ¡al menos con toda su acostumbrada sinceridad!

—¡Sinceridad! ¡Ay, Belinda! Pero es que la sinceridad sería mi perdición. Si la sinceridad me costase toda la felicidad de mi vida… Si una sola palabra me pudiera privar de su amor… Sé de sobra que su afecto por mí carece de ese entusiasmo capaz de soportar los embates de la adversidad.

—Eso es poesía, casi verso blanco —respondió Belinda con una sonrisa.

—Lo digo en serio, créame. Tengo algo que contarle, una confesión.

—¡Una confesión! —repitió Belinda con el semblante mudado de súbito terror.

—Sí, una confesión que temo me prive de su cariño.

—¿Se trata de una desgracia o de un delito?

—No es un delito, no.

—Entonces, ¿cómo puede ser tan injusto de temer que una desgracia pudiera privarlo de mi cariño? Aunque nunca haya sentido ni haya fingido sentir por usted ese tipo de entusiasmo que tanto parece valorar, puede que mi conducta le convenza de que, sin estar enamorada cual Clelia[103] o Cleopatra, una mujer puede merecer el afecto de un hombre juicioso y honorable.

—¡Es usted un ángel! —exclamó el señor Vincent.

—He oído eso con tanta frecuencia que no puedo ya sino creerlo; pero, venga, no lo dude más y dígame, cuénteme, confiéseme esa terrible desgracia.

—En estos momentos sufro más de lo que podría llegar a concebir su imaginación. ¿Quiere que le cuente que antes de ayer, por medios

fraudulentos y por la maldad de alguien en quien otrora deposité mi confianza, me despojaron de casi toda mi fortuna? ¿Acaso aceptaría usted, acostumbrada a toda la elegancia que el dinero puede ofrecer, usted, educada para brillar en los círculos más exquisitos, vivir conmigo en la oscuridad y la pobreza?

—No soy tan romántica como para imaginar que podría ser feliz con usted, ni usted conmigo, si no dispusiéramos de alguna de las habituales comodidades de la vida; pero si usa la palabra «pobreza» de forma figurada, si entre nosotros quedase lo que la prudencia (y no lo que la frivolidad de la moda o la afectación) exige, un mínimo para vivir, podría prescindir sin miramientos de lujos innecesarios. Para ser más explícita: podría vivir en el campo, sin carruaje ni todo lo que eso conlleva. ¿Recuerda cuando quiso llevarnos en su espléndido coche a Oakly Park? Le dije que la ostentación no era algo que me hiciera más o menos feliz y le decía la verdad. Ni ahora pienso que, como dice el doctor Samuel Johnson, sea «una condena desear lo que no es una dicha tener».

El señor Vincent prorrumpió en las más arrebatadas expresiones de admiración y gratitud.

—Más que halagarme, me ofende con estos elogios —repuso Belinda —. ¿Tanto le sorprende que reaccione como usted haría en mi lugar? Seguro que no imaginaba que lo abandonaría a su desgracia. Ha perdido su fortuna por medios fraudulentos y por la maldad de alguien en quien había confiado; no perderá su felicidad por la inconstancia o la mezquindad de alguien en quien había depositado una confianza aún mayor —continuó con la mayor ternura con que jamás se hubiera dirigido al señor Vincent—. Sosiéguese y veamos con tranquilidad cuál es la situación; explíqueme cómo ha sucedido todo.

—¡Mi generosa, encantadora y adorable Belinda! No he perdido fortuna alguna. Como dice el poeta, todo vale en el amor y en la guerra. Esto no era sino una estratagema para excitar su compasión.

—Pues muy mal hecho —replicó Belinda con tal desagrado en el semblante que lo dejó sin habla—. Acaba de demostrarme que nunca me ha estimado tanto como yo creía ni como merezco.

El señor Vincent se dio cuenta de que no era el feliz momento de continuar con nuevas confesiones. No se atrevía a disgustarla aún más.

La repentina entrada de *lady* Delacour lo alivió del azoramiento y continuaron hablando de cuestiones generales lo que quedaba de velada. Al marcharse, se alegró en secreto por haberse visto obligado, o así lo creía, a aplazar las explicaciones. Incluso se planteó omitir la

historia de sus transacciones con la señora Luttridge. Su antiguo y elevado sentido del honor había sufrido un fuerte menoscabo en la mesa de juego y ahora era capaz de degradarse a un tipo de disimulo que le habría hecho temblar pocos meses antes. Sabía que el secreto estaba a salvo con Clarence Hervey, la señora Luttridge callaría por su propio bien y ni *lady* Delacour ni Belinda tenían relación alguna con su círculo.

Al día siguiente, Belinda observó que el señor Vincent tenía un aspecto deplorable y, ablandada por el pesar que el joven expresó por haberla disgustado, se culpó por la dureza con que le había hablado la víspera. Le perdonó un error que consideraba más que justamente castigado y el caballero recuperó su favor. Este se lanzó con urgencia e indescriptible nerviosismo a preparar la boda y pospuso un día tras otro las debidas explicaciones. Y por fin se acercaba a la culminación de sus esperanzas.

La mañana antes del día fijado para la ceremonia, el señor Vincent fue al establecimiento del joyero Thomas Gray en busca de unas alhajas que había encargado para Belinda. Allí encontró a lord Delacour hablando del anillo de diamantes, que el joyero había prometido vender por él. Mientras su señoría y el señor Vincent se ocupaban de sus asuntos, llegaron *sir* Philip Baddely y el señor Rochfort. Era la primera vez que *sir* Philip y el señor Vincent se encontraban. Lord Delacour, para evitar que el joven riñese por una dama tan poco digna de enfrentamiento como la señorita Annabella Luttridge, se había negado a contarle lo que sabía del lance y a darle el nombre del caballero implicado.

Cuando el joyero se dirigió al señor Vincent por su nombre, *sir* Philip susurró a Rochfort que se trataba del «amo del negro». La mala suerte quiso que lo oyera, por lo que de inmediato preguntó a lord Delacour si ese era el caballero que tan mal había tratado a su criado. Su señoría le respondió que daba igual y que esperaba que, la víspera de su boda, fuera lo bastante prudente como para no ir buscando pelea.

—Si alguno de esos caballeros decide abordarlo, entiendo que hará bien en responder, pero ¡por Dios, no sea usted el primero en atacar!

La impetuosidad del señor Vincent era imposible de controlar. Le preguntó a *sir* Philip si había sido él quien había golpeado a su criado. Este no tuvo empacho en confirmarlo y, como consecuencia, el *baronet* perdió un dedo y el señor Vincent sufrió una herida en el costado que, si bien no puso su vida en peligro, lo obligó a guardar cama varios días. La impaciencia hizo que le aumentara la fiebre y se acabaran

retrasando tanto la recuperación como la boda.

Lady Delacour no disimuló su satisfacción ante tal demora, aunque por humanidad habría preferido que fuese por otros motivos. Superados los primeros temores por la seguridad del señor Vincent, Belinda interrogó inquieta a lord Delacour sobre los pormenores de lo sucedido entre el joven y *sir* Philip para ponderar el comportamiento de su pretendiente. El vizconde, hombre de estricta sinceridad, se vio obligado a confesar que había mostrado más genio que temperamento y más arrojo que prudencia. *Lady* Delacour se alegró al advertir que el rostro de Belinda se revestía de gravedad al oírlo.

El señor Vincent se vio lo suficientemente recuperado como para dejar la habitación; sus médicos lo habrían tenido prisionero unos días más, pero era demasiado impaciente como para prestar oído a sus consejos.

—Juba, cuando venga el doctor, dile que no fuiste capaz de retenerme en casa. No hace falta que le digas más.

Al cabo, se había armado de valor para referirle a Belinda todo lo sucedido y ya estaba bajando las escaleras con dificultad cuando lo sorprendió el sonido de una voz que no se esperaba en aquel momento; una voz que antes oía con deleite y que ahora le hería el corazón: la del señor Percival. Por primera vez en su vida, deseó negar a su amigo. El recuerdo de la mesa de ruleta, la señora Luttridge, el señor Percival como guardián y todos los consejos que le había brindado con su amistad se agolparon al instante en su mente; consciente y avergonzado, retrocedió y enfiló presto hacia la alcoba, donde se arrojó en una silla, presa de la agitación. Trató de recomponerse mientras esperaba oír los pasos del caballero escaleras arriba para que su propio nerviosismo no revelara lo que tanto deseaba ocultar. Al cabo de un tiempo hizo sonar la campanilla para ver qué sucedía. El mozo le dijo que un tal señor Percival había preguntado por él, pero que como su criado le había advertido que acababa de salir y el caballero había dicho tener mucha prisa, había dejado una nota con la indicación de que regresaría a las ocho de la tarde en busca de respuesta. Vincent se sintió aliviado por la breve prórroga. «¡Ay —pensó—, cuánto he cambiado que ahora temo ver a mi mejor amigo! ¡A qué me ha reducido esta fatal propensión!».

Poco podía imaginar las nuevas dificultades que le esperaban.

La nota del señor Percival decía lo siguiente:

Querido amigo mío:

¿No soy un hombre con suerte al poder considerar amigo a quien antes fuera mi pupilo? Pero no es momento de sentimentalismos ni se aviene con el tenor de la nota que te escribo, que es recaudatorio... Sin embargo, eres tan rico y tan prudente que tal adjetivo no te asustará. El pobre señor Carysfort, primo de lady Anne, ha muerto. Soy el guardián de sus hijos, que han quedado mal parados. Por suerte, he obtenido una participación en un buen establecimiento para el segundo. Pero para establecerlo nos hacen falta quince mil libras y me temo que no podemos reunir tal cantidad por nosotros mismos sin acudir al pobre señor Vincent. Te adjunto la obligación por la adquisición de aquella finquita que me compraste el verano pasado. Sé que tienes en efectivo el doble de la cantidad que preciso, por lo que no me andaré por las ramas. Si puedes, entrégame las diez mil libras esta noche, pues me gustaría partir lo antes posible.

Tu amigo,
HENRY PERCIVAL

El señor Vincent había perdido y abonado a la señora Luttridge la cantidad que habría librado de su deuda al señor Percival. Aunque esperaba una nueva remesa procedente de las Indias Occidentales en cuestión de semanas, necesitaba hacerse con el importe de inmediato, y eso solo lo podía conseguir recurriendo a los judíos: una medida desesperada. Tan pronto como el prestamista al que acudió descubrió que al señor Vincent le urgía obtener la suma antes de las ocho de la tarde, comenzó a hacerle exigencias desorbitadas y, cuanto más se impacientaba el desafortunado joven, mayores eran los obstáculos que interponía. Al final llegaron a un acuerdo, que al señor Vincent más bien le parecía una extorsión, pero que hubo de aceptar por falta de alternativa. El judío le prometió que le llevaría las diez mil libras a las cinco de la tarde, pero eran las siete y media cuando apareció, y se mostró tan lento y escrupuloso en la lectura y firma de las obligaciones y en completar las formalidades de la transacción que, antes de que el dinero estuviera en manos del señor Vincent, llamó a la puerta uno de los mozos del hotel para avisarle de que el señor Percival ya estaba en

las escaleras. Vincent apremió al judío a que se escondiera en un cuarto contiguo y le pidió que lo esperase para saldar el asunto. Aunque no sospechaba nada, el señor Percival no pudo evitar asombrarse por el estado de perturbación en que halló a su joven amigo. Entonces este comenzó a contarle cómo el duelo había retrasado la boda y no pudo sino concluir que esa era la causa de su ansiedad. En un esfuerzo por tranquilizarlo, el señor Percival cambió de tema y le habló del asunto que lo había llevado a Londres y del muchacho para quien había conseguido un puesto con un banquero.

—Espero que no te haya parecido muy inconveniente que haya venido a cobrar este dinero —dijo al observar la creciente turbación del señor Vincent.

—En absoluto, en absoluto. Tengo el dinero listo... En un momento... Si no le importa esperar aquí... El dinero está en el cuarto de al lado.

En ese instante se oyó el fuerte griterío de dos personas discutiendo. Se trataba de Juba el negro y Solomon el judío. El señor Vincent había enviado al criado a hacer unos recados mientras él se ocupaba del prestamista, pero una vez concluido el encargo había entrado en el dormitorio de su amo para leer con tranquilidad una carta que acababa de recibir de su esposa. Al principio no vio al judío, por lo que empezó a descifrar con dificultad las palabras: «Mi querido Juba: aprovecho esta o-por-tu...» Antes de poder concluir con «nidad», el judío, que había estado aguantando la respiración para evitar que lo descubriera, no pudo más e inspiró tan alto que Juba se asustó, miró en derredor y vio los pies de un hombre por debajo de la cortina de la ventana. Siempre que no se tratase de apariciones sobrenaturales, nuestro negro era un hombre valiente: no tenía duda de que quienquiera que estuviese escondido tras la cortina era un ladrón, pero esa idea no lo atemorizaba como si fuese una mujer obeah. Con una presencia de ánimo digna de un peligro mucho mayor, Juba empuñó las pistolas de su amo, que estaban colgadas sobre la chimenea, y, caminando decidido hacia el enemigo, agarró al judío por el pescuezo y dijo:

—¿Tú robas mi *massa*? Tú hombre muerto si robas mi *massa*.

Aterrorizado al ver la pistola, el judío explicó de inmediato quién era y, mostrándole su enorme bolsa, le aseguró que había ido para prestarle dinero a su amo, no para robarle. Sin embargo, esto le parecía harto improbable a Juba, que consideraba al señor Vincent el hombre más rico del mundo; además, el lenguaje del judío le resultaba casi ininteligible y vio en su semblante un terror secreto. Solomon sentía antipatía por los negros, por lo que intentaba alejarse de Juba con

claras muestras de aversión. Este, que se negaba a soltarlo, siguió lanzando furiosos improperios en su propia lengua hasta que, al cabo, arrastró al judío y lo llevó en presencia de su amo y el señor Percival.

No hay cómo describir el desconcierto del señor Vincent ni el asombro del señor Percival. A este último sí le resultaron inteligibles las explicaciones del judío y vio al punto la verdad meridiana. El señor Vincent, abrumado por la vergüenza, era la viva imagen de la desesperación, incapaz de articular una sola sílaba.

—No hay necesidad de pedir un préstamo por mi causa —dijo el señor Percival con calma— y, si la hubiera, probablemente habríamos conseguido unos términos más razonables que los que este caballero propone.

—¡Qué importan los términos! ¡Ya no me importa lo que sea de mí! ¡Estoy acabado!

El señor Percival despidió al judío con frialdad, hizo un gesto a Juba para que saliera del cuarto y, dirigiéndose a su amigo, dijo:

—Tengo otros recursos para conseguir el dinero. No temas que vaya a reprocharte nada... Ya me lo temía; lo has perdido jugando. Menos mal que no ha sido el total de tu fortuna. Solo te voy a preguntar una cosa, que es la que me importa de verdad: ¿has informado a la señorita Portman de este incidente?

—Aún no se lo he dicho, pero iba camino de hacerlo.

—Entonces, señor Vincent, aún te considero mi amigo. Sé lo difícil que es reconocer algo así, pero es necesario.

—Señor Percival, ¿podría salvarme de la intolerable vergüenza de confesar mi necedad? Ahórreme esta mortificación. Sea usted mensajero de la noticia y embajador de mi causa.

—Iré ahora mismo y lo haré con gusto, pero te diré que no albergo esperanzas de convencer a Belinda de que estés irrevocablemente a salvo de los encantos del juego.

—Mi excelente amigo, Belinda puede confiar en mí: estoy tan horrorizado con lo sucedido y tan bien armado contra cualquier futura tentación que puede dar fe de mi plena reforma.

El señor Percival le prometió que haría todo lo posible, salvo poner su honor en entredicho; por ahí no pasaría.

—Si tengo buenas nuevas que darte, regresaré lo antes posible, pero no seré portador de malas noticias —concluyó antes de marchar.

El señor Vincent quedó sumido en la ansiedad, lo que a su temperamento era castigo suficiente para casi cualquier imprudencia que pudiera haber cometido.

El señor Percival no regresó aquella noche. A la mañana siguiente, el señor Vincent recibió esta carta de Belinda. Adivinando su destino, apenas se sintió con fuerzas para leerla:

A menudo se ha quejado de que mi afecto por usted no fuera de ese tipo entusiasta que constituye su idea de la pasión amorosa. En lugar de lamentarnos, ahora tenemos motivo para alegrarnos por ello, pues así nos ahorrará un dolor innecesario. A mí me evitará la dificultad de conquistar una pasión que podría ser fatal para mi felicidad y a usted le atenuará el pesar que podría sentir por nuestra separación.

Siendo como es una persona de honor, no será menester que le recuerde los términos del acuerdo que nos daba libertad para echarnos atrás, sin reproche alguno, en cuanto nos pareciese apropiado; ahora me veo obligada a afirmar que una serie de circunstancias me han convencido de que la unión que hasta hace tan solo unos días me parecía deseable ahora no contribuiría a aumentar nuestra dicha. La esperanza de disfrutar de la felicidad doméstica con una persona cuyos modales, temperamento y gustos eran afines a los míos me llevaron a aceptar sus atenciones. Su desafortunada propensión a un pasatiempo peligroso del que hasta ahora no tenía noticia pone fin para siempre a dicha esperanza.

Por mi propio bien, al igual que por el suyo, me alegro de que su fortuna no se haya visto materialmente afectada; eso me libra del temor de que mi presente conducta pudiera imputarse a motivos de interés. De hecho, su carácter es tan generoso que en casi ninguna situación tendría motivos para creerle albergar tales sospechas.

La absoluta imposibilidad de que en estos momentos pudiera tener otra relación le impedirá imaginar que pudiera verme influida en secreto por sentimientos distintos a lo que ahora reconozco, ni existe duda alguna a este respecto que pudiera exponerme a mis propios reproches.

Como ve, no desearía perder completamente su

estima, aun cuando deba renunciar de manera completamente inequívoca a toda ascendencia sobre sus afectos. Si alguna de las palabras de esta carta le parece severa, le ruego que lo achaque al motivo real: mi deseo de ahorrarle un doloroso suspense al convencerlo de una vez y para siempre de que mi determinación es irrevocable. Estoy persuadida de que el amor no puede persistir sin la esperanza.

Con los mayores deseos de felicidad y con gratitud por sus pasadas atenciones, se despide

BELINDA PORTMAN

Pocas horas después de leer la carta, el señor Vincent se subió a una silla de posta y partió a Alemania. Al comprender que todas sus esperanzas de unirse a Belinda se habían desvanecido, huía de ella lo más lejos posible. La carta remansó su temperamento más que irritarlo; la alabanza a su generosidad le resultó de lo más halagadora y el efecto que tuvo en su mente fue tan poderoso que se propuso demostrar que era merecida. Se reprochaba no haber hecho una mención lo bastante honorable del comportamiento de Clarence Hervey la noche en que estuvo a punto de acabar con su vida. Antes de abandonar Londres, escribió el relato completo de lo sucedido para que se le entregase a la señorita Portman tras su marcha. Quien lo hizo fue el pobre Juba, que habría querido acompañar a su malhadado amo en el exilio voluntario, pero a quien el señor Vincent no permitió dar tal muestra de apego.

—Vete —le dijo—. Ve con tu mujer y disfruta de la felicidad del hogar.

El pobre hombre puso la carta de su amo en manos de Belinda sin poder pronunciar una sola palabra. Los lagrimones le corrían por las negras mejillas cuando esta le dijo amablemente:

—Pronto volveremos a vernos, Juba, en tu casa.

—Pero *massa* no estará. ¡*Massa* se ha ido! ¿Cuándo volverá Juba a ver a *massa*? ¡Nunca! ¡Nunca!

Lloraba como un chiquillo.

Ningún tormento que la crueldad humana sea capaz de infligir habría podido arrancar a este hombre una sola de las lágrimas que el afecto le hacía derramar a mares.

La sensibilidad de esta fiel criatura conmovió profundamente a Belinda. Le recordaba alguno de los rasgos más amables del carácter de

su amo y algunos de los días felices que había pasado en su compañía. No pudo leer su carta de despedida sin sentir una viva emoción. Estaba escrita con verdadero sentimiento, pero en un estilo viril, sin una sola palabra de lamentación vana. La generosidad con que se refería a Clarence Hervey no dejó de impresionarla.

«¡Es una lástima —pensó Belinda— que, con tan buenas y excelentes cualidades, me haya visto obligada a decirle adiós para siempre!».

Aunque sentía en lo más hondo el dolor de la separación, no podía desdecirse: no había nada que pudiera tentarla a unirse a un hombre aquejado del gusto por el juego. Ni siquiera el señor Percival, por mucho que quisiese a su pupilo y por mucho que desease su unión con Belinda, se atrevía a poner la mano en el fuego por el señor Vincent. Así, la razón y la prudencia le habían impedido confiar la felicidad de su vida a una vana promesa. Temblaba al pensar en lo cerca que había estado de ligarse mediante un lazo indisoluble a una persona con una inclinación tan peligrosa y, en su firme opinión, incurable. Hasta la sensación de haber escapado del peligro se mezclaba con un sinfín de dolorosos sentimientos: no es que lo hubiera amado con pasión, pero se había acostumbrado a pensar en él con suma amabilidad, estima y afecto. Llevaba varios meses pensando solo en él y ahora no podía cambiar súbitamente de rumbo o contentarse por su pérdida. No obstante, obtuvo consuelo al recibir una carta sensata y amabilísima de *lady* Anne Percival en la que expresaba la más alta aprobación por la conducta de Belinda, la más cordial preocupación por su desengaño y las más corteses y sinceras esperanzas de que siguiera pensando en ella con afecto y estima a pesar de haberse precipitado en sus consejos y haber dado apariencia de egoísmo en su amistad.

Belinda era consciente de que, aunque se lamentase en ese momento, había actuado con prudencia al romper su relación con el señor Vincent; así, se propuso serenarse y ocupar su mente sin cesar, pues le pareció que la actividad sería el mejor alivio para los recuerdos dolorosos.

102 N. de la Trad.: La autora alude aquí a *The Philosophical Works of Francis Bacon*, de Peter Shaw (1733), según el cual el padre del empirismo acostumbraba a decir que el hombre enojado que reprime su pasión piensa peor de lo que habla, mientras que quien sí la expresa habla peor de lo que piensa (p. 5222).
103 N. de la Trad.: Se refiere a la protagonista de *Clélie, histoire romaine*, novela preciosista de Madeleine de Scudéry (1660).

Capítulo 30



Noticias

—No esperarás que finja que siento lo del señor Vincent —dijo *lady* Delacour—. Por muy generoso que sea y por muy arrepentido que esté, me alegro de corazón de que vaya camino de Alemania. Aventuro que encontrará en los altos o en los «bajos» círculos del imperio a alguna heroína digna de las novelas de August von Kotzebue que ora lo hará desdichado hasta que esté feliz, ora lo hará feliz hasta volverlo un desdichado. Es uno de esos hombres que precisan de emociones fuertes. ¡Son los mejores amantes para quien busca teatralidad, pero los peores maridos del mundo! Espero que reconozcas, Belinda, que juzgué al señor Vincent mejor que *lady* Anne Percival...

—¿Por haberlo juzgado peor, quiere decir? Porque *lady* Anne juzga «bueno» a todo el mundo.

—Te permitiré que hagas juegos de palabras en defensa de una amiga, pero no te inquietes por la reputación de *lady* Anne a la hora de juzgar a las personas. Si tal cosa te satisface, puedo asegurarte con total sinceridad que jamás me ha gustado tanto como desde que sé que no es infalible. En mi opinión, eso la salva del odio que inspiran los seres perfectos.

—Y la manera en que me escribió cuando descubrió su error fue tan correcta...

—Cierto, igual de correcto que ha sido el comportamiento de mi amigo, el señor Percival. Cuando las amistades se enfrentan, no todo el mundo posee suficiente discernimiento para saber cuál es su deber para con el prójimo. El señor Percival no dijo más que lo que era menester

sobre su pupilo. Tienes motivos para estarle agradecida, igual que debemos darles las gracias a todas las personas que contribuyeron a librarte del peligro, como el negro Juba o el judío Solomon, pues si no hubiera sido por su pelea nunca habría salido a la luz la verdad y el señor Vincent sería ahora mismo tu amo y señor. Pero el peligro ha pasado y no tienes por qué poner esa cara de terror. No seas como aquel que murió de miedo cuando la luz del día iluminó el puente roto por el que había cruzado al galope durante la noche.

Lady Delacour estaba de tan buen humor que saltaba de un tema a otro sin parar mientes en la posible relación.

—Me has demostrado, querida, que no eres de las que se casan porque les ha llegado el vestido de novia o porque estaba fijada la fecha o porque las cosas ya habían llegado demasiado lejos. Hay que reconocer que tienes «valor civil», como diría el doctor X. Ayer me contaba que el valor militar, ese que busca la burbuja de aire de la reputación hasta en la boca del cañón, se consigue a seis peniques la jornada. Pero el valor civil, ese que permitió a la princesa Parizada de *Las mil y una noches* subir la montaña en dirección a su objetivo, a pesar de la mágica multitud de voces bienintencionadas o insultantes que sin cesar clamaban por que se diera la vuelta, es una de las escasas cualidades del hombre y la mujer que valen más que el amor, el dinero o la ambición.

—Veo que coloca usted la admiración no solo por encima del dinero, sino también del amor —repuso Belinda con una sonrisa.

—Puedes ser todo lo filosóficamente sarcástica que desees, querida, siempre y cuando sigas sonriendo y no te pongas tan pálida como la Paulina de Séneca,[104] cuya historia oímos… ¿de quién?

—Del señor Hervey, creo.

—Tenías el nombre en la punta de la lengua. Espero que no estuviera lejos de tus pensamientos…

—Nadie más lejos de ellos.

—Vaya, es muy probable. Te creo porque así lo dices… y porque es imposible.

—Puede provocarme todo cuanto quiera, mi querida *lady* Delacour. Le aseguro que digo la verdad pura y simple.

—No sospecho que finjas, querida. Pero dime, sinceramente: si Clarence Hervey estuviera a tus pies en este instante, ¿lo despreciarías?

—¿Despreciarlo? No. Ni lo despreciaría ni lo apartaría de mi lado; pero, sin usar ninguno de los términos del diccionario de las heroínas…

—¿Lo rechazarías? —la interrumpió *lady* Delacour indignada—. ¿Lo

rechazarías?

—No he dicho eso, creo.

—¿Lo aceptarías?

—Tampoco he dicho eso, seguro.

—¿O le dirías que no estás «acostumbrada» a él?

—Puede que no con esas palabras exactas.

—Está bien, no vamos a discutir por unas palabras; lo único que te pido es que no te olvides de tus principios y que, si en algún momento te pusieran a prueba, seas coherente. Lo primero que debe mostrar un filósofo es coherencia.

—Por suerte y para bien de mi filosofía, no corro ningún peligro inmediato de que me pongan a prueba.

—Por desgracia, querrás decir. A menos que tengas miedo de no salir airosa. Pero cuando hablaba de coherencia, iba a recordarte que todos los argumentos, tuyos y del señor Percival, sobre los primeros amores se te podrían volver igualmente en contra.

—¿Cómo que «en contra»?

—Es evidente que pueden aplicarse tanto a los segundos amores como a los primeros, ¿no?

—Puede que sí, pero en verdad no siento inclinación alguna a pensar en el amor ahora mismo, especialmente porque no hay necesidad de hacerlo.

Belinda tomó un libro y *lady* Delacour se abstuvo de nuevas chanzas en el transcurso de media hora. No obstante, era incapaz de permanecer callada más de treinta minutos sobre el tema que predominaba en sus pensamientos.

—Si Clarence Hervey no fuera el más honrado de los testarudos, sería el más feliz de los hombres. ¡Esa Virginia! ¡Ay, cómo la odio! Estoy segura de que el pobre Clarence no puede amarla.

—¿Porque usted la odia o porque la odia sin haber llegado a verla?

—Oh, sé bien cómo debe de ser: una damisela meliflua, suspirante, moribunda, de las que acuna camachuelos en el regazo. ¡Sonríe, sonríe, querida! Veo que no puedes evitarlo: a pesar de toda tu generosidad, sé que piensas como yo y que como yo querrías que ahora mismo estuviera en el fondo del mar Negro.

Lady Delacour se quedó deliberando unos minutos antes de exclamar.

—¡Moveré cielo y tierra para romper esa unión absurda!

—Por Dios, *lady* Delacour, ¿qué quiere decir?

—¿Que qué quiero decir? Quiero decir lo que estoy diciendo, que es algo que muy poca gente hace. ¡No me extraña que te sorprenda!

—Se lo suplico. Si tiene la más mínima consideración por mi honor y mi felicidad…

—Mi consideración por ti no es la mínima, sino la máxima, querida. Y ten por seguro que no haré nada que pueda dañar a la dignidad de mente y delicadeza de carácter que admiro y adoro tanto como Clarence admiraba y adoraba y aún hoy lo hace. Confía en mí: ni la mismísima *lady* Anne Percival podría ser más puntillosa en cuestiones de decoro de lo que yo lo soy con mis amigos y, desde que me reformé, espero que también conmigo misma. No tengas miedo.

Nada más terminar la frase, pidió su carruaje.

—No te pido que vengas conmigo; dejaré que te quedes en ese sofá hasta mi regreso, con los pies junto al fuego, el libro en la mano y esa mesita al lado, como la imagen misma del confort que ofrece *lady* S.

Lady Delacour pasó el resto de la mañana fuera y cuando regresó no dijo ni una palabra de lo que había estado haciendo ni qué o a quién había visto. Era algo tan raro que Belinda no pudo por menos que notarlo. A pesar de los elogios que la dama había dedicado a su propio sentido del decoro, la señorita Portman no conseguía resignarse y confiar en su prudencia.

—Su señoría me reprochó una vez mi irritante falta de curiosidad —dijo con tono divertido—. Admito que me ha curado completamente de ese mal, pues jamás ha habido mujer más interesada en saber el plan secreto que está pergeñando.

—Ten un poco más de paciencia y se desvelará el misterio. Entretanto, puedes confiar en que todo será para bien. De todas formas, como tu comportamiento ha sido ejemplar, te daré una pista en cuanto me expliques qué querías decir cuando afirmaste que tu corazón no sentía inclinación alguna a pensar en el amor. ¿Has renunciado al amor para siempre?

—No, pero puedo existir sin él.

—¿Tienes corazón?

—Eso espero.

—¿Y puede existir sin amor? Ahora entiendo lo que una vez me dijo un joven y atolondrado lord: «¿De qué le sirve el sol al indicador de un reloj solar?».

Llegaron visitas que libraron a Belinda de nuevas bromas. *Lady* Boucher y la señora Margaret Delacour, entre otros muchos, iban a cenar en casa. Durante el ágape, la dama viuda aprovechó el primer momento de silencio para anunciar algo que, según se jactó, haría que todos se quedaran boquiabiertos.

—¡El señor Clarence Hervey por fin se ha casado!

—¡Que se ha casado! —exclamó *lady* Delacour, que tuvo la suficiente presencia de ánimo como para no mirar directamente a Belinda. Sin apartar los ojos de la viuda, repitió—: ¿Que se ha casado? ¿Está segura?

—¿Segura? ¡Segurísima! Se casó ayer en una ceremonia privada en los apartamentos de su tía *lady* Almeria, en Windsor, con la señorita Hartley. Ya le dije que ese era el plan y tal cual se ha cumplido. ¡Qué unión tan extraordinaria ha sido al final la del señor Hervey! Pensar que ha terminado casándose con quien fuera su amante durante años... Nadie irá a visitarla, eso está claro. *Lady* Almeria está de lo más disgustada; hizo cuanto pudo para convencer a su hermano, el obispo, de que casase al sobrino, pero este se negó, con toda la razón, arguyendo que era por todos conocido el carácter de la muchacha.

—Yo pensaba que el obispo estaba en Spa —la interrumpió un caballero mientras la anciana dama tomaba aire antes de continuar.

—Me temo que no está usted bien informado. Monseñor regresó hace tiempo de Spa, pero sé a ciencia cierta que se ha negado a ver al sobrino. Al final, no puedo sino compadecer al pobre Clarence por haber terminado abocado a esa unión. El señor Hartley posee una prodigiosa fortuna, cierto, y ha hecho avanzar los trámites con una asombrosa rapidez para reparar la reputación de su hija. Según me informaron fuentes de lo más fiables, ayer por la mañana dijo que si Clarence no se casaba con la chiquilla antes del anochecer, al día siguiente se la llevaría con todo su dinero de vuelta a las Indias Occidentales. Así que indudablemente la fortuna de la joven era uno de los objetivos.

—Mi querida *lady* Boucher —la interrumpió lord Delacour—, debe usted estar mal informada a ese respecto: su fortuna no era objetivo alguno del señor Clarence Hervey; es demasiado generoso como para casarse por dinero. ¿Qué opinas tú, *lady* Delacour? ¿Qué te parece?

—Opino, pienso y siento lo mismo que tú, milord.

—¿Opina, piensa y siente lo mismo que su señoría? ¡Extraordinario! —exclamó la viuda—. Entonces, si no ha sido por su fortuna, ¿por qué se va a haber casado? ¿Alguien lo sabe?

—Imagino que habrá sido porque esté enamorado —respondió lord Delacour—. Recuerdo que ese fue el motivo por el que me casé yo.

—Pero, milord, ¿y si le digo que la mocita había sido su amante hasta que se cansó de ella...?

—*Milady* Boucher —terció la señora Margaret Delacour, que hasta entonces había permanecido callada—, ahí se equivoca. La señorita

Hartley nunca ha sido la amante de Clarence Hervey.

—Me alegra sobremanera que piense así, señora Delacour, pero le aseguro que nadie es tan «caritativo» como usted. Quienes viven en el mundo oyen mucho más que quienes están apartados de él. Tenga por seguro que nadie visitará a la novia, y ese es el hecho a partir del cual debemos emitir juicio alguno.

La viuda y el resto del grupo continuaron debatiendo lo absurdo de la unión. Quienes deseaban congraciarse con *lady* Delacour fueron los más efusivos al expresar asombro por que el señor Hervey se hubiera casado por debajo de su nivel. Su señoría sonreía y les seguía el juego con el fin de apartar todos los ojos de Belinda al tiempo que le lanzaba alguna mirada de soslayo para ver hasta qué punto le había afectado lo sucedido. Le irritaba el autocontrol que estaba demostrando. A la postre, una vez confirmado que todos los Hervey eran «raros», pero que este matrimonio de Clarence era el más raro de los que la familia hubiera celebrado en generaciones, la señora Delacour preguntó con toda tranquilidad:

—¿Está segura, *lady* Boucher, de que el señor Hervey se ha casado?

—¡Segurísima! Como ya había dicho antes, ¡segurísima! A mi doncella se lo contó la suiza de *lady* Newland, que se lo había oído decir a la francesa de *lady* Singleton, quien se había enterado por Longueville, la peluquera, que lo sabía por la mismísima doncella de *lady* Almeria, que estuvo presente en la ceremonia y ha de saberlo mejor que nadie.

—La noticia nos ha llegado rápida y zigzagueante como un relámpago, pero para mí que carece del brillo de la convicción —repuso *lady* Delacour.

—Igual que para mí —dijo la señora Delacour—, por un motivo muy simple: no hace ni dos horas que he visto a la señorita Hartley y he sabido de sus propios labios que no está casada.

—¡Que no está casada! —exclamó horrorizada la viuda.

—Diría que no. Ahora mismo está en mi casa, cenando con su padre, mientras que el señor Clarence Hervey está en la de *lady* Almeria, en Windsor. Su señoría sufre un ataque de gota y mandó llamar a su sobrino ayer mismo. Si bien quienes viven apartados del mundo oyen menos, a veces lo que oyen es más correcto que quienes viven en él.

—Y dígame, ¿cuándo regresará de Windsor el señor Hervey? —inquirió la incorregible viuda.

—Mañana —respondió la señora Delacour—. Como usted va a asistir a varias fiestas esta noche, he creído que lo «caritativo» sería procurarle

información fidedigna y espero que usted sea lo suficientemente «caritativa» como para contradecir el rumor de que la señorita Hartley era la amante de Clarence.

—Bueno, a ese respecto y teniendo en cuenta que la joven no se ha casado, debemos entender que sus buenos motivos habrá. Dígame, ¿cuál de los dos rompió el compromiso?

—Ninguno —respondió la señora Delacour.

—Así pues, la boda sigue adelante, ¿y cuándo va a tener lugar?

—El lunes... o puede que el martes o el miércoles..., o quizás el jueves o el viernes, tal vez el sábado..., o el domingo, creo —respondió la prudente anciana, que dominaba el arte de ofrecer respuestas desconcertantes para la curiosidad de los chismosos.

La viuda se consoló de su necesidad extrema con una bandeja repleta de cerezas al licor y no dijo ni una palabra durante el segundo plato. Cuando las señoras se retiraron tras el postre, reanudó las hostilidades: no se atrevía a mostrarse en guerra abierta con la señora Delacour, pero desplegó toda su técnica en una batalla paralela, en un rincón, donde murmuró triunfal:

—Ya veremos, señora mía, que todo acaba como yo dije y que la señorita Rachel, o Virginia, o como quiera que se llame, ha sido exactamente lo que he dicho que era. «Nadie» la visitará, ni un alma: cincuenta personas he contado que me han dicho que lo tienen decidido, igual de decidido que lo tengo yo, lo reconozco sinceramente, y estoy segura de que *lady* Delacour, a juzgar por su silencio y sus miradas, piensa lo mismo que yo y no tiene opinión alguna sobre la joven. En cuanto a la señorita Portman, ¡pobrecita!, bastante tiene con sus asuntos, así que no me extraña que no diga nada. Qué triste lo del señor Vincent. Me sorprende verla tan entera después de lo sucedido. Me han contado que el señor Percival —continuó la bien informada viuda en voz tan baja que todos a su alrededor se vieron obligados a acercar la cabeza— se negó a darle el consentimiento a su protegido (que aún es menor de edad) debido a una carta anónima, y se supone que el señor Vincent aprovechó la excusa para librarse de la situación con elegancia. Aquel duelo con *sir* Philip Baddely aplacó su amor, así que él ha partido a Alemania y ella se ha quedado llorando cual sauce, cosa que por su aspecto tampoco parece haberle sentado en absoluto mal. Usted que estaba a su lado, ¿vio si ha cenado algo?

—Sí, más que yo, la verdad.

—¡Extraordinario! Siendo así, tal vez *sir* Philip Baddely haya reanudado sus atenciones. ¡Dios bendito, menuda unión sería para ella!

En tal caso, bien merecería la señora Stanhope que se la llamara «generala de las casamenteras». La séptima de sus sobrinas… Pero miren cómo la señora Delacour la conduce hasta el mueble de *backgammon* con el semblante serio ¡y de la mano! ¡Cielos! ¡No sabía que estuvieran tan unidas! ¿Qué estará pasando? Imaginen que el viejo Hartley fuera a pedirle la mano a la señorita Portman. ¡Menudo desenlace! ¡Y que dejase a su propia hija sin un chelín! No hay nada imposible, se lo digo yo. ¿Conocerá ya a la señorita Portman? A fe mía que tendré que descubrirlo.

Entretanto, la señora Delacour, sin saber la curiosidad que había despertado, le hablaba a Belinda junto al mueble.

—Mi querida señorita Portman, si no tuviera usted una naturaleza tan bondadosa, no me atrevería a consultarle a este respecto. ¿Me haría el favor de ayudar a un amigo mío? Se trata de un caballero que durante un tiempo supuse admirador suyo.

—Haré cuanto esté en mi mano por ayudar a cualquier amigo suyo, pero ¿a quién se refiere?

—Al señor Hervey, mi querida jovencita.

—Nunca ha sido admirador mío, pero eso no hace que esté menos dispuesta a ayudarlo como amiga. Dígame, ¿qué puedo hacer por él?

—Ahora mismo se lo explicaré —respondió la anciana antes de dedicar un tiempo considerable a revolver y rebuscar entre un montón de cartas que había extraído de una de las mayores faltriqueras que mujer alguna haya lucido incluso en el siglo pasado. Finalmente abrió una—. Aquí está. ¿Le importaría echarle un vistazo a esta carta? Es del pobre señor Hartley. Como verá, adora a su hija, a la que tuvo la suerte de encontrar después de una larga búsqueda, y está muy nervioso y alarmado con todos esos ridículos chismes. Por lo que ha contado *lady* Boucher durante la cena, ya ve que la gente ha resuelto que Virginia no es digna de recibir visitas por haber sido la concubina de Clarence y no su pupila. El señor Hartley, como verá en la carta, casi ha perdido el juicio por temor a que la reputación de su hija esté arruinada. En el momento en que la recibí, envié mi coche a Twickenham para recoger a la pobre muchacha y a su aya. Llegaron a casa esta mañana, pero ¿qué puedo hacer? No soy más que una vieja dama frente a una conjura de chismosos redomados, mas si pudiera ganarme a usted y a *lady* Delacour para mi causa, no temería a adversario alguno. Virginia se quedará conmigo unos días y *lady* Delacour está dispuesta a venir a verla, pero no quiere hacerlo sin usted y dice que no se atreve a pedirle que la acompañe. No entiendo sus remilgos en esta cuestión; yo no

tengo ninguno, pues creo que carecen de base esos rumores maliciosos que, entre nosotras, me parece que salieron de la señora Marriott. En fin, ¿me haría ese favor? Si usted y *lady* Delacour vienen a ver a Virginia mañana, todo el mundo seguirá su ejemplo al día siguiente. A menudo la gente hace las cosas mal por pura cobardía. ¿Tendrá usted valor, mi querida señorita Portman, para ser la primera en llevar a cabo una buena acción? Le aseguro —continuó vehemente la señora Delacour— que preferiría poner la mano en el fuego ahora mismo antes que pedirle que hiciera nada inapropiado. Perdóneme por insistir, pero es que ansío tanto contar con su ayuda… La prudencia y el sentido del decoro de la señorita Belinda Portman son tan elevados y firmes que tal vez no le importe que los demás nos aferremos a ellos. Estoy tan convencida de la inocencia de la pobre muchacha como lo estoy de la suya y ya verá que, en cuanto la vea, compartirá mi opinión.

—Le aseguro, señora Delacour, que ha gastado mucha elocuencia sin necesidad, pues…

—Cuánto lo siento —la interrumpió la dama, levantándose del asiento con mirada de disgusto—. No era mi intención molestarla u ofenderla con mi «elocuencia», señorita Portman. Lo único que me apena es haberme equivocado tanto al juzgar su carácter como para exponerme a su rechazo.

—No la he rechazado —respondió Belinda sin perder la calma—. Ni siquiera me ha dejado acabar la frase.

—Le ruego que me disculpe, es una mala costumbre que tengo de siempre.

—Señora Delacour, iba a decir que ha gastado mucha elocuencia sin necesidad, porque comparto enteramente su opinión y estoy más que dispuesta a hacer lo que me ha pedido.

—Es usted una muchacha encantadora y generosa y yo soy una vieja necia y atolondrada. ¡Mil gracias!

—No hay nada que agradecer. La primera vez que oí esta historia, la creí igual que aún la cree *lady* Boucher. Pero he tenido motivos para cambiar de opinión, y tal vez si ella hubiera dispuesto de la misma información también lo habría hecho; tras tal convencimiento es imposible volver a sospechar.

—Imposible para usted, pues las mujeres más virtuosas siempre son las menos desconfiadas e insensibles a la hora de considerar a las de su propio sexo. *Lady* Anne Percival me inspiró esta creencia y la señorita Portman la confirma. Admiro su valentía dando un paso al frente en la defensa de la inocencia. Pero ¡vaya!, estoy siendo una maleducada al

lisonjearla tanto.

—No tengo derecho a su admiración, pues debo confesar con total sinceridad que no sería tan valiente si existiese algún peligro en la situación. No creo que, habiendo dudas, una joven deba poner en riesgo la propia reputación por tratar de preservar la de otra; o al menos no creo que yo posea tal importancia en el mundo como para hacerlo, por lo que ni siquiera lo intentaría. Es el deber de mujeres como la señora Delacour, cuya reputación está por encima de cualquier escándalo, dar la cara defendiendo la inocencia mancillada. En el caso de Belinda Portman, no sería valor, sino presunción y temeridad.

—Bueno, pues si no me deja admirar su valor ni su generosidad ni su prudencia —repuso riendo la señora Delacour—, al menos déjeme admirarla a usted en su conjunto y hasta quererla, pues es cosa inevitable. Adiós, querida.

Cuando el grupo se hubo marchado, *lady* Delacour quedó harto sorprendida por la seriedad con que Belinda le pidió que fueran a visitar a Virginia a la mañana siguiente.

—A decir verdad, querida, me devora la curiosidad y estoy deseando ir. Si dudaba era únicamente por ti; imaginaba que no querrías visitarla y que llamaría la atención si iba sin tu compañía. Pero me complace enormemente ver que vendrás conmigo. Solo puedo decir que te muestras más generosa de lo que yo habría sido en tu lugar.

A la mañana siguiente fueron juntas a casa de la señora Delacour. De camino, para distraerse de sus propios pensamientos y sacar a su señoría del profundo y extraño silencio en que se hallaba sumida, Belinda le pidió que acabara el relato de *sir* Philip Baddely, el perro, la señorita Annabella Luttridge y la carta.

—Como castigo a mis terribles delitos y faltas, prometió que no me contaría el resto de la historia hasta que hubiera pasado la semana . ¿Satisfará ahora mi curiosidad? Recuerde que la interrumpió justo donde decía que venía lo mejor.

—¿Ah, sí? ¿Eso dije? Es cierto, y tiempo tendremos para acabarla más tarde, porque ahora mismo mi pobre cabeza está pensando en otras cosas y ya no soy aquella consumada actriz de antaño; si no, sería capaz de hablar de un tema y pensar en otro como la que más. Detén el coche, querida, me temo que se hayan olvidado de mis órdenes.

La vizcondesa se dirigió entonces a uno de los lacayos.

—¿Llevaste lo que te pedí esta mañana a casa de la señora Delacour?

—Sí, *milady*.

—¿Y le dijiste que era de mi parte y que no debería abrirse hasta que


yo llegase?

—Sí, *milady*.

—¿Dónde lo dejaste?

—En el vestidor de la señora Delacour, *milady*. Me pidió que lo llevase yo mismo, cerró la puerta con llave y dijo que no debería entrar nadie hasta que llegase usted.

—Muy bien. Adelante, pues. Mi querida Belinda, espero haber avivado al máximo tu curiosidad.

104 N. de la Trad.: Pompeya Paulina, esposa de Séneca, quiso seguir los pasos de su marido cuando este se suicidó por orden de Nerón. Aunque le salvaron la vida, quedó muy pálida y debilitada por el resto de sus días.

Capítulo 31



El desenlace

En ese instante no era precisamente la curiosidad la emoción predominante en la mente de Belinda. Cuando el coche se detuvo ante la puerta de la señora Delacour, el corazón casi cesó de latirle, pero se armó de valor para llevar a cabo, con firmeza y dignidad, el encargo que había aceptado.

Clarence Hervey no se hallaba en la habitación cuando entraron, y Virginia tampoco. La señora Ormond dijo que había pasado la noche postrada con una fiebre intensa y que le había recomendado no levantarse hasta tarde. Pero la señora Delacour fue de inmediato a buscarla y en pocos minutos apareció.

Belinda y *lady* Delacour cruzaron una mirada de sorpresa y admiración. Había una gracia y una simplicidad en sus gestos, junto a un aire de inocencia, que provocaba una irresistible impresión a su favor. No obstante, una vez superada la primera sensación de asombro, *lady* Delacour pareció volver a su anterior opinión y las miradas penetrantes que de tanto en tanto lanzaba a Virginia mientras hablaba tuvieron efecto. La joven estaba cohibida y silenciosa. Belinda intentó hacerle participar en la conversación y con ella sí habló con tranquilidad y hasta con libertad. Virginia examinaba su semblante con una especie de curiosidad e interés tan naturales que la cortesía aprendida no era capaz de constreñir. No es que dicho examen fuera especialmente agradable para Belinda, pero tal era su simplicidad meridiana que no podía sentirse ofendida.

En cuanto la conversación llegó a un alto, la señora Delacour

preguntó:

—Dígame, mi querida *lady* Delacour, ¿qué es ese extraordinario regalo que me ha enviado esta mañana y que no quería que nadie viera hasta que usted estuviese presente?

—Aún no puedo satisfacer su curiosidad —respondió la dama—. He de esperar a que llegue Clarence Hervey, pues el regalo es para él.

El solemne tono de misterio con que su señoría pronunció estas palabras cautivó la atención general. Un silencio sepulcral se prolongó durante varios minutos; aunque cada una de las concurrentes hizo algún tímido intento por sacar un tema de conversación, de poco sirvió: al momento todas volvían a enmudecer, expectantes. Cuando por fin llegó Clarence Hervey, Belinda se alegró de que la universal curiosidad que *lady* Delacour había despertado les impidiera observar la súbita mudanza que se produjo en el semblante del caballero al verla.

—¡Qué criaturas más curiosas estáis hechas! —exclamó riendo *lady* Delacour—. ¿Sabías, Clarence, que se mueren de impaciencia por ver un *gage d'amitié*[105] que he traído para ti? Y su curiosidad se debe simplemente a que tuve la picardía de decir que no podría satisfacerla hasta que llegases. Pero seguidme, amigos míos, y si os lleváis una decepción no me culpéis a mí, sino a vuestra imaginación.

La vizcondesa enfiló el camino al vestidor de la señora Delacour y todos la siguieron.

—Contadme, ¿qué esperáis ver? —preguntó al tiempo que insertaba la llave en la cerradura.

Tras esperar en vano una respuesta durante algunos segundos, abrió la puerta y todos pudieron contemplar una cortina verde dispuesta en la pared frontera.

—Se me antojó, mi querido Clarence, que no habría regalo más agradable a tus ojos que un compañero para tu Virginia. ¿Acaso esta figura —continuó al tiempo que descorría la cortina— no te parece un Pablo perfecto?

Al oír estas palabras, Virginia miró el retrato, lanzó un grito desgarrador y se desplomó.

—Sosegaos todos; no tardará en recuperar el sentido. Las jovencitas deben gritar y desmayarse en determinadas circunstancias, pero los hombres no han de dejarse engañar —dijo mirando a Clarence Hervey—. Esto no es más que una «escena»; tomáosla así y admirad a la actriz igual que hago yo.

—¡Qué actriz! ¡Virginia no está actuando! —replicó la señora Ormond.

Clarence Hervey la levantó del suelo y Belinda le roció el rostro con agua.

—¡Está muerta! ¡Muerta! ¡Ay, mi dulce niña! ¡Se me ha muerto! —La señora Ormond temblaba con tal violencia que no era capaz de sostener el peso de su pupila.

—¡En verdad no está actuando! —confirmó Clarence Hervey— ¡Le ha desaparecido el pulso!

Lady Delacour observó los labios pálidos de Virginia, tocó sus manos frías y, horrorizada, exclamó:

—¡Santo cielo! ¿Qué he hecho? ¿Qué vamos a hacer con ella?

—¡Déjenla respirar! Necesita aire, aire, ¡aire! —protestó Belinda.

—No la deja respirar, señora Ormond. Háganle caso a la señorita Portman; tiene más presencia de ánimo que cualquiera de nosotros —insistió la señora Delacour al tiempo que obligaba al aya a salir del cuarto.

—Si viene el señor Hartley, no deje que entre, señora Delacour —le pidió Clarence Hervey—. ¿Realmente ha perdido el pulso?

—No; late cada vez más fuerte —respondió Belinda.

—También está recuperando el color —añadió *lady* Delacour—. ¡Ahí! Levántale la cabeza un poco, Belinda. Ya vuelve en sí.

—¿No sería mejor que volviera a correr la cortina del cuadro? Para que no se lo encuentre nada más abrir los ojos…

Mientras recobraba lentamente el sentido, Virginia vio cómo *lady* Delacour ocultaba el cuadro tras la cortina y, sin pronunciar una sola palabra, fijó la mirada en Clarence Hervey.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó este con dulzura.

—¡Oh, le ruego que no hable…, que no me mire con tanta gentileza! Me encuentro bien, perfectamente, mejor de lo que merezco —dijo antes de apretarle la mano a Belinda, como si le diera las gracias por su ayuda y apoyo.

—Creo que ya podemos dejarla sin problemas —le susurró esta a *lady* Delacour—. Somos unas desconocidas y nuestra presencia no hace sino angustiarla.

Ambas se retiraron. Pero en el momento en que Virginia se vio sola con el señor Hervey, comenzó a tiritar descontrolada. Intentó hablar, pero no era capaz de articular palabra. Al fin prorrumpió en un mar de lágrimas y, como si esto la hubiera aliviado en cierto modo, se postró de hinojos y, con las manos unidas y la mirada vuelta al cielo, exclamó:

—¡Ay, ojalá supiera qué hacer! ¡Ojalá supiera qué decir…!

—¿Quieres que te lo diga yo, Virginia? ¿Y me creerás?

—¡Sí, sí, sí!

—Lo que debes decir es la verdad, sea cual fuere.

—Pero ¿no me considerará el más ingrato de los seres?

—¿Cuántas veces he de asegurarte, Virginia, que no te exijo gratitud alguna? Háblame, te lo suplico, por tu felicidad y por la mía, ¡háblame sin tapujos! ¿Qué es este misterio? ¿Por qué tienes miedo a decirme lo que te pasa por la mente? ¿Por qué has gritado al contemplar ese retrato?

—¡Oh, perdóneme! ¡Perdóneme! —le imploró, y se habría postrado a sus pies si él no se lo hubiera impedido.

—Puedo perdonarlo todo, menos la falsedad. No me mires con tanto miedo, Virginia. No me lo merezco. Lo único que deseo es tu felicidad; hasta la mía sacrificaría por garantizar la tuya, pero no me engañes o será la ruina para ambos. ¿Es que no puedes darme una respuesta clara a esta sencilla pregunta? ¿Por qué gritaste al ver ese cuadro?

—Porque..., aunque entonces me llamará pérfida y desagradecida, porque yo he visto a ese hombre. Se ha arrodillado ante mí... Me ha besado la mano... Y yo...

Clarence Hervey retiró los brazos que sostenían a Virginia y, tras dejarla en un sofá, se alejó y pasó varios minutos caminando arriba y abajo por la pieza sin decir nada. De repente se detuvo.

—¿Y por qué, Virginia, has tenido que ocultarme todo esto? ¿Por qué tenías que convencerme de que era amado? ¿Por qué era necesario que sacrificase mi felicidad?

—¡No! ¡No! Su felicidad no se verá sacrificada. Al cielo pongo por testigo que no hay sacrificio que yo no haría por usted. Perdóneme por haber gritado. ¡No pude evitar desmayarme! Pero seré suya. He de serlo... No soy pérfida ni desagradecida. ¡No me mire como hacía en mi sueño!

—No me hables de sueños, querida Virginia. No es momento de banalidades. No te pido sacrificio alguno, solo te pido la verdad.

—¡La verdad! La señora Ormond conoce toda la verdad. A ella no le he ocultado nada.

—¡Pero ella sí que me lo ha ocultado todo a mí! —bramó Clarence, que con un súbito impulso de indignación iba a buscarla. Sin embargo, cuando ya asía el pomo de la puerta, se detuvo y se volvió a la joven—. Permíteme oír la verdad de tus labios. Es lo único que te pido. ¡Cómo! ¡Dónde! ¿Dónde viste a ese hombre?

—¿Qué hombre? —repuso Virginia alzando la mirada inocente.

Clarence apuntó al cuadro.

—En casa de la señora Smith, en la aldea de New Forest. Una noche en que fui con ella desde casa de la abuela.

—¿Y tu abuela se enteró?

—Sí —se ruborizó—, y se disgustó mucho.

—¿Y la señora Ormond lo sabía?

—Sí, pero me dijo que a usted no le incomodaría.

El señor Hervey dio otro paso presto hacia la puerta, pero contuvo su temperamento impetuoso, se detuvo y, apoyándose en el respaldo de una silla frente a Virginia, esperó a que esta continuara. La espera fue en vano.

—No quiero agobiarla, señorita Hartley.

Ella prorrumpió en sollozos.

—Lo sabía. Sabía que se llevaría un disgusto; se lo dije a la señora Ormond. Sabía que jamás me perdonaría.

—En eso se equivoca —respondió Clarence con dulzura—. Puedo perdonarla sin dificultad, igual que espero que se perdone a sí misma; no tengo el más mínimo deseo de extraer de sus labios ninguna confesión humillante. Pero tal vez esté en mi mano poder ayudarla si confía en mí. Yo mismo hablaré con su padre. Haré lo que sea por encontrar al objeto de sus afectos si, en este último instante de nuestro vínculo, me trata con sinceridad y me permite que sea su amigo.

Virginia lloraba tanto que tardó unos minutos en poder hablar hasta que al cabo dijo:

—¡Usted…, usted… es el más generoso de los hombres! ¡Siempre ha sido mi mejor amigo! ¡Y yo soy el más ingrato de los seres! Pero tenga por seguro que nunca, jamás, quise engañarle. La señora Ormond me dijo…

—Olvídese de ella ahora mismo o acabaré perdiendo los estribos —la interrumpió Clarence con la voz destemplada—. Tan solo dígame, se lo imploro, en una palabra, ¿quién ese hombre? ¿Y dónde puedo encontrarlo?

—No lo sé. No entiendo qué quiere decir.

—¡Que no lo sabe! ¿Es que no confía en mí? Entonces, tendré que dejarla en manos del señor Hartley.

—¡No me deje! ¡Por favor, no se marche enojado! —clamó Virginia aferrándose a él—. ¡Que no confío en usted! ¡Precisamente yo! ¿Cómo puede decir eso? ¡No tengo nada que confesar! La señora Ormond sabe todo lo que me pasa por la cabeza y también lo sabrá usted si me escucha. No sé quién es ese hombre, se lo aseguro, ni sé dónde puede encontrarlo.

—¿Y aun así lo ama…? ¿Acaso puedes amar a un hombre que no conoces, Virginia?

—Es su imagen lo que amo, creo…

—¡Su imagen!

—La verdad es que estoy desconcertada —respondió la muchacha, mirando confusa a su alrededor—. No sé lo que siento.

—Si has permitido que ese hombre se arrodille ante ti y te bese la mano, has de saber sin duda que lo amas, Virginia.

—Pero no era más que un sueño, y la señora Ormond dijo…

—¡Cómo que un sueño! Pero ¿no dices que lo conociste en casa de la señora Smith, en New Forest?

—No era más que un retrato.

—¿Un retrato? Entonces, ¿no has visto al retratado?

—Nunca. Jamás en mi vida. ¡Y ojalá nunca hubiera visto ese malhadado cuadro! La imagen me persigue día y noche. Cuando de día leo sobre héroes, es ese rostro el que aparece ante mis ojos, en lugar del suyo. Cuando voy a dormir, en mis sueños es a él y no a usted a quien veo; me habla, se arrodilla ante mí. Hace mucho que se lo dije a la señora Ormond, pero se rio. Le conté aquella pesadilla terrible en que lo veía a usted bañado en sangre e intentaba salvarlo, pero no era capaz. Y entonces me decía: «¡Pérfida, ingrata Virginia! ¡Por tu culpa muero!». ¡Fue la peor noche que jamás haya pasado! Y esa imagen, esa figura, estaba ante mí; era el caballero de las plumas blancas y era él quien le clavaba la espada, pero yo deseaba su victoria porque no sabía que luchaba contra usted. Así que la señora Ormond me dijo que no tenía por qué sentirme culpable, aunque yo sabía que usted se disgustaría y me creería una desagradecida… Sabía que jamás me perdonaría.

Mientras Virginia hablaba a toda velocidad, Clarence reparaba en la viva animación de sus ojos y en los cambios súbitos de su semblante. Recordó la enajenación del padre y todas las emociones de su mente dieron paso al miedo y a la piedad. Se acercó a la joven con toda la calma de que fue capaz, le tomó las manos entre las suyas y dijo con tono tranquilizador:

—¡Mi querida Virginia! No eres una desagradecida ni creo que lo seas. No estoy disgustado contigo. No has hecho nada para molestarme. Serénate, por favor.

—Me siento mucho más serena ahora que vuelve a decirme «querida Virginia». Lo único que temo, como siempre le he dicho a la señora Ormond, es que no lo ame bastante; pero ella dice que sí y que este

temor es la mayor prueba de mi afecto.

Virginia hablaba ahora de una manera tan coherente que Clarence no tuvo duda de que volvía a estar en plena posesión de sus facultades. Cuando le repitió lo que ya le había contado a la señora Ormond, empezó a tener esperanzas de que, sin mala intención, la ignorancia del corazón humano había llevado al aya a creer que Virginia estaba enamorada de él cuando, en realidad, la imaginación de la joven, exaltada por la soledad y las novelas que leía, había creado un fantasma del que se había enamorado.

—Siempre le dije a la señora Ormond que se equivocaba. Nunca creí que me amases, Virginia, hasta que… —Se detuvo y examinó cauteloso el rostro de la joven—. Hasta que tú me diste motivos para creerlo. ¿Fue únicamente un principio de gratitud lo que dictó la respuesta a mi carta?

Virginia pareció dudar un momento antes de responder en voz baja:

—Si pudiera ver a la señora Ormond. Si pudiera hablar con ella…

—Ella no puede decirte cuáles son los secretos que guardas en el corazón, Virginia. No consultes a la señora Ormond. No consultes a nadie más que a ti misma.

—Pero la señora Ormond me dijo que me amaba y que me había educado para convertirme en su esposa.

Al señor Hervey se le escapó un exabrupto contra la insensatez de aquella mujer.

—Entonces, ¿cómo va a ser feliz si yo soy tan ingrata como para decir que no lo amo? ¡Que no lo amo! ¡Ay! Eso no puedo decirlo, porque lo amo más que a ningún otro ser salvo a mi padre y con el mismo tipo de afecto que siento por él. Me pide que le revele los secretos de mi corazón. El único secreto del que soy consciente es que no deseo casarme a menos que pueda ver en la realidad a una persona como… Pero sabía que no era más que un cuadro, un sueño, y pensaba que, como mínimo, tendría que sacrificar mis absurdas imaginaciones por usted, que tanto ha hecho por mí. Sabía que rechazarlo sería el colmo de la ingratitud y, además, mi padre me dijo que usted no aceptaría mi fortuna sin mi mano, por lo que consentí en desposarlo. Perdóneme si son errados esos motivos, pues los creía acertados. Solo dígame qué puedo hacer para hacerlo feliz; eso es lo que deseo y por lo que sacrificaría cualquier otro sentimiento.

—No hay nada que sacrificar, Virginia. Ambos podemos ser felices sin renunciar a nuestros sentimientos —repuso Clarence, a quien, con la emoción de ver su libertad recuperada, la simplicidad de la muchacha

nunca le había resultado tan encantadora como en ese momento—. Queridísima Virginia, perdóname por sospechar un solo instante que hubieras hecho algo malo. La señora Ormond, con la mejor de las intenciones, ha estado a punto de tornarnos muy desdichados a los dos. Pero te veo como siempre he pensado que eras: natural, afectuosa e inocente.

—¿Y no está enojado conmigo? —lo interrumpió la joven, llena de gozo—. Entonces, ¿no piensa que soy una desagradecida? ¿Y no será infeliz? ¿La señora Ormond se equivocaba? ¿Ya no desea que lo ame? Quiero decir que ¿ya no desea que me case con usted? Por favor, no me engañe, porque no podría evitar creer cualquier cosa que me diga.

Clarence Hervey, como prueba irrefutable de que la señora Ormond se había equivocado en cuanto a sus sentimientos, le confesó de inmediato que estaba enamorado de Belinda.

—Acaba de librarme de toda duda, de todo miedo y de toda angustia —le respondió Virginia con la más dulce expresión de cariño inocente—. ¡Le deseo que sea tan feliz como se merece! Y si Belinda..., ¿no es así como se llama? Si Belinda...

En ese momento, *lady* Delacour entreabrió la puerta y exclamó:

—¡La paciencia humana tiene un límite!

—¿Quieres que me encargue yo de dar las explicaciones por ti, querida Virginia? —le preguntó Clarence.

—Ese es mi mayor deseo —respondió mientras se echaba atrás al tiempo que avanzaba la vizcondesa—. Le ruego que me deje aquí sola mientras usted, que está acostumbrado a tratar con desconocidos, habla en mi nombre.

—Pero, Clarence —dijo su señoría al cerrar la puerta—, ¿te atreves a dejarla sola con ese retrato? No hay enamorado que no sea celoso.

—No soy celoso, aunque sí estoy enamorado. Perdidamente.

—¡Perdidamente! —exclamó la dama, que se detuvo en seco en mitad de la antecámara—. Siendo así, no he hecho nada más que enredar las cosas. ¿Enamorado de Virginia? Me niego a... ¡No puedo creerlo!

—¡Enamorado de Belinda! ¿Eso también se niega a creerlo? ¿O acaso no puede?

—Querido Clarence, eso no lo he dudado ni un instante. Pero ¿eres libre de poder reconocerlo ante nadie más que yo?

—Soy libre de poder declararlo ante el mundo entero.

—¡Qué enorme alegría acabas de darme! No te retendré lejos de ella ni un segundo. Pero espera..., he de informarte de que esta misma

mañana me ha dicho que su corazón no sentía «inclinación alguna a pensar en el amor ahora mismo». Y en esa habitación hay media docena de desgraciados que se mueren de curiosidad. La curiosidad es una pasión tan ardiente como el amor y un derecho tan básico como la compasión.

Nada más entrar en la pieza, la mirada de Clarence Hervey se dirigió a Belinda y, a pesar de su fugacidad, reveló todo lo que abrigaba su corazón.

—¿Qué ha pasado con el señor Hartley? —preguntó Clarence mientras miraba a su alrededor—. No lo veo.

—Le he pedido que se escondiera —respondió *lady* Delacour—. Pero enseguida estará con nosotros.

—Querido señor Hervey, ¿qué ha hecho con mi Virginia? —inquirió la señora Ormond.

—Querida señora Ormond, ¿y qué ha hecho usted? —replicó Clarence—. Con su errada amabilidad, al insistir en hacernos un favor sin tener en cuenta nuestra voluntad, ha estado a punto de hacernos infelices para siempre. Pero no voy a culpar a nadie, no tengo derecho a culpar a nadie salvo a mí mismo. Todo esto ha sido fruto de mi vanidad e imprudencia. Nada más absurdo que mi plan de educar a una mujer en soledad para volverla apta para la sociedad. Tendría que haber previsto lo que iba a suceder, que Virginia me consideraría un tutor y un padre, no un amante o un marido y que, con el más afectuoso de los corazones, no sentiría por mí nada sino gratitud.

—¡Nada sino gratitud! —repitió la señora Ormond con tal grado de asombro que hizo sonreír a todos los presentes—. Le aseguro que pensaba que se moría de amor por usted.

—Mi querida Belinda —susurró *lady* Delacour—, a juzgar por el color de tus mejillas, que llevan encarnadas un buen rato, diría que empiezas a entender para qué le sirve el sol al indicador del reloj.

—No me está dejando oír lo que dice el señor Hervey —replicó esta — y me devora la curiosidad.

—Es que es una pasión tan ardiente como el amor; hace un momento que se lo he dicho a él.

A pesar de todas las explicaciones, la señora Ormond no acababa de entender los sentimientos de Virginia. Repetía una y otra vez:

—Pero es imposible que Virginia, o ninguna otra persona, esté enamorada de un cuadro.

—Nadie ha dicho que lo esté—replicó la señora Delacour—, aunque hasta para eso podría señalarle algún precedente.

—Mi querida *lady* Delacour —le pidió la señora Ormond—, ¿podría explicarnos cómo llegó el cuadro a sus manos y cómo ha terminado aquí? En breve, todo lo que haya que saber al respecto.

—¡Ay, sí, explíquenoslo! —se le unió la señora Delacour—. Me temo que me he vuelto tan curiosa como *lady* Boucher. ¡Cuente! ¡Cuente!

—Lo haré encantada. Este descubrimiento se lo debemos todos a la pasión de Marriott por los pájaros. Hace unas semanas, mientras estábamos en Twickenham y esperaba para darle el último adiós a un camachuelo, entró un caballero en la tienda donde se encontraban ella y *Bobby* (pues así es como lo bautizó) y se quedó aún más sorprendido que mi doncella con el pájaro. Casi perdió la cordura cuando oyó su peculiar canto. Dados los síntomas, me figuré que el caballero debía estar, o haber estado, prendado de la dueña del ave. Por medio del camachuelo di con la antes llamada Virginia Saint Pierre, la actual señorita Hartley. Tenía mis motivos para interesarme por sus amores y sus amantes y no tardé en enterarme de la historia a través de Marriott. Me propuse hacer lo posible por descubrir quién sería aquel desconocido con una extraña pasión por los camachuelos. Interrogué una y otra vez a todos los que habían presenciado su arrebato y por el tendero, a quien había pagado por su silencio, me enteré de que había regresado a la tienda el día después que Marriott y montado guardia hasta distinguir a Virginia cuando se asomó a la ventana. Al parecer, la moza de la tienda, que había vivido algún tiempo con la señora Ormond (y aquí el señor Hervey tendrá que perdonarme por lo que voy a decir, y usted también, señora Ormond, porque el escándalo, como la muerte, a todos nos llega), creía que Virginia era la amante del señor Hervey. En cuanto el desconocido caballero se enteró, juró que no volvería a pensar en ella y, después de proferir una retahíla de groserías dignas de un marinero acerca del villano que había seducido a su celestial criatura, partió de Twickenham y no se volvió a ver ni oír nada más de él. Mis pesquisas fueron infatigables, mas infructuosas durante algún tiempo. Y así habrían seguido, y puede que ahora mismo todos estuviéramos haciéndonos mutuamente infelices si no hubiera sido por el perro del señor Vincent, la carta de amor de la señorita Annabella Luttridge, la insolencia de *sir* Philip Baddely, la confianza en cierto bálsamo de milord Delacour y la humanidad del capitán Sunderland.

—¡El capitán Sunderland! ¿Quién es el capitán Sunderland? Jamás he oído hablar de él —la interrumpió la señora Ormond.

—Ahora mismo se enterará, igual que me enteré yo, si me permite continuar y si a Belinda no le importa oírme contar dos veces la misma

anécdota.

Su señoría repitió la historia de la pelea de los perros y de cómo *sir* Philip Baddely había derribado a Juba el hombre por haber intentado defender a *Juba* el perro.

—El caso es que el caballero que ayudó a milord Delacour a cruzar la plaza con el criado y traerlo a casa era el capitán Sunderland. Su señoría llamó a Marriott para que le llevase el bálsamo infalible de *lady* Boucher, que iba a probar en el tobillo torcido de Juba. Mientras milord usaba el bálsamo, Marriott se quedó mirando al capitán Sunderland. Recordaba haberlo visto en alguna parte y, en cuanto habló, supo que era el caballero que se había quedado extasiado con el camachuelo en la perfumería de Twickenham. Marriott corrió a darme la noticia; yo corrí hasta milord, hice que me presentara al capitán Sunderland y no cejé hasta que me contó todo lo que quería saber. Hace algunos años, justo antes de que se echara a la mar, visitó a su madre, que a la sazón se alojaba en casa de una viuda de nombre Smith, en New Forest. Durante la visita oyó hablar de una joven beldad que vivía en el bosque con su abuela, que era «bastante peculiar» y no permitía que nadie la viera.

»Avivada la curiosidad del capitán, un día tomó el catalejo y, sin que la anciana se percatase, pudo ver claramente a Virginia mientras regaba las rosas y atendía a las abejas. Pasmado por su rara belleza, se adentró cauteloso en la espesura donde se hallaba la casita y encontró un escondrijo en el que cobijarse, día tras día, y contemplar a placer los florecientes encantos de la joven ninfa de los bosques. En resumen, tan encandilado quedó que resolvió conseguir que lo admitieran en la casa y declarar su pasión.

»Por lo que sé, es el primer caballero del que se tenga noticia que jamás se haya enamorado de una doncella por verla a través de un catalejo. Pero Virginia, que, por lo que cuenta Clarence, está más versada en romances que cualquiera de nosotros, podrá corregirme si me equivoco. En cualquier caso, espero que la novedad y delicadeza de este modo de cortejo nos predisponga en su favor. Hay que decir en descargo del pretendiente que, al conocer la historia de la pobre madre y la situación y los miedos de la anciana, única amiga de la chiquilla, y en consideración a la extrema juventud de la pupila y la extrema vejez de la guardiana, determinó aplazar sus solicitudes hasta regresar de las Indias Occidentales, adonde pronto tendría que zarpar y en las que esperaba amasar una fortuna tal que le permitiera vivir de manera independiente con el objeto de sus afectos. Le dejó a la señora Smith un

camachuelo para que se lo entregase a Virginia sin decirle a quién había pertenecido y así evitar que su abuela se disgustara.

»La verdad es que pensé que tal acción era demasiado moral para un joven y apuesto teniente de la armada, y estaba segura de que mi caballero no hacía más que guardar el secreto de su amante como hombre de honor. Así convencida, me apenaba que Clarence Hervey fuera a echar a perder su futuro con una muchacha indigna de él.

—Espero —la interrumpió Clarence— que ahora sepa lo equivocada que estaba.

—¡Claro! ¡Claro! Ahora sé que Virginia solo está medio loca. Pero déjame seguir con mi historia. Estaba resuelta a descubrir si le quedaba algo de cariño por el capitán. Poco importaba que él me asegurase que ella jamás lo había visto. Lo convencí para que me dejase salirme con la mía y no tuvo más que sentarse para que lo pintaran encarnando a Pablo, el protagonista de la novela de *monsieur* de Saint Pierre. «Si dice la verdad —pensé—, Virginia verá el cuadro con indiferencia y no le parecerá más que un obsequio para Clarence. Pero si ya hubiera visto al retratado o tuviera algún secreto que ocultar, se delatará en cuanto lo contemple». Las cosas no han salido como yo esperaba, aunque para bien... Y ahora, Clarence, te ruego que convenzas a la señorita Hartley para que se presente aquí, pues no puedo continuar sin ella.

Lady Delacour tomó la mano de Virginia en cuanto esta entró en la pieza.

—¿Está dispuesta a confiar en mí, señorita Hartley? Ya la he hecho desmayar una vez hoy con solo ver un retrato, ¿me promete que no volverá a desmayarse cuando haga aparecer al retratado?

—¡El retratado! Claro que confío en usted, pues estoy segura de que no pretende reírse de mí, aunque tal vez merezca sus chanzas.

Lady Delacour abrió la puerta de otra estancia y apareció el señor Hartley acompañado del capitán Sunderland.

—Querida hija mía. Permíteme que te presente a un amigo a quien le debo más que a ninguna otra persona en el mundo salvo al señor Hervey. Hace años, este caballero se hallaba destacado en Jamaica y, durante una rebelión de los negros de mi plantación, me salvó la vida. Ahora la fortuna ha querido poner en mi camino a mi antiguo benefactor. No hay palabras para describir cuán en deuda me siento con él.

El asombro de Virginia era mayúsculo. Los vívidos sueños de sus noches y los dulces anhelos de sus días se habían hecho realidad. En un primer momento lo contempló como si de una imagen animada se

tratase y todas las ideas de amor y romance asociadas a ella se agolparon en su mente.

Pero la realidad en derredor destruyó la ilusión y al punto, ruborizada, apartó los ojos con una timidez y una graciosa modestia que dejó prendados a todos los concurrentes.

—Para evitar toda dificultad o turbación, he de informarle, señorita Hartley, de que el capitán Sunderland no insistirá en el pago puntual de la deuda de gratitud contraída por su padre —dijo *lady* Delacour—; solo puede quedarse un cuarto de hora, pues está a punto de zarpar y pasará fuera unas semanas, por lo que tendrá usted tiempo para acostumbrarse a la idea de un nuevo pretendiente antes de su regreso. Clarence, te recomiendo que acompañes al capitán Sunderland en este viaje, ¿verdad, Belinda? Y ahora, mis buenos amigos, ¿queréis que acabe la novela por vosotros?

—Si su señoría lo tiene a bien, nadie podría hacerlo mejor.

—Pero no olvide, mi querida *lady* Delacour —dijo Belinda—, que no hay error más común entre los novelistas que el de apresurarse a la conclusión y no dejar tiempo suficiente para ese cambio en los sentimientos que el cambio de situación no es capaz de provocar al instante.

—Tienes razón, querida, y sigues fiel a tus principios hasta el último momento. Mas no temas, tendrás tiempo de sobra para acostumbrarte a Clarence. ¿Preferirías que alargase la historia otros cinco volúmenes? Con tu ayuda y consejo podría hacerlo sin problemas… ¿Sabes? La declaración de amor no es más que el principio, y puede haber sonrojos, suspiros y dudas, miedos, malentendidos y celos sin fin ni sentido común como para rellenar el espacio necesario y ganar el tiempo que haga falta, pero si me permites dar por zanjado este asunto en dos líneas, diría:

Oh, dioses, aniquilad espacio y tiempo
y haced felices a cuatro amantes[106]

—Ay, eso significaría acelerar demasiado las cosas —replicó la señora Margaret Delacour—. Soy de la vieja escuela y aunque podría prescindir de la descripción de sillas labradas y porcelanas varias de la señorita Harriet Byron,[107] reconozco que me gustaría saber algo de los preparativos de la boda y también de la boda en sí. Prefiero oír cómo la gente alcanza la felicidad de manera racional a ese estilo apresurado de los cuentos de hadas: «Se casaron y fueron felices para siempre».

—Me figuro que no corremos demasiado riesgo de que ese sea el

final de los matrimonios modernos —dijo *lady* Delacour—, mas ¿cómo satisfacer a todo el mundo? Unos claman por que todo se cuente y otros dicen que «*le secret d'ennuyer est celui de tout dire*».[108] Hay que dejar algo a la imaginación. Evidentemente, no describiré vestidos de novia ni procesiones a la iglesia. No tengo objeción en mencionar que el venerable señor Moreton fue quien casó a las felices parejas, que el señor Percival fue quien entregó a Belinda y que, nada más acabar la ceremonia, llevó a todos los invitados a Oakly Park... ¿Bastará esto? O, si lo preferís, puedo concluir con una carta ejemplar en la que la señora Stanhope felicite a su «querida» sobrina, admita que se equivocó al reñir con ella por haber rechazado a *sir* Philip Baddely y reconozca su infinita habilidad en el «manejo» de Clarence Hervey a la vez que espera que esta se prolongue por el resto de su vida.

—No seré yo quien se oponga a acabar con una carta —dijo la señora Delacour—, pues los discursos finales siempre resultan aburridos.

—En efecto —respondió su señoría—; no es nada fácil, como dicen los críticos, hacer que los amantes hinquen la rodilla. Aunque, ahora que lo pienso, dejad que os coloque a todos en la posición adecuada para causar el mayor efecto teatral. ¿De qué sirve ser feliz si no lo parecemos? Capitán Sunderland, arrodíllese con Virginia, si no le importa, a los pies de su padre. Usted, señor Hartley, estará dándoles la bendición. La señora Ormond junta las manos regocijándose... No podría hacerlo mejor, señora mía. La felicito por su actitud. Clarence, te permito que le tomes la mano a Belinda y la beses... Lo siento, señorita Portman, ¡son las normas del escenario! Y ahora, ¿dónde está milord Delacour...? ¡Ah! Aquí llega con la pequeña Helena de la mano. ¡Muy bien! Me gusta esa mirada de sorpresa. No te muevas, por favor: así estás perfecto. Helena, mi amor, no le sueltes la mano a tu padre. ¡Ahí! ¡Qué bonito y natural! Y ahora *lady* Delacour, para demostrar que se ha reformado, avanza un paso hacia el público para concluir con una enseñanza. ¿Una enseñanza? En efecto.

Así nuestro cuento con una enseñanza acaba
Y todos poseéis ingenio de sobra para adivinarla.[109]

FIN

105 N. de la Trad.: «Símbolo de amistad» (en francés en el original).

106 N. de la Trad.: En el original, «Ye Gods, annihilate both Space and time, / And make four lovers happy». Reproduce, con una leve alteración, los versos «Ye

Gods! annihilate but space and time, / And make two lovers happy», que pertenecen al ensayo satírico *Peri Bathous, Or the Art of Sinking in Poetry*, de Alexander Pope (1728), donde este ridiculiza a los poetas contemporáneos.

107 N. de la Trad.: Se refiere a las prolijas descripciones de los preparativos para la boda de Harriet Byron en *The History of sir Charles Grandison*, novela epistolar de Samuel Richardson (1753).

108 N. de la Trad.: «El secreto de aburrir es contarlo todo» (en francés en el original). Se trata de un aforismo de Voltaire que aparece en *Sept discours en Vers sur l'Homme* (1738).

109 N. de la Trad.: En el original, «Our *tale* contains a *moral*, and, no doubt, / You all have wit enough to find it out». Altera ligeramente los siguientes versos de la farsa *The What D'Ye Call It*, del poeta y dramaturgo John Gay (1715): «Our stage-play has a Moral and no doubt / You all have Sense enough to find it out».

Nota sobre la edición



Para la presente traducción hemos utilizado como base el texto íntegro de la primera edición de *Belinda*, originalmente publicado en tres volúmenes con el nombre de la autora en junio de 1801 y que Oxford Classics recuperó en 2017 acompañándolo de un importante y completísimo aparato crítico. Es la primera vez que esta obra se traduce al castellano.

Los autores de siglos pasados tenían una relación distinta con su obra a la que hoy acostumbramos a ver, y Maria Edgeworth, que gozó de una enorme popularidad en la primera mitad del siglo XIX, fue adaptando el contenido de *Belinda* a los gustos cambiantes de la sociedad inglesa en cada una de sus numerosas reediciones (la última, publicada en 1848). De ahí que ciertos pasajes, como los referidos al matrimonio interracial de Juba y Lucy o a la enfermedad de *lady* Delacour, desaparecieran o fueran alterados sustancialmente.

Belinda constituye un testimonio de primera mano de los usos de una sociedad hija de la Ilustración en la que los intelectuales huidos de la Francia revolucionaria aportaron ideas y sofisticación a un género, la novela, que estaba tomando forma definitiva en Inglaterra y que pronto tendría en Jane Austen una digna heredera de la comedia elegante y moral que aquí se nos ofrece. No en vano María Edgeworth fue una de sus autoras más admiradas y, leyendo *Belinda*, es fácil imaginar por qué.